

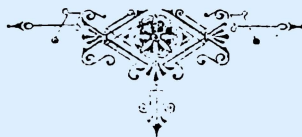
DRAMAS POLICIALES

LOS
“

HERMANOS BARRIENTOS

POR

EDUARDO GUTIERREZ



BUENOS AIRES

N. TOMMASI - EDITOR

1886

Alfredo González Barón

Bs as
11 - 10 - 41

LOS

HERMANOS BARRIENTOS

Mi corazón arrojado
 de toda honorable senda
 á la horriandad mas horrenda
 se encuentra al fin condenado:
 yo mismo me he despreciado,
 tan despreciado me hallé
 y á mi corazón bajé
 con el odio mas impto
 para llenar el vacío
 que en toda mi alma encontré.

LAZARO—por RICARDO GUTIERREZ.

Dado nuestro sistema triste de vida política, gaucha y venida á ser en su propia tierra el gaucha, cuyo unico porvenir ha sido siempre el cuerpo de línea ó el bandolerismo á que se lanza con una decision terrible y un valor á toda prueba.

Hasta hace poco, el gaucha que andaba mal con la autoridad, se lanzaba solo al camino, haciendo lujo de pelear á la justicia, como Moreira, y ser el terror de las Policias Rurales.

Hemos narrado ya algunas historias de interesantes tipos obligados por la autoridad á defender su vida pasando su miserable existencia en huir unas veces, ó combatiendo otras, con una rara mezcla de valentia y de ferocidad.

Ellos han caido al fin, acosados por el número, dejando siempre la leyenda de sus hechos que el paisano recuerda en tiernas y sentidas décimas.

Acostumbrado desde que nace á ver en la autoridad un eterno azote, se cria odiándola y no viendo en ella sino un enemigo encarnizado, ajeno á la piedad y que no da cuartel.

Este odio que va atesorando en su corazón dia por dia y año por año, estalla al fin á impulsos de una mas cruel injusticia, y el que ayer era un hombre honrado y trabajador, se convierte en un enemigo implacable de la autoridad, siendo su único anhelo oponerse con ella para pelearla hasta ponerla en fuga, caer heroicamente antes que entregarse.

Y no es porque prefiera la vida del bandalaje, ó que tenga miedo de pagar el delito que cometió; es que sabe que la justicia es una palabra hueca y que será condenado sin que siquiera se tomen la pena de oír su descargo.

Esto, si no lo matan en el camino, por no tomarse el trabajo de custodiarlo, y bajo el pretexto de que se resistió á la autoridad.

Bravo por naturaleza, sobre toda exajeracion trata de vender la vida lo mas cara que le sea posible y pelea, pelea sin descanso, con el orgullo de su raza indomable y el instinto de la propia conservación.

Casi siempre, en la triste leyenda de nuestra campaña, es la policia la que ha obligado al gaucha bueno á abandonar el trabajo y empuñar el puñal del asesino para vengar la afrenta, ó por no aldicar de sus derechos mas sagrados.

Se puede culpar por esto al pobre paisano que vive entregado al amor de la familia y al cuidado de su pequeña ó numerosa hacienda?

No, es la autoridad compuesta de elementos malos é ignorantes, que abusa del poder que tiene, por el gusto de hacer daño, ó para ocultar sus procedimientos criminales.

El señor D. Julio Dantas, á cuya habilidad y constancia se debe la organizacion de nuestra actual Policia, ha venido á demostrar con hechos, conocidos del pueblo, la verdad de lo que tantas veces hemos dicho á este respecto.

Para hacer una limpieza de los criminales que asolaban la campaña, tuvo que empezar por la autoridad misma de que estaban investidos los mas famosos.

Y así vimos, que empezó por aprehender alcaldes que debian dos ó mas asesinatos, y que eran socios de Jueces de Paz; Jueces de Paz que ponian en libertad los asesinos por sumas de dinero mas ó menos crecidas, y apretaban al pobre paisano que no tenia como pagar la multa impuesta; oficiales de policia que tenian casa de juego, y vigilantes que eran socios de los mismos bandidos que estaban encargados de perseguir.

Si esta era la organizacion de la Policia, fácil es calcular los atropellos é iniquidades cometidos, y

... uno entonces, como quien
 nombre bueno y honrado se convir-
 ó en un bandido que vive en guerra abierta con lo
 que el paisano llama *justicia*, porque ella no repre-
 senta para él mas que la miseria, la ruina y el cuer-
 po de línea.

Si tiene muchos caballos, se los quita el Juez de
 Paz; si tiene buen campo, es desalojado para entre-
 garlo a un poblador imaginario que no es otro que el
 Juez de Paz mismo; y si tiene mujer hermosa, es
 perseguido de todos modos para que gane el monte y
 la abandone a la vergüenza y a la deshonra.

Si se resiste a estas infamias, la ley de vagancia
 es muy amplia, y allí está el cuerpo de línea donde
 será destinado.

—Pues siquiera que lo hagan con razon! esclama
 un día, sintiendo estallar la mas justa indignacion
 entre su pecho.

Y empuñando el trabuco y la daga se lanza al
 campo a pelear contra aquel enemigo implacable: la
 partida de línea.

Odiada la *justicia* por todos los paisanos, se dis-
 putan el derecho de amparar y socorrer al que *anda
 mal*, ayudándolo muchas veces a evadir su accion
 perversa.

Seguro de que para él no hay *justicia* y que de to-
 dos modos su muerte es inevitable, pelea hasta mo-
 rir, y muere siempre como un héroe, despues de ha-
 ber postrado, bajo el filo de su daga, el mayor núme-
 ro de enemigos posible.

Así murió Moreira, así murieron Juan Cuello y
 Pedro Barrientos, y así morirán todos aquellos que
 se hallan en iguales condiciones.

Hoy, con el vigoroso impulso y la organizacion
 feliz, impresa por el señor Dantas á la Policia de la
 Provincia, obra esclusiva de su labor y carácter, la
 vida del gaucha peleador de partidas se ha hecho
 casi imposible.

El facon no resiste al Remington, y el valor se
 estrella contra la superioridad numérica del enemigo
 con quien tiene que combatir.

Y comprendiéndolo así los hermanos Barrientos,
 organizaron la primer cuadrilla de salteadores que
 ha recorrido nuestra campaña, teniendo en apuros á

la misma Policia, que muchas veces tuvo que ceder-
 les el campo.

Ellos se aliaron á los bandidos mas formidables,
 dejando un rastro sangriento allí donde su planta se
 detuvo.

Y, sin embargo, estos no habian nacido para el
 crimen: se habian educado en el constante y rudo
 trabajo del campo y gozaban del cariño y aprecio de
 cuantos los conocian.

Era necesario que la *justicia*, con su proceder irri-
 tante, se cruzara en su camino, para hacer de aque-
 llos hombres, mansos y buenos, los criminales mas
 famosos de que haya memoria.

Hemos recojido todos nuestros datos en el mismo
 teatro de los sucesos, y estamos seguros de poder
 ofrecer á nuestros lectores la mas exacta reseña de
 estos célebres gauchos y sus mas terribles crímenes.

En ellos está palpitante esa mezcla de noble hi-
 dalguía y de ferocidad extrema que caracteriza el
 tipo general del gaucha—generoso y bueno por na-
 turaleza, pero vengativo y cruel mientras mas honda
 ha sido la injusticia con él cometida.

La historia de los Barrientos es triste y conmove-
 dora, mucho mas conociendo los antecedentes que
 los impulsaron al crimen: en sus páginas hallarán
 nuestros lectores episodios de primera fuerza dra-
 mática, que prueban hasta dónde puede ir el corazon
 del gaucha, sea cual fuese la senda que recorra en su
 triste vida.

Es una leccion terrible y conmovedora para los
 buenos paisanos y para nuestras defectuosas y arbi-
 trarias autoridades de campaña.

El paisano, valiente hasta la insolencia, es incapaz
 de acometer por la espalda, porque desprecia la
 traicion y la cobardía.

Pero peleando frente á frente de un enemigo, no
 se cansa de herir hasta que no se vé postrado por
 la fatiga.

Y es esta la razon porque en los cadáveres que
 resultan de estos hechos, las heridas son numerosas
 y bárbaras.

Y no es que él hiera al adversario despues de
 muerto, es que para ultimarle ha sido necesario co-
 serlo á puñaladas.

JULIO BARRIENTOS

Era Julio Barrientos un interesante moceton, de
 unos veinte años, en la época á que se remonta
 nuestro relato.

Trabajador y honrado como pocos, se colocó de
 peon en la Estancia de don Benjamin Zubiaurre,
 donde era sumamente querido por patrones y compa-
 ñaños.

Julio no tenia mas vicio que el amor, ni mas pa-
 sion que la guitarra, que hacia gemir entre sus ma-

nos, haciendo cantar en cada cuerda un poema de
 infinita ternura.

Concluido el trabajo, Julio tomaba su guitarra y
 enderezaba al fagon, donde sus compañeros lo ro-
 deaban seducidos por su voz de melancólico timbre
 y el quejido apasionado de su guitarra.

Su mayor placer era empilcharse de una manera
 lujosa, en lo que gastaba cuanto dinero le producía
 su trabajo,

Así se le veía siempre con un aseo irreprochable y con un lujo de prendas de vestir poco común en el paisano.

Su calzoncillo estaba siempre adornado de hermosos crios, tejidos tal vez por una mano amante, y tanto su chiripá como su saco eran siempre de finísimo paño.

Sus hazañas en el rodeo eran contadas en la rueda del fogón y escuchadas con interés creciente por los que no habían tenido la suerte de presenciárselas.

Porque Julio Barrientos era un enlazador de una firmeza asombrosa y un jinete de una rara elegancia y seguridad.

No había potro que resistiera á la presión de sus piernas de acero y el rigor de su mano fuerte y viril.

El mayor peligro no bastaba á arrancarle de su sonrisa alegre y perezosa, única manera con que había demostrado su valor, pues su daga no había salido jamás de su cintura para pelear con un hombre.

Alto y esbelto, de fisonomía franca y simpática, Julio Barrientos, sin ser bello, es un muchacho interesante y atrayente.

Su piel cobriza está iluminada por el brillo de dos ojos negros de mirada mansísima é inteligente, y bajo la sombra de un bigote negro y de suaves líneas, se dibuja una boca espresiva y eternamente sonriente, que deja ver por entre sus labios sus dientes magníficos y de purísima blancura.

Generoso hasta la exageración, no tenía nada reservado para sus amigos: su dinero era de todos, como todo lo demás que poseía, con escepción de su caballo, que no había medio de hacérselo prestar.

Julio Barrientos poseía cierta educación, poco común en los paisanos: él leía correctamente y escribía con bastante claridad, lo que le había dado cierto ascendiente entre sus compañeros de trabajo, que lo miraban como á un hombre superior, que escribía como el mejor pulpero.

Infatigable para el baile, él era concurrente á cuantos se daban á veinte leguas á la redonda, haciendo roncha entre las paisanitas más bellas, que se disputaban el honor de un cielo en su compañía y la dedicación de algunas décimas.

Sumamente amigo de andar entre muchachas, no se le conocía ningún amor firme, ni siquiera un "rompedero de cabeza" que no hay paisano que no tenga.

Una viuda rica, de Tres Arroyos, se había enamorado perdidamente del paisanito, y para tenerlo á su lado daba frecuentes reuniones, á las que concurría medio partido.

Buena moza y jóven, Barrientos no dejaba de arrastrarle el ala y cepillar en su honor más de una huella.

Pero la viuda lo quería por lo fino y solo esperaba un envite para contestar el *quiero*.

Los compañeros y aun los patrones de Barrientos mostraban la gran conveniencia de un casamiento con la viuda, pero él le mezquinaba el corazón y se hacía el desentendido.

¿Pero por qué no se casa, amigo? solían decirle sus compañeros, mire que la bolada no es de perderse.

Pero él se encogía de hombros picarescamente, y respondía:

—Yo no me caso porque no he nacido para marido y no hay cura ni fraile que me venga bien; y si algún día me caso no ha de ser con viuda, porque no quiero que ningún difunto me reclame mi mujer.

La viuda se desesperaba y se volvía puro amor con Julio, ofreciéndole habilitarlo y el puesto de capataz.

Pero él siempre sacaba el cuerpo de una manera traviesa, y daba las mejores esperanzas.

La mujer de un capataz vecino, bella y fresca como una madrugada de primavera, se había enamorado también de Barrientos, pero de una manera más recatada que la viuda, porque tenía á quien ofender y temía hacer caer un odio vengativo, sobre la prenda de su amor.

La viuda, como muchos otros paisanos, sabía que Rosa estaba enamorada de Barrientos, y creyendo que fuera ella la causa de que aquel paisano no se casara con ella, le había cobrado un odio á muerte.

Rosa no era invitada á sus bailes, en señal de profundo desprecio, y la paisana, no pudiendo hacer lo mismo, se contentaba con hablar pestes de la viuda.

La tal viuda era sola en el mundo, á nadie debía cuenta de sus acciones y no ocultaba ni su amor por Julio ni su odio á la mujer del capataz.

—Yo soy dueña de hacer de mi cara un mazacote, decía, porque á nadie ofendo, pero esa puerca hace mal en andar cacareando á los demás, cuando tiene su marido que no merece que lo eche al medio para que sirva de pifia.

—Y quién la mete la lengua larga? exclamaba Rosa, sabedora de lo que decía la viuda—si no fuera por mi marido, que puede creer en habladurias, yo la había de enseñar á tarjar fino.

Julio Barrientos miraba con desesperación este odio entre las dos mujeres, porque estimaba al capataz, y presumía que esto podía ocasionarle un dolor, y porque los demás paisanos lo cargoseaban ya con tanta broma.

—Yo no quiero cuentos ni enredos, decía poniéndose serio, y antes que por mí se vaya á armar bochinche, prefiero irme del pago!

—Pero cástate con la viuda, le decían, y así se acaba todo, ¿por que no la despenas de una vez?

—Ya he dicho que yo no nací para marido de nadie y mucho menos de prenda que ya tuvo dueño, terminaba, poniéndose serio, para que cesaran las bromas.

El marido de Rosa era un italiano jóven y bien parecido, sumamente acriollado y que tenía por su mujer una verdadera pasión, pasión que le impedía ver lo que pasaba y que todo el mundo sabía.

Julio, aunque bastante amigo suyo, y á pesar de sus frecuentes invitaciones, no pisaba jamás su casa para no darle el derecho de que pudiera dirigirle el menor reproche.

Para evitar cuentos, Julio solía salir de la estancia de Zubiarre y se andaba de parranda ocho ó

diez días, hasta que calculaba que la cosa se había entriado.

Y se andaba así de fiesta en fiesta y de pulperia en pulperia, donde era recibido con las mayores muestras de placer.

Y era tal su honradez y su hombría de bien, que los pulperos le hacían cama sobre el mostrador y dormían ellos en las piezas anteriores sin temor ni recelo de ningún género.

Cuando se festejaba, regresaba á la estancia y se contraía al trabajo con la mayor dedicación.

En su ausencia las murmuraciones se aplacaban en algo pero apenas volvía, ya empezaban los bailes en casa de la viuda, las bromas de los amigos y las iniquidades que de la viuda decía Rosa.

Loca de amor, y como acabada prueba de cariño, la viuda regaló á Barrientos un caballo mestizo, espléndido animal, de todos conocido y codiciado.

Siendo el caballo de su silla y el animal que mas estimaba, aquel regalo fué un acontecimiento y lo que hizo estallar á Rosa provocando el gracioso escándalo que vá á verse á continuación.

Al saber que la viuda le había regalado un caballo y que Barrientos lo montaba lleno de orgullo, Rosa se exasperó y empezó á hablar mal de ella sin la menor reserva, importándosele poco que lo supiera ó nó.

—Esa mujer es mas sinvergüenza que un caballero de galera, exclamó y merecía que la dieran una vuelta de azotes para que fuera mas decente.

Que no me tantee el genio, que no se alborote tan al botón!

La viuda, que supo esto, hinchó el lomo y replicó con infinita travesura.

—No es mal manca ron de galera la muy puerca! pero es en vano que se lamba jese bocado no se hizo para los perros!

Así la enemistad de las dos mujeres se declaró de una manera franca, jurándose mutuamente sacarse los ojos á arañazos la primera vez que se encontraran á tiro de uña.

Era la viuda una mujer bravia y capaz de la mejor hombrada; mal enemigo para Rosa que, mas débil y delgada, aunque no le faltaba coraje, no podía competir con ella.

Por mas indiferencia que á ambas mostró Barrientos para evitar un mal trance, y por mas que se alejó de la viuda, este no hizo mas que irritarlas hasta que sucedió lo que era de preverse.

Un día se armó la parranda en la estancia de Zubiarrre, á propósito de una yerra que allí tenía lugar.

Hubo carne con cuero para la paisanada y baile con tortas fritas, al que fueron invitados todos los pobladores del campo y vecinos mas cercanos.

El capataz, con su Rosa, fué de los primeros en llegar, pues ambos eran locos por este género de diversiones.

La viuda también había concurrido en el deseo de ver á Barrientos, que se había perdido de su casa, y hacerle las mas amargas recriminaciones.

En cuanto Barrientos vió á las dos mujeres reunidas se preparó á ausentarse de la estancia mientras durase la yerra.

—Estando yo presente, dijo puede suceder lo que no hay necesidad que suceda, y no estando yo aquí no tendrían con que toparse.

—No jorobe, amigo! exclamó el Gobierno, domador consumado y famoso rompe esquinas, dónde se ha visto un gallo disparar de las gallinas?

Quédese no mas, que nos vamos á divertir de lo fino: la Rosa no se atreverá á hacer nada porque está presente el marido y ha de tener su recelo.

Barrientos, que se sentía fuertemente atraído por la fiesta, y por los ojos de la viuda que no dejaban de hacerle cosquillas, consintió en quedarse prometiéndose no dar lugar á que por él sucediera nada.

Después de la yerra y comilona, en que se bebió largamente, se armó el baile mas alegre que puede imaginarse.

El calor era sofocante y la noche espléndida.

Se habían armado los fogones á campo y se habían apagado los candiles, porque para alumbrar la escena bastaba con la luz de la luna y con el rayo de tanto ojo ardiente y titilante.

Por todas partes se oía el alegre escobillar de las guitarras, y uno que otro verso travieso y picaresco con que los cantores anunciaban el alegre de su espíritu.

Solo ño Cipriano Hornos, conocido por ño Cipriano, se hallaba bastante divertido, pero sin ofender á nadie como era su costumbre.

Ño Cipriano andaba de fogon en fogon levantando un trueno de carcajadas con sus dichos picarescos y recomendando á los demas que no fueran á marmarse.

Ño Cipriano era un paisano viejo, bueno sobre toda exageración y servicial y generoso á no haber otro.

Esto le había conquistado el cariño de todos los paisanos y el derecho de decir lo que le daba la gana sin que nadie se ofendiera.

Ño Cipriano siempre andaba alegre porque siempre llevaba en el estómago un trago de repuesto: y bebía y bebía hasta que caía prostrado como un cadáver.

Entonces sus compañeros se encargaban de ponerlo sobre un cuero y arrastrarlo hasta la ramada para que durmiera á su gusto la tranca que había agarrado.

Bromista sin segundo y sin ser muy cargoso, siempre andaba arreglado á jaranas y á armarle casamiento al mismo Dios padre si se le ponía á tiro.

Bastonero en todos los bailes, no faltaba á ninguno, siendo la mejor pierna de la fiesta mientras podía tenerse en pié.

Esto le había captado el cariño de las muchachas, que le pedían las nombrara con este ó aquel paisano; pedido que nunca pudo desairar.

Así es que baile ó velorio sin ño Cipriano, cosa bien rara, era segun la espresion de un criollo, como tallarines sin queso.

Así la noche á que nos referimos se veía á ño Cipriano recorrer fogon por fogon repartiendo sus bromas picantes y bebiendo en todas las copas.

—Te felicito, dijo á Julio, acercándose al fogon donde éste estaba, porque ahí he visto á tu prenda:

¡ástima que esa no se cocerá dos hervores! pero en cambio tiene bien cerca el consuelo.

—No crubrome ño Cipriano con esas cosas, dijo Julio alegremente, que no hay por que hablar tan fuerte.

—Si serás mazorquero! exclamó ño Cipriano, haciendo uso de su dicho favorito desde que militó con Lavalle.

Ya te darías con una piedra en los matambres para usar esa divisa, pero se me hace que te estoy regalando la oreja y no quiero darte por el gusto.

No Cipriano se retiró de aquel fogon y se acercó al de las mozas, donde habia ojos como relámpagos y bocas como volcanes.

Allí estaban la viuda y Rosa, en cuyas fisonomias podia adivinar el ojo esperto la tormenta del corazón.

—Ah! viuda linda! exclamó ño Cipriano dirigiéndose á ésta; ahí acabo de dejar á un pichon que daba cada suspiro que parecia un balido! no me lo trate tan mal que le vá á dar el mal de angurrias!

La viuda se puso mas encendida que un tizon y envolviendo á ño Cipriano en el rayo de sus ojos, exclamó:

—No sea hablador, viejito, quién se va á ocupar de mí? yo estoy ya dada de baja y no hay quien se duela de mí.

Si yo fuera casada siquiera, no digo que nó, pero tan luego viuda quién ha de hacerme el favor.

Y miró á Rosa de una manera agresiva. Esta entendió la pulla pero no se animó á retrucarla—allí estaba su hombre y no habia para que comprometerlo.

Rosa se guardó para mas tarde, esperando que no faltaria ocasion para devolverla.

—A mí no hay que venirme con esas músicas, contestó ño Cipriano alegremente, acercándose á los labios el medio frasco de que iba armado—yo me entiendo y sé lo digo, con que viudita no me lo trate mal.

Y se alejó á otro fojon guiñando el ojo al mismo tiempo que hacia chasquear la lengua imitando el ruido que produce una botella al destaparse.

La viuda y Rosa cambiaron una mirada provocativa que no pasó para todos desapercibida.

Indudablemente las dos mugeres se preparaban á la lucha cuyo objetivo era Julio Barrientos.

Erigido en bastonero, ño Cipriano comenzó á organizar el primer pericon, que empezaron á tocar las guitarras de una manera entusiasta.

La primera pareja que habia nombrado el travieso viejo era la viuda y Julio.

Las órdenes del bastonero son inapelables, así, es que Julio, tragando saliva y sin atreverse á mirar á Rosa, se acercó á su pareja que lo recibió con un reproche como una lanzada.

—Solo así lo puedo ver á mi lado, murmuró, ofreciéndole la mano—bien dice que no hay peor ingrato que el hombre que sabe que es querido.

—Es que es muy peligroso andar al rayo de sol con frecuencia, respondió Julio poéticamente, porque suele derretir los sesos.

La viuda guardó silencio y oprimió nuevamente a mano del paisano de una manera nerviosa.

Si él vino no le habia hecho mella—porqué bebió poco, en cambio el carifo de la viuda se le subió á la cabeza y se le entró al corazón.

Es que la mujer hacia todo lo posible por enloquecerlo y el rayo de sus ojos negros hacia pensar en cosas que no son de este mundo.

El calor, de la noche, el vértigo del baile y el contacto de aquella mano de fuego, habian borrado del paisano toda imágen que no fuera la viuda.

Se hallaba en un estado en que un hombre pierde los estribos y se entrega sin condiciones á la voluntad de la mujer amada.

La viuda, que conocia el dominio que iba ejerciendo sobre el paisano, no podia disimular la alegría que saltaba al semblante iluminándolo con una expansion de felicidad suprema.

En cambio, Rosa, que no perdía pisada á la pareja, estaba lívida de despecho á medida que veía á la viuda triunfar sobre Julio.

Concluido el pericon, que fué maestro, la viuda hizo una seña á ño Cipriano, que se apresuró á venir cobrando el remojo.

—Mire ño Cipriano, le dijo dilatando la mirada de una manera poderosa, si algun carifo me tiene, yo le pido que no nombre á mi compañero para otra que conmigo.

—Sea por Dios, dijo el travieso viejo, pero eso vale dos medios frascos.

—Una frazqueta será ño Cipriano, repondió la viuda y lo que llueva mas tarde.

—Pues no hay, que hacerle al dolor! que se la reviente la hiel á la otra!

Y Barrientos fué el compañero de la viuda mientras ño Cipriano pudo tenerse en pié.

Pero aquello no podia durar toda la noche; ño Cipriano tenia ya en el buche lo menos tres medios frascos y seguía bebiendo como un sargento.

La viuda estaba encendida de amor y de satisfaccion—y acariciaba á Barrientos con el fulgor de sus negros ojos, que hacian en el paisano el efecto de una pila eléctrica.

Como el afecto de la viuda por Julio no era un misterio para nadie, el paisanaje de ambos sexos miraba de una manera traviesa aquel coloquio de amor, presagiando un próximo casamiento.

Solo Rosa estaba sombría y amenazadora.

En sus ojos se veían lucir esos relampagos precursores de las grandes tormentas del espíritu.

En su ademán soberbio y altanero estaba magnífica y se conocía que hacia esfuerzos terribles por contenerse.

Si aquello continuaba así, un lance entre las dos mujeres seria inevitable.

Ya entre en los paisanos se habian cruzado algunas apuestas serias, que probaban la seguridad que tenían en que las mujeres iban á salir de allí como trenza de á ocho.

Los ojos de ño Cipriano fueron entornándose poco á poco, y su lengua empezó á torpear y á no dar con los nombres de las parejas.

Una pieza mas y fué preciso relevarlo.

Este fué el momento crítico para las dos mujeres, porque el nuevo bastonero, lo primero que hizo fué nombrar á Barrientos con Rosas para bailar un gato con relacion.

Negarse era hacer un público desprecio, y este remedio venía á ser peor que la enfermedad.

Aquí tocó á la viuda el punto de palidecer densamente, á medida que la fisonomía de Rosa se animaba con la espresion del triunfo.

—No bailes! exclamó la viuda al oído de Barrientos, fingiendo que se enjugaba la boca; yo te lo pido por lo que mas ames en el mundo.

El momento era duro y amargo: todos habian sacado su pareja, menos Julio, á quien el bastonero nombró nuevamente.

El paisano se puso de pié y una espresion de agonía cruzó como un relámpago por el hermoso rostro de la viuda.

—No bailes, volvió é murmurar, si en algo aprecias mi cariño.

La partida era decisiva para las dos mujeres en este incidente.

Cuando Rosa vió ponerse de pié á Barrientos y caminar hácia ella, respiró con fuerza y despejó el ceño que nublabá su hermosa frente.

La viuda se puso livida y miró á Barrientos con un desprecio infinito; la accion del paisano la ponía en un ridículo espantoso, pues demostraba que en el corazon de Julio no había podido luchar con su rival.

Julio había enloquecido por la viuda aquella noche: las brisas de su aliento habían hablado á sus sentidos cautivando su espíritu, y la música de su palabra había levantado en su corazon un eco misterioso y profundo.

Pero no se atrevia á despreciar públicamente á Rosa, que al fin no había cometido otro delito que amarlo inmensamente, hasta el punto de comprometerse con su marido mismo.

Las parejas no esperaban mas á que Julio para principiar el baile, de manera que todas las miradas estaban fijas en él.

Iba ya á llegar á Rosa, que lo esperaba de pié, mientras las lágrimas saltaban á los ojos de la viuda, cuando Julio dió un tropezon terrible y dobló hácia adentro el pié derecho como si se le hubiera torcido.

Y lanzó un quejido agarrándose el tobillo.

—Dios me perdone, exclamó, como hablando consigo mismo, de esta esta hecha me saqué el pié.

La salida no podia ser mas hábil: un accidente imprevisto le impedía bailar el gato y así complacia á la viuda sin despreciar á Rosa.

Esta, que comprendió al momento que aquello era intencional, se sintió sofocar por la angustia y la vergüenza, que apenas pudo disimular mientras el bello semblante de la viuda brillaba á la luz de la luna con su mas radiante espresion.

—Gracias, murmuró temblorosa al oído de Julio cuando este, cojeando, regresó á su lado: si hubieras bailado hubiera muerto de dolor y de vergüenza.

Y hundió el desprecio de sus ojos brillantes de pasión y de cariño en los ojos llorosos de Rosa, que había quedado de pié sin atinar á responder al "perdon", no puedo dar un paso" con que se retiró Julio.

La viuda acababa de triunfar de una manera ruidosa.

Pero Rosa, soberbia y altiva, no se dió por vencida: queria humillar á su rival, ó por lo meno tomar un desquite de lo que acababan de hacerle.

—Queda disculpado el baile desde que ha habido fuerza mayor,—dijo á Barrientos, como si no hubiera comprendido lo intencional de la accion,—pero le pido en cambio un par de décimas y quedaremos á mano.

Como Julio cantaba y tocaba con un gusto esquisito, los demas concurrentes se hicieron eco del pedido de Rosa y dos ó tres paisanos se levantaron alcanzándole la guitarra.

Este era un compromiso mas difícil de evadir, porque el pedido, aunque iniciado por Rosa se había hecho general.

Desairándola á ella desairaba á todos.

Barrientos tomó una de las guitarras que le brindaban, miró á la viuda con una marcada espresion de súplica y templó la guitarra al aire.

Barrientos estaba enamorado, se sentia feliz con el amor de aquella mujer hermosa, y tenia que cantar tierna y apasionadamente.

Así, Barrientos, fijó en la mujer querida una mirada inteligente y cargada de pasión, y preludió uno de aquellos estilos melancólicos y sentides, cada uno de cuyos acordes conmueve de una manera láguida y rara.

El preludio se fué acentuando, las típicas armonías fueron fundiéndose dulce y naturalmente, y la voz varonil y melancólica de Barrientos se mezcló á la tibia brisa de la noche en una de sus décimas mas amorosas.

Rosa le había pedido que cantara, pero Julio sin separar la húmeda mirada de la hermosa viuda, pintaba en versos sencillos y de vigoroso colorido el estado de su corazon amante.

Terminada la décima era forzoso dedicarla á quien la había pedido, y Julio la dedicó á Rosa, pero su mirada no se apartó un instante de la mirada de la viuda.

Sus ojos decian clara y terminantemente á quien había cantado.

Pero el paisano la dedicó á Rosa, y la vengativa viuda ni esto siquiera quiso perdonar.

Cuando Julio se acercó á ella, sin duda para hacer mas directa la dedicatoria, la viuda lo miró con cierto desden, diciendo:

—No le permito que hable conmigo hasta que no se limpie la boca!

Julio, maquinalmente, sin darse cuenta de lo que hacia, sacó el pañuelo y se lo pasó por los labios.

Un relámpago de suprema alegría asomó entonces á los ojos de la viuda.

Rosa acababa de ser batida en su último atrincheramiento.

Y la ofensa con que coronó su triunfo la viuda, no podia ser mas sangrienta.

El despecho había concluido con toda la prudencia que Rosa se había propuesto guardar.

Al oír la injuria insolente de la viuda sintió estallar su corazon, y olvidando que allí estaba su marido, olvidando que aquello era confesar su amor por Barrientos, se puso de pié y gritó á la rival odiada:

—En vez de limpiarse la boca, le hubiera aconse-

jado se tapara las narices, puesto que se acercaba á un cajon de basura.

La tormenta habia estallado, y la escena amenazaba ser tremenda.

La viuda no era mujer de tolerar tal agrávio—era, pues, de suponerse que la respuesta imprimiera al diálogo su mas ágrío período.

—Si yo fuera cajon de basura, exclamó trémula y agitada, hace mucho tiempo que hubiera cargado con usted para arrojarla en la mas lejana zanja!

Parece que algo le hubiera dolido esta noche, que le ha hecho perder el juicio!

—Lo que yo he perdido es el tiempo en habiar con semejante puerca! mirex que sin vergüenza para pretender pisarme.

Un gran murmullo se levantó de todas partes, y muchos se acercaron á las mujeres para calmarlas.

Pero ambas estaban dominadas por la ira, y el deseo de llegar á las manos.

A pesar de los esfuerzos que hacia Barrientos para contener á la viuda, ésta se habia aproximado á Rosa y le habia dicho la injuria mas sangrienta que puede hacerse á una mujer.

Y Rosa, perdi la razon por completo, le dió una sonora bofetada que sonó de una manera seca sobre el rostro de la viuda.

La lucha tenia que seguir terrible y encarnizada.

Rápida como el pensamiento, la viuda arrebató á Barrientos su cuchillo, y antes que éste mismo pudiera evitarlo y que llegáran á contenerla los demás circunstantes que sobre ella se lanzaron, tomó una de las trenzas de Rosa y la cortó de un solo tajo, azotándole en seguida con ella el semblante.

Aquello fué un laberinto horrible. Rosa, sin temor al cuchillo, habia tirado un maneton á la viuda, desgarrándole la cara con las uñas.

Julio Barrientos tomó entonces á la viuda de la cintura, y la arrancó de allí, al mismo tiempo que se interponian mas de veinte paisanos.

—Déjame! déjame! gritaba ésta, haciendo esfuerzos terribles por arrancarse de Barrientos.

Quiero que me conozcan una vez por todas, para que aprendan á respármeme.

—No seas loca, por Dios! exclamaba Julio, tratando de calmarla, que demasiado has hecho ya, — para que quieras comprometerme en un lance terrible? yo te pido que te sociégas, por mi cariño.

—Sin vergüenza!—gritaba Rosa, llorando la perdida de su trenza, no tiene ella la culpa sino los que la fomentan y apadrinan!

El alboroto era general—cada cual se dirijia al lado de sus simpatias y todos hablaban á un tiempo, echando la culpa á la viuda y á Barrientos mismo algunos.

Tan rápida habia sido aquella escena, que cuando el marido de Rosa se dió cuenta de lo que pasaba, ya Barrientos se retiraba llevándose á la viuda.

Al ver á su mujer con la trenza cortada y que la causa de todo esto era el amor de otro hombre, perdió la cabeza y armado del rebenque que tenia colgado al cabo del cuchillo, atropelló á la viuda.

—Ah! trompeta! gritó, levantando el rebenque para pegarle—ahora yo te voy á enseñar á ser mas decente.

Lúvido y tembloroso Julio Barrientos se puso de

pie, é interponiéndose entre la viuda y el italiano dijo á este:

—Qué vá á hacer amigo? no vé que es una mujer?

—Atrás, gritó el italiano ciego de ira y echando mano al cuchillo, atrás con mil infiernos ó lo rajo de una puñalada.

La viuda al ver esto se habia lanzado tambien en proteccion de Barrientos, llenando de insultos al capataz.

La pusanada corrió de este lado para evitar una escena de sangre é impedir que el italiano y Barrientos fueran á pelear.

Pero el italiano se hallaba tan exaltado que fué preciso desarmarlo porque queria emprenderlo con todos.

Las mujeres habian huido apresuradamente temerosas de presenciar una batalla, pues algunos amigos del italiano habian tomado su partido, encontrándole razon para hacer una herejia.

—Asesinan á mi marido! favor! gritaba Rosa llorando amargamente, mientras la viuda pedia que la soltáran para probar que era capaz de todo.

El italiano, ciego de furor y de celos, amenazaba á Barrientos con sacarle el corazon, mientras éste sereno y sonriente replicaba:

—Cálmese amigo que el motivo no es para tanto y yo no tengo la culpa de lo que ha sucedido.

Lo que ha sucedido á su mujer ella lo ha merecido porque nadie la ofendió para que hiciera lo que ha hecho.

—Ya nos veremos la cara cuando nadie pueda interponerse! gritó el italiano convencido que por entonces seria inútil toda tentativa de pelear con Barrientos.

Y se dirijió á donde estaba su mujer lamentando la afrenta recibida.

—Vamos de aquí, le dijo, ya que no puede usted estar entre gente porque no lo merece! si no hubiera malas mujeres no sucederian estas escenas repugnantes, capaces de hacer morir de vergüenza á un hombre honrado.

Y dominando la cólera en cuanto le era posible, ensilló sus caballos y se encaminó á su casa.

En el baile quedaron Barrientos, profundamente mortificado con lo que habia sucedido, y la viuda en cuyo semblante hermoso brillaba la expresion de la alegría que inundaba su espíritu.

—Era necesario que yo hiciera esto, exclamaba, porque sino esa mocosa se hubiera creído capaz de arrancarme mi hombre.

—Pero no habia necesidad de ser tan cruel, respondió Barrientos mansamente: con lo que yo le habia hecho bastaba.

—Y quién la metió á tratarme de cajon de basura? sino tiene bastante con su marido siquiera que disimule y no provoque á quien puede mas que ella.

Barrientos no quiso irriar mas á la viuda y guardó silencio.

Aunque trataba de ocultarlo, se sentia feliz en verse amado de aquella manera por una mujer tan brava y tan bella!

Sabia que aquello no podia quedar asi, pues el italiano habia recibido una de aquellas ofensas que no se perdonan, pero de algun modo era preciso cor-

responder á un amor que se manifestaba tan heróicamente.

Y quién sabe! tal vez pudiera arreglarse todo!

Con el triste ejemplo de algunos paisanos que una simple pelea los habia conducido á los cuerpos de línea, Barrientos era enemigo de todo lance que pudiera tener un resultado análogo.

Por eso siempre habia huido de toda disputa que pudiera degenerar en riña.

Con el firme propósito de convencer al italiano que él no tenia la culpa de lo sucedido, Barrientos se entregó á gozar del amor de su viuda, que lo miraba con una espresion volcánica.

Con la noticia de que Rosa y su marido se habian ido, el baile volvió á comenzar animándose poco á poco, hasta que llegó á su mayor entusiasmo.

Barrientos y la viuda, libres ya de toda preocupacion pasaron una noche envidiable, arrullándose mutuamente con sus palabras mas tiernas y apasionadas.

—Que no andar un cura por el pago! decia algun amigo que podia permitirse estas libertades—á la fija que tenemos casorio!

Y la viuda y Barrientos se miraban, sonriendo amorosamente como si encontráran razon al que dirigia la broma.

El bochinche anterior fué olvidado poco á poco, aunque todos pensaron que aquello no era mas que el preludio de algo mas sério.

¿Cómo se iba á quedar el italiano con la mujer tuzada y la noticia que ésta le andaba jugando súcio?

Ya podia Julio Barrientos prenderse el chiripá, porque el italiano era mozo que se habia probado como bueno y que no se conformaria á dos tirones con la marca que le habian puesto.

A la madrugada, cada cual fué retirándose á echar un sueño, mientras el campo despertaba en sus infinitas manifestaciones de vida esplendorosa.

Y donde poco antes habia reinado el bullicio mas alegre, solo se escuchó la voz de la naturaleza en sus múltiples sonidos.

Todos se habian entregado al reposo para descansar aquella verdadera noche de trueno que se repetiria á la siguiente.

LA MUERTE EN EL ALMA

Era el italiano un hombre reputado por bravo y de gran carácter.

Hacia unos ocho años que habia llegado á Tres Arroyos, donde se habia casado y adoptado la vida del gaucho y sus costumbres.

Al poco tiempo se habia hecho un ginete consumado, y sumamente hábil en los trabajos del rodeo.

Enlazaba como el mejor, y para poner una marca al vuelo no habia como él.

Al principio los paisanos lo quisieron echar al medio y tratarlo como á hijo, pero se hallaron con un hombre de una bravura asombrosa, y pronto le concedieron su amistad con el entusiasmo que siente el gaucho por el hombre guapo y bueno, venga de donde viniera.

—El gringo es un buen criollo!—dijeron, y desde entonces lo aceptaron lealmente como á un compañero de prendas.

El italiano no era un hombre vulgar, se conocia que habia rodado por el mundo y que aceptaba la vida tal cual se presentase.

Pronto se acriolló tanto que perdió todo el acento nacional, al estreno que cualquiera le hubiese tomado por un lejítimo gaucho.

Enamorado ciegamente de su mujer, poco asistia á parrandas y fiestas, entregado á los goees íntimos del hogar y al cariño de su interesante compañera á quien habia concluido por educar con todo esmero.

Rosa en cambio no habia sentido nunca verdadero amor por su marido.

Se habia casado con él por casarse, y aunque éste

le supo inspirar bien pronto un noble y agradecido cariño, este cariño no tuvo nunca la intensidad del amor verdadero.

En cambio, desde que vió á Julio Barrientos, se enamoró con toda la fuerza de su juventud y de su raza ardiente.

Pero se contuvo siempre por un sentimiento de lástima que le inspiraba su marido, quien no perdía oportunidad de demostrarle cuanto la amaba.

Mientras no conoció una rival, ocultó el amor dentro del corazon con toda la fuerza de su voluntad.

Quando conoció en la viuda una rival sintió que su amor aumentaba, cometiendo algunos desaciertos, pero como veia que Julio no hacia caso de aquella mujer se sentia feliz y ocultaba su pasion siempre, para no ofender al marido.

Fué necesario aquel desprecio de Julio, para que se olvidara por completo de si misma y diera aquel ruidoso escándalo.

Aquel fué un golpe de muerte para el italiano: en un solo instante tuvo la dolorosa sorpresa de un desencanto terrible y la mas vergonzosa de las afrentas.

Aquella mujer á quien tan locamente amaba, á quien durante ocho años habia mirado como el único ser que le hacia bella la existencia, le pagaba todo su afan con la ingratitud mas negra, y como si esto no fuera suficiente, hacia alarde de su infamia, provocando un escándalo por su amante y peleando como una perdida con su rival.

El italiano necesitó de toda la fuerza de su carácter para no cometer un crimen.

Sintió todo el deseo de estrangular aquella infame, pero se contuvo, porque al mirarla, y apreciar todo lo injusto de su proceder, conoció dolorosamente cuánto la quería.

Todas sus ilusiones, todo su porvenir formado á costa de tantas privaciones y trabajo, todos los sacrificios hechos por ella y para ella, pues su única ambición era labrarle una existencia feliz;

Todos sus proyectos de felicidad tranquila y placida, cayeron de su corazón para siempre, dando paso al dolor y á la vergüenza!

El italiano sintió que el llanto subía á sus ojos y agobió la cabeza sobre el pecho varonil cediendo al peso del infortunio.

—Ya la vida aquí me es imposible, pensó, é imposible á su lado mismo, porque la amo tanto que sería capaz de perdonarla.

Y para no saltarle al cuello y darle un beso, el italiano tenía que recordar toda la magnitud de la vergüenza que sobre el pesaba.

Y Rosa muda y silenciosa, sinceramente arrepentida, de su acción, no podía menos que apreciar el mundo que había perdido.

Al ver la grandeza del alma de aquel hombre y el dolor que se adivinaba en sus movimientos, deseaba ardientemente que le diera de puñaladas: no podía conformarse con su desprecio.

Durante el camino no cambiaron ni una sola palabra.

Llegaron á casa á la madrugada y entraron despues de entregar á un peon los caballos, como si nada hubiera sucedido.

Y ante la mirada de aquel peon, sintiendo su afrenta mas dolorosa que nunca, el italiano suspiró y la vergüenza enrojeció su semblante.

Apenas entraron á las piezas, Rosa cerro la puerta y poniéndosele por delante se abrió el pecho y le dijo:

—Sé lo que he hecho y lo que merezco, mátame, pues, pronto, si no quieres que el dolor me mate.

El marido la miró dejando asomar á sus ojos toda la pena de su alma y le dijo mansamente.

—Basta la mancha de mi frente para que manche mi mano! no eres digna de que yo cometa un crimen.

Aquellas palabras fueron de un efecto terrible para Rosa, cuyo espíritu había sido educado por su marido á la nobleza y la sensibilidad.

Sintió con ello todo el peso de su infortunio y todo el mal que había hecho y rompió á llorar desconsoladamente.

Y él se retiró con paso vacilante y se encerró en una pieza: se sentía tan cobarde ante el dolor de la mujer querida como ofendido por su conducta infame.

—Y sin embargo pensó, esto no puede quedar así: yo necesito dar salida á este dolor que me ríe las entrañas y me convierte en un niño.

Nada puedo contra ella! nada! pero él, oh! él es distinto! él es la causa de tan amarga desventura: que pague siquiera con sangre suya, la ruina de todo aquello que constituía mi vida.

Aunque hombre de una esfera muy superior al paisano, no desdeñó medirse con él de igual á igual.

Habitado á aceptar la vida bajo toda forma y todo medio, no se detuvo un segundo á medir la distancia moral de su enemigo, y se propuso buscarlo lealmente para pedirle una reparación de la ofensa.

A medida que pasaba el tiempo, Rosa iba comprendiendo cada vez mas la tremenda situación que había provocado.

No se le escapaba que un encuentro sangriento entre Julio y su marido sería el resultado final y lloraba, y lloraba sincera y lealmente arrepentida.

—Pobre de mí! exclamaba dolorosamente: he roto entre mis manos toda la felicidad de mi vida!

Pobre mujer! tarde muy tarde comprendía el mal que había hecho y todo lo que había perdido.

Los proyectos de amor y felicidad sin límites que tantas veces le había oído á su marido, cruzaron en un momento por su imaginación febriciente y sintió entonces el dolor en su manifestación mas íntima.

Y vencida por el pesar; la vergüenza y el insomnio cayó en una especie de letargo horrible.

Angel había salido al campo y montado á caballo para dirigirse al rodeo y distraerse de algun modo, pues temía perder el juicio.

Pero que impresión, por fuerte que sea, podía distraer aquel dolor reciente que había volcado en su espíritu un mundo de amargura?

Todo fué envano: la noche lo sorprendió abismado en la magnitud de su desventura.

Al oscurecer regresó á las casas, cambió caballo y volvió á salir.

Rosa no se había movido de la pieza donde entró á la madrugada.

Apresurando la marcha para alejarse de su casa lo mas pronto que le fuera posible, se dirigió á la casa de negocio donde habitualmente concurría Barrientos.

En su imaginación calenturienta, iba revolviendo el medio de encontrarse con Julio de manera que nadie pudiera sospechar su intento y entorpecer el combate.

—Probaré primero el medio mas decente, pensó, y en la casa de negocio escribió dos líneas á su rival, diciéndole donde se encontraba y lo que deseaba.

—Vengase sin que nadie lo note, le decía, que entre hombres de corazón todo testigo es incómodo.

Y mandó el billete con un paisano á quien dijo:

—Dáselo á Julio Barrientos en su mano y siu que nadie sepa que yo se lo mando: es una broma que vamos á darle á los del baile.

El portador del papel, sin saber lo que llevaba, buscó á Julio en la Estancia de Zubiaurre y le hizo una seña que se apartara de los demás, hecho lo cual se lo entregó sin que nadie lo hubiera visto.

—Está bueno, repuso: decle que en cuanto pueda iré allí—que me espere.

La fiesta había terminado y cada cual se preparaba á volver á su campo y al trabajo.

La viuda, fatigada por las impresiones recibidas y temerosa de lo que pudiera suceder á Barrientos se había quedado en la estancia.

Al leer el papel del italiano, Julio se puso livido y borró por un momento la eterna sonrisa de sus labios.

Estimaba á aquel hombre verdaderamente y sentía de una manera profunda el encuentro que forzosamente habia de realizarse, porque era de aquellas cosas inevitables.

Tendría que pelear de firme porque el italiano era bravo, y que herir para no ser inuerto, y su estimación por aquel hombre no llegaba hasta dejarse matar por no herirlo, mucho menos desde que él no tenía en realidad la culpa de lo que habia sucedido.

El no habia contribuido en manera alguna al amor de Rosa y por la misma estimación que le inspiraba el marido habia hecho todo lo posible para desengañarla.

Pero la mujer se habia encaprichado y era la única culpable de lo sucedido.

Corazon generoso y noble, hizo el propósito de abdicar de su soberbia y tratar de convencer á aquel hombre que no tenía razon para provocarlo.

Pero pensaba que el italiano no se dejaría convencer y que de todos modos el duelo era inevitable.

En otros tiempos, talvez le hubiese sido indiferente al recibir una herida, pero ahora pensaba que la herida podría ser mortal y la viuda le habia mostrado una faz de la vida que lo habia enloquecido.

Decidido á acudir al llamado, pues no quería que fuesen á atribuir su ausencia á m'eto esperó el momento oportuno de alejarse sin que nadie lo echara de ver.

Aquella mujer, por él, se habia mostrado brava y habia provocado todo género de peligros: era preciso corresponderle de la misma manera y mostrarse digno de ella.

A Julio le fué muy difícil alejarse de la Estancia, la viuda tenía por su vida y no quería dejarlo salir.

Pero llegó el momento tan esperado y protestando tener que ir á hablar con su patron, Julio Barrientos salió de la Estancia y se dirigió á la esquina donde lo esperaba el italiano.

Muchos de los mismos paisanos que habian asistido á la fiesta se habian juntado en la casa y conversaban con el italiano cuando llegó Julio Barrientos adivinando con esa seguridad del paisano que aquella era cita arreglada de antemano.

Julio Barrientos tenía fama de valiente por que nunca se habia arredrado ante peligro alguno, pero como nunca habia tenido cuestiones con nadie, no se sabia lo que podría dar en una ocasión apretada.

No era practico en el manejo del cuchillo, aunque en las vistedas siempre se habia mostrado ágil y vivo, así es que en la conciencia de los demás todas las ventajas estaban por el italiano, cuyo valor y manejo era de todos conocido.

Al encontrarse aquellos dos hombres, ambos palicieron intensamente, el italiano al renovar con la presencia del rival el dolor de la afrenta y éste por emoción que experimentó y no pudo dominar.

—Entre hombres de corazon, amigo, las palabras están demás, dijo el italiano - todos saben lo que ha habido y para nadie puede ser un misterio el que yo le quería cobrar á usted lo ofensa recibida.

Julio tuvo intencion de sacar su cuchillo y hacerle el gusto al capataz, pero se acordó de los cuerpos de linea y se contuvo.

—Mire amigo, le dijo, tratando de disuadirlo, ha-

blando en plata yo en nada lo he ofendido, usted me obliga á pagar ajenos yerros y esto no es justo.

—Amigo mio, contestó el italiano pálido como un cadaver: no me obligue á revolver mi llaga y hablar lo que no quiero.

Usted me ha ofendido en el alma y justo es que el que la hizo la pague: creo que las palabras entre nosotros están demás, es el corazon quien habla y la mano quien debe ejecutar sus inspiraciones.

Yo nunca tref tener que pelearlo á muerte pero la suerte así lo ha querido y no hay que hacerle.

Barrientos iba borrando por primera vez en su vida la sonrisa en sus labios, el destino lo empujaba por donde no quería ir y veía que fatalmente era impedido contra todo el torrente de su voluntad.

—Mire amigo, dijo el italiano irradiando sobre su semblante toda la luz de su mirada mansa y valiente: que un hombre se estrelle contra una pared ó se haga partir el corazon por un capricho mas ó menos justo, santo y bueno, porque así le habrá convenido.

Pero porque á una mujer se le antoje ser veleta y mudable y pensar como el diablo le sople y ser una perdida, no encuentro yo causa para que un hombre se mate con otro sin razon y sin motivo.

Sacudale una vuelta de azote si mala ha sido, pero no busque á quien ningun mal le hizo; obligándolo á hacer lo que no quiere.

Julio tenía razon, su conciencia nada la reprochaba y no veía el porque habia de cambiar una puñalada con quien ningun mal le habia hecho.

Por mas razon que tuviera Barrientos, el italiano no estaba en situacion de concedersela.

Su mujer se habia enamorado de aquel hombre, y por él lo habria afrentado publicamente, en su alma se habia levantado contra él un odio implacable y sentía la necesidad imperiosa de darle de puñaladas!

Aquel hombre era la causa de su venganza y la ruina de su porvenir que se habia formado á costa de todo género de sacrificios.

Todo el anhelo de su vida presente y la promesa ideal de su vida en el porvenir los habia visto rodar en un momento al abismo de la nada por causa suya y de su mujer.

Que podía el contra Rosa?—nada, absolutamente nada.

El puñal se le habria caído de las manos y el valor faltado por completo en su corazon.

Siempre era ella una mujer y no era noble y generoso tomar en ella venganza hiriéndola á mansalva y sin peligro de ningun genero.

Contra Barrientos si podía descargar toda la tormenta de su desesperación tremenda.

El era un hombre joven y bravo con quien podía medirse sin ventaja.

En aquella lucha no podía estar seguro del triunfo porque su antagonista era hombre de corazon y de brios y así, con peligro de la vida, nadie tendría derecho á enrostrarle su muerte.

Resuelto á jugar con él la vida, á todo trance, le dijo con esa tranquilidad hija de las grandes resoluciones.

—Mire amigo, á partirle el corazon he venido y está demás todo cuanto pueda decirme para hacerme cambiar de resolucion.

Después de lo que ha pasado, los dos no podemos vivir sobre el mundo, véngase pues, conmigo, donde nadie nos incomode, y acabe todo de una vez.

Julio Barrientos quedó un momento pensativo, como si vacilara en el camino que debía seguir, pareció hacer un esfuerzo sobre sí mismo y respondió:

—Pues yo no quiero hacerle el gusto, amigo, usted está con la cabeza caliente y no sabe lo que dice, pero yo no debo hacerle caso.

Vuélvase no más por donde vino y no tiene al destino, mire que yo no quiero pelear con usted.

—Cuando un hombre como yo toma una resolución extrema, es inútil querer convencerlo de lo contrario.

Me he venido hasta aquí y lo he mandado llamar para pelearlo—inútil es que resista, porque si tiene miedo y es tan cobarde como fregado, peor para usted, porque de todos modos morirá á mis manos.

Con que no sea flojo, y venga conmigo, que ya hemos charlado mas de lo que debíamos.

Barrientos saltó ante la injuria y se estremeció de una manera visible.

—Bien sabe Dios y usted mismo, dijo, que yo no

sé tener miedo—ne quiero pelear con usted y esto basta.

Le aconsejo que se vaya y no me tantee el aguanté, porque siento que la paciencia se me acaba.

—Lo que se le ha acabado á usted es el valor, respondió el italiano echando mano al rebenque, pero no hay remedio, con miedo y todo ha de pelearme, porque sino yo lo haré pelear á azotes.

—Eso si que no, gritó Julio con infinita soberbia; y dirigiéndose á los testigos del altercado, les dijo:

—Ustedes pueden dar fé que yo hice cuanto estubo en mi mano por no pelear con este hombre, y que si le he hecho el gusto ha sido por su última amenaza.

Ahora maula, va á saber quien es Julio Barrientos, no se crea que porque me he achicado cuanto he podido vá á poder darme con el pié—monte á caballo y venga, que al fin no ha de pasar de un gringo lengua larga.

El italiano saltó á caballo y seguido de Julio Barrientos, se retiró á mas de diez cuadras de la pulperia, donde echó pié á tierra, esperándolo á éste que no tardó en llegar.

Los paisanos que escucharon el diálogo habian formado un grupo, retirándose á cierta distancia para ver el resultado de la ruña.

PRINCIPIO QUIEREN LAS COSAS

Fue en un pequeño montecito de paraisos donde los dos rivales echaron pié á tierra, ataron sus caballos y se prepararon al combate.

El poncho volcado sobre el brazo izquierdo y el cuchillo en la mano, se dispusieron á la lucha.

Angel estaba pálido y desencajado, Barrientos sereno y perfectamente tranquilo, parecia aun reflexionar como si no estuviera bien decidido.

Barrientos, tentando el último esfuerzo para disuadir á su adversario, avanzó tranquilamente y le dijo:

—Todavía es tiempo, amigo, mire que yo no lo he ofendido, ni tengo contra usted el menor resentimiento; yo he venido aquí solo para hacerle el gusto y para que no crea que le tenga miedo y cumpla la amenaza que me hizo.

Mire que esta es una desgracia, amigo Angel, porque el que quede en pié va á tener que habérselas con la justicia, que no perdona.

—Para decir esto no valia la pena de haber venido hasta aquí, contestó Angel con dureza y cierto desprecio: déjese pues de cuerpeadas y despachemos pronto que ya se sabe á lo que hemos venido y hay gente mirándonos.

Julio dió vuelta el semblante, y vió efectivamente como ocho ó diez paisanos, que con la pierna cruzada

sobre el caballo miraban la escena con marcado interés.

Entonces resuelto ya al combate, dijo de una manera particular:

—Hice todo cuanto pude por evitar una desgracia, sin que Vd. haya querido oír razones, ahora; que se cumpla el destino de cada uno!

Si yo he hablado de miedo, se va á ver dentro de un momento, porque ahora que no hay remedio, ahora que el cuchillo va á decidir, siento don Angel que usted no es un enemigo para mí!

—Basta, pues, de charla y alavio, contestó el Italiano, que ya habló usted bastante: muestre un poco lo que es capaz de hacer: y abra bien los ojos.

Decidido á pelear y viendo en el Italiano solo el enemigo que trataba de herirlo y matarlo, en el corazón de Barrientos desapareció toda la lastima que aquel le inspirara.

Y empezó á recordar con cierto encono todas las injurias que le habia dirijido.

Queriendo devolverlas en algo y como por via de alfilerazo, dijo al capataz lo siguiente:

—Si su mujer está enamorada de mí, no habiamas que dejarla hacer su gusto! véngase, pues, cuando guste y no tenga miedo.

El italiano sintió en el alma el golpe de la injuria

palideció densamente y avanzando el brazo izquierdo con el poncho en él arrollado, acometió á Barrientos tirándole una lluvia de puñaladas.

Barrientos no se movió de su sitio; avanzó tambien el brazo izquierdo y con una seguridad y agilidad pasmosa, barajó en su poncho y en el cuchillo cada golpe de aquellos que á haberlo alcanzado, lo postra muerto.

Aquellos dos hombres eran ágiles uno y otro.

El italiano, tratándose de acriollarse, desde que pisó el campo empezó á ejercitarse en el manejo del cuchillo, hasta que llegó á ser una reputacion.

Varias veces que tuvo que hacer uso de aquella arma para contener algun desman, habia lucido su destreza y su coraje, adquiriendo bien pronto una verdadera reputacion.

Barrientos tambien canchaba y vistiaba como el mejor, pero "otra cosa es con guitarra" y hasta ese momento nadie sabia lo que podia dar.

Era bravo en los peligros del trabajo y se habia mostrado sereno cuando para apaciguarla terció en agena disputa.

Pero con un puñal en frente y manejado por un hombre bravo, tal vez no fuera lo mismo y el hombre no se hallase capaz de aguantar mucho.

Por esto, en la opinion de los paisanos, el capataz llevaba la media arroba y tenia que salir vencedor.

Pero bien pronto vieron con gran asombro que se habian engañado.

Si alguna ventaja habia, ésta estuvo desde el primer instante de parte de Julio, que se mostró mas sereno y mas dueño de sí mismo en el momento crítico.

Sonriente y tranquilo salia al encuentro de todas las puñaladas, metódico en la defensa y sin precipitarse al ataque para herir.

Parecia tener la seguridad de que su enemigo no iba á hacerle nada.

Su poncho estaba cortado en toda la estension del brazo y él sonreia á cada golpe diciendo: pegue no más compañero que tengo con qué comprar otro.

El italiano que no contaba con una resistencia tan firme, habia empezado á perder la calma y á dejarse ganar por la cólera.

Y viendo que Barrientos no hacia mas que defenderse como si lo despreciara, arreció mas su ataque y empezó á insultarlo.

Barrientos iba observando tranquilamente el cansancio de su antagonista, sin que las injurias de su contrario pareciesen producirle el mas pequeño efecto.

Se habia propuesto desesperarlo y fatigarlo para empezar su ataque, ó lo despreciaba al extremo de no querer herirlo?

Barrientos, viendo la cólera que empezaba á ganar á su adversario, y para desesperarlo mas, le dirigió varias burlas que vinieron á demostrar el poco miedo que le tenia.

—Si lo viera la Rosa, exclamó, tan fiero y tan rabioso, á la fija disparaba hasta la loma del diablo! y eso que yo estoy aquí y podria sujetarla!

El italiano lanzó una injuria como un gruñido y ávido de herirlo se lanzó sobre Barrientos con tal empuje que éste tuvo que saltar hácia atrás para evitar el golpe.

—Bueno, gritó entónces, para juguete ya basta y ahora me toca á mí compañere: una vez cada uno como á los cocos!

Y arremetió de una manera récia y decidida.

El aspecto de la lucha cambió entónces por completo, mostrando ya de una manera clara la superioridad de Barrientos.

Cuando éste llevó el ataque, el italiano no pudo evitar los golpes y empezó á retroceder paso á paso al principio y á saltos en seguida.

—Pero si al fin se ha metido con un criollo! le gritaba Barrientos, y esto tenia que sucederle!

Ahora, ni Santa Rosa lo libra de su escarmiento!

El italiano, con grave peligro se lanzó sobre Barrientos en un golpe de muerte, y ésta fué su perdicion.

Barrientos barajó en el poncho la puñalada y le dió un puntazo en medio del pecho.

—Y no lo mato porque no quiero, dijo, para que no tenga que llorar la Rosa!

Conténtese, pues, con esa, compañero, y no vuelva por la otra: es consejo de amigo.

Los paisanos estaban maravillados ante la serenidad y destreza de Julio.

—Si habia sido mas amargo que la hiel! no le mata porque no quiere, de jugueton no mas, decian!

Angel, lejos de acobardarse por la herida recibida, acometió con mas brio y con verdaderos deseos de matar.

Pero estaba vencido! su enemigo le era infinitamente superior y no habia medio de entrarle.

Hubo un momento que las puñaladas y quites fueron tantas y rápidas, que no se veian mas que manos y facones.

Esto apenas duró un par de segundos.

En seguida los combatientes se separaron y se vió al italiano vacilar y caer sobre la pierna izquierda.

El semblante lívido y el pelo pegado á la frente por el sudor del cansancio, con la boca entreabierta por la fatiga y el ademan jadeante, parecia un moribundo en su último instante.

De su costado izquierdo brotaba la sangre abundantemente, saliendo de la ancha herida que éste habia recibido.

Angel llevó dolorosamente la mano al costado y entrecerró los ojos.

—Me ha muerto! exclamó: háganme el favor de llevarme á casa!

—No dirá que no ha sido en buena ley! exclamó Julio pesaroso, mientras enjugaba el sudor de su frente con la manga de la camisa.

Yo lo he pelendo porque no pude mas, y si lo he herido, fué para no ser muerto yo mismo: yo no tengo, pues, la culpa de lo sucedido, pues bien saben todos que no queria pelear!

Y todos se acercaron al caido ayudándolo á levantar.

—Que no me toque ese hombre! gritó Angel al ver que Barrientos se aproximaba: que me deje morir en paz!

El paisano se detuvo mientras los otros cargaban con el italiano y lo conducian á la casa de negocio de donde habian salido.

—Quiera Dios que esta no sea la cuna de mis desgracias! exclamó, y que no tenga que andar huyendo: quiera Dios que éste hombre no muera!

Y silencioso y entregado á sus mas tristes reflexiones, siguió al grupo que conducia al herido.

Su intencion no habia sido matar, pero se le podia haber ido la mano y la herida ser mas grave que lo que pensó.

Muerto Angel, la justicia se le echaria encima, y como tantos otros paisanos, su porvenir sería los cuerpos de linea, de donde no se sale sinó viejo ó invalido!

—Y yo no queria! murmuraba, hice todo lo posible por evitarlo, pero ese hombre queria perderme á todo trance! quiera Dios que la cosa no sea grave!

Y entró en la pulperia, ávido de averiguar la gravedad de la herida.

Si Angel moria, no tenia mas remedio que emigrar del partido hasta que la cosa se olvidara; si la herida no era tan grave como pensaba, pagaria la multa correspondiente, jurando no volver á pelear con nadie, aunque lo hicieran banco.

Los paisanos habian estendido á Angel sobre unos cueros, y con esa inteligencia especial que dá la práctica, examinaban el carácter de la herida, mientras dos ó tres paisanos iban en busca de ño Cipriano, que era como una luz para las puñaladas.

No Cipriano estaria probablemente borracho, pero así mismo era un gran médico de tajos, capaz de estancar le sangre sobre el mismo corazon.

Y mientras ño Cipriano venia, lavaron con caña la herida, dando á beber á Angel unos tragos para hacerlo volver un poco á la vida.

La pérdida de sangre habia sido enorme y la debilidad era extrema.

Y Julio, mudo y estático miraba el moribundo cuerpo del Italiano, resuelto á no moverse de allí hasta que ño Cipriano no viniera á pronunciar su fallo.

Ño Cipriano vino por fin, pero en un estado terrible.

Traia un peludo gefe, pues apenas podia guardar el equilibrio, pero aquello no le impedia contraerse á su oficio de curandero.

Así como un domadero, por mamado que esté no hay ejemplo se caiga del caballo, un curandero siempre tiene tino para reconocer una herida y ponerle la mecha correspondiente.

Así ño Cipriano se vino sobre Angel, metió en la herida sus dedos de papel de lija y despues de hurguearla un buen rato, exclamó:

—La lastimadura es bastante grave, pero de esta no morirá, no hay cuidado: traiganme trapo y un buen vaso de caña.

La cura fué tan horrible como el reconocimiento.

Ño Cipriano, con una graciosísima gravedad se echó al colete un vaso de caña, y despues de saborearlo lindamente, echó otro en la boca del herido que seguia sin dar señales de vida, no por causa de la herida, sinó sin duda por el peludo que le habian hecho agarrar á fuerza de hacerle tragar caña.

En seguida hizo un enorme tarugo de trapo quemado, que metió en la boca de la herida como quien mete un tornillo.

El Italiano lanzó un quejido lastimero seguido de

un gran grito de dolor que alarmó á todos los circunstantes.

—Qué, se muere? preguntó uno acercándose á ño Cipriano.

—Ya he dicho que de esta hecha no muere, contestó éste, grita porque le está haciendo provecho la cura.

Y convencidos de la verdad de esta afirmacion, todos se felicitaron de que la herida no fuera mortal, por el aprecio que todos tenian al italiano y porque ño Barrientos no se *perdia*.

Una herida que no ocasiona la muerte y que se ha inferido en pelea, se salda con una buena multa, en los procedimientos campestres, y no se vuelve á hablar mas del asunto.

—Ahora, dijo ño Cipriano, voy á hacerle el último remedio y en seguida pueden llevarlo á su casa.

Y aquel último remedio fué otro vaso de caña que ño Cipriano hizo tragar al herido, toniendo que abrirle la boca con la hoja del cuchillo.

Indudablemente aquel pobre Italiano estaba mas borracho que ño Cipriano mismo: no daba señales de vida.

Los amigos lo acomodaron sobre el caballo, atravesado en unos cueros para hacerle *blandura* y lo llevaron á su casa.

Ño Cipriano siguió cobrándose en caña la cura practicada, mientras Julio Barrientos triste y conmovido regresaba á la Estancia de Zubiaurre.

—Si ese hombre muere, pensaba, no me queda ya otro recurso que ganar los indios, porque á donde iré que no me siga la justicia!

Si me agarran me van á secar en un cuerpo de línea, sin ver que he tenido que n atarlo para no morir en sus manos, y sin ver que él me obligó á pelear sin razon y sin motivo.

Prepararé mis avios, y si Angel muere, daré al pago mi triste despedida, yéndome donde me arroje el destino.

Y esta es la verdad: el duelo entre los gauchos, por mas testigos que lo presencién, por mas real que haya sido, es considerado como un homicidio y castigado como tal.

El que mata en duelo es un asesino, y la cárcel ó los cuerpos de línea le abren sus puertas, para no dejarlo salir hasta que los años no hayan emblanquecido su cabello, ó alguna herida no lo haya dejado inválido; esto, si el cepto colombiano ó las estacas no han secado sus piernas y descoyuntado sus manos.

Porque la ley del ciudadano libre no es jamás aplicada al gaucho, para quien no hay compasion ni justicia.

Asi lo que en el hombre de la ciudad y bien acomodado es duelo, en el gaucho es pelea y asesinato y la ley cae sobre él en su espresion mas bárbara.

Julio Barrientos, como todos los paisanos sabia esto, y por ello se preparaba á sacarle el cuerpo á la accion judicial.

Cuando Rosa vió el estado en que llevaban á su marido, comprendió al momento lo que habia pasado, sintiéndose ahogar por el remordimiento mas acerbo.

Aquella era su obra, su obra exclusiva, sin que tu-

viera en su conciencia una sola palabra con que atenuar su falta.

Ella se había enamorado de Julio Barrientos, con todo el ardor de su alma, porque su matrimonio con el italiano no había sido un matrimonio de amor.

Pero qué razón, que causa había tenido para afrontar á su marido, dando escándalo vergonzoso y público por el amor de otro hombre?

Qué razón había tenido para infamar á Angel que la amaba con idolatría, que á fuerza de labor y de constancia le había labrado un porvenir relativamente brillante, que la complacía en todo y cuyo único anhelo, cuya única ambición era hacerla feliz.

Rosa no se encontró disculpa y rompió á llorar dolorosamente sobre aquel cadáver, obra exclusiva de su lijereza y mal proceder.

Y ella había cometido aquella falta y aquel crimen por un hombre que no la quería, que la había despreciada y que la hacía viuda para olvidarla en seguida, y para que su amante se gozara en su dolor y en su desesperación!

Qué iba ahora á ser de ella, despreciada por todos, señalada como una mala mujer autora de la muerte de su marido?

Y se abrazó del que creía un cadáver cubriéndolo de besos y de expresivas caricias.

—Perdón, Angel mio, exclamaba, perdóname, porque yo he de acompañarte hasta la tumba: la vida mía sería un tormento inaguantable y yo quiero morir contigo para que me entierren á tu lado.

Y el dolor de Rosa era profundo y conmovedor, porque él nacía del arrepentimiento mas íntimo y sincero.

Al ver á Angel, muerto por ella, sin haberle dirigido el menor reproche, y mostrándole cuanto la quería, sintió hácia él un verdadero cariño, cariño que desalojó en su corazón al que había sentido por Julio.

Y sus labios no cesaban de besar el cadáver y sus manos no descansaban haciéndole todo género de caricias.

—No se aflija niña, exclamó uno de los paisanos, lagrimeando de puro ver llorar á Rosa, no se aflija que ño Angel no ha muerto ni ha de morir de esta hecha!

Rosa alzó hasta aquel hombre sus ojos preñados de lágrimas, iluminados por el rayo de una vaga esperanza.

—Qué no ha muerto Angel? preguntó,—qué no morirá? Ah! usted se burla de mi dolor y esto no es noble.

Y volvió á caer sobre el cadáver, imprimiendo en su frente sus besos mas apasionados.

—No desespere moza, añadió el paisano conmovido: ño Cipriano es quien lo ha curado y quien ha dicho que de esta hecha no moriria.

Era tal la fé que en aquellos pagos se tenia á la ciencia de ño Cipriano, que al oír hablar en su nombre, Rosa lanzó una exclamación de alegría y se incorporó radiante de felicidad.

—No tenga duda, añadió el paisano, ya sabe que ño Cipriano no habla bolazos, y desde que él lo ha dicho, es porque así debe ser: ño Cipriano no se equivoca en la perra vida.

Rosa quedó convencida ante esta seguridad y secó las lágrimas de sus ojos.

—Pero, preguntó queriendo desvanecer su última duda, ¿cómo es que si no ha muerto no abre los ojos, ni se mueve, ni dá señales de vida?

—Fijese que el cuerpo está caliente y que si fuera un difunto estaria ya mas frio que la escarcha.

—Pero porqué no se mueve?

—Eso es por el remedio que le ha hecho ño Cipriano y el que antes le habíamos hecho nosotros! le han hecho tomar mucha caña, y eso es lo que tiene.

Débil el hombre por la sangre que ha perdido, se ha mamado, pero en cuanto duerma y se le pase la tranca ya verá como vuelve! no tenga cuidado pues, y esté tranquila.

Rosa sintió que su alegría era inmensa.

Después de haber llorado la muerte de su Angel con su dolor mas íntimo, después que quería morir ella misma por huir á la desesperación que la roía, se encontraba con que su marido no había muerto y con la seguridad que daba ño Cipriano que de aquella herida no moriría.

—Bendito sea ño Cipriano!—gritó yo quiero que venga para que me lo siga curando, yo quiero que viva aquí hasta que mi Angel esté bueno y pueda levantarse! yo le daré todo cuanto necesite!

—Eso es imposible, dijo el mismo paisano que había hablado antes—él vendrá á ver el enfermo, pero ya sabe que ño Cipriano no puede vivir sino en las pulperías.

—Yo le daré aquí cuanto necesita, y traeré á casa mas bebida que la que él pueda tomar en un año.

Vayan á buscarlo pronto, porque se me hace que no estando él presente mi hombre se me va á morir.

El paisano salió en busca de ño Cipriano, mientras Rosa mandaba dos peones que, matando caballos fuesen á traer dos frasqueras de ginebra.

Cuando ño Cipriano vino, con un peludo desecho, ya estaba Angel prolijamente acomodado sobre su cama y las dos frasqueras sobre la mesa.

—Yo no quiero que usted se mueva de aquí, ño Cipriano, hasta que Angel no se levante: curémelo y yo le daré cuanto usted quiera.

—No me ofrezcas lo que no me habrás de dar, dijo el viejo paisano sonriendo con infinita picardía. Y mirando las dos frasqueras, agregó:

—De todos modos yo no me voy de aquí hasta no curarlo: para eso estamos los amigos.

Y ño Cipriano se instaló allí, después de haber abierto él mismo la primer frasquera.

EL CUERPO DE LÍNEA

Cuando Barrientos llegó á la Estancia, ya se tenían allí noticias de lo sucedido y la viuda lo esperaba con una ansiedad suprema.

—Mi vida, decía, por mí se ha espuesto á que ese bárbaro lo matára! pero qué ha de hacerle nadie si mi Julio es mas bravo que un puñal?

Y apenas le vió llegar salió á su encuentro radiante de orgullo y de belleza.

—Y decían que ese infeliz te había de matar! exclamó, como si tú no tuvieras entrañas para hacer lo que hiciste y mucho mas!

—Estaba de Dios, repuso Julio melancólicamente que esto había de sucederme! En vano quería evitar el pelearlo hasta dejarme insultar, en vano le pedí que me dejara en paz! el hombre se había encaprichado y no había mas que hacerle el gusto!

Quiera Dios que esto no sea el punto de partida de mi desgracia! quiera Dios que por esta puñalada no tenga que pegar otras más!

Y pase usted su vida sosegada y en el trabajo, para que al primer loco se le antoje perderlo!

—Te pesa lo que has hecho? preguntó la viuda frunciendo el entrecejo; acaso lo sientes por el pesar que tendrá su mujer?

—No hables de vicio, dijo entónces sonriendo Barrientos, que ya es en vano ocultar que te quiero con toda mi alma.

Si siento la puñalada que he dado, no es por la puñalada misma, sino por las consecuencias que puede tener.

El Juez de Paz no es mi amigo, sin tener yo de esto la culpa, y el que anda mal con la justicia, á la larga ó á la corta tiene que caer.

Ya no son los tiempos de antes en que un hombre se hacia perdiz donde quiera: ahora la Policia nos ha ganado la frontera, y dónde irá el buey que no are?

Yo sé que en rigor nadie puede hacerme nada, ni aunque el italiano muriera de la puñalada, pero la justicia castiga á los hombres segun le caen en gracia, y es inútil poner el anca al lazo: ande quiera ha de caer la armada.

—No se afija, compañero, respondió otro paisano entrando en baza, que los amigos lo hemos de ayudar en este trance.

Para que estamos sobre la tierra si no hemos de aliviarnos unos á otros?

Usted anda mal con el Juez de Paz, pero no con la justicia, que nada ha tenido que hacer con usted hasta lo presente; todo el mundo lo conoce y sabe la hombrada que ha hecho y por qué la hizo.

—Dios lo oiga, amigo, respondió Barrientos creyendo en melancolia, pero desde que me faltó el padre se acabó nuestra felicidad.

Todos nos desparramamos como estrellas en el cielo y ya sé que la suerte conmigo no ha jugado limpio nunca!

Y era verdad aquello; desde que perdieron el padre, la desventura empezó á perseguir á los Barrientos, hasta que los separó haciendolos ir á buscar trabajo cada cual por su lado.

La seca concluyó con las vacas que el buen viejo les había dejado, y las inundaciones que vinieron mas tarde no les dejaron una oveja en pié.

—Si esto va á seguir así, dijeron, vale mas que vendamos y nos busquemos la vida como Dios nos ayude.

Y como lo pensaron, vendieron lo que les quedaba lo partieron con igualdad y salieron á buscar trabajo donde cada cual encontró.

Escarmentando en cabeza agena, Julio había huído siempre de las jugadas, de las peleas y los beberajes.

Solo asistia á los bailes, por aquello de que en algo se había de entretener el hombre para no caer en malas tentaciones.

Y ya hemos visto cómo se había captado el aprecio de cuantos lo conocían y la confianza de los mismos negociantes, que le permitían hacer noche sobre el mostrador mismo, conociendo su honradez acrisolada y su hombría de bien.

Y el paisano, orgulloso de aquella confianza que se le dispensaba, trataba de conservarla á toda costa.

Ya hemos visto todo lo que le sufrió al italiano por no pelearlo, porque él en la senda mala, profesaba esta teoria: es preciso no hacerla primera, porque una vez que uno ha mojado se vá como lista de poncho.

Y por la misma consecuencia de su teoria; temblaba por los resultados que podría tener aquella puñalada, la primera que daba en su vida.

—Y por qué ha de tener malas consecuencias? le decían; ningun hombre está libre de que lo quiera una mujer y que se enoje el marido; todavia si uno buscara las cosas! . . .

—Es que así es todo en este mundo—para sostener un hecho hay que hacer otro mas; y como al que anda en la mala todos le sacan el cuerpo, porque al perro flaco todas son pulgas, yo tengo miedo de lo que puede sucederme, porque me tengo miedo á mi mismo.

Pero con lamentarse no se saca nada ni se ha de cambiar el rumbo de la suerte—concluyó levantando con un ademán soberbio la gentil cabeza.

Cantaremos al compas de la vida cómo venga, y Dios nos ayudará si obramos bien!

La viuda quiso distraer á Julio de sus tristes pensamientos y empezó á desplomar sobre él la espere-

sion apasionada de sus ojos húmedos y brillantes, cuyos rayos se quebraban tras la sedosa pestaña, como los rayos del sol tras una cortina de encajes.

Y Julio se iba templando él mismo al calor de aquella pasión tropical, y la hermosura de la viuda lo arrebató y le hacía sentir la vida de un mundo desconocido.

—Qué canela! retrucó un paisano viejo que tenía por Julio un cariño fraternal—si te estás derritiendo por la viuda como mazacote al sol! te ha pegado en la matadura, hijito, y al primer flaire que venga al diablo vá á parar la viudedad.

Una ráfaga de pasión imponderable brilló como un relámpago en los ojos de la viuda y la alegría mas íntima asomó en su semblante hermosísimo.

Julio la miró estasiado y tembló con un estremecimiento poderoso.

—Inútil sería ocultarlo ahora, dijo, despues de lo que ha pasado: la viuda me gusta de alma, y si no viene un flaire pronto, me voy yo á campearlo y me lo traigo aquí por mas mañero que sea.

—Pero yo estoy hablando locuras, dijo, cortando

violentemente su pensamiento, estoy pensando en salir á campear, y sabe Dios si no tendré que andar á salto de mata para que me campeen á mi.

—Diga ¿que es muy honda la herida? preguntaron los amigos.

—Honda ò no, yo creo que se me ha ido la mano y le he pegado mas de lo que necesitaba.

—Pero eso no importa nada; usted sabe que hay hombres que tienen la vida mas pegada al cuerpo que garr: pata en oreja de perro.

No Cipriano ha dicho que no muere de esta, y usted sabe que lo que dice ño Cipriano en heridas, es lo que tiene que ser.

—Pero es que ño Cipriano estaba muy divertido y no ha de haber podido mirar bien.

—Que no ha de haber mirado, si no se sabe equivocar en la perra vida! tiene un pulso que dá calor, y cuando ño Cipriano dice: éste hombre no se muere, ya puede acostarse á dormir tranquilo.

—Ah! exclamó la viuda apoyando la asercion del paisano, si ño Cipriano lo ha dicho no hay que hacerle—Angel no se morirá.

DESGRACIAS ENANCADAS

—No importa! dijo Julio, yo tengo que esconderme un poco hasta que pasen unos dias; de un pasmo nadie está libre, y de una *cangrena* menos.

Así, si sucede una desgracia, ya estoy escondido de antemano y fácilmente podré gambetearle á la justicia.

—Pues si quieres esconderte, ahí está mi casa, saltó la viuda, quiero que vengas conmigo que allí nadie te ha de ir á buscar.

—Eso seria le peor de todo, porque seria comprometerte sin ninguna razon ni derecho.

Yo me perderé un poco y no volveré á aparecer hasta que las cosas se aclaren.

—Y en qué puedes comprometérme? no es la justicia la que se ha de meter conmigo!

—Pero la gente es muy lengua larga y muy amiga de hablar lo que no le importa, amiga mia.

Demasiado se habla ya con la cosa del baile! déjame irme no mas, que no me ha de faltar donde estar seguro.

—No quiero! ha de ser en mi casa, dijo la viuda con acento que no admitía réplica: yo me limpio la cara con lo que hablen las gentes, la desgracia ha sucedido por mí, y yo quiero repararla en lo que me sea posible.

—Vos no sos causa de nada, contestó Barrientos, porque ese hombre me ha buscado de puro terco.

Y aunque tú fueras la causa, qué hay con eso? no te espusiste por mí á que te sucediera una desgracia?

Pues entonces, yo no habré hecho mas que corresponder á tu fineza.

—Sea como sea, concluyó la viuda, si te escondes, ha de ser en mi casa y yo he de ser tu guardian.

Ahora, añadió palideciendo, si con esto he de comprometerte con quien no te convenga, no he dicho nada; con dolor y todo aguardaré mejores tiempos.

—Ingrata! bien dicen que las mujeres son el mismo diablo cuando saben que las quieren!

Y como serias muy capaz de creer lo que has dicho, y yo no quiero que lo creas despues de lo que has hecho, acepto el ofrecimiento, aunque hago mal, porque la gente, de puro mala, ha de hablar lo que no debe.

—Pero no importa lo que hablen, contestó la viuda, no sabiendo lo que pasaba y saltando como una niña.

Ahora mismo me voy á hacer arreglar un cuarto para que puedas estar sin que nadie te incomode.

Te espero dentro de media hora.

—Dentro de media hora no, porque tengo que arreglar mis cosas de manera á no hacer falta en quince dias, pero mañana á la madrugada me tienes allí, de donde no me moveré hasta que no se aclaren las cosas:

—Cuidado con faltar, dijo la viuda, porque si á la madrugada no estás allí, vengo yo misma á buscarte.

Y salió llevándose todo por delante y bajándose el

rebozo que la sofocaba—ensilló su caballo ella misma á pesar de las instancias de Julio por hacerlo, y pronto se perdió de vista en una carrera á todo lo que daba el caballo.

—Pobre mujer! exclamó el paisano de la escena anterior, te quiere con toda su alma! va sofocada por la alegría!

—Y yo también la quiero, agregó Barrientos, pero no sé por qué se me hace que vá á ser éste un amor desventurado!

La policia, añadió, la policia! quiera. Dios que me deje gozar en paz de la ventura que me concede el cielo!

El resto de ese día y de esa noche los ocupó Barrientos en arreglar sus asuntos como para poderse hacer perdiz un mes, lo menos.

Todos sus asuntos consistían en pagar algunas trampas que debía y entregar unos animales que le habían dado á domar.

—Yo me voy, decía, para Bahía Blanca—cuando vuelva ya se habrá olvidado todo, y tal vez así me dejen vivir tranquilo.

Y fingiendo que preparaba tropilla, se despidió de los amigos, y antes de amanecer el siguiente día, Barrientos salía de la estancia de Zubiaurre en dirección á Bahía Blanca, según dijo.

Pero aquel Bahía Blanca no estaba tan lejos, puesto que no era otro que la casa de la viuda, donde era esperado por el amor más intenso que haya alimentado corazón de mujer.

Allí, con un esmero imponderable, le habían preparado un cuarto independiente donde tenía cuanto podía desear.

El amor de la viuda lo había embellecido todo con su amor y sus cuidados.

La ropa de la cama era de una blancura encantadora, y el mismo calentador del agua brillaba como si fuera de plata.

Casada con un hombre rico, la viuda se había habituado á ciertas comodidades que no son generales entre la gente de campo, indolente y perezosa para todo aquello que no es el trabajo diario y monótono.

Aquí tienes tu cuarto, dijo á Barrientos en cuanto lo vió llegar; he tratado de que nada falte en él, porque nadie vendrá á incomodarte ni á meterse en lo que no le importa.

Manéjate como si estuvieras en tu propia casa que yo cuidaré que no puedas echar de menos la menor cosa.

Y, efectivamente, allí había en abundancia yerba, azúcar, papel y tabaco.

Solo faltaba la bebida, y esto porque la viuda sabía que Julio no tomaba.

En cuanto hubo acomodado á Barrientos, se fué á hacer acomodar los caballos que el paisano había llevado, entre los que iba su gran parejero, prenda de que nunca se separaba, y el caballo que le regaló la misma viuda.

—A ese quiero atarlo cerca de mí, dijo, que lo quiero tener á mano porque en ese y en mi parejero he de huir el día que necesite.

La viuda estaba fuera de sí con la venida de Julio, viendo colmada en ello la aspiración más grata de su alma.

Daba mil órdenes distintas y concluía por no saber ella misma lo que había mandado.

Y Julio reía y escuchaba todo eso con un placer indefinible.

—Bruto de mí! exclamaba, que no sabía apreciar lo que más feliz debía hacerme en la vida!

Soy un animal completo; pero no importa, por que pienso pagar con usura todas las barbaridades que he hecho, ahora que aprecio todo lo que vales, mi alma!

—No enpecemos con bromas! interrumpió la viuda, que ahora es tiempo de pensar en otra cosa.

Si no te hubieras hecho rogar por tanto tiempo, tal vez nada hubiera sucedido.

Pero nunca es tarde cuando la dicha es buena, y ya que te tengo á mi lado, tratemos y esperemos que sea por el mayor tiempo posible.

—Que sea por toda la vida, que así será, exclamó Julio, volcándose en una mirada infinita: bendito sea el cielo que, aunque tarde, me ha abierto al fin los ojos!

Y aquellos dos seres, que tanto se querían y que la fuerza del destino había juntado cuando menos lo esperaban, empezaron á acariciar la idea de una vida mejor.

—Bien decía que para sentar el juicio es preciso querer con delirio y ser correspondido!

A mala hora se me cruzó aquel hombre en mi camino! si no fuera esta desgracia, hoy mismo me iba del pago en busca de un casador y me casaba sobre el auto.

—Un poco de paciencia que todo vendrá con el tiempo, decía la viuda.

Quién sabe si no es él la causa de que nos hayamos querido y de que se te haya al fin ablandado el corazón.

Mira, cuando pienso en todo esto y veo como ha venido, me siento capaz de querer á la misma Rosa!

Ya no tengo hiel para nadie, Julio, solo me queda en el corazón cariño, un mundo de cariño que te consagro con toda la fuerza de mi alma.

Y me voy, me voy de aquí hasta luego, porque no quiero decir cosas impropias.

Y colorada y alegre, la viuda se retiró del cuarto de Julio, para preparar el almuerzo.

Julio quedó riendo como un loco y gozándose en el recuerdo de aquel semblante bello y espresivo, que se había hecho amar de una manera imperiosa.

Y descolgando de la pared la guitarra, llena de cintas, que había acomodado allí la viuda, se puso á cantar su trova más melancólica y quejumbrosa.

Y la viuda, conmovida con la melodía profunda y el verso triste y apasionado, se asomó al cuarto con los ojos cargados de lágrimas.

—No cantes más, no cantes más si me quieres, suspiró, porque no sé lo que va á ser de mí—creo que me voy á morir.

Y Julio levantó la guitarra, que gimió en su último acorde y con voz melodiosa dijo:

—No era yo, vida mía, quien cantaba: era mi corazón que se quejaba de la herida de tus ojos.

Es que desde hoy la vida ha cambiado completamente para mí; respiro de otro modo, siento de otro

modo, y hasta me parece que el pasto se endereza, suspira y sonríe al verme pasar.

Todo me parece mas lindo, y hasta cuando te oigo hablar, me parece escuchar una guitarra pulsada por manos de ángel.

Es que tú cantas á mi corazón con la música del amor, del amor que cautiva, que enloquece, que esclaviza con toda la fuerza del alma y de la tierra!

Y así, como la flor se estremece al soplo de las brisas, yo tiemblo al soplo de tu aliento embalsamado y tibio y me parece que alguien me empuja de los hombros: y es que siento el deseo de caer de rodillas y mirarte como se mira al cielo cuando se invoca á Dios.

Me parece que hay luz en tu frente, que hay luz en tu pelo, que hay luz al traves de tu cara de cutis purpurino: es que tus ojos alumbran hasta el fondo de mi alma, de mi alma huérfana que no sabia lo que era cariño y que despierta al hálito arrobador de tu amor.

—Yo no soy yo mismo, siento en mí una fuerza desconocida que me impulsa con un poder sobrehumano; es el iman de tu cariño que me atrae y me transforma dulcemente en cada latido del corazón.

Siento deseos de reír y siento ganas de llorar al mismo tiempo; mi cabeza piensa cosas que nunca habia pensado y tengo miedo que me suceda algo, porque me estoy ahogando.

Es que el cariño no cabe ya en mi corazón y se me sube á la garganta y se me salta á los ojos.

La viuda, trémula y anhelante, escuchaba á Julio, pendiente de la palabra que brotaba de sus labios tan lindamente

De su boca, entreabierta por la pasión, salía el suspiro ardiente y agitado y sus labios se movían como si pronunciaran palabras que ella sola debía oír.

Las lágrimas, agolpadas á sus ojos por el sentimiento mas tierno, rodaban por sus mejillas é iban á caer sobre el vestido amplio y sencillo.

El insensiblemente se habia ido aproximando á Julio hasta quemarlo con su aliento y envolverlo en el brillo incandescente de sus ojos.

Julio Barrientos jimió y le tendió la mano; mano que la viuda llevó á sus labios con un recojimiento místico.

Julio alzó sus ojos húmedos hasta los ojos de la viuda, preñados de lágrimas; aquellas dos miradas se fundieron y ella fué agoviando suavemente la cabeza hasta que su frente artística vino á reposar sobre los labios de Julio, que le tomó la cabeza con ambas manos y la retuvo así largo rato sobre sus labios febricitantes.

—Madre mia, madre mia! exclamó la viuda, que este tormento sea tan largo como la vida!

—Que sea tan largo como la muerte! añadió Julio.

Y sus manos se perdieron entre la noche de sus cabellos en una caricia suprema y los dos corazones latieron al unísono, unidos por la fuerza de la pasión mas verdadera.

Ahora ya no nos separaremos mas! dijo Julio, dilatando la mirada—la noche de mi vida ha espirado ya, para dar paso á esta eterna alborada de dos

luceros—y besó frenético aquellos dos ojos de terciopelo.

Así se amaron aquellos dos seres, que no esperaron nunca hallarse en aquella situación hasta que el destino vino á separarlos de una manera ruda y dolorosa.

Las consecuencias de la herida del italiano, consecuencias que tanto temía Julio, no tardaron en presentarse en la misma forma desesperante que él las habia temido desde el principio.

El Juez de Paz de Tres Arroyos era un señor Adaro, enemigo tradicional y formidable de todo lo que era Barrientos ó pertenecía á su familia.

Esta especie de odio injustificable tenia su origen en unas marcadas de cueros que le habia hecho un primo y una sobrina de Julio, que tenían unos puestos cerca del Establecimiento de Adaro.

Este habia notado que con frecuencia le faltaban animales, no pudiendo atinar con los autores de estos pequeños robos.

Pero un buen día, supo que estos no eran otros que las hermanas y cuñados de Barrientos, en cuyo poder se encontraron los cueros de los animales perdidos.

Adaro se quejó al Juez de Paz, que recogió los cueros y multó á los autores de la ratería.

Pero Adaro no se dió por satisfecho con esto, y desde aquel día cobró un odio irreconciliable no solo á los ladrones de cueros, sino al mismo Julio Barrientos, por el solo hecho de ser pariente de ellos.

Cuando lo hicieron Juez de Paz, trató de tomar desquite, y si pudo hacerlo contra su hermano y cuñado, nada pudo contra Julio, cuya ejemplar conducta estaba en la conciencia de todos.

Si hubiera preso al paisano, sin un motivo claro y justificado, habria sido para quedar en ridículo y atraerse sobre sí el odio de todo el vecindario.

Adaro tuvo paciencia y esperó tranquilo que llegara el momento oportuno para vengarse en Julio las faltas de sus parientes.

Pero el paisano, que sabia esto, se cuidaba de no cometer el menor desliz en la seguridad de que lo pagaria caro.

Y esta era su aficción en el incidente con el italiano.

El Juez Adaro se va á agarrar de ésta para secarme en el cepo, y yo no le quiero hacer el gusto.

Y por eso hizo atar sus caballos favoritos al alcance de la mano, para poder huir en el momento apurado.

El Juez Adaro encontró en aquella pelea el pretexto que tanto ambicionaba, y mandó buscar sobre tablas á Julio Barrientos, para que se presentara en el Juzgado.

—Echele usted una liebre! respondieron los paisanos á los de policía que preguntaban por el paradero de Julio Barrientos: se ha ido para *Budá* y ni en un año pega la vuelta.

Y para mayor desesterección del Juez de Paz, Angel iba mejorando, como le habia dicho ño Cipriano, y desapareciendo, por consiguiente, el pretexto de perseguir á Barrientos.

Hacia quince días que Julio se hallaba en casa de la viuda entregado á la delicia de su nueva vida, cuando el Juez de Paz conoció su escondite.

Ya Barrientos sabia que Angel estaba tan mejor, que podía levantarse de la cama y salir á tomar el fresco á la ramaña, y no se cuidaba ya de ocultarse, pues no habiendo muerto el italiano no tenían pretexto para perseguirlo.

—Ya dentro de ocho ó diez días, decia, podré dedicarme nuevamente al trabajo, porque esta vida de haragan no se ha hecho para mí.

—Yo no quiero que trabajes, le decia la viuda, todo cuanto tengo es tuyo y no hay porqué andar dependiendo de nadie.

—Es que yo no quiero que esto sea mio, porque los envidiosos son muchos y van á decir que me he vendido por la plata.

—Pues quédate de capataz mio hasta que nos casemos; y entónces que cada cual diga lo que le parezca.

Si uno fuese á hacer caso de todo lo que habla la gente, la vida seria corta para andarlos desmintiendo y retarlos.

Nada, tú no trabajas ya sino con lo mio, que es lo tuyo, y el que tenga que hablar que se rasque no mas su rabia.

La viuda cada dia que pasaba se enamoraba mas de Julio, adquiriendo sobre él un notable ascendiente.

Y el paisano no pensaba mas que en la manera de complacerla y probarle cuán intenso era su amor por ella.

Noble y generoso, el italiano no habia dado un solo paso tendente á salvarse de Julio.

—El me ha herido como lo hubiera herido yo mismo, habia dicho; hemos peleado de igual á igual, sin ventaja de ningun género y sin mala acción por su parte: puede estar entónces seguro de que por mí no le ha de venir ningun daño.

Rosa le habia abierto todo su corazon confesándole su falta, ingénuo y lealmente.

—Yo no te queria le habia dicho, y he necesitado verte exánime y en peligro de muerte para comprender la grandeza de tu alma y amarte como merecias.

Y Rosa no se habia apartado de su cama un solo momento mientras estuvo enfermo, ni permitido que fío Cipriano se alejara de la casa.

Era el primer rostro que habia visto al abrir los ojos, y habia podido apreciar aquella abnegacion sublime, demostrada hora tras hora y minuto por minuto.

Y él la habia perdonado de todo corazon, porque veia que su arrepentimiento era sincero y porque comprendia ahora que aquella mujer lo amaba con toda su alma.

Y en medio de sus mas francas caricias le habia dicho: no llores mas, que yo te perdono con toda mi alma, y te aseguro que el recuerdo de aquella noche maldita lo has borrado tú misma de mi espíritu.

—Y yo no sabia valorar al hombre á quien ligué mi suerte! exclamó Rosa enjugando sus últimas lágrimas; pero te pagaré con usura el mal que haya podido hacerte! Todos los momentos de mi

vida serán dedicados á tu felicidad, yo te lo juro, y en cuanto estés bueno nos iremos de aquí porque yo no podria vivir en donde se conoce toda la vergüenza de mi falta!

—Si, es preciso salir de aquí, porque así como yo he perdonado, quiero tambien berrar de tu espíritu el recuerdo de aquella noche fatal!

Y Julio que conocia todo esto por referencias de sus amigos, se consideró libre de todo peligro de persecucion por parte de la justicia; y con una actividad asombrosa y una dedicacion completa, se consagró á cuidar y aumentar los intereses que le confiara la viuda.

—Desde que él nada pide para mí, dijo, nada podrian hacerme; pero á pesar de todo, siempre es bueno tener los caballos prontos para servirse de ellos en cualquier momento de apuro.

Su felicidad era completa; amaba á la viuda con verdadera idolatría y agradecimiento; y ella, que veia en Julio toda su felicidad y alegria, se esmeraba en demostrarle á cada paso todo el alcance de su amor.

Las prendas de vestir de Julio brillaban por su limpieza irreprochable, y todo era obra suya, porque no permitia que nadie tocara las cosas de su Julio.

Así es que, cuando éste volvía de los pesados trabajos del rodeo y de la recogida, entraba á su casa á respirar aquella grata atmósfera de paz y tranquilidad, donde en cada detalle encontraba una muestra del amor de aquella mujer apasionada.

Y el Domingo, vestido con todo lujo de prendas, salía á dar un paseo acompañando á la viuda, que iba encantada en su contentamiento.

Esta era la vida que llevaba Julio cuando el Juez de Paz supo su guarida y resolvió dar el golpe, por tanto tiempo esperado.

Que Julio era vivo y bravo no era un misterio para nadie, como que estaba decidido á huir hasta entre los indios antes que dejarse tomar.

Y era tal su decision á este respecto, que ya le habia dicho á la viuda:

—Si alguna vez me pierdo y nadie llega á saber de mí, no te alarmes y espera tranquila, porque esto quiere decir que habré huido de algun malon de la justicia.

Y siempre que salía de las casas lo hacia en el caballo que le dió la viuda y llevando de tiro un parejero.

—Yo te avisaré en seguida mi paradero, por conducto seguro, para que vayas á juntarte conmigo.

Y aquel fué un convenio sobreentendido desde el primer momento.

Así es que para prenderlo, era necesario que la justicia procediera con mucho recato y habilidad.

La captura de Barrientos fué encomendada á un oficial de Policía, de apellido Vega, que tenia su fama de valiente, y de sagaz y hábil en la aprehension de criminales.

A él se le dió la comision que se crea tan difícil, en la seguridad que seria el único que podia cumplir.

—Es preciso que no se descuide porque Barrientos es muy bravo y está decidido á no dejarse prender.

Será entonces preciso ir muy prevenido, porque si está decidido á resistir á mano armada no es difícil que se escape.

—Pierda cuidado, contestó Vega, que soy hombre práctico en estas cosas; Barrientos no se me escapará y no podrá hacerme una resistencia seria, porque para ello tomaré mis medidas de antemano.

Y en efecto, desde aquel día, Vega empezó á estudiar un plan que le asegurara un buen éxito en el desempeño de esa comision, empezando por guardar tal sigilo que hiciera imposible llegara á oídos de Barrientos que se trataba de aprehenderlo.

Ni el mismo sargento de la partida sabia la comision que le se habia confiado, porque unos de miedo y otros por amistad, no habia de faltar quien le fuera con el parte, y entonces todas sus medidas quedaban burladas.

La primer medida que tomó Vega, fué el prolijo estudio de la casa de Barrientos, que fué el teatro de accion elegido, la vida que llevaba Barrientos, y las horas á que acostumbraba á recojerse y á levantarse, de qué modo dormia y que clase de gente quedaba cerca de él.

A los cuatro dias de una observacion constante y prolija, Vega, estaba al cabo de cuanto hacia Barrientos, sin que este sospechara que era observado tan de cerca.

Barrientos se recojia á la caida de la tarde, cenaba con la viuda y permanecia con ella en cariñosa conversacion hasta las diez de la noche mas ó menos.

Otras veces salia á la ramada con su guitarra, y aspirando el fresco delicioso de la noche é inspirándose en los ojos de la viuda, lanzaba al aire con voz poderosa y sollozante, su tierma y amorosa décima.

Cuántas veces el mismo Vega, desde su punto de observacion, se sintió conmovido hasta las lágrimas, olvidando la triste comision que tenia que cumplir!

Porque el mismo Vega sentia que el proceder de la autoridad, en este caso, era injustificable, que para prender á Barrientos iba á ser necesario herirlo y que no habia ningun motivo para obrar con tanto rigor.

Y muchas veces se dió vuelta diciendo "yo no lo prendo", pero el amor al oficio venció bien pronto al generoso movimiento del corazon y volvió al acechadero, tratando de terminar su plan diabólico.

Barrientos, despues de conversar ó de tocar la guitarra, daba un beso apasionado sobre la frente de la viuda, y se retiraba de su cuarto, no si antes haber revisado sus caballos y haberles dado una buena racion de maiz.

En seguida se acostaba á dormir, con la puerta abierta, porque el calor era sofocante y porque no abrigaba el menor temor, ignorando que tan cerca de su casa estaba el enemigo.

—Es necesario dar el golpe antes que amanezca, pensó Vega, y como mayor prevision, es necesario apoderarse de los caballos.

Los perros de Barrientos dormian lejos de la casa y entonces esta operacion se hacia sumamente fácil.

—Con muchos hombres dificulto la operacion pensó Vega, perfeccionando su plan; con un hombre que traiga para que se le apodere de los caballos tengo bastante.

Y con plena confianza en su valor personal y con la seguridad de sorprenderlo dormido, pensó que para efectuar la prision él era bastante.

Terminado así su plan de campaña y con la confianza del mejor éxito, Vega se decidió por fin á dar el golpe.

Y eligiendo en la partida el soldado que mas confianza le inspiraba, se situó en su acechadero, esperando el momento oportuno fijado de antemano.

Julio Barrientos acababa de recojerse, cuando llegaban y se emboscaban á una cuadra de distancia dentro de un cicutal, el oficial Vega y el soldado que debia ayudarlo.

Barrientos habia dado de comer á sus caballos favoritos y se entregaba al reposo: completamente ageno á la tragedia en que iba á ser actor.

Y se detuvo leyendo hasta una hora avanzada, como era su costumbre, porque Barrientos era sumamente amigo de leer cuentitos que referia despues al amor del fogon y con gran admiracion de los demás paisanos.

Vega, con la paciencia de un gato que espia á un raton esperó mucho tiempo, hasta que calculó que Barrientos estaria en lo mas pesado del sueño.

Entonces recien se resolvió llevar á cabo la primera parte de la operacion, que consistia en tomar los caballos para cortar á Barrientos la retirada, en caso que este despertara y quisiera resistirse.

El mismo no queriendo confiarla al vigilante, se dirigió á las estacas despues de haberse descalsado para no producir el menor rumor, y se apoderó de los maneadores.

Recien entonces hizo una señal al soldado para que se acercara y lo dejó allí de fraccion, con los maneadores en la mano, despues de darle esta orden:

—Como es preciso no producir el menor ruido no hay que hacer caminar los caballos: tú te quedas aquí, y en cuanto oigas sonar mi voz adentro, saltas sobre uno de los caballos y te situas á una distancia desde donde puedas oír mi voz y auxiliarme en caso que sea preciso.

En caso que acudiera gente en auxilio de Barrientos, te pones en retirarla y evitas que te quiten los caballos, aun abandonándome á mi.

Despues de repetir estas órdenes para que el soldado las entendiera bien y las cumpliera exactamente, Vega se dirigió al cuarto de Barrientos, con el sable en una mano y el revolver preparado en la otra.

A estos, pensaba, es preciso ganarles el tiron y pegarles el grito antes que puedan moverse; es la única manera de caerles á la fija.

Y pisando sobre las puntas de los piés y tratando

de apagar el rumor mas leve, se paró al lado de la puerta, abierta de par en par.

No se sentia en el interior de la pieza mas que la respiracion tranquila y acompasada de Barrientos, que dormia apaciblemente, soñando tal vez con un porvenir mas risueño y feliz del que lo acechaba de tan cerca.

La luz de la luna entrando por la puerta, formaba una claridad pálida y mortecina, pero suficiente para poder apreciar los objetos que allí habia.

El ojo experimentado de Vega recorrió rápidamente la habitacion fijándose en el cuerpo del paisano.

Este reposaba de espaldas tranquilamente sobre la cama.

Su pecho varonil y bien desarrollado se movia suavemente á impulsos de una respiracion tranquila, y Vega sintió algo parecido á la conmiseracion, al pensar en la manera como aquel hombre iba á ser llamado á la realidad de la vida.

Pero Vega, ante todo era oficial de Policia, tenia cariño á la carrera y amaba su buena reputacion de oficial bravo y cumplidor, que se habia conquistado á costa de penurias y peligros de todo género.

De Barrientos los ojos de Vega pasaron á la silla que éste tenia al lado de la cama.

Allí al alcance de la mano estaba el tirador con el rewólver que bien pronto le iba á ser inútil, y el puñal de luciente empuñadura.

Vega entró á la pieza con sable enarbolado, por si acaso, y se apoderó de aquellas armas que guardó cuidadosamente en su cintura.

Hecha esta operacion tocó á Barrientos con el cabo del rewólver, apuntándole inmediatamente con el cañon al pecho valoroso.

Barrientos abrió los ojos peresosamente creyendo que quien lo despertaba era la viuda, y tendió hacia ella sus brazos amorosos.

Pero al ver á un hombre que lo despertaba con las armas en la mano, dió un salto sobre la cama y estiró la mano hacia la silla donde habia dejado el tirador y el puñal.

Empezaba á amanecer y las figuras de los hombres podian verse claramente en la habitacion.

—No se mueva y dése á preso! gritóle Vega apuntando á su cabeza con el rewólver.

Julio, al verse desarmado y á merced de un enemigo, tal vez por hábito, tal vez por cálculo, llevó las manos abajo de la almohada.

Vega creyó que éste tuviera alguna otra arma, y para no darle tiempo á sacarla, descargó sobre la cabeza del paisano un golpe de sable.

—Ah! cobarde! gritó éste, llevando las manos á la herida causada. Solo así pueden prender ustedes á un hombre, dormido y desarmado!

Y la sangre empezó á correr por su frente y á manchar las ropas de la cama.

—No te resistas y date á preso! date á preso ó te mato! gritó Vega armatillando el rewólver y poniéndose á una distancia que hiciera inútil un arbaton.

—Matá no mas puerco, que á eso has venido! respondió Julio con un acento de infinita soberbia! y

quiso tirarse de la cama al suelo, con la intencion de luchar aunque fuese solo á trompadas.

Pero la sangre que corría de la cabeza caia sobre sus ojos, obligándole á cerrarlos.

Vega aprovecho este movimiento y descargó otro golpe de sable sobre la cabeza de Barrientos: el paisano vaciló un momento abrió los brazos buscando un punto de apoyo y cayó arrodillado con medio cuerpo sobre la cama.

Debilitado por la sangre perdida y aturdido por los golpes, Barrientos quedó en una especie de desmayo que aprovechó habilmente Vega, saliendo á la puerta y haciendo señal al givilante que estaba parado á corta distancia, con los caballos agarrados del maneador.

El vigilante, en cumplimiento de la orden recibida, en cuanto sintió las voces saltó sobre uno de los caballos, y llevando de tiro el otro fué á situarse donde habia quedado el suyo y el de su oficial.

Cuando vió que este lo llamaba, se apresuró á acudir, asombrado de que las cosas pudieran pasarse tan tranquilamente, pues no habio sentido el menor rumor de lucha.

—Yo te garanto que no hay el menor peligro dijo al soldado, asi que llegó; bájate y trae un maneador para asegurarlo: puedes dejar no mas los caballos.

El milico estaba cada vez mas asombrado de la facilidad con que iban á atar á Barrientos—pero á penas entró al cuarto y vió Barrientos sin armas y ensangrentado se esplicó perfectamente lo que habia sucedido.

El oficial habia madrugado al paisano, y lo habia madrugado en toda regla.

Y mientras aquel seguia apuntando al cuerpo inmóvil de éste, como un exceso de precaucion, se puso á amarrarlo ni más ni menos que como á un temible criminal.

Atado Barrientos de piés y manos, fué sacado de la pieza y acomodado sobre el caballo del vigilante, atravesándolo.

Los golpes recibidos habian sido serios y aturdiradores, aunque de ninguna gravedad inmediata.

* Asi es que el fresco de la madrugada lo hizo volver en sí mientas lo ataban, y al apreciar todo lo horrible de su situacion, gritó debilmente.

—Cobardes! estas son las hombradas que ustedes hacen, y despues se han de quejar de lo que uno haga!

Matame no más, cochino. aprovechando la bolada, porque si alguna vez llegas á caerme á la mano te de abrir por el medio como á un peludo!

—Cállate ladron, facineroso, por que si no te mato te he de deslomar de una paliza para enseñarte á respetar la autoridad.

—Miren que autoridad! vergüenza debia tener en decirlo. so trompeta!

Iba Vega á replicar, tal vez á darles nuevos golpes, cuando apareció la viuda que habia despertado sobresaltada y acudia á averiguar lo que habia sucedido.

Al ver á Barrientos atravesado sobre el caballo, ensangrentado y espirante, la viuda sintió que la muerte pasaba sobre su corazon, y como una leona saltó sobre el oficial Vega tratando de agarrarlo.

—Cobarde! asesino! ha muerto á Julio! le ha asesinado! ah! madre mia, y yo no puedo arrancarle las entrañas!

Y se abalanzaba sobre Vega que se veia obligado á retroceder y apuntarle con el revolver para intimidarla.

Pero la viuda, lejos de intimidarse, avanzaba sobre él con la mirada dilatada por el enojo y el ademán resuelto.

—Retírate, retírate alma mia! le gritaba Barrientos, porque te asesinaría ese cobarde! retírate que todavía no me he muerto y puede ser que algún día tome mi desquite!

—Julio! alma de mi alma! gritó trastornada abandonando al oficial para acudir al amante: en que estado lastimoso te han puesto!

Y llorando de la manera mas conmovedora lo llenaba de besos, mientras limpiaba la sangre coagulada ya sobre su frente.

Vega saltó sobre la viuda temiendo fuera á desatar á Julio, que aún era un enemigo terrible, y se tomó con ella á brazo partido, mientras gritaba al vigilante:

—Anda, anda lo mas ligero que puedas que ya te alcanzo.

El vigilante no se hizo repetir la orden y se puso al galope sin atender á las terribles injurias que le dirigía Julio.

La viuda empezó á dar horribles gritos que pusieron en pié á los peones, quienes acudieron inmediatamente con sus armas en la mano.

Vega al ver esto, temió que los peones incitados por la viuda, se le vinieran encima, así es que dió á esta un fuerte empujon que la dió contra el suelo.

Y apuntando á los peones con el revolver, para que no se le acercaran, saltó sobre su caballo y se alejó á gran galope.

—Pronto! gritó la viuda á los peones; mi caballo ensillado, que acaban de asesinar al patron y se lo llevan!

Pronto! mi caballo! muévanse, pués, trompetas!

Y esto último era dicho de una manera desesperante, porque los pobres peones habian quedado estáticos ante la noticia recibida.

El que se repuso primero voló á las casas, comprendiendo que talvez la salvacion de Julio estaba en la mas pronta ejecucion de la orden recibida.

Y en menos de cinco minutos ensilló y trajo á la viuda su caballo favorito, mientras los otros, repuestos tambien con su ejemplo, saltaban en pelo tambien, para acompañarla.

La pobre mujer devorando sus lágrimas y sollozando de una manera desgarradora, montó á caballo y salió en la misma direccion que llevaba Vega, en una carrera vertiginosa.

Aunque convencidos de no alcanzarla, iban los peones á seguirla, cuando un grito de dolorosa sorpresa salió de todos los pechos.

El caballo de la viuda acababa de hacerse un ovillo rodando con ella un gran trecho.

La rodada era espantosa, porque sin duda el caballo habia metido las manos en un cueva y se habia dado vuelta.

Los peones, aterrados, sorprendidos, quedaron un momento parados, para calcular la intensidad del

golpe por la manera con que se levantaba: pero ella ni el caballo se levantaron mas—habian quedado allí como heridos por un rayo.

Fué entonces que los peones, rogando á Dios equivocarse, porque la creian muerta, corrieron en su socorro.

La viuda habia dado una de aquellas rodadas monstruosas en que no es posible escapar con vida.

El caballo, hecho un ovillo, habia caído sobre ella apretándole el pecho hasta deshacerse; y como él mismo se habia desfogotado, no pudo moverse y quedó allí sobre la pobre mujer, hasta que llegaron los peones.

—Pronto, pronto á sacarle el caballo de encima! dijo uno de los peones, horrorizado ante el espectáculo, y todos se pusieron á la obra reuniendo el común esfuerzo para libertarla de aquel peso enorme; pero vieron conmovidos, que la patrona no daba señales de vida.

Y empezaron á hacer sus comentarios, mientras la acomodaban en un cuero para llevarla hasta que llegaron los peones.

Apenas la movieron, un chorro de sangre negruzca y espesa salió por la boca y las narices, arrancando á los peones un grito de profunda conmiseracion.

—Dios la haya perdonado! exclamó el mismo que habia hablado ántes: debe tener deshechos los pulmones; mucho me temo que no vuelva mas á la vida.

—Pronto, llevemosla á la casa, y á buscar á ño Cipriano á lo de Rosa: si él no la libra, no habrá quien pueda hacerlo.

Arrastrándola en un cuero con toda la delicadeza necesaria para evitar los tropiezos que pudieran encontrar en el camino, los peones se pusieron en marcha para la casa.

Y la sangre seguia saliendo por la boca y las narices de la viuda.

Apenas se le sentia la respiracion, y en sus mismos ojos aparecia un círculo de sangre negruzca, semejante á la que salia de su boca!

—Debe estar reventada por dentro! dijo uno; el caballo se le habia caído encima, con toda la violencia del golpe, y sin duda le ha deshecho los pulmones!

—Pero que ha sucedido aqui, preguntó un tercero—yo he venido á lo ultimo y no he alcanzado á saber mas que lo que ella me dijo al pedir su caballo y que se lo llevaban; yo creo que estaba muerto.

—Pero como no se ha sentido nada? ¿como no hemos oido siquiera el barullo de la pelea?

—¡Quién sabe! cuando menos lo habrán agarrado dormido y ahí no mas le han pegado.

Estas justicias son mas traicioneras que caballo tuerto, y pudiendo ellos madrugarlo á uno, no hay cuidado, que no le dan ni tiempo para que se mueva!

Entretanto, y mientras buscaban en sus conjeturas la clave del enigma, uno de los peones se habia ido á lo de Rosa en busca de ño Cipriano, único que podia librar á la viuda de la muerte.

Felizmente encontraron á este que recién se levantaba de dormir, por cuya razon estaba mas despejado que de habitual.

Cuando el viejo oyó de lo que se trataba, saltó

como un muchacho, y se dirigió á su recado para ensillar inmediatamente.

El pobre gaucho amaba tiernamente á la viuda, y segun describía el golpe el peon, la cosa era de una gravedad mortal.

—Si se ha deshecho los pulmones, dijo, no hay Dios que la levante: esa bocanada de sangre que ha echado al levantarla no me gusta nada!

Pronto, canejo! que si la cosa tiene remedio no hay que perder el tiempo.

Andate allá, dijo al peon, mientras yo ensillo: teneme pronto un poco de grasa de potro mezclada con vinagre y un poco de caña de la juerte, sin rebajar.

El peon partió á escape, queriendo contribuir en lo posible á la salvacion de su patrona.

No Cipriano, ensillaba tan apresuradamente que á cada momento tenia que empezar de nuevo, porque con el apuro, y medio aturdido por la noticia, ponía las pilchas al revés y no podía enfrenar.

—¿Que sucede? preguntó Angel, llegando acompañado de Rosa; con que nos quiere dejar?

—Y como no! ayúdeme á ensillar, por vida suya, que si no voy á acabar en todo el día, y la pobre se me puede morir?

—Pero que es lo que ha sucedido, que tan apurado lo tiene? Quien se puede morir?

—La viuda, amigo, la viuda! parece, segun me dijo el peon que vino á buscarme, que anoche la policia ha agarrado á Barrientos, teniendo que matarlo para poder llevarlo, la viuda ha sabido la cosa y ha salido de su casa tan á la carrera y tan aturdida que ha rodado y la apretó el caballo.

—Madre mia! exclamó Rosa con verdadera pena; pobre mujer! vaya pronto ño Cipriano, vaya pronto y que Dios lo ayude en la cura!

Mujer, al fin, en tan serio peligro, Rosa perdonaba á la viuda el mal que le habia hecho y sentía verdaderamente la doble desgracia que le sucedía!

—Yo sé lo que es sufrir cuando se vé muerto al hombre que se ama con toda el alma: no hay nada que pueda igualarse á este dolor.

Por mas hondo que fuera el rencor que le inspirara su rival, ante la desdicha y el peligro de muerte, Rosa lo olvidó todo y no pensó mas que en lamentar verdaderamente la desgracia de la pobre mujer.

El mismo Angel, que era quien mas habia sufrido por ellos, ayudó á ensillar á ño Cipriano, lamentando lo sucedido.

—Pero que diablos habrá hecho Barrientos para que así lo hayan tratado? Algo serio debe haber sido cuando han tenido que matarlo?

—Es que Julio es así como Dios lo ha hecho, respondió el viejo, yo lo conozco como si fuera mi hijo: han de haber ido á tomarlo por la cosa con Vd, no habrá querido darse á preso y lo habrán tenido que pelear y matarlo.

Esto tenia que sucederle, y ya lo dije yo cuando supe que lo buscaban: el amigo Julio vá á morir á manos de la Policia porque es muy soberbio y no vá á querer entregarse.

Y ño Cipriano, una vez que hubo ensillado saltó á caballo con toda la agilidad de un jóven, despidiéndose de sus amigos.

—Si algo se ofrece, le gritó Rosa, no tiene mas que mandar avisar; en estas cosas, ño Cipriano, no hay resentimiento que valga, que para eso estamos en el mundo!

—Ya lo sé! concluyó el viejo, poniendose al galope—yo conozco á mi gente y sé que tienen ustedes buen corazon: hasta la vuelta.

—Tanto Angel como Rosa, quedaron en la mayor consternacion—era aquella una desgracia demasada dolorosa y ellos eran demasado nobles para olvidar todo sentimiento de odio y de venganza.

—Si no fuera porque no es decente ni propio, dijo Angel, yo mismo me iba al Juzgado á ver si podía ser útil á ese hombre.

No pueden haberlo ido á tomar por otra cosa que por la cuestion conmigo, puesto que no se sabe que haya hecho algo nuevo, y yo no quisiera que la justicia se metiera en un negocio que es completamente mio.

Pero qué le hemos de hacer! ya la cosa no tiene remedio.

La fatal noticia, llevada por unos y por otros, se estendió bien pronto por todo el partido.

Barrientos era querido de todos, y una desgracia suya, de tal magnitud, era para los paisanos como desgracia propia.

Cuando ño Cipriano llegó á casa de la viuda, ésta se hallaba rodeada por infinidad de vecinas que se habian apresurado á acudir en cuanto supieron la noticia.

La viuda era una mujer buena y servidora; cuando era necesario, ella iba á todas partes, á prestar sus servicios al que los necesitaba.

Así es que, cuando los amigos con cieron su desgracia, se apresuraron á acudir tratando de serle útil.

Pero la viuda no habia vuelto en sí, á pesar de que se le habian hecho ya todos aquellos remedios caseros que aconsejaba la práctica de los paisanos en este género de golpes.

Su respiracion se hacia cada vez mas leve y penosa y la sangre habia ya dejado de salir de la boca.

No Cipriano fué saludado como la aparicion de la única esperanza; todos le hicieron campo y fijaron la mirada en su cara bondadosa é inteligente, para conocer en ella la gravedad del caso que todos creian de muerte.

Grave y silencioso, sin saludar á nadie y sin ojos mas que para mirar á la pobre mujer, estendida en la cama, ño Cipriano se acercó á ella dejando ver toda la emocion que sentía.

Y con una profijidad asombrosa, la registró minuciosamente el pecho y las espaldas.

En todos los semblantes se veía la inmensa ansiedad que dominaba á aquella buena gente, que esperaba anhelante la palabra que habia de salir de sus labios despues de aquel reconocimiento.

Pero el viejo se retiró de la cama sin pronunciarla y pidió la grasa de potro y vinagre, que habia encargado con anticipacion, consagrándose desde aquel momento á la cura.

Los paisanos se retiraron entónces, y ño Cipriano, ayudado de las mugeres, empezó á practicar la primera cura, que consistía en una fletacion de grasa con-

vinagre, en pecho y espaldas, y unos tragos de vinagre echados en la boca de manera que pudiera tragárselos.

—Qué le parece ño Cipriano, se atrevió á preguntar una paisana buena moza, conocida como parienta de la viuda, despues que aquel hubo concluido la cura, ¿podremos esperar que vuelva en sí?

—El golpe ha sido macuco, contestó el viejo con cómica gravedad, mientras de sus párpados rodaba una lágrima—solo siendo de fierro puede librarse de la muerte, porque está toda reventada por dentro.

Si no ha muerto ya, es porque Dios no ha querido, pero no tiene escape, pues ya está en la agonía.

Yo le hecho remedios porque algo era preciso hacer, pero desde el principio he visto que no hay remedio que la salve.

El diagnóstico no podia ser mas fúnebre y desesperante y las paisanas se echaron á llorar, no dudando un momento de que aquella era una verdad profunda.

La fama de ño Cipriano, como curandero, era incommovible, y para aquella buena gente lo que él decia tenia que suceder de una manera segura.

La paisanada entró en el aposento cuando salió ño Cipriano y hubo conocido su fatal diagnótico.

Y rezando unos y llorando siempre ellas, empezaron á seguir en el pálido rostro de la viuda aquella agonía apenas perceptible.

El cuerpo de la pobre viuda se fué enfriando gradual y sensiblemente, hasta que á la caída del sol no era mas que un cadáver rijido y helado.

Ño Cipriano, que habia chupado como una esponja durante todo el dia, y que estaba ya bastante pesado, se acercó á la cama para dar la segunda fletacion, pero apenas miró la cara de aquel cuerpo rijido, se dió vuelta exclamando:

—Aquí ya no hay mas remedio que llorar; el Señor se la ha llevado á una vida mejor.

Esto tenia que suceder, y lo que á mi me asombra es que haya vivido tanto despues del golpe, aunque solo ha vivido en la respiracion.

De estos golpes no se vuelve á dos tirones, porque tenia reventados los pulmones y despedazado el pecho.

Que Dios la ayude, pobre amiga, porque ella era buena con todo el mundo é incapaz de hacer mal á nadie.

Los candiles empezaron á encenderse, y bajo la direccion de ño Cipriano se empezaron á hacer los preparativos para el velorio.

Una hora despues, la casa de la viuda era invadida por una verdadera avalancha de paisanos de ambos sexos, que se apresuraban á concurrir á aquella rara ceremonia, última y mas elocuente manifestacion del aprecio y cariño que se ha tenido á una persona.

Se habia encendido gran cantidad de candiles, al extremo de que á la distancia aquello parecia un colosal incendio.

La triste noticia se habia estendido por todas partes con celeridad, y de todas partes acudian los ami-

gos las relaciones, con sus avíos consiguientes al acto.

Porque un velorio es una fiesta como cualquier otra, pero una fiesta especial, que ofrece los mas raros contrastes.

Allí se canta y se llora, se rie y se está triste, se baila y se rodea el cadáver de luces antelas que defila el amigo mústio y pesaroso para ofrecer la última espresion de su cariño.

El velorio es una cita ineludible para el amigo y para la amiga, que dá con su presencia la última prueba de aprecio por el ser que falta ya para siempre.

Y hasta los desconocidos é indiferentes acuden al velorio, aunque no sea mas que para estar en la pieza de al lado, tomando un copa por el buen descanso del muerto.

Cómo van á dejar solo al amigo que fué, en su última noche de estadía entre los vivos?

El que tal hiciese no seria bien mirado ni digno de que los demás lo tuviesen como un hombre bueno.

Así, el velorio de la viuda fué uno de los mas concurridos de que haya memoria por aquellos pagos.

Los amigos y amigas habian acudido desde largas distancias y la casa de la pobre viuda estaba animadísima de alegría y concurrencia.

Las causas de su muerte se comentaban entre los grupos, de diferentes maneras, como se narraba de una manera diversa y contradictoria la desgracia sucedida al amigo Barrientos.

Todos estaban, sin embargo, conformes en un punto: la iniquidad de la justicia, verdadero azote de los pueblos de campo.

—Ya no se pudiendo vivir, amigo, en nuestra tierra, exclamaba ño Cipriano dando un largo y apasionado beso al medio frasco que tenia entre las manos.

Aquí asistimos á nuestro propio velorio, porque la muerte de Barrientos es la muerte de todos nosotros.

Dia vá á llegar en que no vamos á poder montar á caballo, sin que la justicia nos mande prender como á foragidos y mate al que no esté conforme.

Ande se ha visto que porque un hombre cambia una puñalada con quien lo ofendió, ha de tener que andar huyendo porque no le echen el guante y le planten el vestuario de veterano!

La justicia nuestra no tiene perdon de Dios porque hace cosas de refinada herejía, complaciéndose en vernos sufrir y maldecir de la existencia misma.

El corazon se subleva, con tonta arbitrariedad perversa; y dia vá á llegar en que tengamos que andar á salto de mata para no ser muertos á la fija.

Las justicias tienen el derecho de todo, continuaba ño Cipriano con pasmosa elocuencia.

Un alcalde tiene derecho de roncar fuerte, de marmarse, de arrebatarse las paradas, de robarnos el mejor caballo, y hacernos banco ande quiera, con una vuelta derebencazos ó de puñaladas mismo.

Y si nos mata, con decir que nos resistimos á su autoridad, queda pago.

Pero haga un paisano cualquier cosa de estas,

tiene para pasar toda su vida en los cuerpos de
ea!

No es esto para agarrar el maneador y dar una
elta de azotes al gobierno que tales cosas per-
te?

El corazon tiene tambien su medida, que se colma
fin y á la postre, y ahí tiene un hombre perdido
ra toda la vida.

No Cipriano tenia entusiasmado al auditorio, con
gran discurso.

El buen viejo ponía el dedo en la llaga con una
eza indiscutible.

—Los justicias, terminó ño Cipriano, lo pueden
lo porque ellos tienen las llaves del cielo; hacen lo
e quieren y no hay que retrucarles porque es dar
ntra la suerte.

Se prohíben las jugadas, porque ya no tenemos ni
derecho de gastar nuestra plata en lo que nos dé
gana: pero el alcalde tiene jugada en su misma
sa sin que nadie le diga nada.

Y todos vamos á dejar allí la plata, porque, quién
atreve á ganarle al alcalde por buenas cartas que
iga?

Eso sería enemistarse con él para toda la siega, y
quedábamos privados hasta de andar ed el cam-
porque siempre hallaría un pretesto para man-
rnos donde quisiera.

Así me rio yo cuando oigo hablar del infierno
de los diablos que hacen puchero con noso-
os!

Qué mas infernos ni mas diablos que los justicias
sus policías?

Decidamente Dios estuvo quién sabe cómo cuan-
inventó la justicia, porque ella no sirve sino para
cernos ver el infierno antes de tiempo.

Uno no sabe lo que es padecer hasta que no le ha
visto las barbas á un alcalde un dia de mal humor:
esto habia sido peor que verle los cuernos al mismo
mandinga!

El discurso de ño Cipriano fué recibido por la
paisanada con verdadero entusiasmo, porque les pe-
gaba en la matadura, como decian ellos pintoresca-
mente.

—Eso es hablar como gente! decian; lástima que
ño Cipriano no sea alcalde! entónces si que la ley
sería pareja!

La aparicion del alcalde en el velorio puso fin á
aquella traviesa plática, y nadie se atrevió ya á
mentar la soga, considerándose en casa del ahor-
cado.

Se tocó la guitarra y se bebió durante toda la no-
che, lamentando el fin de la vida y la suerte que
habia cabido al amigo Barrientos, á quien tambien
se daba por muerto.

En estos temas se inspiraron las mas tiernas dé-
cimas que se cantaron aquella noche memorable,
y despues del asado de la madrugada, se hicieron
los preparativos para el entierro, que no se pudo
hacer hasta dos dias despues, porque habia que
ir al pueblo á buscar cajon y este era un viaje
largo.

Y la muerte de la viuda fué tan sentida por todos,
que ella marcó una nueva fecha en el recuerdo de
los buenos paisanos.

Se decia, “al año de morir la viuda”, como “seis
meses ántes de morir la viuda”, para fijar el tiem-
po de cualquier otro acontecimiento digno de re-
cuerdo.

JUSTICIA DE LA TIERRA

Julio Barrientos fué conducido al Juzgado de
az y puesto de las piernas en el cepo, hasta que
era el Juez y ordenara lo que con él debia ha-
rse.

Aturdido por el dolor de verse separado de la
uda y la vergüenza de verse conducido al Juzgado
mo un ladrón, no habló una palabra durante el
mino.

La desesperacion en que pensaba estaria la viuda,
cansaba un dolor acerbo que se le hacia cada vez
as insoportable.

—Y por qué han hecho esta herejía conmigo? pen-
ba, por qué me han preso como si yo fuera un ban-
do, niriéndome como si yo fuera tal, sin que yo
ubiese dado el motivo mas pequeño?

Esto no puede ser mas que por haber herido
Angel, aunque no habia para qué usar tanto
gor.

La idea de estar preso mucho tiempo y separado
de la viuda, le cerraba la boca, ávida de prorrumpir
en injurias contra Vega y su acompañante.

—No quiero decir nada, porque no seria otra cosa
que empeorar mi causa, decia; todo se arreglará
con una multa que será mas fuerte porque yo soy
quien tiene que pagarla; pero al fin y al cabo esto
será todo, y dia llegará en que podré tomar mi
desquite.

Y resuelto á sufrirlo todo por el amor de la viu-
da, de quien no queria estar separado, guardó silen-
cio pasando por alto todas las pullas y compadras
que le dijeron.

—Aunque me ódia, el Juez tendrá que soltarme,
porque no habiendo muerto Angel, será cuestion de
un multa y los daños que él cobre, que por fuertes
que sean siempre habrá con qué pagarlos.

Después será otra cosa—en el mundo andamos y algún día he de poder yo tomar desquite.

Resuelto á sufrirlo todo por salir pronto en libertad, Barrientos se dejó poner en el cepo y tratar malamente, limitándose á pedir un poco de agua fresca para lavarse la herida.

—Si no se metieran á guapos y á creer que pueden más que la autoridad, nada de esto les sucedería, exclamó Vega tratando de disculpar ante sí mismo su mal proceder.

A ver si así aprenden á respetar y á no resistirse á la voluntad del juez!

Barrientos fué á contestar, pero se contuvo á tiempo y guardó silencio.

Tenia miedo de que se le fuera la boca si decía una palabra, y que detrás de esta soltara tantas, que no lo saltaran á él en un año.

Sin comer, y con aquella posición violenta, pasó todo aquel día y toda la noche, preso de una agitación febril y sin que el Juez lo mandara llamar á su presencia, como era de práctica para prestar declaración.

Así se pierden los hombres! pensaba, en medio de la fiebre que le produjo la herida.

Quiéren desesperarme, apurarme la paciencia para que yo diga cuatro insolencias y tener motivo de mandarme de veterano!

Pero no les he de hacer el gusto! les he cono... el juego, y zonzo sería yo si me dejara ganar á cartas vistas!

Se han de amacar fuerte para que yo les dé el motivo que busen! tienen tiempo de oírme y algún día han de escuchar las cosas que les obliguen á taparse las orejas!

Ahora no hay más que aguantarse en el potro y tener paciencia, peor sería otra cosa!

Y resuelto á esperar pacientemente, cerró los ojos fingiendo que dormía,

Julio Barrientos ignoraba lo que había sucedido á la viuda y pensaba en ella con el más vivo deseo de volver á verla.

Como aún no le habían tomado declaración, los milicos no habían querido hablar con él, y nadie había podido, por consiguiente, darle la triste noticia de su muerte.

Y mientras Barrientos pensaba que su amada habría venido á verlo pero que no la habría dejado llegar hasta él, los amigos asistían á su velorio, compadeciendo su suerte.

Y pensando en el íntimo placer que tendrían al volver á verse, el paisano olvidaba por momentos la desgracia que había caído sobre él.

Tarde de la noche, los Juzgados de Paz de campaña quedan exclusivamente entregados al cabo y á los soldados de guardia.

Ellos son los que disponen y toman por su cuenta las medidas que les parece, porque después de las diez de la noche, no hay en el Juzgado ninguna autoridad superior.

Buenos por naturaleza y compasivos ante la desgracia ajena, acostumbrados á la vida militar y del fogón que se pasa en alegre y entretenida charla, esta es la hora en que los buenos milicos se acercan á los presos para brindarles un mate y conversar

de aquellas cosas que han sido el tema del día en el Juzgado.

Se habla entonces del paisano que se mamó, de los que pelearon, de la rodada del compadre Martín, ó del baile de ño fulano, y solo se interrumpe la conversacion á la hora que llegan los empleados del Juzgado, para volverla á reanudar cuando estos se retiran.

Así, cuando los milicos que estaban de guardia quedaron solos, se aproximaron al amigo Barriento brindándole un mate y ofreciéndose para lo que gustase mandar.

—Nosotros no tenemos la culpa de lo que sucedió, dijo el cabo, ya sabe que no tenemos más remedio que obedecer y cumplir lo mejor que se pueda.

Pero también estamos para servir á los amigos en la desgracia y aliviarlos de las penas que sienten. Así es que si en algo puedo servirlo, ocúpeme con franqueza que lo haré con mucho gusto.

Barriento miró profundamente á aquel hombre que así le hablaba, como si quisiera saber si hablaba de buena fé.

Pero sintiendo disiparse toda desconfianza ante aquella mirada franca y mansísima, tomó el mate y dió salida á toda la amargura que estaba atesorando desde la madrugada.

—Lo sé amigo, dijo, yo no sé por qué han hecho esto conmigo, sin que yo les haya dado el menor motivo! me tienen aquí como un bandido, y sin embargo, nada tengo que reprocharme en la conciencia.

—Qué quiere, amigo, contesto el cabo tristemente en el mundo estamos para padecer y hay que conformarse á todo.

Los hombres tienen sus ideas, y cuando se le mete una cosa en la cabeza, es mejor dejarlos que se hagan el gusto!

Créame, amigo Barrientos, yo he visto hombre traídos aquí con una injusticia que clamaba al cielo, y que con paciencia y sufriendo un poco han conseguido al fin lo que querían.

—Es que la paciencia tiene sus límites, amigo y tanto hacen y tanto hacen, que al fin se acaba, un hombre tiene que comprometerse aunque quiera.

Tenga paciencia, amigo Barrientos, que es consejo sano; su causa al fin no es grave y pronto se ha de ver libre!

—Pero ya vé que me han tenido un día entero en el cepo, sin siquiera decirme: por esto te han traído. Mal olor le tomo á la cosa, amigo, y se me figura que voy á estar aquí una eternidad.

—No crea amigo, mañana no mas le llaman á declarar, y pagando la multa y el daño que pidan todo queda arreglado.

—Dios le oiga, amigo, porque se me sale el corazón de ganas de ir á mi casa! y ya qué usted se me ha ofrecido de tan buena voluntad voy á pedirle un favor.

—Cuántos usted guste, amigo: yo tenía hoy la intención de brindarle un mate, pero eso no se puede hacer de día porque lo ven á uno y pueden quitarle el puesto.

Pero ahora esto es distinto; como ellos no se mo-

tan para nada durante la noche, uno puede así vir á los amigos sin ningun peligro.

Diga, pues, en qué le puedo ser útil que lo haré con el mayor gusto.

—Necesito que me preste un poco de papel y lápiz, porque quiero consolar á quien estará llorando por mí; esto, si usted puede hacerme llevar la carta. El cabo comprendió para quién podía ser aquella carta, pues todos sabían que Barrientos vivía con su viuda, pero como se atrevería á decirle así de un tipo que la viuda había muerto?

En primer lugar iba á darle una noticia tan terrible como inesperada, y se suponía que Barrientos, desesperado y medio loco por el dolor, se arrojase del cepo é hiciera alguna atrocidad.

Así, guardó silencio, mientras Barrientos escribía una mas apasionada carta.

—Me asombro que no haya venido á preguntarme por mí en todo el día, dijo con cierta amargura; de haberla echado pues del Juzgado, pues de otro modo no se habria movido de aquí.

—Es que hay cosas que le suceden á uno, contestó el cabo no sabiendo por donde romper con su noticia, que son como para esrellarse la cabeza.

Mire, amigo, cuando las cosas empiezan á salir al aire, parecen que se pasan la palabra para golpearlo uno.

Usted anda en la mala, amigo Barrientos, y has que no cambie la suerte vá á sentir el rigor del destino en todas sus cosas.

—Qué le hemos de hacer contestó Barrientos, que no tenía su pensamiento en la viuda y no podía apreciar todo el significado de las palabras del cabo: ¿quién tiene, pues, la carta, hágame el favor de manífestarla, á ver si temprano tenemos la contestación.

El cabo recibió la carta con visible turbacion, empezó á darle vueltas en la mano: no se atrevía á decir una palabra sobre la desgracia de la viuda.

En aquella carta, cargada de pasion y sentimiento, Barrientos consolaba á la viuda de aquella separacion de pocos dias, diciéndole que aquello no era nada, y que pronto volverian á verse para no separarse mas.

Hay que tener resignacion en la desgracia, para apreciar mejor la felicidad, le decia; lo que me sucede no es nada ni vale la pena de aflijirse.

Ya ves que te puedo escribir y que mi único deseo es estar á tu lado.

No te aflijas entonces ni vengas aquí, porque no quiero verte espuesta á las groserias de esta gente mala y descomedida, que se darian un placer en mortificarte.

Con el dador puedes contestarme de palabra, porque las cartas se pierden y no hay necesidad de que nadie sepa lo que me dices.

—A la noche, dijo Barrientos, podré tener la contestacion de la carta; es un servicio que ahora no puedo pagarle sino con mi eterno agradecimiento; cuando salga de aquí ya será otra cosa, entonces podré darle algo que le sirva de memoria mia y del servicio que me ha hecho.

El cabo estaba cada vez mas turbado, porque se

aproximaba el momento de darle la mala noticia y no sabia por donde empezar.

—Usted es guapo, amigo Barrientos, y se le puede decir todo, exclamó, animándose por fin: de esta carta usted no puede tener respuesta, porque á quien debe darla le ha sucedido una desgracia!

—Qué le ha sucedido? preguntó el paisano, sintiendo cruzar la muerte por su corazon.

Y haciendo un violento esfuerzo se incorporó sobre el cepo, con peligro de romperse las canillas: hable amigo por vida suya, porque la duda en que me ha puesto es mucho mas dolorosa que la verdad misma, ¿qué ha sucedido por mi casa?

Y lívido y anhelante buscaba en la cara del cabo la verdad que la boca no decia.

Este, al ver el efecto que producía en Barrientos el solo temor de una desgracia, no tuvo valor para darle la horrible noticia.

—No se asuste, amigo, que lo que ha sucedido tiene remedio. La cosa es que cuando lo trajeron á usted aquí y lo vió ella asustado, saltó á caballo y se quiso venir con tanta prisa, que el caballo rodó y la ha apretado.

Por eso, sin dunda, no ha venido á verlo, ni podrá venir por ahora.

Al oír aquello Barrientos experimentó un dolor tremendo; amaba aquella mujer con toda su alma, y viendo que por acudir á él habia rodado, su desconsuelo fué grande.

—Y qué se ha hecho? preguntó lleno de ansiedad: hágame el bien de decirme lo que se ha hecho, sin ocultarme nada, porque la duda es mil veces peor.

—Que yo sepa no hay nada mas, contestó entonces el cabo, no atreviéndose á decir á Barrientos que la viuda habia muerto, y á que aquellas horas la estaban velando; creo que no será mucho, porque el médico Cipriano ha ido á asistirle y ya sabe usted que es buen médico.

—Dios le pague sus cuidados, exclamó Julio enternecido—vea amigo todo lo que sucede por una maldad de la justicia!

Qué necesidad tenia de haberme asaltado y traído como un ladrón!

Es natural que la pobre mujer, aflijida al verme herido y amariado como un bandido, haya perdido la cabeza, y por correr en mi auxilio haya pegado una rodada que bien puede haberle costado la vida!

Para eso sirven ustedes, amigo, para dejar la desgracia y la ruina donde quiera que asientan el pié.

Yo no digo esto por usted, pero sí por ellos, á quienes deseo todo el mal que pueda sucederles.

No hay nada eterno en la vida, amigo, puesto que la vida misma se acaba: hasta de los cuerpos de piedra se suele volver, aunque con el corazon anegado y rebosando ódip.

Y esta me la han de pagar! si, me la han de pagar de una manera terrible! yo les he de preguntar si esto se hace con un hombre de bien!

—Tenga paciencia, amigo, que para todo hay remedio, dijo el cabo tratando de calmarlo; no es bueno echarse de golpe á la desesperada y creer que todo haya concluido.

Usted tiene que salir en libertad, y ella sanará y

ya verá como su contratiempo no es la infelicidad de toda su vida.

—Dios lo quiera así! amigo, Dios lo quiera así! porque desde que han hecho esto conmigo siento que hay en mi corazón un fondo de maldad que á mí mismo me asusta.

Si yo llego á echarme al camino alguna vez, voy á ser algo que de sentirme nombrar tan solo van á sentir encogerse el corazón.

Mire, amigo, concluyó, en vez de llevar la carta, va á hacerme el favor de averiguar como sigue la enferma y decirle de mi parte que pronto nos veremos, que la quiero mas que nunca y que no se preocupe de mí porque estoy bueno. Dígamele tambien que haga todo cuanto le mando ño Cipriano, porque no hay golpe que le pueda hacer frente y lo que no cura él no lo cura nadie.

El cabo y Barrientos siguieron conversando toda la noche y lamentando éste, la triste situación en que se veía tan sin motivo, mientras que aquel trataba de consolarlo, pintando cada vez mas gravemente el golpe de la viuda.

—Así, pensaba, se irá acostumbrando poco á poco y comprendiendo la desgracia y preparando el espíritu á un mal suceso, de modo que cuando sepa toda la verdad no le será tan duro el golpe.

Cuando se separaron, á la madrugada, ya Barrientos sabia que el golpe de su amada era de los peores que pueden recibirse, que el caballo la habia apretado en el pecho y que ño Cipriano habia dicho que la cosa era muy seria.

—Esta noche le diré que sigue peor, se dijo el cabo, mañana, que sigue peor todavía, y así, cuando le digan que ha muerto, recibirá una noticia esperada ya.

Barrientos, poco despues de amanecer, se durmió con un sueño ajitado y leve.

Cualquier ruido le despertaba y lo hacia saltar tal alto preguntando como seguía la viuda.

A eso de las once del dia vinieron á sacarlo del cepo, y á llevarlo adonde estaba el Juez de Paz, para que prestara declaración.

—Por fin se acordaron de mí! exclamó; mas vale tarde que nunca.

Y con el paso vacilante é inseguro, á consecuencia de la agitación moral, la sangre perdida y la falta de aliento, siguió al cabo hasta la sala donde esperaba el Juez Adaro, su gratuito enemigo.

Aquellos dos hombres, que nunca habian cambiado una palabra, se miraron como dos viejos enemigos.

Adaro no veía en Barrientos mas que al ladrón de sus cueros, aunque éste ninguno lo habia robado, y Barrientos miraba en él al autor de su desgracia, desgracia que tan fuertes consecuencias habia tenido.

Sin embargo, resuelto á no empeorar su causa y á tolerarlo todo para conseguir su libertad y volar al lado de la viuda, entró con la mayor compostura y respeto, bajando los ojos para que el Juez de Paz no pudiese ver en ellos todo el odio que sentía.

—Te habrás convencido, le dijo Adaro apenas lo tuvo adelante, que es inútil evitar la acción de la justicia? es preciso que sepas que mientras yo sea

Juez de Paz el que cometa una falta tiene que pagar la ó emigrar del partido.

—Será así, señor, contestó Barrientos, pero yo no he cometido falta ninguna, ni sé porque me han preso.

—Y si no has cometido ninguna falta, porque te has andado escondiendo? por qué te has resistido al oficial que te fué á buscar.

—Ni me he resistido ni me he escondido—el oficial que ha ido á buscarme me ha tomado durmiendo—me ha herido sin que yo le haya dado motivo de ninguna especie: él me ha golpeado por el placer de golpear cuando yo estaba durmiendo y despues de haberse apoderado de mis armas: solo así pueden pegarme á mí.

—Tu eres igual á cualquier otro, y siempre que des motivo y haya razón, te han de golpear no mas.

Barrientos, temiendo decir una insolencia que le costase cara, guardó silencio.

—Estaba á la completa merced de aquel hombre, y no quería darle pretesto para que fuese con él cruel y arbitrario.

—Y como dices que no has cometido falta ninguna? y las puñaladas que has dado á don Angel? crees que este crimen es no cometer falta ninguna? para que te escondías entonces?

—Yo no me escondía, replicó Barrientos levantando su mirada soberbia; estaba oculto en mi casa esperando que don Angel se curara ó nó, porque podía morir como podía no sucederle nada, y esta diferencia era para mí mucho.

—Y si sabes que has inferido á don Angel heridas de que podía morir, como dices que no has cometido falta ninguna?

—Por que esas heridas se las hice peleando duro para que el hombre no me matara.

Todos saben que ese hombre me obligó á pelear ofreciéndome hasta rebencazos si no le hacia el gusto: la suerte me ayudó á mí como podía haberlo ayudado á él, y con esto no creo haber cometido crimen ni delito que merezca lo que han hecho conmigo.

—Eso y mucho mas, contestó Adaro severamente; qué crees, que así no más puede darse de puñaladas á un hombre y quedarse riendo?

El homicida vá á un cuerpo de línea por tres años y ahí iras tú por eso y por haberte resistido á la autoridad.

—Pero eso no es cierto, señor Adaro, yo no me he resistido á la autoridad; á mí me han ido directamente á herir, á matarme y se han contentado con lo primero, es porque así lo ha querido el oficial, si no me hubieran muerto.

—Sea como sea, tú has dado de puñaladas á don Angel, y si no ha muerto no es por culpa tuya, pues la Providencia lo ha librado.

—Hemos peleado lealmente, contestó Barrientos, mortalmente pálido y haciendo visibles esfuerzos, por contener su indignación.

El me provocó y hemos peleado mano á mano delante de testigos; puede usted mandar llamar al mismo don Angel á ver si yo miento.

Si él pide algo contra mí, estoy dispuesto á satisfacerlo: una pelea se salda con doscientos pesos por

barba, yo pagaré mi parte y le quedaria á usted muy agradecido.

Pero por Dios, por lo que mas quiera en el mundo no me eche de veterano, señor; mire que yo no he dado motivo para tanto; el mismo don Angel no pediria tanto rigor y eso que él tiene contra un motivo grande, en el que no puede entrar la justicia.

Adaro pensó que el italiano estaria sunamente enconado contra Barrientos, no solo por las puñaladas sino por los amores con su mujer.

Calculó que si lo dejaban pedir algo contra Julio iba á pedir que lo ahorcasen, y consintió en hacerlo llamar.

—Está bien, dijo, yo voy á mandar buscar á don Angel y tú has de someterte á lo que él pida en tu contra.

Barrientos pensaba que su rival no podia pedir otra cosa que el dinero por el perjuicio de las heridas, pues no suponía que dejaran á su eleccion el género de castigo que debian aplicarle, así es que convino en un todo con la proposicion del juez.

—Está bien, dijo, mande llamar á don Angel y con lo que él pida estaré yo conforme.

El juez de Paz mundó buscar en el acto al italiano para poder vengarse de Barrientos sin la menor responsabilidad.

Don Angel se apresuró á comparecer condolido por la situacion de Julio, pues ya todos sabian lo que habia pasado en su persona y la de la viuda.

Cuando aquellos dos hombres se hallaron de nuevo frente á frente, ambos palidiecion intensamente bajando la vista para no mirarse.

Por los ojos de Julio pasó algo como el presentimiento de una desgracia; en los del italiano brilló un relámpago de ira, que fué muy pronto reemplazado por una espresion de lástima profunda.

Se acordó de lo que aquel hombre debia sufrir física y moralmente, y con una grandeza de alma que mostraba la elevacion de su espiritu magnánimo y con ademan de tristeza y magestad, le tendió la mano diciendo:

—Los hombres de corazon valen siempre lo que valen, amigo Barrientos: cuestiones á un lado, yo no le guardo rencor.

Julio miró á aquel hombre al través de una lágrima y estrechándole lealmente la mano respondió:

—No sabia que usted era tan hombre, don Angel, algun dia le volveré el bien que acaba de hacerme!

El Juez de Paz estaba atónito: habia mandado buscar á don Angel para que condenara á Barrientos creyendo que en él iba á hallar su peor enemigo, y se encontraba con un hombre cuya primer palabra era la del perdon mas generoso.

Y miraba asombrado á aquellos dos hombres, sin saber qué partido tomar.

Fué don Angel quien rompió el silencio diciendo al Juez:

—Me he apresurado á acudir á su llamado, señor, y aquí estoy para lo que guste mandar.

El Juez, sin poder reconstruir sus ideas, ni atinacion cualquier salida verosimil, tomó la actitud severa que á su juicio debia tener la primera autoridad de un partido, y repuso:

—Lo he mandado llamar, amigo, como víctima de este hombre; como Juez, yo sé lo que tengo que hacer por el delito público, pero no puedo calcular los perjuicios que lo ha ocasionado el crimen de este hombre. Quiero, pues, que usted manifieste ante el juzgado lo que necesita para quedar plenamente satisfecho.

La autoridad debe velar por el bien de todos, y para hacer justicia estricta estamos nosotros aquí: qué pide usted contra Julio Barrientos?

La disposicion de espiritu que traia el noble italiano se habia visto ya desde el principio, por lo que la pregunta estaba de mas. Así es que adelantándose unos pasos y mirando al Juez fijamente, dijo:

—Señor, yo contra este hombre no pido nada: bastantes amarguras tiene en su corazon para que yo venga á derramarle una copa más!

Hablando con verdad, él ha peleado conmigo porque yo lo provoqué; hemos peleado serio y sin ninguna ventaja; me ha herido como podria haberlo herido yo y esto es todo.

Si es por mí pueden soltarlo en el acto porque nada pido ni nada quiero: es un hombre que está en desgracia y ante esto se debe olvidar todo.

El corazon del paisano sufrió un rudo sacudimiento al oír palabras tan inesperadas.

Nada conmueve á los gauchos como los acciones de valor y generosidad; así es que avanzando hasta don Angel, le tendió la mano con un ademan de franco cariño y le dijo:

—Amigo, en la adversidad como en la suerte, puede usted contar con Julio Barrientos de todas maneras y para todo.

Soy su amigo á toda prueba; usted me ha hablado al alma y con el alma le contesto yo: todos los hombres venimos á servir para algo en esta vida! ojúpeme en la ocasion, que me encontrará siempre dispuesto á contentarlo.

El Juez estaba vencido: aquellos dos hombres, que dias antes se habian enviado mil veces la muerte en la punta de su puñal, estaban allí como dos hermanos no sintiendo el uno por el otro mas que la admiracion mas franca y el cariño mas digno de respecto.

—Está bien, terminó el Juez despidiendo á don Angel, la accion personal está terminada con la declaracion que acaba de hacer; ahoia no queda mas que la accion pública, la accion de la justicia que tiene que caer sobre todo culpable.

Si para algo se le necesita despues, yo lo haré citar para que comparezca nuevamente.

Don Angel salió oprimiendo nuevamente la mano de Barrientos, y éste y el Juez volvieron á quedar solos.

—Tienes suerte, dijo el Juez, puesto que te perdona el único que debia acusarte—por mi parte yo no haré mas que concluir el sumario y mandarlo al Juez del Crimen de Dolores, que es á quien corresponde sentenciar.

Tú irás allá, junto con el sumario, y me alegraré que seas feliz.

—Señor! exclamó Barrientos, desolado ante semejante determinacion, yo le suplico que no me mande á Dolores; sentencie usted no mas la causa, que es la

autoridad del partido la que debe determinar mi castigo!

—Pero si yo no puedo—las cuestiones de heridas tengo que elevarlas al Juez del Crimen para que él sentencie.

Yo haré en tu favor todo lo que pueda, pero nada más.

El mismo don Angel irá también, puesto que él confiesa que te provocó á pelear; yo no diré nada de que has resistido á la autoridad y la sentencia tal vez te sea favorable.

—No me mande, señor, á Dolores, yo se lo pido por lo que mas quiera en el mundo! mire que los Jueces del Crimen no entienden de otra cosa que de echarlo á uno de veterano y yo no merezco tanto!

—Pero qué quieres que le haga? yo tengo que cumplir con mi deber, por mas que me duela hacerlo, y en este caso no puedo hacer otra cosa.

—Señor, mire que usted me echa al medio cuando mi mismo enemigo me perdona.

Y la voz de Barrientos empezó á sonar de una manera amenazadora, que no pasó desapercibida para el juez.

No seas tonto, le dijo, y no empeores tu causa; yo tengo que mandarte á Dolores y allá el Juez del Crimen fallará en ella.

—Señor, mire que me va á mandar á los cuerpos de línea!

—Pueden también ponerte en libertad, por qué te has de adelantar á su fallo?

—No me mande, señor! mire que voy á perderme para toda la siega!

—Yo no puedo faltar á mi deber, porque me espondría yo mismo á un sumario.

—Señor, no me mande ni aunque se esponga! gritó Barrientos que sentia agotarse su paciencia y empezaba á dejarse ganar por la cólera.

—Cuidado como se habla que te puede costar caro.

—Está bien, señor, concluyó Julio, volviendo rápidamente á su calma sombría y amenazadora; usted está decidido á mandarme al Juez del Crimen?

—Tengo que hacerlo así porque la ley me lo impone?

—Bueno, voy á pedirle un favor que está en su mano y que no me puede negar.

Déjeme ir á mi casa á ver á Dolores y despedirme de ella, porque si voy al Juez del Crimen siento que no he de verla más.

Yo sé que está muy enferma á causa de una rodada que pegó por seguirme, y quiero verla antes de partir.

—Pero si Dolores ha muerto ya! extraño que no lo sepas, cuando hasta han estado de velorio en su casa.

Ante aquella inesperada noticia, Barrientos sintió que el corazón se le rompía; abrió los ojos como un demente y lívido y azorado avanzó sobre la mesa del Juez, tomándose los cabellos con ambas manos.

—Supongo que usted no embroma, gritó, porque de nada le serviría el hacerme perder el juicio; es cierto que ha muerto Dolores?

—Y qué interés voy yo á tener en mentir? la han levantado muerta del suelo; todos lo saben!

Barrientos tembló todo entero—sus labios se movieron precipitadamente como si fuera á decir algo y descargó un tremendo puñetazo sobre la mesa.

—Esto ha sido por culpa de ustedes, malditos, cobardes! gritó, ya la razón estraviada é importándosele muy poco que lo mataran allí mismo.

A esa mujer la han asesinado como quisieron matarme á mí, pero yo he de vengar á mi Dolores con la sangre de todos ustedes!

El Juez de Paz tomó recelo de que aquel hombre, enferecido como estaba, le saltara encima, y llamó al cabo para que lo llevara.

El cabo, que habia sentido el estruendo de las voces, acudia en aquel momento acompañado de dos soldados, temiendo que Barrientos estuviera ya peleando con el Juez.

—Pronto! mandó este, llévense pronto á este loco al calabozo, ántes que me obligue á hacer lo que no quiero.

—Cobarde! asesino! gritaba Julio, sin tratar de resistir á los soldados que lo habian tomado de los brazos.

Oh! mi Dolores! está visto que cuanto yo toco lo enveneno! ya no te veré mas sobre la tierra!

Y gimió de tal manera, que los mismos milicos que lo tenían asegurado se sintieron conmovidos.

Y aquel hombre tan vigoroso y tan valiente, rompió á llorar como una mujer.

Era la fuerza del dolor que habia hecho estallar al corazón, abatiendo el espíritu hasta el llanto.

—Lleven de una vez á ese loco, repitió el Juez, que á mas de ser un bandido viene aquí á meter escándalo!

Los soldados tiraron de Barrientos, que se dejó conducir como una máquina.

La fuerza de aquel dolor intenso lo habia vencido, lo habia postrado, dejándole apenas la fuerza necesaria para tenerse en pié.

Pero cuando fué á franquear la puerta, reaccionó sobre si mismo y deteniéndose en el dintel, gritó:

—Juez de Paz! solo de la tumba no se vuelve! yo todavía no me he muerto; entónces, algun dia nos veremos la cara!

Y arrastrado por los soldados y siempre sin oponerles resistencia, como un idiota, volvió á aquel calabozo lúgubre y húmedo.

LA CAPA AL TORO

Julio Barrientos se consideraba perdido: que le importaba ya su prision ni su existencia misma?

Lo único que miraba con horror era el cuerpo de línea á que iba á ser condenado y que haria imposible su venganza.

Porque lo único que deseaba él en la vida era vengarse, vengarse de una manera terrible, tan terrible como la iniquidad que habian cometido con él.

Habian despedazado su porvenir y su vida entera, tan solo por el placer de hacerlo, sin la menor razon que pudiera atenuar aquel proceder inculcable.

Y lo mandaban al Juez del Crimen, á los cuerpos de línea, sin motivo alguno, cuando el mismo don Angel, que tenia razones para odiarlo á muerte, nada pedia en contra suya, dominado sin duda por la lástima que debia inspirar su situacion.

La muger que amaba hasta el delirio, cuya vida se habia hecho una necesidad de su existencia, estaba ya bajo tierra.

Habia muerto de una manera horrible, por acudir en su socorro, y sin que él hubiera tenido el miserable consuelo de cerrarle los ojos!

Que le quedaba ya sobre la tierra? Su venganza y el ódio que habian amontonado en su corazon á manos llenas.

Solo con su venganza y su rencor á todo y á todos, cruzaria de pago en pago llorando sus desventuras ó gemiria bajo los cuarteles de línea.

Como hacer para huir de situacion tan terrible?

Barrientos llamó al cabo, y le pidió dijera al Juez de Paz que lo queria hablar.

Pero el cabo no volvió con la contestacion, y á la noche supo que el Juez no habia querido ni aún que le contestaran, porque estaba resentido por las insolencias que le dijo aquel dia y el temor de que se repitiesen.

—Bueno, respondió tristemente; ya ni me quieren hablar! como ha de ser!

—Digamele, por vida suya, que yo pagaré la multa en que he incurrido, que yo pagaré diez veces el valor de la multa, pero que por favor no me mande á Dolores, que piense todo lo que me ha sucedido y verá como soy digno de que se me tenga compasion.

—Los pobres jedemos á muerto, amigo, respondió filosóficamente el cabo, y no hay compasion para nosotros.

En los años que tengo aqui de servicio, he visto cosas que partian el alma, desgracias que con ellas un hombre tendria para llorar toda la vida.

He visto terminar todas esas causas ya, por in-

fluencia de los amigos del Juez, ya por dinero con que le han untado la mano, haciendo el aparato de multa.

Pero nunca he visto yo, ni habrá visto nadie, que la compasion ni la lástima hayan podido nada con la justicia:

El corazon, para ellos, es cosa que solo tienen las categorías: los pobres no debemos sentir, ni padecer, ni llorar—aquí el que tenga plata todo lo puede, el que no, puede llamarse solo con su pena, sin temor de que nadie vaya á arrancársela del corazon.

Tenga paciencia, amigo, que tal vez en Dolores halle mejor suerte que aquí—allá la justicia es mas copetuda y tal vez de pereza de sentenciar y estudiar la causa, lo pongan en libertad.

—No crea, amigo, el que va con causa á Dolores, vá fijamente á un cuerpo de línea; acuérdeselo que les pasó á ño Banito, y á Contreras, que ahí andan todavia pidiendo á Dios la muerte, porque las estacas los dejaron inútil hasta para armar un cigarrillo.

Mire, amigo, yo tengo todavia ahí como un par de mil pesos; digale al Juez de Paz que yo se los daré como multa y le daré tambien todo cuanto tengo, porque me suelte—pero que por Dios no me mande á Dolores!

—Pero si yo voy con ese mensaje me rompe el alma, respondió el cabo; estas propuestas no son para que las hagamos nosotros, porque no les conviene que sepamos sus suciedades.

Es preciso que las haga un amigo de ellos, un hombre de influencia y de quien noj desconfien: porque no hace venir un amigo que le haga la oferta?

—Porque no lo van á dejar venir; basta que pregunten por mí para que los echen, porque yo no sé que odio profundo tienen conmigo, que lo que quieren es verme en el último extremo.

Si Dios no me salva de esta no habrá quien me libre, amigo.

—Tenga paciencia, á usted lo quieren muchos, tiene muchas amistades y puede ser que alguno, con dolido, venga á empeñarse por usted.

—Quien ha de venir, amigo; además, yo he visto que el Juez de Paz está empeñado, encaprichado en embromarme á toda costa.

A mí me han preso por las heridas de don Angel, decia; el mismo don Angel nada pide contra mí, no quiere que me hagan nada, y la justicia se cree mas agraviada que él mismo don Angel, y quieren que me echen de veterano.

Mire, amigo, esto es como para bandearse el corazón de una puñalada!

Y Julio guardó silencio como si reflexionara.

De pronto alzó los ojos húmedos hacia el cabo, y con voz conmovida le dijo:

—Mire, amigo, ahora preciso que me haga un servicio, y que me cuente como murió mi Dolores; mire que es triste cosa no haber podido ni tan solo cerrarle los ojos! ni siquiera haber ido al velorio como cualquier indiferente!

—La cosa es triste por demas y razon tiene usted en lamentarse, pero para que va á renovar su dolor revolviendo la herida?

—Porque siquiera he de conocer sus últimas palabras, sus últimas voluntades!

—No ha dicho nada, ni ha podido decirlo: desde que la alzaron del suelo hasta que murió, no ha hablado, ni siquiera ha abierto los ojos.

Dice ño Cipriano, que fué quien la asistió, que la pobrecita estaba deshecha por dentro y que aunque ha respirado, no puede haber sentido la menor cosa desde cayó, porque el golpe ha sido para que muera un toro, no una mnjer.

—Para que le dió á la pobre por ponerse á correr de esa manera? pobrecita! era su cariño por mí lo que le hacia volar en mi socorro.

—Dicen los peones que conforme lo llevaron á usted, ya pidió su caballo, y así á medio ensillar saltó arriba y salió vendiendo diablos, sin haber podido andar un cuarto de legua.

Julio estaba transido por el dolor; su respiracion era fatigosa y de sus ojos caia una hilera de lágrimas, sin que sus lábios dieran salida al menor sollozo.

A medida que el cabo hablaba, el corazón de Barrientos no respiraba mas que odio y venganza.

—Yo tengo que vengarme, dijo, y vengarme de una manera terrible no por mí sino por ella.

Yo puedo perdonar todos los dolores y todas pero los de ella no, por mas caro que me cueste!

Como quiere que perdone, amigo, que hayan ido derechamente á matar á gente que ningun daño les habia hecho y que vivia feliz y retirada de todo?

Y no satisfechos con haberla muerto, con haberme herido y preso quieren mandarme á que sirva de veterano! estas cosas no se perdonan, amigo; ni un cordero se resignaria á tanto sufrimiento!

Barrientos y el cabo pasaron todo el dia y el resto de la noche, éste consolándolo á aquel y aconsejándole tuviera paciencia, que todavia la vida podia brindarle mejores momentos.

—A mí la vida no puede brindarme sino lágrimas y maldiciones, porque toda la felicidad de mi vida me la han roto en un solo momento, y si no me abro yo mismo el corazón de una puñalada, es porque no debo morirme sin vengarme y vengar á mi Dolores!

Mire, amigo, yo no sé lo que siento dentro de mí, pero me parece que en el pecho se me ha metido un corazón de tigre que nunca vá á saciarse de hacer mal; ellos lo habrán querido y no haré mas que cumplir mi destino!

—Quien sabe, amigo, tal vez el Juez cambie de ideas mañana y no lo mande á Dolores! estos hom-

bres son medio idiotos y no tienen constancia para nada.

De todos modos yo he de hacer por usted todo lo que esté en mi mano, yo solo, que soy su amigo y que le he de ayudar en todo lo que pueda sin faltar á las órdenes que me dén.

A mí me es duro cumplir las contra un amigo, pero que quiere! yo tambien tengo mujer y tengo hijos y no quiero verlos espuestos á la miseria y á la ruina por meterme á lo que no debo.

—Hace bien, amigo, yo nada le pedí por mí, porque sé lo que es esto y no quiero que por causa mia nadie padezca; demasiado ha hecho y demasiado agradecido estoy—no me olvidaré nunca de los servicios que me ha prestado, aunque nada podré hacer para demostrarle mi agradecimiento.

—Usted está pago conmigo, que lo que yo hago no es para que me lo agradezca sino porque me nace del corazón; que libre bien de su desgracia es lo que yo deseo.

Y el cabo se retiró porque ya empezaba á amanecer y tenia que dar cumplimiento á sus obligaciones del servicio.

Barrientos se acurrucó en un rincón, y al poco rato pareció que dormia.

Es que lloraba, envuelta la cara en el poncho, la muerte de su Dolores, con cuya pérdida no podria conformarse nunca.

—Y ella fué feliz y libre, pensaba, hasta que me conoció!

¿Quién habria de decirme á mí, que solo pensaba en verla contenta, que habia de ser la causa de su muerte!

Hay desgracias que son mucha carga para un corazón solo! yo sé que el peso de esta me vá á poner mas viejo que el andar á pié.

Pobre Dolores! ella se ha ido, pero su nombre queda aquí en mi corazón renovado por uno nuevo! que Dios se apiade de mí!

Barrientos, al fin, se durmió, soñando que su amigo el cabo encontraria algun arbitrio para librarlo de ir á Dolores, que era á lo que mas miedo le tenia.

Cuando despertó habia pasado la siesta sin que le hubieran comunicado la menor novedad.

Habia desistido el Juez de remitirlo á Dolores, ó se habia puesto de por medio alguna influencia buena?

Julio esperaba la noche con verdadera ansiedad, para ver qué noticias le traia el cabo.

Aquel día le habian dado un pedazo de tumba que comer, por lo que coligió que el Juez de Paz estaba manso.

—Parece que no hay nada, pensó lo que vió que el dia concluia sin novedad: vale más que el hombre se haya arrepentido, porque si me mandase á Dolores la cosa iba á ser peluda.

A la caída de la tarde cayó tambien el cabo al calabozo, haciendo sonreir de esperanzas al pobre Barrientos.

—Qué me dice de bueno? preguntó, parece que ya no me mandan?

—Al contrario, amigo, tengo que darle una mala nueva—parece que el viaje se ha decidido para mañana.

Hoy, el escribiente ha hecho la nota de remision

y á mí me han ordenado que me apronte para mañana con un soldado, con eso lo llevo hasta Dolores.

Aquella noticia fué de un efecto tremendo para Barrientos. que aquel día habia llegado á concebir alguna esperanza.

Qué podia hacer en situacion semejante?

El único remedio á tentar estaba en escaparse, y para escaparse, lo primero que necesitaba era preparar bien el terreno.

Con esa astucia del gaucho, guardó silencio para no comprometer ninguna palabra que pudiera serle perjudicial y se puso á madurar un plan de fuga, el único realizable.

—Si me ponen grillos para llevarme, estoy muerto, pensaba, porque todo seria inútil: es preciso entonces que me lleven sin grillos, y para conseguir esto, no hay mas que confiar al cabo que ha de llevarme.

Una vez en el camino y lejos de todo auxilio, veremos lo que se ha de hacer, que al fin morir por morir todo es lo mismo.

A nadie tengo ya en el mundo que espere cuidadoso mi vuelta! entonces no tengo por qué hacerle asco á la muerte, que al fin y al cabo puede irme bien en la intentona.

—No se entristezca, amigo, le dijo entonces el cabo, creyendo que el silencio que guardaba Barrientos era ocasionado por el temor; usted mismo ha dicho que de todas partes se vuelve, ménos de la tumba!

Haga corage, entonces, que algún día se verá libre y feliz.

—Estoy resuelto, amigo, puesto que de todos modos no tengo otro remedio.

Yo sufriré con paciencia y resignacion la pena que me impongan, pues me consuela la idea de que algún día podré tomar desquite.

—Pacho al agua, qué canje! me gusta mas verlo resignado y conforme que triste y acongojado; usted es un hombre á macho y no le ha de hacer asco á dolor mas ó ménos!

—Resuelto estoy, amigo, y ya verá como de aquí á Dolores ando mas alegre que un toro á la madrugada—el hombre se ha hecho á sufrir y á todo se acostumbra en la vida; es cuestion de resolverse y nada mas.

—No se puede figurar lo contento que estoy de oírlo hablar así, exclamó el cabo echando un terno soberano, porque yo creí que se iba á resistir y esto habria empeorado su causa, y el Juez lo hubiera hecho atar despues de cometer sabe Dios qué herejías.

Barrientos habia conseguido su objeto de engañar al cabo, respecto á sus intenciones, tan completamente que el buen milico le dijo:

—El viaje yo le prometo que lo hemos de hacer cómodo; yo lo llevaré primero en ancas para que el Juez, que ha de estar mirando, no diga nada, pero una vez que estemos lejos, y como yo llevo caballo de tiro, le prestaré un mancarron y así irá más cómodo.

—Nunca olvidaré, amigo, todo lo que le debo, respondió Barrientos, tendiéndole la mano, y alguna vez se lo he de demostrar.

Yosoy jóven todavia, y á la larga ó la corta han

de soltarme, á la fija; entonces yo le probaré cuánto le estimo.

Los dos estuvieron cimarroneando y en alegre plática hasta que el cabo se retiró á dormir para estar listo al otro dia, aconsejando á Barrientos que hiciera lo mismo.

—Ya lo creo que lo haré! contestó este; ya no tengo que pensar cuál será mi destino, porque lo conozco; así es que me voy á dormir como zorro á la siesta.

Hasta mañana, entonces, que tendremos todo el dia para prosear de lo fino.

Cuando el cabo se retiró, Barrientos quedó engolfado en su plan de fuga.

—Para mejor descuidarlos, pensaba, me achicaré cuanto pueda, que el tigre mientras mas se encoje salta mas lejos.

Me humillaré ante el Juez, demostrándole que á todo estoy resignado, y así aseguro mi golpe.

Barrientos no pensaba en la manera cómo habia de realizar la fuga, porque la dejaba á la situacion misma.

—Segun se presente la cosa será lo que yo haga, pensaba—y para estar mas fresco y firme, me voy á dormir hasta el momento de la marcha.

Y como lo habia dicho, se acurrucó en su rincon favorito y se quedó tan profundamente dormido, que el cabo tuvo que venir á recordarlo á la hora de la marcha.

—Vea lo que es conocer su suerte! exclamó Barrientos desperezándose con la mayor indiferencia: desde que vine aquí, es la primera vez que duermo á gusto, y esto es porque ya sé lo que vá á ser de mí y me he decidido á todo.

—Ya sabia yo que era usted hombre de entrañas, amigo; esta mañana me preguntó el Juez si queria ponerle grillos para mayor seguridad, pero yo le contesté que no era necesario porque usted estaba resuelto.

Con que envuelva el *reco* y vamos.

Julio Barrientos envolvió las cuatro pilchas de su recajo, único bien de fortuna que lo acompañaba, pues como lo habian sacado de la cama, tuvo que pedir prestado un chiripá para taparse las carnes.

Y acompañado por el cabo y seguido del soldado, atravesó aquel inmenso patio, testigo de sus mas acerbas penas.

Al cruzar la puerta halló en ella al Juez de Paz y descubriéndose respetuosamente: adios, señor Juez, no le guardo ningun rencor, porque usted cree que cumple con su deber—lo único que le suplico es que si le mandan pedir informes de mi persona no me cargue la mano, y piense que en todo lo que ha sucedido no tengo yo la culpa; es mi mala estrella la que me ha empujado.

El Juez de Paz se sintió un poco conmovido ante aquellas palabras y tragó el anzuelo de la conformidad.

—Anda no mas, que si en algo puedo ayudarte lo haré con mucho gusto.

—Gracias, señor, así lo espero—y poniéndose el sombrero se adelantó hasta la vereda donde estaban los caballos.

Si el Juez de Paz hubiera podido mirar el alma de Barrientos se hubiera aterrado, porque allí se re-

volvía el odio y la venganza en todo su apogeo.

—Si yo puedo verme libre, hubiera leído alto, te he de cobrar una á una la cuenta de mis desventuras, hasta que no quede en tu cuerpo lugar para una sola puñalada mas. Me has hecho herir en el cuerpo y en el alma, y la vida tuya será poca cosa para pagar tanto mal.

Y divisaba al campo disfrazando la ansiedad de su mirada en una espresion de conformidad resuelta.

Saltó á caballo el soldado, montó el cabo, Barrientos, ágil y resuelto, saltó á sus ancas con un movimiento lleno de elegancia; ahora, murmuró, que sea lo que Dios quiera!

El soldado y el cabo llevaban caballo de tiro, pues la jornada era larga.

Los paisanos, sabedores de lo que sucedía, andaban diseminados en la calle y las esquinas para ver pasar al amigo Julio.

Y cada uno le dirijía su palabra de consuelo y su cariñoso saludo, á lo que Julio respondía con un melancólico—hasta la vista hermano! espero que mi ausencia no será tan larga.

Y los amigos lo acompañaban con la vista, no atreviéndose á seguirlo, como hubiera sido su deseo, por temor del Juez de Paz.

Los soldados no llevaban mas armas que el sable, confiados en la resignacion del preso y en la seguridad que no llevaba ni un alfiler.

Qué podía hacer, por guapo que fuera, un hombre en tales condiciones?

Nada seguramente, y entonces no era necesario llevar mas que el sable.

Julio, entretanto, iba estudiando la actitud de sus acompañantes para encontrar la manera de arrebatárselos el sable, golpe en que estaba basado todo su plan de fuga.

Porque él mismo sabía que el valor sin armas es impotente, mucho mas contra los hombres armados investidos de autoridad y decididos á todo.

Arrebatárselo al cabo era imposible, porque tendria que hacerlo con la mano izquierda, y esto embarazaría su accion dando tiempo á los milicos á caer sobre él.

Era preciso arrebatárselo al soldado, que marchaba á la derecha, pues así el movimiento y el ataque serian mas rápidos, dejaba á uno desarmado y quedaba apto para luchar con el otro y vencer ó morir á sus manos.

Alegres y conversadores, marcharon así por espacio de unas cuatro leguas donde se detuvieron á tomar una sangria, pidiendo se las alcanzaran al caballo.

—Sangria no, que ha de ser caña con limonada, dijo Barrientos; refresca mas y dá fuerza para el camino.

La sangria se volvió caña con limonada, salieron de la pulperia algunos amigos que allí habia, y mientras se hacian relatar el por qué llevaban á Barrientos y adonde lo llevaban, las cañas con limonada se multiplicaban hasta el infinito, porque cada cual queria pagar su vuelta en obsequio á su amigo Julio para beberla á su salud.

Barrientos miraba este beberaje con una alegría inmensa.

Si el agasajo era repetido en otra pulperia con igual rociada, su fuga era á la fija—ni trabajo le iba á dar.

Y él se hacia que tomaba, descuidando á los amigos y volcando el vaso por detras del anca.

Despues de haber bebido lo menos una media docena de cañas por barba, el cabo dijo queya era bastante y hora de seguir la marcha.

Barrientos iba contento y lleno de dicharachos, lo que concluyó de engañar al cabo y al soldado que ni siquiera se fijaban en lo que hacia.

A las cinco leguas de marcha llegaron á otra pulperia, donde el cabo mandó mudar caballo y pidió una sangria que al parecer era su bebida favorita.

—Caña con limonada, repitió Barrientos como la vez anterior; caña con limonada que no es bueno andar mezclando.

—Sí, caña con limonada, asintió el cabo, cuyos ojos se empezaban á entrecerrar por el calor de la siesta y las anteriores limonadas.

En esta pulperia sucedió mas ó menos lo que en la otra. Los paisanos comenzaron á comentar las causas de la prision de Barrientos y á lamentar la desgracia que le llovía encima, y las limonadas empezaron á circular con verdadera profusion.

—Es preciso que nos vayamos de aquí, porque si seguimos así, ni en un mes llegaremos á nuestro destino.

El cabo este era por demas alegre y amigo de la charla y el coperio, però fiel cumplidor de sus deberes y temeroso al castigo, no queria retardar el viaje ni esponerse á que por esto le fueran á hacer sérios cargos.

Barrientos, que tenia bien decidido su plan de evasion y solo esperaba ya el momento de realizarlo, apoyó firmemente el dicho del cabo, agregando:

—Es necesario no perder mucho el tiempo en paradas, añadió, usted no puede galopar porque me lleva maneado y este va ser el viaje de nunca llegar.

—Tiene razon, dijo el cabo, pero ahora el viaje va á ser mas liviano, y dirijiéndose al pulpero agregó: aquí el amigo nos va á prestar un recaó que le traeré yo á la vuelta y entonces cada cual montará el suyo.

Por los ojos de Barrientos cruzó como un relámpago la espresion de su mas franca alegría.

De esta manera su evasion era segura, porque la posesion de un caballo se la facilitaba enormemente.

—Yo no quise recordarle su oferta, exclamó, porque no quise creyera que yo tenia un interés especial, pero ya que nace de usted se lo agradezco de veras, pues esto de andar en ancas no se habia hecho para mí.

—Eso y mucho mas, habia dicho el pulpero, accediendo sobre tablas al pedido del recaó: le voy á prestar el mio para que el amigo Julio vaya mas cómodo, que demasiado tendrá que penar para mortificarse en el viaje.

Y dejando salir á sus ojos todo el placer que esperimentaba al prestar aquel servicio, sacó afuera el recaó y él mismo ayudó á ensillar.

Apenas se vió Julio á caballo le sacudió un par de chirlos y le dió dos riendas soberanas.

—Ah! hijito! dijo, si se me hace mentira que monto solo! Ya se me habia figurado que nunca volveria á verme así!

Con tanta gracia habia dado aquellas riendas, que el cabo fué el primero en reir, sin que se le cruzara por la imaginacion que Barrientos podia escaparse.

Colocado entre el soldado y el cabo, siguieron viaje á Dolores, esta vez al galope en alegre charla.

La caña con limonada habia desatado las lenguas de una manera fabulosa, diciendo mil risueñas traveras.

Lo que menos parecian aquellos hombres eran soldados llevando un preso; cualquiera los hubiera tomado por tres amigos que iban á una fiesta.

Barrientos esperaba la caida de la tarde para dar su golpe, porque así tenia la noche libre para la fuga, en que la persecucion seria imposible.

El cabo marchaba á su izquierda haciendo imposible su desarme á la fija, pero en cambio, á su derecha, y un poco pesado por las cañas, galopeaba el soldado, como si le fuese brindando la empuñadura del sable.

Y como magnetizados por la empuñadura, sus ojos no se apartaban de ella un minuto, sintiendo que se le iban las manos.

El dia empezaba á declinar y el espíritu de Barrientos á reconcentrarse de una manera profunda.

Una hora mas y se veria libre como el aire, aunque teniendo que herir para no ser tomado de nuevo.

Por fin se decidió á dar el golpe: tué á llamar la atencion del soldado hácia la derecha, pero pensando que el cabo tambien miraria y prevendria su accion, guardó silencio y esperó el momento oportuno.

Como si la casualidad hubiera querido ayudarlo, el caballo del soldado tropezó, de manera que este puso toda su atencion en levantarlo.

Este fué el momento que aprovechó Barrientos con extraordinaria rapidez.

Resuelto y firme, y con una seguridad admirable, tiró el arreaton y sacó el sable de la vaina, dando con él un planazo formidable en las espaldas del soldado.

Este dió vuelta, y al ver el ademan de Barrientos que enarbolaba su sable nuevamente para seguir sacudiéndole, cerró talones á su flete y dando un brinco soberano, echó á correr como si fuera él el preso que huia.

El cabo quedó atónito al ver que su soldado huia, y que allí quedaba Barrientos sable en mano y resuelto á todo.

Barrientos pudo aprovechar aquella sorpresa, acometer al cabo y desarmarlo con toda facilidad, pero un rasgo de exagerada hidalguia lo detuvo; puso su caballo delante del cabo y le dijo:

—Amigo, yo pude asaltarlo y vencerlo por sorpresa; pude herirlo á mi gusto y mandarme mu-

dar sin que nadie me persiguiera, pero no he querido

Yo no puedo olvidarme que usted ha sido bueno y generoso conmigo, que ha sido mi solo consuelo cuando la pena mas amarga roia mi corazon, y prefiero hablar o para que no se oponga á mis designios ni se cruce en mi camino.

Hablando se entienden los hombres, amigo, y es inútil que usted no quiera ceder á mi pedido, porque de todos modos estoy resuelto áirme y usted no podria sujetarme.

El cabo detuvo la mano con que iba á sacar tambien sus armas, y miró á Barrientos sorprendido ante aquel rasgo de nobleza.

—Amigo Julio, le replicó, yo soy bueno por donde me busquen, pero en el cumplimiento de mi obligacion yo soy firme como el primero.

No quiero que usted me obligue á usar de rigor, amigo Julio; yo haré que esto no se sepa, pero entregueme el sable, amigo, y vamos siguiendo viaje que es lo que mas le conviene.

Aprecio el que usted no haya querido atropellarme de callado, y quiero seguir siendo el mismo para usted.

Barrientos soltó una carcajada y miró al cabo, con el convencimiento de su superioridad.

—No embrome, amigo, le dijo, y ceda á la razon que le doy tan buenamente: con el sable en la mano, ni usted, ni cuatro como usted, pueden reducirme á prision, por mas rigor que empleen; déjeme seguir en paz con el destino mio, que harto amargo es, que usted puede volverse y decir que me he escapado.

—No puedo, amigo Barrientos, se vá á saber por su mismo estado que ha disparado, que yo le he dado caballo, que lo he dejado beber, y que tengo, por consiguiente, la culpa de lo que sucede.

La responsabilidad es grande, amigo; sobre mi vá á caer toda la culpa y sabe Dios lo que me harán.

Créame, amigo, mas le conviene seguir; de todos modos usted á la larga tiene que caer en poder de la justicia y le van á hacer pagar esta tambien.

En Dolores se hila mas fino y tal vez el Juez del Crimen lo ponga en libertad por no hallarlo tan culpable; entregueme el sable y sigamos el viaje no más; esto es lo que le conviene.

—Ya que hablamos tan á buenas, voy á decirle una cosa que lo vá á convencer de por fuerza.

Usted sabe que á mi me mandan injustamente y porque les dá la gana; en Dolores me van á meter á un cuerpo de línea por que precisan veteranos y por que así han hecho siempre con los paisanos que se han visto en desgracia.

Yo no quiero que esto suceda, porque de los cuerpos de linea no sale sino viejo ó inválido: ya que la suerte me ha ayudado y me encuentro en la ocasion, no me dejaré llevar aunque se vinieran sobre mi todas las policias del mundo.

Antes que dejarme llevar estoy dispuesto á morir, no me obligue á cruzar mis armas y tener talvez que matar á un hombre á quien estoy agradecido.

No quiera hacerme que le pague tan mal los servicios que me ha hecho!

—Yo sé todo lo que usted me dice; le tengo una lástima profunda, pero no puedo dejarlo ir, porque á mi me han confiado su custodia.

Cómo quiere que me presente de buenas á primeras á decir que se me fué el preso y que ni siquiera fui capaz de retenerlo por la fuerza?

Esto no puede ser, yo tengo que llevarlo aunque me duela usar de rigor con usted.

—Pero si eso es imposible, amigo, si Vd. nó vá á poder llevarme y va á cometer la mala acción de obligarme á lastimarlo cuando á usted no le debo mas que agradecimientos?

—El trance es amargo, pero ya le he dicho que no lo puedo dejar ir.

—Reflexione y no sea tonto—de todos modos yo me he de ir, porque usted no podrá evitarlo; entonces es mucho mejor que me deje hacer á buenas lo que de todos modos he de hacer á malas.

Y fijese que hay que resolverse á tiempo porque el que disparó va á llevar allí la alarma y yo no tengo necesidad de esponerme á que me saquen pisando!

El cabo era un hombre de corazón en toda regla, apreciaba lealmente á Barrientos y su mayor deseo hubiera sido ayudarlo á su libertad.

Pero él era responsable ante el Juez de Paz que depositó en él su confianza y tenia que dar cuenta de aquel preso que se le habia confiado.

Cómo responderia á los cargos justisimos que le dirigirian? cómo levantaria el cargo de cobarde que le harian al véerlo llegar con el parte ridiculo de que se le fué el preso?

Era necesario que Barrientos lo siguiera voluntariamente ó por el rigor—otra cosa era imposible.

—Mire, amigo, exclamó por fin; voy á hablarle en última instancia—es preciso que me entregue el sable y venga conmigo á Dolores, porque aunque yo desearia que usted se escapase, no puedo dejarlo ir y presentarme sano con el parte.

Ahora, si usted logra lastimarme y vencerme, nadie puede decir nada porque habré hecho todo cuanto he podido.

—Pues, mi amigo, siento en el alma no poder complacerlo, porque he resuelto no ir á Dolores, y siento mas todavia el tener que pelearlo, porque lo aprecio con el alma, y la lastimadura que le haga la sentiré en el corazón.

Por última vez, déjeme ir, no me obligue á pelearlo, mire que puede decir que me lo escapé!

—Por última vez, amigo Barrientos, entrégueme el sable y vamos, se lo pido como el mayor servicio que puede hacerme!

—Cúmplase mi destino, exclamó Barrientos tristemente, pero todavia voy á hacer el último esfuerzo. No me siga, amigo! piense que es Dios quien me empuja! no me siga y le estaré grato toda mi vida.

Y castigó el caballo partiendo como una flecha en direccion á Tres Arroyos.

El cabo, viendo que se le iba el preso, dió al traste con todos sus propósitos y cerró las piernas al sotreta, partiendo como un rayo detrás de Barrientos que mal montado fué alcanzado bien pronto.

Sintiendo que lo alcanzaban y temiendo que lo golpearan de atrás, el paisano sujetó al pingo y se

echó al suelo dando frente al cabo, que se descolgó tras él.

Y ambos se miraron sonrientes y sin el menor odio, pero decididos á todo, ántes que ceder un átomo en lo que habia se dicho.

Ni Julio Barrientos se echaria atrás en su propósito de fuga, ni el cabo le permitiria irse de arriba.

—Compañero, por última vez, dijo al cabo, hágame el favor de dejarme ir, ya me ha perseguido hasta aqui, puede decir que ha rodado y que por eso no me alcanzó; por su mujer y sus hijos no me obligue á pelearlo!

—No puede ser, amigo, por esa misma muger y esos hijos; si yo lo dejo ir y me presento con semejante parte, me secan en el cepo y sabe Dios no hacen antes alguna herejia.

—No le han de hacer nada, ya saben que usted es muy cumplidor y lo conocen como hombre de corazón; van á creer el parte al momento y no vá á tener ninguna dificultad.

—Amigo, no diga mas, que mientras mas habla mas me mortifica sentirlo pedir sin poder servirlo: haga el favor, déme el sable y sígame.

La fisonomia de Barrientos tomó entonces una espresion dura y decidida, volcó el poncho sobre el fuerte brazo é hizo ademán de montar.

—Quiero ser leal hasta el último y no ser el primero que ataque, dijo; mire, si algo sucede usted tendrá que culparse á si mismo.

Y fué á montar á caballo.

El cabo estaba resuelto á no dejarlo ir, pero se le hacia duro pegar el primero, porque al fin se trataba de un amigo que no le hacia armas.

Asi, para desarmarlo y evitar toda lucha, se le fué encima rápidamente y echando una mano á la rienda del caballo para impedir se moviera, le tiró un arrebato al sable.

Julio, que vió la intencion ántes que el movimiento mismo, saltó atrás y se puso en guardia.

Ya la lucha era inevitable.

El cabo habia perdido la paciencia y no miraba á Barrientos sino como un preso que queria escaparse.

—No dirán que no hice lo que estuvo en mi mano, exclamó, y se le fué encima tirándole un sablazo de desarme que evitó Julio con gran facilidad.

La lucha se empezó á encarnizar poco á poco y Julio iba sintiendo desaparecer de enfrente de él al amigo, para no ver mas que al justicia que lo queria prender para llevarlo al cuerpo de línea.

Las consideraciones fueron asi dadas al diablo y ambos se acometieron con igual brio y bravura.

Ya el cabo tiraba hachazos matadores, y Barrientos los replicaba con todo el vigor de su brazo, teniendo que dar vueltas al rededor del caballo para no ser herido.

No le tenia al sable fé ninguna, porque no entendia su manejo y nó queria salir del deredor del caballo que era una buena defensa, esperando un momento favorable para irsele encima y herirlo ó aturdirlo de un palo.

Julio tenia la ventaja enorme de mantenerse sereno, sin perder el tino y como si solo fuera actor en una broma.

Y esto le permitia obrar con mas agilidad y desen-

voltura esperando el buen momento, mientras que su antagonista no atinaba mas que á doblarlo de un golpe de sentido, fuera como fuera.

Julio decia al cabo con algunas insolencias y bromas, cuyo principal objeto era distraerlo y calentarlo para hacerle cometer alguna chambonada:

—Los hombres no son hechos para la situacion, decia; usted es guapo y corajudo en traje de paisano, amigo, pero vestido de justicia, mas fé le tengo al mastuerzo!

Si no le he puesto la cara como parrilla ha sido de pura lástima y para que su muger no se asuste de verlo tan fierazo.

Y tan bien habia logrado su objeto, que ya, de puro caliente, el cabo no miraba lo que hacia y menudeaba los golpes con una rapidez de todos los diablos.

Las primeras sombras de la noche empezaban á dibujarse en el horizonte y era preciso terminar de una vez.

Ademas, el soldado que habia huido podia muy bien volver con refuerzos y hacerle perder cuanto habia ganado.

Si Barrientos hubiera tenido cuchillo, habria acometido seriamente, y el triunfo no hubiera tardado mucho en declararse.

Pero con sable no se tenia fé á si mismo y recelaba de entrar francamente en lucha porque era superior el manejo del cabo.

Al pasar frente á la cabeza del caballo, á cuyo alrededor daba vuelta, tentó una travesura que desde el principio pensó, pero que no habia llegado el momento de poner en práctica.

Pasó el primero, y al ir á pasar el cabo, dió al manecaron un terrible pinchazo en la cabeza.

El caballo dió vuelta la cabeza con gran violencia encontrando la cara del cabo que tuvo que retroceder perdiendo pié.

Este fué el momento que aprovechó Julio, con toda la viveza y rapidéz que le era característica; se asomó por sobre el caballo, y antes que el cabo hubiera recuperado el equilibrio, le dió en la cabeza un hachazo tan récio, que lo aturdió completamente.

Era preciso no perder tiempo, y Julio, que así lo entendié, saltó sobre el caballo y repitió el golpe, dándole toda la fuerza que le fué posible.

El cabo no pudo resistir á este segundo ataque, y cayó de rodillas hácia adelante poniendo instintivamente las manos para no dar con la cara en el suelo.

Con la misma rapidéz que habia montado á caballo, Barrientos se dejó caer del lado del lazo y se trepó sobre el cabo, desarmándolo con facilidad porque este no hizo el menor movimiento para defenderse.

Estaba aturrido por los golpes y enceguecido por la sangre que salia abundantemente de su cabeza.

Barrientos se retiró unos pasos despues de haber arrancado de la cintura del cabo, el cuchillo que empuñó con un placer indefinible.

—Así, ya uno puede hacer pié decentemente á cualquier! exclamó: con el corvo ese, ni siquiera podia hacer envite!

Y arrojó los dos sables á gran distancia:

—No me mate, amigo, exclamó entonces el cabo, interpretando mal su accion y sus palabras: no me mate, amigo, que eso no es noble ni cristiano.

—Y quien piensa en matarlo, canejo! esa mafia está buena para la Policia, pero no para los hombres como yo—si usted no fuera á morir de mas muerte que la que yo le dé, ya puede echarse á dormir con confianza.

Y con solicitud inesperada se acercó al vencido y con su propio pañuelo empezó á limpiarle la sangre de la cabeza, atándole en seguida las heridas con un cuidado paternal.

—Yo he tenido que lastimarlo porque usted se habia encaprichado, dijo ayudándolo á incorporarse, pero esto no quiere decir que mi intencion sea matarlo.

Si usted me hubiera dejado ir como yo tanto le supliqué, no me hubiera puesto en este compromiso.

—Pero cómo queria que lo dejase ir? contestó el cabo tristemente; me hubieran embromado de todos modos y me hubieran hecho perder el empleo.

—Pero ya vé que de todos modos tenia que irme y que nada ha sacado con obligarme á lo que no queria.

—Si, pero ahora la cosa es distinta, porque usted me ha herido y yo no puedo hacer imposibles; tengo las heridas que me sirven de disculpa para ellos y de tranquilidad para mi conciencia.

—Usted sabe que lo estimo y le estoy reconocido por los buenos servicios que le debo; si yo le he pegado ha sido porque no me quedaba otro remedio, pero ha sido sin odio y sin deseo de hacerle mayor daño.

—Ya lo sé, amigo, y le estoy muy agradecido: usted ha podido matarme y no ha querido hacerlo—Dios se lo tendrá en cuenta!

—Lo único que siento, es no poder sanarlo como yo quisiera, pero no puedo quedarme aqui porque no seria prudente.

Ese puercó que disparó y lo dejó solo en la estacada, habrá ido con el parte, y si yo me quedo aqui me espongo á que me agarren entre una punta y me dejen mas seco que un charqui.

Pero no por esto he de abandonarlo como á perro; usted no puede moverse de aqui, ni puede tampoco así pasar la noche, porque el sereno le haria mal en las heridas.

Yo voy á pasar por la pulperia donde me presta- ron el recado y alli avisaré para que vengan á buscarlo.

Y acomodó al cabo herido con los ponchos y pichas que halló en el recado, de manera que pudiese esperar con comodidad á los que vinieran á buscarlo.

—Gracias, amigo, dijo el cabo despidiéndose; algun dia tal vez pueda volverle lo que hace por mi, el mundo da muchas vueltas y usted ahora vá á tener que vivir huyendo; que Dios me lo ayude!

Barrientos ató el caballo del cabo á una estaca que improvisó con el rebenque y mantó á caballo tomando la direccion que habian traído.

La noche, aunque clara, habia cerrado por completo

EMPEZAR QUIEREN LAS COSAS

Julio Barrientos le bajó la mano al mancarrón y se lanzó en un galope largo y sostenido.

—Libre! exclamaba, libre y dueño de mi voluntad y de dirigir mi caballo donde mejor me parezca! oh! yo creía que este momento no iba á llegr nunca!

Dolores, alma mia! ya no veré mas la mirada de tus ojos, alumbrada por los destellos de tu amor de fuego! ahora solo me quedará el consuelo de recordarte y de pedir á Dios que te tenga en su gloria!

Pero siquiera sabré dónde duermes tu eterno sueño y podré detener mi pié fugitivo en la tierra que te cubre!

Y podré vengarte y vengarme, añadió, dejando lucir un rayo de cólera en la mirada sombría, convirtiéndome en un azote que no les dé tregua ni descanso!

Yo les he de cohrar tu muerte y mi desgracia, y nunca me he de dar por pago, usando con ellos la misma inclemencia y el mismo rigor!

Y galopaba y castigaba al caballo, ansioso de llegar á la pulperia para que fueran á buscar al cabo, le prestaran caballo á él, y entregarse desde ese momento y por completo á ejercer su venganza.

Ningun rumor se sentía en el campo; ó los que lo buscaban habian tomado otro camino, ó el soldado no habia ido todavia con el parte de lo sucedido.

Es que el tiempo pasaba rápidamente en el pensamiento de Barrientos y no calculaba que la jornada que habia tenido que hacer el soldado era larga y que no podrian estar de vuelta hasta el siguiente dia.

Por fin, despues de un galope fuerte y sostenido, llegó á la pulperia de donde habian salido, mas antes en situacion muy diversa.

Grande fué la sorpresa que experimentaron los pocos que en la pulperia estaban, al ver regresar solo á Barrientos y observar su cansancio y agitacion.

Nada sabian porque el soldado fugitivo no habia pasado por allí, y si pasó nadie lo habia visto.

—Qué es eso, amigo Julio? preguntaron con verdadero interes ¿qué lo trae por aquí tan pronto? lo han hecho volver por chasque?

—No es tan fácil, desgraciadamente; el que la justicia agarra una vez, no se liberta á dos tirones; son peor que perros de presa.

—Entonces viene á buscar algo que se le ha quedado y la custodia está ahí no mas.

—Ahí no mas está y esto es lo que les venia á avisar por si quieren auxiliarla.

El asombro se pintó en todos los semblantes, empezando á comprender lo que habia sucedido.

Pero cómo era que Barrientos sin armas, como lo habian visto antes, podia haber atacado á los justicias y libertarse de firme?

—Ahí verán ustedes como no hay nada difícil para el que tiene resolucion y brios.

—Cuente, amigo, cuente, que ya se nos hace agua la boca, dijo uno de los paisanos; ha de haber sido medio peluda la cosa, aunque usted viene muy entero y descansado.

Julio Barrientos refirió rápidamente, aunque sin omitir un solo detalle, lo que le habia pasado; y no soy mas largo, dijo, porque no puedo demerarme aquí.

—Pueden venir á buscarme y estoy mal de armas y de caballo: algun dia estaré mejor y entonces seré yo quien los busque; no tengan duda.

Un clamoreo de admiracion se levantó en todas partes; aquella era una hombrada en toda regla que no habia otro capaz de cometerla.

—Allí quedó el cabo bastante lastimado, continuó, yo me empeño porque vayan á auxiliarlo porque es buen hombre, y si queda ahí al sereno se le van á envenenar las heridas.

Socórranlo en lo que puedan y dele amigo, por mi cuenta, lo que pida.

—Está bien, amigo Julio, respondió el pulpero cariñosamente, y para usted no quiere nada? ya sabe que los amigos estamos para eso en el mundo y que lo somos de usted en toda regla.

Pida lo que necesite, que no por haber caído en desgracia le hemos perdido la fé: en lo bueno como en lo malo usted siempre ha de ser el mismo, y aunque no lo fuera lo mismo dá para mí.

—En medio de mis desgracias, contestó Julio con cierta solemnidad, sus palabras son como un bálsamo del cielo, porque me muestran que no he perdido la estima de los demás: muchas gracias, amigo.

—Eso no basta, es preciso que pida lo que necesite, porque si no lo tomaré á desprecio y mi buena voluntad no merece ser paga de esa manera.

—Gracias, amigo, á ocuparlo venia porque ando á pié de puro mal montado, y en semejante mancarrón no se puede hacer nada de provecho.

—Quiere un caballo? ahí está el mio! contestaron los paisanos, disponga de él con recado y todo!

—Libreme Dios, respondió Barrientos; eso seria desnudar á un santo para vestir á otro—aquí el amigo pulpero ha de tener alguno que no le haga tanta falta.

—Y no solo uno sino dos, y tres, cuantos usted necesite; por caballos no se ha de quedar en un aprieto.

Por lo pronto voy á darle mi reservado, que anu-

que no es cosa del otro mundo, siempre tendrá caballo para hacerle una pregunta apurada.

Es flete de confianza, amigo Julio, y usted, que es hombre entendido, lo avivará mas.

El pulpero salió de las casas rápidamente, y trajo un caballo pangaré que tenia atado á la estaca, lo que probaba el mérito del animal.

—Échele el recado no mas, dijo, y acuérdesese de mí cuando le haga una pregunta y encuentre el caballo que busca.

—No será por mucho tiempo, amigo mio, contestó Julio, porque no soy capaz de privarle de prendas que tanto estima; ya conozco yo el pangaré y sé las hazañas que ha hecho en su vida.

Es el mismo pangaré con que le ganaron á Toledo la carrera grande—ya vé si le tendré presente!

Y aquello era exacto—el pangaré era un flete de reputacion, que al prestarlo á Barrientos, el pulpero le daba una muestra del grande aprecio que le tenia.

—Solo será hasta llegar á casa, lo dijo Barrientos, donde voy á tomar los caballos de que no me separaré en la vida; llegando se lo devolveré en el acto.

—Qué, va á llegar hasta su casa? preguntaron asombrados los paisanos—no sea loco, amigo Julio, mire que pueden estarlo aguitando y echarle el guante fieramente.

—No han de estar porque no han de creer que vuelva, repuso Julio, y aunque lo creyeran y estuvieran tan bien montados como yo voy, aunque me espere media policia no tengo recelo.

No han de volverme á agarrar dormido, no tengan cuidado; y lo que es despierto, locura será pensar que han de poder tocarme el pelo de la ropa!

Julio Barrientos ensilló tranquilamente su pangaré, se enjuagó la boca con un trago de caña, y se dispuso á partir.

—Bueno, dijo montando—ya nos hemos de volver á ver y entonces tal vez pueda mostrarle mi estimacion y agradecimiento.

Si me pierdo por algun tiempo no por eso he de dejar de caer por aquí algun dia—me queda el consuelo de poder decir que de lo que suceda no tendré yo la culpa: el destino y la justicia así lo habrán querido—qué le hemos de hacer!

Y en medio de las espresiones mas cariñosas y de las ofertas mas espontáneas, el paisano bajó la rienda al pangaré, que partió al gran galope, como si quisiera demostrar que en él podia tener confianza.

Momentos despues, la silueta de Barrientos se perdía en las sombras de la noche, sintiéndose apenas el lejano y firme galopar de su caballo.

—Es todo un hombre, exclamaban; lo que ha hecho no lo hace cualquiera, y bien merecido lo tienen!

¿Quién le ha dicho á la justicia que porque así le dió la gana, puede echar un hombre al medio y mandarlo así no mas á que vaya á servir de pasto á las tropas de línea?

Es lástima que un hombre de estas prendas seeche al camino por la terquedad de un juez—pero el amigo Julio, estoy seguro, se la va á hacer pagar cara; ya lo ven cómo empieza: el dia que ande bien armado

y mejor montado, que andará, y se tope con la justicia, vá á meter mas bulla que una invasion de indios.

Pero es bueno que nos acordemos del pobre cabo que queda ahí, sabe Dios como—el amigo Julio dice que apenas está lastimado, pero se me hace cuesta arriba creerlo—quién sabe si no lo ha abierto como á un peludo y nos manda que lo veamos y podamos dar fe.

—No lo crean, dijo entonces el pulpero, yo conozco á Julio desde mocito y sé que no tiene malos instintos—ha de ser como él lo dice y no se ha de haber prendido mas que lo necesario para poderse escapar.

—Mientras ustedes van y vienen, yo preparo lo necesario y así podremos prestar al hombre el socorro que necesite.

Cuatro paisanos salieron en busca del cabo, mientras el pulpero y otro mas quedaban medio arreglando una cama y quemando trapos para ponerle en las heridas.

El trapo quemado es el percloruro de hierro de la campaña; no hay herida que se le resista ni hemorragia que no venza.

Y les tienen ellos tal fe, que solo á la vista del trapo quemado se creen libres de todo peligro y seguros de pronta cura.

El cabo, cuando los paisanos llegaron, estaba en la misma posicion que lo dejara Barrientos.

Habia perdido mucha sangre y estaba sumamente débil y desalentado.

Los paisanos se echaron al suelo y se le acercaron con esa noble solicitud que les inspira la desgracia ajena.

—Aquí venimos á llevarlo, amigo, dijeron; hemos sabido por el amigo Barrientos que usted estaba lastimado y venimos á auxiliarlo en lo que se le ofrezca.

—Es todo un hombre el amigo Julio, exclamó débilmente el cabo—no me ha muerto porque no ha querido, porque no tiene malas inclinaciones.

Voy á dar aviso para que lo vengán á buscar, me dijo, y lo ha cumplido como lo prometió.

Es lástima que se pierda ese hombre! añadió, porque tiene prendas de corazon poco comunes, y la justicia, solo la justicia, que todo lo atropella, tendrá la culpa.

Yo no sé qué vicio tienen en perder á los hombres por satisfacer un capricho de venganza.

Los paisanos acomodaron al cabo sobre su caballo y lo llevaron rodeado de todos hasta la pulperia, donde á fuerza de caña y trapo quemado le hicieron la primera cura.

—Si quiere, amigo, iremos á dar aviso al Juzgado para que lo vengán á llevar: siempre estará mejor que aquí porque lo atenderán con mas recursos.

—Es inútil, porque ya el soldado habrá llevado el parte y no han de tardar en venir.

Junto con lo que amanezca el dia los tendremos por aquí.

Y mas aliviado de los dolores que sentia, empezó á referir cómo lo habia peleado Julio, y cómo la justicia tenia la culpa de lo sucedido.

—Han hecho con él mil herejías y lo han tr a

tado peor que á mula arisca: por causa de ellos ha muerto doña Dolores, la viuda, y como postre lo mandaban á la cárcel de Dolores, de donde iría derecho á un cuerpo de línea.

Cómo un hombre ha de sufrir todo esto sin hacer por la riña? ni cordero que fuera!

Demasiado bueno ha sido el hombre, que ha podido matarme sin decirme una palabra y no me ha peleado sinó en la fuerza de la necesidad.

Ha estado rogándome toda la tarde que lo dejase ir y dijera que se me había escapado, que no quería pelearme porque era mi amigo.

Pero yo no podía hacerle el gusto y dejarlo ir de arriba, porque hubieran dicho que lo dejé ir de puro flojo y me hubieran hecho perder el acomodo, á mas de alguna *cepiada*.

Ahora es distinto; estoy herido y uno no es de fierro; el soldado me dejó solo y yo notengo la culpa de que el hombre me haya vencido.

Cuando yo caí al suelo, aturdido por los dos sablazos, él ha podido degollarme, porque se me subió encima y me desarmó; pero lejos de pegarme, ni siquiera tuvo para mí una palabra dura.

Al contrario, me ha curado como ha podido, me ha dejado el caballo seguro, y ha ido á dar aviso para que vengan á socorrerme.

Es mucho hombre el amigo Barrientos, concluyó, es mucho hombre! y les vá á dar mas trabajo que una indiada! lo siento por él, que lo que es por la justicia, bien merecido lo viene.

El lector podrá imaginar el prestigio de que goza la justicia, cuando sus mismos empleados se espresaban de aquella manera.

Después de una segunda cura y otro poco de charla, el cabo se durmió esperando el día siguiente en que vendrían á recogerlo.

Julio Barrientos, entre tanto, galopaba seriamente en direccion á su casa, donde queria ir á tomar sus caballos antes de perderse para siempre.

En su espíritu, agitado por todo género de dolores, revolvía mil proyectos de venganza á cual mas terrible.

—Me han herido en lo mas profundo del alma, pensaba, y es allí donde tiene tambien que herirlos la punta de mi puñal.

Yo tengo que matarles la mujer y los hijos para que prueben la amargura que me han hecho beber á mí!

Y horrorizado con este pensamiento, lo rechazaba para caer en otro tan terrible como aquel.

—Oh! pensaba, por qué Dios no me habrá dado el corazon de un tigre, el corazon de ellos mismos para poder vengarme en relacion á la ofensa recibida!

Ellos me han dejado huérfano de todo cariño matando a mi Dolores! ellos han querido echarme á los cuerpos de línea por despuntar el vicio de su crueldad!

Yo debia tambien matarles la mujer, matarles los hijos, matarles todo aquello que representara una fuente de cariño, siquiera para que tuvieran una idea de lo que me han hecho sufrir!

Pero no puedo, no tengo corazon, no tengo entrañas para hacer lo mismo, para castigar las faltas en quien no las cometió!

Cómo podría contestar á esta sola pregunta: ¿por qué me matas, Barrientos?

Y el paisano sacudia la espléndida cabeza, como si quisiera alejar la desesperacion que lo llenaba.

—No podré nunca hacerlo! continuaba, no me quedaré otro camino que vengarme en ellos mismos, y vengarme siempre, hasta que me salga callo en el corazon y pueda entonces hacer todo lo que quiera sin que me dé asco ni compasion por nadie.

Ellos me han echado al medio y se han estorbado por hacerme sufrir de todos modos: justo es entonces que yo haga lo mismo, sin que tenga nadie el derecho de decirme que obré mal.

Y Barrientos galopaba todo lo que podía para llegar á su casa antes de la madrugada, y salir de ella sin que nadie lo viera.

No es que tuviera miedo que allí lo esperaran, como le dijeron en la pulperia, sino que temía el combate allí, porque tal vez eso dificultara ó impidiera sacar de allí sus dos caballos: uno que representaba su salvacion, el parajero, y otro que importaba el único recuerdo que le dejara la viuda.

—La viuda! exclamaba—pobre mujer! quien habia de decirme cuando la sacaba el cuerpo y la despreciaba, que á su muerte mi corazon debiera de quedar como una tumba!

Es mucho sufrir para un solo hombre! es preciso que alguien, llorando, me ayude á compartir mi pena!

Antes de la madrugada, como lo habia calculado, Barrientos detuvo el galope de su caballo delante de aquel palenque donde le esperaba siempre la enamorada viuda, para envolverlo en la expresion cariñosa de su mirada.

Apenas hacia unos dias que lo esperaba allí la expresion de toda su felicidad sobre la tierra, reflejada en la palabra armoniosa de la viuda.

Y ahora no escuchaba mas eco que el ladrido amenazador de los perros, que acudian á recibirlo mostrándole los dientes como á un enemigo odiado!

Ya no sonaria bajo aquella enramada el sonido melancólico de su guitarra, acompañando amorosa décima que hacia palpitir el corazon de la viuda!

Ya no veria titilar en medio de las sombras de la noche, los ojos de terciopelo de la mujer querida que buscaba su semblante como un punto de reposo conocido!

Ya no inclinaria su cabeza cargada de amor y de deseo sobre aquel seno tibio y palpitante para recibir la ofrenda del cariño puro y galano, convertido en una caricia que lo hacia temblar de emocion y de amor.

La muerte habia abatido las alas sobre aquel nido de amor y felicidad suprema, helándolo todo, haciendo desaparecer en un momento, todo el encanto que levantó allí la aspiracion del amor mas delicado!

Aquello era una tumba; era peor aún que una tumba, porque ni siquiera estaba el cadáver que debia ocuparla, como punto de reposo á la rodilla doblada por el recuerdo de todo este mundo perdido.

—Oh! la obra de los hombres es peor que la del diablo mismo! exclamó, mientras ataba el caballo al

lenque, y la vida misma es un infierno donde cada hombre representa una de las torturas reservadas á las almas malditas.

Oh! la muerte! la muerte! ella sería un consuelo, único consuelo á mi angustia, si no tuviera que mirarla y que vengarme!

De qué me sirve la vida ya, si tengo el corazón seco que una chispa, y el alma que es chica para guardar todos los ódios que en ella han amonadado.

Llevo el martirio dentro de mi, y lo mejor sería incluir con todo concluyendo conmigo mismo.

Pero esto sería mas que hacerles el gusto y libertarlos del único enemigo que ha de amargarles la vida y que ha de turbar su sueño con la amenaza de aparición.

No, yo he de caer, al fin y al cabo, pero antes algo que ver caidas, desgarradas por mi puñal, todas sus esperanzas, todas sus ilusiones, todo aquello que pueda representar para ellos un grano de vida.

Han muerto al hombre, pero han despertado al tigre; al tigre sediento de sangre y hambriento de carne humeante despedazada por sus propias garras.

Nada de compasión, Barrientos; pega bien firme, que el llanto ajeno sea el bálsamo que mitigue tu propia herida.

Ya que sembraron vientos, que recojan las tempestades levantadas dentro de mi corazón.

Mis ojos serán el relámpago que precede al rayo, maldición, el trueno, y mi puñal el rayo mismo e les deje muertos y exánimes.

Oh! día hermoso de mi venganza, cuándo brillarás mi corazón!

Barrientos ató el caballo al palenque y se dirigió a casa.

El amenazante ladrido de los perros seguía llenando el espacio como muestra inequívoca de aquella leda tumba.

De pronto un ¡quien vá! salido de la misma pieza e él habitaba antes, sonó como una amenaza.

Barrientos se detuvo un momento, y sin responder una palabra sacó de la cintura el puñal de que se armó.

Tal vez aquel hombre era algun soldado de Policía que cuidaba la casa y sobre quien podría ejercer su ímperio de venganza.

—¿Quién vá? volvió á preguntar la voz, y se dejó oír el ruido peculiar que produce una persona al alzarse violentamente de la cama.

—¿Quién vá? preguntó por tercera vez, asomándose á la puerta.

—Si es justicia ó Policía, respondió Julio, puede ir á resollar por última vez: yo soy Julio Barrientos que vengo á matarlo.

—Yo no soy justicia, ni policía, ni perro, respondió la voz, algo mas tranquila; pero no embrome y diga quién es, porque ese pobre que ha nombrado al Señor Dios donde estará á esta hora!

—Yo soy Julio Barrientos, replicó el paisano, como prueba de que de todas partes se vuelve cuando hay buen caballo; si no es usted Policía acéruese.

—¿Qué voy á ser Policía! libreme Dios! contestó

el paisano entre una alegre risa; si yo soy Alejandro para servirlo y para alegrarse de verlo llegar con vida!

Dios me lo ayude patron: y cómo ha hecho para verse libre de tanta garrapata?

—Lo que hacen los hombres en la ocasión, contestó Barrientos, que había conocido al peon y guardaba el puñal: hice mi atropellada y aquí me tiene que vengo á prepararme á la guerra.

Alejandro era el peon de mas confianza de la viuda: viendo sola la casa, se había alojado en el cuarto de Barrientos para cuidarla mejor, y no había conocido su vez, sin duda por la inmensa agitación que lo dominaba.

—Bendito sea el Dios que me lo ha ayudado á libertarse, continuó, y que lo vuelve á la querencia cuando lo creíamos mas lejos; y qué cara va á poner el Juez Adaro cuando lo vea!

—Peor será la que ponga cuando lo pegue, por que yo no he de morirle sin tomar venganza, aunque tuviera para ello que convertirme en víbora!

Ahora no vengo mas que de paso á buscar mis caballos, despues será otra cosa.

—¡Y á qué buen tiempo llega! replicó el peon alegremente; todavía la justicia no ha metido mano aquí, sin duda esperando que usted marchara á la cárcel; pero ya sabemos nosotros que mañana van á venir á trabar embargo hasta que salgan los herederos y á llevarse lo suyo para responder á los gastos del juicio, y como todos aquí codician los caballos, á la fija que esto sería lo primero que habian de llevar.

—Esto sí que es gracioso! exclamó Julio haciendo un movimiento de infinita gracia.

A uno lo hicieron como á perro rabioso, sin que les haya hecho nada, le matan la mujer y los hijos si los tiene, lo secan en el cepo y lo mandan de postre á un cuerpo de línea dejándole el único derecho de morir cuando le dé la gana.

Y como si todo esto fueran golosinas compradas por uno para entretener el estómago, le embargan sus intereses para que uno les pague todas las herejías que han cometido.

Esto clama al cielo! esto clama al infierno y hasta dá asco de ser hombre para no ser igual á ellos!

Y todo no es mas que robo; por unos cuantos pesos se empuercan hasta el codo, y como tienen la fuerza y se llaman justicia, no hay mas que agachar la cabeza y recibirlo todo, porque eso de linchar el lomo es para peor, si es que puede suceder algo peor de las desdichas que llevamos.

Si para montar, solo cuentan con mis caballos, ya pueden irse preparando para andar á pié toda la vida: no me he muerto todavía, ni pienso morirle, Dios mediante, antes de haberlos secado de una puñalada.

Barrientos se hizo llevar donde estaban sus caballos, acariciándolos con una mirada indefinible.

Los animales lo reconocieron en cuanto le sintieron la voz y se le acercaron relinchando alegremente.

—Ya no nos separaremos mas, les dijo Barrientos palmeándolos en el cuello—vamos á correr juntos la caravana, y mas que gaucho ha de

ser el que me alcance el día que les haga una pregunta!

Y seguido de los dos caballos, su Seguridad y su Recuerdo, como los llamaba, volvió á las casas, pues queria llevar las prendas que tanta falta debian hacerle en el nuevo género de vida azarosa que adoptaba desde aquel momento.

No faltaba nada en su pieza: allí todavía la justicia no habia metido su mano, pues todo se hallaba en el mismo paraje donde lo dejó.

Sin duda, como lo decia Alejandro, habia esperado á mandarlo á la cárcel para saquear la casa.

Barrientos tomó su recado y se puso á ensillar el caballo que le regaló la viuda; era preciso ganar tiempo para estar listo pronto, de modo que si llegaba la justicia antes, lo encontrarán listo para disparar y con todas sus cosas arregladas.

Una vez que ensilló volvió á entrar á su cuarto, de donde sacó las prendas de vestir que mas necesitaba, un puñal de ancha hoja y una cantidad de dinero que guardaba en el fondo del baul.

En seguida pasó al aposento de la viuda, en busca de algo que le sirviera de recuerdo á su amor.

Aquello no estaba en tanto orden como su cuarto, ni las cosas se hallaban, se conocia, en el mismo paraje que las dejó la viuda.

A la vista no habia nada que pudiera llevarse.

Los amigos y amigas, buscando sin duda un recuerdo ó un valor, se habian repartido las cosas que estaban á la vista, como verdaderos bienes de difunto.

El espíritu del paisano experimentó un triste sacudimiento al contemplar aquella especie de saqueo.

Las cosas que él conocia y que podian haberle servido de agradable recuerdo, no estaban mas allí: la justicia ó la amistad se habian encargado de llevarselas:

Allí estaba la cama, aun revuelta, donde la pobre mujer se entregaba al sueño pensando en él: todavía la almohada conservaba la presión de la cabeza!

Barrientos se acercó á la cama y besó aquella almohada con un religioso recogimiento; fué entonces que vió atado á una de las perillas de la cama, un gran pañuelo de seda.

Era el pañuelo con que la viuda se ataba la cabeza los días de fiesta, cuando salia de paseo; prenda que estimaba sobre todas porque fué un regalo que él le hiciera en tiempos mas felices.

Barrientos tomó el pañuelo y se lo ató alrededor del cuello, despues de haberlo llevado á los labios.

—Esto me basta para tenerla siempre presente, murmuró, y salió del cuarto adonde no volveria mas en su vida.

Y allí, delante de los caballos, se hizo contar de nuevo la triste historia, ó indicar el sitio exacto donde la habian enterrado.

El paisano contó todo lo que sabia, que era mas ó menos lo mismo que le refirió el cabo, añadiendo el nombre de todos aquellos que, como ño Cipriano, la habian socorrido y hecho todo género de esfuerzos para salvarle la vida.

—No todo han de ser espinas en la vida, exclamó Barrientos lagrimeando; todavía hay hombres de co-

razon como ño Cipriano, á quien algun día podre pagar el bien que hizo á Dolores.

Barrientos dijo á Alejandro quien le habia prestado el caballo y montura en que llegó al rancho.

—Es preciso que se lo lleves ahora mismo y se lo entregues en propia mano, porque es prenda de estimacion que no se presta á dos tirones, y que si lo ha hecho conmigo fué para mostrarme toda la amistad que me profesa.

Dile de mi parte que mi agradecimiento durará siempre, y que algun día he de mostrarle que no soy un ingrato y que mi memoria es larga, tanto para recordar el bien como el mal que me hayas hecho.

Ahora yo me voy recostando para la frontera, porque ha llegado el tiempo en que los hombres que algo valemos tenemos que irnos recostando á los indios para huir de la justicia, que se ha hecho peor que ellos.

Parece increíble que mejor acogida tenga uno entre los indios que entre la gente que se llama civilizada.

—Así es el mundo, don Julio, contestó Alejandro: dia vá á llegar en que nos demos con una piedra en los dientes porque nos nombren de Juez de Paz ó Coliqueo ó Tripailao—tienen mas corazon que los nuestros, no tenga duda, don Julio!

—Y qué duda he de tener si por mí está pasando! exclamó Julio tristemente—qué duda he de tener si por eso estoy padeciendo y sabe Dios lo que aún tendré que sufrir!

El día empezaba á asomar de una manera espléndida, cuando Julio se dispuso á partir diciendo: es bueno que yo me largue por mi lado y tú por el tuyo á entregar ese caballo, porque si viene la justicia—sabes lo que es—lo declarará bien de difunto y lo agarrará porque ha servido para que huya un bandido como yo.

—No se afija don Julio, que no tiene por qué saber que usted lo trajo: en ese caso diré que es mio y nadie tendrá nada que observar.

Y digo esto para que usted tome un mate siquiera, que buena falta le ha de hacer y que sabe Dios cuando podrá tomarlo á su gusto.

—Recien me has hecho acordar que desde anteayer mi estómago no ha recibido un solo bocado de comida; estoy con la limonada que tomé ayer, por toda funcion de tripsas.

—Entónces voy á darle un mate, y con él siquiera podrá pasarse hasta el medio día que encontrará donde churrasquear.

—Mientras se calienta el agua no está demás echar en el fuego un pedazo de carne para que se vaya asando.

El mate así, en pelos y sin ningun refuerzo, suele hacer daño cuando se galopa fuerte, y yo siento que los dientes me duelen ya de puro andar de haraganes.

Alejandro hizo un lindo fuego á cuya lumbré puso la paba y un buen pedazo de carne, cuya vista multiplicó en un momento el hambre descomunal que sentia el paisano.

Mientras asó el churrasco y tomaron una docena de mates, siempre conversando de la viuda y de su inmerecida desgracia, habia concluido de amanecer y todo

en el campo despertaba á la vida bulliciosa y alegre.

Los peones de las casas se habian levantado, y sombrados de ver allí á Barrientos lo rodeaban y escuchaban la narracion del cómo se pudo librar del zote de la justicia.

—Ya lo habia dicho yo, exclamó un peon de caras tajeada que tarja en dia de yerra, ya habia dicho yo que el amigo Barrientos no les habia de castrear mucho tiempo.

El gaucha es muy matrero para el lazo de la justicia, añadió, y es preciso ser muy mulita para no provechar la ocasion que á uno le pongan por el ocico.

Y ahora, si te ví no me acuerdo! que le echen un arejero atrás á ver si alcanzan á llegar donde él hizo noche!

Con la llegada de los peones, Barrientos se detuvo hasta muy entrada la mañana.

Comió el churrasco que le hizo Alejandro con hambre devoradora, y enancándole unos cuantos mates se levantó y preparó á marchar.

—Ahora, dijo, tal vez no nos volvamos á ver nas.

Yo tendré que andar huyendo como los ratones el gato, y sabe Dios cuando podré dar la vuelta—me voy, porque antes de salir del pago tengo que hacer una visita á mi Dolores, y despedirme del juez de Paz—no quiero irme sin que me vea la ara.

Alejandro quiso acompañarlo para mostrarle el paraje donde descansaba la finada, pero Julio no quiso aceptar.

—Por la sola causa de andar conmigo puede sucederle algo, y basta con los que por mí se han desgraciado ya; con las señas tengo de sobra.

—Es inútil que no quiera, porque de todos modos yo he de acompañar, dijo Alejandro; lo dejaré al lado mismo de su cariño y de ahí me voy á llevar el aballo.

Como no habia de pelear por eso, Barrientos tuvo que consentir al fin y permitir á Alejandro que lo acompañara.

Y despues de abrazar efusivamente á los paisanos que quedaban, montó sobre el caballo de la viuda y llevando de tiro el parejero se pusieron en marcha.

Los paisanos se dirijieron al Cementerio cortando el campo, porque Julio no queria que vieran á Alejandro junto con él.

—No hay necesidad que sepan que has andado conmigo, decia, que por eso solo y porque no fuiste á dar cuenta, te dejen seco en el cepo.

Yo sé lo que son estas miserias y por eso no quiero que nadie la pase por mí.

—De todos modos uno no sabe por dónde lo van á agarrar, decia Alejandro, así siquiera que lo agarren á uno por haberse hecho el gusto.

Por mas campo que cortaran, Barrientos iba encontrando por el camino infinidad de amigos, que llenos de asombro y de alegría se le aproximaban para indagar la causa de aquella libertad inesperada.

Y cuando este les referia su lucha con el cabo apaudian alborozados exclamando:

—Siquiera que sepan que esas herejías no se hacen impunes y por lo menos que no se han de ir de arriba despues de cometerlas!

Quién le hubiera visto la cara al cabo cuando lo sintió alejarse en retirada y que se le iba la presa!

—El pobre no es culpable, contestó Barrientos, y demasiadas finezas le debo; el pobre tenia que cumplir lo que le habian mandado, aunque estuviera en contra de su corazon.

Le estoy tan agradecido, que me duelen mas á mí los hachazos que le pegué.

Pero váyanse que si los ven conmigo por lo menos los van á meter en el cepo.

—Y de dónde van á sacar cepo para todos? queremos acompañarlo, amigo Julio, y al que no le guste que se rasque.

Cuando Julio llegó al Cementerio, sus acompañantes pasaban de veinte, que no sabian cómo expresar al amigo la alegría que esperimentaban al verlo libre, aunque aquella libertad era poco envidiable porque tendria que gozarla de oculto como bienes de ladron.

—Bueno, amigos; hasta aquí hemos llegado, dijo, ahora les pido que me dejen solo con mi dolor; tengo que despedirme de la prenda que mas quise en el mundo y hacer sobre su tumba un juramento.

En seguida pasará por el Juzgado á darles tambien mi despedida y prometerles que con harta frecuencia nos hemos de ver las caras.

De allí me voy á donde me lleve el destino y donde haya hombres á cuyo lado se pueda vivir.

Los paisanos se despidieron de Barrientos, asombrados ante su resolucion tan temeraria, y se fueron á los alrededores del Juzgado para presenciar de cerca lo que allí iba á pasar.

Como en las grandes fiestas, iban temprano á elegir buen sitio para no perder un solo detalle de la escena.

Sabian que Julio haria lo que les habia prometido y querian ver como se manejaba la justicia para echarle la garra.

Y como por todas partes donde pasaban daban noticia de lo que habia sucedido y lo que iba á suceder, todos se dirijian cerca del Juzgado, ávidos de presenciar la curiosa escena.

Barrientos, entretanto, con los caballos de la rienda, entró resueltamente al Cementerio, se descubrió con místico respeto y se dirigió á la tumba de la viuda.

Era un simple monton de tierra adornado provisoriamente con una cruz de madera, mientras se fabricaba la de hierro que le estaba destinada.

Barrientos llegó allí, se arrodilló y permaneció silencioso y recojido como si orara.

En aquel triste momento recorria en su imaginacion, y hora por hora, los dias de felicidad que habia gozado en compañía de aquella mujer tan querida, á quien no volveria á ver mas ya.

Y no pudiendo contener las lágrimas, aquel hombre tan valiente y sufrido se prendió de la débil cruz y se puso á llorar como una criatura.

Era su eterna despedida á aquella pobre tumba, adonde quedaba enterrada toda la felicidad de su vida.

Y con los ojos preñados de lágrimas aún, y el ademán amenazante, se puso de pie y juró sobre aquella pobre cruz vengar á su Dolores, en los que habian causado su muerte y su desesperacion.

—Yo te vengaré, bien mio, exclamó, en todos los justicias de la tierra! mi vida será un azote para todos ellos!

Y el día que Dios ponga en mi camino á los que te han arrebatado de mi amor y de la vida, yo les sacaré entraña por entraña para traértelas aquí como prenda de mi cariño y de mi amor!

Y acariciando la tumba con una mirada infinita y poniendo la mano sobre la cruz como en una cabeza humana y en señal de eterna despedida, se alejó de la tumba y del Cementerio, saltó sobre el caballo y, llevando al parejero de tiro, se encaminó hácia el Juzgado.

Unos cincuenta paisanos se hallaban allí diseminados, pero todos ellos guardando la misma actitud inquieta y curiosa.

Con semejante inesperada concurrencia, la autoridad estaba sériamente alarmada.

Creia que se trataba de algun movimiento revolucionario, y no se atrevia á inquirir la causa por temor de provocar á los paisanos, pues el número de los soldados era muy inferior á ellos.

El juez de Paz, como todo el vecindario, conocia la fuga de Barrientos, y habia enviado una comision á prenderlo, y esta era la causa por qué allí no habia mas que dos ó tres soldados, fuerza harto miserable para hacer frente á aquellos hombres, si es que habian ido allí con intenciones hostiles á la autoridad.

Y esperaban la vuelta de aquella comision que, mandada por Vega, seria la única capaz de hacer entrar en razon á los amotinados.

Y sin atreverse á salir por no ser las primeras víctimas del asalto, la autoridad espiaba los movimientos de los paisanos con sus armas preparadas, para el caso probable de que atropellaran.

Ya el telégrafo habia jugado para prevenir á las autoridades vecinas de lo que sucedia, pidiéndoles un contingente de fuerza, y se habia recibido la contestacion de que en el acto se ponian en marcha.

De pronto aquella muchedumbre se movió como una oleada, levantando un rumor que los soldados interpretaron como la señal del ataque.

A unas ocho cuerdas de distancia se veia venir á un hombre con caballo de tiro, en el que no fué difícil reconocer á Julio Barrientos.

Era él, en efecto, que llegaba tranquilo y sonriente, pero en cuya apostura se adivinaba y se veia luego algo como una amenaza sombría.

El paisano traia un aspecto verdaderamente terrible; su mirada espresaba todo el ódio, todo el rencor en que su corazon rebosaba, y el semblante pálido y sombrío habia perdido su habitual mansedumbre para presentarse conmovido y amenazador.

Y marchaba al paso de su caballo con la misma naturalidad con que iria á su casa, donde ningun peligro podia esperarle.

Y soberbio y con infinita insolencia, prescindiendo

del paisanaje que allí esperaba, se acercó á la puerta del Juzgado, que permanecia cerrada, y golpeando en ella con el cabo del rebenque, exclamó:

—Abran á Julio Barrientos que quiero ver al Juez de Paz.

—No está en el Juzgado, contestó un milico, vuelva en otro momento ó diga qué quiere.

Lo que quiero es que me abran ó que salga él para devolverle los favores que le debo; á eso solo he venido y espero que no me harán esperar mucho.

—No está el Juez, amigo, contestó el milico, dejando ver en el temblor de su palabra el miedo descomunal que sentia.

—Yo no soy amigo de Policías, respondió Barrientos con infinita soberbia, ni tengo ya mas amigos sobre la tierra que la hoja de mi puñal!

Diganle no mas que ya que es tan guapo para insultar á los hombres cuando los tiene en el cepo y rodeados de Policías, que salga ahora que es la ocasion de mostrar su guapeza: que es Julio Barrientos que le viene á probar que de todas partes se vuelve—que estoy solo y solo he de hablar con él.

Pero no le contestaron ya una sola palabra, sin duda porque tenian miedo de exasperarlo mas.

Con la pelea de don Angel, que era hombre bravo y experimentado, y el hecho de haber puesto en fuga un soldado y herido al cabo que lo llevaba á Dolores, hombre valiente á toda prueba, Barrientos habia creado un prestigio asombroso, al extremo que los milicos hubieran desobedecido al mismo Juez toda orden de salir á prenderlo.

Luego, quién les garantia que aquellos paisanos no estaban allí para secundar á Barrientos y ayudarle en sus criminales pretenciones?

Hasta aquel momento no habian hecho ningun movimiento hostil, pero aquello podia muy bien ser calculado para confiarlos y hacerlos salir con toda confianza.

Entretanto, la admiracion de los buenos paisanos por Julio, crecia de una manera fabulosa, y su valor asumia proporciones fantásticas para aquella buena gente.

Y el paisano sonreia con altanería infinita y creciente soberbia, diciendo á los que lo rodeaban:

—Así es toda esta porquería—cuando á uno lo tienen abajo ó sujeto entre el cepo, voracean que parece se van á tragar la tierra, y cada uno amenaza é insulta por una media docena.

Pero páreseles un hombre en frente y rónqueles como se debe, ya no se halla enemigo!—no encuentran dónde meterse ni donde esconder el cerote!

Dá asco y tristeza el pensar que esta es la gente que nos hace desgraciados y nos maneja como hacienda orejana—cuando llega la ocasion no se halla hombre ni para un rebencazo.

Puercos! gritó, creyendo su insolencia y volviendo á golpear la puerta con el rebenque, pero esta vez á pié.

Qué haceu que no salen? he venido á ceserlos á puñaladas, aunque salga toda la partida á pelearme, con tal que salga tambieu el Juez de Paz para hacerle arar el suelo con la trompa.

Y siguió regalando á la autoridad los epítetos mas soeces é injuriosos.

Pero la autoridad no daba señales de vida—evidentemente tenia miedo de mostrarse.

—Yo he venido aquí para vengarme, gritó, pero ya que hoy es imposible me contentaré con la prevención—el día de poder cumplir mi venganza ha de llegar, mas tarde ó mas temprano. y ese Juez de peludos, no de hombres, ha de morir á mis manos porque así se lo he jurado á Dolores, y uno á uno ó todos juntos han de morir tambien los que manden contra mí,

Dios ha de ayudarme, no tengan duda, porque de mi lado está la razon.

Ahora me voy, porque aunque yo esté aquí tres dias seguidos, en tres dias no han de salir—pero no hemos de tardar mucho en vernos las caras!

Sean testigos todos, de que los he tratado como á la última basura y me han tenido miedo.

Y prorumpiendo en injurias afrentosas y palabrotas de todo género, talonó su caballo y empezó á retirarse al tranquito.

Los paisanos estaban tau asombrados del valor y la insolencia de Barrientos, como de la cobardia de la justicia.

—Los ha hecho banco! decian—los ha hecho banco, y si no los ha rebenqueado es porque no ha querido!

—Es muy hombre el amigo Julio, agregaban otros, les ha de cumplir la amenaza al pié de la letra!

La pucha con el mozo! quién hubiera dicho que tenia esas agallas! ni un toro mestizo! á ese criollo no le pone las caronas ni el mismo diablo!

Y Barrientos, que sentia las palabras ó adivinaba lo que podian decir los paisanos, hacia compadrear á su caballo en el trote mas quiebra y sonreia de una manera diabólica.

Los paisanos fueron alejándose poco á poco y en distintas direcciones, para ir á referir aquella pasmosa aventura en todas las pulperias del partido.

Ya tenian para un mes de charla y de comentarios de todo género.

Barrientos se detuvo á unas ocho ó diez cuadras y volvióse á mirar al juzgado por ver si alguien salia.

Pero el susto debia ser enorme, cuando á pesar de haberse ido todos, nadie apareció en la puerta.

Entonces, convencido de que toda tentativa seria inútil, puso el caballo al galope y se alejó en direccion al Sud.

Al poco rato se le juntaron dos amigos. que comentaron á espresarle su mas viva admiracion por lo que acababa de hacer.

—Es una lástima que hombres como usted se pierdan del pago y abandonen sus haciendas.

No se vaya lejos, amigo, repetian, no se vaya lejos, así el día que cambien autoridad usted podrá volver al partido sin que nadie lo incomode.

—No crean que eso sea posible; las justicias son como las cuentas de los rosarios; pasa una y se corre del otro lado, pero la que viene atrás es igual á la que pasó y á la que pasará trás ella.

Todos son iguales, compañeros, es la misma Ave Maria rezada con distintas cuentas!

Vara nosotros no hay justicia, es preciso hacérsela uno por su mano ó aguantar lo que le venga encima.

Ahora me voy para los indios, concluyó, que ya es el único amparo que nos va quedando; pero no será por mucho tiempo, no hay cuidado!

Yo he jurado vengarme, y para cumplir mi venganza tengo que volver aunque no quiera; me haré perdiz hasta que se olviden un poco y me den alcance, pero yo tengo que venir á morir aquí, donde ella descansa y espera.

Y los ojos de Barrientos se nublaron y su voz jimió tristemente.

—Me dá una pena profunda el tener que alejarme de aquí, dijo; pero quéle voy á hacer?

Ya se acabaron los tiempos en que un hombre podia andar de pago en pago sin que nadie lo conociera.

Ahora la autoridad avisa á sus compañeros por ese hilito de alambre, y en cuanto uno llega aun partido donde nunca le han visto la cara, ya lo conocen por el aviso que han recibido, y ya tambien le quieren echar el lazo.

Han cruzado toda la campaña con esos hilos por donde pueden hablar al minuto, así es que ya no halla uno donde escondarse.

Parece que la justicia y el diablo hubieran hecho liga para perseguirnos.

Día va á llegar en que desde el vientre de la madre lo arreen á uno como hacienda maldecida.

Con la justicia sola, la partida es desesperada—qué será si el diablo le presta la ayuda de su malicia y de su maldad!

Nada! no hay mas que huir á los indios.

Y separándose de sus últimos compañeros, Julio Barrientos puso su caballo á gran galope hácia la frontera Sud.

LOS BOLEADORES

Barrientos iba con ánimo de llegar á la frontera Sud y pasar á los indios, donde queria vivir algunos años para ser olvidado y volver, aunque no al pago, porque lo conocerian en el pelo de la ropa, por lo menos á otros partidos donde pudiera vivir y vengarse.

Esta era la preocupacion mas grande que le dominaba.

Cómo no habia de tomar un fuerte desquite de aquellos que le habian arrebatado cuanto tenia y lo convertian en un bandido despreciable?

—No hay remedio, exclamaba—yo tengo que vengarme, y vengarme de una manera que suene, á ver si algun dia escarmienta esa canalla.

Barrientos no se hubiera ido á la frontera si hubiera podido ocultarse en algun punto de la campaña, pero sabia que no le era posible, porque ya su filiacion y órden de tomarlo estaria en todas las Comisarias.

El telégrafo cruza toda la campaña y el paisano sabe que mas tarda él en cometer un hecho que en saberlo la autoridad de todos los puntos donde pueda dirigirse.

Y no bien guia sus pasos á un partido, cuando están esperando su llegada para reducirlo á prision.

Así, no le queda mas refugio que los toldos de los indios, donde siquiera puede vivir sin la amenaza de ninguna clase de justicia.

Allí el hombre vale por lo que es, y está atenido á sus propias fuerzas.

El que trabaja tiene, y como al que no trabaja nadie le ayuda, no es posible vivir sin hacer nada.

Las costumbres de los toldos forman una verdadera República, pero una República donde el hombre es completamente libre y dueño esclusivo de su voluntad.

Cuando el cacique vá á hacer una invasion, invita no solo á sus indios, sino á los de otras tolderias que quieran tomar parte en ella.

Segun la importancia y condiciones del cacique que invade, es el número de lanzas que reúne.

Así se vé que los caciques vivos y buenos guerreros, aunque en su tribu no tengan mas que doscientas lanzas, invaden, como Pícan, con quinientas ó seiscientas.

Porque los indios que saben que con tal ó cual cacique han de tener resultados pingües, se apresuran á concurrir con sus caballos y su lanza, engrosando las filas de la invasion.

El que no quiere venir se queda en su toldo descansadamente, sin que nadie le obligue ni critique su actitud.

Pero este no participa del arreo que se trae, el

que se reparte solamente entre los que han ido, en número correspondiente á su gerarquía.

Desde que salen de los toldos en son de guerra, no se oye ni se obedece mas voz que la del cacique ó del capitanejo en quien aquel haya delegado algun mando.

El cacique puede obligar en ciertos casos, á que un indio vaya en la invasion que lleva, contra su voluntad, y esto es cuando sus servicios de buen bombero ó conocedor del terreno pueden ser de gran utilidad á toda la tribu.

Pero el cacique que obliga á un indio á seguirlo, se echa encima una responsabilidad terrible.

Si aquel indio muere ó cae prisionero, el cacique es responsable ante su familia y esta responsabilidad se hace efectiva del modo siguiente:

Se estima lo que aquel indio trabajaba y el número de animales que traía en cada invasion, mas ó menos, y el cacique tiene que entregar á su familia para su sustento, un número de animales igual ó relativo, segun lo que se ha *trabajado* en el año,

Lo mismo sucede en los casos de homicidio casnal ó intencional.

En el caso escepcional de que un indio mate á otro, ya en pelea, ya alevosamente, lo que nunca sucede, la justicia del cacique no cae nunca sobre él bajo la forma de pena corporal.

Se estima al indio muerto en lo que valia, es decir en sus calidades de buena lanza y en los animales que de las invasiones traía á su familia, y se le impone la obligacion ineludible de entregar á la familia del muerto, de los animales que le tocan, un número igual á los que aquel traía.

Y si lo que le toca en el reparto no alcanza á cubrir el compromiso, se le deja lo estrictamente necesario para su subsistencia y se le obliga á entregar lo demas.

De esta manera, la familia del muerto no padece, y raro es el indio que mata, sabiendo que sobre él van á cargarse todas las obligaciones del muerto.

Esas costumbres raras y equitativas las conocen los paisanos de los pueblos fronterizos, y las acatan al pie de la letra.

Antes, diez años atrás, el indio no admitia en sus toldos al cristiano, sino hasta los ocho ó diez años, en que podian formarlos como querian.

No hacian prisioneros á los gauchos ni á los soldados, porque estos podian huir y traer noticias de sus guaridas ó próximas invasiones.

Y lo mismo daban muerte al prisionero de guerra como al paisano que iba á buscar refugio entre ellos para huir de la justicia, ó desertando de la guarnicion de la frontera.

Los indios han suprimido ya esta costumbre á

esta ley de sus toldos, consultando su mejor conveniencia.

El gaúcho, que no le conviene estar mal con el indio, no trata de venderlo ni delatar sus invasiones; y el indio no mira ya en él sino el contingente de una arma y un brazo mas, y muchas veces un buen bombero que puede serle de gran utilidad.

Y le permite no solo vivir en los toldos como una de tantas lanzas, sino que lo deja vivir en ellos con el perfecto derecho de ir y venir cuantas veces le dé la gana.

Así se ven muchos gaúchos que, corridos por las barbaridades de la Justicia de Paz, viven en los toldos, casados y con hijos, lo que no les impide de cuando en cuando venir á pasar una temporada entre los cristianos.

Lo único que no se le permite traer es la familia, porque es el lazo que lo ata á los toldos, y trayéndola puede no volver.

Así, tanto el gaúcho como el soldado de línea, tiene entre los indios un refugio seguro contra la arbitrariedad de la justicia y contra los martirios de los cuerpos de línea, que es el eterno grillete que el gobierno ata á su pié.

Si es bueno, ¿cómo se le vá á desprender un gefe de los soldados de su mayor confianza? y si es malo se le vá recargando en el servicio al extremo de que le sería corta la vida para cumplir los años de servicio á que ha sido condenado.

El soldado, viendo que no tiene otro recurso que aceptar aquella vida desesperante ó morir, deserta y gana a los toldos, único punto donde no lo alcanza la maldad de los hombre, y les lleva el contingente de su arma y su municion.

Es por esto que en las invasiones de indios se nota tanta arma de fuego, muchas veces mejor manejada que entre la tropa misma.

Julio Barrientos, como todos los paisanos, sabia todo esto, y por eso se resolvió á pasar una temporada entre ellos, como quien vá á tomar campo para recuperar las fuerzas perdidas en el trabajo.

—Y no será larga mi ausencia! pensaba—quién sabe si algun dia no vuelvo capitaneando un grupo de hombres de corazon con que poder pelear á cuanta justicia me salga al paso.

El hecho es tomar mi desquite, y solo ó acompañado, á mí la justicia me ha de pagar lo que me ha hecho; es para lo único que conservo la vida; de otro modo ya me hubiera ensartado el corazon como un churrasco.

Y galopando siempre y tratando de conservar su caballo cuanto le fuera posible, llegó al Saucó Corto, antigua guarnicion de frontera, donde tenía algunas relaciones de amigos que allí habian ido á establecerse.

En los campos de Soler, había una pulpería de unos hermanos Lopez, antiguos conocidos y amigos.

Allí se dirigió Barrientos, ávido de descanso y en la seguridad de que no habian de conocer todavía el motivo de tal visita.

La pulpería estaba concurridísima, llena de gente de todo pelaje, preparándose como para una larga fiesta.

—Bien haiga la buena pieza! exclamaron Lopez y

sus amigos al verlo llegar; dichosos los ojos que lo ven por semejante pago; viene á lucir el fiote?

Y miraban encantados al parejero, que en su aspecto estaba mostrando sus grandes condiciones.

Disimulando el motivo de su llegada, Barrientos desmontó, acomodó sus caballos de manera que nada les faltara, entrando á la esquina y á la conversacion general.

Allí supó que se estaba organizando una gran boleada, para lo que habia venido toda aquella gente, creyendo que él mismo habia llegado para tomar parte en la fiesta.

Los que lo conocian lo presentaron á los demás como el mejor contingente que podia haberles llegado, estableciéndose entre ellos una corriente alegre y simpática.

Una boleada es para el gaúcho un espectáculo el mas atrayente y seductor que puede brindársele; cuando se le invita á tomar parte en ella, es la mayor suma de felicidad á que puede alcanzar.

Los boleadores salen, montados en sus mejores caballos y formando una ala de batalla, tan larga como boleadores han concurrido.

Cuando llegan al campo elegido para la boleada, aquella larga ala vá tomando la forma de un semicírculo, que marcha perezosamente, arreando cuanto encuentra al pase.

En su cintura se ven arrollados cuantos pares de bolas pueden llevar, viéndose en los tientos y en diversos puntos del recado las que no caben ya en la cintura.

Durante la marcha se bebe, se fuma y se conversa en medio de la mayor franqueza y buena armonía.

Así se anda un trecho de una ó dos leguas, al fin de cuyo espacio las cabeceras de aquel semicírculo empiezan á aproximarse insensiblemente, hasta juntarse, lo que se verifica en un trayecto de una ó dos leguas mas.

El cerco queda así cerrado y dentro de él encerrados cuanto animal han ido arreando en la marcha, que se encuentran sin salida posible.

Aquel es un pandemonium de liebres, zorros, zorritos, avestruces, gamas, tigres, leones y cuanto animal puede imaginarse.

El cuadro toma entonces una animacion infernal.

El grito de los animales se mezcla á la algazara y las risas de los hombres, formando un conjunto musical que solo el oido de un indio puede resistir sin ensordecer.

Las bolas salen la cintura y silvan en el aire reboleadas por brazos de espléndida musculatura.

Y despedidas con una fuerza magnífica y una certeza admirable, van á atarse á las patas del animal que ha elegido el que las lanza, dejándolo perfectamente inmóvil.

Y aquella algazara fantástica va creciendo hasta que se hace insoportable para los mismos que la producen y hasta que no queda un solo par de boleadoras que no esté atada á las patas de algun animal.

Y cosa asombrosa! en aquellos dos ó tres mil pares de bolas, no se ha herrado un solo tiro: todas han sido perfectamente aprovechadas.

Viene entonces el aparte de los animales de cada uno, que lo dá al espectáculo un aspecto mas animado todavia.

Todos se tiran al suelo y acuden en el acto, y cuchillo en mano, y matan á los animales que mas se mueven y amenazan por consiguiente irse.

Y la carniceria empieza siguiéndole el cuerpo, á lo que los boleadores dedican preferente atencion por que una piel lastimada no vale nada.

Cada uno se dirige á los animales que tienen enredadas sus boleadoras, propiedad que ninguno les disputa, no habiendo ejemplo que en las boleadas haya cuestiones sobre propiedad de los animales.

Cada uno recoge sus cueros y su pluma, que acomoda de la mejor manera posible, y la boleada continúa sobre los mismos animales que por falta de boleadoras han escapado al primer cerco.

Y así bolean, hasta que cada uno prepara ó reúne dos cargeros de pieles y de pluma.

Durante la boleada, los episodios de asombroso valor se suceden á cada momento unos á otros.

Tan pronto es un paisano que agarra de la cola á un tigre y se entretiene en irritarlo hasta que lo posttra fatigado y jadeante, ó un paisano que juega con un leon como con una persona.

Y nadie los ve, á nadie lucen, esponiendo cada momento la vida por el solo placer de esponerla y dar entretenimiento á su espíritu varonil.

Concluida la boleada que ha durado dos ó tres dias, los paisanos se turnan para descánsar y arreglar sus cueros y pluma, regresando al tranquito de los caballos á la pulperia de donde han salido.

Allí los esperan los negociantes, pues sabiendo que hay boleada han acudido á comprar lo que traen y lo adquieren á precios sumamente bajos.

Porque el paisano lo que quiere es vender pronto, para tener con que beber y jugar, fiesta que es el complemento de la boleada.

En plena posesion de cada uno de los trescientos, quinientos ó mil pesos que le ha producido lo que boleó, se arma el gran jaleo que dura irremediablemente mientras le dura el dinero.

Porque, en resumen, el que viene á quedarse con

todo el dinero, no es otro que el pulpero que organizó la boleada con este solo objeto.

Y es cosa sabida ya entre ellos, y como refran alegre, que el paisano bolea para el pulpero.

Es en la segunda parte de la boleada el beberaje y el juego, donde tienen lugar las cuestiones que con tanta frecuencia terminan en lances sangrientos.

Tramposos por naturaleza, cuando el dinero se empieza á concluir, y las cabezas ya están turbadas por la ginebra, buscan pretexto en cualquier jugada para insultarse de una manera terrible.

Bien pronto los facones brillan en la mano y la pelea empieza febril y encarnizada, casi siempre entre uno que ha ganado y otro que ha perdido,

Y aquellos hombres, por una jugada mal hecha, ó una palabra mal dicha, pelean con una bravura asombrosa, hasta que las heridas recibidas les hacen terminar la lucha, en fuerza de no poder mas.

Los concurrentes á la jugada acompañan á los que pelean con su simpatia ó antipatia, pero no se meten á terciar en la lucha ni á impedirla.

Hacen círculo al rededor de ellos y contemplan la sangrienta pelea, apreciando en alta voz sus incidentes mas interesantes.

Concluido el dinero, los paisanos, en el vértigo de beber y jugar echan mano al pilcherio, que van empeñando gradualmente, hasta que solo se quedan con la faja por único freno, y la peor gerga por todo apero.

Así la boleada viene á ser un infame negocio para los mas, pues dejan en la pulperia las lujosas pilchar con que llegaron.

Recapacita entonces, vé que todo su haber queda en la pulperia, y todo su rencor se vuelve sobre el pulpero, rencor comparado solo con el que el soldado de línea profesa al comisario pagador.

Este es el fin fatal de cada boleada, fin previsto, por todos, pero que ninguno trata de evitar.

Ninguno tiene, segun dicen alegremente, ni la plata ni el cuero para negocio, por lo que no le tienen apego.

UNA PACIENCIA ASOMBROSA

Así, cuando volvieron de aquella boleada que duró tres dias, todos cayeron á la esquina de los Lopez, onde les esrapaba una buena provision de medios rascos, de plata, naipes y taba.

Los paisanos que habian llegado tarde, porque a los boleadores habian salido, se quedaron en la squina, esperando su vuelta para siguiera tomar arte en la fiesta.

Y los que no llevaban dinero para la jugada lo habian conseguido del pulpero, dejándole en prenda uno ó dos parejeros que habia llevado para la boleada.

Y allí esperaban tambien los negociantes que acudian de los vecinos pueblos á comprar la pluma y cueros de primera mano, antes que los adquiriera el pulpero y se los haga pagar el doble.

Así es que cuando regresaron allí los boleadores, se encontraron con una reunión estupenda, donde había ya algunos que no pudiendo contenerse se habían mamado.

Cada cual descargó su pluma y sus cueros, empezando el negocio sobre tablas.

Algunos se resistían al principio á entregarlos porque el precio ofrecido les parecía poco, pero al fin y viendo que otros cedían, concluían por ceder ellos mismos y entregarlos por lo que les querían pagar.

Hecho el negocio y no quedando una sola pluma que vender, los paisanos fueron buscando las sombrillas para echarse á dormir y descansar de las fatigas de la correría, mientras llegaba la noche y con ella el momento de armar la reunión.

A la caída de la tarde empezaron á acomodar sus caballos y aperos, y á pedir algo que comer.

Como durante la boleada iban comiendo de la misma carne de los animales que mataban, vienen ansiando un fiambre y se le prenden á las sardinas, salchichon y queso, de que el pulpero ha tenido buen cuidado de hacer provista abundante.

Una vez que sintieron bien alimentado el estómago, cayeron á la pulperia donde se inició la jugada, flojita no mas entre unos, mientras los otros armaban una trenzada por cifra ó una milonga que no había mas que pedir.

Aquello era una salamanca.

Por todos lados sonaban las voces, las risas, las guitarras, los dicharachos y las imprecaciones.

Entre aquella gente, no muy trigo limpio y entre lo que había de toda especie de diablos, era Julio Barrientos el mas agasajado y llenado de cumplimientos.

Los que ya lo conocían lo rodeaban, extrañando el milagro de verlo por allí, y los que no, trataban de hacer relación con él, por lo que á los demas oían.

Julio había sacado una buena parte de la boleada que unida al único dinero que sacó de su casa antes de salir formaba una linda suma.

En medio de la fiesta y algazara, el recuerdo de la viuda se le entraba á la cabeza y sus ojos se anublaban y sus labios tomaban una espresion triste y fúnebre.

—Parece que no está contento el amigo; le decían, eche para acá la pena que lo aqueja, que las penas son mas llevaderas entre dos.

—Nó le haga caso, son ráfagas de tristezas pasadas que no duran mas que lo que dura un relámpago; estoy contento de hallarme entre tanta buena gente.

Los Lopez le habían preguntado solícitos el motivo de aquella pena, pero Barrientos lo ocultó por no avivar mas las recientes heridas del alma.

Por disimular y para engañarse á si mismo, Barrientos se acercó á una de las ruedas donde se jugaba al nueve y pidió cartas.

Todo el mundo jugaba entonces con ansiedad frebril.

El dinero abundaba y las paradas iban creciendo gradualmente.

Había entre los jugadores un tal Bravo, gaucho

malo, que tenía los naipes en la mano y recibía los apuntes con espresiones poco comedidas.

Como tenía fama de hombres de entrañas, los paisanos le toleraban cuanto decía, por no tener cuestion con él.

Bravo andaba mal á consecuencia de una muerte que hizo de mala manera, y de boleada en boleada y de reunión en reunión, andaba evadiendo la acción de la justicia que lo perseguía á pleito.

Era Bravo un gaucho insolente, gran provocador de camorras y de algunos hechos.

Pero todos malos, madrugando á los adversarios que provocaba é hiriéndolos de mala manera.

No tenía esa bravura espontánea y natural del gaucho, pero era capaz de pasarse un mes espiondo á un hombre la espalda para clavarle el puñal.

Por esto los paisanos no querían cuestiones con él y preferían tolerarle un par de trampas por no exponerse á un golpe traicionero.

Sin embargo de no valer nada, Bravo tenía una atropellada que imponía á cualquiera que no lo conociera y no supiese que era un mulita.

Bravo andaba mal con la justicia á consecuencia de un asesinato que hizo en los pueblos del Norte, de donde era criollo, con toda alevosía y premeditación.

Se estuvo entre unos cardos escondido esperando el paso de un paisano viejo á quien se la había jurado porque este no le quiso pagar diez pesos que pretendía robarle en una jugada.

Cuando el anciano pasó descuidado, y sin sospechar que allí lo esperaba Bravo, salió éste de los cardos y lo cosió á puñaladas.

En seguida se fué á casa del viejo, azotó á su mujer, pobre vieja que apenas podía con su alma, á los hijos, y robó en seguida cuanto había en la casa.

Bravo montó á caballo y se hizo perdiz, ganando los pueblos del sud, donde no se conocían sus fechorías.

Pero pronto mostró las malas mañas que le adornaban y los paisanos se le hicieron á un lado esquivando su compañía.

Si en la primera atropellada alguno le aflojaba, ya Bravo no le daba alce y lo insultaba y provocaba hasta que concluía por darle de puñaladas.

El ardor de la ginembra y las peripecias de la boleada los había juntado á todos en buena armonía, y las malas mañas de Bravo se habían olvidado momentáneamente y departía con todos en buena amistad y armonía.

Fué al grupo donde tallaba Bravo que Julio Barrientos se acercó, ganando de entrada un par de buenas paradas.

No teniendo ni amor ni afición al juego, Barrientos jugaba por distraer sus penas y entretener su imaginación.

Pero la suerte lo ayudaba de un modo fabuloso, y ganaba y ganaba sin saber jugar y solo porque le venían buenas cartas.

Le habían prevenido ya dos ó tres trampas que le hiciera Bravo, pero como él jugaba sin pasión y hasta sin deseo de ganar, las había pasado por alto sin prestarle mayor atención.

Cebado con esto, Bravo siguió en sus trampas á las que siempre Barrientos fué indiferente.

Pero á pesar de todo era tal su suerte, que seguia ganando y amenazando alzarse con el dinero de todos.

—No tengo mas plata, dijo Bravo, pero voy á buscar mas, y le garanto que le voy á hacer sonar el coco.

—Aqui estoy á su servicio, contestó Barrientos, y recogió el dinero que habia ganado.

—Pero hasta ahora no me esplico, dijo Lopez, cómo es que usted se halla por aqui, amigo Barrientos, tan lejos de su pago y ausente de él por tantos dias.

La ginebra habia producido ya algun efecto sobre Julio, que no hizo mucha resistencia por referir los motivos que allí lo habian llevado.

Todos escuchaban con la mayor atencion aquella historia de amores, cuando volvió Bravo á ocupar su asiento.

—Aqui me tiene, dijo; lo que es ahora le voy á ganar hasta la charla.

—Como usted guste, contestó Julio, y siguió refiriendo su historia, sin dejar por esto de tomar cartas y atender al juego.

Bravo perdió la primer parada, lo que vino á aumentar su mal humor.

—Asi no es posible jugar, dijo, deje la charla para mas tarde y atienda su juego ahora.

—Lo uno no quita lo otro, respondió Julio sonriendo, puesto que no juego con la boca ni hablo con la manos y los ojos; ya voy á concluir mi cuento.

—Son panes, queria decir, como si nadie le fuera á crear sus paradas!

Julio miró ligeramene á Bravo, pero no contestó su insolencia y siguió refiriendo la historia de sus desgracias, diciendo:

—Ya lo ven ustedes como nadie puede ser feliz sobre la tierra, cuando la justicia se le cruza en el camino.

Yo no he dado motivo para verme como estoy y ahora tendré que andar huyendo como un bandido para poder salvar el pellejo.

Pero no hay cuidado! cada Policia que yo llegue á hallar en mi camino, tendrá que pagarme con intereses lo que han hecho conmigo.

Y algun dia me he de ver desquitado y á mano, pero este será el dia que caiga tambien bajo mi puñal el juez Adaro, quien de puro malo me ha puesto en esta desesperante situacion.

La relacion de Julio habia despertado en sus oyentes una profunda simpatia; todos lamentaban lo que habia sucedido y se ofrecian á ayudarle en lo que podian.

Solo Bravo se mantenia en una actitud hostil y como chocando con su mirada al paisano.

Es que le habia dado rabia que aquel le ganara y queria desquitarse á todo trance aunque fuera á puñaladas.

Asi, deseando chocarlo, soltó una carcajada sonora y exclamó: no está mala la historia, pero que la crea el diablo!

—Amigo, yo no le pido á nadie que me crea, contestó Julio bondadosamente, eso queda á voluntad del que escucha, pero me parece que lo que yo cuento, no es tan del otro mundo para no creerlo.

Ahi está todo el partido que puede dar fé de lo que

digo; esto por si alguno quiere averiguarlo, que á mi tanto me dá que crean como que no crean.

Todos habian notado desde el principio la clara intencion de chocar é irritar á Barrientos que tenia Bravo, para desquitarse sin duda de lo que habia perdido.

Pero Julio parecia no notar ó no querer notar las intenciones de Bravo, por el comedimiento y hasta la mansedumbre con que respondia.

Esto mismo habia envalentonado á Bravo, que pensó que Barrientos le tenia miedo y empezó á crecer en insolencias.

—Asi hablan todos cuando están lejos, dijo: lo habia yo de querer ver delante de un justicia! estoy seguro que ni el polvo de su caballo iba á quedar!

—Muy facil es la prueba, amigo, vaya usted á traerme un par y verá para lo que sirvo.

—Seré yo acaso su sirviente? mire amigo, usted es zonzo ó parece serlo, que viene á ser lo mismo, y déjese de charlatanerias que ya me está dando rabia!

Todos temian un conflicto. Bravo se habia envalentonado mucho porque el paisano le habia aflojado y su decision se le veia bien clara.

Al fin Barrientos tendria que responder como debia, y el desenlace seria duro, porque con lo que lo habia contestado se suponía que debia ser un hombre valiente y firme en la lucha.

Estaban algunos por terciar en la discusion, cuando Julio se puso de pié y exclamó de una manera solemne:

—Mire, amigo, mi cuenta es con la justicia y nadie mas; mi mision no es andar peleando con cuantos me quieran tantear la paciencia; lo uno, porque he jurado no pelear con nadie, y lo otro, porque no quiero inutilizarme cuando tanta falta me hago para atender á mi venganza.

Asi, amigo, si usted quiere pelear, pelee solo ó busque en quien descargar su rabia porque yo no he de hacerle el gusto.

Una salida asi, en un paisano que ha llegado con cierto prestigio de hombre de alma bien puesta, no hace buena impresion entre los demás paisanos, mucho mas, si como Barrientos ha estado refiriendo hazañas de su valor.

Asi, la respuesta de Julio dejó asombrados á todos menos á Lopez que lo conocia y sabia que si no peleaba era simplemente por lo que acababa de decir.

Bravo dió por hecho que le tenia miedo y soltó una carcajada.

—Si era para concluir asi, exclamó, mas valia que no hubiera contado tanta hazaña, porque nadie está obligado á hacer lo que no puede; pero despues de haber peleado con éste y con aquel y haberle perdonado la vida á un cabo, no es decente echar asi de golpe lo que echan las tabas!

¡Si estos zocos creen que porque son farasteros uno está obligado á creerles lo que digan! pero para eso estamos los que nos tenemos por buenos, para destaparlos al grito y mandarlos á ochar panes á otra parte.

Julio estaba lívido y conmovido, se veia todo el esfuerzo que hacia para contenerse, lo que hablaba muy alto en favor de su gran caracter, que no se dejaba arrebatarse ni por las mas terrible injuria.

—Bueno, amigos, dijo á los demas, yo me voy porque no tengo necesidad de hacer lo que no quiero: si alguno cree que me retiro de miedo, bien pronto tendrán noticias mias y podrán convencerse de lo que ahora digo.

Sobre todo el redondel de la tierra no hay un solo hombre capaz de poner miedo en mi corazon—yo he de pelear mucho en mi vida y los que ahora me escuchan sabrán algun dia si hablé ò no verdad!

Y salió de la esquina altivo y soberbio, sin prestar atención á las palabras de Bravo, que se quedó gritando: á gader lejos y asustar palomos á otra parte, que lo que es aqui, por abajo del chiripá se le ha visto la piel de cordero.

Los demas paisanos no sabian que pensar; les parecia imposible que un hombre pudiese aguantar tanto, solo por cumplir un propósito.

Bravo se habia puesto insoportable, porque la retirada de Julio lo dejaba triunfante.

—Si es en vano! decia, á estos guapos es preciso apagarles el resuello á tiempo, si no se lo comen á uno como sopas de caldo—pero con la de ahora no me parece que le queden ganas de contar mas panes.

—En realidad le han metido el resuello, decian otros, y mas que paciente tiene que ser un hombre para aguantar todo lo que se le ha dicho al tal Barrientos: esta prudencia es prima hermana de la sinvergüenceria, porque hay cosas que solo el miedo puede hacer aguantar.

Julio ensillaba á toda prisa para salir de allí lo mas pronto que le fuera posible.

Mientras ensillaba, sentia lo que decian adentro, pero necesitaba todo el esfuerzo de su poderosa voluntad para contenerse y no volver á hacer una barrida general.

Conforme ensilló saltó sobre su flete y salió al galope en direccion á otra jugada que habia de allí cuatro leguas, segun oyó decir á otros que de allí se fueron.

—Adios, amigo Lopez! gritó al salir, pronto volveré á hacerle una visita y á pagarle el gasto!

—Cuando quiera, amigo Barrientos! contestaron de adentro los hermanos Lopez; en cualquier trance y de todos modos, esta es su casa como siempre! buena suerte!

—Como será el jabon que hasta sin pagar se va! exclamó Bravo, bebiéndose á pequeños sorbos un vaso de ginebra que habia pedido.

Así se pierden los hombres, de habladores no mas, porque si no hubiera contado tanta hazaña, nadie le habria dicho nada.

Ahí se habrá ido á la otra jugada á hacer lo mismo y ver si hay allí quien le crea! ese hombre debe ser zongo si no escarmienta con lo que le he hecho yo!

Y la chacota seguia, siendo siempre el tema de ella el susto que habian dado á Barrientos.

Uno de los Lopez, que conocia intimamente á este y sabia de lo que era capaz, se dirigió entonces á Bravo diciéndole:

—Mire, amigo, no se equivoque tan fiero; él amigo Julio es capaz de hacer lo que ha dicho y mucho mas todavia; no lo ha peleado porque no le ha dado la gana y nada mas.

Ahora yo le voy á dar un consejo: cuando usted tropiece con ese hombre, déjelo seguir en paz, porque no siempre los hombres están del mismo temple, y usted ha resucitado esta noche, se lo aseguro.

Ni usted, ni yo, ni otros dos como nosotros somos hombres para ese—yo lo conozco desde chico y no tengo ningun interés en alterar la verdad.

—No jorobe, amigo Lopez, contestó Bravo, que usted nos viene á asustar con muñecos—no jorobe, que si yo me caliento me voy á la otra jugada y si está allí lo traigo de las orejas para que me pida perdon, delante de todos: otra copa pulpero!

Las palabras de Lopez habian hecho alguna impresion sobre el paisanaje, que le creia, porque gun él lo habia dicho, no tenia ningun interés en alterar la verdad.

Pero Bravo se habia envalentonado mucho y enardecido con la ginebra de que se habia llenado el buche, se creia, capaz de tragarse á medio mundo.

—Pues concluyendo esta copa, dijo, me voy á la otra jugada y me lo traigo al tal Barrientos para barrer con sus barbas esta misma pulperia: ¡vaya, hombre, ni criatura que uno fuera para asustarse de fantasmas!

—No se le ponga, ni vaya, respondió Lopez, y si lo hace quiera Dios que tenga tiempo de arrepentirse.

La paciencia tiene sus límites, amigo, y Barrientos ha gastado tanta aquí que no le ha de haber quedado ninguna.

Deje que cada hombre siga la senda que le ha marcado el destino: Barrientos está en desgracia y no debe apurar su paciencia.

—Sea lo que sea, contestó Bravo, en acabando esta copa me voy, y si está allí me lo traigo de las orejas, no hay remedio!

—Cada uno á su modo, concluyó Lopez, pero no se queje de lo que le suceda, si es que queda para poder quejarse!

—Ni que fuera leon para comerme! pucha que habia sido fiero para asustarse, amigo! qué dirá entonces cuando me vea cumplir lo que he dicho!

—Eso no lo verá yo ni lo verá nadie, se lo garanto á fé de Lopez.

—Allá veremos!

—Lo verá otro, porque si usted, se mete á mas de lo que puede, no verá nada.

Bravo siguió tomando su copa de ginebra, sin el menor apuro.

Cuando concluyó, salió afuera y despues de apretar la cincha á su caballo, montó y se puso en marcha diciendo: hasta un momento, entonces, y verá Lopez y verán todos si soy capaz de hacer lo que digo.

Bravo se habia punteado con la ginebra y creia á puño cerrado que Barrientos no era mas que uno de tantos cobardes habladores, que no tienen mas que la postura.

Y salió de allí decidido á hacer lo que habia dicho: traerse á Barrientos y barrer consus barbas la pulperia de los Lopez.

Barrientos, entretanto, se habia trasladado á la otra jugada pacientemente.

Habia tolerado á Bravo cuanto quiso decirle y no se arrepentia de haber obrado así.

—Pueden pensar que he tenido miedo, exclamaba; pero no importa; algun dia sabrán quien soy yo y podrán apreciar lo que he hecho.

La otra jugada no estaba tan concurrida como la de Lopez, pero habia buena gente y bastante plata.

En momentos que Barrientos llegó, estaba el juego en su punto mas interesante, porque se jugaba grueso.

Julio ató su caballo sin desensillarlo, porque su corazon le anunciaba alguna desgracia, y entró á tomar parte en la reunion.

Como ninguno lo conocia, nadie puso en él su atencion, y el paisano se acercó entónces á un grupo que no jugaba.

Allí se encontró con un tal Emilio Acosta, que habia llegado esa tarde, y á quien habian ganado ya cuanto llevaba.

—Dios lo guarde, amigo Julio! exclamó alegremente Acosta—qué lo trae por tan lejano pago? me asombra verlo, porque no es usted hombre de galopar veinte leguas por venirse á una jugada!

Era Emilio Acosta un jóven oriental; de gran prestigio entre la paisanada, por su valor personal, que llevaba hasta la última exageracion.

Acosta habia sido oficial en la República Oriental, donde se habia portado siempre con escesiva bravura.

El año 1870 se batió con otro oficial á quien tuvo la fatalidad de matar.

El duelo se habia efectuado en un cuarto cerrado y sin testigos.

Entraron los dos, que eran igualmente bravos, y solo salió de allí Acosta, quedando el rival con el corazon atravesado de una estocada.

Emilio Acosta fué sumariado y condenado á un año de prision.

Jóven é impetuoso, Acosta no podia resolverse á estar un año preso, y aprovechando la benevolencia de un compañero, fugó de la prision y en seguida del Estado Oriental.

Vino á Buenos Aires, y desprovisto de medios de vida, se fué á la campaña en busca de trabajo honesto.

Pero el trabajo escaseaba y Acosta no era apto para desempeñar el empleo de peon, empleo único que tuvo la suerte de hallar.

Acosta entró entónces á la Policia, donde bien pronto se hizo notable por su valor estremado.

Pero debido al cumplimiento estricto de su deber, Acosta habia levantado en torno de sí muchos ódios y muchas sentencias de muerte para cuando dejara de ser justicia.

El extranjero en la campaña tiene que imponerse por valor, y esto es sumamente difícil en nuestra campaña donde el valor es una dote natural y donde los paisanos hacen lujo de bravura esponiendo la vida á cada momento.

Acosta tuvo que vivir así peleando con los mas bravos y mostrándoles que era tan valiente como el que mas.

Los que tenían cuentas con él, por sus persecuciones como justicia, le salieron al camino, y Acosta peleó y peleó tanto y tan firme, que con-

cluyó por hacerse respetar y que lo dejaran vivir tranquilo.

Esto no sucedió hasta que Acosta, en lucha legal, mató á un gaucho muy malo que le decian *El peludo*, y cuya fama de buen peleador habia llegado á su mayor apojeo.

La justicia quiso intervenir en el asunto y prender á Acosta.

Pero este, que conocia prácticamente los manejos de la justicia, creyó mas prudente evadir su accion y empezó á vagar de pueblo en pueblo, evitando siempre el ser tomado.

La vida en estas condiciones es sumamente difícil, pues no se encuentra trabajo y es preciso andar recostado á todos los puestos y poblaciones.

El juego, erigido entónces en recurso de vida, se hace una necesidad y á él se entregó Acosta en cuerpo y alma.

Andaba de pueblo en pueblo y de jugada en jugada, luchando siempre con el destino y con aquellos que querian obtener por el cuchillo loisque les habia negado la suerte de los naipes ó de lataba.

Y llegó á hacerse de tal reputacion, que en todas partes lo conocian y le temian.

En mejores tiempos habia conocido á Barrientos, que le prestó un servicio de consideracion, por el cual Acosta quedó agradecido y le ofreció una amistad sin límites.

Andando en esta vida azarosa, Acosta tuvo noticia de la boleada y acudió, no á tomar parte en ella, sino en la jugada que infaliblemente se armaria despues.

Allí se estaba cuando entró Julio, pesaroso, por lo que le habia sucedido en casa de Lopez.

Acosta estrañó sobre manera verlo allí, pues en lo que menos pensaba, era en encontrarse con el paisano, tan lejos de su pago.

—Dichosos los ojos que se le pueden echar encima, amigo! dijo, no me soñaba hallar tanto bueno; ¿qué le ha traído aqui?

—Que no me toma olor á *dijunto*? contestó Julio con un acento de amargura que empezaba á hacersele familiar.

Aquí me tiene rodando tierras, porque parece amigo, que la gente honrada vá estorbando en el mundo.

—Vuelque amigo su poncho para ayudarlo á sentir y buscarle remedio, dijo Acosta: el dolor y yo somos conocidos viejos, puede que ahuyente el suyo al saber que hay penas mayores!

—La pena que me sofoca no tiene igual en el mundo, amigo Acosta, y para colmo, me acaban de hacer banco en la esquina de los Lopez, porque tengo hecho el propósito de no matar á quien no sea justicia!

—Qué, anda mal con la autoridad, amigo Julio? usted tan bueno y tan cumplido! cuénteme sus pesares, que cosa grave ha de ser cuando le ha hecho perder la paciencia.

Mientras hablaba, Julio habia ido aflojando la cincha del montado; cuando concluyó esta operacion y pidió una racion de maiz para los pingos, entró á la pulperia para charlar con mas descanso y entretener las quijadas.

Emilio Acosta, que tenia banca en la casa, pidió avios de mate, y junto con su amigo Barrientos se

puso á cimarronear en uno de plata que le prestó la patrona.

—Pues aquí donde me vé ando *juido* y á monte, dijo, porque si me agarra la justicia no le pago mi cuenta con diez años de veterano.

—Cuenta, amigo, cuenta, insistió Acosta, y no me merme ni un chiquito porque la cosa debe ser interesante.

Cuando un hombre como usted se restuelve, no hace las cosas á medias; desgraciadamente esto lo aprendí en mi propio cuero.

—El cuento es largo y aunque ya me fastidia el referirlo, voy á contárselo á usted, que es hombre de alma.

Y Julio, con un sentimiento que conmovía, hizo la primera parte de su relato, hasta que salió para ir á Dolores.

—Ya sabía yo que aquello era lo mismo que tener el kepí en la cabeza, dijo, y me puse á pensar que por mucho ó por poco habia de ir de veterano, así es que me resolví á juir.

En el camino descuidé al custodia y le arrebaté el sable, con lo que ya podia bien hacer frente al cabo ó por lo ménos que no me llevaran de arriba.

Pedí primero al cabo que me dejara escapar, pero el hombre, terco, no quiso condescender y me obligó á pelearlo.

Tuve la suerte de aventajarlo y en seguida me le dormí como yerro y lo dejé sin resuello.

No lo quise matar porque al fin y al cabo el hombre habia sido bueno conmigo, y tuve que huir porque ya empezaban á buscarme como á campo de pastoreo.

La necesidad de hacer algunos pesos me trajo á las boleadas del Sauce Corto, y de ahí á la esquina de Lopez, donde he aguantado mas que un mancarrón de galera.

Un tal Bravo que estaba allí ha querido pelearme porque le gané unos pesos, pero ya habia hecho el juramento de no sacar mi puñal mas que contra la justicia, y no le hice caso.

El hombre, que se le hizo entonces bueno el partido, creyó que me habia metido el resuello y se me dejó caer encima como á redomón deriendas.

Y tuve el coraje de aguantarle, ensillar y venirme, para que no fuera á comprometerme.

Ellos se habrán quedado pensando que soy como tabaco pátrio, pero no importa, ya tendrán noticias mias y sabrán entonces por qué no he peleado á ese maula, que no me alcanza ni para despuntar el vicio.

—Vengan, habia dicho Acosta á algunos paisanos que estaban en la pulperia—vengan porque quiero que conozcan á un hombre en toda regla y lo que acaba de hacer.

Y abreviando la historia cuanto le fué posible, refirió á los otros la desgracia del amigo Julio.

—Ese Bravo es una porquería, dijo uno de los paisanos; tiene tanta fama de malo porque no es muy limpio para pegar; no tiene mas que la atropellada.

—Si eso nada me importa! contestó Julio, porque aunque fuera mas malo que un toro *alzo*, yo lo habia de amansar.

Es feo que yo lo diga, pero no vive el hombre que ha de poner miedo en mi corazón.

Es que he jurado no pelear con nadie sino con la justicia, y no quiero gastarme ó esponerme con el primer borrachón que me salga al paso.

Si Acosta no hubiese presentado á Barrientos de la manera que lo hizo, los paisanos hubieran creído que aquel no era mas que un botarate.

Pero el amigo Acosta habia dicho que era todo un hombre, y esto bastaba.

Así, aplaudieron su conducta con Bravo, aconsejándole que no diera mas motivos de persecucion.

—Esto no se puede evitar, porque he jurado no descansar hasta no haber librado al mundo de una docena de justicias.

—Difícil es ahora esa prueba; la Policía ya no es como antes, usan unas carabinas que matan de á muchos, y tienen buenos oficiales que gobiernan á los milicos.

—Mejor, porque así habré hecho mas hazaña.

Créame, amigo, cuando hay corazón dentro del pecho, no hay carabina que valga: es tal la fé que me tengo, que creo que no me agarran ni con artillería.

Y Julio sentia realmente lo que iba diciendo.

Era tal su deseo de vengarse, tal el coraje que este deseo le infundia, que estaba persuadido que no habia partida capaz de meterle el diente.

—Y esto no es nada, agregaba, el día que yo me eche un trabuco á la cintura, vamos á ver qué partida me aguanta.

Entonces van á ser los clamores! Julio Barrientos ha de ser el ánima que se les aparezca hasta en sueños.

—Dios me lo ayude, amigo, porque usted lo merece, interrumpió Acosta, y si alguna vez necesita ayuda, busqueme no mas; ya sabe que no soy lerdo.

El que la hace que la pague, y algun desquite ha de tener el hombre que lo lanzan á la calle y campo afuera como si fuera un perro sarnoso.

Lo que han hecho con usted clama al cielo y no se puede dejar pasar por alto, porque usted no habia nacido para bandido sino para hombre de provecho.

Después de conversar un buen rato, trajeron naipes y armaron la jugada por lo alto, pues Julio estaba plátudo y los otros no estaban delgados.

Como en todas partes donde se hallaba Acosta, la jugada se inició con el mayor orden y la mejor armonía.

Julio, que aquella noche tenía una suerte loca, empezó á ganar á los paisanos, sin que estos tuvieran la menor razon para quejarse, puesto que Julio jugaba con la mas visible inocencia, demostrando que era un chambón, hasta en el modo de agarrar las cartas.

De pronto se sintió afuera como un tropel de caballos y poco después resonaban en el patio las espuelas de los recién llegados.

—Vá cayendo mas gente y la jugada se va á poner superioraza, dijo Emilio Acosta—probablemente han fundido la plata en lo de Lopez y los ganadores se vienen aquí á hacer lo mismo.

No se han de ir sin vernos las caras, porque de todos modos á jugar hemos venido.

Un momento mas tarde, se presentaban en la pulperia varios paisanos de los que habian estado en lo de Lopez, y entre ellos aquel maldecido busca-camoras.

—No estoy de suerte en todo, esta noche, murmuró Barrientos, mirando á Bravo ligeramente; quiera Dios que este hombre no me provoque!

—El mulita! decia éste á los suyos al mismo tiempo: ya habrá echado su canasto de panes para engañar á estos! si para el pico no hay como él!

Pero aquí vengo yo á desenmascararlo y mostrar que no vale la pitada de un cigarro.

Todos tomaron asiento, pidieron lo que iban á tomar, y se pusieron á jugar.

Barrientos tomaba mate tranquilamente y desde que entró Bravo no decia una palabra.

Tenia el firme propósito de no hacerle caso y de ensillar é irse en cuanto empezara á chocarlo.

Bravo tomó asiento á su vez, contentándose con mirar á Barrientos con marcada expresion de desprecio.

Como lo habia visto conversar con Acosta, á quien tenia gran respeto, no se atrevia á buscarle camorra así de pronto, por temor de que este se fuera á enojarse.

Pero estaba lleno de ginebra y los propósitos que formara no podian ser muy duraderos.

Era indudable que allí se iba á producir una desgracia, así es que los paisanos estaban á la expectativa esperando el momento crítico.

Si Barrientos era amigo de Acosta este no le dejaría hacer banco y entonces el huido iba á ser Bravo.

La jugada siguió en buena armonía durante media hora, en que no se habló palabra que no fuera referente al juego.

Bravo pidió á Barrientos que le diera un mate porque él tambien tenia boca, y á pesar de lo imperativo del tono y lo grosero de la frase, aquel le dió el mate pedido sin oponer el menor obstáculo.

Viendo que aquello no bastaba, Bravo empezó á chocar con mil compadradadas chocantes y duras, que ninguno habria tolerado.

Peró Barrientos, sin hacerle caso, se paró y dijo á Acosta: bueno, amigo, yo me voy porque me tengo miedo á mí mismo; ya nos volveremos á ver por ahí, porque los hombres se encuentran cuando menos lo piensan; ya vé cómo nos vinimos á ver aquí.

—Déjese de esas cosas, contestó Acosta, y no se vaya que tenemos que hablar largo; si alguien lo incomoda, con espantarlo estamos del otro lado.

—Es que eso es precisamente lo que no quiero—no le he de hacer el gusto á la suerte por mas que me salga al paso.

—No se vaya, amigo, insistió Acosta, y hágase conocer para que lo respeten; es preciso hacerse respetar, y el que no lo quiera por razones se le hace que respete á punta de talerazo.

—Es que todos no se llaman Emilio Acosta para hacer esas pruebas, saltó Bravo, tratando de halagar al oriental; y ese hombre no tiene agallas para tanto.

—No seas infeliz y bruto, respondió Acosta riendo; ese hombre que no quiere hacerte caso, vale mucho mas que yo; no te metas con él que la prudencia

tiene un fin como todas las cosas y demasiado te ha sufrido ya.

Bravo rió, creyendo que lo que Acosta decia, era una sátira, y exclamó alegremente:

—El amigo Acosta se quiere divertir conmigo! ese hombre no sirve ni para cuidar carneros, y se lo digo yo que no hace mucho lo he corrido con el grito no mas, de la esquina de Lopez.

—Pues conténtate con esa ilusion, y no tantees mas á la suerte: es consejo de amigo que no te pesará seguir.

Con que no se vaya amigo Barrientos que tenemos que hablar!

—Está bien, dijo este sentándose, me quedo, pero si ese hombre vuelve á las andadas me voy, porque no tengo necesidad de echarme encima mas de lo que tengo.

Con lo dicho por Acosta, Bravo se calmó un momento, no porque lo creyera, sino porque tenia miedo á este último y no queria indisponerse con él.

Pero no por esto renunció á su proyecto de llevar á Barrientos hasta la esquina de los Lopez y hacerse pedir perdon delante de todos.

Al poco rato volvió á empezar con sus chocanterias de una manera grosera é inaguantable.

Julio volvió á pararse para irse, pero Acosta lo contuvo nuevamente.

—No se vaya, le dijo, y hágase respetar si es que no ha perdido los brios que yo le he conocido siempre; nadie le va á agradecer su paciencia, y éste se vá á figurar que es cierto lo que piensa.

Julio Barrientos se puso rojo ante aquella sospecha y se volvió á quedar: la suerte de Bravo estaba echada.

—Miro qué cara y qué figura para hacerse respetar! y todavia creen que esa porqueria vale algo!

—Oígame una palabra, dijo Barrientos solemnemente, y bañado su semblante de lívida palidez; es la última palabra que va á escuchar de mis labios, y ruego á Dios que la aproveche.

Desde Dios hasta mí, á nadie temo en este mundo; todo hombre por lo menos vale otro hombre y no veo el por qué nadie ha de valer mas que yo.

Lo demás es cuestion de vista y de arrojo y yo no soy ni viejo ni manco.

No le he hecho caso á usted hoy y ahora, no porque crea que usted vale mas que nadie, sino porque no quiero matar y huir de cada parte donde llevo, nada mas.

Mi guerra es con la justicia que me ha ofendido y á quien se la he jurado, segun me ha oido usted contar.

Tenga la lengua, pues, amigo, y no me provoque que no quiere pelear, porque yo no sé hacer las cosas á medias, y si peleamos lo voy á matar, porque se me vá venir á la memoria todo cuanto usted me ha dicho.

Y volvió á sentarse creyendo haber dicho ya mas de lo que debia.

Bravo era un hombre terco como una mula; se habia persuadido que Barrientos le tenia miedo y solo á puñaladas podia convencerse de lo contrario.

Sonrió así con infinita picardia y guiñándole el ojo de una manera especial, exclamó: que se lo cuente á su abuela!

—Todas esas guapezas no son sino posturas: lo que usted tiene es miedo limpio y nada mas—confiese la partida y déjese de andar dando vueltas—como que ya se yo que no hay mas que mirarme á la cara para asustarse.

Todos pensaron que aqui Barrientos iba á dar un estallido y á mirar fuerte, mostrando asi con hechos cuanto habia dicho; pero se engañaron y empezaron á creer con Bravo que aquel paisano no era mas que un fantasma; á las últimas palabras de Bravo se habia puesto de pié, pálido como un cadáver, y habia dicho:

—Está bien, amigo, le tengo miedo, pero déjeme en paz: ya me ha dicho y ha obtenido cuanto ha querido, creo que no tendrá ya que buscarme la paciencia.

—Es que me falta lo principal, repuso Bravo con infinita soberbia y asomando al semblante toda la satisfacción que sentia por aquel fácil triunfo.

Yo he prometido que lo iba á llevar de las orejas á lo de Lopez y obligarle á pedirme perdon delante de todos, y como lo que yo digo hay que cumplirlo, si no quiere que lo lleve de las orejas, será preciso que usted me siga voluntariamente—despues no le diré ni una palabra mas.

Una inmensa agonía cruzó por la mirada de Julio, viendo que no habia medio de evitar el lance.

Y tan absurda era la proposicion, que á pesar de la rabia que se habia amontonado ya en su corazon no pudo menos que reir.

—Usted está loco, amigo, ó cansado de la vida; solamente así puede insistir en buscarme despues de lo que le he dicho!

—Déjese de palabras que ya se ha hablado mas de lo que es decente, interrumpió Acosta, dirijiéndose á Barrientos; y péguele entre las aspas, porque su prudencia se parece ya mucho al miedo y ya este trapo sucio creo que le vá á castigar como á hijo.

—No es que lo crea, contestó Bravo, dando una largá chupada al mate que tenia en la mano, sino que lo voy á hacer por respeto á la misma gente que está aquí, y para mostrar al amigo Acosta que está equivocado cuando lo cree á usted de los buenos.

Conque así, vaya pelando, amigo sotreta, y vamos a ver cómo se maneja para que yo no le ponga un barbijo: es mi marca, amigo, y usted bien la puede llevar como la llevan otros mejores.

Y era inútil todo esfuerzo que hubiera hecho Julio, no tenia mas recurso que pelear, ó dejarse castigar por aquel botarate.

Con un reposo magnífico se puso de pié y desnudó el puñal, y mirando con fijeza á Bravo, le dijo: he hecho cuanto he podido para no venir á las manos y ha sido inútil.

Ahora, si usted sabe rezar, le doy tiempo para que se ponga bien con Dios, porque esto es como sentencia de muerte y usted de aqui no sale vivo.

—Así queria verlo, man! gritó Bravo, haciendo relumbrar una larga y filosa daga! y para que esté mas templado, ahí vá eso; así irá perdiendo el miedo.

Y le sacudió por toda la cabeza con el mate que sin duda para aquel objeto conservaba en la mano.

—Cancha! gritó Julio fuera desí cancha! y echan-

dose violentamente el poncho al brazo izquierdo, saltó sobre Bravo, como salta el tigre bajo el humo del disparo con que se ha querido herirlo.

Los paisanos abrieron espaciosa cancha, en cuyo centro quedaron los dos contendientes cruzando como espadas el relámpago de sus ojos.

—Ahora vas á llevar tu inerecido, exclamó Acosta, sentándose cómodo y tranquilamente; para él, la muerte de Bravo era inevitable.

Ya hemos dicho que Bravo tenia una atropellada capaz de imponer al mas guapo.

Fuerte y ágil y de buena vista, era preciso ser mas que gaucho para resistirla, pero resistida esta, ya el hombre no valia nada; se acobardaba, perdia todo el brio y se entregaba por completo á su enemigo.

Así le habia sucedido siempre y esta era la causa de las muchas puñaladas que adornaban su cuerpo.

Julio esperó á pié firme el formidable ataque.

Al verse acometido con tanto brio y pujanza, volvió á recobrar la calma que le hiciera perder el matazo, y sacando adelante el brazo del pocho recogió el derecho y quedó atento y previsor.

Su sola actitud fué una revelacion para los paisanos.

El hombre que así se paraba tenia que ser muy hombre, no habia duda; luego cuanto Barrientos habia dicho, era verdad, y aquel era mal lance para Bravo.

No tardaron mucho en ver corroborada aquella opinion.

Bravo se lanzó sobre Julio con impetu terrible, pero este no se movió ni un paso, recibiendo el ataque con tal firmeza que los dos paisanos se estrecharon como un solo cuerpo, buscando las arinas el sitio donde sepultarse.

Aquella lucha, que parecia deber durar mucho, dadas las condiciones de los adversarios, apenas duró un par de minutos.

De aquel grupo tan estrechamente formado, partió un gemido sordo y doloroso, y se vió á Julio retroceder rápidamente.

Todos creyeron que el gemido lo habia lanzado él y esperaron verlo perder pié, porque la herida debia haber sido terrible.

Pero en aquel momento se vió vacilar á Bravo, perder pié, soltar la daga y desplomarse pesadamente sin decir una sola palabra.

—Puedes alzarlo, murmuró entonces Julio, aunque me pareco que el único remedio que eso necesita está en el seno de la tierra!

Todos son testigos de que es imposible hacer mas de lo que yo hice por evitar una desgracia: no he tenido entonces yo la culpa.

Y se limpió el sudor que corria de su frente, porque aunque corta y rápida la lucha, habia sido recia y agitada: para contener á Bravo habia tenido que hacer esfuerzos incalculables.

Los paisanos acudieron entonces á Bravo, y trataron de levantarlo, pero volvieron á dejarlo caer suavemente.

Bravo habia muerto instantáneamente como herido por un rayo: no habia que hacer con él.

—Ya le dije yo, exclamó entonces Acosta—era cosa sabida pero necesaria, para que se convenzan que Barrientos vale lo que pesa.

Ya no tendrá que hablar tanto para que lo respeten y lo dejen en paz: la lástima es que ese zonzo no valia nada y el amigo, aquí, para lucirse, necesita siquiera un hombre valiente y peleador.

Lo que ha hecho ahora es como tomar una limonada; ya han visto todos en que momento lo despachó.

La curiosidad impulsó á los paisanos hasta el cuerpo de Barvo; querian ver aquella herida que le habia dado muerte con tanta rapidez.

La camisa tenia una gran placa de sangre en el lado izquierdo del pecho—la abrieron allí y encontraron la herida, herida bárbara y que acusaba la seguridad de la mano que la habia inferido.

Era una puñalada tremenda que debia haber bandedado el corazon de tal modo, que los paisanos buscaron en la espalda la salida del cuchillo.

Pero este era demasiado corto ó se habia detenido tropezando en el espinazo, pues la herida era un poco de derecha á izquierda.

—Linda mano, exclamó el que miraba con mas curiosidad; de estas se dan muy pocas hoy dia, porque nervios como los del brazo que dió esta puñalada, no se encuentran en cualquier parte!

Julio habia vuelto á sentarse tranquilamente en el mismo sitio que ocupaba antes.

En su mirada brillaba una profunda expresion de tristeza y contemplaba el cadáver con muestras de profundo pesar.

—No lo sienta, amigo, no lo sienta, decia Acosta, que usted no ha tenido la culpa—demasiado le aguantó y le previno.

Lo que es yo, le garanto que no le hubiera soportado la mitad, la tercera parte de lo que ha dicho.

—Y mas que en lo de Lopez ya se habia desahogado, observó otro de los paisanos, pero parece que este era ya el destino del hombre, cuando tanto y tanto insistia.

Si el amigo no le hace el gusto, hubiera ido á provocar á otro; era el destino del hombre! repitió y volvi6 á mirar el cadáver.

—Yo lo siento, lo siento mucho, exclamó Julio, porque cuando uno anda mal toda muerte es asesinato; uno mata porque es un bandido y nada mas.

La justicia no se toma el trabajo de averiguar los hechos y no dice mas que mató: lo mismo es que

haya sido peleando que á traicion y por la espalda.

Y el asesino y el hombre leal son medidos por el mismo cartabon, y el mismo castigo se les aplica y se les trata con el mismo rigor.

Por eso no queria pelear y aguantaba tan fiero: una vez decidido, no fué mi intencion matarlo, pero se me fué la mano y cuando acordé ya el cuchillo estaba fuera.

¿Quién contiene el cuchillo cuando uno ha pegado con ímpetu? solo los huesos del cuerpo y estos no se hallan cuando uno quiere.

—No lo sienta, amigo, dijo Acosta, que ni usted pudo evitar ni ya tiene remedio.

—Y cómo no he de sentirlo! ahora voy á tener que huir de aquí antes del dia, porque solo vá á quedar el cuento de que lo mató Barrientos y van á mandar el parte á todos los vientos para que prendan al asesino.

Además, lo siento por otra cosa: el matar es como el comer, que empieza uno á hacerlo sin ganas y despues lo hace hasta por vicio, porque se acostumbra y una puñalada que postra á un hombre concluye por no hacer la menor impresion.

Tras de éste voy á tener que matar á otro y sabe Dios dónde iré á parar!

Esta es la obra de la justicia, solo de la justicia! concluyó: maldita sea que solo para desgracia sirve!

E inclinó sobre el pecho la juvenil cabeza, sin duda para reposar el mundo de tristes pensamientos que la llenaban.

—Dejémonos de tristezas, que demasiadas tiene uno para andarlas provocando, exclamó entonces Acosta.

Vamos á tomar un vaso de caña, que se lo pago yo, y á largarnos antes que venga el alcalde y el teniente alcalde y toda esa infame milonga á ponerlos en baile.

—Eso si que no, dijo entonces Julio de una manera soberbia: para que todo no sea tristeza voy á esperar esa morralla, y hacerle una atropellada.

El pelear á la justicia será de hoy en adelante mi solo consuelo; no quiero entonces desperdiciar una buena oportunidad.

—Será como guste, dijo entonces Acosta, la funcion será divertida y sien caso le daré yo una mano, que todos tenemos mas ó ménos la misma cuenta que saldar con ella!

LOS ALCALDES SE HACEN CRUCES

Un nuevo espectáculo se ofrecía á los paisanos para dentro de unas horas y no quisieron perderlo.

Hacia tiempo que no aparecía en la campaña un gaucho peleador de partidas, cosa que juzgaban imposible ya, por las armas que usaba la Policía y la organizacion que á esta se habia dado.

Desde Juan Moreira hasta entónces, no habia salido un paisano capaz de hacerlo.

Muchos lo habian intentado, muchos lo habian hecho, pero habian quedado estirados en el campo como prueba indudable de que con la Policía no se podia luchar.

El Remington por una parte y el telégrafo por la otra no les daban alce, y así, el que se alzaba ven-gativo contra la justicia, no tardaba mucho en caer en sus manos vivo ó muerto.

Los partidos de campaña no ofrecian ningun refugio seguro al gaucho que se hallaba en la mala, y no tenia mas remedio que guarecerse entre los indios ó caer á los pueblos para desaparecer inmediatamente como malon.

Muchas de las autoridades de campaña eran de las antiguas, de aquellas que de miedo servian de tapadera al gaucho que andaba en la mala; pero la nueva organizacion policial iba limpiándolos poco á poco y reemplazándolos por hombres bravos y de confianza.

Así habia ido desapareciendo el gaucho bravo y peleador de partidas, que se le recordaba como un tipo de épocas pasadas que no volveria mas.

Se recordaba á Juan Moreira como un ser fantástico, que habia llegado hasta pelear una partida de la misma Policía de la ciudad, aventajándola y poniéndola en derrota.

—Yo no digo que tendré la suerte de Moreira, ni su coraje, ni su vista, habia exclamado Julio, porque de esos hombres no nacen muchos; pero haré lo posible por ser tanto como él y hacer á la justicia tanto daño como él le hizo.

Si algun dia me convezco que un hombre solo no puede hacer nada, levantaré una partida juntando á todos los hombres que se hallan en desgracia y entónces podremos vernos las caras de igual á igual.

El Remington ha podido mas que el facon, porque alcanza mas léjos, pero no puede mas que el trabuco que escupe de un solo tiro veinte aletas, cada una de las que puede muy bien postrar un enemigo.

La partida será peluda, no lo niego, pero yo le tengo fé, mucha fé, y quién sabe á la larga lo que podrá suceder.

Así habian estado charlando los que presenciaron la muerte de Bravo, hasta que el nuevo dia empezó á diseñarse entre las sombras del horizonte.

Algunos de los paisanos fueron ensillando sus fle-

tes y preparándose á marchar, porque no querian que la Policía los hallase allí cuando viniera á averiguar los hechos.

—Estos bárbaros no distinguen y arrean á todo el mundo para que declare, decian, teniéndolo á uno mas de un mes en el juzgado, dejando la declaracion de un dia para otro.

Y si uno sale á los dos meses, solo porque presentia el hecho, puede darse por bien servido.

—Hacen muy bien, decia Barrientos, yo no quiero que nadie se comprometa por mí, mucho mas desde que con eso no viene á remediarse nada.

Déjenme solo, porque quiero salvarme ó caer solo; que nadie sufra por mí cuando con ello nada ha de remediarse.

Muchos de los paisanos se fueron, pero muchos otros quedaron tambien, diciendo:

—De todos modos tienen que saber que hemos estado aquí, y huyendo, pueden figurarse que alguna culpa tenemos y perseguirnos y ser para peor.

Es mejor que los de por aquí nos quedemos, que la cosa será sencilla desde que nadie niegue lo que ha sucedido.

Así podremos ver cómo se hamaca el alcalde y cómo se las compone el compañero.

—Lo que es yo, dijo el dueño de la casa, voy á tener que ir á dar cuenta de lo que ha sucedido, porque sinó me aplican la multa y me cierran el negocio.

Les aconsejo que se vayan todos con tiempo y se dejen de fantasías: de la justicia, amigo Julio, mientras mas léjos mejor.

—Pero si yo ando buscando toparme con ella! á qué voy á dispararle? seria entónces el cuento de nunca acabar.

Usted cumpla con su deber y vaya á dar cuenta, que no por eso me he de resistir; al contrario, lo único que le pido es que no diga que soy yo, porque así vendrán mas confiados y el chasco será mejor.

Cuando el dia hubo aclarado lo suficiente, el dueño de casa montó á caballo y se fué á lo del alcalde, hombre bueno y razonable, pero muy bravo y acostumbrado á hacer respetar rigurosamente la autoridad que investia.

—Vengo á darle cuenta de una desgracia, amigo Cosme, le dijo en cuanto llegó, y es que en mi casa han peleado esta madrugada y hay un muerto.

—Mientras haya pulperias han de suceder estas músicas, respondió don Cosme, porque allí van á mamarse, y una vez borrachos ya no entienden mas que de pelear.

Y quién es el muerto?

—Bravo, que ya sabe que no hace mas que andar armando camorras y comprando donde nadie le vende.

—Tenia que sucederle esto tarde ó temprano; bien poco se pierde con él: pero cómo ha sucedido eso y quién le ha muerto?

—Es un forastero que ha andado en las boleadas y á quien se puso á provocar de todos modos, hasta que le hicieron el gusto.

—Por supuesto que habrá huido: algun bandido que ha de andar huyendo y dejando la marca donde quiera que vá—puede ser que allí alguno sepa cómo se llama.

—El forastero no ha huido: cuando yo salí no se habia movido, y segun creo vá á esperar á la justicia, pues no ha hecho mas que defenderse y que la Policia nada tiene que hacer con él.

—Pues á echarle el guante antes que se arrepienta, dijo el alcalde, y así el juez de Paz resolverá.

Yo no tengo que hacer mas que remitirlo y que se entienda despues con ellos para ver si tuvo ó no tuvo razon: habrá testigos de la cosa?

—Sí, allí hay una porcion de paisanos que han visto cómo pasó todo: pero tengo que hacerle una advertencia de amigo, y es que no vaya solo.

Segun lo que les he oido estar conversando, el forastero es hombre bravo y de mentas: á Bravo lo difuntió en cuanto se acometieron, y ya vé que Bravo era duro en la primer atropellada: es hombre de mucha vista y coraje.

—Habia ido con pandilla?

—Ha ido solo, pero allí hay gente que lo conoce porque él charla con los otros; ahora no sé si será gente con quien recién en la boleada ha hecho relacion.

—Entónces no hay cuidado; agradezco el aviso, y voy á mandar llamar al teniente para que se venga con un soldado que para en su casa.

Don Cosme mandó avisar al teniente alcalde y despachó al pulpero, diciéndole:

—Es bueno que usted se vaya para que pueda decirme dónde se dirigen si acaso se han ido cuando yo vaya; es preciso no dejar escapar esa pieza porque sabe Dios el pájaro que será.

El pulpero tenia mucha amistad con don Cosme y no queria que fuese desprevenido á prender á Barrientos.

Así, sin vender á este ni faltar á lo que le habia prometido, habia dicho á su amigo lo bastante para que fuese prevenido y no se lo llevaran así no mas por delante.

Cuando regresó á la pulperia, todavia estaban allí Barrientos, Emilio Acosta y unos cuatro ó seis paisanos mas, que querian ver como se manejaba Barrientos con don Cosme, hombre bravo y experimentado.

Y así como habia prevenido á aquel de que no se fiara del forastero, quiso avisar á este de la clase de hombre que era el alcalde.

—No han de tardar en venir, le dijo, porque cuando yo salí de allí se quedaban preparando el alcalde y el teniente, en cuya casa hay un soldado.

Yo creo ahora que lo mejor que puede hacer el amigo es irse, porque don Cosme es hombre muy duro y caprichoso, y capaz de hacer de las suyas.

Además viene acompañado por el teniente, que aunque no es gran cosa, algo vale, trayendo tambien de socorro un soldado.

—Es que así es como me gusta habérmelas con esa gente, porque de otro modo no sería hazaña.

Ahora no me voy por nada de este mundo; he de quedarme aquí y aquí he de pelear á ese famoso alcalde y á cuantos vengan con él, aunque entre ellos se cuente el mismo cura.

Los paisanos bebían para matar el rato, pero Julio, desde que supo quiénes venían, se negó á tomar la sola gota mas, á pesar de las instancias que le hizo Acosta.

—Los *mamaos*, decia, no sirven mas que para que los haga banco cualquiera, y yo no quiero que me suceda nada parecido.

Quiero estar en mis cabales, para que nadie diga que lo que hice lo hice porque estaba borracho y no por las entrañas que tengo.

Mientras mas fresco esté, mejor, porque andaré mas liviano y podré atender mejor á los que vengan.

—Cómo le parezca, amigo, estése á su gusto, que cada uno sabe donde le apreta la faja.

—Un solo servicio voy á pedirle, amigo Acosta, y es que me preste esa prenda que tiene en la cintura.

El cuchillo que yo tengo es muy bueno como se ha visto ya, pero es chico para pelear contra sable.

Hágame, pues, el favor de prestarme esa chacota que tiene ahí, que es de hoja mas larga y me parece mejor en este caso.

—Es el único hombre á quien se la prestaria, dijo Acosta sacando de la cintura una daga como un sable.

Ya sabe amigo que el caballo y las armas no se prestan, pero usted es mi amigo, la necesita y no se la puedo negar.

Y pasó á Barrientos la larga y filosa daga, recibiendo en cambio el puñal soberbio de Barrientos.

Este salió afuera en seguida y apretó la cincha al parejero despues de haberlo revisado con esa prolijidad del hombre que vá á fiar su salvacion á las condiciones de su caballo.

Los acercó á la pulperia lo mas que pudo y se sentó al lado, como quien toma el fresco, para tenerlos al alcance de la mano en el momento preciso.

—La policia suele tomar los caballos antes de decir nada á su dueño, para cortarle mejor la retirada, y yo no quiero esponerme á que por falta de prevision me suceda una desgracia.

—Ya veo que así no mas no lo han de madrugar á usted, dijo Acosta; está en todos los golpes y los para antes que se los dirijan; así es como se hace camino, de otro modo uno es hombre muerto.

El cadáver de Bravo estaba allí estirado, sin que nadie hubiera querido tocarlo.

La curiosidad principal estaba satisfecha; ya sabian qué clase de herida tenia y no habia por qué andarlo registrando.

Estaban en lo mejor de los preparativos y, los paisanos eligiendo sitio para ver mejor, cuando se divisaron tres ginetes en los que el ojo experimentado

del paisano conoció á los tres justicias anunciados, que venían á gran galope.

—Esta es la buena, dijo Barrientos, y solo me falta hacerle una advertencia al amigo Acosta; y es, que por mí no se comprometa de ningún modo, que me deje solo, que yo me tengo confianza y el corazón me anuncia que he de quedar bien parado.

—Puede estar tranquilo por mí, respondió Acosta: de los tres que vienen, solo el alcalde vale algo, y para un hombre solo, el amigo se basta y sobra.

Los justicias se iban aproximando y apurando el galope de los caballos, pues sin duda creían que al verlos llegar, los complicados en la muerte de Bravo tratarían de huir y ganar el campo.

Pero ni uno solo se movió, viéndolos llegar impasiblemente.

Los tres llegaron y echaron pié á tierra al lado mismo de la pulperia dejando las riendas de sus caballos al vigilante y entrando el alcalde seguido del teniente.

En la cintura de ambos se veía el enorme sable, símbolo de la autoridad que investían.

—Quién es el malhechor? preguntó el alcalde paseando su mirada curiosa por todas aquellas caras.

—El que ha muerto á ese hombre soy yo, respondió Barrientos poniéndose de pié con la mayor tranquilidad; pero lo he muerto en buena ley como todos lo podrán decir.

Viendo que el que había hecho la muerte la confesaba sin hacer el menor ademán hostil ni tratar de escapar, los recién venidos se tranquilizaron y pasaron adentro á ver el cadáver.

—Cómo ha sucedido esto? preguntó.

Todos estuvieron contestes en la relación que le había hecho ya el pulpero, de la que se desprendía la ninguna culpabilidad del forastero.

—Bueno, dijo entonces el alcalde, no teniendo nada que averiguar, puesto que el mismo homicida estaba conforme en aquella relación; ahora no hay más que ir á declarar al juzgado y negocio concluido.

Y volvió afuera donde estaba Barrientos, para intimarle órden de prisión,

Este en el momento que esperaba Barrientos y el que ansiaban ver llegar todos aquellos paisanos:

—Bueno amigo, monte a caballo y venga con nosotros, porque usted quedará preso hasta que el Juez de Paz dispenga lo que ha de hacer con usted.

—Lo que es de mí, contestó Barrientos, no dispone ni el Juez de Paz ni nadie, yo solo mando en mí y no reconozco mas autoridad que la de mi voluntad soberana.

Bastaban aquellas palabras para comprender que aquel hombre no obedecería sino á fuerza de rigor.

El teniente alcalde, que era mas flojo de lo que se había dicho, en cuanto oyó lo que respondía Barrientos se puso densamente pálido y se colocó al lado del alcalde, mas como buscando un apoyo que presándole el suyo.

El alcalde en cambio, que era bravo, avanzó sobre Barrientos y sacando el corvo le dijo:

—Por última vez, bandido de porquería, ó te en-

tregas ó te rompo las costillas á palos; como para compadradas me ha hecho Dios á mí!

—Rápido y sonriente, tranquilo y bravo, Julio Barrientos sacó la larga daga y sin separarse del lado de los caballos echó al alcalde un terno descomunal.

—Mire que hijo de una gran perra me vá á romper las costillas, dijo; ni que se hubiera acabado el mundo y me hubieran enterrado!

Ahora verás lo que yo te rompo pedazo de maula! Esta fué la señal de la lucha, lucha reñida y dura, dadas las condiciones de aquellos dos hombres.

Don Cosme acometió con un par de sablazos á la cabeza pero Barrientos le metió el brazo y los recibió sobre el poncho.

Servite que son de á peso! le gritó Julio, y al mismo tiempo que le metía el brazo del poncho, al tercer hachazo le soltó una puñalada por abajo del sable, que le hizo una regular herida en el vientre.

—A mí no se me castiga así no mas, dijo, por mas alcalde y por mas hombre que seas.

Y Julio se había apresurado á herirlo, creyendo que el teniente y el soldado se le iban á venir también encima y queriendo tener tiempo de recibirlos como era debido.

Pero el teniente alcalde era mozo muy prevenido y muy poco amigo del baile.

Cuando vió que don Cosme había sido herido, se figuró que todos los mirones lo rodeaban para concluir con él, se imaginó mil puñales que le herían de todas partes, y livido y tembloroso saltó sobre su caballo y enfiló á la traquera á paso mas que regular.

El soldado le hizo cancha y el teniente salió afuera, yendo á detenerse á una cuadra de distancia, desde donde podía ver sin peligro de su persona el resultado de la lucha.

Don Cosme, al sentirse herido, perdió los estribos, se llevó la mano izquierda á la herida y acometió de nuevo á sablazos.

Pero ya Julio lo había aventajado y jugaba con él como con una criatura, pues don Cosme apenas podía moverse, y la pérdida de sangre lo había debilitado enormemente.

El soldado, aunque sin esperanzas de salir mejor parado, vino en defensa del alcalde al verlo solo y herido.

—No te metas! le gritó entonces Acosta, nó te metas y déjalos solo que nadie te ha llamado.

El milico sacó el sable y se preparó á hacer por la riña, cargándolo á Acosta, pero Julio detuvo á este gritándole:

—Déjelo, déjelo, venir, que ya con este no me divierte!

Emilio Acosta se hizo á un lado y dejó pasar al milico que cargó sobre Julio bravamente.

Barrientos se separó entonces del alcalde rápidamente, seguro de que éste no podría seguirlo, y ganando al soldado el lado de montar, le pegó una puñalada tan bárbara que el pobre soldado cayó del caballo como un pesado fardo.

Julio, creciendo entonces en rapidez y actividad, volvió á cargar sobre el alcalde, dándole un hachazo en la cabeza y un puntazo en el pecho que puso fin á la lucha.

El alcalde cayó sobre las rodillas, sin soltar el sable, y haciendo aún esfuerzos terribles para pegar á Barrientos, pero su debilidad era estrema y tuvo que apoyarse en el suelo para no quedar estirado.

—Favor, gritó entónces, ayuda á la justicia!

—Ayudar para que te acaben de degollar por puero, contestó Acosta—quién les ha de ayudar á ustedes en el peligro, si cuando se creen fuertes son mas malos y mas trompetas que india vieja!

—No importa, contestó el alcalde, ya les arreglarán la cuenta! mi teniente alcalde siquiera servirá para dar cuenta de quienes me han asesinado.

—Oiga, su flojo de porqueria, aqui nadie lo ha asesinado á usted yo lo he peleado recibiendo los primeros golpes, y si lo he pulido es porque soy mas hombre que usted, y mas guapo y mas todo.

No tienen en la boca mas que el asesinato, cuando quien ha querido asesinar es usted, y si no lo ha hecho es porque no ha podido.

Si esta es la mejor carta que tenían ustedes aqui ya ven para lo que sirve y lo que hago yo con ellos.

De esta no se salva aunque estuviera aqui el mismo ño Cipriano: le he pegado de alma y con todo el veneno con que ellos me pegaron á mi en casa de mi Dolores!

Ya tiene Bravo con quien conversar y contar hazañas! porque antes de la siesta me parece que este queda mas frío que una naris en invierno!

La lucha había sido leal y dura: nadie tenía nada que observar á este respecto ni acusar á Barrientos de haber usado la menor ventaja.

Don Cosme había ido bajando poco á poco la cabeza, hasta quedar inmovil y como insensible.

Barrientos miró afuera y vió al teniente alcalde que indeciso y asustado estaba todavia sin saber que hacer.

—Ah hijo de una perra! exclamó, ahora te voy á enseñar á tener coraje!

Y saltando sobre el caballo castigó en direccion adonde aquel estaba, con la firme intencion de darle una vuelta de azotes!

Pero el teniente alcalde, sin esperar que Barrientos acabara de montar, le prendió rebenque al pingo que montaba y pronto no se le vió ni el polvo.

Hombre de poco coraje y previsor, sabiendo ya que venian á prender á un asesino y no fiándose mucho en estas aventuras, había ensillado á su mejor caballo.

Así es que no tuvo mucho esfuerzo que hacer para sacar á Julio, que no hizo empeño en alcanzarlo una enorme ventaja.

Los paisanos entretanto se hacian cruces de lo que habían visto.

Aquello era ser guapo y vigoroso para el facon nunca habían visto un hombre de semejante agallas, capaz de comerse en sopas al alcalde don Cosme, que siempre había atado él solo á los gauchos mas malos.

El pobre don Cosme estaba agonizando.

—Con su permiso, amigo, había dicho el pulpero á Barrientos, y se había acercado á don Cosme para socorrerlo con un vaso de caña.

Pero el pobre alcalde se moria irremediabilmente.

No teniendo fuerza para mantener allí, había reti-

rado su mano de la herida, por donde habían empezado á salir y enfriarse las tripas.

Y en vano se las metieron adentro y lo fajaron con un paño empapado en caña, no hubo remedio.

Antes de media hora el alcalde don Cosme había muerto en medio de dolores terribles.

—Y vá uno! exclamó Julio—para llegar á cien hay mucho que andar todavia: en fin, por algo se ha de principiar en esta vida! estoy contento que el primero haya sido hombre de reputacion, para que vayan viendo de lo que soy capaz y no crean que hablo porque tengo boca!

Lo que había hecho Barrientos aquel dia, era más que suficiente para sentar la fama de cualquier hombre y hacerlo temible.

Barrientos se acercó entónces al milico, que no se había movido ni chistaba palabra en la esperanza de que haciéndose el muerto no lo ultimarian.

—No sabia que la justicia tenía costumbres de zorro! exclamó Julio, pero conmigo no valen esas cosas porque soy mas vivo que todos juntos.

Ya sé yo el remedio que se hace á los zorros cuando no quieren abrir los ojos: á ver! gritó traiganme un cigarro encendido!

El remedio era brutal, como todos lo que hacen los gauchos, así es que el milico en cuanto oyó hablar de cigarro se incorporó sobre el suelo y exclamó un tono lastimero.

—No me acabe amigo, que yo no tengo la culpa de lo que sucede ni mis hijos tampoco.

Nos mandan y no tenemos mas remedio que obedecer—en algo tenemos que ganar la vida, y si yo soy policia no es por gusto de perseguir á nadie sino por necesidad.

No me mate que en ello no vá á hacer ninguna hazaña y Dios tal vez le dé su recompensa.

—A matarte venia, repuso Barrientos, pero has mentado á tus hijos y no lo has mentado en vano.

No quiero que nadie pueda hecharme mañana la culpa de su horfandad, porque yo sé en carne propia lo que es rodar por el mundo sin el amparo del padre!

Viva, pues, para sus hijos, amigo, que yo no ando en el mundo para hacer mal sino para vengarme de los que me lo han hecho.

Y Barrientos se retiró del lado del milico, que, se guro de que no iban á degollarlo, respiró entónces con mas libertad.

—Ah! corazon de criollo! exclamó uno de los paisanos: el hombre que procede así, Dios lo tiene que ayudar de por fuerza; porque cosas así no se ven yá por el mundo.

—En algo nos hemos de diferenciar los hombres de la justicia, repuso Julio, ellos matan de vicio y al boton, nosotros por necesidad y para defender la vida.

—Bueno, amigo, añadió dirigiéndose á Acosta y presentándole la daga, aún ensangrentada.

Aqui tiene su carta, que es á quien verdaderamente debo el triunfo: es una arma soberana capaz de pelear sola de puro bien templada y cortadora.

Le agradezco el servicio en lo que vale y espero poder retribuirselo algun dia.

—No me la vuelva, amigo, que nunca ha estado en mejores manos.

Guárdela como un recuerdo de nuestra amistad y como una promesa de que pronto nos hemos de volver á ver.

En el mundo andamos, mas ó menos desgraciados, y usted me dice donde se dirige talvez muy pronto salga á campearlo.

Yo tambien tengo mis cuentas que arreglar y bien se puede hacer sociedad cuando los capitales son parcidos.

—El dia que nos juntemos los dos, contestó Julio en tono profético, pueden mandarse hacer el cajon todos los justicias de la tierra; será para ellos como la fin del mundo.

Guardo, pues, su daga como un recuerdo y como promesa de que algun dia nos juntemos para hacernos justicia á nosotros mismos.

Yo ahora me voy para el lado del "Cristiano Muerto"; son parajes lejanos donde podré descansar algun tiempo y hacerme de varias cosas que preciso.

Allí tengo á Pedro, el menor de mis hermanos, única prenda á quien querer que me queda en el mundo.

Allí, en su compañía, pasaré un tiempo, enseñándole con mi ejemplo á ser sufrido, porque peor es á jeder y á juntar moscas, y si las entierro ván á yerse así, sin guarida ni arrimo y espuesto á que el dia menos pensado le saquen el cuero.

—Pues si cuando usted salga de allí no me ha visto la cara, déjeme dicho donde vá, que yo lo buscaré.

Julio empezó á hacer sus preparativos de viaje, en los que se podia reconocer cuánta era su prevision y prudencia.

Despues que ensilló su caballo que le regalara la viuda, al que bautizó con el nombre del *marchero*, compró un morral é hizo dos grandes maletas de maiz, que colocó á las ancas.

—Aunque no lleve comida para mí, dijo, es preciso llevar con qué atender á los caballos, porque son ellos y no mi estómago los que me han de sacar airoso en los momentos de peligro.

Así, donde quiera tengo que darles de comer y podrá conservarlos en el mismo estado de compos-tura.

Y acarició al parejero nuevamente, quien le agradeció aquella muestra de cariño con un relincho lleno de alegría.

Y despues de despedirse de cada uno de los paisanos, saltó sobre el marchero y se alejó al tranquito, llevando su parejero de tiro y listo para saltarlo en el menor apuro.

—Pobre mozo! dijo el pulpero, vé como ha sido un hombre bueno y completo por donde lo busquen! esta justicia nuestra es capaz de hacer un lobo de un cordero!

—Y tan generoso y tan hombre! exclamó otro; dónde se ha visto no aprovechar las ventajas de la lucha ni matar á los que caen?

Eso prueba que el hombre no tiene hiel en el alma, y que si mata es solo á los que le han muerto la mujer y lo han querido dijuntar á él mismo.

—Y qué hago yo con estas osamentas en casa? preguntó el pulpero aflijido.

No las puedo dejar aquí porque van á empezar á decir que soy cómplice y tapadera de forajidos.

No sé cómo voy á salir de este enredo, ni cómo me las voy á componer para salir libre de culpas.

—Aquí no tiene mas que una cosa que hacer, dijo Acosta, cuya opinion era oida atentamente por el hecho de haber sido justicia y conocer sus procedimientos.

Lo mejor es, que se vaya al Juzgado y desembuche todo lo que ha sucedido, sin ponerle ni quitarle.

Cuando usted llegue, ya estará allí el teniente alcalde que habrá ido con todo género de partes y porquerías.

Si ha dado contra usted, entónces cuente que no puede haber visto nada porque se disparó de arriba, en lo que es testigo ese milico que ha venido á salvarse por milagro.

Que vengan á hacer una averiguacion, si quieren, que yo por mi parte le serviré de testigo, porque hasta mañana no pienso moverme de aquí.

—Pues si esa es su opinion, dijo el pulpero, me suelto sobre el pueho.

Y ensillando su caballo salió á todo galope, en direccion al Juzgado de Paz.

DIOS LOS CRIA Y LA JUSTICIA LOS JUNTA

El pulpero no sujetó el galope hasta el mismo Juzgado de Paz, donde segun lo habia previsto Acosta, habia llegado ya el teniente alcalde con el parte de lo sucedido, pero abultado inmensamente.

El alcalde habia sido agredido sin darle tiempo á bajarse del caballo y asesinado sobre tablas, como el soldado que los acompañaba, habiendo tenido que huir él, para salvar milagrosamente.

El pulpero fué á restablecer la verdad, dejando muy parada la relacion del justicia.

—Y ahí está el mismo soldado, que no ha muerto, agregó, que puede narrar lo sucedido y dejar bien clara la verdad de lo sucedido.

Cuando el teniente supo que el soldado vivia, empezó á sujetar la rienda de sus exageraciones y á hablar con mas franqueza, dejando comprender cla-

ramente que el miedo le habia impedido apreciar los sucesos y solo le habia dejado alientos para disipar.

—Y el asesino quién es y dónde está? preguntó el Juez de Paz.

—Es un tal Julio Barrientos, de Tres Arroyos, contestó el pulpero, temiendo que si le pillaban en alguna ocultación, fueran á embromarlo: creo que ha venido ya huyendo de la justicia de su pago.

—Y habrá quedado en su casa á gozarse de la hazaña?

—No, señor, antes de venir yo, se fué diciendo que se dirijia al Cristiano, por lo que me parece que habrá ido á otra parte, porque estos siempre dicen el rumbo opuesto del paraje adonde van, para que no los persigan.

El Juez de Paz hizo preparar cuatro soldados y los mandó con el capitán de la partida, á quien le ordenó le trajera muerto ó vivo al tal Julio Barrientos, y remitiera como mejor pudiese, al Juzgado, al milico herido.

El pulpero, pasado el susto desde que vió que no le hacian el menor cargo, salió guiando aquella partida que iba en demanda de un solo hombre que no existia donde iban á buscarlo.

Durante el trayecto de las cincuenta cuadras que dividia el Juzgado de la pulperia, el capitán empezó á averiguarle qué clase de hombre era Barrientos y cómo habia peleado con el alcalde.

Y tales ponderaciones hizo el pulpero, que cuando llegaron, al capitán le parecian poco sus cuatro soldados y pocas y malas sus armas: espada y revólver.

—Es un hombre como una luz! decia el pulpero: ya vé que don Cosme era guapo y duro y buen manejador de sable.

Pues á pesar de todo esto y de haberle tirado un par de sablazos, el mozo no tuvo para empezar con él, y le sacudió el viaje maestro.

Ahora sabe Dios dónde habrá ido á sujetar, porque lo que es en la pulperia no está á la fecha, y tal vez ni de aquí á diez leguas.

Lleva dos caballos que el mas maula es capaz de galopar como cien leguas por hora.

Cuando llegaron á la pulperia, solo quedaban allí tres ó cuatro paisanos de los que menos tenian que temer.

El mismo Emilio Acosta, temiendo fuese á venir toda la partida, con el Juez de Paz á la cabeza, se habia ido á la esquina de los Lopez.

El milico estaba recostado en unos cueros, donde mediante un buen vaso de caña habia recuperado el ánimo.

Su herida no era de una gravedad mortal inmediata; podia tener malas consecuencias en los accidentes de la curación, pero hasta entónces era curable.

Con él fué el primero que habló el oficial, preguntándole por Barrientos.

—Se fué juntándonos las cabezas, contestó el pobre milico, y en viaje para el Cristiano, segun dijo á su amigo.

Yo me alegro por usted y los compañeros, porque á ese hombre no hay quien lo sujete: yo nunca he visto pelear tan firme, caracho!

Mas tranquilo el oficial, sabiendo que Barrientos no estaba allí, procedió á enterrar á los muertos, por allí cerca no mas, y remitir al milico en un carruaje que se le improvisó del mismo cuero en que descansaba, tirado á la cincha.

La noche se habia venido encima y una oscuridad profunda envolvía el campo.

—Dónde voy á ir con semejante noche? exclamó el oficial, si ni siquiera puede uno verse las manos.

Además, el asesino lleva mucha delantera y no lo hemos de alcanzar, porque el que huye marcha sin descanso para sacar en distancia la mayor ventaja posible.

Y conviniendo consigo mismo de que tenía sobrada razon, regresó al Juzgado para dar cuenta de todo.

Segun lo que decia, el pulpero y el mismo milico herido, no habia mas culpable que el asesino Barrientos, y éste habia huido.

No habia mas que dar cuenta á la Policia de la frontera para que buscase á Barrientos en el Cristiano y lo redujera á prision, mandándolo á Dolores donde se elevarian los antecedentes de aquel crimen.

Barrientos, entretanto, satisfecho de cuanto hizo, marchaba tranquilamente hácia el Cristiano, donde vivia su hermano Pedro, á quien amaba inmensamente.

—Hay que aprovechar el tiempo, pensaba, porque á la fecha me andarán buscando por todas partes, en virtud de los avisos que habrán pasado por esos malditos hilos.

Ya mi nombre andará en boca de todos, como cosa mala, añadia, y se aumentará de volumen lo que he hecho.

Pero no importa, esta será la vida que llevaré de hoy en adelante y es preciso que prepare el estómago para llevarla sin asco.

A media noche hizo un alto á un lado del camino, para dar de comer á sus caballos.

Con semejante noche no habrá nadie en el campo, pensó, y mañana voy á tener que dormir un poco y pegarle duro á la marcha.

Ya la fama de Barrientos andaba de pago en pago y los diarios de Buenos Aires habian publicado los telegramas en que se daba cuenta del horrible asesinato.

Y las policias lo buscaban á pleito, teniendo buen cuidado de no acudir al paraje donde mas ó menos podian hallarlo.

Porque la fantasia de los paisanos habia aumentado ya fabulosamente el valor del paisano, asegurando que andaba con toda clase de armas.

La lucha entre la justicia y aquel hombre principiaba así de una manera desventajosa para la primera, pues empezaba á luchar con miedo.

El enemigo que se les ponía al frente era terrible, é iban á empezar por tener en su contra á los que, ya por miedo ó por simpatia de causa, protegerian al paisano.

Barrientos conocia todas estas ventajas, sabia todo el prestigio que en poco tiempo adquiere el gaucho bravo que lucha con la autoridad y sonreia picarescamente al pensar en todos los chascos y malas

pasadas que podría jugar á las policias que lo persiguieran.

Así que hubo descansado un poco, siguió su viaje marchando derechamente hasta el Cristiano, pero no halló allí á Pedro.

Este se habia ido hacia tiempo á poner un puesto de ovejas en el Quequén, llevándose su familia, que se componía de su mujer y un hijito.

Pedro Barrientos era un paisano de veinte años, á lo mas, alegre y lleno de vida y emprendedor como él solo.

Pero Pedro no tenia las condiciones de su hermano Julio.

Era malo por inclinacion natural y carecia de todos los rasgos nobles que adornaban á Julio.

No tenia ni la generosidad ni la hidalguia de aquel, aunque era igualmente bravo y altivo.

Pedro como Julio, era capaz de pelear con un ejército, sin ocurrírsele nunca buscar la salvacion en la huida.

Habria muerto veinte veces antes que dar la espalda al enemigo.

Desde muchacho chico habia sido camorrista, y amigo del juego, pero el rigor del padre primero, y los consejos de Julio, á quien queria y respetaba mucho, le habian contenido siempre, manteniéndolo en la buena senda.

Muerto el padre, Pedro agarró por su lado y se fué al Cristiano, donde puso un puesto con los animales que le habian tocado de la herencia paterna.

Habituado al trabajo y trabajador por naturaleza, bien pronto dobló su capital hasta hacerlo una buena base de fortuna.

Demasiado jóven y ávido de diversiones, Pedro empezó á juntarse con malas compañías y á darse al juego, con la natural inespencia.

Y pronto tambien empezó á gustarle la copa, al extremo de mamarse como el mas consumado borracho.

No tenia á su lado quien le diera un buen consejo y seguia por aquella pendiente fatal que debia serle tan funesta.

Pedro perdió al juego algunas sumas relativamente fuertes, pérdidas que le ocasionaron mil peleas y disgustos de todo género.

Valiente y audaz, puso á raya desde el principio á los mismos bandidos, que tenian que cederle el campo avergonzados de que un mozo como aquel les pusiera la ley cuchillo en mano.

Pero por su suerte, se habia enamorado de una paisanita bella como una alborda de primaveraa.

Pedro era valiente, trabajador y buen guitarrero, condiciones que le franquearon completamente el corazón de su amada.

Estos amores le ocasionaron mil riñas diversas con aquellos que aspiraban al corazón que él conquistara, pero en cambio lo distrajeron de las jugadas, peleas y beberajes á que se habia entregado con grave perjuicio de sus vaquitas que se iban yendo á los puestos de los ganadores.

Jóven y ardiente, desde que se enamoró y echó novia no pensó mas que en casarse pronto y dejarse de trasnochadas.

Porque esto de tener que galopar diez leguas todas las noches para ir á cantar una trova, y otras

diez para regresar, le quitaban el sueño inutilizándolo para el trabajo del dia siguiente.

Pedro se casó y desde ese dia pareció regenerarse por completo.

Los jugadores de taba no volvieron á verle la cara, y las pulperias parecieron cerrarse para él.

Enamorado profundamente de su mujer, no pensaba mas que en ella y en pasar á su lado todo el tiempo que le dejaba libre el trabajo á que habia vuelto con actividad y constancia.

Los Domingos, en vez de irse á las esquinas como otras veces, á beber ó jugar, vestia sus mejores prendas y acompañado de su mujer, en las ancas de su pingo, se iba á casa de los suegros á pasar el dia en alegre plática y guitareo.

Seducido por esta vida llena de encantos, Pedro la disfrutó hora por hora y dia por dia, hasta que tuvo un hijo, de quien decia graciosamente:

—Ese es mi peor enemigo, pues lo primero que ha hecho es arrebatarme el cariño de mi mujer, que desde que le ha visto la cara de peludo no me quiere ni la mitad de lo que me queria en otros tiempos.

Ya la vida no era la misma para el jóven paisano; su mujer tenia que dedicar todo el tiempo á la crianza y cuidados del hijo, y no podia atenderlo como antes y acompañarlo á todas partes.

Pedro empezó á abuarirse poco á poco y á volver de cuando en cuando á la esquina para matar el rato y distraer un poco el espíritu.

Pero no tomaba parte ni en las jugadas ni en los beberajes.

No queriendo perder una buena bolada, aceptó un campo que se le ofreció en el Quequen, y se fué á poblar un puesto, acompañado de su mujer y su hijito.

Allí no tenia relaciones, ni conocia esquinas, y por mucho tiempo estuvo concretado á la formacion del nuevo puesto y al amor de la familia.

Pero en el campo no tardan de hacerse de relaciones.

La necesidad de hacer sus provisiones de boca lleva al paisano á la pulperia, allí se encuentra con malas reuniones, lo buscan y concluye por hacerse de las peores, que lo arrastran con malos consejos y peores ejemplos.

Ya con un pretesto, ya con otro, armaban parranda de guitarra y medio frasco.

Jóven y tranquilo, con su apariencia bondadosa y mansa, los paisanos lo trataban muy á la ligera y sin el respeto á que estaba habituado.

Algunos de los vagos que allí habia, quisieron mirarlo por arriba del hombro y Pedro se abstuvo entonces de juntarse con ellos por no andar en historias enojosas.

La esquina de un tal Silvano, que creemos existe aun en el Quequen, era el punto de reunion de la jente corajuda y de los que vivian eternamente del juego.

Partido lejano y poco vijilado por la autoridad, allí iban á guarecerse los que andaban mal y no querian aparecer en parajes muy concurridos.

Como algunos lo chocaron de que no iba de miedo Pedro empezó á concurrir á la esquina pero de muy de tarde en tarde y solo á hacer sus compras.

Silvano tenía un dependiente español, mas malo que un agí, y protegido por la reja de la pulperia estaba habituado á tratar á los marchantes al estriquite, echándolos afuera por el menor desacato cometido contra su autoridad de pulpero.

Soberbio y bravo como el mejor, el dependiente de Silvano habia logrado imponerse á los marchantes, por la necesidad á unos, y mediante dos ó tres palizas dadas á esos paisanos mas débiles y mas sufridos.

No se sabe por qué aquel dependiente habia cobrado gran antipatía á Pedro, aunque algunos decían que era porque éste discutía sus precios exagerados.

Juzgando por las apariencias, los paisanos vieron en Pedro Barrientos una nueva víctima del dependiente y le previnieron que no se metiera con él, porque era muy amigo de atropellar á todo el mundo.

—Pues lo que es á mí no me atropella ni él ni nadie, contestó Pedro, y el día que intente hacerlo el hijo se le vá á volver padre y la vaca toro malo.

Esta amenaza en boca de Pedro, que parecia una criatura, hizo reír á los paisanos, que no lo conocian absolutamente, y esta risa enconó á Pedro haciéndole nacer el deseo de probarles que era tan hombre como el mejor.

Y cada vez que iba á la esquína reclamaba sobre los precios, lo que aumentaba la antipatía del dependiente.

Un Domingo, día de carreras y de taba, Pedro acudió á lo de Silvano, con ánimo de probar un caballo, corriéndolo con el mejor.

Tenia fé en el pingo y queria con él sacarle la oreja al mas lijero.

La reunion era numerosa y buena, pues habian acudido paisanos de todos los alrededores, y algunos gauchos malos y de menta como un tal Chicoca, de quien mas adelante nos ocuparemos.

El dependiente tenia que andar sirviendo la bebida fuera de la pulperia, mientras Silvano atendia al mostrador, lo que le traía con un humor de todos los demonios.

Pedro, como los demás concurrentes, mientras se armaban las carreras, habia tomado unas copas, lo que lo habia puesto alegre y jugueton.

El dependiente cobraba al contado la bebida que servia, para no andar despues en dificultades y en una de las vueltas, como Pedro se tardara en pagarle, le retiró el vaso diciéndole:

—Cuando me pague le daré, que no es cuento de hacerse el que busca la plata para mamarse en seguida y hacer alegaciones de borracho.

—No sea grosero amigo, que yo nada le he hecho para que me trate así, contestó Pedro, sintiendo arrebatare por la violencia de su génio.

—Yo no sé nada, si quiere chupar pague primero, y si no puede, mándese mudar.

—Y si no me gusta y no me dá la gana de irme?

—Entónces lo sacaré yo á golpes y le enseñaré como se suenan las narices antes de hablar á un hombre.

Pedro era un mozo delgadito y con apariencias de débil, así es que al dependiente se le figuró que hacer lo que habia dicho era negocio facilísimo.

—Bruto como buen gallego! exclamó Pedro palideciendo y mirando á los otros paisanos—con la plata en la mano uno está donde quiera, entiendo? y sea mas comedido con quien no lo ofende y no dé motivo para que le rompan el alma.

—Y quién me vá á romper á mí el alma? usted, mucoso de porqueria? pues empieze por mandarse mudos de aquí y no volver mas, porque si vuelvo á verlo en el negocio, soy yo quien le vá á romper las costillas.

Y bravo é irritado, el dependiente soltó unos vasos que llevaba en la mano y fué á tomar á Pedro de un brazo para echarlo afuera.

Pero el jóven lo recibió con un bofetón que parecia dado por la mano de un hércules.

Ni los concurrentes ni el dependiente se figuraron nunca que Pedro tuviera tal coraje y tal fuerza.

Enfurecido por el golpe, el español arrebató el rebenque á uno de los paisanos, y enrollándose la lonja en la mano acometió al paisano.

Pero éste, que lo esperaba daga en mano, evitó el primer golpe de rebenque y le dejó caer un planazo en la cabeza, con tal fuerza que lo dejó parado.

Una gritería tremenda se alzó entonces del grupo de paisanos; todos odiaban al dependiente y se felicitaban íntimamente de lo que le sucedia.

El dependiente estaba enfurecido; se veia humillado y golpeado por quien creyó una criatura, y era preciso que llevara su merecido.

Pasado el momentáneo aturdimiento, fué á agredir de nuevo, pero era tal la actitud de valor y de reposo que se veia en Pedro, tan famosas las proporciones de la daga que tenia en la mano, que no se atrevió.

—Si te movés á pegarme, le dijo Pedro sonriente, te hago un ojal en la panza y te lo abrocho en el corazon.

—Los paisanos festejaron el dicho con un nutrido palmoteo y mil frases mortificantes para el dependiente como te ha metido el resuello! ¡óiganle á la mauala! ¡perdi flor y canté truco!

—Ahora verás hijo de mala madre! exclamó el español, viendo que así nada podria hacer, y con una agilidad increíble desapareció dentro de la pulperia, volviendo á salir al rato armado de una escopeta.

Los paisanos temblaron, pues en la cara del español veian pintada la resolucion tremenda que lo animaba.

Corrió adonde estaba Barrientos, se echó la escopeta á la cara é hizo fuego, coincidiendo el disparo con la caída del paisano.

Todos pensaron que el español habia muerto á Barrientos, pero en el acto vieron á Pedro levantarse como una exhalacion y caer sobre el dependiente cuchillo en mano.

Es que Pedro habia ganado el tiempo al disparo, de una manera admirable.

En cuanto el dependiente bajó sobre él la escopeta, se echó al suelo, de modo que cuando hizo fuego, ya estaba él tendido y se volvia á parar sobre el humo del disparo.

El dependiente no pudo resistir el empuje de Pedro Barrientos.

En vano se hirió con la escopeta de todos modos, en vano saltó y hasta quiso huir—el cuchillo implacable de Barrientos buscaba el cuerpo del español como á su propia vaina, no dándole alce alguno.

Tan rápido ataque y resultado asombró tanto á los paisanos, que ninguno atinó á moverse sorprendidos ante aquel acto inesperado.

—Me has querido asesinar, eh? decía Pedro enfurecido, pues toma, toma, aprende á matar sin motivo, y cada una de estas palabras era acompañada con una puñalada terrible.

Silvano habia saltado el mostrador y acudido á ver qué sucedia, pero como todos, se habia quedado suspenso y sorprendido, sin atreverse á avanzar en socorro de su dependiente.

Pedro hirió siempre, hirió con rabia y encono, hasta que el español no pudo sostenerse mas en pié.

Y como si estuviera dominado por un vértigo terrible de sangre, siguió hiriendo, hiriendo siempre, hasta que el dependiente de Silvano quedó inmóvil.

Recien Pedro se incorporó y dejó de herir, y despues de mirar con infernal espresion al cadáver mutilado del español, dijo á los circunstantes:

—Ahora, perdido por perdido todo me es igual é indiferente, pues lo mismo que me harán por una, me harán por dos y por cincuenta.

Entonces les prevengo que desde hoy en adelante no estoy dispuesto á tolerar nada á nadie y el primero que me ronque fuerte lo he de coser á puñaladas.

Antes me cuidé porque no queria hacerme desgraciado haciendo la desgracia de mi mujer y de mi hijo, pero ahora que me han obligado á empezar, seguiré así hasta el fin del mundo.

A atarse el chiripá, pues, y el que se crea mas hombre que yo, que se levante y empiece á menear el paso.

Nadie se movió á levantar las palabras de Pedro, y eso que allí estaba Chicoca, el indio Chicoca, tan bandido como horrible.

Este indio feroz y horrible, no tenia mas oficio que recorrer las pulperias donde habia jugada y menudear al naípe y á la copa, hasta que le ganaban cuanto medio tenia.

Entonces armaba camorra, arrebatando la parada y ganaba la puerta trabuco en mano, amenazando abrasar de un disparo al primero que se moviera.

Y generalmente los jugadores lo dejaban tranquilo, porque no querian esponerse á ser muertos de un trabucazo en cuanto se movieran.

Chicoca era un asesino formidable, que no se paraba en medio, para realizar sus ideas.

Muchas veces que no habian querido jugar con él por evitar fatales lances, Chicoca habia hecho cosas bárbaras.

Una vez, por ejemplo, y para dar una muestra de sus agallas, se acercó á un grupo de paisanos que jugaban al monte, y sin decirles la menor palabra, descargó su trabuco al monton, hiriendo á dos de los jugadores.

Y como volviera á cargar el trabuco y amenazase

disparar nuevamente, los jugadores dispararon y huyeron.

Uno de los heridos tuvo aliento para disparar hasta el caballo sobre el que montó, y echo á correr como Dios le ayudó.

El otro no tuvo aliento para moverse, porque habia recibido la descarga sobre una pierna.

Chicoca se acercó á él y sin ninguna necesidad y con toda sangre fria, le apoyó el trabuco sobre la cabeza y se la hizo volar de un disparo.

En seguida recogió el dinero que aun permanecia sobre la carona que les servia de tapete, se lo echó al tirador, pidió un vaso de caña que apuró de un trago, y se alejó tranquilamente al paso de su caballo.

Una vez un paisano de la Magdalena, á quien Chicoca habia arrebatado una parada grande, sacó la daga y se le fué encima, ganándole el tiron tan réciamente, que Chicoca tuvo miedo y se retiró sin atreverse á decir una palabra.

El incidente parecia haber terminado allí, pues Chicoca aseguró que por broma habia arrebatado la parada y la jugada siguió sin el menor inconveniente.

Cinco minutos despues sonaba un estampido terrible y los jugadores quedaban aturridos por la detonacion y el espanto.

Chicoca se habia puesto detrás del paisano de la Magdalena, y le habia descargado el trabuco sobre la espalda, causándole una muerte instantánea.

Y en seguida habia quitado de sobre el cadáver el tirador, el cuchillo y el dinero y se puso en fuga sin que nadie se hubiera atrevido á detenerlo.

La Policia se echó detrás de Chicoca, con todo empeño y persiguiéndolo de partido en partido, pero nunca pudo darle alcance.

En cuanto sabian que Chicoca andaba en tal ó cual parte, la Policia acudia bien resuelta y mejor armada, pero tardé siempre y sin poder darle alcance.

Es que Chicoca andaba siempre admirablemente montado, y no teniendo empeño ni deseo en batirse con las partidas, sacaba siempre el bulto á tiempo.

Y huyendo siempre y cometiendo cuanta fechoria podia, recorria las afueras de los partidos, sin perder ocasion de lucir su perversidad tremenda.

Este era el célebre chino Chicoca, presente en la pulperia de Silvano cuando la hombrada de Pedro Barrientos.

—Me gusta el muchacho! gritó entusiasmado cuando aquel concluyó de hablar, y me gusta de alma.

Toque esos cinco, amigo, sin cumplimiento—la Policia lo vá á echar ahora por delante y á la fija, pero no tenga cuidado que yo soy baqueanazo en estas pellegerias, y lo he de ayudar con fé porque le he tomado cariño: á alguien he de querer yo en este mundo!

Pedro Barrientos no tenia idea de quien era Chicoca y aceptó el cumplimiento amistoso y la ayuda que se le brindaba.

Indudablemente la Policia se echaría á perseguirlo, tomándolo pronto, porque ninguna esperiencia tenia en aquellas pellegerias.

La ayuda de un hombre experimentado y que andaba mal con la justicia tenia para él gran importancia en aquellos momentos, así es que Pedro la aceptó sin la menor vacilacion.

La muerte del español no habia hecho en su ánimo la menor impresion.

Habia en Pedro toda la tela de un mal hombre, que, perfeccionado por Chicoca y con el ejemplo prometido, seria un bandido en toda regla y en poco tiempo mas.

—Bueno, dijo Chicoca, ahora lo primero que tiene que hacer es ir á su casa, elegir sus dos mejores pingos y prevenir á la familia para que no se alarme si usted tiene que huir.

Así, cuando venga la Policía á su casa no tendremos mas que saltar á caballo y sacar el bulto, no dando lugar á que se nos acerque mucho, porque su vecindad no es nada provechosa.

Pedro aceptó así la amistad de Chicoca, y juntos salieron de la pulperia en direccion al puesto.

—Es una lástima! exclamaron algunos paisanos al verlos salir juntos: en semejante compañía el mozo se vá á hacer un salteador en toda regla.

Al poco rato de haber salido entró la Policía que habia ido á llamar el mismo Silvano, representada por un alcalde y un milico.

Se averiguó el hecho, pero el alcalde no se atrevió á ir á prender á Pedro, sabiendo que estaba acompañado de Chicoca.

—Me voy á traer mas gente, dijo, y lo que es esos dos, no se me escapan á mí!

Y salió de lo de Silvano en direccion al Juzgado de Paz.

Entretanto Pedro y Chicoca habian ensillado al gran parejero de Pedro, y preparado otro que en nada desmerecia á aquel.

—Esta es la salvacion, decia Chicoca—llevando un flete como este no hay justicia que valga—la Policía monta mancarron's que antes de cuatro leguas se aplastan.

Esta observacion era exacta, como que era hija de la práctica.

Las cabalgaduras de la Policia de campaña, como la misma de los soldados de frontera, son de lo peor que pueden conseguir los proveedores, de donde resulta que teniendo que luchar con un enemigo que siempre se presente bien montado, sus esfuerzos se estrellan siempre en este eterno clamor: la falta de caballos.

Cómo vá á poder luchar un pobre patrio con un parejero bien cuidado hasta el extremo de fiar su salvacion en él su dueño?

Así, los gauchos preferian andar bien montados, aunque sus armas no fueran de lo mejor, porque ya en el caballo llevaban la media arroba.

Cuando la mujer de Pedro supo lo que sucedia, se echó á llorar amargamente.

Amaba á su marido entrañablemente y se estreñia á la idea que fuera á caer en poder de la Policia, porque entónces no volveria á verlo mas.

—Y por qué has hecho eso? le dijo sollozante y llorosa—qué vá á ser ahora de mí y de tu pobre hijo?

—No tengas cuidado, contestó Pedro, si tengo que andar huido, yo volveré con frecuencia y nada les ha

de faltar: lo que he hecho era preciso, porque sinó el gallego me hubiera muerto y entónces la cosa era peor para ustiedes.

—Pero entónces por qué han de perseguirte? que un hombre no puede defender su vida?

—La justicia no entiende las cosas de ese modo, y la cuestion para ella se reduce á castigar, haya ó no haya delito.

Y hay que huir, prenda mia, porque el que cae una vez entre sus manos, no sale de ellas sinó para el hoyo ó para las cárceles que es peor, y su familia no vuelve á verlo mas en la vida!

—Entónces huye Pedro, huye por Dios! que prefiero verte en esa vida aperreada, pero vivo al fin, y con la esperanza de tenerte á mi lado cada vez que sea posible.

Hablando Pedro y Chicoca del porvenir que les esperaba, que no eran tan malo, segun lo pintaba el bandido y llorando la pobre mujer de Pedro y acariciando á su hijo, pasaron toda la noche.

En vano esperaron que la Policia se presentara de un momento á otro, ella no llegó hasta el otro dia sol alto, preparada como para pelear con un Rejimiento.

Eran ocho milicos con su correspondiente oficial y alcalde á la cabeza.

En cuanto los vieron asomar, Pedro besó apasionadamente á su mujer y á su hijo y saltó á caballo seguido de Chicoca, que dió un par de riendas á su pingo, por pura compadrada.

—Vamos á ladearnos, dijo Pedro, para que si sueltan un chumbo, no me les vayan á pegar á esos.

—Al contrario, contestó el indio riendo, tienen esos tal puntería, que para que á uno no le peguen, lo mejor es dejarse apuntar.

Vamos á esperarlos un poco, añadió, con eso les hago roñcar mi instrumento—vá á ver el desparramo: es preciso que usted se compre uno de estos, porque son güenos por donde los busquen.

Y preparando el trabuco, ambos marcharon al encuentro de la Policia.

Los soldados que vieron esto, contuvieron la marcha é hicieron algunos tiros, con detestable suerte, al extremo que los paisanos se golpearon la boca en señal del mayor desprecio.

Cuando Chicoca creyó que estaban á distancia, volcó su trabuco y su poderoso estampido sonó como un cañonazo.

Al simple ademan, los milicos que ya conocian los efectos de aquella arma, se tendieron en todas direcciones, de modo que el trabucazo no hizo mas efecto que voltear el caballo del alcalde.

—Ahora, dijo Chicoca, la del humo y si acaso se cortan solos uno ó dos, los madrugamos y seguimos adelante.

Los milicos se lanzaron en persecucion de los dos paisanos, que disparaban golpeándose la boca y haciéndoles todo género de burlas.

De cuando en cuando sonaba un disparo de carabina, cuya bala pasaba á dos ó tres varas de distancia, arrancando á los perseguidos alegres carcajadas.

Y como no tenian necesidad de ello para lograr su objeto, no apuraban la marcha de los caballos, llevándolos sostenidos y enteros.

Así duró la persecucion mas de dos horas, en las que anduvieron un trayecto de seis leguas mas ó ménos.

Convencidos de que seguirlos era para hacerse burlar mas y divertir á los paisanos, el oficial mandó hacer alto y regresar.

Ahora tocó á los paisanos seguir á la Policía, dirigiéndole todo género de insolencias.

—Miren hasuras, les gritaba Pedro de una manera burlona y amenazadora: ahí en mi rancho quedan dos prendas mías: la primera vez que yo sepa que las han mirado fuerte, vengo y la herejía que yo haga va á ser chica para ser contada en un año! todavía no saben ustedes quién es Pedro Barrientos!

Y aburridos de seguir á los milicos que de cuando en cuando hacian un tiro al boton, y femiendo fatigar los caballos, los paisanos dieron vuéltas y emprendieron una marcha tranquila y reposada, mientras la Policía regresaba al Juzgado á dar cuenta de su fiasco.

Las Policías se pusieron en campaña y los telegramas partieron en todas direcciones, mandando la filiacion de los fugitivos y pidiendo ya la captura no de Pedro, sino de los Barrientos, pues de la causa de los dos hermanos se habia hecho una sola.

La fantasía Policial les atribuía en confusion lamentable, las hazañas de Chicoca y otros bandidos, haciendo de todo una sola causa, la de los Barrientos.

Estas fueron las novedades con que se encontró Julio cuando llegó al puesto de su hermano, en Quequen.

Su cuñada le habia dado todos los detalles, añadiendo los que se referian al indio que salió con Pedro y de que ella tuvo noticia mucho despues.

Triste, muy triste fué la impresion que recibió Julio al conocer aquellos tristes detalles: las desgracias me llueven de todas partes! exclamó, hiriéndome donde mas me duele.

Pedro era el único cariño que me quedaba y él tambien anda huyendo como yo, para defender su cabeza.

Qué vá á ser de ese pobre muchacho, entregado á su destino?

Rodar por el mundo hasta que la desgracia le dé el último golpe.

Inesperto y sin malicia no tardará en ser preso y tal vez desollado por ahí para no tomarse el trabajo de llevarlo!

Yo me voy, yo me voy á buscarlo, para servirle de apoyo é impedir que en él se limpien las manos.

A mi lado es otra cosa, porque para llegar á él será preciso que me maten, y esto es algo difícil.

Julio se habia provisto ya de un buen trabuco, para mejor resistir á cualquier enemigo que se le pusiese al frente.

Así es que apenas descansó un par de horas, reunió en casa de su hermano la provision de maíz para los caballos y salió con el fresco de la tarde en busca de Pedro.

—Si lo halla, le dijo la paisana, tráigamelo para que su hijo lo vea y no pierda la costumbre.

—Lo traeré, no tenga cuidado, dijo, y emprendió su marcha de Judío Errante.

Era preciso encontrar á Pedro y salvarlo á toda costa de los mil peligros que lo rodeaban.

Desde que Julio conoció la desventura de su hermano, ya no pensó mas que en él: olvidó su venganza y su salvacion misma, para solo pensar en Pedro y dedicarse á buscarlo con verdadero empeño y ansiedad.

Hacia muchos años que no lo veia, y al recordarlo, se figuraba siempre al niño débil y de poco aliento, incapaz de manejarse solo en la vida tremenda que habia emprendido.

—Lo ván á matar, exclamaba, lo ván á matar en cuanto lo agarren á tiro, porque aunque Pedro ya bien montado, lo sorprenderán cuando menos lo piense el pobre muchacho.

Y yo no quiero que me lo maten, gritaba, y sus ojos brillaban con un fulgor siniestro al pensar que aquello podia suceder.

Y emprendió su marcha violenta y sostenida por los lados del Cristiano, esperando encontrar por allí á su hermano Pedro, para traerlo á su lado y evitarle toda desgracia.

CUATRO PARA UNO

Emilio Acosta, cuando la policia vino á la esquina donde Barrientos habia muerto á Bravo, él le sacó el cuerpo, como dijimos, y pasó á la esquina de los Lopez, para evitar toda complicacion en aquel asunto.

No queria aumentar sus culpas con una nueva, porque ya la justicia lo tenia medio olvidado y no lo buscaba, ni lo buscaria ahora que se hallaba preocupada con las cosas de Julio Barrientos.

Y esa misma noche, para evitar que su nombre se mezclara á aquellos sucesos comprometedores, salió para Ranchos donde tenia algunas relaciones viejas.

Acosta no podia apartar de su pensamiento á Julio: el tipo le gustaba inmensamente para compañero de aventuras, porque era vivo como una luz y bravo como un facon.

—Y si alguna vez me obligan á andar á monte,

pensaba, ya tengo compañero, lo busco á Julio y que se junten las justicias á ver qué nos hacen.

En Ranchos acudió Acosta á la reunion de don Francisco, hombre que daba jugadas noche á noche para vivir de la coima.

Haragan de nacimiento, el tal don Francisco habia pretendido vivir del juego, pero la suerte no le ayudaba, y no solo perdía cuanto medio y prenda llevaba á las jugadas, sino que quedaba debiendo siempre una buena suma.

—Está visto que yo no sirvo para esto, se dijo un dia, y con un capitalito que le facilitó un amigo, aumentado con el producto de cincuenta vacas que vendió y que era el último pucho que le quedaba, estableció jugada en su rancho.

Como era hombre bueno y poco amigo de cuestiones, bien pronto juntó una clientela que le daba lo suficiente para vivir y poner á un lado.

Nunca se le ocurrió poner un peso á una carta ni á un golpe de taba, por lo que prosperó de tal manera, que al poco tiempo pudo proveerse de una frasería de ginebra con que ensanchar el negocio.

Pájaro viejo, no recibía en su casa mas que á los amigos que, por propia conveniencia, no habian de delatar la jugada, así es que la policia ignoraba que la casa de don Francisco fuera reunion de jugadores.

Cuando á alguno se le iba la mano en la ginebra, don Francisco lo echaba á dormir, pues ya se lo habia dicho muchas veces: si quieren seguir jugando en paz, no me armen bochinche, porque la policia olerá la cosa y entonces adios jugada.

Así los mismos jugadores eran los mas interesados en guardar orden.

Y todos se divertían y bebían á su gusto haciendo engordar el *café* de don Francisco y sin que la Policia tuviera nunca que hacer con ellos.

Y no era por ignorancia, porque el mismo sargento de la partida acudia allí á despuntar el vicio, pero como se jugaba en orden y don Francisco, que era hombre que lo entendía y untaba la mano al sargento, este hacia la vista gorda por la cuenta que le tenia y todo pasaba en paz y gracia de Dios.

Así, los amigos, por no embromar á don Francisco ni perjudicar al sargento, se conducian con el mayor orden y bajo este compromiso solemne:

Al que se mame, que lo saque á dormir don Francisco por las buenas y si no quiere, todos lo ayudaremos á sacarlo á guascasos.

Aquí fué donde acudió Emilio Acosta, para perderse una semana, por lo menos y pasarlo divertido al mismo tiempo.

A la jugada aquella, y como viejo tertuliano de la casa, asistia un tal Regino Casales, mas conocido por el nombre de El Maragato que por el suyo propio.

El Maragato era hombre de entrañas y algo camorrista, pero que por la cuenta que le tenia se portaba allí tan bien, que en cuanto se sentía pesado él mismo y sin necesidad de que nadie se lo dijera, se levantaba y se iba á rematar la tranca y á dormirla en seguida.

Sucede que el Maragato habia tenido ántes ciertas cuestiones con Emilio Acosta, por una moza que

este habia alzado del nido, con gran perjuicio de aquel, que estaba medio enfloradón.

Ambos se habian insultado y provocado á pelear, pelea que nunca habia tenido lugar, porque Acosta tuvo necesidad de salir del pago, para ocultar aquella misma prenda, origen de la cuestion.

El Maragato quedó con sangre en el ojo, pero concluyó por olvidar el incidente: el tiempo todo lo cura y los resentimientos no son eternos.

Acosta, por su parte, olvidó no solo el incidente sino á la misma prenda que lo originó, de modo que cuando entró á lo de don Francisco, aunque vió al Maragato no hizo alto en él ni sospechó que aquel encuentro pudiera originar una desgracia.

—Buenas noches, compañeros, dijo tomando asiento, celebro hallar aquí tanto bueno.

—Bueno es el que llega, contestó don Francisco; por dónde se ha escondido el sol que se ha acordado usted de los amigos?

Todos como don Francisco devolvieron á Acosta su saludo, menos el Maragato que arrugó las cartas que tenia en la mano y no dijo una palabra.

La vista de Acosta habia revuelto la llaga y renovado el recuerdo de la mujer y de la injuria.

Acosta se apercebía de la mala impresion que su presencia habia causado en su antiguo rival, pero disimuló primero y luego añadió:

—Si mi presencia puede turbar en alguien la alegría que aquí reina, yo me voy porque no he venido á ofender á nadie.

El Maragato no respondió una palabra, pero en su semblante se conocia la mala impresion que habia recibido.

Pero como nada dijo, se supuso que aquello pasaria y que no seria mas que impresion del primer momento.

—Cuenta, amigo, qué lo trae, repitió don Francisco, porque usted no es hombre que viene así no más á humo de paja.

—Qué quiere que me traiga, amigo, lo de siempre: me encontré en una hombrada de un amigo y como yo ando medio mal y no quiero buscar nuevos males, me he venido para que mi nombre no suene, porque, amigos, la hombrada aquella es de las que pocos ven, porque ya van quedando pocos hombres capaces de hacer lo mismo.

—Cuenta, pues, amigo, que ya nos tiene la boca echa agua y deseosos de saber el suceso que debe ser macuco cuando usted que es hombre duro se asombra de tal manera.

Acosta se sentó, aunque algo disgustado por la actitud chocante del Maragato y refirió con gran brillo de colorido la gran hombrada de Julio con la doble muerte de Bravo y del Alcalde don Cosme.

El asombro fué general, porque hacia tiempo que no aparecia en la campaña un hombre capaz de hacer aquellas cosas.

—Y lo habrán prendido? preguntó don Francisco; es lástima que un hombre tan cabal venga á ser pasto de la justicia!

—A ese hombre no lo prenden en la vida, respondió Acosta, y en prueba de ello les voy á contar lo que he hecho ya con la justicia y á pesar de estaren su poder.

Y Acosta repitió entonces la triste historia que le

había referido Julio, con el incidente del cabo, que pintaba admirablemente las nobles condiciones del corazón del paisano.

—Las partidas se han echado en él un enemigo que les vá á sacar el quilo á fuerza de sustos y pesadumbres.

Para toparse con él hay que almorzar fuerte y tener regular muñeca, si no no harán mas que hacerse golpear al cuete.

—Muy asombrado viene el amigo, exclamó entonces el Maragato, saliendo de su silencio por vez primera; parece que nunca hubiera visto hombres! á él mismo lo creía yo capaz de hacer otro tanto, pero ahora veo que me engañé fiero.

—Muchos hombres he visto en mi vida, contestó Acosta, hamaçando la cabeza, y me he visto á mí mismo, que soy capaz de ir adonde vá el mejor—pero aseguro que no tenía idea de un mozo tan completo.

Ustedes ván á oír hablar de él muy pronto, porque sus hechos van á correr toda la campaña, y entonces me hallarán razon en lo que dejo dicho.

—Pues amigo, yo no me asombro, dijo el Maragato, y eso que no me cuento entre los peores—lo que ha hecho ese lo hace cualquiera, y mucho será que el día menos pensado su tal Barrientos no salga barrido en toda regla.

—Conforme ha salido él, puede salir otro mejor, pero hasta ahora no conozco á nadie capaz de darle envidia.

—Question de modo de mirar, agregó Maragato; cuando un hombre le tiene miedo á otro, se le figura siempre un gigante; pero esto no quiere decir que lo sea ni que los demás estén obligados á tenerle miedo tambien.

—Yo no le tengo miedo á Barrientos ni á nadie, contestó Acosta que principiaba á incomodarse; esto lo sabe usted como todo el mundo.

He sido de la Policia y nunca he precisado ayuda para caerle al mas pintado, así es que si por mí lo dice, eso viene mal.

—Es que los hombres cambian como todas las cosas y muchas veces el mas guapo viene á ser el mas flojo: todo es cuestion de que lo golpeen alguna vez; ya vé que hasta de un toro se hace un buey!

—Es que á mí no me ha golpeado nadie hasta el día de hoy, exclamó Acosta que poco á poco iba perdiendo los estribos, y no sé á qué viene eso.

—Que nadie lo haya golpeado hasta ahora, no quiere decir que nadie lo ha de golpear en adelante—de afuera vendrá quien bueno te hará, dice el refrán.

Aquella era una provocacion directa que no podia dejar pasar así no mas un hombre como Acosta.

Miró á todos los presentes y despues de reflexionar un momento, dijo:

—Amigo Maragato, yo en un tiempo tuve una cuestion con usted, que no tuvo usted razon para tomar tan á pecho.

A una mujer se le antojó quererme y eso no era razon para que usted se enojara tanto.

Nos encontramos y nos insultamos los dos de una manera bastante dura; tuve que salir yo del pago, y andando el tiempo olvidé la cosa porque ningun re-

sentimiento tenía con usted y creí que usted tambien lo había olvidado.

Pero veo que usted, desde que entré, no hace sino chocarme de mala manera, como si quisiera pelearme.

Si es esto, aunque lo siento mucho, no tiene mas que avisarme—yo no me sé hacer rogar y así sin comprometer á don Francisco nos vamos donde jieda ménos el que quede.

—Eso de que yo me había olvidado y de morirme sin pelearlo, son fantasias—cuando guste no mas vamos saliendo y que quede el que sea mas mulita de ménos nos hizo Dios.

—Superior, contestó Acosta—voy á hechar un trago, que vengo muy cansado y en seguida salgo.

Y mientras servian á Acosta el Maragato salió y se puso á arreglar su caballo.

Don Francisco, como los demás paisanos, aprovecharon aquel momento para ver si impedian la pelea.

Y mientras unos salieron á convencer al Maragato otros quedaron á convencer á Emilio Acosta.

Este no oponia ninguna dificultad—yo no tengo odio ni resentimiento con el Maragato, decia, y si peleo es porque él me provoca y ha querido tratarme como le ha dado la gana: que me deje en paz y yo nada le diré.

Pero el Maragato estaba impresionado y con ganas de pelear.

—Me ha quitado la prenda que yo mas quise, decia, y esto yo no lo aguanto—por lo menos tengo que dejarle un tajo en memoria mia.

—Pero si esas cosas ya pararon amigo, y un hombre no debe guardar rencor cuando no se trata de una ofensa!

—Yo si le guardo rencor porque él me lastimó en el alma, y lo he de pelear no mas.

Ahora, si él es tan chanco que manda empeñarse para que no lo pelee es otra cosa, no lo pelearé, pero la vuelta de azotes que yo le pegue, no la ha llevado ni un caballo redomon.

—El no se empeña, amigo, es que nos duele que por una pavada vengan á las manos dos hombres en toda regla.

Era un hombre sumamente corpulento, que parecia tener una fuerza de hércules.

—Pues entonces que salga de una vez, que para cambiar un tajo no hay que pensarlo mucho.

Acosta entretanto, bebia un vaso de ginebra con la tranquilidad de un hombre á quien nada lo apura.

Comprendia que se hacian trabajos para disuadir al Maragato, y esperaba el resultado.

Viendo el Maragato que Acosta no salia, se acercó á la puerta del rancho y con hiriente insolencia dijo:

—Si se figura que puedo estar esperándolo hasta mañana, está equivocado, amigo; me parece que para planton ya basta y que tiene tiempo suficiente de haber criado coraje.

—Nadie debe apurarse para morir, contestó Acosta, que para morir siempre hay tiempo, pero ya que tanto le estorba la vida allí voy á hacerle el gusto—yo nunca me sé hacer rogar tanto y bastante tiempo le he dado para arrepentirse.

—Basta de lengua, que ya es tiempo que hablen.

los fierros, dijo el Maragato, vamos á ver si ha aprendido algo consu tan mentado Barrientos.

Acosta tomó el último trago del vaso que tenia por delante, y sin el menor apuro salió á tomar su caballo.

El Maragato no le inspiraba el menor recelo; sabia que era guapo, pero se conocia mas guapo él mismo, y tenia una fé profunda en el resultado de la lucha.

Montó, pues, tranquilamente á caballo y siguió á su rival que, rodeado de algunos paisanos, empezó á galopar hácia el Sur, en direccion á un montecito que se veia como á veinte cuadras de distancia.

Allí sujetó el galope de su caballo y echó pié á tierra.

Emilio Acosta tardó un poco en llegar todavia: su caballo venia algo fatigado y no habia querido sacarlo del tranquito.

Cuando llegó, tambien rodeado de paisanos, el Maragato esperaba impaciente, probando en la palma de la mano el filo de su facon.

Acosta sonrió al ver la impaciencia del paisano y sin alterarse en lo mas mínimo, maneó su caballo y sacó el puñal que le diera Barrientos antes de pelear alalcalde.

—Aquí estoy para servirlo, dijo, ya que tanto se ha empeñado.

Los dos rivales se echaron la manta al brazo izquierdo, los paisanos se colocaron en círculo para hacerles campo, y serenos y magníficos, se acometieron con iguales bríos, animados por el mismo deseo de salir airosos.

El relámpago de los puñales se mezclaba al de los ojos, y en cada golpe que se enviaban, iba envuelto el deseo de concluir la lucha con la muerte del enemigo.

Cuando se pelea así, el combate no puede durar mucho.

Ambos diestros y bravos, acometian de firme, habiéndose inferido algunos puntazos y tajos pequeños.

El Maragato retrocedió de pronto, vaciló y respiró con fuerza: debia haber recibido una herida de consideracion, que no se veia por el momento.

Pero bien pronto se rehizo y volvió á avanzar tratando de herir siempre, aunque sin el brío y entereza de un momento ántes.

Acosta abrió entónces el brazo derecho y se le entró por el costado izquierdo, con una puñalada segura y profunda, que le atravesó el vientre de lado á lado.

El Maragato no pudo resistir ya y cayó sobre la pierna izquierda.

Acosta se le fué encima y le dió la última puñalada.

—Me ha muerto! exclamó dolorosamente el Maragato y se desplomó pesadamente lanzando un último gemido.

Y un gran charco de sangre se formó al momento al rededor de su cuerpo; de las tres heridas brotaba la sangre como de un surtidor.

—Oiganle al duro! exclamó Acosta, si no me doy prisa soy yo el que queda.

Y abriéndose la camisa mostró el pecho ensangren-

tado, donde podia contarse una media docena de puntazos, algunos de regular profundidad.

Acosta los habia recibido con tal entereza, que nadie habia sospechado por la espresion del semblante que estuviera herido.

Y montando á caballo regresó á la jugada de don Francisco, á curarse un poco las heridas, antes que se le hincharan y pudieran tomar un carácter grave.

—Ya lo dije yo cuando salieron, exclamó D. Francisco al ver llegar á Acosta, por guapo que fuese Maragato no era hombre para vos.

—Sin embargo, me ha dado un trabajo de todos los diablos! no he andado lerdo y si me descuido me corre!

Y mostró á don Francisco las heridas de su pecho.

—No, si el hombre era duro, pero mas duro sos vos Emilio, como tal vez haya otro mas duro que vos y otro mas duro que ese otro.

Vamos á ver como se cura eso para que el calor no las eche á perder.

Y el mismo don Francisco preparó los tarugos de trapo quemado que fué metiendo dentro de las heridas despues de lavarlas con caña sin rebajar.

Y tan habituados están los paisanos á esta cirujía salvaje, que se la aplican sin vacilar y sin hacer el menor movimiento de dolor.

Muchas veces hay que arrancar un tarugo de estos como se saca el tapon de una botella, y desgarrando nuevamente la herida, pero esto no perjudica á la cura ni hace tampoco pestañear al paciente.

Las heridas de Acosta, como no eran profundas, no ofrecian peligro, y aquel hombre bravo y sufrido una vez que las tuvo cerradas, pidió una copa que se puso á tomar con la mayor tranquilidad.

Estaba refiriendo á don Francisco las peripecias del duelo y los apuros en que lo habia tenido el Maragato, cuando cayó el sargento Pacheco, viejo soldado de línea, que por su bravura y buenos modos habia logrado hacerse querer y respetar.

Hombre vivo y habituado á todo género de pellejerías, en cuanto entró al rancho conoció que allí se curaba un herido, pues aun habia un fuertísimo olor á trapo quemado.

—Á quién han lastimado? preguntó tranquilamente.

—Al amigo Acosta, pero ligeramente, contestó D. Francisco: con un galope se cura.

—Y quién ha sido el guapo? porque para lastimarlo á ese hay que ser duro.

—Ha sido el Maragato: ya sabe que el pobre es medio pendenciero y tanto embromó y tanto fregó que al fin el amigo le hizo el gusto y pelearon.

—Entónces me voy á prender á Maragato, contestó Pacheco preparándose a salir: yo soy su amigo, pero antes de todo está mi deber que tengo que cumplirlo por mas que me duela; dónde está esa buena pieza ó mejor dicho para dónde ha agarrado?

—Ahí quedó en el montecito bastante lastimado tambien.

—Ya estrañaba yo que se hubiese ido de arriba. Bueno, voy á verlo y vuelvo, porque desde que los

dos están lastimados, á ninguno tengo que prender las cosas quedan parejas.

Cuando Pacheco salió, don Francisco dijo á Acosta: me parece prudente que te retires, amigo, ya sabés que Pacheco no usa cumplimientos, y cuando vea al otro muerto va á querer llevarte á vos.

—Yo no me voy, porque no me siento el cuerpo para andar disparando: Pacheco no tendría razón para llevarme, porque ésta ha sido una pelea leal y si se empeña en hacerlo peor para él porque tengo bríos y fuerza.

—Pero no seas loco! si te puede, nada ganarás con hacerte lastimar mas de lo que estás y si vos lo podés, te echas esa otra encima, andate antes que vuelva—es lo mejor que podés hacer.

—Es que de todos modos Pacheco me va á perseguir y como no estoy bueno, me va á agarrar cansado y con las heridas agitadas sin que yo pueda hacerle nada.

Siquiera así estoy descansado y puedo darle trabajo y tratar de ganarle el tiron, porque á la larga, con hacerme trabajar no mas me puede.

Cuando Pacheco llegó al montecito, todavía estaban allí algunos de los que presenciaron la pelea, quienes pudieron darle un detalle minucioso de como habia pasado aquello.

—Pero entonces Maragato está muerto! preguntó: ah! trompeta! tal vez no me lo quiso decir para escaparse mientras yo venia!

—No creo, no puede escaparse, porque aquí mismo nos mostró el pecho llenito de heridas; quién sabe cómo le irá!

—Muy entero estaba cuando yo llegué! qué malditos estos, que no pueden estar sin pelear.

Yo me voy á dar cuenta, para que disponga el Juez del pobre Maragato y á llevarlo al amigo Acosta para que declare: háganme el favor de acercarlo á las casas hasta que yo vuelva.

Pacheco regresó á lo de don Francisco temeroso de que Acosta se hubiera ido, pues aquello importaba para él una seria responsabilidad.

Pero Acosta no se habia movido de allí, lo que le devolvió parte del buen humor que habia perdido.

—Amigo, le dijo, sin ninguna aspereza; usted sabe que Maragato ha muerto?

—Lo suponía porque le pegué de firme—si él hubiera podido hubiese hecho otro tanto.

—No digo que no, amigo Acosta, pero habiendo un muerto y sabiendo yo quién es y dónde está el matador, tengo que prenderlo.

—Pero es que la pelea ha sido legal—él tambien me ha lastimado, y si no me mató es porque no ha podido: no hay razón entonces en llevarme, porque yo no soy ningún malhechor.

—Ya lo sé, pero el Juez de Paz me va á hacer responsable y va á castigarme porque no he cumplido con mi deber: él es el que debe fallar si usted es ó no culpable, pero yo tengo que cumplir llevándolo, para eso soy Sargento de Policía.

—Pero si yo no he cometido ningún delito, por qué ha de llevarme? por qué lo ha de hacer responsable el Juez y lo ha de castigar?

—Porque así son estas cosas—usted como yo, ha

servido á la Policia y sabe lo que es esto: si yo no lo llevo, me embromarán y lo peor de todo es que van á decirme que no lo he llevado de miedo, y ya vé que esto es triste.

Vámonos, pues, que yo seré el primero en hacer constar que no ha tenido la culpa.

—Mire, amigo Pacheco, respondió Acosta de una manera decidida; por lo mismo que yo sé lo que es la justicia y que lo que quiere es tener á quien embromar, primero me dejo matar que llevar preso.

—Déjeme, pues, tranquilo, y diga que no me ha encontrado; qué vá á echarse al tirador con hacerme llevar?

De todos modos, ya le digo que ántes consiento en que me maten—yo no voy preso!

—Amigo, le ruego que no sea terco, dijo Pacheco, ya sabe que yo lo he de llevar por que esta es mi obligacion y que tengo que cumplirla.

Usted está lastimado y no puede hacer fuerzas; una resistencia dura puede perjudicarlo en sus heridas; hágame el servicio de no comprometerme á hacer una cosa contra mi gusto.

—Aunque el mundo se me venga encima, amigo Pacheco, yo no voy: estoy resuelto á morir primero y creo ¡que diablo! que todavía no me ha sonado la hora.

Pacheco era un hombre conocido como bravo y firme; otras veces se le habian resistido criminales famosos y á buenas ó á malas él los habia llevado.

Acosta estaba herido, acababa de pelear fuerte, y lo natural era que no pudiese hacer á Pacheco ningún género de resistencia.

Asi, los amigos empezaron á aconsejarle que se entregara, que tal vez no fuesen á hacerle nada y que de todas maneras resistirse era una locura porque nada iba á poder hacer.

—Yo sé lo que es la justicia, dijo Acosta, recordando la historia de Julio Barrientos, por mucho menos hacen con un hombre una heregia, y por consiguiente pensar que yo he de entregarme es una locura.

Si la suerte, no me ayuda me matarán, pero no hay que pensar en tomarme vivo.

Si el amigo Pacheco quiere hacerme un servicio, que me deje ir; el fin y al cabo él puede decir que no me halló aquí.

—Es que han de decir que yo le he dado vuelta de miedo! y yo sé que esto es muy triste.

Pero desde que no es verdad, deje no mas que digan; todo el mundo sabe que usted es guapo, y mas estando yo herido nadie va á creer que usted me haya tenido miedo.

—No puedo, amigo, ceder á la razón, pues ya vé que yo no se lo pido con violencia y hágalo por mí: no quiero hacerle hacer fuerza por que está mal.

—Es inútil, amigo, estoy dispuesto á pelear con el diablo ántes que entregarme: y se puso de pié en actitud de combate. Si puede mas que yo, que Dios le ayude, sino, usted habrá tenido la culpa porque entonces si dirán que herido y todo, usted no ha podido conmigo.

—Buena amigo replicó Pacheco con firmeza si usted no fuera un hombre de razón, yo en el acto le prendería á buenas ó á malas, pero como usted tiene juicio y talvez le duro la calentura del otro, quiero

darle tiempo á que piense y vea que lo mejor es entregarse: voy á dejarlo reflexionar y echar sus cuentas—al fin ha de ceder á la razon.

—Lo mismo que le he dicho ahora, le diré el año que viene, porque estoy convencido que es lo que mas me conviene: ahora haga usted lo que quiera.

Y volvió á sentarse con la mayor tranquilidad.

Don Francisco y algunos otros, por indicacion del mismo Pacheco, quisieron convencerlo, pero fué inútil.

Sentado tranquilamente y con el poncho puesto sobre las rodillas, escuchaba las buenas razones que le daban sonriendo y replicando siempre.

—No hay razon que valga—lo que sea será porque esto será lo que cada cual pueda, pero yo no me entrego ni á un rejimiento de linea.

Pacheco esperaba que Acosta reflexionara, pero aquel quiso terminar la contienda pronto.

—Si pasa mucho tiempo todo estará en contra mia pensó, porque las mismas heridas que tengo pueden traerme fiebre y debilitarme—asi lo que á mí me conviene es ganar tiempo y concluir pronto.

Y resuelto á terminar en seguida, se puso de pié y dijo:

—Bueno, amigo Pacheco, ya nos conocemos mucho para que nos estemos aquí mirándonos las caras.

Yo me voy porque tengo que atenderme y no quiero pasar aquí la noche.

Y caminó hácia la puerta, siempre con el poncho en la mano izquierda, arrollado y tomado por una estremidad.

Pacheco se le puso por delante cerrándole el paso y haciendo ademán de sujetarlo, pero Acosta se echó atrás y llevó la mano á la cintura.

El no queria luchar, no le convenia luchar porque estaba muy débil y no podia moverse con libertad.

Era preciso entonces aprovechar la menor ventaja y tratar de concluir en un solo golpe: de otro modo estaba perdido.

Cuando Pacheco lo vió echar mano á la cintura: desnudó rápidamente el sable y le dijo todavia:

—Entréguese, amigo Acosta, no me obligue á lastimarlo y ceda á la razon.

—No se canse amigo Pacheco, que esto ya parece cosa de loros y pegue no mas, pero pegue firme que no estoy tan débil como parece.

Sin embargo, Pacheco no acometió, manteniéndose á la defensiva.

Acosta, á pesar de las voces de los amigos que le gritaban se parase, volvió á avanzar hácia la puerta cuchillo en mano y llevando el ataque.

Su tiempo era lograr su primer golpe, si nó estaba perdido sin remedio, porque Pacheco aprovecharia bien la ventaja de su debilidad.

Al ver que Acosta avanzaba á herirlo, levantó el sable con intencion talvez de darle solamente un planazo, y éste fué el momento decisivo tan esperado por Acosta.

En vez de parar el golpe que le tiraban ó de tratar de huir, con asombrosa agilidad dió un ponzazo en la cara de Pacheco, soltando el poncho que quedó envuelto en la cabeza, saltó como un gato sobre el costado derecho, y entró á Pacheco con una larga puñalada entre las costillas.

Afijido por sacarse el poncho, Pacheco no pudo evitar la puñalada, que concluyó de descompajarlo.

Entónces Acosta, tratando de sacar de aquel golpe toda la ventaja posible, se le echó encima y la arrancó el sable de la mano.

Pacheco quedó así á merced de su adversario y esperando el golpe de gracia.

Pero Acosta se retiró comprendiendo que la lucha quedaba terminada.

—Ayúdenlo, dijo, que está mal herido y no tengo interés en matarlo sino en poder irme tranquilamente.

No se queje, amigo Pacheco, que yo no he tenido la culpa—algo era preciso hacerle á usted para que me dejara ir, puesto que se habia encaprichado en llevarme: lo siento mucho, pero peor hubiera sido otra cosa.

Pacheco nada contestó: estaba avergonzado y corrido con aquella derrota inesperada.

Habia andado con mil consideraciones con un enemigo que del primer golpe le habia puesto fuera de combate, de una manera ridícula.

Los paisanos y el mismo Acosta le ayudaron á sacarse el poncho que se le habia enredado en el kepi y lo sostuvieron hasta un banco donde lo sentaron cuidadosamente.

En el acto le abrieron la ropa para reconocer y curar la herida, operacion á que ayudó Acosta á pesar de su estado.

La herida era profunda y la pérdida de sangre abundante, lo que ocasionó á Pacheco un desvanecimiento que pasó felizmente, merced á un par de buenos vasos de caña.

Curada la herida con su correspondiente tarugo de trapo, y vendado lo mejor que se pudo, Acosta se preparó á marchar.

—Ahora, dijo, con las dos que he hecho hoy, si me agarran me hacen picadillo; con que adios, amigos, que sabe Dios cuando nos volveremos á ver la máscara. Adios, amigo Pacheco, que se mejore pronto y que no me guarde rencor que yo no he tenido la culpa.

Y mientras Acosta montaba á caballo muy lentamente á causa de sus heridas, Pacheco pidió á uno de los paisanos fuese á avisar al Juzgado lo sucedido para que vinieran á atenderlo.

—Dame tiempo que me aleje un poco, dijo Acosta al verlo salir, que yo no puedo galopar.

—No tengas cuidado, que yo me voy con pereza, y de aquí á que llegue y vuelva tendrás tiempo de haber andado diez leguas.

Emilio Acosta salió al tranco de su caballo en direccion á Cristiano Muerto, donde se encontraría con Julio Barrientos, que allí le habia dado cita.

—Ahora, pensaba, no me queda mas recurso que aliarme á él y seguir hasta el fin la caravana.

Después de lo que he hecho hoy, se echarán sobre mí como se echaron sobre el otro, persiguiéndome por todas partes hasta que me agarran y me sequen á palos ó me dejen frito de un balazo.

Cada uno por su lado, daríamos trabajo á la Policia, y asi no mas no habian de prenderme.

Pero juntos los dos, juntos dos hombres como nosotros, no hay Policia capaz de meternos el diente

para vernos el pelo de la ropa habian de tener que pegar cada madrugon como un gallo.

Y siempre al tranquito para que no le hicieran mal sus heridas, siguió marchando hasta el Quequen, donde supo lo que habia sucedido á Pedro Barrientos.

Acosta pensó al principio que era Julio, pero recificada la cosa no hubo ya duda: el matador del español era Pedro, hermano de Julio.

—Qué familia!—dijo Acosta—todos por lo visto son guapos como las armas: si sé han juntado Pedro y Julio, seremos ya tres, y entónces que se junten las policías á pelearnos—vá á ser cosa de chacota y de venirlas á buscar á los juzgados para darles de córrones.

Así llegó Acosta al Cristiano, en demanda de los dos amigos.

Pedro y Julio se habian juntado ya de la manera mas original, y juntado á ellos Chicoca.

Preguntando por su hermano, lo habian dirigido á una pulperia, donde tenian lugar unas carreras.

Allí estaba Pedro acompañado del famoso Chicoca, de quien se habia hecho completamente inseparable.

Después de la muerte del español, Pedro se habia hecho insoportable, porque habia dado riendas á sus instintos feroces.

Pelevaba por el solo placer de matar á alguien, y bebia tanto como el mismo ño Cipriano, lo que indudablemente iba á ser causa de algun descalabro.

Cruel y pendenciero, borracho y jugador, llevaba la manzana de la discordia adonde quiera que llegaba, no saliendo sino después de haber hecho una de las suyas.

Donde se jugaba allí estaba Pedro y Chicoca: si perdian, porque habian perdido, y si ganaban, porque habian ganado poco, siempre armaban alguna pelea y escandalo, de donde resultaba algun herido, porque siempre se juntaban los dos para pelear contra uno, lo que les daba el triunfo con facilidad.

Pedro se habia provisto de un gran trabuco como el de Chicoca, que usaba siempre cargado hasta la boca para poder hacer uso de él con la rapidez deseada.

Perseguidos por la justicia muy de cerca, no tenian un solo momento de reposo, y apenas paraban en un punto dos ó tres dias ya tenian que huir porque alguna partida se les habia echado encima. Los dos bandidos habian llegado así al Cristiano, donde en pocos dias se hicieron temer de todos. Los paisanos sacaban el cuerpo á huéspedes tan peligrosos, no queriendo tener nada de comun con ellos.

Sabiendo que habia carreras, y por consiguiente donde ganar un poco de plata, de buena ó mala manera, se habian dirigido á la misma pulperia que indicaron á Julio.

Allí habian formado parte de la gran rueda, y hecho una apuesta, sin conocer á los caballos que corrian. Esto muy poco les suponía, porque la táctica era cobrar, si ganaban, y si perdian, pagar con una puñalada ó un trabucazo.

Quiso la casualidad ó la mala estrella de un agente que pasaba de chasque para Dolores, que lo agar-

rara el sueño y se quedara á hacer noche en la esquina.

En cuanto Pedro y Chicoca supieron que allí habia un vijilante dormido, resolvieron jugarle una mala pasada.

—Váyanse amigos, les dijo el pulpero, que si el milico sabe que ustedes están aquí, los vá á prender, no tengan duda, porque es hombre de pocas pulgas y mas bravo que un toro.

—Bueno, amigo, muchas gracias, contestó Pedro guiñando el ojo á su compañero; usted díganos dónde está el agente durmiendo y así nosotros estaremos prevenidos para en cuanto se mueva apretamos las de bailar.

El pulpero, creyendo lo que le decian los dos bandidos, les indicó la cocina, donde se hallaba el soldado durmiendo tranquilamente.

En cuanto el pulpero dió vuelta á atender los pedidos de su concurrencia, ambos se fueron á la cocina para ver si el vijilante estaba bien dormido.

El infeliz; después de tomar unos mates, se habia quedado profundamente dormido: nada tenia que temer allí y se habia entregado al reposo con la mayor tranquilidad.

A un costado se veia un largo y pesado sable de caballeria y al alcance de la mano una carabina Remington.

Por entre los botones del saco asomaba un pliego, que debia ser el oficio de que era portador.

Los dos bandidos miraron profundamente al agente, y una espresion de maldad suprema asomó al semblante de Pedro.

—Si este despierta, dijo, nos vá á poner en apuros.

—Pues la derecha es ganarle el tiron y que no pueda hacer nada, contestó Chicoca: á mi se me está ocurriendo una cosa buena.

—Vamos á ver tu cosa buena, porque á mi se me ha ocurrido otra que me parece que ha de ser mejor.

—Digo yo que para embromarlo y que al despertar no pueda hacernos daño, agarremos la carabina y se la escondamos; en seguida podemos sacarle el sable muy suavemente y así si se despierta queda lucido.

Ahora, si no se despierta, la cosa la completamos largándole el caballo para que no tenga siquiera donde montar para huir y nos divertimos con él como gato con raton.

—Eso no es malo, argumentó Pedro, pero á mi me ocurre otra cosa mejor: aquí nos ódian todos, y aunque desarmado y á pié, puede ser que el justicia encuentre quien lo ayude y nos pongan entónces en serios aprietos.

—Pues vamos á ver tu idea, que no creo que sea mejor que la mia, si no es que quieres atarlo después de hacer lo que yo he dicho, y que le encajemos una rebenqueadura.

—Mi idea no es para contada, sino para hecha, contestó Pedro, y si quieres saber cuál es, no tienes mas que mirarme y ver si tenia ó no razon.

—Pues á verla, que las carreras ván á empezar y este puede despertar á la bulla y agarrarnos sin que hayamos hecho nada.

Pedro se acercó sigilosamente al vigilante y miró á Chicoca de una manera diabólica.

En seguida sacó de la cintura el enorme trabuco, lo apoyó en la cabeza del agente y antes que Chicoca pudiese hacer el menor movimiento, sonó el poderoso estampido haciendo estremecer la cocina.

Cuando se disipó el humo del disparo, se pudo recién apreciar el estrago horrible que habia hecho el trabuco.

De la cabeza del vigilante no quedaba mas que la barba; lo demás habia saltado en pequeños pedazos llevado por las aletas del trabuco.

Cometido el asesinato cobarde y cruel, Pedro se incorporó consultando la opinion de Chicoca con su fisonomía sonriente como la de quien ha hecho una gracia.

El mismo Chicoca habia quedado horrorizado ante aquella muerte tan al boton y tan bárbara, cuando los medios por él propuestos debian dar el mismo resultado.

Al sentir la detonacion terrible, paisanos y pulpero acudieron presurosos á la cocina, quedando horrorizados ante la accion de Barrientos.

Este, sin haberse movido del sitio donde hizo fuego, volvía á cargar su trabuco, sin duda para responder con él á la menor observacion que le dirijieran.

—Qué entrañas! dijo uno—un hombre puede ser tan malo como quiera, pero esto de matar de vicio no puede perdonarlo Dios.

—Si no lo mato yo, me hubiera muerto él á mi y á mi compañero en cuanto se hubiera despertado y sabido quienes somos.

Al justicia hay que ganarle la mano y no dejarlo resollar, sinó estamos perdidos: ahora si alguno quiere tomar su parte, puede empezar cuando guste, que aquí estamos para servir á todo el mundo.

Y de una manera a nenazadora volcó su trabuco sobre el grupo formado por paisanos y pulpero.

Chicoca, siempre firme en su tema de que el que pega primero pega dos veces, peló tambien su trabuco y se puso al lado de su compañero.

Lo que habia hecho Pedro con el vigilante, mostraba bien claramente que repetiría su accion con el grupo entero, así es que se hicieron á un lado diciendo:

—Nosotros no queremos cuestiones con nadie, ustedes sabrán lo que han hecho y aguantarán las consecuencias, nosotros no somos justicia para tomar cuentas á nadie!

Pedro sonrió ante aquel temeroso respeto que le demostraban y guardando el trabuco en la cintura se agachó sobre el vigilante, que empezó á desnudar con increíble cinismo.

Registrado bien el cadáver, le sacaron ciento cincuenta pesos, un reloj, el tirador y hasta el papel y la chuspa que llevaba en los bolsillos.

Y para no dejarle la menor cosa, le sacaron tambien el oficio, que despedazaron y echaron al fuego.

En seguida salieron á la ramada, pues las carreras no podian tardar mucho en empezar, dejando al lado del cadáver la carabina y el sable, como armas inservibles para ellos.

Para qué querian mas que el trabuco y el puñal!

con llevar los pocos tiros que tenia encima el vigilante, quedaban contentos, porque así podrian aprovechar las balas para los trabucos.

Cuando llegaron á la ramada, la reunion se habia deshecho y las carreras terminadas sin principiar.

Era demasiado peligrosa la sociedad de aquellos bandidos para que los paisanos se quedaran allí, esponiéndose á ser asesinados por la menor palabra.

Solo tres ó cuatro de los más bravos ó que poco tenian que perder, quedaron en la pulperia por curiosidad ó por pereza.

—Parece que se han ido los carreristas, dijo Pedro; marchantes guapos habia tenido el mozo, como para envidiárselos!

—Qué quiere hacerle amigo, respondió el pulpero para no irritarlos: la gente anda acobardada con la justicia y como son muy capaces de hacerles cargos porque no han defendido al vigilante, prefieren irse para que la Policia no los halle aquí cuando venga y quiera llevarlos presos á declarar y á embromarlos serio.

—Es que la Policia no ha de venir mientras estamos nosotros, porque ya nos conoce algo y con lo que yo acabo de hacer calcularán lo que les espera.

Bueno, alcance medio frasco que el muerto paga: aquí me dió un ciento cincuenta para que refresquemos en su nombre.

Y con una andacia infinita, mostró el dinero que habia robado al cadáver.

—Hay que buscarse la vida de todos modos, agregó, para no morir de hambre, porque el que no tiene nadie le ha de dar ni de prestar.

Y ambos tomaron asiento, bebiendo el primer trago, con la limeta no más, á la salud del difunto.

Los tres ó cuatro paisanos que habian quedado, miraban asombrados á aquellos dos hombres que tan cínico alarde hacian de su criminal conducta.

Y no se atrevian á insistir en sus miradas, por temor de que Barrientos fuese á echarla á la mala y soltarles algun trabuco que los dejara frios.

—A usted mismo no le conviene quedarse aquí: la Policia vá á saber lo que ha sucedido y se vá á venir dispuesta á todo y en buen número como para no quedar burlada.

—Pues si viene y la partida se nos hace buena, la pelearnos y la pondremos en buena retirada—sinó, para eso están ahí nuestros parejeros, que á la primer pregunta no paran hasta haber andado diez leguas.

Y siguieron bebiendo su ginebra como si en vez de una partida de plaza esperaran á algun amigo.

Los mismos paisanos que se habian alejado de allí rabiando porque les habian deshecho la fiesta y disgustados con el crimen, serian los primeros en llevar el aviso á la casa del alcalde, previniendo la clase de bandidos que eran aquellos; así es que quedando mucho en la pulperia los dos asesinos se esponian á un buen susto.

Habian calculado irse con el fresco de la noche, porque de todos modos, mientras sabia lo sucedido y se preparaba, la Policia no daría señales de vida hasta el dia siguiente.

Conversaban así alegremente sobre lo sucedido, cuando Chicoca divisó un polvo en el camino.

—Un hombre con caballo de tiro, dijo, y por el rumbo parece que viene aquí á la fija.

—Con caballo de tiro no puede ser mas que un bombero, contestó Pedro, y le vá á salir la cuenta errada porque si viene á bombearnos yo garanto que no vá á llevar muchas noticias nuestras.

El jinete se aproximaba, y como si hubiera reconocido la casa, habia puesto sus caballos al galope.

—Buena facha, dijo Pedro—es un paisano y parece hombre guapo: un valiente se conoce hasta en la manera de sentarse á caballo!

El jinete habia llegado entretanto, echado pié á tierra en el palenque, y se aproximaba corriendo adonde estaban Chicoca y Pedro.

Era Julio Barrientos que los habia reconocido desde lejos, y á quien la vista de Pedro llenó de alegría.

—Por mi madre! gritó llegando á los bandidos, es el único momento de alegría que tengo hace mucho tiempo.

Pedro, que recién lo habia conocido, se echó en los brazos que le tendia su hermano, permaneciendo mucho tiempo oprimido entre ellos.

Pedro queria y respetaba profundamente á su hermano, lo que le hizo sentir un ligero movimiento de vergüenza por la situacion en que lo hallaba.

El no conocia las desgracias de Julio y sentia en el alma que su hermano lo encontrara hecho un bandido en toda la estension de la palabra.

Pero bien pronto pasó esa impresion, entregándose ambos á saborear el placer de verse.

—Hace dias que te busco, dijo Julio, y si no fuera por tu mujer que me indicó mas ó ménos la direccion que habias traído, todavia andaria preguntando por ti.

—Entonces ya sabes todo lo que me ha sucedido?

—Todo, y por eso te busco: quiero que vengas conmigo y no te separes de mí, porque solo y entregado á tus propias fuerzas no tardarias en caer en manos de la justicia.

Y al pronunciar la palabra justicia, una estraña sonrisa surcó su semblante bondadoso.

—Es que yo no puedo andar de esa manera; ¿cómo quieres que permanezca á tu lado si por todas partes me buscan?

A tu lado me encontrarían al momento, sin contar con que tus patrones no me admitirian en su casa!

—Qué patrones, pobre Pedro, si yo me encuentro tan desgraciado como tú mismo, teniendo que huir como un bandido para defender la cabeza!

Y con términos breves y sentidos, refirió la desgracia de su vida.

Pedro se quedó helado ante la historia de Julio: él tan bueno, tan honrado, tan trabajador, andaba tambien huyendo de la justicia y defendiendo su cabeza!

—Pobre hermano mio, le dijo, no conocia ninguno de los sucesos que me has contado!

—Ya ves Pedro que no hay nada cabal en esta

vida! yo vine buscándote para hacerte una visita antes de perderme en la inmensidad de los campos y vengo á encontrarte desgraciado tambien, tambien huyendo de la justicia, nuestro eterno azote.

—Si, hermano, pero con una diferencia, y es que yo me he hecho un bandido.

—Todo tiene remedio en la vida, menos la muerte, y para evitarla he venido yo á buscarte para que andes conmigo y protejerte de los mil tropiezos que hallarás en tu camino.

Sabes que siempre te he querido con toda mi alma y al verte desgraciado y siendo tú el único lazo que me liga á la humanidad, siento Pedro que te quiero mas que nunca, porque mi pobre corazon no tiene ya á quien querer.

Pedro estaba conmovido ante la palabra cariñosa de su hermano y se sentia avegronzado de su conducta, y miraba á Julio con los ojos cargados de lágrimas y sin atinar á pronunciar una palabra.

—Supongo, añadió Julio, que no tendrás inconveniente de venir conmigo y aceptar mi cariñosa ayuda, así tendré el consuelo de ser útil á alguien sobre la tierra.

Pedro sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos ante la imposibilidad de cumplir los deseos de su hermano y exclamó conmovido:

—Si, pero yo no puedo andar contigo, yo no puedo ligar mi suerte á la tuya de ningun modo.

—Y porqué? preguntó sorprendido Julio mirando fijamente á su hermano; desdeñas acaso mi compañía porque creés que puede serte perjudicial?

—No es eso, hermano mio, siento que mi mayor ventura seria no separarme de mi buen hermano, pero no puedo.

Yo soy un criminal y un bandido; andando contigo te haria partcipe de mil crímenes y la justicia no buscaria ya á Pedro el criminal, sino á los bandidos Barrientos, puesto que mis crímenes los harian crímenes comunes á los dos.

—Y cuales son tus crímenes? no has muerto al dependiente del pulpero? ese ha sido un combate en toda regla, que no has provocado, y en que has tenido que matar para no ser muerto.

Mis hechos son iguales y en ello no hay nada por lo que puede aplicarse el nombre de bandido.

—Hasta ahí todo es verdad, contestó Pedro con inmensa amargura, pero despues yo me hecho un perdido.

Aquí mismo donde me ves, he cometido un crimen del que me siento profundamente avergonzado y arrepentido, porque es este crimen el que me separa de tí.

—Y que puedes haber hecho que sea suficiente á privarte de mi cariño y alejarte de mí?

—He cometido un asesinato, he muerto á un hombre mientras dormia, sin tener razon ni motivo alguno.

—Si es una muerte alevosa lo siento; lo siento profundamente, pero la comparto contigo.

Cuenta y veremos á ver si la cosa es tan grave como te parece.

—Cuenta amigo Chicoca, cuenta que yo no tengo valor para hacerlo, porque siento que ha sido una brutalidad.

Chicoca se aproximó á los dos hermanos y refirió

exactamente como habia tenido lugar la muerte del vigilante.

—Ha sido una lijereza del amigo, concluyó, y nada mas.

Julio sonrió de una manera especial, pues en aquella sonrisa estaba fundido todo lo diabólico de una venganza satisfecha y toda la bondad natural de su espíritu despertada por el amor de Pedro.

—Si el muerto hubiera sido un hombre cualquiera, dijo, un padre de familia ó un hombre trabajador, yo seria el primero en condenar el hecho, querido Pedro.

Pero el muerto es un Policia, un enemigo implacable de todos los paisanos, y entonces la muerte ha sido bien hecha.

Los Policías se juntan como maiz frito para caerle al paisano bueno y trabajador porque así les dió la gana.

Si pueden llevarnos á palos y sin peligro para ellos lo hacen de mil amores, pero sino nos matan como á perros porque nos resistimos á la autoridad.

Para matar á un Policia todos los medios son buenos, lo mismo es que estén dormidos, que comiendo, que al lado de sus hijos, yo no me tengo por un bandido y lo que ha hecho Pedro lo repetiria yo mientras hubiera justicias sobre la tierra.

Si ellos no pueden matar dormidos, no se han de tomar el trabajo de despertarnos; entonces ño hay por que ser mejores que ellos—que mueran como matan—la partida es del que tenga mas ventajas y sea mas vivo.

Yo he jurado mata á todos los que pueda, y estoy seguro que habré hecho una buena obra.

No tengas, pues, recelos de haber obrado mal, Pedro, yo acepto la mitad, acepto el todo de lo que has hecho y me declaro responsable de ello ante todos.

El que crea que has hecho mal, que se entienda conmigo, y yo le convenceré pronto de que no tiene razon.

Pedro abrazó entonces á su hermano y lleno de alegría le dijo: entonces no nos separaremos mas—juntos defenderemos la cabeza y juntos caeremos el dia que tengamos que caer.

Aquí está el amigo Chicoca, que me ha acompañado y ayudado porque tambien anda mal y tiene que arreglar su cuentita.

—Pues que quede Chicoca con nosotros, que entre los tres ya podremos pelear con los que vengan.

Los pocos paisanos que allí habian y el pulpero, escucharon toda la conversacion de los hermanos, sintiendose arrastrados por una inmensa simpatia hácia Julio, cuya triste historia los habia conmovido profundamente.

—Es lástima, decia el pulpero, que este hombre se junte con tales bandidos porque se hará un bandido él mismo: así lo habrá querido su suerte.

—Es bueno que piensen que lo que ha sucedido aquí se sabrá ya en el juzgado, dijo á Julio, y la Policia no tardará en llegar.

—Mejor, contestó Barrientos, así sabrán que somos tan buenos para matarlos dormidos como despiertos, solos ó acompañados, y el amigo Chicoca mostrará al mismo tiempo si tiene la coca dura ó blanda.

Julio Barrientos, sin saberse porque, se habia hecho simpático á toda aquella jente.

Nadie lo conocia, nadie lo habia visto nunca, y sin embargo, ninguno dudó de lo que habia dicho, convenciéndose todos que aquel era un hombre bravo sobre toda exajeracion.

—Ahora, dijo Julio, para que vea que no somos unos contadores de macanazos, vamos á esperar á la partida que ha de venir y nos iremos en seguida donde nos lleve la suerte.

Convenidos en esto, pidió Julio carne y algunos vicios, preparándose á churrasquear.

—Voy á probar tus caballos, Pedro, porque los dos que yo traigo son buenos, y en estas cosas no se debe andar mal montado.

—Son buenos, hermano, son buenos, contestó Pedro, cualquiera de los dos es capaz de correr hasta el dia del juicio.

A pesar de esta seguridad, Julio se acercó á los caballos de Pedro, revisándolos con su ojo certero é inteligente.

Saltó en seguida sobre el parejero y le dió cuatro riendas soberanas, haciendo con él lo que le dió la gana.

El flete obedeciò á Julio como á su propio dueño; parecia que Julio lo hubiera montado toda la vida y conociera al pelo sus condiciones.

—Buen pingo, dijo bajándose, en nada desmerece al mio y con ellos ya nos podemos reir del mismo gobernador si se le antoja venir á perseguirnos.

Y atando el parejero donde habia estado antes, se acercó al fegon donde se asaba el churrasco.

La vista de Pedro habia puesto á Julio alegre y conversador.

Pidió guitarra y se puso á cantar por lo fino deseando, en picaresco verso, que aquel churrasco fuera el matambre de algun Juez de Paz.

Los paisanos estaban sumamente divertidos: festejaban con estruendosas carcajadas las coplas de Julio, y deseaban que aquella jarana no terminara nunca.

Muchos otros paisanos habian ido cayendo en la esquina, sabiendo que mientras allí estuviera Julio, Pedro no haria ninguna de las suyas.

Y toda aquella noche la pasaron de chacota y paranda, sin que la Policia diera la menor señal de vida.

A eso de la madrugada los mas pesados se echaron á dormir, operacion que hicieron tambien Pedro y Chicoca, mientras Julio quedaba en vigilancia.

Julio siguió el fandango con los que no tenian sueño hasta que empezó á aclarar el dia.

Recien entonces spltó la guitarra para venir á atender los caballos, y darles la racion de grano, como era su costumbre.

Estaba en esta operacion, cuando se sintió el galope de dos caballos.

Julio interrogó el espacio con su inteligente mirada, volviendo en seguida á su tarea.

Habia visto venir un ginete con un caballo de tiro y esto no le infundia el menor temor.

Un ginete en aquellas condiciones no podia entrar para ellos el menor peligro.

Cuando Julio acababa de dar de comer á los caballos, pues atendió tambien al de su hermano, el jine-

te acababa de detenerse en la ramada y le hablaba por su nombre.

Era Emilio Acosta que acudía allí con la seguridad de quien acude á una cita.

—Tanto bueno por acá! gritó Julio alegremente—nunca en mejor ocasión! qué lo trae por aquí?

—Las mentas de su fama, contestó Acosta riendo, á usted lo buscaba y es la noticia de su última hazaña lo que me ha guiado hasta usted. No se habla otra cosa que del Policia á quien le ha hecho volar los sesos y de que en el Juzgado se está preparando una expedición para pelearlos como á malón de indios.

Julio refirió entonces como no era él sino su hermano Pedro el autor de aquel acto piadoso y como él se había resuelto á acompañarlo haciendo causa común con él y con Chicoca.

—Pues añada esta carta mas, exclamó Acosta, y seremos cuatro para uno, pues yo he venido buscándolo para ayuntarme con usted.

Y refirió en seguida como había muerto al Maragato y herido al sargento Pacheco.

—Siendo los cuatro juntos, terminó, seremos nosotros quienes perseguiremos á las Policias las que tendran que andar á monte para no toparse con nosotros.

Aquí me tiene dispuesto en ayudarme á cuerpo y alma, contra todas las Policias del mundo.

—Pues que se aten bien el chiripá, contestó Julio, porque el sueldo no va á alcanzarles ni para jabón.

Y Julio entró á la pulperia alegremente, haciendo la mas cumplida presentación del recién llegado, que era ya conocido de todos menos de Pedro.

—Es un hombre como Dios manda, agregó, y de quien nada hay que decir: ya no nos falta mas que hacer un cepo, para meter del cogote al rpimer alcalde que nos salga al encuentro.

Así, compañeros, pido me empeñen su palabra de que el primer alcalde conque nos topemos me será entregado sin hacerle daño, para que yo disponga de él como un Juez de Paz.

Los tres paisanos, en medio de las mas estruendosas carcajadas, se comprometieron en complacer á Julio Barrientos en aquella chusca y original pretension.

—El primer alcalde será para usted, dijo Acosta, para mi reclamo la propiedad del segundo.

—Acordado! acordado! exclamaron todos—el segundo alcalde será para que lo juzgue el amigo Acosta.

Y las carcajadas siguieron por un buen rato.

Aquellos cuatro hombres bravos sobre toda ponderación, se complotaban no solo á perseguir á muerte á las Policias de campaña, sino que se adjudicaban ya la propiedad de los alcaldes, para trincarlos de cabeza al cepo.

Así para dar una prueba de lo que podían y para que fueran viendo lo que les esperaba, resolvieron esperar allí á la Policia del Cristiano, que no tardaría en llegar y hacer con ella el primer escarmentamiento.

—Felizmente no saben que nos hallamos reunidos, dijo Julio, y vendrán confiados en agarrar fácilmente á Pedro y á Chicoca—ya verán quienes somos!

UN ALCALDE EN EL CEPO

Con tres limetas por delante y el curioso programa que ya conocemos, los paisanos empezaron á conversar de su vida pasada y de las grandes empresas que tenían que acometer para lo sucesivo.

Y los demás paisanos escuchaban estasiados todos aquellos proyectos, pareciéndoles imposible que se pudiesen ejecutar.

Pelear una partida entre los cuatro, no era cosa que les llamara la atención, pues hubo ya gauchos que solos hicieron la hazaña.

Pero eso de perseguir alcaldes para meterlos de cabeza en el cepo era ya cosa mas peluda y difícil de realizar.

—No lo crean, argumentaba Julio, de una manera traviesa—un alcalde no es mas que cualquier otro hombre y si ellos pueden hacer de nosotros lo que quieren, por el solo hecho de ser alcaldes, alguna vez nosotros hemos de hacernos el gusto cepiándolos á ellos.

No hay nada imposible para un hombre de voluntad firme; que será para cuatro!

El día que se me ponga prender un Juez de Paz en su mismo Juzgado, lo haremos con la misma facilidad que tomar un vaso de caña: todo está en que se nos ponga y en quo andemos mas aliviados.

—No digo que no, repuso un paisano, pero sería preciso verlo para poderlo creer.

—Y se verá, que diantre! todavia ustedes no saben quienes somos nosotros!

Por lo pronto yo les aseguro que si hay algun alcalde entre la partida que venga, á ese lo dejo aquí de cabeza en el cepo, y si no hay ninguno, despues que acabemos aquí me voy á casa del alcalde de este cuartel, y lo ato en el palenque de su casa para que lo hagan banco los que pasen por allí: quién quiere apostar una frasquera?

—No solo una sino dos, dijo el paisano que habia puesto en duda la hazaña.

Si usted hace lo que ha dicho, yo pago sobre el acto dos frasqueras de ginebra de la mas fina, sinó, usted paga una.

—No hay que hablar, terminó Julio y tendió su mano al paisano, en señal de estar hecha la apuesta.

En todo aquel dia, no apareció la tan anunciada partida, pero unos paisanos que llegaron á la esquina aseguraron que no tardaria en llegar, porque ya se habia puesto en marcha, segun decian, en número de seis policias y un oficial.

—No viene entónces ningun alcalde, dijo el paisano de la apuesta, y usted no vá á poder cumplir!

—Es lo mismo, contestó Julio con la mayor naturalidad, porque el de este cuartel estará en su casa y así la cosa será mas divertida.

Con este motivo la algazara subió de punto, preparándose todos á presenciar tamaño milagro.

—Ustedes no saben quien es el amigo Barrientos, decia Acosta saboreando su copa á pequeños sorbos, lo que yo siento es no poderlo ayudar como quisiera, porque las lastimaduras no me lo permiten, pero no importa, él vale por mí y por él; de todas maneras lo que ha prometido lo ha de cumplir.

Y siempre haciendo broma y jarana, tiguieron esperando á la dichosa partida cuya presencia hacia falta, pues ya el cadáver del vijilante se habia descompuesto.

—Y por qué no lo entierran? habia preguntado Chicoca.

—Porque serán capaces de decir que yo he sido la tapadera, dijo el pulpero, y agarrarse de eso para encajarme alguna multa.

Dejen que vengan y se hagan cargo del compañero —lo que es yo no lo toco de ahí hasta que ellos no lo vean.

Julio habia echado su buena siesta para estar mas despejado y mas activo.

A la tarde se divisó en el campo un polvo, que acusaba la presencia de muchos ginetes.

—Allí vienen, dijo Julio sin inmutarse—vamos á ver como se porta la policia del Cristiano.

El grupo se iba aproximando y dentro de cinco minutos estaria allí.

Los cuatro paisanos se habian salido afuera, y puéstose cerca de sus caballos.

—No estrañe que hoy no tenga tanto vigor como otras veces, amigo? Julio, dijo Acosta, porque ya sabe como me hallo; pero asi mismo no he de quedarme atrás.

Acababan de enfrenar los parejeros, cuando la partida compuesta de seis hombres y un oficial llegó á la pulperia y echó pié á tierra, allí mismo donde ellos estaban.

—Nadie se mueva de aquí, dijo el oficial ¿quién es el asesino del vijilante?

Ninguno respondió palabra ni se movió de donde estaba.

—A ver el dueño de casa, continuó el oficial, quién es el asesino del vijilante?

Los vijilantes escamados con lo que siempre les sucedia, al ver cuatro hombres de trabuco en la cintura se pararon á una distancia respetable, desde donde pudieran huir al primer amago de ataque.

Con ese instinto de los vijilantes de campaña habian olido por los trabucos á cuatro bandidos de primera fuerza, pues son estos los únicos que lo usan.

—Yo no sé señor, contestó el pulpero, tratando de no comprometerse ni con la Policia ni con los asesinos.

Cuando se sintió la detonacion acudí á la cocina pero ya no estaba allí mas que el finado; los que lo han muerto habian salido.

—Pero entre estos debe estar, añadió el jóven oficial mirando á los paisanos de trabuco; es preciso que me digan cual ha sido el asesino, porque si nó me obligarán á prenderlos á todos.

—Eso está bueno para decirlo no más, dijo al oficial Julio Barrientos, pero la cuestion es hacerlo y si usted no ha almorzado fuerte este dia, me parece que se queda con el dicho no más.

Los cuatro bandidos habian saltado á caballo, poniéndose Julio á la cabeza del grupo.

—Que nadie salga de aquí! gritó el joven dirigiéndose á los vijilantes, y al que quiera escaparse me le hacen fuego no más.

Presintiendo el combate los vijilantes prepararon sus armas, pero retrocedieron á mayor distancia.

Los bandidos estaban en un número respetable y no era cosa de atropellar asi no más.

—Este mozo nos vá á hacer freir á trabucazos, dijo el sargento á los milicos, y yo no estoy para hacerme matar al pepe: cuanto empiezen á roncar me pongo en salvo.

Ante estas palabras del sargento, los milicos concluyeron por perder el poco ánimo que tenian y se prepararon a hacer lo mismo: á huir bajo el humo del primer trabucazo.

—A ver, dijo el oficial, con bastante entereza, entreguen las armas y vayan saliendo.

—Bien amigo, contestó Julio, para que usted vaya viendo en lo que se ha metido, le prevengo que yo soy Julio Barrientos y que eso de prenderme á mí, es pura fantasia.

El nombre de Julio Barrientos hizo el efecto consiguiente—como se habia pasado una circular pidiendo su captura y enumerando los hechos por él cometidos, ya sabian que era un hombre peligroso y muy capaz de pelear con el mismo diablo si le salia al camino.

Así es que al solo anuncio de quien era, los vijilantes se prepararon á huir al primer amago.

El oficial vió que si insistia lo iban á hacer volar de un trabucazo, y como si fuera á dar sus órdenes, galopó en direccion á los vijilantes.

Una vez que estuvo entre ellos, los mandó preparar las armas y gritó á Barrientos:

—Si ahora mismo no tiran al suelo las armas y se entregan presos, los hago fusilar como á perros.

—Boca guapa habia tenido el mocosito, contestó Julio armando su trabuco; si quieres las armas vení por ellas!

—Pues á voltearme á ese, mandó entonces el oficial: viéndolo en el suelo se han de entregar los otros y si no se entregan peor para ellos.

Sabido es que nuestras Policias de campaña, como la mayor parte de nuestros soldados de caballeria,

no conocen el manejo de la carabina, hacen fuego al caso y sin resultado provechoso.

Los milicos fueron á cumplir así la orden del oficial, pero en aquel momento Julio Barrientos volcó el brazo y el poderoso estampido de su trabuco sonó como un trueno.

Como lo habia dicho el sargento, bajo el humo de aquel disparo, los milicos dieron media vuelta y se lanzaron en fuga á todo lo que daban los caballos.

Y el oficial que se vió así abandonado á merced de aquellos facinerosos, no halló nada mejor que hacer y siguió el movimiento de su tropa.

Los cuatro aliados se lanzaron entónces en su persecucion, con los trabucos preparados.

El disparo de Julio no habia hecho el menor daño aparente: tal vez habia herido á alguno, pero levemente porque nada se vió.

Aunque los milicos llevaban una buena delantera, ellos iban muy bien montados y á la larga tenian que darles alcance.

Pero no querian fatigar mucho los caballos ni eran sus propósitos hacer una larga persecucion.

Acosta, viendo que su ayuda no era necesaria, habia sentado el caballo, por temor de abrir sus heridas, esperando el regreso de sus compañeros.

Julio cargó de nuevo su trabuco que llevaba con el brazo estirado, pronto para hacer fuego en la primera oportunidad.

Como á la media legua y creyéndolos á buen tiro, los tres hicieron fuego y contuvieron la carrera de los caballos para ver el efecto producido y cargar de nuevo las armas.

El oficial habia gastado los seis tiros de su revólver en la retirada, pero sin haber aprovechado uno solo.

Un minuto despues del triple disparo, uno de los soldados cayó al suelo: habia recibido como media carga de trabuco en plena espalda y mas adelante se desplomaba un caballo, arrastrando en la caída á su jinete.

Los demás milicos, léjos de hacer alto y socorrer á sus compañeros, bajaron las manos á los patrios, tratando de sacar el cuerpo á la segunda descarga.

Los tres paisanos se dirijieron á los caidos, echando pié á tierra para reconocerlos.

El primer soldado estaba espirante: el segundo se habia levantado rápidamente, tratando de huir á pié, pero fué alcanzado por Pedro y Chicoca que le cerraron el paso.

La escena que se produjo entónces fué rápida y sangrienta.

Julio que se habia quedado al lado del primer Policia, le habia dicho:

—Usted está malito, compañero, y si lo dejo aquí así, vá á padecer mucho: mejor es que lo despene.

—No me mate amigo, repuso débilmente el milico, que todavia puede ser que salve!

—No hay mas salve que la que pueda rezarle su mujer: con que buenas tardes, compañero.

Y diciendo esto le descargó el trabuco sobre la cabeza.

El soldado se estremeció de una manera poderosa quedando inmóvil en seguida.

La cabeza habia saltado hecha pedazos por el disparo.

Como si aquel trabucazo hubiese sido la señal convenida, no se habia aun disipado el humo cuando Pedro y Chicoca descargaron el suyo sobre el segundo soldado.

Este habia rogado que no lo mataran, que él nada les habia hecho, pero los bandidos esperaban á Julio para que resolviera lo que habian de hacer.

Cuando sintieron que Julio se deshacia del suyo, creyeron inútil esperar mas, y tomándolo por el costado izquierdo, hicieron el doble disparo á quema ropa, de modo que le metieron en el cuerpo la carga íntegra de los dos trabucos.

El pobre milico, como levantado por un tiro de cañon, fué á caer á unas dos varas de distancia: la muerte habia sido instantánea.

Julio acudió donde estaba su hermano, diciéndole: bien hecho—miétras ménos justicias haya en el mundo, ménos iniquidades se cometerán; lo que puede sentirse es que no hayan caido mas que dos.

Pero no hay que aflijirse, de á uno y de á dos, hemos de ir limpiando la campaña; ya llevamos, entre todos, escabechados mas de media docena.

Ahora es bueno que regresemos porque cuando el amigo Acosta se ha sentado es que no se siente bien: está el pobre muy herido.

—Quién sabe si no es maño! exclamó Chicoca, pues no me parece tan mal para no haber podido llegar hasta aquí!

—Guárdete Dios de que Acosta oiga semejante barbaridad, dijo Julio de una manera amenazadora, porque no te daría tiempo de arrepentirte.

Ese hombre es un leon, amigo Chicoca, y no aguanta pulgas ni ninguna otra sabandija: yo digo que es mas hombre que yo mismo y basta.

Chicoca creyó prudente guardar silencio; porque cuando un hombre como Julio Barrientos decia aquello, sus razones tendria.

Así es que para quedar bien y no enojar á nadie repuso:

—Pues entónces soy un animal que no sé lo que digo, y hay que perdonarme la mala espresion—como yo no lo conozco!...

—Pues es bueno que lo vayas conociendo por lo que yo digo, que despues ya se hará conocer él por sus hechos que te han de asombrar, no tengas duda.

Pedro entretanto, enviado completamente, se habia agachado sobre el cadáver del soldado, y le registraba los bolsillos.

—Por qué hemos de dejar á otro lo que tenga? dijo; á nosotros nos vendrá de perilla cualquier cosa que sea: nuestro trabajo nos ha costado!

Y mientras hablaba así le sacó el tirador, el cuchillo y las balas de carabina: lo demás, concluyó, no sirve sinó de estorbo.

Los tres montaron nuevamente á caballo y regresaron á la esquina, no sin que Chicoca hiciera con el primer cadáver lo que Pedro hizo con el segundo.

Este siquiera tenia una buena rastra en el tirador, que por lo ménos alcanzaba para refrescar unas semanas.

En la pulperia no se sentía sino el vocerío de los comentarios que hacía el paisanaje.

—A ese paso, dentro de un mes nadie vá á querer ser justicia, exclamaba uno—si este es un ejército! zonzó el que se meta con ellos!

—Y eso que todavía ustedes no han visto pelear á Julio Barrientos, respondía Acosta que había regresado á la esquina: si Pedro sale como él, ya tienen para divertirse largo.

—Ese no le tiene asco á nada—es bravo como un aji y mas malo que un diablo.

Para ponerle á ese las caronas será preciso que se junten de á muchos!

—Y se han de juntar no más, porque aquellos van á ir á contar cada bolazo como un rancho: pucha la gente floja!

—Y cuando uno les merma cómo se ponen! parece que se fueran á tragar el mundo!

Cuando los tres regresaron y refirieron á Acosta lo que había sucedido, la admiración general subió de punto.

—Tres bajas en dos dias es mucho rigor, decía el pulpero—me parece que ahora pueden descansar ustedes algun tiempo, porque antes que vuelvan por el desquite se vá á acabar el año.

—No crean, contestaba Acosta—la Policivas como los indios; cuando se ven pocos y mal no hay parejero que les alcance.

Pero cuando se juntan de á muchos y logran sacar una ventajita, ya no dan alce ni un chiquito de tregua: cuanto les venga un refuercito han de caer á buscarnos, no tengan duda, pero han de caer á traicion, como los indios, despues de hacernos bombear y tratando de agarrarnos dormidos.

—Bueno, amigos, dijo Julio dejándose caer sobre su poncho, que tendió en el suelo: yo tengo hecha una apuesta que quiero ganar, para que no se me tenga por hablador.

Cuanto descansa un momento me voy, y antes de la noche he ganado la frasquera.

Con la impresion de lo sucedido, nadie recordaba la apuesta ni se había tratado de llevarla á cabo.

Satisfecho con la prueba dada, el mismo que la hizo trató de dispensar á Julio de cumplirla.

—Con lo hecho basta para saber de lo que usted es capaz, dijo, lo que es yo pago gustoso la frasquera sin necesidad de que usted cumpla su palabra.

—Me gusta su buen corazon; contestó Julio, pero cuando yo digo una cosa es preciso que la cumpla.

Yo tengo que poner en el cepo al alcalde de este cuartel, y tenerlo metido en él hasta que caiga por aquí alguna partida y lo liberte.

—No se ponga en trabajos sin necesidad, amigo, y guárdese para la ocasion—lo que usted vale ya lo ha mostrado y no necesita hacer otra prueba.

Con que vamos á beber á su salud, que yo pago el gasto, y que Dios me lo ayude.

Por lo mismo que todos querían dispensarlo del compromiso de la apuesta, Julio se había encaprichado en llevarla á cabo.

—Crean sin duda que no soy capaz, pensaba, y no quieren ponerme en un trance apurado; hay que mostrar lo que uno vale para que lo respeten y sepa bien la justicia con quien se ha metido.

Los paisanos quisieron insistir todavía, pero Emilio

Acosta les demostró que todo sería inútil y no lograrían sino encapricharlo mas.

Descansaron un buen rato mientras comían un churrasco, hasta que Julio se puso de pié diciendo:

—Bueno, ahora necesito que uno me haga el favor de mostrarme la casa del alcalde y prestarme un lazo.

Si el hombre me pelea yo lo mataría, pero entonces no podría cumplir mi promesa en traerlo vivo y ponerlo en el cepo de las patas.

—Voy á prevenirle una cosa, dijo el paisano de la apuesta, como último recurso para disuadir á Julio, es una prevencion de conciencia, pues contando con esa ventaja le hice la apuesta.

—Prevenga no más, amigo, en la seguridad que no habrá ventaja que le valga.

—Lo que quiero decirle es que el alcalde no es hombre de echarlo por delante así no más, porque es mozo guapo y experimentado y no se anda con chicas para soltarle un chumbo al hijo del sol.

Fué el mismo que peleó la vez pasada con los hijos de don Plácido y los redujo, despues de haberlos castigado como le dió la gana.

—Pues ahora no desisto de mi apuesta ni por un queso, dijo Julio, ya veo recien que la cosa tendrá mérito y que la justicia sabrá lo que hago yo con sus mejores cartas.

Vamos á ver, un lazo y uno que me enseñe la casa.

—Hermano, dijo Pedro, yo te voy á acompañar porque no quiero que vaya á sucederte una desgracia sin que yo te haya ayudado.

—Es que entonces la cosa no tendria gracia, porque con la espalda guardada, no hay hazaña alguna en arrimarse á la aventura mas peluda.

—Pero cómo voy á dejarte ir solo?

—Dejádome no mas—espérame aquí, que no tardaré en venir, sino vas á darme un gran disgusto.

Acosta hizo una seña á Pedro y éste guardó silencio despues de prometer que se quedaria.

El paisano mismo de la apuesta se comprometió á guiarlo, prestándole el pulpero un lazo.

—Con qué, dijo Julio sonriendo, hasta un momento y el que no quiera ser mi enemigo que no se meta en mis cosas: para testigos hay bastante con el compañero.

—Pero cómo voy á dejarlo ir solo? dijo Pedro cuando salió Julio—yo no puedo hacer eso y aunque él no quiera, tengo que ir á ayudarlo.

—Ni lo piense siquiera, exclamó Acosta, yo lo conozco á Julio y con ir no haria sino darle un disgusto, sin remediar nada, porque se volveria y espiaria el momento de cumplir su propósito sin que nadie lo viera.

Déjelo ir tranquilo que de hombre á hombre no hay quien pueda con su hermano, y si no, ahí está lo que hizo con don Cosme que es el justicia mas valiente que se haya conocido.

Lo traerá como lo ha dicho, y lo pondrá aquí de las patas en el cepo.

A pesar de esto, Pedro quedó muy pesaroso y sobresaltado.

—Si lo matan, decía, no voy á conformarme en la

perra vida, aunque mate yo en seguida á cuantos pueda, porque yo habré tenido la culpa.

Y se resolvió á esperar, por no contrariar la voluntad de Julio.

—No puede quererlo mas que yo, ni usted mismo, dijo Acosta, y ya vé que me quedo tranquilo, porque sé quien es Julio y lo que es capaz de hacer.

Ya verá como trae al alcalde atravesado sobre la cruz de su caballo.

Julio y su guía se dirijian entretanto á casa del alcalde, distante de allí como unas veinte cuadras.

Era el alcalde un hombre bien reputado como bravo y que no andaba con muchos cumplimientos para pegar un tiro al que le hacia resistencia.

Ya habia muerto á un paisano porque se le resistió y sin darle tiempo á sacar sus armas, pues el alcalde era mas madrugador que un gallo, diciendo siempre que para no ser golpeado no habia mas recurso que golpear primero.

Desde su casa se habian sentido los disparos de trabuco y de carabina, esperando que le llegara aviso para ponerse en marcha.

Pero viendo que nadie venia, habia resuelto ponerse en marcha para el lado donde habia sentido los disparos, averiguando en el camino lo que sucedia.

Resuelto á esto, hizo ensillar un caballo á un soldado que tenia en su casa para uso de la Alcaldia, y se preparaba á marchar, cuando vió á los dos paisanos que llegaban.

—Aquellos me traen el parte de lo que ha sucedido, dijo al soldado—concluí de ensillar y alcanzame, que yo para ganar tiempo me voy á adelantar.

Y espueleando á su pingo salió al encuentro de Julio y del paisano.

Cuando estuvieron cerca, Julio sujetó su pingo y dijo:

—Buen dia amigo, es usted el alcalde de este cuartel?

—Para servirlo amigo, contestó el alcalde sujetando tambien y sin sospechar la intencion del recién llegado: qué se le ofrece y qué es eso que ha sucedido?

—Lo que ha sucedido es grave, y por eso lo vengo á buscar: figúrese que le han hecho volar el coco á tres policianos y han corrido á la partida con oficial y todo.

—Pero quiénes han hecho todo eso? supongo que habrán necesitado juntarse diez ó doce?

—No señor, son cuatro forasteros que han caido al partido recién, como yo, y que están haciendo de las suyas.

El alcalde miraba á aquel hombre con cierta desconfianza, por el trabuco que se veia en su cintura.

—Y cómo es que han muerto á los soldados de Policia?

—No le digo! á uno lo dejaron seco de un trabuco en la cocina de la pulperia, vino despues la partida y la corrieron matando otros dos.

—Pues cuántos son? porque no me parece que ni uno ni dos hagan semejante prueba.

—Son cuatro por ahora, pero cualquiera de ellos

solo es capaz de hacer lo que han hecho los cuatro juntos.

—Entónces usted los conoce?

—Y cómo no he de conocerlos si yo soy uno de ellos?

El alcalde estaba asombrado, sin atinar con la causa que habia llevado allí á aquel hombre.

Y Julio Barrientos, pegado á su cuerpo hablaba con la mayor desenvoltura, como si no hubiera nada de extraño en lo que decia.

Se habia enrollado la lonja del rebenque en la mano y estaba allí como si solo esperara la contestacion del alcalde para retirarse.

—Y por qué vienen á buscarme, si la Policia ya sabe lo que ha sucedido, preguntó, ó quieren que yo vaya allí para agarrarme entre los cuatro?

—No señor, si nosotros no nos juntamos cuatro para uno, porque podemos pelear de á uno contra cuatro; yo he venido á contar la cosa nada mas que para que la sepa y para convidarlo á seguirme porque yo lo vengo á prender.

El alcalde abrió enormemente los ojos y miró á Julio de una manera particular: nunca habia visto un criminal de taniu audacia y tantas agallas.

Guapo como pocos, sonrió ante la pretension graciosa, y repuso:

—Francamente, es el primer criminal que conozco venga á entregarse de una manera tan bruta y tan al boton.

El soldado habia llegado ya y escuchaba maravillado tan famoso diálogo.

—Usted se asombra de esto, porque no sabe quien soy yo, que cuando lo sepa no se asombrará tanto—he prometido á los amigos meter en el cepo de las patas á un alcalde y para oso he venido.

El alcalde empezaba á exasperarse y á perder la paciencia porque se le estaba faltando al respeto delante del soldado y esto no podia ser.

—Pues vamos á ver quien es usted, dijo, para enseñarle en seguida como debe de hablar conmigo.

—Yo soy nada mas ni nada menos que Julio Barrientos y como tal le mando que me siga hasta la pulperia para ponerlo de las patas al cepo y que se diviertan los amigos.

El alcalde completamente sulfurado sacó de la cintura el revólver y diciendo —date á preso maula— fué á ponréselo en el pecho.

Pero Julio, mas rápido y mas prevenido, levantó el rebenque y antes que el alcalde pudiera llegar con el revólver á su pecho, lo desarmó de un rebencazo que casi le rompe la muñeca.

Le habia ganado el tiron.

—Y no te mato, le dijo, no porque no pueda, sino porque tengo que llevarte vivo y sano á ponerte en el cepo.

El alcalde echó mano á la cintura y como un relámpago brilló en su mano izquierda la hoja de su daga.

—Hacele fuego! hacele fuego y matalo! gritó al mismo que estaba medioaturdido, y acometió á Julio con terribles puñaladas.

Este entónces sin perder de vista al Policia se defendió un momento, siempre con el cabo del rebenque y aprovechando la torpeza de la mano con

que peleaba el alcalde, repitió la primera operación.

La daga saltó de la mano y el alcalde no pudo contener un grito de dolor.

El rebenque de Julio le había roto un dedo.

—Matalo, maldito cobarde! gritaba al soldado, que no sabía que resolución tomar—matalo bribon! hazle fuego.

Julio entonces sin desatender al alcalde, desenganchó su trabuco y apuntó con él al milico.

—Si te mueves, le dijo, te frió de un trabucazo, y serás el cuarto del día.

Aterrado con lo que le había oído contar y visto hacer, el milico no solo no se movió, sino que soltando la carabina, dijo:

—No me mate amigo, que yo nada le hago.

—Bueno, pero en cuanto te muevas aunque sea para disparar te mato.

El alcalde no podía hacer el menor movimiento con los brazos, que caían dolorosamente á lo largo del cuerpo.

Barrientos entonces pasó el trabuco á la mano izquierda, sacó el lazo de los tientos y armándolo rápidamente lo echó sobre el alcalde que, por la inmovilidad de los brazos, no pudo evitar el tiro.

El lazo le fué apretado en la cintura atándole también los brazos, y Julio se acercó entonces al soldado, amenazándolo con la enorme boca del trabuco.

—Ahora, le dijo, te prevengo que si me desobedeces te hago volar como un chajá.

Sacó el maneador del caballo y atame á esa maula de brazos y piernas como si se tratara de un gran bandido.

Y sosteniendo el lazo con la izquierda, seguía apuntando siempre con la derecha al soldado.

Este no se atrevió á resistir, y como si obedeciera al mismo Juez de Paz, empezó á sacar el maneador á su caballo.

El alcalde se debatía de una manera furiosa y seguía gritando y retando al soldado, que no sacaba los ojos del terrible trabuco.

Una vez que tuvo el maneador listo, se acercó al alcalde á cumplir la segunda parte de la orden, pero éste, completamente enfurecido, empezó á tirarle patadas y á debatirse de una manera poderosa.

Julio le dió un buen tiron con el lazo y lo volteó al suelo para facilitar la operación.

Y el milico, aguantando las patadas que le asataba el alcalde, le ligó fuertemente las piernas y siguió haciendo lo mismo con los brazos.

—Y que quiere que haga, señor? decía—si no lo ato me matará mí y usted nada gana porque lo atará él mismo.

Hay que tener paciencia y conformarse: vaya por todos los que hemos atado nosotros mismos!

Y el alcalde, viendo que con el soldado perdía el tiempo, empezó á insultar á Julio de una manera terrible, para obligarlo á que lo matara, prefiriendo mil veces la muerte á la humillación de verse tratado como un bandido, por quien no era mas que un asesino perseguido.

Pero Julio recibía los insultos riendo estruendosamente y diciendo: no te aflijás alcalde y aguanta no mas la mecha. que esta es una vez cada uno como á los cocos.

Al fin había de tocarle la tuya! cómo se van á reir los compañeros al verte en el cepo sirviendo de banco á cuanto borrachon llegue á la esquina!

El alcalde la emprendió entonces con el paisano que había ido acompañando á Julio, pidiéndole que lo defendiera, primero, y mandándose en seguida á nombre de la autoridad.

—Y que quiere que haga yo, señor, decía el gaucho, cuando usted ve lo que le ha sucedido á usted y lo que hace su milico porque no tiene mas remedio?

Si el que debe protegerlo y que tenía armas buenas lo está atando, que puedo hacer yo? no hay mas que tener paciencia y aguantarse por ahora, mire que peor sería otra cosa.

Cuando el milico hubo terminado la atadura, se dió vuelta á Barrientos diciéndole; ya está, señor, en el mismo tono del que habla con un superior.

Había concluido por tomar la cosa á pecho, y obrar como si estuviese en sus funciones de justicia que prende á un criminal.

El alcalde había quedado tan bien ligado, que parecía un fardo: no podía hacer el menor movimiento.

El hombre estaba furioso: los ojos parecían quererle saltar de las órbitas y en sus labios se veía una espuma sanguinolenta.

Julio entonces ayudó al milico á subirlo sobre su caballo, haciéndolo montar en seguida.

—Ahora, dijo, vas á marchar delante de mí, al paso sin la menor vacilación, porque á la primer tentativa te dejo seco sobre el apero.

—Pierda cuidado señor, contestó el milico, ya se que hay que obedecer á la fuerza y que nada voy á ganar con hacerlo enojar.

Y echó á andar llevando al alcalde por delante y tratando de consolarlo á su manera.

—Dejá no mas que si de esta salgo vivo, yo te daré consuelos! contestaba éste, y verás que consuelos! no te he de dejar ni una lonjita de cuero para tarjear los azotes.

—Quien tiene que tarjear ahora, sos vos, alcalde, y no compadrees mas que todavía puede ser que te ponga una contramarca, para marcarte despues cou la mia.

Y siempre con el trabuco apuntando al milico echó á andar á una vara de distancia, acompañado del paisano de la apuesta, que no cabía en sí de asombro.

—Le juro, decía éste, que si no lo hubiera visto, no lo hubiera creído, aunque me lo hubiera contado mi madre.

—Ya vé, pues, amigo que así no mas no se han de llevar por delante á Julio Barrientos: estos pillos están acostumbrados á hacer de las suyas con los infelices, pero conmigo se van á hamacar de lo lindo.

—Ya veo amigo que el que pueda con usted ha de tener cuatro manos por lo menos: es lástima que un hombre de tanto provecho tenga que andar

á monte, llevando una vida para lo que no ha nacido.

—Y nadie mas que ellos tienen la culpa! yo vivia tranquilo y feliz sin ofender á nadie y siendo amigo de todo el mundo, pero no pudieron dejarme en paz y porque peleé con un hombre que si me puede me mata, ya me echaron como á guacho orejano, me golpearon hasta que no quisieron mas y despues de matarme á mí Dolores me quisieron echar de veterano.

Esto no se paga con nada amigo, ni degollándolos á todos, porque con su sangre no ha de resucitar la difunta, pero los he de mortificar lo mas que pueda eso si, y han de tenerme mas presente que al diablo!

Mi nombre ha de llenar toda la campaña y todavia despues que me muera han de disparar por esos campos, tan solo de acordarse de mí!

Hasta dormidos han de sentirme como una daga, sobre su pescuezo!

Y Julio siguió así destilando en sus palabras toda la hiel que sentia en su corazon por la justicia.

Y el paisano lo escuchaba conviniendo en que, cuánto hiciera seria poco para vengar el mal recibido.

Y no podía dejar de asombrarse á cada momento, de todo el valor que habia en aquel hombre de exterior tan manso, pensando en que si se echaba á bandido, superaría á todos los que hasta entónces habian existido.

Postrado de dolor, de fatiga y de vergüenza, el alcalde habia concluido por guardar silencio, viendo que nada podria remediar.

Y al pensar en que iba á ser el ludibrio de cuanto sin vergüenza habia perseguido él otras veces, sentia profundamente que Julio no le hubiese descargado encima su trabuco.

Así llegaron á la pulperia donde todos esperaban con creciente impaciencia.

Pedro, viendo que Julio tardaba, habia querido salir en su busca muchas veces, pero Acosta lo habia contenido siempre diciéndole:

—De todas maneras lo que haya sucedido no tendrá ya remedio ni dejará de haber sucedido; yo garantizo con mi vida que Julio vuelve sin que nada le haya sucedido, pues de lo contrario ya hubieramos tenido aquí á su compañero.

Y como Julio tardara porqué la marcha de regreso tenia que hacerle lentamente, Pedro salió á fuera y se dispuso á ir en su busca á pesar de todas las reflexiones de Acosta y arriesgando que su hermano fuese á enojársele.

Se disponia ya á saltar á caballo, cuando se divisó el grupo que llegaba lentamente.

Delante se veia un hombre que traia á otro atravesado por delante.

Pero como este hombre era un milico, no sabian si el atravesado era el alcalde ó el mismo Julio.

Acosta fué el primero que lo reconoció lanzando un grito de alegría.

—No lo dije yo? repitió dos ó tres veces—no solo trae preso al alcalde, sino que lo hace conducir por su mismo soldado! ese no es un hombre sino un Regimiento!

Todos habian salido afuera, prorumpiendo en exclamaciones de asombro al ver que realmente era un soldado el que conducia al alcalde.

Y todos se adelantaron rodeando al paisano para escuchar de sus mismos lábros lo que habia sucedido.

El alcalde se sentia morir de vergüenza y cerraba los ojos para no ver aquellos rostros burlones que lo miraban impregnados de cruel alegría.

—Por lo visto ha ganado la apuesta con usura! dijo Acosta, pues nada se habia especificado del vigilante.

—Yo no digo nada, contestaba Julio sonriendo finalmente, pero aquí está el testigo que puede dar su declaracion y saberse por él lo que ha pasado.

Y el asombro de los paisanos crecia al ver que ni el vigilante ni el alcalde presentaban la menor herida.

Y como aquel era un hombre de reconocida bravura, no se esplicaban como Julio hubiera podido atarlo y traerse al vigilante como si fuese su asistente.

—Vamos á la esquina, dijo el paisano de la apuesta, y allí haré la relacion pagando la ginebra, sino no llegaremos en toda la noche.

Y todos siguieron la marcha, sin que Julio separara un momento su trabuco de la espalda del vigilante.

En cuanto llegaron, Pedro Barrientos y Acosta fueron á ayudar á este á descargar el fardo, pero Julio se opuso de una manera terminante.

—Yo no concluyo mi apuesta hasta que no lo haya puesto en el cepo: despues lo entregaré á ustedes y podremos tomar la ginebra.

É hizo que el soldado soltara al alcalde en el suelo como quien suelta un fardo y siempre apuntándole con el trabuco empezó á hacerle preparar el cepo.

El soldado obedecia al momento con la mejor voluntad, comprendiendo que disgustar á aquella gente seria para que lo descuartizaran.

En menos de diez minutos estuvo preparado un cepo como no se habia visto mejor.

Y entre Julio y el milico acomodaron al alcalde, de manera que no pudiera moverse: recién entónces se le sacó el maneador con que habia venido sujeto.

—Ahora, alcalde, le dijo, cada paisano podrá cobrar en tu cuero todas las que le hayas hecho y podés encomendarte á Dios, porque de aquí no salis hasta que no estés podrido y agusanado.

Y para que la cosa se complete, porque aquí no nos hemos de quedar mucho, te voy á dejar con centinela de vista: la mejor correa es la del mismo cuero.

Julio pidió un bozal viejo, y con el cuchillo y unos tientos, lo achicó y lo redujo de manera que pudiera servir al vigilante.

Terminado que fué hizo acercar al milico y se lo puso sin que aquel se permitiera la menor resistencia.

Como reian los paisanos al ver al milico embozado como un potrillo!

Cada cual le dirijia su pulla mas ágría, buscán-

dole las mas ridículas comparaciones y prometiéndole redomonearlo en toda regla.

Concluida la postura del bozal, Julio le ató las manos á la espalda para que no se lo pudiera sacar y en seguida lo ató con un cabestro á los piés del alcalde.

—Vos sos ahora la centinela de vista, le dijo: al primer movimiento que haga le dás un par de patadas, bajo la pena de que te hago volar de un trabucazo.

Durante toda esta operacion el alcalde no habia abierto los ojos ni una sola vez, como para huir por este medio de la burla del paisanaje.

—Ahora sí, dijo Barrientos, ya están estos arreglados y podemos tomar tranquilamente la ginebra que vá á pagar el compañero.

—No solo las dos frasqueras ganadas, sino veinte mas, contestó el paisano, porque yo creí que iba á robar la plata, no creyendo que hubiese nadie en el mundo capaz de hacer lo que ha hecho este hombre.

—Ya lo dije yo, exclamó Acosta, no hay dos Julio Barrientos en el mundo, y lo que él no haga no lo hace nadie.

El pulpero empezó á distribuir con profusion la ginebra, mientras el perdedor referia en sus menores detalles como habian pasado los hechos y como Julio habia hecho trincar al alcalde por el mismo soldado aunque este lo mandaba matar.

La algazara crecia á medida que disminuia la ginebra y los paisanos empezaban á estar en ese punto en que no hay cosa que no inventen.

Al milico se le habia pasado un poco el jabon, creyendo que no le habian de hacer nada.

Cuando empezó á atarlo, pensó que por lo menos iban á degollarlo, pero así que recibió sus instrucciones, vió que nada malo podia pasarle y se tranquilizó al extremo de tomar parte en la general chacota.

—No porque me haya vuelto potrillo, dijo, he perdido las buenas costumbres—si me alcanzan un traguito lo beberé á la salud de ese tata en toda ley que nos ha salido.

Julio le hizo alcanzar medio vaso para que enjuagara el jabon y en seguida, dijo:

—Ahora, mis amigos, el alcalde queda á disposicion de la justicia de ustedes, el que tenga cuentas con él, puede echárselas ya que está en disposicion de pagar.

No lo mermen ni un chiquito para que sepa lo que es estar atado y tener que sufrir lo que le venga encima.

Uno de los paisanos se puso de pié con el rebenque en la mano, y luciendo en sus ojos el brillo de la ginebra, dijo:

—Una vez, porque no salí pronto de la pulperia donde nos estábamos divirtiendo, el alcalde me pegó dos rebencazos que todavia me duelen.

Yo tuve que sufrirlos porque estaba rodeado de milicos pero no la llevé perdida.

Hoy me toca mi turno como á todo hijo de madre y me los voy á cobrar en la mejor moneda.

Y acercándose al alcalde le sacudió dos rebencazos tremendos.

El alcalde se encogió todo y no pudo contener un quejido: abrió los ojos para mirar al que le pegaba y dijo de una manera desesperada

—Les aconsejo que me maten, porque si alguna vez me veo en situacion he de tomar mi desquite.

—Usted no va á tomar nada, exclamó Julio sentenciosamente; porque es un toro que va á salir hecho un búey, se lo juro yo por la memoria de mi Dolores que Dios tendrá en su gloria.

Un gran coro de carcajadas siguió á aquel dicho y los paisanos se dispusieron á seguir aquel juicio original.

Si hubieran estado frescos, tal vez la cosa no habria pasado de aquí, pero el que menos tenia una medio frasco de ginebra en el buche, y en ese estado un gaucho se atreve á todo.

—Este alcalde anda platudo, dijo otro de los gauchos, y rogando porque le cobren: yo tambien tengo mi cuenta.

Una noche estábamos de baile en lo de Filomena y al alcalde no le gustaban reuniones allí porque andaba en la buena con ella.

Sin mas ni mas mandó que nos fuésemos, y porque yo pregunté la razon de que así nos echara, me pegó dos cachetadas.

Yo hubiera sacado la daga y ahí mismo le hubiera dado el vuelto, pero como él me conocía, antes de pegarme habia sacado el revólver y me habia apuntado con él, mientras ese mismo milico se le puso al lado para ayudarle en caso que yo hiciera armas.

Yo agüanté porque peor es hacerse matar al cuete, pero se la juré al hombre y ahora es la ocasion del desquite, porque aquellas cachetadas me arden todavia como una braza de fuego.

Y el paisano se acercó al alcalde con ánimo sin duda de darle dos cachetadas como las recibidas.

Pero al verlo inerme y postrado, sin la menor defensa, el corazon generoso del paisano reaccionó y se detuvo.

—Alguna diferencia debe haber entre un hombre y un justicia, dijo: me dá asco pegarle así, como ellos pegan, y ahora que lo veo imposibilitado de poder responder, no me animo á pegarle y le perdono la ofensa: que Dios lo ayude!

Aquel movimiento generoso del paisano hizo reaccionar á los demás, y los que estaban dispuestos á tomar venganza renunciaron tambien á ella.

Cada uno de ellos tenia alguna ofensa ó alguna injusticia de que tomar desquite, pero bravos y generosos, no podian hacerlo porque les daba lástima y vergüenza.

—Con lo recibido tiene bastante para aprender á vivir en lo sucesivo y ser un poco mas cristiano con los que ningun mal hacemos: que la lección le aproveche.

Aquella conducta habia concluido de humillar al alcalde, porque en aquel momento se sintió ruin y pequeño.

Pero no queria dar el brazo á torcer y con acento colérico dijo:

—Mátenme no mas canallas, porque en cuanto puead, uno por uno les he de ir dando yo su merecido

—No te he de hacer el gusto, trompeta, dijo Julio saboreando á pequeños sorbos su ginebra—te he de tener ahí atado para que te vayan haciendo banco cuantos lleguen á la pulperia, hasta que vengan tus bandidos de compañeros á sacarte de aquí.

—Andá no más, que algun día has de caer en mis uñas.

—No seas zonzo, alcalde, y aguantá no más, porque soy capaz de sacarte del cepo, darte armas y pegarte una vuelta de azotes para que veas que conmigo no se puede.

Guardá la eharla para quien no te conozca, que lo que es yo ya sé la leche que puedes dar.

Pero el alcalde siguió insultándolos á todos con sin igual bravura y provocando á que lo mataran.

—Este infeliz está compadreado lo que vé que nadie quiere hacerle nada, dijo Pedro, y si no se calla la boca yo le voy á dar por el gusto.

Pedro habia bebido mucho, la ginebra habia despertado sus malos instintos y sentia la necesidad de hacer una herejía que no habia cometido desde el principio por respeto á su hermano, respeto que la bebida le habia hecho perder poco á poco.

—Por lo que veo, continuó, tienen todos su cuenta que arreglar con ese tal alcalde, pero todos le tienen lástima y ninguno quiere sacarle las lonjas.

Yo no soy tan compasivo y van á ver como en un momento arreglo la cuenta de todos.

Dos cachetadas á este, dos rebencazos á aquel, una multa á este, dos cepiadas al otro y tres persecuciones al de mas allá, total cien guascazos de mi mano, que no es tan liviana que digamos.

El alcalde revolvió los ojos entre las órbitas de una manera feroz, calculando lo que iba á pasarle, mientras Pedro se dirigió á él rebenque en mano.

Se le montó encima como si se tratara de un redomón, y principió á sacudirle la mas famosa zurra de que haya memoria.

El alcalde aguantó bien los primeros lonjazos, pero á la primer decena empezó á bramar como un toro, y á la segunda daba cada alarido que se podia sentir de diez cuadras de distancia.

Habia llegado Pedro á los treinta rebencazos pegados sin la menor compasion, cuando Julio se puso de pié y le dijo que era bastante.

—Si lo matas á azotes, agregó, que es lo que merecia, se pierde el efecto que yo busco.

Dejá no más que esté bien, para que cada ingenbrau que vaya llegando le sacuda á su placer, aprovechando una bolada que no se vé todos los dias.

—Pues entónces dijo, Pedro dejando de castigar al alcalde, la yapa para el potrillo, que nadie le ha dicho una palabra.

Y sacudió al milico tan famoso par de rebencazos que lo dió óntra el suelo.

—Ése no es el trato, porque de mí nada se ha dicho, exclamó el milico, y yo soy amigo de todo el mundo!

Y como por via de respuesta Pedro le sacudió

el tercer rebencazo antes de venir á ocupar su puesto.

Los paisanos empezaron á festejar largamente la protesta del milico, como la tunda de Pedro y la ginebra siguió rociando por alto todos los estómagos.

Julio y Acosta estaban frescos, porque tenían un gran dominio sobre sí mismos, evitando que se marmaran Pedro y Chicoca, que hasta entónces no habia tomado parte activa por recelo á Julio.

—Cuando los hombres andan en lo que andamos nosotros, dijo, no hay que pensar en mamarse porque una tranca puede ser la muerte.

Dejen que beban los que nada tienen que temer, que nosotros precisamos tener siempre la cabeza tan firme como el brazo.

Pedro y Chicoca retiraron su vaso y no volvieron á beber mas.

El resto de los paisanos siguió bebiendo fuerte, al extremo que muchos de ellos no podian moverse de donde estaban sentados.

A la noche cayeron otros paisanos, que no cabian en sí de asombro al saber lo que sucedia.

Algunos se contentaban con mirar al alcalde y hacerle alguna burla, mientras otros le daban con el pié ó le sacudian un rebencazo.

Pero el asombro llegaba al colmo; cuando les referian la manera como Julio Barrientos habia hecho aquella hazaña.

Con quien tenían que hacer todos era con aquel milico potrillo.

Uno lo palmeaba, otro le abria la boca para verle la edad en los colmillos, otro lo agarraba las orejas y otro en fin lo saltaba á babucha cerrándole las espuelas.

Y el pobre milico protestaba implorando la justicia de Julio y diciéndole:

—No los deje, pues, que se proponen conmigo, que usted no les ha dado el menor derecho; que lo haga á usted santo y bueno, pero ellos porque motivos se han de limpiar las manos en mí?

Y Julio reia plácidamente al ver los apuros del milico, diciéndole:

—Quien te ha metido á ser Policia? los Policias son marca de todo el mundo, y cada uno tiene el derecho de agarrarlos y servirse de ellos como mejor les parezca.

Aguantá no mas, que pior seria otra cosa.

Y el pobre milico agrantaba y sonreia, temblando de que á alguno de aquellos bárbaros se le ocurriese hacer alguna herejía.

—Pero yo no he hecho nada á nadie, se contentaba con decir, y nadie tiene por qué hacermelo á mí.

—Y te parece poco mal el que haces siendo Policia? sabe Dios cuántos infelices habrán penado por causa tuya!

Y esta reflexion traia sin duda algun recuerdo al majin policial del milico, porque se callaba la boca como un muerto.

El alcalde estaba desfigurado: el rebenque de Pedro le habia hecho tres ó cuatro costurones en la cara, que se habia ya hinchado dándole una espresion diabólica.

Para mejor pasar la noche, el pulpero trajo un par de guitarras del uso de la casa y Julio empezó á

Recordar los buenos tiempos en que era mozo cantor y de avería.

El milico, queriendo aprovechar el general buen humor, pidió algo que comer, porque el ser potrillo no le impedía tener hambre.

Y Julio, encontrando el reclamo muy puesto en razón, desató el morral de su parejero y se lo puso con una ración de maíz.

Aquella ocurrencia levantó un trueno de palmoteos y carcajadas que concluyeron con la última esperanza del pobre milico.

A la madrugada, despues de dar la ración á los parejeros, dió tambien Julio la voz de marcha.

—Ya está largo esto para campamento, puede reunirse una partida gruesa y no es el cuento de hacerles el gusto, sino de madrugarlos y sacudirles cuando ménos lo piensen y lo esperen.

Eso es lo que tenemos que hacer: lo que es estos, que queden aqui hasta cumplir el castigo que se les ha impuesto.

Cada cual ensilló su caballo y arreglando sus armas y sus maletas de maíz, se dispusieron á marchar.

—Bueno alcalde, dijo Julio, te dejo con centinela de vista para qué te atienda en lo que precisas; si á alguno no se le antoja coserte á puñaladas, no ha de ser esta la última vez que nos veamos ni los últimos guascazos que te pegue.

El alcalde no respondió una palabra.

Esperaban que cuando los bandidos se fueran alguno los desataría, y los dejarían en paz ayudándolos en todo.

Así es que se encerró en un mutismo absoluto para no irritar á los bandidos.

Estos se despidieron cordialmente del pulpero y paisanos, emprendiendo una marcha tranquila hácia el partido de Juarez, donde todos ellos tenían sus relaciones.

Era seguro que los policias los buscaban en los pueblos fronterizos, creyendo que se atrevieran á venir á los pueblos mas concurridos y así podían pasar algun tiempo tranquilos.

Habían andado unas diez cuadras, cuando Chicoca se volvió diciendo que se le había quedado en la esquina un pañuelo con un mazo de tabaco.

Chicoca era verdaderamente un bandido feroz, estaba bastante divertido y no se conformaba con irse de allí sin haber hecho una de las suyas.

—Puedes ir y volver sobre el galope, le dijo Julio, que nosotros seguimos al paso, pero no vayas á tomar mas que ya sabes lo que he dicho.

—No hay cuidado, no he de beber mas, sobre el galope estoy de vuelta.

—Para mí Chicoca vá á hacer una herejía, dijo Acosta, porque eso sí, á entrañas no hay quien le gane.

Ya me lo supongo, contestó Julio, porque no lleva una cara de cristiano, pero como se trata de justicias, todas las herejías son pocas—nunca hará tantas como ellas merecen.

Y siguieron la marcha tratando de barruntar lo que habría ido á hacer Chicoca.

Este se volvió á la esquina, donde efectivamente había dejado un pañuelo con tabaco.

Pero al pasar por el lado del alcalde se detuvo y lo miró guiñando un ojo.

Al ver que los bandidos se iban, el alcalde se reanimó y empezó á rogar á los paisanos que allí había que lo desataran.

Todos se habían conducido con él generosamente, pues á pesar de la situación ventajosa, ninguno había querido pegarle ni hacerle nada.

—Yo sé que por fuerza ustedes han tenido que burlarse de mí porque ellos estaban aquí y era gente capaz de cualquier cosa, por eso yo no los hago responsables de nada.

• Pero ahora que se han ido es preciso que ustedes me suelten sobre tablas, que puede ser que todavía pueda alcanzarlos y mostrarles que, estropeado y todo, soy todavía capaz de pegarles un susto.

—Si no estando estropeado, usted no ha podido con uno solo, dijo el de la apuesta, estropeado y mal como se halla, menos vá á poder hacer con los cinco.

Deje que se alejen un poco y yo lo voy á soltar, porque ninguno de nosotros tiene interés en verlo así, pero créame, no se meta con ellos siu llevar una buena escolta; es gente muy dura y ya vé las armas que lleva.

—Por el momento no lo haré, seguramente, pero yo voy á pedir el barato de perseguirlos, y vamos á ver entonces si puedo ó no puedo con ellos!

En esto estaba de su charla el buen alcalde, cuando llegó Chicoca y se le paró por delante.

—Como vamos don? le preguntó; parece que lo que nos hemos ido se ha reavivado un poco! así me gusta pa que volvamos á toparnos por lo fino y aprenda á conocernos.

Y la horrible fisonomía de Chicoca estaba iluminada por una expresión feroz.

—Y quita eres tú, inservible, que vienes á darte corte de lo que no has hecho? preguntó el alcalde sintiendo estallar toda su ira.

—Yo soy Chicoca, el lindo Chicoca, el amor de las mozas y el mejor espanta-pájaros para los golosos, ántes de irme te haré una caricia para que en lo sucesivo me conozcas mejor.

Y se fué adentro, de donde trajo el pañuelo que había ido á buscar.

Los paisanos hubieran defendido al alcalde, pero aquel trabuco y aquella cara feroz les imponía y no se atrevían á contrariar al horrible bandido.

Ademas, los otros estaban muy cerca todavía y no era bueno ponerse mal con gente que cepiaba á los alcaldes y hacia potrillos de los milicos.

—Todas las cosas que pertenecen á la autoridad deben llevar su marca, porque para eso se llaman patrios, dijo Chicoca.

Usted es patrio, porque pertenece á la Policía, pero no tiene la señal, pues yo le veo las dos orejas enteras y esto no puede ser.

Y sacando su facon se acercó al alcalde por cuyo semblante cruzó la mas inmensa agonía.

—Que vá á hacer amigo? preguntó el pulpero.

—A patriarlo ¿no vé que no tiene la marca? respondió el feroz Chicoca, y llevando la acción á la palabra tomó al alcalde la oreja izquierda y se la rebano de un tajo.

El dolor y la desesperación de la afrenta hicieron

soltar al alcalde un grito tremendo, al que respondió una carcajada del bandido.

—Pero eso es una porquería que si la llega á saber don Julio se la castigará, dijo el soldado: cuanto lo vea se lo he de contar, porque estas cosas no se hacen.

—Pues hay un medio muy sencillo para que no lo sepa y no hables tú de más, dijo, y acercándose al pobre milico le sepultó la daga en el costado.

—Dios me ayude! exclamó el pobre vigilante, y cayó sobre las rodillas primero y sobre el semblante despues.

Aquella puñalada le habia partido el hígado y cortado los intestinos, que empezaron á asomar por entre los labios rojos y sangrientos.

Todos los paisanos y el alcalde mismo quedaron sobrecojidos con aquel crimen cobarde y brutal.

El asesinato de un hombre inerme, que nada puede hacer en su defensa, es un crimen que el paisano mira siempre con repugnancia porque no tiene para él el menor atractivo.

Qué mal habia hecho aquel pobre vigilante? ninguno; no habia sido mas que el placer de ver correr sangre lo que habia impulsado á Chicoca.

Chicoca, sereno y orgulloso como el que acaba de hacer una hazaña, picó espuelas á su caballo y se fué á alcanzar los compañeros, que aún se veían á unas quince cuadras de distancia.

—No, pues no te vés á quedar riendo de la hazaña, dijo el paisano perdedor de la apuesta, porque esta es una porquería que Barrientos no ha de encontrar bien hecha.

Y saltando á caballo, salió al galope tambien á alcanzar el grupo.

Cuando llegó á ellos, Chicoca estaba mostrando la media oreja del alcalde y contando que lo habia patriado porque andaba sin señal.

—Es que eso no es todo, dijo tambien el paisano, porque tambien ha dejado seco, de una puñalada, al pobre milico que ningun daño le habia hecho, y esto es lo que yo vengo á decir al amigo Barrientos que no es un hombre de aplaudir tales hazañas.

Barrientos se puso serio y preguntó á Chicoca por que habia muerto al vigilante.

—Y como no lo habia de matar si se puso á amenazarme de todos modos para el dia que anduviera suelto?

—Entonces lo hubieras desatado, le hubieras da-

do armas y entonces le hubieras muerto como la gente.

Estas cosas no me gustan á mi, y es preciso no hacerlas para que seamos amigos, si nó vamos á andar mal.

La muerte es disculpable porque se trata de un Policia, y para librarse de ellos todos los medios son buenos; pero que no se haga mas Chicoca.

Chicoca era feroz y bravo y muy capaz de pelear con el mismo Julio.

Pero es que entonces Acosta y el mismo Pedro se le hubieran venido encima y lo habrian ultimado sin remedio.

Además no queria perder la oportunidad de andar en pandilla, porque asi iba mas seguro y aguantó el reto con humildad.

El paisano regresó á la pulperia y el terrible cuarteto siguió la marcha con toda calma.

—Es preciso andar bien con los particulares, dijo entonces Julio á Chicoca, porque asi se queda bien de paso con los pulperos de quienes tenemos que precisar siempre—no nos pongamos mal con todo el mundo, porque entonces chica nos seria la vida para atender á todas partes.

Si la cosa es matar al mayor número de justicias que se pueda, todos los medios son buenos, pero hay que quedar bien con los que mañana pueden ayudarnos.

Por eso yo le he hablado medio áspero, amigo Chicoca, pero aqui entre nosotros, siento que no haya hecho lo mismo con el alcalde.

Esa gente está de más en el mundo porque no sirve sino para hacer daño; no ha estado mal el dia, canejol! cuatro vigilantes menos—en poco tiempo nos van á tener más miedo que á los indios.

—Hablando con franqueza, dijo Chicoca, á quien las últimas palabras de Julio le habian vuelto el buen humor: si yo no lo degollé al alcalde ha sido por no contrariar sus propósitos, no porque me haya faltado voluntad.

Como usted dijo que lo dejaba allí para que todos se limpiáran con él las manos, me contenté con patriarlo no más, pero buenas ganas tenia de degollarlo!

Y riendo de la figura que hacia el alcalde con su oreja rebanada, siguieron su marcha tranquila, ponderando la misión que se habian impuesto: limpiar la campaña de justicias, como quien trata de limpiarla de bandidos.

LA TERRIBLE CUADRILLA

El nombre de los Barrientos empezó desde entonces á sonar por toda la campaña de una manera tremenda.

Se exajeraban los hechos de una manera fabulosa y no sucedía un solo crimen que no fuera atribuido á ellos.

Las Policías tenían verdadero temor de encontrarse con los Barrientos y siempre les buscaban en la dirección opuesta á la que se les había señalado.

Los comisarios se desesperaban y enviaban en su persecución á los mejores oficiales, pero todos venían con el mismo parte: cuando llegamos ya se habían ido y nadie sabe la dirección que han llevado.

Y el terror cundía y nadie se atrevía á andar por el campo, por temor de encontrarse con los bandidos.

—Si la Policía que anda bien armada y en buen número les huye el bulto, decían, cómo nos vamos á atrever nosotros á salir al campo?

Sería para que nos escabecharan sin la menor esperanza de salvación.

Y la partida recorría toda la campaña, ensobrecida con el miedo que le demostraban.

Los pulperos recibían á los Barrientos con muestras del mayor regocijo, dándoles cuanto pedían y no queriendo cobrarles un centavo.

Así quedaban bien con ellos, puesto que de todos modos aquellos no pagaban con mas moneda que su trabuco ó su puñal.

A la partida se había agregado un tal Arcajales, famoso bandido de la talla de Chicoca, que debía unos cuantos asesinatos, por cuya causa andaba mal.

Arcajales era hombre de instintos malos, de esos que pegan una puñalada para ver como se encoje un hombre ó que matan una mujer porque no se dejó hacer el amor.

Viendo en los Barrientos un apoyo contra la justicia, se plegó á la partida, para compartir con ellos la vida de holganza que llevaba, sin el menor peligro positivo, puesto que las Policías no se ocupaban en perseguirlos ó les abandonaban el campo cuando por casualidad se hallaban con ellos.

Los sucesos del 80 vinieron á aumentar de una manera fabulosa la triste fama de que gozaban los Barrientos.

Sirviendo las Policías en uno ú otro bando de los que estaban en lucha, la campaña estaba abandonada y entregada á todos los vagos y criminales de que estaba llena.

La criminalidad subió entonces á una enorme cifra.

Y cuanto crimen se cometía se atribuía á los Barrientos, prescindiendo hasta de los mismos que los acompañaban.

Para nada se nombraba á Acosta, ni á Chicoca, ni á Arcajales; los autores de tal ó cual crimen eran los Barrientos y nada mas.

Las mismas Policías ni siquiera averiguaban ya quien era el autor de tal asalto ó de tal asesinato, pero el parte consignaba á los Barrientos y quedaba concluida la misión de la justicia.

En los deslindes de Bahía Blanca y Tres Arroyos, tuvo lugar un crimen verdaderamente monstruoso. Allí había un tal Domingo, que tenía un puesto de ovejas y unas cuantas vacas.

Domingo era un buen hombre, de origen indio y de una conducta irreprochable.

Ausente de todas las jugadas, solo concurría á la esquina para comprar lo que necesitaba para la vida, operación que repetía de quince en quince días.

Nunca había dado nada que decir, ni se había juntado con mala gente.

Su puesto era una especie de posta, pues todo el que pasaba por allí, si necesitaba tenía caballos que mudar, carne para hacer un churrasco y si era necesario, cama, pues Domingo no tenía inconveniente nunca en ceder la suya.

Así todo el vecindario lo estimaba y los que por allí viajaban con frecuencia para ir á Bahía Blanca no tenían para él mas que palabras de agradecimiento.

Una mañana los que pasaron por allí se encontraron con un espectáculo tremendo.

A la puerta del rancho, colgaba por una pierna, y del mojinete, el cuerpo mutilado y desnudo de un hombre, que no podía ser otro que Domingo, aunque nada podía asegurarse por faltarle la cabeza y las prendas de vestir por las que podía conocerse.

Los costillares estaban completamente descarnados, pues los asesinos se habían entretenido en sacarle los *matambres* que habían tendido á *vrear* á corta distancia.

A pocos pasos de los matambres había una cabeza tajeada y falta de orejas, por la cual se podía conocer al desgraciado Domingo en cuyo cuerpo se habían cebado los asesinos tan bárbaramente y con tanta cobardía.

El móvil del crimen no podía ser otro que el robo, pues allí faltaban todas las prendas del puestero, y el baul había sido roto de un hachazo, faltando cuanto contenía.

En el corral no había caballos, ni se veía uno solo en el campo, lo que prueba que los asesinos se los habían robado; y se decía los asesinos porque allí había rastros de muchos hombres y señales en el alenque de haber sido atados cuatro ó seis caballos.

Domingo debía haber luchado de una manera desesperada, porque en el suelo del rancho se veía una oja de un puñal partida en dos pedazos y dos chorros de sangre, que provenían sin duda de las heridas que recibió primeramente.

Y desde la pieza hasta el paraje donde se le encontró colgado, estaba el rastro fresco acusando que allí había sido arrastrado un cuerpo empapado en sangre.

Domingo entonces había sido muerto en la pieza colgado después en el mojinete, donde lo degollaron y le sacaron los matambres, pues allí estaban los tres grandes charcos de sangre.

Quiénes podían haber sido aquellos consumados asesinos, que por robar una miseria mataban un hombre y se complacían en mutilar su cadáver?

Ninguno acertaba á señalarlos, ni á sospecharlos siquiera.

Avisada la Policía, acudió prontamente, en buen número y bien montada, como si fuera á librar batalla con un grupo de salteadores, pero se contentó á constatar los hechos que dejamos apuntados.

—Estos son los Barrientos, dijo el oficial—más, este es Julio Barrientos, lo conozco en su ferocidad en el modo de pegar.

—Y por qué no pueden ser los que acompañan á los Barrientos? observó un curioso, un hombre solo o puede hacer esto.

—Por qué nó, porque yo digo que es Julio á quien conozco perfectamente.

Nadie había visto por allí á los Barrientos, ni se sabía que hubieran cruzado por aquel paraje.

Pero el oficial persistía en que era Julio Barrientos, precisamente el menos capaz de cometer una cobardía, y así quedó sancionado.

Y el parte que se pasó fué encabezado de esta manera:

“Los Barrientos, ó mejor dicho, Julio Barrientos, acaba de cometer un crimen verdaderamente monstruoso”...

Quién podía desmentir á la justicia?

Solamente los culpados, probando que aquella noche se habían encontrado á tal ó cual distancia del crimen, y estos sabe Dios donde se encontraban entonces.

El hecho quedó así constatado, y la prensa, basada en los informes policiales, narró el crimen en sus más minuciosos detalles.

Y el terror cundió por las poblaciones inmediatas, de tal manera, que á la puesta del sol no había quien se atreviera á tener su puerta abierta.

Poco tiempo después tenía lugar un crimen mucho más salvaje que éste, porque eran más las víctimas, y que de la misma manera se atribuía á los Barrientos.

En la costa del Salado se encontraron muertos y degollados, cuatro italianos mercachifles, á quienes

dos días antes se les había visto andar por allí, vendiendo sus géneros y objetos.

Los cuatro cadáveres presentaban numerosas puñaladas y tajos, estando todos estos degollados sin que las cabezas hubieran sido totalmente separadas de los cuerpos.

El móvil de aquel crimen había sido también el robo, pues tanto los cadáveres como las cajas en que guardaban el *negocio*, habían sido saqueadas al estremo de no dejar en ellas ni siquiera un carretel de hilo.

Encontrándolos inútiles para ellos, y por el placer de hacer daño y ensangrentarse, los asesinos habían degollado también á los caballos de los mercachifles colocándolos al lado de estos.

La sangre estaba aún fresca y la operación había sido larga, por lo que era muy lógico suponer que los asesinos no debían hallarse lejos, teniendo presente que no podían andar con rapidez por la carga que llevaban.

La Policía acudió á examinar el teatro del crimen pero se guardó muy bien en seguir la pista que se veía aún clara y fresca á la margen del Salado.

—Son los Barrientos, no pueden ser más que los Barrientos, decían los milicos, y de esa gente cuanto más lejos se esté, mejor.

—Es que ustedes son muchos y van bien armados les observaban.

—Pero es que son los Barrientos: y quien se mete con ellos?

—Y cómo saben ustedes que son los Barrientos? pueden muy bien ser otros bandidos de los muchos que andan por los alrededores.

—Son los Barrientos, es Julio Barrientos, concluía el oficial, lo conocemos en el modo de dar las puñaladas y en la manera de degollar.

—Pero Julio Barrientos solo no ha de haber muerto á los cuatro hombres y á los cuatro caballos.

—Que no? Julio Barrientos es capaz de degollar á un Rejimiento si lo dejan, es como máquina de carnear—lo que es yo no lo prendo ni aunque me dieran un rodeo de vacas, ese hombre ha hecho sociedad con los malos, y si no lo matan dormido no lo matan en la vida.

Yo sé lo que digo, porque he corrido mucho el mundo y he visto muchos bandidos, pero como estos nunca!

Se enterraron los mercachifles y se dió por terminado el asunto, pasándose una parte por el cual constaba que los Barrientos habían cometido aquel bárbaro y cuádruple crimen.

Se les ha seguido la pista, se agregaba, pero no se ha podido saber donde han ido.

Y se volvió á publicar en los diarios, la reseña del nuevo crimen, dando por autores á los Barrientos y cargándole la mano á Julio.

Pocos días después desaparecieron en una casa de negocio los efectos robados á los mercachifles, y como el hilo se corta por lo más delgado, la Policía acudió á la pulpería prendiendo al dueño por haber comprado objetos robados, entablándose el siguiente diálogo:

—Porqué ha comprado esto, no sabía usted que era robado?

—Sí, señor, pero quien le dice que no á un grupo.

de bandidos que viene ensangrentado de todos modos y haciendo alarde del crimen que han cometido?

Si no se los compro me hubieran cosido á puñaladas.

—Y porqué no los entretuvo y mandó avisar al alcalde para haberlos prendido?

—Porque eso hubiera sido inútil, la Policía no hubiera venido como siempre y entónces ellos se hubieran vengado de mí y de mi familia, degollándonos ó prendiéndole fuego á la casa.

Con esa gente es preciso andar bien para evitar desgracias, porque la autoridad nada puede con ellos y hacen lo que les dá la gana.

Aseguro que si por las cosas que me han vendido me hubieran pedido el doble de lo que pagué, se los hubiera entregado lo mismo.

Por un poco de plata nadie se vá á esponer á que le maten su familia!

Vea usted, mientras estuvieron en casa hicieron un gasto como de trescientos pesos que no me pagaron y que yo no me animé á cobrar de miedo.

Si la autoridad les tiene recelo, qué quiere que hagamos nosotros que no somos nada?

—Y quiénes eran los que fueron á su casa á vender esos artículos?

—No los conozco ni los he visto en la vida—pero mire señor, aunque lo supiera y me asañan vivo no lo decia, porque quedaba entregado á su venganza si llegaban á saberlo.

Y esto sucedia en toda la campaña; los negociantes preferian mas estar bien con los bandidos y ascusinos que con la autoridad, porque la venganza de estos era segura, mientras que la proteccion de la autoridad era una fantasia, como ellos decian, puesto que era la primera en sacarles el bulto cuando sabian donde estaban.

Alcalde habia que hasta les mandaba avisar cuando los buscaban, para que huyeran ó tomasen sus medidas.

Cómo se iban á atrever los particulares con el calificativo de soplón, sinónimo de sentencia de muerte?

El pobre pulpero, por no haber hecho lo que la misma autoridad no se atrevia á hacer, fué multado doblemente, aplicándole una multa por comprar objetos robados y otra por ser encubridor de bandidos.

Y como ahí estaba su casa de negocio donde la autoridad se echaria de todos modos, pagó las multas y devolvió los objetos comprados, dándose por feliz, pues al fin se le ponía en libertad que era lo que ansiaba.

Así en toda la campaña se levantaba este justo y doloroso clamor: entre la autoridad y los bandidos de la campaña, han hecho imposible la vida del hombre honrado y trabajador.

Para salvar la vida tiene uno que estar bien con ellos, pero viene en seguida la autoridad y le hace pagar con sendas multas este delito, que no es tal delito sino un pretesto para sacar multas.

Y hay que pagar no mas, porque sinó adios negocio! seria poco el tiempo para estar preso!

Así, como en el primer caso, este cuadruple asesinato fué agregado á la causa no solo de los Barrientos,

sino de Julio Barrientos, á quien se daba por autor principal de cuanto sucedia en la campaña.

Las órdenes de prenderlo vivo ó muerto viajaban por todos los hilos telegráficos, sin que ninguna partida se animara á cumplirlas.

En aquellos mismos dias se tuvo conocimiento de dos nuevos crímenes, tan salvajes como los anteriores.

En una pulperia del Arroyo Seco, partido de Tres Arroyos, entraron una noche cuatro ó seis hombres mal entrazados y se pusieron á beber.

El dueño de la pulperia era un español muy apreciado y querido por las personas que frecuentaban la casa.

Desde que entraron estos hombres y se pusieron á beber, el dueño de la pulperia comprendió que se trataba de bandidos, pero aunque se hallaba del otro lado de la reja, no se atrevió á decirles una palabra calculando que mas cuenta le tenia hacerles el gusto para que se fueran de una vez.

Dos paisanos mas habia en la pulperia, pero estos, cuanto vieron la gente que llegaba, con mucho disimulo saltaron á caballo y se fueron prontamente.

Aquella aparicion no era señal de cosa buena.

El pulpero echó sus cuentas con el dependiente y resolvió tratar diplomáticamente de hacer que aquellos marchantes se retiraran.

—Si se maman y pasan aquí la noche, de seguro que no se ván sin haberme charqueado á puñaladas.

Los bandidos habian bebido seis fracos de ginebra y empezaban á ponerse pesados, así es que cuando pidieron el séptimo frasco el español les dijo con mucha polftica:

—No hay mas ginebra, amigos, estoy medio desurtido porque el otro dia han estado aquí de carreras y me han consumido cuanto tenia.

Creo que no me queda mas que un par de cuartas de caña, que pongo á disposicion de ustedes si las quieren—dentro de unos dias será otra cosa y entónces pueden pedir con confianza.

Pero por mal pecados, uno de aquellos habia viachado un frasco de ginebra que se veia en los estantes, comprendiendo la mala voluntad del pulpero.

—Bueno, dijo socarronamente, vengan la caña y despues veremos.

—El pulpero se le pasó al través de la reja, esperando que concluida se irian á buscar bebida en otra parte, pero no sucedió así.

El bandido que habia visto el frasco de ginebra, una vez que hubo concluido la caña se dirigió al español diciendo:

—Quiere decir, amigo, que no tiene mas bebida en su casa? para qué pone entónces pulperia?

—Es que se me ha concluido; estaba muy provisto, pero los de las carreras han acabado con todo—ni sé como ha quedado esos medios fracos que ustedes han bebido.

—Bueno, entónces diga cuánto le debemos para irnos con tiempo de encontrar abierta otra esquina.

El español, sumamente contento, estuvo tentado de no cobrarles nada para que no tuvieran pretesto, pero pensando que por esto solo podrian darse

or ofendidos, les dijo: me darán veinte pesos, pero como yo no tengo cambio, si ustedes no tienen senillo otro día me pagarán.

—Tenemos de toda moneda, dijo el bandido, y las uentenas claras conservan las amistades.

Y con rapidez asombrosa sacó el trabuco y metiendo el cañon por entre la reja, disparó sobre el pulpero al mismo tiempo que le decia:

—Tomá, cobrate trompeta y dame el vuelto!

El desgraciado recibió la carga sobre el pecho y ayó de espaldas sin proferir una queja ni hacer el menor ademán.

La muerte habia sido instantánea.

Aterrado el dependiente con lo que habia visto, disparó y fué á esconderse entre unos cueros, mientras los bandidos corrian á la puerta y la foraban.

Y desde su escondite, pudo presenciar las escenas que siguieron al asesinato.

Los bandidos entraron á la pulperia y empezaron buscarlo, pero bien pronto abandonaron la empresa atregándose al saqueo del negocio.

En el registro hallaron cuatro frasqueras de ginebra, llenas; que abrieron y empezaron á beber.

—Con que no tenias ginebra eh? decian—ah! hijo de mala madre! yo te voy á enseñar á mentir!

Y acercándose al cadáver empezaron á darle de puñaladas hasta que se cansaron.

El dependiente, medio loco de terror, contemplaba aquella escena tremenda, encojiéndose cuanto podia para que no fueran á hallarlo.

Los bandidos siguieron bebiendo hasta que ya les fué difícil tenerse en pié.

Recien entónces cargaron lo que habian robado en la pulperia, y se alejaron largando las mas estruendosas carcajadas y sátiras hácia el difunto.

Recien cuando el ruido de las risas se hubo perdido en el campo, el dependiente se atrevió salir, y escondiéndose entre las matas se fué hasta lo del alcalde á guarecerse y dar aviso de lo que habia sucedido.

El alcalde se permitió trancar sus puertas y mandar un chasque hasta el juzgado para que le mandaran protección, pues solo no se atrevia á ir.

Así es que recien al día siguiente se presentó la policia en la esquina, constatando que los autores del crimen eran los Barrientos.

—Yo conozco á Julio, decia el dependiente, pero él no estaba entre los bandidos.

—No importa, le contestaron—el miedo te ha impedido ver claro porque los autores de este hecho

son los Barrientos, y debe ser Julio quien le pegó el trabucazo.

Y así quedó resuelto y así se estableció en el parte dando el hecho por terminado con el entierro del desgraciado pulpero y el embargo preventivo de lo poco que habian dejado en la esquina.

El otro crimen cometido la misma semana, aunque en punto muy distante, era el siguiente:

En las *Tres Lagunas*, en un establecimiento cuyo capataz era un indio, entraron una tarde cuatro hombres á pedir un poco de carne.

El capataz salió á la ramada y fué á descolgar para darles un cuarto de ternera.

Uno de ellos lo enlazó de atrás y lo sacó al campo á todo lo que daba el caballo.

El cuerpo iba chocando contra los troncos y asperezas del camino, haciéndose contusiones horribles.

Como á las diez cuadras los cuatro hombres se pararon, le sacaron el lazo y lo rodearon.

Los golpes habian aturdido al indio, al estremo de que no hizo el menor ademán para defenderse.

Despues que lo miraron un buen rato, sin decirle una palabra, sacaron los puñales y lo degollaron.

Un peon del establecimiento que habia visto aquello, se metió entre unas cortaderas, de donde no se atrevió á moverse.

No contentos con haberle degollado, le empezaron á dar de puñaladas y á reir de una manera diabólica.

No podia concebirse tanta ferocidad desplegada contra un hombre que nada les habia hecho.

Cuando se cansaron, volvieron al establecimiento donde robaron una cantidad de prendas y de guascas, alejándose de allí al tranco de sus caballos.

Ni el peon que estaba escondido ni otros vecinos que los vieron pasar, conocian aquellos hombres, sin embargo la Policia aseguraba que eran los Barrientos, porque no podian ser otros.

Muchas veces venian á la Policia avisos de que en tal ó cual esquina habia una reunion de hombres que se suponian los Barrientos.

Pero entónces la Policia cambiaba de táctica exclamando ¡qué van á ser los Barrientos! ellos andan muy léjos del partido, se tiene aviso de que están por las Sierras.

Si el que llevaba el anuncio insistía, era despedido con estas ó semejantes palabras:

—Vaya y no sea zonzo! el miedo le hace ver á ustedes á los Barrientos para hacerlo costear á uno inútilmente.

Así los Barrientos campeaban por sus respetos, mientras la autoridad se limitaba á sacarle el cuerpo.

UN CRÍMEN MISERABLE

Todos estos hechos, aumentados por el miedo y la natural exageracion de los paisanos, habian dado á los Barrientos una fama tremenda.

En el partido donde se decia que andaban, no se abrian las casas de negocio, ni se atrevia nadie á cruzar el campo.

El terror de los unos inventaba nuevos crímenes que repetian los otros, hasta que quedaban las cosas como realmente sucedidas.

Un dia las poblaciones de aquellos contornos despertaron con una noticia horrible, que era la narracion exacta del siguiente bárbaro crimen:

En los deslindes del Sauce Corto, vivia una familia compuesta de dos mujeres hermanas, y dos chilines hijos de aquellas.

El marido de una de estas habia sido cautivado por los indios dos años atrás: el de la otra habia marchado á la ciudad conduciendo una tropa hacia quince dias.

No habia en la casa mas que un muchacho de diez y seis años que cuidaba una majada de ovejas que era toda la fortuna de aquella buena gente.

Era la época de la trasquila y las mujeres habian vendido la lana en pié, recibiendo un valor como de diez mil pesos.

A unas quince cuadras de donde vivian estas mujeres, habia una casa de negocio cuyo dueño habia intervenido en la venta de la lana, para contarles el dinero y firmar por ellas el boleto de venta de la lana.

Así, en todas partes se conocia el buen negocio que habia hecho doña Tránsito como llamaban á la mayor, y Maria, como se llamaba la otra, porque siendo mujeres servidoras y buenas, eran estimadas de todos.

De ellas no se habia dicho jamás nada malo, aunque Maria, que era la del marido cautivo, era mas buena moza que la gran perra, segun se decia en el pago.

El pulpero aquel era el hombre de confianza de las pobres mujeres, á quien consultaban en todos sus negocios y dificultades.

Á él habian querido darle á guardar el dinero de la lana mientras Juan volvía de la ciudad, pero él no habia querido tomarlo.

—Andan muchos bandidos en la campaña, les habia dicho, y el dinero no está seguro en las pulperias donde concurre tan mala gente.

Ya han asaltado dos ó tres negocios y no quiero que á mí me suceda lo mismo teniendo en casa dinero ajeno.

Ténganlo ustedes no mas, que así está mas seguro puesto que nadie ha de ir á buscarlo, que cuando venga Juan, él lo empleará en lo que le parezca.

—Sí, pero y los Barrientos? contestaron con terror las mujeres.

—Esas buenas piezas andan mas al centro ¿qué van á venir á hacer aqui? aqui no hay jugadas gruesas ni carreras, ni ninguna de las cosas que ellos buscan, por cuya razon nada tienen que hacer aqui.

Las mujeres llevaron el dinero y lo metieron en el fondo de un baul viejo, esperando la vuelta de Juan para que lo empleara en algo, pues siempre el mucho dinero era una tentacion para la mala gente, y un peligro para una casa.

Tres ó cuatro dias despues de esto, un Domingo, se habian reunido en casa del pulpero unos cuatro amigos á jugar un poco á la taba y comentar las noticias que llegaban de la ciudad, completamente desfiguradas.

Entré ellos habia dos soldados de Policia y un cabo que, habiendo vuelto ese dia de una comision, les habian dado puerta franca para que fueran á descansar.

Y qué mejor descanso que jugar un rato á la taba y conversar con los amigos!

Platudos, porque les habian pagado, compraron dos corderos, con los que se proponian tener un famoso banquete.

Á la caída de la tarde ensartaron los corderos y tocando unos la guitarra y contando algun cuento otros, empezaron á matar alegremente el tiempo mientras se asaban los corderitos.

La noche era espléndida en claridad al extremo de poderse ver á cinco cuadras de distancia el menor bulto.

Hacia mucho frio y los paisanos se habian estrechado á los fogones para estar de una manera mas confortable.

Hacia muy poco tiempo que estaban así, cuando les pareció sentir gritos lejanos.

Pero como estos no se repitieron volvieron á quedar tranquilos y entretenidos.

De pronto se sintió la carrera de un caballo y antes que ninguno se hubiera puesto de pié para indagar lo que sucedia, llegó el ginete y echó pié á tierra sobre ellos mismos, dando muestras de estar dominado por el mayor terror.

Todos conocieron en el acto al peon de doña Tránsito que, lívido y azorado miraba á todos sin acerta á decir una palabra.

En el acto todos comprendieron que algo de grave sucedia, por el estado descompuesto del paisanito y el no poder pronunciar palabra.

Recordaron los gritos desesperados que les parecia haber sentido poco antes y empezaron á interrogar al peon, despues de haberle hecho tragar un

copa de caña para que pasara el susto y criase un poco de coraje.

En aquel momento empezaron á sentirse los mismos gritos, pero de una manera mas larga; era indudable que algo sucedia en la poblacion de las dos mujeres.

Fué entonces que acosaron al peon con sus preguntas, para que no perdiese el tiempo y dijera de una vez lo que sucedia.

Este, que algo se habia repuesto con la caña, así que vió á un cabo y los vijilantes, pareció animarse con una espresion de infinita alegria, diciéndoles:

—Vayan, vayan por Dios que están asesinando á mis patronas!

Un temblor poderoso acometió á todos los que oyeron la revelacion.

—Pero cómo y por qué, quiénes son los asesinos? preguntó el cabo de vijilantes, en cuya palidez podia adivinarse un cerote de primer orden.

—Cuatro hombres que llegaron allí hará como media hora á pedir caballos: pero vayan pronto, sinó cuando lleguen ya habrán degollado hasta los chiquilines: este es el momento de tomarlos descuidados.

—Es preciso que me cuente como ha sucedido la cosa para poder yo tomar mis medidas, respondió el cabo.

Segun calculo esos no pueden ser sinó los Barrientos, así no mas no puede uno meterse con ellos: seria bueno cerrar bien aquí, no sea el diablo que vengan á sorprendernos á trabucazos y hagan de nosotros otros tantos difuntos.

Al oír el nombre de los Barrientos, un terror pánico se apoderó de todos: se les figuró que ya venian á matarlos y no atinaron con lo que debian hacer.

El pulpero, que no habia cerrado la puerta desde un principio, esperando para hacerlo que se fueran los vijilantes, cuando vió que estos, léjos de salir le daban el consejo, saltó el mostrador y en menos de dos minutos aseguró las puertas de la mejor manera que pudo, poniendo además delante algunos cajones pesados y otros estorbos.

—Quiere decir que van á dejar que maten á mis patronas? preguntó sollozando el paisano: ustedes que son policias no van á ir á auxiliarlas?

—Es preciso que nos cuente como ha sucedido la cosa, terminó el cabo, para saber lo que hemos de hacer.

Era tal el susto que los demás tenían, al pensar que los Barrientos podian llegar de un momento á otro, que encontraban muy puesto en razon lo que el cabo decia y aconsejaron al muchacho contara de una vez.

—Estábamos empezando á cenar, dijo éste sollozando, cuando se apareció en la cocina un paisano alto y buen mozo, que dió las buenas noches de un modo muy lindo.

—Ustedes perdonen si he entrado así, dijo, pero estuve llamando un largo rato sin que nadie me hiciese caso.

Ahí en la puerta están mis compañeros, somos forasteros que venimos con el caballo cansado y pedimos nos hagan el bien de prestarnos unos hasta la vuelta, que nosotros en señal les dejaremos los que traemos.

—Con muchísimo gusto, les dijo doña Tránsito, — que ya saben lo servicial que es—pueden desencillar y venir á echar un bocado, mientras el muchacho echa los caballos al corral.

—Muchas gracias, dijo el paisano, agradecemos la oferta, pero nosotros traemos tanta hambre como cansancio los caballos—que no se moleste el muchacho que en comiendo un bocado, nosotros mismos le ayudaremos á echar los caballos en un momento.

Y el hombre salió á hacer venir á sus compañeros. Estos no tardaron en venir á la cocina, y aunque todos hablaban con mucho respeto y muy comedidos, á mi desde el principio me dió miedo, no sé por qué, y hasta se me quitó el hambre.

Se sentaron á comer con mucha calma y empezaron á contar que venian de tierra adentro, dirigidos con una recomendacion que llevaban para el Juez de Paz de Tres Arroyos.

Al oírlos hablar tan lindo y tan alegres, las patronas perdieron todo recelo, y yo mismo me sentí mejor y empecé á comer, porque aunque la facha era de hombres malos, el modo era muy fino y querendon.

—Y ustedes viven aquí tan solitas? preguntó uno de ellos, no tienen miedo de la mala gente?

—Y qué miedo vamos á tener si á nadie hacemos mal? contestó doña Tránsito muy tranquila.

A mi cuñado se lo llevaron los indios y mi marido se fué á la ciudad con una troja, así es que no tenemos otro remedio que estar solas no mas.

—Pero un amigo nunca falta para que ayude á cuidar la casa, en el campo anda muy mala gente.

—Esto es muy tranquilo, aunque solo, dijo entonces Maria hablando por primera vez; nunca se ha oido contar que haya sucedido nada.

—Es que lo que no ha sucedido nunca, sucede cuando menos se piensa, dijo el paisano que habia entrado primero, y usted que es tan buena moza dá tentaciones de cualquier cosa.

—Yo soy vieja y viuda, dijo Maria riendo, y así no mas nadie puede turbarse.

Y sin duda para cortar aquella conversacion que no le gustaba, me dijo—andá, pues, echá los caballos que ya se hace tarde y estarán apurados.

—Yo no me sé apurar nunca cuando estoy al lado de mozas lindas, respondió el paisano—al contrario, me siento más mancarron mañero y ni á cuarta me sacan de su lado.

—Es que ya se ha hecho tarde y queremos cerrar para recojernos.

—Pues nos quedaremos aquí y será lo mismo—pueden cerrar cuando gusten no más que nosotros les serviremos de compañía.

Aquí las señoras empezaron á juleparse y yo mismo tomaba mal olor á la cosa—felizmente todavia no habia soltado mi caballo y tendria con que huir si la cosa apuraba.

—Pero ustedes dijeron que estaban de prisa, exclamó doña Tránsito, poniéndose seria, y ya no tienen que hacer aquí; pueden echar los caballos y retirarse, porque no podemos ofrecerles donde dormir á causa de que ni tenemos pieza ni queremos que hable la gente.

—Pues lo mismo nos dá, porque nos quedamos

dijo otro de los hombres, y despues bailaremos un poco.

—Si quieren armar baile busquen en dónde, pero váyanse de aquí: yo creo que no nos han de pagar con una mortificacion el bien que les hemos hecho, de tan buena voluntad.

—Bueno, esas palabras me gustan de alma, respondió el primero que habia llegado, que parecia mandar á todos, y nos vamos sobre el pucho, pero ántes nos vá á hacer el favor de entregarnos la plata que tiene guardada.

Ya no habia duda ninguna, aquella era gente que habia ido derechamente á robar.

Doña Tránsito creyó que con negar podia salvar la plata y dijo que no tenia ni un medio.

—Qué plata quieren que tengamos nosotras, pobres miserables mujeres? gracias que tengamos un pedazo de carne con qué hacer un churrasco.

—Miren, dijo el hombre, conmigo no valen las paradas, nosotros hemos venido aquí derechamente á buscarla plata que ustedes tienen de la lana que han vendido, lo demás no ha sido sinó el pretesto para entrar.

Con que pronto, que ya se hace tarde—aflojen la mosca y nos iremos en el acto.

Doña Tránsito se echó á temblar mientras Maria agarraba los chiquilines y los apretaba contra ella como si quisiera salvarles de algun peligro.

—Yo no tengo plata, dijo doña Tránsito, llorando ya amargamente, somos unas infelices que nada tenemos mas que esas cuantas ovejitas que están en el corral.

—Y la plata de la lana? qué han hecho la plata en que vendieron la lana?

—Se la hemos dado á guardar al dueño de la esquina que hay allí abajo, mientras vuelve mi marido—vayan á pedirse á él que se la dará.

La pobre doña Tránsito creia que de este modo iba á salvar sus pesitos, pero no fué así.

Sin duda con su disculpa los hombres se calentaron y el que habia pedido la plata que era ya el único que hablaba, se le acercó cuchillo en mano y le dijo:

—Conmigo pocos juguetes! ó cantás donde tenés la plata ó te dejo yo muda para toda la vida! pronto y á no jorobar.

La pobre patrona hizo el último esfuerzo sobre su coraje y dijo:

—Pero si no tenemos ni un medio en casa! busquen por todas partes y verán como nada hallan.

—Y qué te crees que nosotros tenemos el tiempo para andar buscando lo que se nos puede decir donde está? verás como yo te hago hablar pronto.

Y sin agregar una palabra mas, dió á doña Tránsito una puñalada que le metió medio facon en el pecho.

—Dios me ayude! no me mate! no me mate por Dios! gritó la pobre patrona, que yo les daré cuanto tengo!

Los otros hombres se echaron á reir al ver que pronto habia cautado doña Tránsito y sacaron tambien sus facones como si fueran á hacer lo mismo con Maria.

Yo entonces como si Dios me hubiera dado alas y

aprovechando la confusion, me salí afuera, salté á caballo y me vine á pedir auxilio.

Hagan, pues, el favor de venir, concluyó, miren que esos hombres ván á matar á todo el mundo.

La narracion del peoncito habia concluido con el poco de ánimo que tenian aquellos; los paisanos estaban contanimados con el terror que mostraban los vijilantes y no se atrevian á decir la menor palabra.

Fué el cabo el primero que habló, con voz temblorosa y agitada, negándose á prestar el auxilio que se le pedia.

—Esos hombres, por lo que el muchacho dice, exclamó, no pueden ser otros que los Barrientos y con ellos no se puede hacer nada.

Todo el mundo sabe que pelean con partidas mandadas por señores oficiales y las ponen en fuga y qué vamos á hacer nosotros los tres y lejos de todo auxilio?

De todos modos ya habrá sucedido lo que iba á suceder y con ir no vamos á resucitar los muertos.

Mejor es que nos quedemos aquí, donde hacemos falta si llegan á venir, pues estando prevenidos y encerrados podemos evitar que nos degüellen tambien.

—Yo no creo que esos hombres sean los Barrientos, dijo el pulpero, echándose al gañote un enorme vaso de caña para criar coraje.

Los Barrientos, segun dicen, andan armados de trabuco y todos sus hechos los cometen á trabucos y aquí no se ha oido ningun ruido de tiros.

—Es que como son mujeres que no pueden hacerles resistencia, habrán tenido de sobra con el puñal.

—Yo no les he visto ningun trabuco, dijo el peoncito y puede ser muy bien que no sean los Barrientos.

Por qué no vamos hasta allá? nada se siente afuera—tal vez estén contando la plata y de lejos no más, con las carabinas se les puede matar.

—Ni por un queso! dijo el cabo resueltamente, sin órden yo no me meto con esa gente y demasado hago con quedarme á cuidar que no vengán aquí á cometer un nuevo crimen—aquello ya de todos modos no tiene remedio.

—Pues yo, bien montado, no tengo miedo de acercarme, dijo el pulpero, que era un hombre de bastante coraje: casualmente mi caballo está en la estaca y con echayle el recado estamos listos.

—Yo lo ayudaré dijo el peoncito que estaba afijidísimo, y lo acompañaré tambien: puede ser que ya se hayan ido y pueda yo entonces curar la herida de la pobre doña Tránsito, si es que vive todavia.

No sin que el cabo y el vijilante hicieran sus protestas, el pulpero abrió la puerta y salió afuera, no sin haber antes amartillado el revólver, por las dudas.

No se veia nada ni se sentia el menor rumor, ni allí ni en los alrededores.

Ayudado del peon puso el recado y el freno al caballo que estaba allí á la estaca y ambos salieron con las mayores precauciones.

En el rancho no habia luz ni se notaba el menor

movimiento que indicara la presencia de una persona.

El peoncito se adelantó y llegando á la puerta del rancho, se puso á llamar, primero despacio y despues á grandes voces, á doña Tránsito primero y despues á Maria, pero nadie respondia á sus voces: parecia que en la casa todós hubieran muerto.

Era indudable que los habitantes de la casa, habian sido muertos ó llevados de allí, pues no se percibia en la casa la menor señal de vida.

—Será posible que las hayan muerto? preguntó conmovido el pulpero.

—No se sienten los chiquillos, contestó el peoncito.

—Es fácil que despues de robar se hayan ido y entónces Maria y doña Tránsito, habrán salido al campo llevando los chicos por temor que vuelvan.

—Pero vamos á entrar y así saldremos de dudas.

—No tengo coraje, contestó el peoncito, porque se me hace que los voy á encontrar á todos con la cabeza cortada.

Y el pobre muchacho empezó á sollozar dolorosamente!

Viendo que así nada hacian, regresaron á la pulperia á dar cuenta de lo que habian visto.

En la pulperia todos seguian dominados por el espanto que aumentaban los milicos con la carracion de hechos terribles.

Cuando llegaron, tuvieron que declarar quienes eran para que les abrieran la puerta.

—Y qué ha resultado? preguntó el cabo, están ahí todavia?

—No están, se han ido y parece que de firme porque no se siente ni el mas lejano rumor, pero tampoco se siente á las patronas, por lo que parece que á todos los habrán muerto.

Ahora es preciso que me acompañen á registrar la casa para ver lo que ha sucedido y buscar á las patronas en el campo sinó están dentro de la casa.

—Yo no voy hasta que no sea de dia, contestó el cabo, y esto con mucha precaucion, porque estos bandidos son finos y muy mal intencionados.

Quién le dice á usted que no estén ahí escondidos esperando que vaya alguno para secarlo de un tracaazo?

Ya han sucedido muchos casos como este y no quiero yo que por no andar prevenido me vengán á dejar frito.

De dia ya es otra cosa, se vé de léjos y uno tiene tiempo de ponerse en retirada si no le conviene la partida.

Toda reflexion fué inútil, pues los Policias declararon terminantemente que antes de ser de dia claro no se movian de allí.

El peoncito quiso salir nuevamente, con la esperanza de encontrar en el campo á las patronas, pero esta vez no lo dejaron.

—Con entrar y salir á cada momento no vá á remediar nada, le dijeron, y nos compromete obligándonos á abrir y cerrar la puerta á cada rato.

El muchacho se quedó, pero se puso á llorar; tenia idolatria por sus patronas y no podia confor-

marse con que las hubieran muerto sin que él se hubiera quedado á defenderlas.

Comentando el suceso y lo que habian hecho ó no hecho los Barrientos, pues los Barrientos debian ser, pasaron toda la noche, sin atreverse siquiera á dormir un momento, por temor que vinieran á asaltar la pulperia, y los agarraran dormidos.

Al otro dia por la mañana empezaron los grandes preparativos para averiguar lo que habia pasado.

Los milicos no se atrevian á salir sin llevar sus armas bien preparadas y listas, y era preciso esperarlos.

Por fin despues de mil compadras y composturas, dijeron que estaban prontos, resolviéndose á salir.

El peoncito se adelantó solo, pues ya no podia contener la ansiedad que le dominaba.

Todo el aspecto de la casa era de un mal presagio: las piezas estaban abiertas y los animales sueltos, sin tener quien les echara, entraban y salian en completa libertad y la mayor pereza.

Al verla no era posible dudar que aquella casa estuviera deshabitada.

No habian llegado á la casa milicos y paisanos, cuando vieron salir al peoncito dando gritos terribles.

—A todos los han muerto! gritaba, ni siquiera los niños se han salvado!

Córranlos por Dios, córranlos, que aún será tiempo de alcanzarlos porque no pueden ir léjos.

—Vamos por partes, vamos por partes, dijo el cabo echando pié á tierra resueltamente, cuando supo que nadie habia dentro.

Primero es preciso ver lo que han hecho para despues proceder contra ellos.

Y dejando á uno de los soldados de centinela para que avisara si alguien se aproximaba á la casa, el cabo entró por fin seguido del milico que le quedaba y los paisanos.

—El espectáculo que se ofreció á la vista de todos era triste y conmovedor.

En la cocina habia un gran charco de sangre que provenia de la puñalada que el peoncito vió pegar á doña Tránsito, y una huella de sangre que seguia á la pieza dormitorio de las mujeres.

Era aquí donde el crimen se habia producido de la manera mas monstruosa.

La primera cosa con que se tropezaba, era con el cadáver de doña Tránsito, mutilado de una manera salvaje.

Sobre el pecho de aquel cadáver se contaban veinte y siete puñaladas de diversas dimensiones, lo que probaba que todos habian *mojado*.

La mayor parte de aquellas puñaladas eran necesaria é inmediatamente mortales, lo que probaba que habian sido inferidas despues de la muerte.

Despues este cadáver habia sido degollado de un solo tajo y por una mano muy baqueana.

El degüello se habia efectuado tanto tiempo despues de la muerte, que esta herida no habia producido sangre absolutamente.

Mas allá y estendida sobre un catre, estaba el cadáver de Maria tambien cubierto de heridas y degollado.

Este degüello se habia efectuado en vida, porque

á mas de la gran cantidad de sangre que habia brotado de allí empapando la cama, el cadáver tenia cortada una mano, como si la hubiera interpuesto entre el cubillo y el cuello, defendiendo la vida con una gran desesperacion.

Este cadáver presentaba muchos signos de violencia que mostraba que antes del asesinato habia sostenido una lucha desesperada.

Todo allí era desórden y confusion.

En un rincon y boca abajo, estaba el cadáver de uno de los niños, degollado tambien y con muchas heridas por la espalda, lo que mostraba que el niño habia andado huyendo y sido perseguido á puñaladas.

Tambien se habian cebado en este otro cadáver, pues en su cuerpecito podian contarse diez y ocho puñaladas.

El otro niño, horriblemente mutilado y degollado tambien, estaba á pocos pasos del hermanito.

Este cadáver tenia las manos cortadas en varias partes, lo que probaba que se habia defendido largo rato, evitando con las manos algunos golpes de puñal.

El baul donde guardaban el dinero y prendas, estaba roto á hachazos, habiendo en el suelo y dispersadas en gran desórden, algunas prendas de mujer, como vestidos y zapatos, que los asesinos creyeron inútil llevar.

Una vieja cómoda, mueble que formaba todo el lujo de aquella habitacion, habia sido tambien rota á hachazos, inútilmente, pues sus cajones no parecia hubieran estado cerrados con llave.

Horrorizados quedaron todos ante cuadro tan bárbaro y conmovedor.

Si aquellos hombres habian ido á robar solamente, porqué asesinaban de aquella manera cruel y cobarde sin que escaparan á su saña las mismas criaturas indefensas é inofensivas?

Aquello era el lujo del crimen inútil y cínico, llevado á su mayor exageracion.

En las paredes y en las puertas se veian huellas de diferentes manos, que se habian limpiado la sangre de que estaban empapadas.

El pobre peoncito, pasado el primer momento de estupor, cayó de rodillas delante del cadáver de doña Tránsito y se puso á llorar desesperadamente.

—Tal vez si yo me hubiera quedado, sollozó, hubiera impedido que hicieran tanta iniquidad, matando á alguno de ellos.

—No seas tonto, dijo el pulpero, y consolate, que si te quedas, lo único que hubieras sacado en limpio seria hacerte degollar y apuñalear como ellas!

—Pero siquiera no sufriria el dolor de verlas así sin haber hecho nada por defenderlas—podia haberme llevado uno de los niños y salvarlo hayendo con él!

Y siguió llorando tristemente.

Todos los paisanos estaban igualmente conmo-

vidos ante la vista de tan horroroso cuadro, siendo los soldados los únicos que conservaban aquella cruel indiferencia que dá el hábito de tales espectáculos.

—Pues amigo, exclamó el cabo con una frialdad digna de una paliza: aqui no puede haber duda que los asesinos son los Barrientos, se conoce esto en todos los detalles.

—Pero como si son los Barrientos no han tirado ningun trabucazo?

—Porque como nadie se ha defendido ni los ha amenazado, no han tenido necesidad de usar las armas de fuego.

—Esa no es razon, desde que con su trabuco han hecho volar hasta la gente dormida.

—Pues yo no se porqué no habrán usado el arma favorita, lo que si me animo á asegurar es que los que han muerto á estos, son los Barrientos y nadie mas que los Barrientos.

—Y no los ván á seguir, siquiera para saber á dónde se han dirigido? preguntó el peoncito.

—Y quién vá á seguirlos sin órden? pueden necesitarnos para otra cosa y plantarnos un reto por habernos metido á lo que no debiamos.

Lo que vamos á hacer es ir á dar cuenta inmediatamente, y así mandarán una partida mas grande y bien preparada, que podrá atajarlos donde los halle y prenderlos ó matarlos si se resisten.

—Pues yo quiero ser de la partida, exclamó el peoncito poniéndose de pié y secando sus lágrimas: yo quiero ser de la partida para hacer con ellos lo que ellos han hecho con mis patronas.

Y lleno de hermosa decision se puso de pié y se preparó á marchar con los soldados.

Estos no se hicieron esperar mucho tiempo, pues temian que los asesinos volvieran y los encontraran allí, así es que encargando al pulpero que cuidara la casa, bajaron la rienda á los mancarrones y tomaron á gran galope la direccion del Juzgado, donde calculadamente llegaron al anochece, con el parte verbal del monstruoso sucesó.

El Juez de Paz preparó en el acto toda la Policia de que podia disponer, armando bien á algunos vecinos que indignados con aquel crimen se ofrecieron á acompañarla.

Y á la madrugada siguiente la partida se puso en marcha, á las órdenes de un oficial que pasaba por guapo y activo.

Pero es fama que aquella partida anduvo siempre en la opuesta direccion que señalaba el peoncito, regresando á los cinco dias sin haber hecho otra cosa que enterrar á los muertos y embargar las ovejas dejando un vijilante para que las cuidara.

Y como á este procedimiento estaba acostumbrado el vecindario, nadie dijo una sola palabra, encontrando muy natural y lógico el proceder de aquella partida.

LOS BARRIENTOS SE HACEN VER

Así se iban acumulando á los Barrientos hechos que nadie les habia visto cometer, y á quienes nadie declaraba tampoco haber visto pasar ni cerca del teatro de los sucesos.

Pero la policia decia que eran los Barrientos y habia que creer ó reventar: ya sabia ella por qué lo aseguraba.

Y los partes venian de la ciudad y los diarios los comentaban, asombrados que una partida de cinco bandidos recorriese así la campaña sin que la Policia intentase darles caza.

Esta se disculpaba con que los Barrientos andaban montados de una manera tan famosa que era imposibles darles alcance.

—Es que los Barrientos no huyen, observaban, es al contrario la Policia la que huye de ellos, pues hasta ahora no se tienen noticias que se haya emprendido sobre ellos una persecucion seria.

—Porque no se sabe donde están, contestaban, siendo los mismos vecinos los que nada quieren declarar contra ellos.

Y en realidad, no habia quien quisiera declarar contra ellos, porque de todos modos la Policia nada habia de hacer por tomarlos, y ellos quedaban espuestos á la justa venganza, que nunca tardaba en cumplirse.

Pulpero habia que, teniendo en su casa á los Barrientos y demás compañeros dijo á una partida que llegó á buscarlos.

—Hace dos horas que han salido de aquí al tranquito en direccion á la otra esquina: estoy seguro que antes de dos leguas los alcanzan.

—Y por qué hace esto amigo? le habian preguntado—no vé que se compromete y se echa encima á la justicia:

—Porque de todos modos nada han de hacer, los Barrientos los correrian como siempre y se volverian en contra mia por haberlos vendido.

Y quién me saca á mí de encima las puñaladas que me peguen, y quién me pone otra casa si llegan á saquearme esta?

La lógica era indestructible y á los negociantes les hacia mas cuenta estar bien con los Barrientos que con la Policia, que si alguna vez caia á sus casas, era para jugar, mamarse como cualquier hijo de vecino y apalearse injustamente al primer infeliz con quien se topaban.

La Policia tuvo al fin noticias seguras de los hermanos Barrientos y sus compañeros, á quienes segun mentas se podian tomar con mucha facilidad.

A dos cuadras de la plaza de Juarez, habia un

garito y baile que se habia establecido hacia pocos meses, cuyo garito era regenteado por dos mujeres de mala vida, capaces ellas mismas de cualquier atrocidad.

Estas eran la gentil Virginia, gran borrachona y descamisada á quien ya no tenia el diablo por donde agarrar, pero que conservaba muchos rasgos de una belleza bien acentuada y que debia haber sido magnífica en sus buenos tiempos.

En los hábitos y modo de ser de Virginia, se veian las sombras de una existencia mejor y feliz, pero el vicio la habia llevado por fin á aquel último y nauseabundo escalon, donde cualquier gaucho mamau discutia á rebencazos con ella el precio de la tranca, ó sacaba el cuchillo y le cortaba la trenza.

La compañera de Virginia era una tal Anita, mas ó menos de sus mismas condiciones, aunque mas jóven y mas hermosa, es decir, menos destruida.

Las dos mujeres, cuyas agallas no dejaban nada que desear al mas exigente, se bastaban para dirigir aquella casa, que mas podia llamarse un pandemonium que otra cosa.

Muchas veces habian tenido que aguantarse alguna buena vuelta de rebencazos, pero esto no parecia ser comida indigesta para sus matambres, pues siempre la habian soportado con buena entereza, sin dejar de hacer frente al rebenque y á quien lo manejaba.

Al principio y á la novedad y cebo de las mujeres caia á los bailes y jugada diaria lo mejor del partido de Juarez.

Pero poco á poco y como era natural la buena gente empezó á retirarse y solo quedaron como concurrentes asiduos, los vagos jugadores y la gente de justicia, infaltable á este género de milongas.

Todas las noches habia allí grandes bochinches, produciéndose cada gresca que amenazaba concluir con un incendio, pero las propietarias se manejaban de modo que todo quedaba concluido en un momento aunque fueran ellas las mas doloridas victimas.

Y era tal la fama de que gozaban, que cuando reprochaban á algun paisano el hecho de haberles dado un bofetón, respondia sonriendo:

—Pero si esto son confites! ellas están acostumbradas á palabras mucho mayores todavia!

A los tres meses de estar establecidas en Juarez, tenian ya mas costurones de rebenque que pesos en el bolsillo, pues era aquella la moneda con que generalmente les pagaban.

De milonga en milonga y de tapete en tapete, unas

veces á caballo y otras veces en simple peludo, los Barrientos y sus compañeros llegaron á Juarez, donde fueron agradablemente sorprendidos por la noticia de aquel nuevo establecimiento de placer desconocido para ellos.

Solo Emilio Acosta conocia esta clase de parrandas, pues como se sabe era hombre de otra esfera, que habia corrido su buena parte de mundo.

Aburrido de estas cosas, la noticia no le hizo gran impresion, pero no sucedió lo mismo con sus cuatro compañeros, que cayeron á la timbirimba, como moscas que acuden á un terron de azúcar.

El horrible Chicoca y el feróz Cajoles, fueron hechos á un lado al momento por las mozas, que se fueron de hoco sobre Julio, cuya cara jovial y traviesa así como la compostura paquete les llamó la atención desde el primer momento.

Pero la bolada no era pareja, y mientras Anita pasaba los dedos por los negros y lucientes rulos del paisano, Virginia apechugó con Pedro Barrientos cuya juventud estaba entonces en su apogeo.

Desde aquel dia fueron los Barrientos los reyes del tapete y los dueños absolutos de la casa ¿quién se atreveria á apuntar la banca que ellos habian copado?

Unos se retiraron decididos á no volver hasta que aquellos no desalojaran el campo, quedando solo los mas bandidos y alguna gente de Policia que se hizo no saber quienes eran los peligrosos forasteros.

Y allí, á dos cuadras de la plaza, y por consiguiente del Juzgado, armaban cada escándalo que se sentia de diez cuadras, sin que la policia se permitiera intervenir para nada.

Ya sabia que clase de pájaros eran aquellos y calculaba cual podia ser el resultado de cualquier encuentro.

Pero no hay nada estable en la vida y despues de dos meses de farra, los Barrientos empezaron á aburrirse de aquellos amores que ningun atractivo tenian para el espíritu.

Creyendo que esto no podia tener mas consecuencias que un rebencazo y cediendo al vicio que las dominaba, Anita se la pegó á Julio con un sargento de Policia, antiguo marchante de la casa y antiguo y rendido amante tambien.

Pero esta clase de bromas no podian gastarse con Julio, que tenia las pulgas puestas en su lugar.

Sabedor del hecho, se puso á espiar á sus burladores, á quienes halló, cuando menos lo esperaban, en el mas furioso y constante duo de besos y abrazos.

Verlos, alzar el rebenque y empezar á soplarle los lomos, fué todo uno.

A la griteria acudió Pedro, pretendiendo hacer volar la pareja de un trabucazo, pero Julio se interpuso é impidió se cometiera el doble asesinato.

En seguida y ayudado por Pedro y Acosta, puso en paños menores á los dos amantes, los ató sobre su caballo y los soltó á la calle corriéndolos unas cuadras á rebencazos.

Aquello produjo un gracioso conflicto en todo el pueblo, que se formaba en grandes grupos, para sa-

borear con alegres carcajadas el traje peregrino y la graciosa catadura de Anita y el sargento, que iba tratando de esconder el semblante sobre el pecho, mientras ella lloraba amargamente.

Como el caballo que montaban era el mismo del sargento, despues que Julio dejó de perseguirlos, enderezó con paso pátrio á la querencia que no era otra que el patio del Juzgado, á cuya puerta permaneció mas de un cuarto de hora.

En todo el trayecto recorrido por el pueblo y en su estadia delante de la puerta del Juzgado, no hubo quien se atreviera á desatar los ginetes, ni siquiera á tirarles un poncho para que se cubrieran.

Aquella graciosa y traviesa venganza hizo época en el pueblo de Juarez, donde todavia se cuenta á grandes carcajadas y palmoteos.

Despues de esta aventura que terminaba sus amores, los Barrientos decidieron marchar de allí, en direccion á Lavalle, donde habia á la sazón algunas carreras y diferentes jugadas.

Y al dia siguiente muy de madrugada, despues de una buena merma en las bebidas de la casa donde aun quedaba la desolada Virginia, emprendieron el viaje sin que se les dijera la menor palabra.

En Lavalle hicieron de las suyas, corrieron, pelearon, jugaron y no teniendo mas que hacer, pasaron á Pillahuinco, y de allí al Sauce Corto, hoy partido Coronel Suarez.

Fué en este último punto que fijaron su residencia temporal andando como siempre de baile en baile y de jugada en jugada.

Como les bastaba nombrarse para que todos les hicieran el mejor lugar tratando de no disgustarlos, llevaban una existencia feliz y sin el menor contratiempo.

Los pulperos, por propia conveniencia les abrian sus puertas y su crédito del que felizmente no abusaban, pues de otro modo ellos se las hubieran abierto y sacado á puñaladas mas de lo que necesitaban.

Cuando tenian dinero, pagaban el gasto sin mirar precio; solo cuando andaban en la mala usaban de su crédito con cierta moderacion, al extremo de que en la mayor parte de las pulperias tenian cuenta corriente, que arreglaban cuando la suerte los protegía.

El horrible Chicoca y Cajoles eran medio remisos para pagar—no hubieran aflojado un medio por nada de este mundo—pero Julio Barrientos los obligaba á cumplir, diciéndoles:

—Para conservar el crédito es preciso cumplir con él, de otro modo nadie les dará nada.

—Lo tomaremos á la fuerza y siempre será lo mismo.

—No, porque nosotros no somos una banda de ladrones y el que quiera robar así, puede separarse de nosotros porque no me conviene perder mi buen nombre.

Y Chicoca y Cajoles no tenian mas remedio que pagar, lo que aumentaba el crédito de Julio de una manera increíble.

Pulpero habia que no solo daba á Julio Barrientos

cuanto gasto le pedia, sinó que hasta le suplía dinero cuando tenia necesidad.

Cómo era posible que éste hombre asesinara para robar, á doña Tránsito, los mercachifles y demás robos con asesinato que se relataban?

Usando así de su dinero cuando lo tenia y de su crédito cuando no lo tenia, Julio Barrientos andaba siempre paquetísimo y lleno de pilchas lujosas, hasta no carecer de algun reloj y mejores anillos, pilchas á que no tenia el menor apego, pues con increíble facilidad las regalaba á la primer muchacha que le llenaba el ojo y el corazón.

Bien aceitada la cabellera, que se cuidaba con especial esmero, era ella el juguete de las mozas que recreaban sus manos paseándolas entre los enormes rulos.

La Policia de frontera conocia su paradero y sus guaridas, pero no hacia la menor tentativa de perseguirlos, alejándose mas bien cuando ellos se aproximaban al paraje por ellos ocupado.

Es que ya estaban convencidos que no habia medio posible de sorprenderlos.

Cuando se entregaban al sueño, lo hacian siempre al lado de sus parejeros, mientras uno de ellos montaba la guardia mas rigurosa, dando vueltas siempre á una cuadra de distancia del grupo.

De modo que en cuanto se sentia tropel de caballos que pudiera indicar la presencia de gente de Policia, avisados por el centinela todos estaban á caballo inmediatamente y con sus armas preparadas á todo evento.

De modo que en vez de sorprenderlos la Policia era siempre la sorprendida, pues antes de sospecharlo era saludada por una descarga de trabuco que no se repetia nunca, pues buen cuidado tenia de abandonarles el campo.

Si se entregaban á alguna parranda que podia terminar en general peludo, Julio no formaba parte de ella y se dedicaba á hacer el servicio de vigilancia, acompañado de Acosta que no era tampoco amigo de beber con exceso.

En aquel tiempo andaba por el Sauce Corto el jóven Federico Peralta, sobrino del comandante Iranzo, conocidísimo en aquellos pagos.

Federico Peralta era un jóven bien parecido, travieso y cuyas mentas de mozo guapo se referian por ahí en mil aventuras galludas.

El tenia banca con todas las mujeres, porque al prestigio de ser mozo fino y decente, unia el de ser un gran tocador de guitarra y un cantor que no habia mas que pedir.

Peralta era amigo de las parrandas y jugadas, sin cuidarse de la gente con que se daba, porque nunca tuvo pereza de sacar su daga y medirse en leal combate con el paisano mas entrañado ó el hombre de mas fama.

—Es preciso ver donde se mete ahora, le habian dicho, porque por el pago anda Julio Barrientos y dicen que no aguanta pulgas.

—Julio Barrientos es un hombre como yo y como cualquier otro, habia respondido, yo no me meteré con él porque yo no me meto con nadie, pero si él me busca no se ha de ir con la fama, porque un hombre vale otro hombre y él no ha de ser mas que los otros.

Y con la mayor confianza seguia concurriendo á todas partes sin preocuparse jamás de la gente con quien pudiera encontrarse.

Por su interminable alegria y por verlo tan jóven y tan valiente, los paisanos se habian encariñado con él al extremo de escuchar como una gracia de chiquillo sus mayores injurias.

Sin embargo estas gracias habian solido subir de punto y Peralta habia tenido sus lances en que tuvo que pelear de firme para salir airoso.

Sus travesuras se contaban de la manera mas risueña, encontrándose bien todo lo que hacia, por aquello de ser sobrino del Comandante Iranzo, es decir de la autoridad.

Peralta tenia sus vicios como sus virtudes, lo que le habian hecho presagiar un mal fin, por aquellos que lo aconsejaban siempre queriéndolo traer á una vida mas arreglada y de trabajo.

—Todo es trabajo, contestaba Peralta, lo mismo se trabaja con el lazo que con la baraja, siendo la sola diferencia que un trabajo es mas liviano que el otro y yo no he nacido para quebrarme el lomo trabajando como un peon para ganar el puchero que puedo adquirir mas descansadamente.

Así no habia querido oír nunca ningun consejo á este respecto, y como era tan jóven, todos decian: con la edad le vendrá el juicio.

Para que un hombre sea de provecho, es preciso que cuando muchacho se haya divertido bien, dejen que le saque el jugo á la edad, mientras no haga cosas de compromiso.

Así Peralta era capaz de galopar cuarenta leguas para asistir á un baile ó a una parranda, sin que la distancia lo acobardara.

Era como mandado hacer para marchar y muy capaz de descansar un galope de treinta leguas, bailando toda una noche.

Andando de fiesta en fiesta, Peralta cayó á un boliche situado en las *Tres horquetas*, inmediato á la conocida estancia de don Gregorio Soler.

El dueño de ese boliche era un italiano llamado Pedro Cardo, no sabemos si por simple sobrenombre, hombre de buen humor, que solia armar en su boliche grandes parrandas y jugadas, con el objeto de atraer gente y hacer buen negocio, pues cada reunion la hacia durar una semana por lo menos.

Sabido es que á estas reuniones asiste toda la gente de los alrededores, con su dinero en el tirador y dispuesta á jugar cuanto llevan.

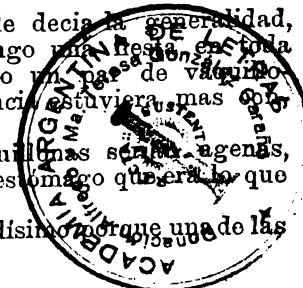
Así es que la fiesta dura no solo hasta que dura la plata, sinó mientras á los concurrentes queda alguna hilacha que empeñar.

Así se vé que muchos de los que llegan con mucha plata y mejor aperados, salen con una pobre jerga por toda montura y la faja puesta de bocado por todo freno.

El gringo Cardo, como le decia la generalidad, habia armado aquel Domingo una fiesta en toda regla, carneando con cuero un pago de vaquillonas, para que la concurrencia estuviera mas contenta.

Por supuesto que las vaquillonas se agotaron, pero llenaban la vista y el estómago que era lo que Cardo necesitaba.

El boliche estaba concurridísimo, como que una de las



carreras era entre el tordillo del capataz de Soler y el rabicano del amigo Juan Mura, á cuyas patas se podia jugar toda la plata del mundo, segun sus partidarios, que eran muchos, á pesar de ser famoso y reputado el tordillo del capataz.

Esta sola carrera habia llevado al boliche toda la peonada de Gregorio Soler y todo el grupo de amigos de Juan Mura, entre los que habian armado otras carreras de menos menta.

Formados en buena linea de batalla, se veian en el boliche una gran cantidad de damajuanas de diferentes bebidas, que era lo que Cardo aspiraba á despachar y por lo que bien podia calcularse la cantidad de trancas que agarrarian los paisanos.

Todos iban con pesos y dispuestos á jugar hasta el último, y como al que gana no le duele pagar, don Pedro se preparaba á tener una ganancia pingüe.

Despues de preparar el estómago con una buena vuelta de copas, empezaron las carreras en medio de la mayor alegría, aunque flojas en las apuestas porque todos querian conservar los reales para la del tordillo y el rabicano.

Peralta riendo alegremente jugaba firme, diciendo que ese dia iba á dejar allí su cuero ó se iba á ir con el de todos.

Ya se habian corrido dos ó tres, y consumido otras tantas damajuanas, cuando apareció en el boliche un grupo de cinco paisanos por cuyo traje y armas se pudo fácilmente conocer á los Barrientos y su banda.

—Dios guarde á la buena gente! gritó Julio adelantándose—si dan permiso tomaremos parte en la fiesta, con el respeto debido.

—Adelante, ¿cómo no? contestó el del boliche, temblando de miedo, porque creyó que negarse hubiera sido provocar ya un conflicto.

Julio Barrientos echó pié á tierra y detrás de él los otros, acomodando en seguida los caballos en paraje seguro.

Preocupados en la carrera del tordillo que iba á correr en aquel momento, no fué grande la impresion que causó al pronto la llegada de aquellos peligrosos huéspedes que se presentaban de una manera tan aceptable.

Los recién venidos tomaron colocacion entre los demás paisanos, é hicieron algunas preguntas sobre los caballos que corrian.

Cinco minutos despues salian los caballos y despues de tomar colocacion el rayero, partieron en vertiginosa carrera.

Mas vistoso y mejor compuesto, el tordillo del capataz se habia llevado la mayor parte de las apuestas.

—A mí me gusta mas el rabicano, habia dicho Julio jugando á él una buena suma, y aunque con ménos dinero, Pedro y los demás lo siguieron en su opinion.

El tordillo salió adelante, y aunque el capataz era hombre hábil y la carrera á costilla, bien pronto el rabicano se le puso al lado y lo pasó por un cuerpo de caballo, ganando la carrera con tanta limpieza que no hubo que alegar por parte de los perdedores.

Las carreras á costilla, las decide casi siempre mas

la habilidad de los corredores que la lijereza de los caballos, pues se van estorbando, pechando y calzando muchas veces con el pié al caballo contrario sin dejarlo adelantar.

Así es que despues de la carrera, todo es alegacion y pretestos mas ó menos bien fundados para no pagar lo que se ha perdido.

Pero en aquella carrera no hubo nada que alegar, pues se habia corrido con la mayor limpieza y legalidad.

Las apuestas se pagaron sin la menor resistencia y la fiesta siguió en la mejor armonía.

Se tomó en seguida largamente la copa, mientras se organizaban nuevas carreras, lo que no fué difícil, porque todos los paisanos habian acudido con su mejor carta.

Julio propuso una carrera con su parejero y le fué aceptada al momento, no solo porque habia con qué correrle, sino por no contrariarlo.

Las apuestas se cruzaron muy flojas al principio, porque aunque el caballo de Toledo era muy bueno, no se sabia lo que seria el de Julio; como pinta no podia ser mejor.

Despues de las primeras partidas toda la plata estuvo por el caballo de Julio—Toledo segun el cálculo de todos debia perder.

Y así sucedió en efecto, ganando Barrientos por mas de dos cuerpos de caballo.

—Lindo pingo! exclamó Toledo sin el menor resentimiento, á ese no hay quien le gane en todo el partido!

—Como que es el de huir de la Policia! respondió Julio sonriendo—así no mas no se me alcanza á mí!

Aunque esta carrera fué á costilla como la anterior, se corrió con suma limpieza y no hubo que alegar por parte de los perdedores.

Peralta fué el único que quiso salir con una pata de gallo, pero como los demás pagaron sin la menor resistencia, tuvo él que hacer lo mismo y dejarse de alegaciones.

Terminada con esta las carreras de aquel dia, empezaron á formarse distintos grupos de jugadores, buscando desquite los que habian perdido en las carreras, ya en las cartas, ya en la taba.

Se jugaba al choclon, por lujo, y la alegría era general, porque aunque la mayor parte de los paisanos habian perdido en las carreras, habian perdido en buena ley y no les dolía la plata.

Al grupo en que jugaban Julio Barrientos y Emilio Acosta se acercó Federico Peralta y empezó á llevarles el apunte con muy buena suerte.

Julio no estaba en las cartas de tan buena suerte como en las carreras y perdía de cada cinco paradas tres, por lo menos, que le ganaba Peralta que era hombre vivísimo para esta clase de juegos.

Emilio Acosta, que seguía á Barrientos en sus paradas, perdía también á cada momento, pero sin que por esto decayera un momento la alegría.

Al grupo donde jugaba estos, se fueron acercando poco á poco todos, hasta que no hubo jugador que no viniera á tomar parte en aquella partida tan reñida.

Julio perdía y pagaba con una serenidad inmovible.

Espiando una buena jugada hizo un copo sobe

rano que lo concuyó de parar por el resto de la noche.

Sin embargo, á la madrugada, Julio y Emilio habian perdido en las cartas cuanto ganaron en las carreras.

No les quedaba mas capital que el que habian llevado, por lo que resolvieron suspender la jugada hasta mas tarde, para ver si la suerte cambiaba.

Peralta se habia puesto las botas, ganando hasta aburrirse.

Por su parte Pedro, Chicoca y Cajoles no lo habian hecho tan mal, porque entre los naipes y el choclon habian hecho una regular ganancia.

En toda la jugada no habia sonado una palabra desagradable que enfriase la general alegria.

Peralta habia bebido con exeso y andaba compadreando con el rollo de plata, pero como á nadie chocaba nadie le respondia de mal modo.

Cansados de jugar y de beber, los paisanos fueron quedándose dormidos, buscando un rato de descanso para empezar de nuevo.

Despues de la siesta y de algunas carreras de poca monta que se corrieron, se armaron las diferentes partidas de choclon, naipe y taba.

Como el dia anterior, Peralta, Julio y Acosta se encontraron de adversarios, y como el dia anterior tambien, empezó Peralta á ganarles el dinero con increíble facilidad.

Julio y Acosta pagaban sin el menor inconveniente, pero fuese que la suerte lo hubiera puesto soberbio, sea que la bebida empezase á hacer su efecto, Peralta se habia puesto inaguantable.

Cada parada que ganaba soltaba una pulla mas ó menos prosera, ya á Julio ya á Acosta, sin que estos se dieran por ofendidos.

—Es natural que el que gana esté alegre, decia Acosta; pero la suerte es inconstante y ya nos llegará el turno.

—En la vida! contestaba Peralta, yo los he agarrado como á hijos y no les levanto la mano ni el año que viene.

—Mire amigo que yo juego la plata y hasta las pilchas, habia dicho Barrientos con cierta altanería, pero nunca juego la paciencia, porque esta debe quedar siempre en su lugar.

—Pero yo cuando gano me cobro de toda moneda, habia respondido Peralta y peor para el que no quiera pagarme.

—Cada cual sabe lo que hace y Dios con todos, contestó Julio—y siguió jugando y perdiendo sin decir una palabra.

Julio y Acosta, que estaban decididamente en la mala, perdieron cuanto medio tenian, empezando á echar mano de aquellas pilchas que no podian hacerles gran falta.

Y Peralta siguió ganándoles sin abandonar su tono chocante y mortificador.

Aunque callados la boca y si querer responder una palabra, fácilmente se comprendia que los dos socios estaban juntando rabia y que si las cosas seguian así, no tardarian en estallar.

Junto con la última pilcha perdida, y no teniendo ya nada que jugar, Julio y Acosta se levantaron y se retiraron, unos á la ramada y otros á la cocina, quedando entre los últimos, los Barrientos y sus

compañeros, y algunos otros paisanos en número de doce ó catorce, entre los que se hallaba Peralta.

Sentados al rededor del fogan, empezaron todos á ventados del resultado de las jugadas, comentando la constancia que con Acosta y Julio habia tenido la mala suerte.

—Es que yo soy así, contestó Peralta, porque conmigo no se puede, es en vano—el hombre superior tiene que serlo en todo, y cuando yo agarro á uno de hijo, no me le apeo en la vida!

—Oiga mozo una cosa, dijo entonces Julio, para que vaya aprendiendo á vivir.

Si mientras jugábamos yo le soportaba cuanto le ha dado la gana de decir, ha sido porque nadie pensara que armaba riña para no pagar lo que perdía.

Pero ahora no estamos jugando, cada cual tiene la paciencia en su lugar, y es bueno que no se olvide que habla con Julio Barrientos.

La cosa empezaba á tomar mal aspecto, agravándose con otras repuestas de Peralta.

—Pues si usted es Julio Barrientos yo soy Federico Peralta y estamos en paz—con la parada nadie me ha asustado hasta ahora ni ha de asustarme nunca—dejémonos, pues, de ponderaciones.

—Si le sucede algo, bien merecido lo tendrá por compadre, dijo Mura juiciosamente: hace ya mucho tiempo que está buscando camorra, sin comprender que no quieren hacerle caso.

—Si lo mismo será que me hagan, respondió Peralta, ya saben como soy yo, con que es envano darse tono ni intulas de ser grandes cosas.

Julio guardó silencio todavia, y dirigió la palabra á los demás, ponderando el rabicano de Mura, como si quisiera cambiar la conversacion y sacarla de aquel terreno vidrioso en que nada bueno podia resultar.

Pero Peralta se habia empeñado en armar pelea y al fin y al cabo iba á ser necesario hacerle el gusto.

Y siguió chocando á los paisanos de una manera inaguantable ya.

—Qué haces hermano que no le das un sopapo á ese compadrito? preguntó Pedro que habia perdido los estribos.

—Será porque es aguantador no mas, contestó Peralta, ó porque me habrá conocido: si estos maulas son pura boca no mas!

—Mire amigo, si no le he dado ya un sopapo, es porque conozco el peso de mi mano y usted no vale la pena, pero ya está bueno de bromas y silencio porque le rompo el alma.

—Si se mama y toma suero, respondió Peralta sacando el facon y yéndose sobre Julio—vamos á ver esa porqueria para lo que sirve.

Julio saltó como una vivora, puñal en mano y como Pedro habia hecho lo mismo, lo obligó á sentarse, y marchó al encuentro de Peralta.

Los paisanos formaron al momento un círculo, en cuyo centro quedaron Julio y Peralta dispuestos á sacarse el sebo.

—Vamos á ver porqueria, dijo el primero, vamos á ver ahora si sos tan guapo como charlatan.

Y se fué sobre él revolcando el poncho.

Peralta era bravo, fuera de toda duda, y la prueba es que habia provocado á Julio Barrientos, á pe-

sar de la terrible fama de éste y de estar acompañado.

Es claro que si él lo mataba tendría también que pelear con los otros, pero él iba contando con que si mataba á Julio que era el mejor, podría imponerse fácilmente á los demás.

La lucha fué corta pero sangrienta.

Peralta tiró dos puñaladas á Julio, pero éste envolvió con el poncho la segunda y se le fué con un golpe de punta que lo tomó en medio del pecho.

El puñal penetró lo bastante para llegar al pulmón y hacer una herida mortal.

—Madre mía! exclamó el joven, y se desplomó pesadamente despues de haber andado algunas varas como un borracho.

El efecto de la puñalada le habia hecho pasar los humos de la bebida, comprendiendo que se moria.

—Asesinos, gritó! me han asesinado! favor amigos, favor que me muero!

—Mientes puerco! gritó Pedro saltándole encima puñal en mano, te ha herido en buena ley, y para que no mientas mas, que bien puede haber quien te crea, tomó esta convidada que yo te pago.

Y le clavó el cuchillo sobre el corazón, dejándolo muerto inmediatamente.

Un rumor de desaprobacion resonó en torno del bandido, pero éste dió vuelta de una manera amenazadora, y todos guardaron silencio.

Bastaba lo sucedido para que nadie se pusiera á provocar nuevas escenas.

Chicoca y Cajoles habian bebido de una manera bestial.

No se movieron de donde estaban, festejando la puñalada de Pedro, con toda la expansion de ferocidad de que eran susceptibles.

El italiano Cardo estaba desesperado: Adios mi casa! decia, ahora se me echan encima como á cosa mala y no ván á parar hasta que me hagan cerrar la casa y emigrar del pago.

—No tenga cuidado amigo, respondió Pedro, yo tengo cuidado, que ahora le vamos á sacar el difunto para que no se comprometa.

Si sus amigos no dicen que aquí pasó la cosa, no tienen por donde saberlo y entonces usted queda libre de sospechas y persecuciones.

Y mientras decia esto, ataba un lazo á las piernas de Peralta, cuyo extremo sugetó en la cincha de su caballo.

—En la primer zanja que halle, dijo, allí quedará para que puedan hacer nido los horneros.

Y castigando el caballo lo sacó de la cocina, saliendo en seguida campo afuera con él á la rastra.

Chicoca y Cajoles montaron también á caballo y salieron para acompañar y ayudar á Pedro en su tarea mas importante, que seria, fuera de toda duda, la de despilchar el difunto, que estaria regularmente armado con lo que ganó á Julio y á Acosta.

Pedro caminó seguido de sus compañeros hasta una zanja que habia á unas tres cuadras de la pulperia, donde arrojaron el cadáver de Peralta despues de limpiarle la plata y las pilchas.

Los que despues vieron el cadáver aseguran que los tres bandidos se entretuvieron en achurarlo, pues cuando lo sacaron de la pulperia no tenia mas que dos puñaladas y cuando lo sacaron de la zanja

se le podian contar hasta veinte y siete, amen de otras crueles mutilaciones.

Concluida la tarea, regresaron á la pulperia, donde entregaron á Julio y á Acosta una buena parte del dinero que le habian sacado.

—Los muertos no precisan plata porque en el otro mundo no hay pulperias, dijo Chicoca, aquí está lo del difunto que de todos modos es de ustedes no más.

Despues de echar una última copa para todos, y pagar largamente el gasto hecho, los cinco terribles amigos montaron á caballo y se despidieron hasta muy pronto, que pegarian la vuelta.

—Si acaso la Policia se empeña en saber para donde nos hemos largado, dijo Julio á Pedro Cardo, dígame que hemos ido para Bahía Blanca; allí los esperamos unos dias por si se les ocurre algo que mandar.

Y se alejaron en la direccion indicada.

Una vez que los Barrientos se hubieron perdido de vista, el pulpero llamó á los paisanos á consejo, para ver que conducta les tenia mas cuenta seguir, si ocultar la cosa hasta que se descubriera casualmente, ó avisar á la autoridad lo que habia sucedido.

—Yo creo que esto es lo mejor, dijo Mura, porque á la larga ó á la corta la cosa se va á saber, y entonces por haberlo ocultado lo ván á embromar diciendo que ha de haber tenido parte en el asesinato.

Yo que usted me iria ahora mismo, y avisaria lo que ha pasado con toda verdad, para que asi todas las declaraciones sean iguales y no haya duda.

—Pero es que de todos modos me ván á embromar, porque ván á decir que en mi casa admito bandidos sin dar aviso.

—Es que usted está disculpado con el hecho de que á los Barrientos no los puede echar, porque lejos de irse hacen cualquier atrocidad que queda impune como todas las que llevan hechas.

De todos modos peor cosa le ha de pasar si oculta lo cometido—mejor es que vaya ahora mismo y declare, que al fin y al cabo somos muchos los que podemos asegurar que usted no podia hacer otra cosa, porque un pulpero no es brujo para poder con cinco hombres armados de trabuco y entre los cuales hay dos Barrientos: hubieran principiado por hacer con usted lo que hicieron con Peralta.

Con estas reflexiones el pulpero se animó, ensilló su caballo y dejando la casa al cuidado de aquellos paisanos que le merecian toda su confianza, se largó á dar parte de lo sucedido.

—Tal vez le agradezcan la cosa, le gritó Mura, puesto que vá á darles la noticia del paraje donde se hallan los Barrientos, no para que los prendan, sino al contrario para que no se acerquen por allí.

Esta sátira arrancó un coro de formidables carcajadas, pues en toda la campaña se sabia que la autoridad tenia miedo á los Barrientos, al estremo de no dejarse ver, ni por broma, por los parajes que ellos frecuentaban.

Para hacer todo el aparato posible Cardo salió á dos lados en su buen mancarron.

De esta manera llegaba con el caballo sudado,

ajitadísimo él mismo y con todo el aspecto del más legítimo terror.

Y balbuceando las palabras para mejor hacer el rol, dió cuenta detallada al Juzgado, de lo sucedido, pidiendo le mandaran á su casa algun socorro pues temia fuese saqueado su boliche.

—Ellos han salido diciendo que ván para Bahía Blanca, pero yo creo que este es solo un pretesto para confiarme y volver á casa á dar golpe.

—Y por qué no ha avisado ántes? en estos hechos siempre ustedes tienen la mayor culpa, porque traen tarde los avisos. despues que los malhechores han huido.

—Y cómo habia de traer antes el aviso si recién sucede la cosa? no he podido andar más ligero, que si nó, ya haria una hora que estaba aquí!

—Usted debia haber venido en cuanto ellos llegaron á su casa, de este modo se hubiera evitado lo que ya no tiene remedio.

—Y cómo quiere que viniera dejándolos solos en la casa para que hubiesen hecho lo que quisieran? Además que si me ven salir habrian sospechado á lo que iba y me hubieran dejado en el medio del campo seco de un trabucazo.

Lo bueno es que ustedes saben quiénes son los Barrientos y que con ellos no se puede jugar.

—Es el miedo que les tienen no más, cuando son unos gauchos disparadores, que en cuanto la Policía los agarre juntos verán el escarmiento que hace con ellos.

—Y cómo no les hemos de tener miedo, si hacen toda clase de herejias sin que nadie les diga nunca nada?

—Bueno, váyase á su boliche no más, que ahora irá gente á ver si los toma: de cualquier cosa que suceda mándeme aviso en el acto con cualquier paisano.

Pedro Cardo se retiró contento de haberla sacado tan barata, y se fué á su casa esperando que recién á los dos ó tres dias iria la autoridad á levantar un sumario para saber como habian pasado los hechos.

Así sucedió en efecto; dos dias despues la autoridad mandaba al Inspector Amarante, con algunos vijilantes, y al oficial de Policia Severo Varas, que tenia fama de ser severisimo con los medios frascos de ginebra.

Pero cuando llegaron ya no habia ni rastro de los Barrientos, los que efectivamente se habian ausentado al paraje que indicaron.

Amarante se retiró entónces por ser inútil su presencia, dejando al oficial encargado de enterrar al muerto y levantar el sumario correspondiente agarrando á los que aparecieron complicados.

Pero cuentan las crónicas que el oficial Varas, no pudiendo agarrar otra cosa, agarró un soberano peludo que le duró dos dias con sus correspondientes noches, siendo el sargento quien tomó las declaraciones á todos los que habian presenciado la muerte de Peralta.

La autoridad se retiró creyendo inútil ir á buscarlos á Bahía Blanca de donde habrian desaparecido cuando ellos llegaran.

Sin embargo, quince dias despues se sabia que los Barrientos, Acosta, Chicoca y Cajoles, no solo se hallaban en Bahía Blanca, como lo habian dicho, sino que tomaban la copa en la casa de negocio de Juan Molina, acompañados del mismo oficial de aquella Policia, que habia encontrado mucho mas prudente ser intimo amigo de aquellos bandidos, que su perseguidor.

Por lo menos era el medio mas seguro de no hacerse golpear.

ACTIVIDAD POLICIAL

El señor don Julio Dantas fué nombrado en aquella época jefe de Policia de la Provincia, á cuya organizacion dedicó desde el primer momento toda su inteligencia y labor.

El señor Dantas no podia explicarse cómo los Barrientos cometian aquellos crímenes sin que la Policia les diera caza, hasta que, recorriendo personalmente los partidos de campaña, se convenció de que con los agentes que habia entónces, nada de bueno se podria hacer, teniendo que esperarse por el contrario, mucho de malo.

Habian oficiales que tenian causa abierta en nuestros tribunales del crimen, alcaldes cuya casa era el almacen donde los cuatrerros depositaban los cueros robados, y vijilantes que eran los bomberos de los Barrientos y otros bandidos de menos fama, á

quienes daban aviso de cuándo, dónde y cómo podian hacer sus tiros.

Antes de empezar su persecucion á los bandidos y para que esta fuera eficaz, el señor Dantas empezó á hacer una limpieza Policial en toda regla, reduciendo á prision á aquellos agentes acusados de robo y cuatreria, cayendo entre la primer camada un tercio de alcaldes que hubieran podido darle lecciones al mismo jorobado.

Las denuncias sobre los Barrientos llovian al despacho ambulante del nuevo jefe, esperando los denunciantes que pronto se verian libres de aquel azote, mientras los Barrientos se prometian escarmantar á la nueva Policia.

Hasta entónces no habian tenido que andar huyen-

do porque la autoridad jamás se había atrevido á ir á buscarlos para reducirlos á prision.

Pero ahora la cosa cambiaba de aspecto, puesto que el primer punto del programa del señor Dantas era limpiar la campaña de los bandidos que la asolaban.

—Dicen que el nuevo jefe que nos echan encima es mozo guapo y de entrañas, esclamaba Julio, pero yo quiero ver con qué gente nos vá á perseguir.

Si es con los milicos que hay ahora, andaremos siempre en la misma; si traen nuevos milicos de la ciudad, antes que conozcan el campo tenemos tiempo de morirnos de viejos.

Y aún ocuparse mucho de la nueva organizacion policial, en nada alteraron la vida que hasta entonces habian llevado.

El nuevo jefe de Policia, por su parte, habia puesto en campaña sus mejores agentes, recomendándoles á toda costa la prision de los Barrientos y su gavilla.

Puede decirse que recién empezaba la verdadera lucha de la justicia con los criminales, lucha sangrienta y sin cuartel en que los enemigos se proponian poner en práctica todos los medios de ataque y de defensa.

Al Comisario Inspector señor Lorca, hombre activo y bravo, fué al que más se encomendó la captura de los Barrientos, porque estos frecuentaban con preferencia los parajes más vigilados por aquel.

Pero por más que los buscó y se les persiguió no se pudo dar con ellos.

¿Se ignoraba realmente el paraje donde se hallaban los Barrientos, ó se tenia miedo de ir á buscarlos á su madriguera?

Ellos por su parte habian doblado sus medios de vigilancia.

Para acostarse á dormir ensillaban sus parejeros, y en vez de uno, quedaban siempre dos de guardia, que durante el tiempo de su faccion no hacian sino recorrer el campo en todas direcciones.

Pensar, pues, en tomarlos por sorpresa era completamente inútil: habia que resolverse á pelearlos y pelearlos de firme, lo que no dejaba de hacer cosquillas en el espíritu de los vigilantes, que, siendo los mismos del antiguo personal, estaban completamente dominados por los Barrientos.

Así, viendo que la Policia nadá hacia por salirles al encuentro, los Barrientos resolvieron tomar la iniciativa.

—Es preciso mostrar á esos compadres con que clase de gente se han metido, dijo un dia Julio, para que vean que así no más y á dos tirones no me ván á llevar por delante.

Hay que ganarles el tiron y pegarles un buen susto, porque de otro modo son muy capaces de figurarse que nos ván á echar por delante con las riendas de sus pátrios, no más.

—Es preciso moverse un poco, respondió Acosta, porque yo tambien me voy aburriendo de no hacer nada, y al mismo tiempo que se les escarmiente, nos entretendremos un poco.

—Pues al avio y á desentumir la manos, agregó Pedro, que yo tengo ya como angurria de mostrar que no nos hemos muerto y que la parada del nuevo jefe no nos vá á asustar.

—El hombre ha empezado prendiendo á sus malos agentes, observó Acosta, lo que prueba que tiene carácter y corazon, pero de todos modos con esto nada ha de hacer, porque los que vengan atrás serán peores.

Convenidos en dar un buen golpe á la primera partida de Policia que hallasen, aunque esta fuera mandada por el mismo Dantas, los Barrientos hicieron su cuartel general en Tres Arroyos, de donde era Comisario Benito Casal.

Desde allí salian á merodear por el arroyo *Celromeco* y por la estancia *La Rosa*, propiedad de una buena moza, viuda de un tal Duran muerto por los indios.

Por cuanto casa de negocio hallaban en su tránsito, decian que andaban buscando á la Policia como á pleito, sin poderla hallar.

Y dejaban las señas de su guarida para que las trasmitiesen á los vijilantes que se dieran corte de preguntar por ellos.

Y no era que la Policia ignorase donde se hallaban, sino que le faltaba ánimo para irlos á buscar.

Los Comisarios, apremiados por su jefe, resolvieron muchas veces hacer una batida, pero tuvieron que renunciar por fin, en vista de que los soldados, al saber que se trataba de buscar á los Barrientos, se negaban á seguir, con diferentes pretestos.

Y muchos habian tenido la franqueza de hacer la siguiente declaracion:

—Mire, señor, aquí estamos dispuestos á seguirlo en lo que guste mandar, pero siempre que no sea para ir contra los Barrientos.

Esos hombres tienen Dios aparte y con ellos pelea el diablo—no vamos á hacer nada de provecho y ellos nos ván á poner panza arriba á las primeras de cambio.

Hacia como dos meses que no se oia hablar de los Barrientos, por lo que se creia que hubieran ganado entre los indios.

—Se están haciendo los olvidados, decia Julio—mas vale así y que les dure, porque lo que es yo, el primer susto que les prenda vá á ser con compaña.

Decididos á provocar á la Policia, por todos los medios á su alcance y viendo que de los avisos no hacian caso, una mañana montaron á caballo, y se fueron á la esquina de Paleo, bastante conocida y frecuentada por la Policia.

Como era Domingo, la esquina de Paleo estaba concurridísima por toda clase de gente, habiendo armado algunos su partida de tapa ó de choclen.

Los cinco amigos ataron los caballos al palenque, se entraron á la esquina preguntando si no habia por allí algun policia para desayunarse.

A la esquina habia ido, desde el dia anterior, un tal Salustiano Quinteros, cuyo único oficio era cantar por cifra y agarrar cada tranca que le duraba una semana.

Quinteros era un hombre inofensivo hasta cierto punto, pero cuando se mamaba se ponía pesado y fastidioso, lo que le habia valido algun susto y no pocas veces una paliza.

Natural de Córdoba, no tenia por aquellos pagos mas parientes que la guitarra y la limeta, con los que estaba en estrecha y diaria relacion.

—La boca se ha hecho para chupar y cantar, de otra, de otro modo se amojosa y se echa á perder, y como no tiene repuesto hay que cuidarla.

Y se pasaba los días y las semanas sentado sobre el mostrador, con las piernas cruzadas, cantando á tanta persona entraba á la pulperia para que le pagaran la copa.

Aquella mañana, Quinteros se hallaba con una rancia terrible; no hacia mas que beber desde la noche anterior y estaba pesado y embromador.

—¿Quién es ese mozo tan divertido? preguntó Acosta, riendo de la estraña catadura de aquel cantor.

—Es el cordobés Quinteros, no le haga caso que está en pepe y no sabe lo que dice.

La mayor parte de los clientes de Paleo conocían á los Barrientos y á Acosta, por lo que pronto notaron su cordial y alegre plática, conversando del nuevo jefe de Policía y la limpieza que estaba haciendo de mala gente.

—Son posturas no mas, contestaba Julio Barrientos, compadras que no se han de realizar nunca porque no tienen calzones para meterse con nosotros.

Han de hablar por cincuenta mientras los dejen, pero el día que los tomemos á tiro de trabuco, no se van á escuchar mas que los lamentos.

Quinteros escuchaba la conversacion y habia suspendido el canto para averiguar quienes eran aquellos recién llegados.

Cuando supo que eran los Barrientos, cuya historia, como buen guitarrero, le era familiar, templó apresuradamente su instrumento y empezó á cantarles sus mas sentidos consejos.

—En originalísimas cuartillas les decia que abandonarían aquella mala vida, que ningun provecho habia de darles.

Es preciso abandonar el crimen y la vagancia y volver á la hombría de bien, dejándose de compadras que á nada conducen.

El canto de Quinteros habia irritado á Julio, que por dos ó tres veces le indicó se dejase de dar consejos á quien no se los pedia.

Pero el cordobés estaba entusiasmadísimo y seguía los giros de su inspiracion, sin preocuparse mucho del poco agrado con que eran recibidos.

—Ya se le ha advertido, amigo, que se deje de esas historias, interrumpió Chicoca, y de copar donde nadie le lleva el apunte.

Pero el cordobés lo miró con estrañeza estúpida, y siguió con su canto y sus consejos.

Pero sus consejos se hacian cada vez mas fastidiosos y depresivos para los cinco amigos.

Pedro, que era el mas irritado, lo mandó callar, pero el cordobés volvió á mirarlo con expresion mas estúpida todavía y echó una nueva copla, en la que decia que era mejor quitarse de esa vida de asesino que no podia tener buen fin.

Pedro se puso lívido, y sin decir una palabra sacó el trabuco y lo descargó sobre el pecho del pobre Quinteros, haciéndole una herida por la que bien hubiera cabido el puño.

Aquel era un asesinato cruel é inútil, porque lo que mas lejos habia tenido de su mente el pobre Quinteros, fué ofender aquellos hombres.

Quinteros saltó del mostrador como un pájaro y fué á caer á unas tres varas de distancia quedando inmóvil.

—Vamos á ver cual es el primero que toma el barato! gritó volviendo á cargar el trabuco, todavía hay con qué despachar á otra parte al que no esté contento.

Los testigos de esta escena tremenda estaban aterrados, no atreviéndose á decir una palabra de temor de que si repitiera la escena del cordobés.

Ni una sola voz se alzó para protestar del asesinato, deseando todos ver huir de allí á los asesinos, pues por temor de irritarlos no se atrevieron á huir ellos mismos.

—Parece que aquí la gente está á desgana, dijo Julio, y es mejor que nos vayamos porque á mi no me gusta estar donde estorbo.

Siguiendo la indicacion de Barrientos, los compañeros se levantaron, tomaron sus caballos y se prepararon á marchar.

Pero un hombre viejo se les cruzó por delante, y abriendo los brazos para no dejar pasar los caballos, exclamó:

—Pero asesinos! por qué han muerto á ese hombre?

—Porque así nos dió la gana, contestó Chicoca; salga de aquí so viejo de porqueria antes que lo degüelle!

Pero en cambio, el mas sanguinario de los cinco, venia como cerrando la marcha y llegaba adonde estaba el viejo al mismo tiempo que este decia:

—Dios no los ha de ayudar, porque este es un bárbaro asesinato que ustedes no han tenido razon para cometer.

Estas fueron sus últimas palabras, pues Pedro, con toda alevosia, le partió el corazon de una puñalada.

El viejo se estremeció poderosamente y cayó como herido por un rayo.

Entonces Chicoca y Cajoles, como de un paso, le prendieron unas cuantas puñaladas, por el solo placer de mojar también.

Cometido este doble y cobarde crimen, los cinco salieron de allí, en direccion á la "Española", otra pulperia distante una media legua mas ó menos de lo de Paleo.

Parece que aquel día iban con la fiebre del crimen y deseando encontrar nuevas víctimas.

Julio habia reprochado ambas muertes: espíritu valiente é hidalgo, no comprendia estos hechos alevosos y no podia ménos que reprocharlos duramente.

Pero sus compañeros se le rieron en las narices, asegurando que Pedro habia hecho bien y que otro tanto harian ellos en igual caso.

Que podia hacer Julio contra los otros cuatro y engeguado como estaba por el cariño que profesaba á Pedro.

Guardó silencio sumamente disgustado, pero despues de declarar que si esos hechos se repetian se les separaria inmediatamente.

—Porque, concluyó, si yo comprendo el placer de pelear y la necesidad de matar para defender la vida, no comprendo el gusto de matar por matar, sin que haya habido el menor motivo ni provocacion.

La «Española» era una pulperia de algun crédito, donde concurría gente buena y pacífica.

En momentos en que llegaban los Barrientos, había una rueda de ocho ó diez paisanos jugando á la taba.

Como es de estilo en el campo, las paradas estaban en un solo monton, apretadas con un rebenque para que los billetes no pudieran ser arrebatados por el viento.

Entretenidos en la partida, que era por una buena suma, los jugadores no pusieron atencion en los que llegaban, mirándoles la cara, recién cuando estuvieron encima del grupo y pié á tierra.

Mirarlos, conocer á los Barrientos y quedarse como zonzos, sin saber que partido tomar, fué todo uno.

La aparicion no podia ser de peor augurio.

Chicoca, que era el mas entrañado, se acercó donde estaba la parada y levantando el rebenque la alzó de un puñado.

—Caballeros, dijo, supongo que nadie me irá á negar que he ganado, y si alguno lo niega puede irlo diciendo.

Yo no juego mas porque estoy cansado.

Y como si lo que decia fuese rigurosamente exacto, se echó la plata al tirador y se alejó quebrando el cuerpo, á reunirse á sus compañeros.

Los jugadores se miraron á la cara sin atreverse á pronunciar la menor palabra: el que tenia la taba en la mano la arrojó lejos y se retiró del grupo, no sin mirar á su espalda para evitar cualquier golpe traicionero.

—Lindo copo! exclamó Acosta—este chino es tan suertudo como feo, no agarra la taba ni por broma, sino para ganar á la fija.

Los otros soltaron una carcajada festejando el hecho y el dicho, que para ellos no podia ser mas gracioso.

Los demás jugadores fueron retirándose lentamente, uno en pos de otro, hasta que el grupo quedó reducido á los cinco recién llegados.

—A ver, gritó entónces Pedro al mozo de la *Española*, alcanza una botella de bilmute, que tengo una sed que parecen dos, alcázala pronto que no tengo ganas de perder tiempo.

El mozo, que era un tal Zacarias Champron, al ver que los jugadores se habian asustado y dejado arrebatarse la parada, tenia un cerote de todos los infiernos.

Con la cara mas descompuesta que un cadáver se apresuró á traer la botella de vermuth pedida haciendo esfuerzos sobrehumanos por sonreirse.

Julio entónces recibió la botella, y como quien vá á pagar sacó el trabuco y lo habió al mozo con tal expresion, que el pobre Zacarias, como un gamo saltó el mostrador y se metió debajo de él sin querer salir por nada de este mundo.

Tan grande fué el susto y tan precipitada la carrera, que los mismos jugadores, á pesar del despecho que sentian, no pudieron contener la risa.

En menos de cinco minutos quedó concluida la botella, y aunque pidieron otra en todos los tiros, el pobre Zacarias no se animó á asomar las narices, creyendo en su miedo tremendo, que estando bajo el mostrador no lo alcanzaria ningun peligro.

Pedro y Chicoca querian saltar el mostrador y traerlo de las orejas, pero Julio, que temia otro esceso como el de Quinteros, no lo permitió dando la señal de marcha.

—Ahora es preciso andar muy sobreaviso y muy livianos, dijo, porque las Policias se van á juntar para caernos.

Es preciso no descuidarse y llevarse sobre la rienda para estar pronto al grito no mas!

Y siguiendo á Julio se retiraron sin que los dueños de la posada se atrevieran siquiera á mirarlos, temiendo fueran á tomarlo á mal.

UNA DE Á PIÉ

Saboreando los últimos tragos del vermuth, los cinco se soltaron en direccion á la Estancia del Sr. Zubiurre, partido de Loberia.

Tratando de no llegar á la poblacion principal, se recostaron á uno de los puestos, ocupado por la mujer del puestero, ausente en aquellos momentos.

Iban á echar pié á tierra cuando reparó Julio en unos tres ó cuatro caballos atados al palenque.

—Que me corten las orejas y me hagan del cogote una tarja, gritó con aquella seguridad que le sorprendia, si aqui no está la Policia!

Estos son dos caballos de justicia, añadió, los conozo

en lo sotretas y en lo flacos: voy cien pesos á que adentro hay tantos policias como caballos en el palenque!

Los otros cuatro se acercan, examinan los caballos, y convienen en que Julio tiene razon y que adentro del rancho debe estar la Policia.

Efectivamente, á eso de la siesta habian llegado al puesto el cabo Medina y tres soldados mas, que andaban en comision buscando á los Barrientos, con encargo de avisar al oficial Fredes, que con otra pequeña partida andaba por aquellas inmediaciones.

Las ganas de cumplir la comision eran muy pocas y mucha en cambio la belleza de la puestera, y con quien el cabo Medina tenia antigua y buena amistad.

Por estas razones y la perspectiva de un buen churrasco, el cabo habia decidido no moverse de allí hasta que no oscureciese, para aprovechar la fresca de la noche.

La mujer, tan linda como miedosa, trató de agasajarlos de todos modos á los justicias para que se quedaran el mayor tiempo posible.

Todos sabian que los Barrientos andaban por aquellas inmediaciones y nadie se creia seguro en su casa.

La Policia era una garantia no despreciable, por lo que la buena mujer trató de aprovecharla el mayor tiempo posible.

Como el marido era un buen gaicho, siempre habia allí un par de frascos de ginebra con que invitar á los amigos.

El cabo Medina aceptó en el acto la invitacion y se preparó á pasar una buena noche, diciendo entre sí, no moverse de allí hasta el dia siguiente.

En lo mejor de la conversacion estaban, cuando sintieron en el palenque la conversacion de Barrientos y los suyos.

Medina se asoma, y al reconocerlos se queda helado.

—Los Barrientos! los Barrientos! exclamó, aterrado—nos han ganado la puerta y así no mas no nos vamos á salir de aquí!

Los otros milicos se asoman, ven á Julio Barrientos, á quien conocen como á sus manos, y poco les falta para echarse á llorar.

—Pronto, ó somos perdidos, exclamó Medina—triquemos la puerta y así podemos hacer fuego por la ventana sin el menor peligro.

Tratemos de voltear á uno y la situacion queda salvada, porque acobardados los otros se mandarán andar en seguida.

En el momento en que se pusieron á trancar la puerta, los divisaba Julio y gritaba con creciente alegría:

—Allí están! allí están! ahora vamos á ver á la famosa Policia nueva.

Y echando pié á tierra se aproximaron á la puerta, con la manifiesta intencion de echarla abajo.

Los milicos se asomaron á la ventana, y por allí empezaron á hacer fuego con las carabinas.

—Es necesario defender bien la puerta! decia Medina, porque es muy débil y pueden echarla abajo.

La cuestion es no dejarlos entrar, pues si llegan meterse aquí, ya podemos contarnos entre los muertos.

La viuda, dominada por el espanto, lloraba amargamente.

Si aquellos hombres, que eran cuatro, que representaban á la autoridad que y estaban bien armados e encerraban y tenian miedo que quedaba para ella, pobre y tímida mujer?

—Por Dios, exclamaba, pongánle bien los puntos, ó los vayan á dejar entrar, porque sabe Dios la clase de herejias que irán á hacer.

—No tenga cuidado, decia el cabo Medina, que estaba mas asustado que ella misma, no tenga cuidado que no han de entrar.

Y hacian disparos tras disparos sin lograr herir á ninguno de ellos, pues ni siquiera apuntaban por no sacar la cabeza y esponerse á que se las hicieran volar de un trabucazo.

La pobre mujer se habia tendido al suelo boca abajo, tapándose los oidos para no escuchar el estampido de los trabucos, que creia no tardarian en hacerse oír.

Pero los Barrientos, comprendiendo que por el momento todo disparo seria inútil, querian economizar municion, esperando el momento de aprovecharla bien.

El momento no se hizo esperar mucho tiempo.

Los soldados, viendo que los bandidos no daban señal de vida, se armaron para hacer una descarga, y esta fué la oportunidad en que Julio y Acosta dispararon sus trabucos á un mismo tiempo.

Uno de los milicos lanzó un grito doloroso y se retiró de la ventana para no volverse á asomar mas: tenia un brazo roto.

El cabo Medina empezó á ver con espanto que se agotaba la municion que tenian, y que iba á llegar un momento en que iban á quedar á la completa merced de sus enemigos.

—Felizmente, pensó, ellos no han recibido mal alguno y nos será fácil capitular.

Y asomándose á la ventana gritó á Barrientos:—oiga amigo: es una lástima que entre hijos del pais nos estemos matando como extranjeros.

Aunque á mí me han mandado para que los busque y los prenda, estas cosas median dolor y le propongo que dejemos de pelear: nosotros nos iremos por nuestro lado y ustedes harán lo que les parezca.

—El trato me gusta, dijo Julio, yo no hubiera peleado pero ustedes principiaron haciéndome fuego.

—Todo tiene remedio en esta vida ménos la muerte—agregó Medina—ustedes pueden retirarse cuando gusten, sin temor que yo trate de perseguirlos ni de incomodarlos.

—Es mejor que le peguemos fuego á la casa, exclamó Pedro, como en castigo de haberse metido con nosotros; así aprenderán á no ser insolentes.

—Es que nosotros no tenemos la culpa, decia Medina: nos mandan que los matemos donde lleguemos á encontrarlos, y por lo menos tenemos que hacer el aparato para no quedar mal.

Ya ven, pues, que no tenemos la culpa y que no podemos decir no quiero, redondamente.

Ahora es distinto, pues como prueba de que hemos peleado tenemos un compañero herido y no podrian tratarnos de flojos y de inservibles.

La dueña del puesto estaba aterrada y lloraba amargamente, suplicando á los soldados que no se fueran, porque si entraban la iban á degollar.

Pero el cabo Medina, lo que él queria era salvar su pellejo, sin cuidarse mucho de la suerte que pudiera correr la mujer.

—No hay tu tia! gritaba Pedro—es preciso pegarle fuego á la casa y concluir de una vez con estos ca-

nallas, que si quieren arreglarse es solo porque se ven perdidos.

—No está de mas ser generoso, dijo Julio, siempre hidalgo: el que queda en el campo de batalla que es el ha ganado: si ellos se retiran y nos dejan en paz, que lo hagan, así podrán contar que no somos tan bandidos como se dice y que, con ventaja, les perdonamos la vida permitiéndoles que se vayan adonde mas rábia les dé.

Pedro y Chicoca seguian opinando por el estermio de los justicias quemando la casa, pero Julio se mantuvo firme y ayudado de Acosta, bien pronto les impuso su voluntad, decidiéndose que dejarían á los milicos que se mandaran mudar adonde quisieran mientras ellos se retiraban por su lado, pues nada tenían que hacer.

—Esa buena moza puede convidarnos con un churrasco, dijo Chicoca

—No nos faltará donde comerlo, concluyó Julio, la pobre mujer estará asustada y no es bueno aterrarla mas.

Vamonos no mas y que cada cual sea feliz á su modo

—Bueno amigo, continuó, dirigiéndose á Medina, pueden ustedes salir y largarse ahora mismo adonde quieran, pero ha de ser en las de bailar solamente, porque lo que es los caballos me los llevo yo.

Y se retiraron en direccion del palenque, de donde desataron los caballos á los vijilantes llevándoselos de tiro.

La noche empezaba á cerrar y la marcha se hacia dificil.

Por los milicos salieron muy contentos de sacarla tan barata, pensando que de todas maneras lo peor sería quedarse, pues en este caso le prenderian fuego á la casa.

De todos modos, para el caso en que fueran atacados á campo, siempre llevaban algunos tiros de carabina, y en último recurso el sable.

Y mientras los Barrientos salian por un lado, llevándose los caballos, ellos se alejaron en direccion opuesta.

No habian andado media cuadra, cuando sintieron un tropel de ginetes que venia del lado de la *Española*.

Aquellos ginetes no podian ser otra cosa que alguna partida de vijilantes atraida por el ruido de los disparos.

En efecto, aquella era la comision que andaba recorriendo el campo con el oficial Fredes, que se habia trasladado á la *Española*, sabiendo lo que habia pasado en la esquina de Paleo y allí mismo.

Desde la *Española*, habia sentido los disparos de trabuco y carabina, por lo que pudo calcular que aquello no podia ser otra cosa que bandidos que se batian con la Policia.

—Ese será el cabo Medina con los suyos, pensó, y juntándome á ellos podemos hacer mucho bueno.

Así es que, sin vacilar, Fredes emprendió su marcha al galope en la direccion que se habian sentido los disparos, no tardando en encontrarse con el cabo Medina, que lo impuso rápidamente de lo que habia pasado.

—Bueno, pensó Fredes, con el fuego que han he-

cho ya, no les ha de quedar mucha municion que digamos y pronto se les concluirá.

Sin armas de fuego, poco ó nada podrán hacer por la riña, pues de léjos los estaremos fusilando.

Hay que atajarlos entónces y ver si concluimos de una vez con tan terrible cuadrilla.

Fredes era bravo y decidido, tenia fé en las carabinas, y aunque los soldados no le merecian gran confianza, se decidió á salir al encuentro de los bandidos.

La noche habia cerrado por completo, era bastante oscura y los bultos no podian distinguirse bien,

Pero los Barrientos que sintieron la llegada de Fredes, y olieron un refuerzo, se habian detenido á una cuadra de distancia mas ó menos, esperando ver la decision que tomarian.

En cuanto sintieron la aproximacion de los soldados, tendieron una ala de batalla á lo indio, dejando un gran trecho de uno á otro, y empezando á moverse para no presentar un blanco fijo.

En estas condiciones, el combate á arma de fuego tenia que ser desventajoso para los soldados, pues no pudiendo hacer punteria no podrian aprovechar un solo tiro.

En cambio los bandidos, con el trabuco y espiando los buenos momentos, podian hacerles mucho daño, aunque para lograr sus disparos tenian que aproximarse mucho.

Fredes mandó romper el fuego sobre ellos, y el combate empezó con buena decision por ambas partes.

Medina y sus soldados de á pié, podian hacer mejores tiros, aunque el miedo les hacia perder esta ventaja.

Los Barrientos no tenian mayor interés que sostener un combate tan desigual, pues no se les escapaban las ventajas del enemigo.

Peleaban por puro lujo por y sostener á pabellon de guapos.

Siguieron, pues, batiéndose en retirada y al trabuco, porque el enemigo no se aproximaba mucho, haciéndole un disparo cada vez que creian tenerlo á tiro.

A pesar de todo, Chicoca habia recibido una contusion de bala en una pierna y una herida leve Julio, mientras la Policia contaba ya dos bajas:

Esto hizo que los soldados empezaran á acobardarse y á no querer avanzar con la prontitud requerida por el oficial.

Habian peleado así mas de una hora, recorriendo un trayecto de cinco euadras próximamente y sin haber obtenido otro resultado.

Fredes comprendió que si seguia combatiendo, los soldados concluirian por huir en cuanto tuvieran otra baja, lo que seria el mas vergonzoso de los resultados.

Y convencido que esto era inevitable y queriendo por lo menos salvar las apariencias, mandó hacer alto mientras que los Barrientos seguian retirándose lentamente.

De otro modo hubiera dado el triste espectáculo de una Policia huyendo ante cinco bandidos.

Fredes recojió del campo sus dos soldados heri-

dos y regresó al rancho donde estaba el que había dejado allí el cabo Medina.

Allí dispuso que los heridos fueran llevados al Juzgado, mientras Medina, con una partida lijera, seguía la pista á los Barrientos y destacaba un chasque anunciando el paraje á que se dirijian para poder al otro dia marchar á su encuentro con soldados elejidos.

Viendo la mujer que iba á quedarse sola y espuesta á que los Barrientos volvieran é hicieran con ella una herejia, les pidió que se quedaran allí á asistir á los heridos.

—De todos modos es de noche, decia, y con el mal camino pueden agravarse.

—Es preciso remitirlos al Juzgado para que los atiendan, dijo Fredes, usted esté tranquila que los Barrientos van en fuga, y á estas horas estarán muy léjos de aquí.

De todos modos, y como yo los mando seguir, pronto sabriamos si llegaran á cambiar de direccion y volvieran por acá.

—No se fie del cabo, le observó en voz baja la pobre mujer, porque los soldados les tienen miedo y ni aun con ventajas se atreven á pelearlos.

Y refirió la escena habida entre la Policía y los Barrientos, en que los primeros habian sido dejados á pié, despues de pedir humildemente que no los mataran.

El jóven Fredes pensaba entónces acertadamente, que mientras no se cambiara el personal de tropa de las Policías, no podria hacerse la limpieza de bandidos que proyectaba el señor Dantas.

Y trató de alejarse para dar minuciosa cuenta de lo sucedido, y pedir algunos hombres de los mas bravos para salir él mismo en busca de los Barrientos.

—No me deje usted sola! volvió á suplicar la pobre mujer llorando amargamente: tenga la seguridad que si tal hace, mañana no hallarán aquí mas que mi cadáver bárbaramente mutilado.

No sé por qué tengo el presentimiento de que en cuanto ustedes se alejen, esos hombres van á volver, creyendo que aquí han quedado los heridos solos ó simplemente para darse el placer de asesinarme.

Era tan íntimo aquel dolor y era ella tan bella, que Fredes se sintió conmovido.

—No tenga usted cuidado, le dijo: en prueba de que no han de volver, yo mismo voy á quedarme á acompañarla y á cuidar la casa, mientras me llega algun refuerzo.

La pobre mujer secó sus lágrimas y se quedó mas tranquila; la compañía le aseguraba por lo ménos que si volvieran los Barrientos, Fredes la defenderia eficazmente.

Ya sabia ella lo que importaba la defensa de los vigilantes, que tenian á los bandidos mas terror que ella misma.

—Estando usted con soldados no tendrán mas remedio que pelear y defenderse, pero solos, lo primero que harian seria pedir perdon, como si ellos fuesen los criminales y aquellos los justicias.

Fredes mandó al cabo Medina que con cinco hom-

bres marchara en seguimiento de los criminales, avisándole allí, por chasque, si llegaban á alcanzarlos.

—No comprometa combate con ellos, le dijo, y límitese á observarlos hasta que yo llegue.

—Y si me atacan? preguntó Medina palideciendo ante la sola idea.

—Si lo atacan, por decoro mismo de la Policía, traten de tenerlos á raya, siquiera sin volverles la espalda, que esto seria una cosa vergonzosa y triste: ellos no son mas que cinco y ustedes son seis, perfectamente armados y con el prestigio de la autoridad que representan.

Con la promesa de cumplir exactamente las órdenes recibidas, el cabo Medina se retiró seguido de sus cinco Policianos.

El oficial Fredes arregló los heridos lo mejor que le fué posible, los mandó escoltados por dos soldados, quedándose á acompañar á la mujer, mientras le venia refuerzo ó nuevas órdenes.

Una noche pasada al lado de una mujer hermosa y agradecida, con buen mate, ginebra y un churrasco si hacia falta, era una chiripa que no debia desperdiciarse y que se hacia mas agradable aun, por el peligro que se corria.

Fredes además estaba persuadido que los Barrientos no volverian; primero, porque no tenian para qué, y segundo porque se habian puesto en decida retirada.

En todo caso si volvieran se encontrarian con la partida de Medina, y él tendria sobrado tiempo para tomar eficaces medidas.

De un momento á otro debia llegarle algun refuerzo, con el que podria intentar cualquier operacion de peligro.

La pobre mujer, llena de agradecimiento, encendió fuego y se puso á preparar aquellas cosas que debian hacer al oficial mas llevadera su mala noche.

—Hoy tenia miedo, un miedo terrible por mí, decia; ahora estoy mas tranquila, por lo que á mí respecta, ahora tengo miedo por usted,

No sé porqué se me ha puesto que esos hombres van á volver y nos van á pegar un susto.

—Desheche todo temor, señora, que Medina me mandará un chasque á quien el mismo miedo lo hará andar mas pronto.

—Y sabe usted si Medina habrá tomado el mismo camino que ellos llevaban?

—Es indudable, porque él ha visto tambien como yo y como todos la direccion que llevaban los Barrientos.

—Pues esto mismo es lo que me hace temer que hayan tomado la direccion opuesta, precisamente para no encontrarse con ellos.

Usted no sabe el miedo espantoso que tenian aquí, cuando veian fueran á los Barrientos armando sus trabucos.

Fredes empezó á temer que aquella mujer tuviera razon en su modo de calcular, pero quiso tranquilizarla por completo.

—No sucederá así, dijo, porque yo los he mandado en la direccion que llevaban y no me pueden enganar esponiéndose á un castigo.

—Me alegraré que sea así, pero tal vez á estas

horas estén mas léjos de los Barrientos que nosotros mismos.

Para poder estar mas tranquilos, seria bueno cerrar la tranquera y las puertas de la casa—de esta manera se evitará cualquier sorpresa que pueda venir.

Fredes no podia negarse á esta medida de prudencia y consintió en ayudarla él mismo.

A él le hubiera gustado mas tener abierto, para mejor vigilar el campo, pero no podia negarse al pedido, que se traducia en tranquilidad de ánimo para la mujer.

Ambos salieron afuera, y despues de asegurar perfectamente la tranquera, volvieron á la cocina cuya puerta cerraron de la misma manera.

La mujer proporcionó á Fredes cuanto podia necesitar para pasar la noche; cenaron juntos y se retiró á su cuarto, pasando por la ventana que lo comunicaba con la cocina.

Fredes daba por muy bien empleada la noche aquella; en primer lugar, porque habia descansado de las fatigas pesadas de aquel servicio, y en segundo, porque habia cenado sin que nada le interrumpiera ó mortificara y en compañía de la mujer mas bella y amable de los alrededores.

—Es preciso meter un poco de bulla en la Policía, pensaba, para que me permitan emboscárme aquí y seguir esta famosa aventura que tanto descanso y placer me proporciona.

Algun alivio ha de tener uno en el servicio, qué diablos! y me parece que de esta hecha tendré yo que bendecir á los Barrientos.

Y pensando asi, Fredes destapó el medio frasco que le habian dejado al alcance de la mano, echó un buen trago y poniendo la hoja de la espada al alcance de la mano, se dispuso á morronguear un rato.

Podía llegar Medina con algun aviso importante ó algun refuerzo de la Comisaría y no queria que fueran á tomarlo en un sueño pesado.

Asi es que acurrucado al lado del fogon, y despues de echar un segundo trago, se envolvió en el poncho y empezó á cabecear, pensando en su hermosa y gentil dueña de casa que parecia entregada al mas completo reposo y profundo sueño.

Media hora hacia que Fredes estaba entregado al sueño, cuando le pareció sentir tropel de caballos y rumor de gente que se aproximaba.

—Será Medina y su gente, pensó; esperaremos que llegue para levantarme.

Pero el rumor cesó, y Fredes, pensando que habrian pasado de largo, volvió á adormecerse placidamente.

No habia cerrado bien los ojos, cuando el estruendo terrible de un trabucazo lo hizo poner de pie como lanzado por una máquina electrica.

La puerta habia saltado y uno de los pedazos golpeado en la misma cabeza del oficial.

Por la puerta despedazada habia entrado un grupo de hombres, todos ellos armados de daga, segun pudo ver en el primer momento.

Sin poder darse cuenta exacta de lo que pasaba, y aturrido aun por el estruendo y la sorpresa, Fredes saltó sobre su espada.

Pero tarde, demasiado tarde: una puñalada en el costado le impidió llegar á su arma, postrándolo en el suelo.

Fué entónces que el jóven echó mano á la cintura para sacar el revólver, pero tampoco pudo lograrlo.

Aquellos hombres lo habian rodeado, enloqueciéndolo á puñadas.

La mujer, despertada, como Fredes al estruendo, del trabuco y la puerta que volaba hecha pedazos, se asomó á la ventana de la cocina, desde donde sin poder pronunciar una palabra, contempló el cruel asesinato.

Felizmente para la pobre mujer, el terror habia embargado su voz y los asesinos no pudieron apercibirse de su presencia.

Cómo hacer para salvarse ella de correr igual suerte?

La pobre mujer, vencida por el espanto, se metió debajo de la cama, poniéndose delante un monton de ropa sucia y algunos otros trapos que la protejerian de ser vista.

Ella habia reconocido á los Barrientos entre los hombres de la cocina, y sabia que de aquella gente ninguna piedad podía esperar.

Quando no tuvieron duda de que Fredes era un cadáver, aquellos hombres se retiraron un poco, apoderándose del medio frasco que aun permanecia á la orilla del fogon, el que dejaron seco en un momento.

—Y no se trataba mal el sinvergüenza, es llamó Chicoca limpiando su daga: dónde estará la moza que habia hoy acá?

—Si te figurarás que vá á estarte esperando—dijo Julio Barrientos—esa, maliciando que ibamos á volver, se habrá ido hoy, dejando á este pobrete que le cuidara la casa; sin duda le tenian por muy bueno!

Al oír esto, la infeliz mujer cobró alguna esperanza, pues suponiendo que no estaba allí no la buscarian tampoco.

—Bueno, dijo Acosta, es preciso no demorarse mucho aquí, porque con el bochinche que ha habido no ván á tardar en juntarse aquí todas las Policías de la Provincia, y estamos mal de balas, pues entre todos no alcanzamos á tener carga para dos trabucos.

—La observacion es justa, dijo Pedro, vamos á ver qué hay aquí que pueda aprovecharse y nos largamos sobre el pucho.

En seguida desnudaron á Fredes para evitarse el trabajo de registrarlo, y despues de acomodar en las maletas cuanto cosa útil habia en la cocina, pasaron á la otra pieza, que abrieron tambien de un trabucazo disparado en la débil puerta.

—Lo que es esta lo ha sabido hacer, dijo Julio, pues ni siquiera ha llevado ropa para taparse: se habrá tapado con el susto que llevó de aquí!

—A no perder tiempo! gritó Pedro descerrajando el enorme baul que se veia contra la pared de la derecha; es preciso andar listos antes que vengán á interrumpirnos.

Y todos cinco se precipitaron sobre aquel baul, donde se guardaban las mejores prendas domingueras del dueño de casa.

Allí había buenos estribos de plata, mejores espuelas del mismo metal y un rebenque famoso con virolas de oro en el cabo.

En menos de diez minutos el baul fué desocupado, quedando esparcidas por el cuarto aquellas prendas que no les servían, por ser de mujer ó no tener aplicación entre ellos.

Recogieron algunas pequeñas prendas, como mates y bombillas que había sobre la mesita y la cómoda, y después de desocupar un segundo medio frasco que hallaron á tiro, salieron de la pieza y en seguida de la casa.

Los primeros fulgores del alba empezaban á alumbrar el campo, que despertaba á la vida en sus mil alegres manifestaciones.

Recien cuando sintió que los bandidos se alejaban al galope de los caballos, la mujer se desmayó.

La emoción de verse libre de todo peligro, había sido superior al peligro mismo.

Ella no pudo darse cuenta del tiempo que duraría su insensibilidad.

Cuando volvió en sí, su casa estaba ocupada por la Policía, en gran número de soldados, y ella se encontraba sobre su cama, donde sin duda fué colocada por los primeros que llegaron.

Fué entonces, por la narración que hizo, que la

Policía pudo darse cuenta de lo que allí había sucedido.

Cómo es que los asesinos podían haber vuelto sin ser sentidos por el cabo Medina, despachado con aquel propósito por el desgraciado Fredes?

Aquello no tenía mas explicación aceptable que la que daba la misma mujer.

El cabo Medina, como los soldados que lo acompañaban, iban poseídos del mayor espanto y sin el menor deseo de que los Barrientos los sintieran.

No creyendo que estos quisieran volver, habrían tomado otro camino ó habrían hecho alto por allí, para volver al día siguiente con el falso parte de que no les habían dado alcance.

—Parece increíble que esto suceda! exclamó el Comisario Cazal, allí presente: está visto que mientras no se recluten los vijilantes entre los hombres mas bravos, no se ha de hacer nada de provecho!

Examinando el cadáver de Fredes, se vió que tenía veinte y cuatro puñaladas, á cual mas bárbara y profunda.

Solo faltaba para hacer el eterno epiflogo: enterrar al muerto y dar cuenta de lo sucedido al Gefe de Policía, para que este tomara las medidas que creyera mas provechosas, pues lo que es á ellos no se les ocurría absolutamente nada.

EL AMOR DE UNA CRIOLLA

Para el señor Dantas aquello era verdaderamente desesperante, pues no se explicaba sino que el miedo de los agentes policiales era la causa de que tanto crimen quedase impune.

Y marchó personalmente á aquellos parajes á tomar las medidas de seguridad mas positiva, poniendo sus agentes de mayor confianza en aquellos parajes elegidos por los Barrientos para sus mas famosas correrías.

La mente de Dantas era organizar y dirigir personalmente una batida contra los Barrientos y su gavilla.

Pero estos, que bien sabían la clase de peligro que se les venía encima, ganaron la sierra, perdiéndose de tal manera que todos creyeron se habrían recostado al Norte de la Provincia.

En vano organizó pequeñas y ligeras partidas, en vano recorrió él mismo todos los parajes hasta la línea de fronteras: los Barrientos no parecieron por ninguna parte: parecía que se los hubiera tragado la tierra.

Aquella salida de Dantas fué tan provechosa como todas las que antes había hecho, pues con ella

ingresaron á las cárceles de la Provincia mas de cincuenta clientes nuevos, entre los que figuraba un alcalde.

Estos eran bandidos sueltos y asesinos reincidentes, que campaban por sus respetos huyendo de las Policías ó viviendo con ellas en perfecta armonía, al extremo de ser la gente de mayor confianza.

Estas sartas de criminales que traía Dantas cada vez que salía á la campaña, le habían dado una fama de todos los diablos.

No bien anunciaban los diarios que iba á hacer una visita á las Policías del Sur, los partidos de este lado quedaban limpios de bandidos y ladrones, con gran perjuicio de los del Norte, adonde se dirigían esperando pasar la tormenta.

Pero Dantas había buscado la vuelta mas traviesa y que mejores resultados debía darle.

Anunciaba su viaje al Norte, indicando detalladamente los puntos adonde se dirigía, detalle que publicaban los diarios de la capital y transcribían los de la campaña.

Cuando toda la mala gente, conocedora de la no-

ticia se había recostado al Sur, huyendo de la quema y de formar en la sarta, Dantas salía el día menos pensado, directamente al Sur y á los partidos fronterizos que es donde hacia mejor cosecha.

Y efectivamente, á su paso iba encontrando los mas famosos bandidos de la Provincia, que creyendo estar mas lejos de él, le iban cayendo bajo la mano.

Ya últimamente la mala gente andaba como loca, no sabiendo para donde agarrar cada vez que se anunciaba un viaje del Gefe de Policia, seguros de que iban á hallarlo donde menos lo esperaban.

Y como último refugio habían descubierto la treta de juntarse todos en el mismo punto donde se decia se dirigia Dantas, pues era aquel el menos seguro de hallarlo.

Todos estos viajes trajeron la tranquilidad á la campaña, porque los que no caian á sus manos ganaban entre los indios, único medio de sacarle el bulto á tan tenaz policia, que en menos de un año habia hecho una recojida de ciento y tantos, entre asesinos y ladrones.

Pero sucedia que en cuanto el señor Dantas regresaba á la Capital, las Policias volvian á ser dominadas por los mismos bandidos que habían escapado á su persecucion, porque los oficiales y los vigilantes á nada temian como á un encuentro con los Barrientos.

Desde el asesinato de Fredes habían quedado tan acobardados, que los vigilantes no se atrevian á salir solos para el desempeño de la mas insignificante comision, ó salian de á tres y de á cuatro, ó se quedaban por ahí escondidos sin dar cumplimiento á las órdenes que habían recibido.

De noche, no habia gente de Policia que se atreviera á cruzar el campo ni á acercarse á una pulperia donde sintiera aglomeracion de gente.

En cada mata de pasto creia ver un Barrientos y en cada grupo de árboles á la gavilla entera.

Y sin embargo, hacia mas de un mes, que no se tenian noticias de los Barrientos ni se sabia dónde habían ido á descansar los huesos.

Es que los Barrientos se habían separado momentáneamente, para dar cima á una aventura amorosa, famosísima, en que se habia metido Julio.

Y como para ella se necesitaba un poco de recato, y los cinco juntos se hacian muy notables, Pedro se habia quedado con Julio, y Acosta, con Chicoca y Cajoles, andaban recorriendo por su lado; cayendo, y juntándose de cuando en cuando para comunicarse cualquier novedad que ocurriese y mantenerse al habla.

Era tal el terror que infundian los Barrientos, que como una muestra de él se referia la siguiente aventura:

Una vez entró á una pulperia de Tres Arroyos un gaucho mamado y pidió un par de frasqueras de ginebra, que acomodó sobre su caballo de tiro.

Al ir á cobrarle el pulpero, aquel gaucho, con su ademan mas cómico, miró al hombre y le dijo:

—Caballeros, yo no pago porque soy Julio Barrientos y si me embroman mucho voy á hacer aquí una de las mias.

El pulpero y los concurrentes, poseidos del mayor

terror, enfilaron á la pulperia, no encontrando paraje donde ocultarse.

Y fué tal el miedo, que el mismo borracho que habia dicho llamarse Julio Barrientos, se asustó de tal modo, que pidiendo socorro fué el primero en saltar el mostrador y ganarse debajo.

La disparada del borracho fué tomada por agresion y no quedó uno que no echara á correr por su lado.

Recien cuando vieron que nadie atacaba empezaron á regresar poco á poco, costándoles gran trabajo sacar de bajo del mostrador al borrachon que juraba por todos los santos que lo querian asesinar.

Así, solo el nombre de los Barrientos sembraba el terror donde quiera que se pronunciara, pues de los Barrientos, como hemos dicho antes, nada se sabia.

Julio y Pedro habían parado campamento en las Sierras de Ramirez, donde vivia la moza mas soberbiamente bella que hubiera visto en su vida y de quien se habia enamorado Julio con la vehemencia de un loco.

En aquel paraje tenia un puesto de importancia un tal Domingo Coelli, que habitaba allí con su familia.

Coelli era un hombre honrado y trabajador como pocos, pues la única ambicion de su vida era labrar una fortuna que asegurase el bienestar de sus hijos, por quienes tenia delirio.

Constante y firme en el trabajo, ningun contra-tiempo lo impresionaba.

Con la misma flemma que aceptaba una seca ó una epidemia en el ganado, recibia los tiempos de abundancia en que el capital se doblaba fácilmente.

Estando buenos su mujer y sus hijos, él se sentia feliz y contento; una enfermedad en cualquiera de estos seres queridos, por leve que fuera, bastaba para que Coelli anduviera triste y hasta lloroso.

Coelli tenia un cariño especial por su hija Juana, que era una criatura verdaderamente bella y buena.

El color cobrizo de su semblante estaba iluminado por dos ojos de terciopelo, de mirada profunda y melancólica que interesaban poderosamente desde el primer momento que se veian.

Era Juana esencialmente buena y cariñosa, compensando con verdadero desvelo el cariño que le demostraba su padre.

Era ella la encargada esclusiva de los trabajos del hogar, el que brillaba por el verdadero lujo de limpieza que ostentaba siempre.

Cuanto viajero cruzaba por allí salia encantado con la hospitalidad de la casa de Coelli y con la belleza soberbia de Juana que les prodigaba siempre las mayores finezas y atenciones.

Con este motivo la mayor parte de los viajeros que allí sabian llegar á descansar ó á pasar la noche, mostraban su reconocimiento por medio de regalitos que la jóven guardaba cuidadosamente porque aunque ninguno de ellos era de gran valor para ella, que nada tenia, eran prendas de soberbio lujo.

Aunque apasionada y ardiente, el amor no habia

tocado aún el corazón de Juana con su encanto misterioso y agitado.

Ella comprendía que su esfera no le permitía aspirar al amor honesto de aquellos jóvenes ricos que con frecuencia pasaban por allí, y por esto no fijaba en ellos su atención.

Los paisanos que por allí cruzaban ó por allí vivían, eran mirados por ella con suprema indiferencia, convencida de que no estaba entre ellos su ideal de marido.

Por eso agasajada y requerida por cuantos la conocían, había conseguido mantener su corazón en un estado completo de libertad y pureza.

Si era algún rico el que le hablaba de amores, hacía un gracioso de augue con el vestido; y contestaba: no me dé esas bromas que no me gustan.

Si era un paisano el que se le dejaba caer con un requiebro, hacía un gesto de desden y no volvía á cambiar con él una palabra, como si hubiera recibido una ofensa.

—Esta mi hija es mas soberbia que una reina! decía Coelli al verla tan desdeñosa con todos — puede ser que Dios me la ayude y le dé el marido que merece.

Criada por su madrina, que era la esposa del dueño del campo que él arrendaba, Juana sabía leer y escribir, lo que le daba un poderoso ascendiente sobre los paisanos.

Algunos de los viajeros dejaban continuamente diarios, y entonces Juana venía á la noche, al rededor del fogón, á la familia y algunos vecinos y les leía todas las novedades y noticias de que venían llenos los diarios, haciendo sobre cada una los mas sensatos comentarios.

—Yo me alegraré que mi hija nunca se case, decía Coelli, porque si alguna vez me la llevan de aqui me van á llevar toda mi alegría y todo mi orgullo, y como ya estamos viejos, no andamos para sufrir esos golpes.

Juana era la primera en reirse como una loca de estas exclamaciones, pues estaba convencidísima que ella nunca se había de casar.

A la casa de Coelli, como á todas partes, había llegado la triste fama que acompañaba á los Barrientos, siendo Juana la primera que se había impresionado con la relación de aquellos crímenes inicuos.

Pero los que conocían personalmente á Julio, habían narrado su historia, favorablemente alterada, asegurando que este no era tan malo como se decía.

—Lo hacen cargar con las culpas de los demás, decían, y como no hay quien lo defienda, con las culpas no mas se queda, aunque haya quien se las apece de encima.

—Y para qué se dá con esos bandidos? preguntaba Juana ligeramente conmovida, y si se dá con ellos por qué los deja cometer tanta iniquidad?

—Y qué quiere que haga? el hombre, viendo que todo es lo mismo y que de todos modos lo culpan á él, se habrá dejado andar y todo le será ya indiferente.

Todo el mundo asegura que no es malo; y que muchas veces deciene el puñal de sus compañeros; pero han dado en echarle encima no solo lo que ellos hacen

sinó todo lo que sucede en la campaña, y él, viendo que al fin todo es lo mismo, se habrá dejado andar, esperando la suerte que el cielo le depare.

—Es que ese hombre no ha de tener quien lo aconseje y lo aparte de esa vida, decía Juana visiblemente emocionada; estoy segura que un par de consejos al alma lo habían de sacar de esa mala vida.

Yo no sé por qué siento en el alma que un hombre que ha sido bueno y honrado, se eche á bandido por no tener muchas veces de quien aconsejarse!

—Dicen que Julio ha tenido muchas veces intenciones de separarse y buscarse la vida de otro modo, añadía el narrador, pero que no quiere dejar solo á su hermano Pedro, á quien tiene gran cariño, porque cree que si él lo abandona lo van á matar.

—Se vé entonces que hay corazón en el hombre, y por consiguiente la facilidad de hacerle llegar al corazón un buen consejo que lo toque y lo convenga.

—Pero quién se anima á dar ese consejo á un hombre que por nada suelta un trabucazo? no dicen que á Quinteros lo mataron porque se metió á dar consejos que nadie le pedía?

—Es que se los dió insultándolos y esa no es la manera.

Yo soy una mujer, y sin embargo, despues de lo que he oído no tengo ningun miedo á ese Barrientos: lo miraría llegar á casa como á cualquier otro y le daría mi consejo en la seguridad que nada malo me había de pasar.

—Pues, hija mia, respondió Coelli, quiera Dios que nunca se le ocurra ni siquiera pasar por aquí.

Yo no soy cobarde, pero sé que los bandidos de esa especie no pueden traer sino desgracias.

No por mí, sino por ustedes, creo que á la sola aproximacion de semejante gente me moviría de miedo.

—Tiene razon don Domingo, exclamaba otro; Dios me libre de gente que mata por el simple placer de matar! esos no pueden acarrear sino desgracias.

Esa muerte que cuentan del oficial Fredes, es una porquería que no hace ningun hombre de corazón; y cuando yo veo estas cosas, comprendo como el gobierno tiene razon muchas veces en mandar fusilar.

—Pero si dicen que él no fué, que fueron sus compañeros!

—Pero él lo consintió que viene á ser lo mismo— pues todos dicen que cuando él no quiere, ninguno de los compañeros se anima á pegar una puñalada.

—Y es lástima, agregaba un tercero, porque es un mozo lindo como pocos, y guapo como las armas: yo he hablado dos veces con él y gracias á Dios no tengo nada que decir en su contra.

Estas conversaciones interesaban muchísimo á Juana, que persistía siempre en que un buen consejo arrancaría al joven de aquella mala vida.

—Yo no deseo que venga, por la gente que lo acompaña, decía, pero si alguna vez cae por aquí verán si yo le hago escuchar un consejo!

Como en la mayor parte de los fogones de la cam-

paña, el tema obligado de todas las noches en el fogon de Coelli, eran las atrocidades cometidas ó atribuidas á los Barrientos.

Y se contaba la vida y milagros de cada uno de ellos, agregando todo aquello que la fantasía de los unos y el miedo de los otros habian hecho pasar ya á la categoría de cosas juzgadas.

Sin embargo, no habia un solo paisano que acusara á Julio de un hecho cobarde y alevoso ó de un robo.

Todos estaban contestes en que eran sus compañeros los autores de esos crímenes, siendo la Policía la que, á la inversa, acumulaba sobre Julio todos los crímenes de los demás, porque si no es él quien los comete, decian, es él por lo menos quien los manda cometer.

Pero hasta entónces Julio Barrientos y su gavilla no habian cruzado jamás por las Sierras de Ramirez, que eran parajes poco poblados que no frecuentaba ni la misma justicia y que poco aliciente podia ofrecerles.

Julio Barrientos tuvo noticia un dia de la deslumbrante belleza de la hija de Coelli, y, como es natural, de la opinion que de él habia formado ésta.

El paisano sintió su curiosidad y su áñor propio fuertemente picados y resolvió hacer una excursion por las Sierras de Ramirez, cuidando de obtener todos los datos posibles sobre el corazon y prendas de aquella belleza, tan mentada por todos los paisanos que la habian conocido.

—Tambien tengo yo ganas de conocerla, decia, y el dia menos pensado voy á hacer una apedita por casa del amigo Coelli.

Una noche que la familia de Coelli y algunos amigos estaban reunidos al rededor del fogon, hablando de los Barrientos, sintieron que un grupo de ginetes llegaba á la casa y una voz que decia:—buenas noches, dan permiso?

Como estaban acostumbrados á que diariamente llegara por allí gente de paso, aquel grupo y aquella voz no causó la menor estrañeza, respondiendo Coelli como siempre:

—Adelante, amigos, que hay fuego encendido.

—Vamos á atar los caballos, muchas gracias, dijeron; y poco despues se sentia en la cocina el ruido formidable de las espuelas de aquellos hombres.

Todos dieron vuelta á mirar á aquellos que por el ruido de la espuela parecian domadores, y á la voz de uno de ellos, todos quedaron helados de espanto, incluso el mismo Coelli.

—Los Barrientos! habia exclamado la voz del paisano que reconoció á Julio, y ni siquiera se atrevió á dar las buenas noches.

Coelli era hombre guapo á toda prueba, pero se hallaba en una situacion tremenda y escepcional.

Si él trataba mal á aquellos hombres, esponía á una desgracia á su familia, allí presente, pues mientras uno ó dos lo aturadian á él, los demás se lanzarian sobre sus hijas sin que estas tuvieran la menor defensa, pues todos los presentes estaban terriblemente asustados.

Coelli trató de conservar toda su serenidad para acudir al peligro que pudiera amenazarlos, y saludando á Julio, les dijo con la mayor tranquilidad:

—Dios los ayude amigos, con qué podremos servirlos?

—Con dejarnos descansar un rato y darnos un poco de agua caliente que le agradeceremos, respondió Julio, mientras los demás, sin la menor ceremonia, tomaban asiento alrededor del fogon.

—Con mucho gusto, amigos, contestó Coelli, ahí tienen agua y fuego, hay tambien un poco de carne por si quieren comer algun churrasco.

Julio agradeció la oferta, y salió él mismo á traer un pedazo de carne, mientras los compañeros miraban estasiados á las muchachas y principalmente á Juana.

Esta no se habia asustado absolutamente; por el contrario, miraba con curiosidad á los recién llegados y tan tranquila como si ningun peligro les amenazara.

Y como los que esperaban la vuelta de Julio se mostraban tranquilos y pacíficos, el susto general fué pasando poco á poco, hasta que cada cual fué encendiendo un cigarro con la mayor tranquilidad.

Un momento despues entraba Julio con una enorme manta de carne que pinchó en el asador y puso al fuego, mientras el horrible Chicoca salia afuera, á hacer el servicio de avanzada, para el que sin duda fué nombrado antes de llegar.

Así podian entregarse con reposo á comer y tomar mate, pues si algo sucedia, Chicoca les haria con tiempo la señal de alarma.

Julio estaba verdaderamente hermoso aquella noche.

Hacia pocos dias que habia estado en la buena, ganando de todos modos, y habia comprado ropa nueva y algunas prendas de adorno.

Ya hemos dicho que Julio vestia no solo con lujo, sino con verdadero gusto, siendo amigo de llevar reloj, anillos y cuanta halaja podia.

Poco le duraban estas, pues en cuanto se veia en la mala las empeñaba, pero teniendo dinero lo primero que hacia era rescatarlas para volverlas á usar.

Y como tenia un interés especial en agradar á la hermosa Juana, que sabia que era hermosa por las noticias que ya le habian dado, aquella noche se habia empilchado régicamente para hacer mejor impresion.

Y á fé que su intento lo habia logrado en toda regla, pues la impresion recibida por Juana habia sido de lo mas agradable.

Juana miraba á Barrientos sin poder disimular la expresion de satisfaccion íntima que la dominaba.

Las narraciones que sobre aquel paisano habia oido le habian hecho nacer el interés de conocerlo, pues los rasgos de su espíritu le habian encantado.

Y al conocerlo habia sentido algo estraño y de que no podia darse cuenta, que nacia en su corazon y turbaba la cabeza.

El paisano, á su vez, miraba deslumbrado aquella bella criatura, sintiendo por ella un cariño tranquilo é inesplicable, de que no se creia capaz.

—Qué demonio tiene para mí esta casa, exclamó

que siendo la primera vez que entro á ella, me parece que toda la vida he venido y que la conozco á usted desde que nací?

Hay un encanto de niñez en todo lo que me rodea, que me hace recordar algo de mis primeros años, sin que yo acierte á explicarme la causa.

Hasta me parece que voy á ver entrar á mi madre por aquella puerta, y que vá á retarme porque no he dado vuelta á la majada.

Es que aquí hay algo que me habla al corazón, continuó, con un lenguaje que yo no escucho pero que me encanta.

Y miró á Juana con toda la intensidad de sus ojos negros y magníficos.

Si esto me hubiera sucedido dos años antes, tal vez yo no sería el hombre que soy, y la vida me guardaría aún mil nuevos encantos.

Y pensativo y triste se puso á dar vuelta al asador y á acomodarle el fuego.

Juana habia concluido de enamorarse con aquel lenguaje poético que tan bien se armonizaba con sus sentimientos.

—Cómo puede ser, pensaba, que el hombre que tales cosas dice sea un bandido sin corazón que mata por el solo placer de ver correr sangre y saltar la entraña?

Y miraba á Julio con ojos húmedos por el sentimiento y la impresion que le habia causado aquel lenguaje apasionado y sencillo.

—Caramba! exclamó Julio de pronto pasando un mate á Coelli.

Los que viven en familia, rodeados de todo sentimiento de cariño y felicidad, no pueden darse cuenta de la horfandad y la miseria.

Ellos no saben lo que es estar miserable que vá rodando por el mundo, sin tener un pecho amigo donde volcar su pena y sin que su palabra amistosa tenga otra acogida que la maldicion y el espanto.

No se ven en el camino mas que caras amenazantes ó maldicientes, y si alguna mano se levanta no es para estrechar la que se tiende sino para enviarnos el golpe de muerte.

La vida así es peor que la muerte misma, porque la vida sin afectos y sin cariños es algo maldecido, que muchas veces impulsa al corazón en el camino del mal.

Todo esto no lo entienden los que tienen quien responda á sus llamados mas cariñosos y escuchar en sus oídos la música que levanta en el alma la voz de la madre y de la consorte, la voz de los hijos mismos que levanta al hombre hasta Dios.

Aquel era verdaderamente un lenguaje sencillo y conmovedor.

Las mujeres lloraban en silencio y los hombres miraban tristemente al hermoso jóven, cuyo semblante, á medida que hablaba, iba adquiriendo una expresion dulcisima y blanda.

El mismo tenia que limpiar de cuando en cuando alguna lágrima que caía de sus ojos bellos.

Sus mismos compañeros estaban asombrados y conmovidos—nunca habian oído á Julio hablar con lenguaje tan íntimo y tan tierno, ni se sospechaban que su espíritu fuera susceptible de tantas delicadas.

Es que el sentimiento amoroso, desde que lo apagó la muerte de Dolores, no habia vuelto á despertar en él.

En la mujer no habia mirado nunca mas que á la mujer misma, sin que su corazón se hubiera sentido interesado en manera alguna.

Y en aquel momento la belleza de Juana lo habia sacudido, levantando en él una tormenta y borrando de su seno toda otra imájen que no fuera la de su cariño mismo.

Julio se habia enamorado y habia reconcentrado en aquel amor todos los cariños de la tierra, adormecidos por tanto tiempo en su corazón.

Y lamentaba profunda é íntimamente, no ser un hombre bueno y honrado, en la fama de los demás, para poder dedicar el resto de su existencia embelleciendo con su cariño apasionado, aquella vida tierna que se conocia despertar recién á las emociones del espíritu.

—Dígame, preguntó Juana, sin poder dominarse ni tratar de dominar tampoco la turbacion de su acento; usted es Julio Barrientos, el mismo Julio Barrientos de que se habla en todas partes?

—El mismo, respondió el jóven con infinita amargura, el mismo de quien tanto se dice por los que no lo conocen ni se han asomado jamás á su corazón.

—Y cómo es posible, volvió á preguntar la jóven, que un hombre que habla esas cosas sea capaz de cometer las maldades de que se le acusa?

Al oír esto, Coelli se pegó un susto de todos los diablos y junto con él los demás paisanos que creyeron que esta pregunta irritaría á Barrientos.

Pero éste, sin cambiar la melancolia de su acento, repuso con mas mansedumbre que nunca:

—Porque todo lo que se dice es mentira; porque no hay quien hable por lo que ha visto, sino por lo que ha oído, y porque la Pólicia es la primera en atribuirme cuanta fábula se le ocurre.

Yo siento aquí en mi corazón tal mundo de amargura, que si no tuviera suficientes entrañas para sofocarlo, me vencería la desesperacion y pasaría mi vida llorando como un recién nacido.

Y los que en ese momento lo miraron al semblante, vieron dos lágrimas cristalinas que se perdían entre la seda de su barba.

—Y por qué no huye de esa vida que usted es el primero en lamentar? por qué no dedica al bien toda esa fuerza que usted mismo siente en su corazón?

—Quién sabe! tal vez sea porque nadie me lo ha dicho, ó porque no podría luchar con el destino.

—Nunca es tarde para lo bueno! dijo Juana sentenciosamente, y la felicidad tal vez pudiera sonreír á su espíritu.

—Sí, puede! exclamó Julio envolviendo á Juana en una mirada que la hizo temblar de una manera poderosa; sí, puede, porque siento que hay para mí una felicidad que antes no he conocido, pero para retroceder es tarde.

Yo no podría vivir tranquilo en parte alguna, porque en mi nombre llevo la maldicion de mi vida y adonde quiera que asentara mi planta vendría la justicia á vengar en mí deli tos que no he cometido.

Tengo que seguir mi camino como ya me lo ha marcado la suerte, y ya no está en mi mano el reme-

dio—solo la justicia, dejándome en paz, podría mejorar mi suerte, pero esto no sucederá conmigo porque ella está interesada en mi desaparición, sabiendo que hace una infamia, ó creyendo tal vez cometer una buena acción.

—Esas pobas palabras que usted me ha dejado oír ahora, han llegado á mi corazón de una manera dulce y cariñosa—hacia mucho tiempo que mi corazón no daba señales de vida, porque nadie lo había tocado.

Pero el asado ya está y yo no valgo la pena de ocupar tanto la atención.

Con su permiso, amigo, dijo á Coelli, voy á llevar su ración á la guardia y vamos á echar un bocado.

Y cortando un buen pedazo fué á llevarlo á Chicoca, que vijilaba el campo.

Julio regresó en seguida ó invitó á todos los presentes á que lo acompañaran, pues el asado era enorme.

A churrasquear y á tomar mate, ningún paisano se hace rogar, así es que todos se acercaron al asador y cortaron su pedazo.

—Lo que es vino no tenemos ni una gota, dijo Coelli, así es que tendrán que rociarlo con agua.

—No importa, la intención vale, contestó Julio, y haremos de cuenta que lo tomamos; lo que es á mí eso no me hace mucha mella.

Mientras se comía el asado estuvieron conversando alegremente sobre diversas cosas y diciendo Cajoles cada barbaridad del tamaño del rancho, pero sin propasarse con nadie, porque ya Julio les había prevenido que en aquella casa no había ni qué pensar en hacer barullo.

Coelli se felicitaba íntimamente de aquella conducta y descaba que aquellos huéspedes se fueran de una vez y no volvieran á acordarse mas de su casa.

—Este será un milagro, pensaba, que no ha de repetirse con frecuencia y lo mejor de todo será no tentar la suerte, pues en la segunda sabe Dios lo que n s pasa.

Juana estaba sorprendida de la suavidad de Julio y de sus modales, reposados y finos.

No quitaba de él los ojos, y el rubor mas intenso asomaba á su semblante cada vez que se encontraba con los del paisano.

Julio por su parte se había enamorado de la muchacha con toda la pasión de una alma ardiente, lamentando con amargura su falsa y desventurada posición.

—Daria hoy cualquier cosa, dijo mirando á Juana, haria cualquier sacrificio por borrar como quien borra una tarja la última época de mi vida!

—Tanto le pesa? preguntó Juana; está acasa arrepentido de algo malo?

—No es eso—yo no puedo estar arrepentido de nada, porque nada he hecho de que pueda arrepentirme, pero me han echado encima tantas monstruosidades, me han atribuido tales hechos, que me han quitado el derecho de andar por todas partes sin que alguno se meta conmigo.

—Tengo que andar defendiendo la cabeza como cosa robada, y la gente huye de mí como se huye de los indios porque creen que donde yo voy van conmigo la muerte y el espanto.

—Y por qué no se retira de esa vida? preguntó Juana, por qué no vuelve á lo que ha sido dejándose de andar vagando por los campos?

—Porque nada remediaría con esto ni evitaria la persecución tenaz que se me hace.

Todos me miran como un bandido y desean verme de su casa lo más lejos posible, porque solo el mal es esperado de mí.

Ustedes mismos, que me han tratado tan bondadosamente, estoy seguro que en este momento están deseando que me vaya y no vuelva á acordarme jamás del paraje donde está situada la casa.

Pero ya ven que no es tan fiero el león, y si ustedes quieren que nos vayamos no tienen mas que decirlo, que á mí no me gusta mortificar á nadie.

—Por mi parte, dijo Coelli, aunque usted se quedara aquí toda la vida, nada me importaría por usted, pero ya sabe lo que es la Policía; basta que uno reciba á quien ella persigue, para que lo tome entre ojos y entre á perseguirlo como si fuera también un bandido.

Y quien se mete con ellos? no ganaría uno para multas ni tendría tiempo suficiente para cumplir las prisiones!

—Tiene razón, yo sé que tiene razón, respondió Julio: nosotros somos peor que la peste y no se nos deba admitir en ninguna parte, así es que ya nos vamos y los dejamos tranquilos y libres de todo cuidado.

—No es porque se vayan, respondió Coelli, que yo lo he dicho; pueden pasar aquí la noche si lo necesitan, pues por esto, si llegan á saberlo nada pueden decirme.

—No importa, solo vinimos á tomar un mate y á descansar, siguiendo en seguida la marcha para donde nos empuje la suerte.

Julio hablaba con la voz timbrada por una profunda pena, que inspiraba la mayor lástima.

Y aquella pena que se escuchaba en su acento estaba tan acentuada en toda su persona, que no dejaba la menor duda de la amargura de su situación.

Los preparativos de marcha empezaron á hacerse con visible pesar por parte de Julio, que devoraba con mirada ansiosa la exuberante belleza de Juana.

Emilio Acosta, que se encontraba allí muy bien, dijo que momento más ó momento ménos venia á ser lo mismo, y que se quedarán un poco mas y a que nadie se oponia.

—Es preciso tener presente, dijo entonces Julio, que los vagos como nosotros no tienen el tiempo contado para nada, pero los demás, que tienen que trabajar y levantarse temprano, no pueden pasar la noche como vagos y nosotros no podemos robarles el sueño.

Vámonos no mas, ya que así Dios lo ha querido, que talvez algun dia se acaben para nosotros estas penurias.

Como aquella determinación de Julio no era estraña, puesto que aquello no era pulperia ni casa de negocio, cada cual encendió su cigarro y se preparó á salir.

Iba Julio á hacer lo mismo y se dirigia á Coelli para tenderle la mano, cuando se detuvo mirando una guitarra que habia colgada en la pared.

—Toca usted también paisano? preguntó hace bien porque es un buen quitapesares.

—Es prenda de mi hija, contestó Coelli, que suele matar algunas veces el tiempo rascándole las tripas.

—Pues si lo permiten voy á pagarles de algun modo las finezas recibidas—hace mucho tiempo que no tomé una guitarra entre las manos, pero me valdrá la buena intencion.

Todos volvieron á sentarse preparándose á oír lo que Julio cantara, pues su fama de buen cantor y mejor guitarrero, de todos era conocida.

La guitarra, como si conociera las manos que la oprimian, gimió en una série de acordes con que Barrientos reunió el diapason.

Y en seguida empezó á preludiar uno de esos estilos quejumbrosos y melancólicos, que ondulan en el alma como un lamento íntimo y amoroso.

Y á medida que el preludeo del estilo se iba perdiendo y dando una idea de la melodía que servia de introduccion, el silencio de los oyentes se hacia mas completo para no perder ni una nota.

Mientras las manos inconscientes recorrian el diapason de la guitarra, los ojos de Barrientos, húmedos por la pasion de que estaban cargados, recorrieron vagamente el techo de la pieza.

De pronto se fijaron en Juana envolviéndola en una ráfaga de pasion y la voz magnífica del paisano se arrancó del pecho, llenando el espacio con un timbre poderoso y metódico.

Julio Barrientos cantó cuatro décimas, maestras como sentimientos y como intencion amorosa.

En ellas pintaba todo el encanto de una pasion purísima, bendiciendo al ángel que se lo habia inspirado.

Y este ángel, segun la dedicatoria en que terminó la trova, no era otro que Juana, cuya emocion saltaba á sus ojos lánguidos y asomaba á su semblante suave é infantil.

Julio Barrientos colgó la guitarra donde estaba y tendió la mano á Coelli.

—Soy su amigo agradecido, le dijo, esta noche no se borrará nunca de mi memoria, y cuando usted necesite un servicio de importancia, sea el que fuere, recuerde que soy un amigo sin reserva y mándeme ocupar.

—Muchas gracias, amigo, respondió Coelli, lo mismo le digo yo, si alguna vez puedo serle útil en lo poco que valgo, ya sabela casa.

Julio miró á los demás con profunda pena, y al despedirse de Juana su voz tembló ligeramente.

—Que lástima que sea tan tarde para seguir un consejo, linda moza! le dijo; si yo hubiera escuchado hace dos años las palabras que hoy ha dicho tal vez fuese yo ahora otra persona.

En fin, no lamentemos lo que no tiene remedio, y adios, que no ha de ser esta la última vez que nos veamos.

—Adios, murmuró la jóven sin mirar esta vez á Barrientos—nunca es tarde para salir de la mala vida, y si alguna vez mi consejo puede fortalecerlo, estoy pronta á dárselo.

—Gracias, nunca lo olvidaré, como no olvidaré la intencion con que han sido dados: puede ser que algun dia me sonrían tiempos mejores en que mi amis-

dad no sea como un castigo ni como una ofensa; entonces vendré á agradecerles la hospitalidad de este rancho.

Y salió de la casa de Coelli seguido de sus compañeros, perdiéndose poco despues entre las sombras de la noche.

Los Barrientos creian que apenas se habian demorado un momento, pues no habian hecho sinó comer un churrasco y cantar una trova, pero bien pronto el canto de los gallos les anunció la venida de la madrugada.

—En la vida he pasado una noche mejor, exclamó Julio; esa muchacha se me ha metido en el corazon con la fuerza de una puñalada, pero no sé por qué creo que le he pagado con la misma moneda.

—Iguales eran las fortunas, observó Acosta; esta es una bolada que no se presenta todos los dias y que se debe aprovechar sobre el acto, porque me parece que hasta que se acabe el mundo no vuelve á nacer una moza como esa.

—Que ojos! señor! gritó Chicoca entusiasmado—no hay candil que alumbre tanto! ví cuando rejucilaban mirando al amigo! parecia que el cielo se abria para descargar un aguacero macuco!

Yo mismo que nada voy en la volada veia desde afuera los rejucilos que me hacian estremecer los ojos!

¡Pucha! despues se ha de quejar de la suerte!

—Lo que es yo sigo esta veta de la suerte aunque deje el pellejo, dijo Julio—vamos á acampar en la Sierra y allí veremos lo que se ha de hacer.

Y enderezaron á lo alto de la Sierra, donde hicieron consejo para decidir lo que harian, pues aunque el triunfo de Juana era cosa hecha, era preciso asegurar el viejo Coelli, que á dqs tirones no se resolveria á quedarse sin hija.

—Por lo pronto, dijo Julio, habrá que separarnos, porque los cinco somos mucho bulto y nos hacemos notar.

Hay que engañar á la Policia y hacerles perder la pista—yo puedo quedarme aquí con Pedro, y ustedes andar dando vueltas hasta que concluya la aventura.

Una ó dos veces por semana podemos juntarnos sobre esta misma Sierra, para comunicarnos las novedades que haya.

Este fué el convenio que hicieron los cinco amigos, separándose inmediatamente para que creyeran que se habian ido y perdieran la pista.

—Ya nos buscarán por todas partes, dijo Julio, menos aquí, que es donde menos nos interesa que nos encuentren.

Acosta se alejó guiando á los suyos, mientras los Barrientos quedaban en la cumbre de la Sierra para echar un sueño y concertar Julio como habia de seguir la aventura.

La impresion dejada en casa de Coelli no podia ser mas agradable.

Juana, sobre todo, estaba encantada con aquel jóven que ántes de conocerlo habia ya hecho cosquillas en su corazon.

Y las décimas cantadas eran la última mano dada á aquella pasion que nacia con todo el poder de un corazon vírgen y ardiente.

La admiracion por la mansedumbre de Julio era

general, pues ella venia á contrastar vigorosamente con aquellos cuentos terroríficos que corrian de boca en boca y de Policia en Policia.

—Barrientos se ha destapado con nosotros, tal cual es, dijo uno—ya lo vén; si lo dejaran en paz él no se meteria con nadie, y viviria tranquilo como vivia ántes de la injusticia cometida por aquel Juez de Paz.

Pero cómo quieren que se entregue un hombre que sabe lo ván á echar á las tropas de línea si es que no lo matan en el camino por haberse resistido á la autoridad?

Tambien es cosa dura esto de pretender que un hombre ha de venir voluntariamente al matadero!

—No les dije yo que si alguna vez me caia á las manos lo habia de aconsejar, dijo Juana, sin que por esto se enojara?

Ya vén como me ha hallado razon y se ha mostrado ganoso de seguir mis consejos!

—Es que todos no tienen tú cara, indina, dijo á su vez, sonriendo, un paisano viejo que en su tiempo habia sido la piel del diablo—con una cara como la tuya no solo se puede aconsejar sino retar tambien sin que nadie se enoje.

Si yo tuviera tu cara seria hasta ladron, en la seguridad de que ni los mismos robados habian de enojarse, y eso tú lo sabes mejor que yo, porque nadie se ha enojado contigo habiendo robado la voluntad á cuantos se te han acercado.

Esta galanteria traviesa hizo reír á todos, menos á Coelli, que habia quedado algo pensativo.

—Sea como sea, dijo, la visita de esa gente me hace muy poca gracia y desearia que en la vida se acordaran de mí.

Hoy están de buer humor y el campo se les hace orégano, pero mañana se les vuela un pájaro y hacen una herejia espantosa.

Mientras más léjos se está de esa gente mucho mejor, y si no se ván del pago, ya tomaré mis medidas para que no vuelvan.

—La cara de ese bandido que estaba afuera, dijo el viejo, es como para asustar al mismo demonio! ese sí que no ha de tener el diablo por donde agarrarlo!

—Todos! continuó Coelli, todos!—consiento en que el Julio ese puede no ser tan malo como lo pintan, pero los otros son facinerosos consumados, capaces de sacarle el cuero á la misma madre.

Juana guardaba silencio porque no queria dar á entender el interés que tenia por Barrientos.

Antes de conocerlo, como solo sentia por él una viva simpatia, no habia tenido inconveniente en decirlo, pero cuando se vió enamorado y correspondida ocultó su amor, que sabia iba á levantar una tormenta de reproches y consejos enojosos.

—El volverá, pensaba, volverá porque yo le he gustado, porque me ha cantado esas décimas donde ha puesto todo su corazon, y buscará la ocasion de hablar á solas conmigo.

Su espíritu necesita un cariño sobre la tierra, que arranque su vida de la desesperacion á que rueda: ese cariño le ha salido al camino y él no lo ha de perder.

Y no se borraba un solo instante de su pensamien-

to, la fisonomia hermosa y varonil del paisano, el quejido apasionado de su acento y su gesto altivo pero bondadoso.

Sus amores con Barrientos, con el tremendo Barrientos, convertido en un cordero por su cariño, era cosa que le daba vuelta la cabeza, haciéndole soñar una vida interminable de amores fabulosos.

—El volverá, pensaba, porque me lo dijo con los ojos ántes de irse y me lo previno con la presion de su mano.

Por qué ningun otro hombre ha hecho en mi corazon la impresion que éste? se preguntaba.

Cosas del destino, no más; ya estaria destinado á venir á tropezar con él y cambiar el amor de nuestras almas.

—Ese bandido es muy capaz de haberse enamorado de mí hija, pensaba Coelli con cierto temor, pero ántes que tal suceda, me sienta con el coraje suficiente para degollar á toda la gavilla.

Yo no he criado hijas para bandidos ni para que la Policia las deje viudas de un momento á otro.

Y si una de ellas fuese capaz de dar oidas á semejantes piezas, á garrotazos las habia yo de enderezar por el buen camino!

Pero me consuelo porque Juana es más altiva que una reina y muy capaz de dar vuelta de un sopapo al primer bandido que le suelte un requiebro, por más Barrientos que sea y por más acompañado que ande.

El dia se habia venido encima, con gran asombro de todos, que no creian se les hubiera ido la noche tan sin sentirlo.

Y ya era inútil pensar en dormir hasta la hora de la siesta, porque toda aquella gente eran personas de trabajo, con intereses propios la mayor parte, y esa hora, precisamente, como la caida de la tarde, es la de más labor para ellos.

Es preciso soltar los animales que se han encerrado durante la noche, arrear las majadas léjos una de la otra para que no se mezclen, y mil otras faenas del campo que es imposible dejar para otra hora.

Así es que cada cual fué templando á la querencia, y Coelli, ensillando su caballo de trabajo, se entregó como todos á la fatiga diaria.

Las mujeres era distinto; poco que hacer tenian y podian entregarse á morrongear hasta que llegara la hora de empezar á hacer el almuerzo para su padre y los peones.

Juana fué la primera que se durmió, movida por mil ensueños de amor y de felicidad sin límites.

Su corazon habia despertado impetuosamente á la vida del amor y se habia enamorado de Barrientos con toda la vehemencia de que era susceptible.

Cualquier obstáculo que se hubiera puesto á su cariño, solo habria servido para aumentar aquella pasion que tan rápidamente se habia desarrollado en ella.

Juana se habia criado haciendo en todo su exclusiva voluntad y sin que nadie le hubiera contradicho ninguno de sus caprichos ni de sus indicaciones.

No era posible entónces que sufriera contrariedades en lo que tanto interesaba á su corazon y á su espíritu.

Fué aquel el sueño más feliz de toda su vida, porque en él se veía al lado de Barrientos regenerado, sin que nadie tuviera que decir nada de él ni para qué meterse con sus cosas.

Y paseando á las ancas del hermoso gaucho, iba despertando la envidia en todas las mujeres y la rabia de los hombres mismos á quienes habia despreciado y que no se atrevian á mirarla á la cara por temor de despertar las iras de su amante.

Y la fisonomía de Juana sonreía con tal palidez y tanto encanto, que la madre sintió pena de despertarla.

Pero era ya muy tarde, Coelli podía llegar de un momento á otro y aún no se habia hecho nada en la casa.

La jóven despertó perezosamente, envuelta aún en el recuerdo de su sueño.

—No importa, pronto he de volver á verlo, pensó, como si siguiera la hilacion de un diálogo: estoy segura que á la siesta vendrá aunque sea á mirarme de lejos—mi corazon no se ha equivocado nunca cuando me ha anunciado algo de bueno, y él me dico que ántes de la noche lo he de volver á ver.

Y se puso á preparar el almuerzo, en la seguridad de que Barrientos aquel dia habia de volver á verla, espianado una hora de poder hacerlo sin que nadie se apercibiese de ello, y aquella hora no podia ser otra que la hora de la siesta.

AMOR DEL ALMA

Cuando Coelli regresó de su trabajo, ya lo esperaba su familia con el almuerzo pronto.

Poco acostumbrado á las malas noches, y ya viejo para pasarlas, estaba rendido de sueño y de fatiga, deseando comer algo para acostarse á dormir una siesta como hay pocas.

Su mujer estaba lo mismo, y las hermanas de Juana, sin ninguna preocupacion en el espíritu, hubieran preferido irse á dormir que venir á almorzar.

Solo Juana andaba tan activa y alegre como los demás dias.

El sueño apacible y feliz de aquella mañana habia sido como un bálsamo para la postracion de su cuerpo, y en aquel sopor pesado que veía en todos, le parecia ver una conspiracion del cielo para proteger sus amores, pues á medida que pasaba el tiempo, Juana se convencía más de que Barrientos habia de venir á hablarla aquella siesta.

Era un convencimiento que ella no se explicaba pero que sentía debía ser así.

Si el mismo Julio le hubiera mandado decir lo contrario, hubiera creído que el mensaje era falso.

—Una buena noticia, dijo Coelli: me han dicho que los Barrientos han salido de estos parajes en direccion á Pillahuincó, segun lo aseguraron en la pulperia, lo que quiere decir que no los tendremos más por acá.

—Gracias á Dios, respondió su mujer: te confieso que el pensar que podian volver me tenia preocupada, no tanto por ellos mismos, que al fin nada nos han hecho, sino porque despues el alcalde empieza á embromar con que uno es tapadera de bribones.

Como si fuera una cosa muy fácil agarrar de las orejas á media docena de semejantes perdidos y ponerlos en el medio del campo!

—Despues son los alcaldes los primeros que echan á disparar tan solo de oír decir que vienen y por lo mismo se disculpan con que los vecinos los protejen.

—De todos modos es una felicidad que se hayan mandado mudar, porque así se evita uno enemistades, cuentos de alcalde y peligros que no se sabe adonde pueden venir á concluir: te aseguro que yo ya estaba temblando de que pudiera repetirse la escena de anoche!

—Más vale así! ahora, que ni siquiera se acuerden de que existen semejantes parajes.

Sin poder explicarse el por qué Juana no creyó ni una palabra de la noticia que le habia traído su padre:

Ella no tenia motivo para contradecirla, pero no creía que los Barrientos se hubieran ido sin venir Julio á darle su despedida.

Y tan segura estaba que deseaba que terminara el almuerzo para que todos se fueran á dormir y la dejaran en paz.

Terminado este, que el sueño general hizo durar poco, todos fueron ganando la cama y entregándose á las delicias de la siesta.

El sol estaba fuertísimo y el calor contribuía por su parte á cerrar los párpados cansados.

Un cuarto de hora despues solo Juana estaba despierta, haciendo la limpieza de todo lo que se habia ensuciado en el almuerzo.

Hacia apenas un cuarto de hora que estaba en la cocina, cuando Juana sintió el paso de un caballo que se aproximaba cuidadosamente como si su ginete no quisiese ser oído.

El corazon de Juana latió de una manera como no lo habia sentido nunca, y algo parecido á un vértigo cruzó por todo su cuerpo.

Ella no habia visto quien venia, sentía solo las

pisadas del caballo, pero su angustia era infinita y la impresion poderosa.

Juana repasaba una fuente sin saber que partido tomar ni atreverse á buscar con la vista á la persona que llegaba, cuando cesaron las pisadas del caballo y el ruido peculiar que produce la bota de potro sobre los pisos duros se sintió á la puerta de la cocina, helando la sangre en las venas de la jóven.

Como atraida por una fuerza poderosa é irresistible la hermosa cabeza de la jóven giró en su cuello, y miró al que llegaba de una manera silenciosa y recatada.

Su corazon se lo habia dicho ya: aquel hombre que así llegaba y se detenia á la puerta de la cocina no era otro que Julio Barrientos, cuya fisonomia estaba iluminada por la espreccion de una felicidad suprema.

Como estaba allí el paisano? como habia venido hasta la cocina, con la facilidad del que sabe que su paso no ha de ser turbado?

Nadie le habia llamado, nadie le habia dicho nada, y sin embargo, él acudia como á una cita dada de antemano, en el momento á propósito.

Cómo estaba allí Barrientos? por que habia, venido á aquella hora, entrando como si supiera lo que sucedia no solo en la casa sino en el corazon de Juana?

Es que Barrientos habia calculado todo con una exactitud asombrosa, ajustándose á la lójica natural de las cosas.

Cuando se levantó, despues de echar una siesta dijo á Pedro que lo esperara, que iba á visitar á Juana.

—Es que todos estarán durmiendo, contestó el hermano, porque han pasado mala noche; tienes cita con Juana?

—No tengo cita, pero ella ha de esperarme porque ha de sospechar que he de ir á verla.

—Entónces iré á acompañarte porque allí son muchos y pueden hacerte algo.

—No tengas cuidado; ayer han pasado la noche en pié y esta mañana no se habrán animado á acostarse porque tenian que hacer—habrán esperado la siesta para acostarse á dormir y ahora no los despiertan ni con un trabucazo.

Juana supone que yo he de ir, porque no hay mujer que no conozca cuando un hombre está enamorado de ella—espérame aquí que no tardaré en volver.

Como han visto salir á Acosta con los otros, han de creer que todos nos hemos ido y nadie pensará tenerme tan cerca.

De todos modos, con un trabucazo avisaré de cualquier cosa que suceda.

Y Julio, con estos solos antecedentes, se habia venido directamente hasta la cocina de Coelli donde ya hemos visto que lo esperaba Juana.

—No hay palabra tan elocuente como la palabra de los ojos, dijo el paisano con mansedumbre infinita; usted nada me dijo y yo sabia que me esperaba; nada le dije yo y usted sabia que vendria.

Es que el cariño habla en los ojos con palabra de cielo, haciéndose entender del espíritu donde se refleja.

Juana estaba turbada; la palabra de Julio tenia para ella un encanto arrobador y al escucharla, su corazon temblaba de emocion.

Julio entró á la cocina y tomando suavemente una mano de Juana le dijo:

—Usted ha borrado todas la nubes de tormenta que envolvian mi espíritu, haciendo brillar en él un sol desconocido que presta á mi corazon la pureza necesaria para sobrellevar el martirio de la vida.

Cuando ya iba yo á abandonar al azote de la suerte, sin tratar de defenderme de ella, usted me tiende la mano y me muestra un mundo lleno de felicidades y de encantos.

Yo me he detenido en mi marcha, sorprendido de hallar al fin un corazon que se interese por mi y he venido á oir de sus lábios mi sentencia inapelable.

Yo he visto en sus ojos que usted me quiere porque eso no se puede ocultar, pero necesito oírsele decir á usted, porque no quiero engañarme.

Y á medida que hablaba acariciaba la mano que Juana le habia abandonado por completo.

—Por qué no huye usted de esta vida que le cierra todas las puertas y para la que usted no ha nacido? preguntó Juana apasionadamente.

La voluntad todo lo puede, Barrientos, y yo he oido decir que usted era un hombre de voluntad.

Usted no es lo que se dice ni lo que aparenta ser: porque sostener entónces una posicion peligrosa que lo hace vivir en un sobresalto eterno?

—Porque ya es tarde, contestó Barrientos con melancolia, y porque lo hecho no tiene remedio—yo no puedo separarme de ese modo de vivir porque abandonaria á Pedro, que es lo que mas amo en el mundo y lo matarian: seria preciso un gran trabajo para convencerlo, porque es caprichoso y nada tiene ya que esperar del mundo.

—Y si yo le pidiera que abandonara esa vida por mi cariño y se dedicara al trabajo honrado?

—Todo lo haria por su cariño, todo lo emprenderia sin mirar para atrás y me consideraria feliz de poderla complacer, pero esto no se puede hacer de golpe.

Necesito separarme poco á poco de mis compañeros y separar tambien á Pedro para que se venga conmigo: necesito ir haciendome olvidar de la justicia que me persigue y perderme un poco de tiempo para que me crean muerto y ver si así me dejan vivir en paz.

Y este sacrificio de mis justos resentimientos, tal vez de mi vida misma ¿tendria compensacion en su cariño?

—Y cómo no habia de tenerlo! es á nombre de ese mismo cariño que yo le hablo de esta manera y lo pido que abandone esa vida horrible donde no puede hallar sino sinsabores y desgracias, para la cual usted no ha nacido.

—Yo la dejaré, yo la dejaré, se apresuró á decir Barrientos, pero con tiempo, gradualmente, sin que ella puede importar el mal de mi hermano, que es la única persona que me interesa.

Los otros estan ligados á mí por el menor compromiso; ellos han venido á mí y yo los he recibido porque en la situacion en que me hallaba necesitaba

gente para poder luchar con la Policia, que me perseguía á muerte.

Puedo, pues, separarme de ellos sin que me hagan el menor cargo, pero Pedro es distinto.

Su cuenta con la justicia es larga, y caer en su poder seria morir y morir de una manera horrible.

Tenemos que luchar para defender la cabeza y no ser tomados: no buscaremos el peligro y huiremos de él si es posible ya que en esto se puede complacer á usted.

Así, Julio Barrientos, que nunca dió la espalda al peligro, andará huyendo, como si tuviera miedo, y solo pelcará en el caso que fuera necesario para defender la vida.

Juana estaba radiante de alegría y dominada completamente por la pasion que se desbordaba de los ábios del paisano.

Veia que su espíritu ejercia en él una influencia indudable y benéfica y se entregó sin la menor reserva á aquel amor avasallador.

Naturaleza apasionada habia estado adormecida á la vida del amor, porque no habia encontrado su ideal; así es que herida en su fibra sensible, el amor habia palpitado en su ser de una manera violenta, arrastrándole con todo el ímpetu de la pasion primera.

El espíritu de Barrientos le habia atraído poderosamente con su bravura sin límites y la ostraña poesia de que estaba bañado.

Esta atraccion habia sido mas intensa con las relaciones que habia escuchado sobre el pasado del paisano, relaciones llenas de melancolia, donde se agitaba aquel espíritu bondadoso y superior.

Y sin poderse dar de ello cuenta exata, se habia enamorado, sin conocerlo, de aquel hombre á cuyo nombre temblaban los mas valientes.

El relato de las muertes y escenas horribles que se contaban de él no habian podido hacer decaer esa pasion naciente, porque no las habia creído, y los mismos que las contaban decian que Barrientos no podia ser el autor de aquellos crímenes, pues su mano generosa no podia haberse manchado con asesinatos cobardes.

Finalmente la vida del paisano habia dado el último toque á su corazón impresionable, aumentando con estraño encanto aquel amor purísimo.

Se habia encontrado con un hombre hermoso, fuertemente hermoso, que hablaba con una bondad suprema y miraba con una mansedumbre de niño.

En aquella fisonomia no habia ni un rasgo duro que mostrara al bandido; todo en él era suave y cariñoso y ofrecia un conjunto grato y simpático sobre toda exageracion.

En vez del bandido que le habian pintado, se encontraba con un hombre humilde y respetuoso, que hablaba contra todo el mundo por defender la vida propia y la del hermano, que pudiendo presentarse trabuco en mano al frente de sus hombres, venia solo á mendigar un cariño para su corazón, huérfano de afectos y cansado de sufrir el odio y desprecio de los demás.

La expresión no pudo estar mas en armonia con su deseo, y la jóven se entregó sin la menor violencia

al amor de Barrientos que se presentaba bajo forma tan encantadora.

Tendió sus manos al paisano y se quedó muda y estasiada en su contemplacion.

—Yo me sentí querido desde que pisé esta casa, dijo él acariciando el semblante de la jóven con una mirada profunda, porque mi corazón se ensanchaba al respirar el aire que se desprendia de usted como emanado de otro cielo y de otro mundo.

El corazón comprende bien sin que le hablen, y la prueba es que yo he venido aquí sabiendo que usted me esperaba en este momento.

Es que mi corazón caminaba arrastrado por una fuerza misteriosa que emanaba de una imagen que yo veia marchar delante de mí y que me miraba con un encanto desconocido.

Y esta imagen era una mujer, que me sonreia con un encanto infinito, haciéndome pensar en otra vida mejor.

Al llegar aquí mis piernas temblaban y mi corazón se oprimia, pero con una opresion que no me hacia daño, porque ella era solo el deseo de llegar hasta usted, que me esperaba como la promesa del cielo, como el final de todas mis deventuras.

Ah! la vida, la vida! exclamó, sacudiendo su hermosa cabeza; benditas sean todas mis desventuras si ella guarda momentos como este en que el espíritu del hombre se abre al amor hasta el estremo de sentir cariño por la mata de pasto que afirma el pié!

Si mis desgracias habian de traerme hasta aquí, ofreciéndome se corazón como punto de reposo, benditas sean todas las desgracias de mi vida! benditas sean todas las torturas porque ha pasado mi corazón!

Y Barrientos oprimió con lábios febriles la suave y morena frente de la jóven, que escuchaba su palabra enamorada como quien escucha una música cuya melodia tierna ha sorprendido y parado al corazón.

Y trémula y anhelante volcaba toda la pasion de su mirada en aquel semblante varonil y hermoso y acariciaba de una manera inconsciente los rulos de la negra cabellera que descansaba sobre los hombros vigorosos de Barrientos con reposo poético.

—Así se comprende la vida! murmuraba, y el encarnizamiento con que algunos la defienden.

Yo me siento completamente regenerado por el cariño al estremo de que me siento cobarde por el peligro.

Creo que si hoy me encontrara en un peligro sério seria el primero en disparar: bendito sea Dios que de tal manera compensa mis infortunios!

—Yo nunca habia querido, murmuró Juana débilmente, y no sabia que se podia querer así: creí que el cariño de los padres era el mas grande de la tierra, pero ahora siento dentro de mí como otro corazón que late de una manera mas amplia, comunicándome una vida mas feliz y haciéndome mirar las cosas de otro modo.

Y ambos se miraban y se prodigaban sus caricias como si toda la vida se hubieran tratado y como si nada tuvieran que temer.

De Barrientos, el pensamiento de Juana saltó á su

padre al recordar lo que éste pensaba del paisano, y haciendo un violento esfuerzo se arrancó de sus brazos y sus caricias.

—El tiempo pasa sin sentirlo, murmuró, y pueden despertar y encontrarnos aquí—Mi padre es bravo y violento y créa cuanto de usted se dice, ¿qué sucedería, Dios mío, si llegara á encontrarlo aquí?

Váyase Julio, váyase y mañana, á la misma hora de hoy, me encontrará aquí.

—Tu padre, como todo lo tuyo, dijo Barrientos de una manera solemne, es sagrado para mí.

Primero volcaría el trabuco sobre mi propio pecho que ser causa de un disgusto á tu corazón.

Yo volveré, yo lo amansaré, yo lo convenceré de que no soy lo que se dice y entonces nada tendremos que temer.

Yo me voy, porque sobre todas las cosas quiero la paz de tu alma buena, y mañana á esta misma hora volveré, pero antes he de venir á tu casa para que se vayan acostumbrando á mí y perdiendo el miedo que sin razón me tienen.

Nadie sospechará que yo he estado aquí porque creen que nos hemos ido; entretanto yo estaré allí, arriba de las Sierras, pensando en tí y mirándote sin que tu me veas.

Y con una naturalidad que solo hubieran tenido dos amantes de mucho tiempo, Julio y Juana cambiaron un beso apasionado y se despidieron hasta la noche y hasta el otro día.

Y con una arrogancia suprema, el paisano saltó sobre su pingo y se alejó en dirección á la Sierra con el mismo recato y tranquilidad con que había venido.

Parecía un hombre que se iba á su trabajo sin tener que esperar nada malo.

Juana se quedó en la puerta de la cocina, mirándolo alejarse con un encanto indefinible, le hizo una seña cariñosa cuando fué á volver el camino y se puso á llorar entonces con extraño desconsuelo.

No podía escapar á su penetración que si su padre conocía sus amores trataría de impedirlos á todo trance, pues conocía su modo de pensar respecto á Barrientos, y no podía pensar en esto sin una desesperación creciente.

Tal vez su padre ofendiese á Barrientos y éste, olvidando toda consideración, se viera obligado á defenderse.

Que hacer en situación tan amarga, teniendo que elegir entre su padre y su amante?

No acostumbrada á este género de luchas íntimas, el corazón de Juana se sintió oprimido y la pobre se puso á llorar desconsoladamente como para dar un desahogo á su pena.

Sentía que amaba á Barrientos de una manera imperiosa, á pesar de ella misma, y el pensar que aquel amor pudiese traerle un desagrado con su padre la trastornaba por completo.

Juana estaba decidida, por otra parte, á querer á Barrientos á pesar de todo y aunque el mundo se le viniera encima.

Estaba acostumbrada á hacer su voluntad en todo y esperaba que al fin y como siempre su padre concluiría por hacerle el gusto.

Juana era una muchacha de carácter, capaz de so-

breponerse á cualquier desgracia y hacer á un lado cualquier contrariedad—pero este carácter no era suficiente á hacerla luchar con sentimientos de la intensidad de aquel.

Al contrario, para satisfacerlo hubiera sido capaz de luchar contra toda contrariedad y contratiempo.

Resuelta á todo concluyó los arreglos de su cocina y se fué adentro á despertar con un mate á los que aún dormían.

Aquella fué una tarde perdida: Coelli como sus peones se levantaron tarde y apenas tuvieron tiempo de salir á recojer las majadas y encerrarlas en sus corrales.

Todos notaron á Juana un poco preocupada, dirigiéndole algunas bromas con respecto á Barrientos, bromas que la hicieron poner colorada, sospechando que alguno hubiera visto llegar al paisano y que su padre fuese á entrar en conocimiento de lo que había sucedido aquella siesta.

Coelli no escuchó con mucho gusto aquellas bromas, dadas á su hija, y menos le gustó aún desde que veía que la hacían poner colorada.

—No me gusta que embromen á mi hija con bandidos, dijo, por que ella no ha dado motivo para que se le ofenda así.

Felizmente esos se han ido ya del paraje y quiera Dios que no vuelvan mas.

—Pero si no es un bandido como cuentan! exclamó Juana, no pudiendo contenerse ante la dureza del calificativo; ya vé usted lo que él mismo ha dicho y que es cosa averiguada que no es él sino sus compañeros los autores de todo eso que se cuenta.

—Sea ó no sea, que yo no soy Comisario para averiguar las cosas, yo no quiero que te embromen con bandidos ni quiero que esos vuelvan á pisar aquí, porque nada bueno puede suceder con semejantes visitas.

Tan bandido es uno como el otro, y tarde ó temprano esa gente tiene que morir fusilada.

—Y si se quita de esa mala vida? preguntó Juana queriendo tantear á su padre en todos los casos, entonces nada malo podría sucederles.

—Se quite ó no se quite, contestó Coelli, no ván á borrar lo que han hecho ya, y si la Policía les echa el guante, tampoco ha de ponerse á averiguar si se quitaron ó no se quitaron.

Son unos bandidos, han sido unos bandidos y justo es que paguen lo que han hecho, porque las atrocidades que han cometido no tienen nombre.

—Sin embargo, dicen que este es un hombre bueno, aseguró uno de los peones—los que lo han conocido desde chico cuentan las cosas de una manera distinta que aquellos que las refieren de oídas, y lo que es por mi parte me gusta el hombre y no lo creo capaz de cosa mala.

—Pues á mi me sucede todo lo contrario, concluía Coelli—nunca he deseado mal á nadie, ni he contribuido á la desgracia de ninguno, por bandido que haya sido, y sin embargo, el día que tomaran á los Barrientos, y se los limpiaran, yo sentiría un placer inmenso, porque esas son fieras dañinas que vienen haciendo el mal sin necesidad ninguna y por el solo placer de hacerlo.

Coelli era un hombre de corazón, que estaba irritado por los horrores que había oído referir, al es-

tremo de que no hubiese tenido inconveniente él mismo en ayudar para prenderlos.

Y no han de ser tan guapos como se dice, exclamaba, es que los de la Policía son una punta de flojos inservibles que se asustan de ellos mismos, sinó haría mucho tiempo que estos bandidos estarían escaechados.

—Pero, por Dios, qué mal le han hecho á usted, preguntó Juana, para que tanto mal le desee?

—Y te parece poco motivo todos los crímenes que han cometido? hoy por mí, y mañana por tí, todos los hombres deben defenderse contra los bandidos.

—Contra los bandidos, sea, pero ya vé usted que Julio no es un bandido, que le han obligado á hacer lo que ha hecho, siempre en defensa propia y siendo él atacado.

—Es que algo ha de decir para disculparse, pero tan bandido es él como los otros—felizmente no tiene á qué volver aquí, porque no tiene nada que hacer—no se hable más de semejante gente y hagamos de cuenta que nadie les ha visto la cara.

Y lo peor es que uno tiene que contemporar con ellos, porque como son tantos y la Policía les tiene miedo, el día menos pensado vuelven y le pegan fuego á la casa de los que creen han ofendido ó querido delatar.

Juana no quiso insistir mas en la conversacion, porque no queria dejar ver el interés que tenia, y guardó silencio, aunque mostrando en su ademan que no estaba convencida.

Ya sabia á qué atenerse respecto á su padre y creia inútil irritarlo para sondearlo mas.

—No lo puede tragar, se dijo, seria capaz de provocar un conflicto si yo insistiera, y es preciso evitar en lo posible que cambien entre ellos la menor palabra desagradable que haga imposible despues cualquier arreglo que pudiera sobrevenir.

Por otra parte estaba decidida á querer á Barrientos á pesar de todo, veia que iba á tener mucho que luchar y preferia callarse la boca para no provocar escenas violentas y tempestuosas.

Si acaso con la prudencia no podia obtener nada, entónces veria el camino que más le conviniera tomar.

Antes de acudir á la suprema razon de la voluntad, es preciso hacer todo lo posible para resolver el asunto buenamente y sin violencia.

Tal vez su padre se convenciera con el tiempo de que se habia equivocado con respecto á Barrientos y fuera entónces mucho más fácil convencerlo y ablandarlo.

Si él llegaba á escuchar á Barrientos como le habia escuchado ella misma, hablando con el lenguaje de la verdad y el sentimiento, en el acto veria que se habia equivocado al juzgarlo, y le devolveria su estimacion.

La noche habia caido por completo, armándose la reunion de siempre alrededor del fogon, cuando se sintió el galope de un caballo y se vió llegar un ginete.

El corazon de Juana latió en su pecho de una manera imponderable, poniéndose densamente pálida.

Para ella aquel ginete era Julio Barrientos.

CONTRARIEDAD PELIGROSA

Como el ginete que llegaba era uno y parecia indudable que los Barrientos se habian ido aquella mañana, á nadie llamó la atencion.

Así es que mayor fué la general sorpresa cuando vieron parado en el dintel de la puerta, á Julio que pedía permiso para entrar.

Coelli apenas pudo contener la ira que sintió á la vista del paisano y estuvo un momento sin responder.

Habia tenido deseos de echar á Barrientos y prohibirle que volviera allí, pero no sabia si afuera habian quedado los otros y tuvo temor de provocar una escena de sangre, delante de su familia.

—Entre no más, dijo al cabo de un momento, entre no más y diga en lo que podemos servirlo.

El paisano entró alegremente y tomó asiento despues de saludar á todos los presentes.

O no vió ó se hizo el que no vió la mala impresion causada por su visita.

—Me he venido á matar el rato por aquí, dijo porque los compañeros se han ido y me he quedado solo porque se me habia mancado el caballo y no salgo hasta mañana.

Si ustedes lo permiten tomaré un mate y les haré un rato de compañía ya que están de tertulia: me gusta la buena gente y aquí se pasa el tiempo sin sentirlo.

Y sin poderlo evitar, Julio envolvió á Juana en su mirada más cariñosa, mirada que fué entendida por todos.

Coelli, como los demás, vió aquella mirada, y empezó á incomodarse, porque comprendió demasidado claramente que aquel hombre iba allí por su hija.

Desde que comprendió esto y observó que Juana no seria indiferente á Barrientos, le tomó una invencible antipatia.

Su hija, que habia desdeñado á cuantos se le ha-

bian acercado, enamorada de aquel bandido sin razon, no podia tolerarlo de ninguna manera.

Y se habia decidido á romper por todo ántes que permitir que Barrientos tuviera amores con aquella hija que tanto queria y para quien habia soñado un porvenir feliz.

Barrientos habia tomado asiento en la rueda general y habia pedido un poco de yerba para tomar mate.

—Estamos de viaje largo, dijo, y como mi caballo anda medio mal y yo no me siento muy bien, he querido pegar una esperada y los alcanzaré despues.

—Y no teme usted que lo corte solo la Policia y lo tome, valida de la ocasion?

—Ni solo ni acompañado, ni dormido ni despierto, hay Policia capaz de tomarme, respondió Barrientos con un orgullo infinito.

Basta que sepa que yo estoy en un punto, para que no haya Policia capaz de acercarse.

Ya estoy por otra parte medio aburrido de andar en esta vida y con ganas de retirarme; voy á dejar que los compañeros se vayan acostumbrando á andar solos y el dia ménos pensado pido mi baja y me largo por ahí, dondè nadie se acuerde que exista en el mundo.

La conversacion se hizo general, siendo el tema las aventuras de Barrientos, que este empezó á referir con la mayor naturalidad, como si en ellas no hubiera nada de malo.

Coelli observaba al paisano y á su hija que no lo veia, porque toda su atencion la habia fijado en Barrientos, de quien no separaba los ojos un solo instante.

De cuando en cuando éste le dirigia una galanteria más ó ménos cariñosa, que era recibida por Juana con una sonrisa de infinito placer.

Era indudable que los dos jóvenes se querian profundamente y se entendian por medio de miradas y palabras vagas.

Coelli veía esto con creciente ira, pero no se atrevia á tomar una resolucion violenta, no por temor personal, sino por temor á provocar una escena desagradable delante de la familia.

Los paisanos, suspicaces y prácticos en la vida del amor, comprendieron que Julio estaba enamorado de Juana hasta los caracuces y aquella visita era dedicada esclusivamente á la bella paisanita.

—Por eso sin duda, se decian entre ellos, se ha cortado de los compañeros y se ha venido solo mientras otros le guardan la espalda.

Que Juana correspondia con usura á aquel amor, no era posible dudarlo un momento, pues se le veía allí ávida y conmovida, pendiente de las palabras de Barrientos que escuchaba con infinito placer.

Barrientos, creyendo que los demás lo tomarian por flor de perdidas, dirigia de cuando en cuando una frase poética que iba aumentando cada vez mas el mal humor de Coelli y el deseo de echar á aquel hombre en loor mala.

Barrientos parecia haber rejuvenecido y vuéltolo mas hermoso aún el perfume de aquel mismo cañiño.

Hablaba con una jovialidad estraña, salpicando su conversacion de graciosísimos epigramas.

—Y dígame, amigo, le preguntaban, qué haria usted ahora si le saliese una partida fuerte?

—Dispararia como un galgo, volvió á decir el joven, pues quiero ahora la vida como no creí quererla nunca; y bañó á Juana con toda la pasion de su mirada.

—Qué hace que no nos hecha una copla para matar el rato? preguntó otro, aprovechando el buen humor del momento.

Con mucho gusto, amigaso, yo nunca me sé hacer rogar para rascarle las tripas á la guitarra y mucho menos cuando me van á escuchar con agrado.

Los desgraciados lloramos cantando ya que no podemos llorar de efectivo, porque las lágrimas no acuden á los ojos del hombre—si uno pudiese llorar háy veces que el corazon no se ahogaria dentro del pecho, postrado por la pena.

Y tomando la guitarra que le alcanzaban, preudió un sentido estilo y arrancó en seguida al pecho la melodía de su voz poderosa en una trova magnífica.

Con una gracia infinita y en una décima picareca, pidió á Coelli, permiso para cantar al astro mas lindo de su cielo y cantó en seguida á Juana, describiéndole el amor que sentia por ella y diciéndole que si los indios adoraban al sol, era porque no la habian conocido antes, que si no hubieran adorado á ella.

Para Coelli aquello era ya intolerable: el bandido no solo hacia el amor á su hija, sino que se lo hacia en sus propias barbas y tomándolo de tapadera.

Y Juntaba rábia pensando en la manera de echar á aquel intruso, y privarle que volviese mas á su casa.

Juana no podia dominar la emocion que le habia producido el canto, ni trataba de hacerlo tampoco.

Qué mal habia en que Barrientos le hubiera cantado y ella se mostrara alegre?

Así, sin preocuparse de lo que los demás podrian pensar, dió las gracias al paisano, asegurándole que ella no merecia tanto, lo que dió lugar á que Barrientos insistiera en sus conceptos amorosos, demostrando que aun no le habia dicho tanto como merecia.

Ya aquello eran mas de lo que Coelli podia aguantar, solo faltaba que los enamorados se agarraran las manos allí mismos y se pusieran á hacerse cariños.

El amor habia hecho perder toda prudencia á Barrientos, y á Juana todo recato y se miraban fijamente con el argullo mas cariñoso pendiente de los ojos y de los labios mismos.

Y el tiempo iba pasando como la noche anterior sin que nadie se apercibiera, entrenidos como habian estado, con la conversacion y el canto.

Aquel era un buen momento para despachar á Barrientos de una manera terminante.

Si el paisano se enojaba no habia mas que endurecer y no dejarse llevar por delante, para lo cual

Coelli habia pensado ganarle el tiron y ser él el primero que le pegara. •

Confiado, ó tal vez sabiendo que por allí no habia Policia, Barrientos habia dejado á Pedro su trabuco para presentarse en aire mas manso, y fué precisamente la falta del trabuco lo que mas alentó á Coelli, que se tenia fé en el manejo del cuchillo y en la firmeza de su corazon.

—Mire amigo, dijo entónces resuelto á todo y dirigiéndose á Barrientos, aquí somos gente de trabajo y una noche perdida importa un dia, porque al siguiente no se puede hacer nada.

Discúlpeme la franqueza, pero si esto sigue así nos vamos á amanecer como anoche y mañana va á ser chico el dia para siestear.

—Lo que quiere decir en buenas palabras que lo que no sirve estorba y que me puedo largar cuando guste, respondió Barrientos.

Lo siento mucho porque aquí me sentia muy bien, pero cada cual manda en su casa y hace lo que mas rabia le dá sin que nadie pueda decir una palabra.

En el modo de contestar Barrientos, se veia que no tenia la menor intencion de armar camorra y que acataba sin replicar el dicho de Coelli, lo que volvió la alegría al espíritu de Juana, que se habia asustado en el primer momento.

Les estoy muy agradecido por las finezas recibidas, agregó el jóven paisano, y le pidió permiso para apearse cuando llegara á pasar.

La humildad de Barrientos habia hecho crecer la soberbia de Coelli, como sucede siempre, y quiso aprovechar aquel momento para romper con él de una manera definitiva.

—Yo se lo permitiria con mucho gusto, dijo, pero fijese que usted es un hombre perseguido por la policia de una manera tenaz, y si saben que lo admito aquí van á querer hacerme responsable y á perseguirme como encubridor.

Como esta no es casa de negocio no podria decir que no hay medio de echarlo; ya vé que mi situacion seria apurada.

Para usted y para mí es mejor que no vuelva y así todos podremos quedar en paz.

Barrientos palideció y se vió cruzar por su mira la algo como el bôte de una lanza.

Sin embargo, no salió de su tono apacible y contestó:

—Está bien, es la primera casa de donde he sido echado, pero cada cual hace en la suya lo que le dá la gana, no ofendiendo á los demás.

A usted no le convengo y me echa al campo; paciencia, otros me recibirán y nada se habrá perdido.

Ya que usted me echa y por consiguiente no hablaremos mas por lo pronto, quiero decirle algo, y este algo es que algun dia usted me ha de suplicar que venga á su casa, pero entónces seré yo quien no quiera venir.

—Cuidado con las amenazas, amigo, contestó Coelli, que se sentia cada vez mas irritado, porque yo no los tolero.

Aquí la cuestion podia agitarse y tomar otro giro, pero Barrientos mismo era el mas interesado en que no hubiera nada, así es que contestó:

—Yo no amenazo, amigo, no porque no pueda sino porque no quiero, y á usted menos que á nadie, que me ha favorecido en su casa, y al fin y al cabo con lo que ha dicho en nada me ha ofendido.

—Pero usted ha querido ofenderme, dijo Coelli, y yo no aguanto ofensas de nadie, es bueno que usted lo sepa para su gobierno.

Se veia que Barrientos estaba irritado, pero que se contenia, resuelto á no pelear.

—Yo nunca he asesinado, ni he buscado jamás camorra á nadie, dijo, pero tampoco me he dejado llevar por delante ni tratar como no lo merezco.

Adios, pues, amigo Coelli, que usted está enojado sin razon y no quiero dar lugar á enredarnos con palabras.

Y humilde y manso se despidió de todos y tendió su mano á Coelli, quien tuvo al principio intencion de rechazarla, pero no se atrevió despues porque entónces una provocacion tal de su parte, hubiese traído un conflicto inútil ya, puesto que el paisano se iba para no volver mas.

Barrientos salió de la cocina silenciosamente y poco despues se sentia el paso tranquilo de su caballo que se alejaba.

Coelli quedaba tranquilo mientras en los demás semblantes podia verse una espresion de tristeza.

—Lo ha tratado malamente y sin razon, dijo uno, pues el hombre eu nada le ha faltado y ha mostrado ser manso hasta lo infinito.

Si Barrientos hubiera sido, como se dice, por la mitad de lo que le ha largado habria sacado la daga y armado una de Dios nos libre.

—Es que así no mas de solo á solo no se arma nada—él habrá entendido que yo tenia razon y por eso lo ha aguantado todo.

—Pero qué razon puede haber para que usted lo haya echado para siempre cuando él no ofendia á nadie?

—Cómo no ofendia á nadie si con todo descaro estaba haciendo el amor á Juana? ó ustedes creen que yo he criado hijas para pasto de bandidos?

El puede volver con interés de seguir sus amores, pero entónces juro á Dios que lo pongo de espaldas como á un peludo.

Juana se puso á llorar sin poder evitarlo, mostrando así cuánto queria á Barrientos.

Es lo único que me faltaba! exclamó Coelli en el colmo de la irritacion: cuidado que no tenga yo que agarrar el lazo por primera vez de mi vida y ponerle en tu lugar.

Ya me lo presumia yo que ese hombre no podia venir aquí sin causar alguna desgracia.

Cuidado, pues, con lo que se hace y que no tenga que poner orden en la casa!

—Pero si usted se ha enojado porque si y ha sido malo en extremo con un hombre que nada ha hecho—es acaso un crimen el quererme? pues no volverá nadie á verme la cara en todos los dias dias de mi vida, porque no quiero que nadie sufra por mí.

—Usted hará lo que yo le mande y nada mas; los bandidos no tienen derecho de querer á nadie, porque su cariño ofende y mancha—y desde hoy en adelante

no quiero volver á oír hablar de ese hombre, ni para buenas ni para malas, y si alguna vez vuelve aquí, soy yo quien le vá á armar la trampa donde lo cace la policia.

Quiero vivir tranquilo y sin ninguna amenaza que amargue mi vida: con que lo dicho y á acostarse que ya es tarde.

Cortas las noches por ser el rigor del verano, el tiempo habia pasado con mas rapidez de la que Coelli deseara, de modo que cuando la familia obedeciendo su órden fué á acostarse, ya el movimiento del campo anunciaba la próxima venida del dia.

Todos se retiraron en seguida, no á dormir, sino á prepararse para el trabajo, comentando la conducta de Coelli y comprendiendo que el resultado debia ser negativo, pues las dificultades en el amor lo aumentan poderosamente lejos de disminuirlo.

Juana no pudo pegar sus ojos, pensando en Barrientos y lamentando lo que habia hecho su padre.

Por mí ha sido humillado y por mí se ha dejado ofender sin responder la menor palabra.

Y lloraba amargamente al suponer lo que habria sufrido Barrientos al verse tratado de aquella manera.

No habia que dudar que su padre no le permitiria mas llegar á la casa ni acercarse á ella, y era preciso evitar de todos modos que lo hiciera, porque en el estado de irritacion en que estaba era muy capaz de hacer todo cuanto habia dicho.

En cuanto sintió que su padre salia, Juana se levantó y se entregó á sus quehaceres, buscando en ellos una distraccion á su pesar.

Coelli, aquella mañana, despues que dió sus órdenes y terminó los primeros quehaceres cotidianos, se fué á casa del alcalde á imponerle de lo que sucedia, previéndole que Barrientos andaba solo y que no seria entónces difícil sorprenderlo y darle un buen golpe.

Pero aquella prevencion iba á causar un efecto muy diverso al que Coelli esperaba.

El alcalde al saber que Barrientos andaba por allí, dió un gran brinco y resuelto á no moverse de su casa desde aquel momento, dijo á Coelli que en el acto iba á tomar sus medidas para apresar al bandido en cuanto le echase la vista encima.

—Si él vuelve por mi casa, dijo el paisano, yo le mando un aviso en el acto y preparo las cosas de manera que no pueda ni moverse.

—Superior, superior, respondió el alcalde, yo voy á estar sobre aviso y en cuanto aparezca por allí le damos su merecida.

Coelli se retiró complacido, mientras el alcalde aguardaba echando sus cuentas sobre lo que mas le convenia hacer, resolviendo que lo que mas le convenia era llamarse á silencio y si se encontraba con Julio ó sus compañeros, por casualidad, tratar de ocultarles de todas maneras que él pertenecia á la justicia.

Y mientras Coelli volvia á su casa, él mandó hombres que averiguasen donde se hallaban los Barrientos para tomar medidas de seguridad personal, sabiendo que los bandidos eran muy capaces de ir

á buscarlo á su propia casa y hacer con él alguna herejia.

Así, los Barrientos podian estar seguros que la justicia, lejos de perseguirlos, huia de ellos como la peor calamidad que podia sucederles.

Y el inocente Coelli creyó que con aquella denuncia habia parado con tiempo todo peligro que pudiera amenazar á su familia, porque él temia, y con sobrada razon, que Julio, para vengarse de que lo habia echado de su casa, se fuera á juntar con los suyos y volviera á efectuar un asalto.

Muy lejos estaba el desgraciado Barrientos de pensar en vengarse de tan justa ofensa.

Lamentando profundamente lo que habia sucedido, que le cerraba para siempre la casa de la muger querida, refirió á Pedro aquel contratiempo que venia á colocarlo en tan difícil situacion.

—Y has tenido valor de aguantar todo eso sin decir una palabra? preguntó Pedro asombrado.

—Y qué querias que hiciera! cualquiera otra cosa hubiera puesto en el compromiso de hacer una barbaridad que me hubiera arrebatado el amor de Juana, que quiere mucho á su padre.

—Pues si yo hubiera estado en tu lugar le doy al viejo una vuelta de azotes, me alzo en ancas la muchacha y si te ví no me acuerdo.

—Es que ella entónces no te hubiera perdonado nunca el daño causado al padre, y quien sabe si tras de los azotes no hubieras tenido que darle una puñalada.

—Y las hubiera dado, qué diablos! puñalada mas puñalada menos venia á ser lo mismo y no se hubiera quedado con el gusto de haberme echado al campo.

—Qué le hemos de hacer! el secreto de la vida es espiar las oportunidades y aprovecharlas sin dejarlas pasar de punto.

Ahora él me obliga á hablar con su hija de una manera oculta, y en cuanto pueda me la alzo sin que la sienta la tierra y sin que nadie pueda evitarlo.

La misma privacion de verme á su voluntad le apuntará el deseo, y consentirá en seguirme desde que se convenza que esta es la sola manera de verme y estar junto á mí.

Por lo pronto, esta siesta tengo otra cita con ella, yo le mostraré que esto no debe repetirse porque nos puede pillar el padre y obligarme á defender mi vida con peligro de la suya, y estoy seguro que esta será una de las razones mayores que la obligará á seguirme.

Una vez con Juana en ancas de mi caballo, será él quien me pida que vuelva á su casa para ver á su hija, y seré yo entónces quien le rehuse el favor, recordándole que él me arrojó pidiéndome no volviera mas allí.

—Todo está muy bueno, contestó Pedro, pero me quedo con mis medios que son mas prácticos—una buena vuelta de azotes al viejo para que no sea zonzo, y si por ésto se resiente la muchacha, otra media vuelta á ella y todo queda así arreglado de una manera completa y concluyente.

Convéncete, hermano, el rebenque bien manejado es una gran cosa, no hay quien lo resista ni quien se muestre esquivo á sus caricias.

Julio festejó alegremente las teorías de su hermano, pero ni siquiera pensó remotamente en ponerlas en práctica; la astucia era lo que en su caso podía darle el triunfo, y se preparó á hacer uso de toda la suya, en la cita de aquel día, por lo mismo que era un poco mas peligrosa que la del dia anterior.

—Cómo qué vamos á hacer nosotros tres! contestaba Coelli irritado—tomarlos, ya le digo que yo me encargo de los más malos.

▲ Julio lo he corrido de casa esta siesta, ya vé usted el miedo que le tendré! si usted no quiere venir es lo mismo, deme la gente y yo me encargo de todo.

—Es que no tengo gente, ahí está la dificultad—mire, yo voy á mandar ahora un chasque á la Comisaria pidiendo auxilio, y esté seguro que esta noche sorprendemos á los bandidos en alguna pulperia, y les echamos el guante—vaya tranquilo que yo mismo le llevaré la noticia y lo que es por su casa no vuelven á venir en la vida de Dios.

Coelli regresó á su casa, convencido de que de la Policia nada tenia que esperar, pues el alcalde tenia miedo como tenia miedo el oficial y como tenia miedo el comisario.

—Es una desgracia, pensaba, no se puede fiar uno

de la justicia ni contar con ella sino cuando se trata de hacer daño á la gente buena é inofensiva: entónces sí que están prontos para descargar todas sus furias y sus venganzas!

Pero en cuanto se trata de aprehender á un criminal, el miedo les hace cosquillas en los matambres y no saben ya donde meterse.

Cuando regresó á su casa, estaba ya oscureciendo: en ella reinaba la misma confusion, aumentada con su tardanza, que habia puesto en alarma á toda la familia.

Juana no se habia atrevido á salir de su habitacion, avergonzada de lo que habia sucedido, pues ninguno creia, despues de lo que habia hecho su padre, que su relacion con Barrientos no pasaba de simples amores y discreta conversacion.

Coelli mandó servir la cena, y concluida esta, como medida de precaucion mandó cerrar la tranquera y cerró él mismo todas las puertas de la casita.

Coelli se proponia estar atento, para salir al primer ruido sospechoso y matar á cualquiera persona estraña que encontrara, á cuyo efecto habia dejado en la cocina sus peones de mayor confianza.

—El puede venir, pensaba, pero entónces sabrá de lo que soy capaz.

LA FUGA INESPERADA

Juana no habia dejado de llorar un solo momento aumentando su desconsuelo la severidad que, por primera vez en su vida, habia usado su padre para con ella.

Habituada al cariño ciego y á los mimos que habia tenido siempre para con ella, aquella severidad la mortificaba y la irritaba al mismo tiempo.

Todas esas mortificaciones y contrariedades habian aumentado su pasion, hasta el extremo de decidirla á adoptar cualquier partido.

De todos modos la creian una mala mujer, por lo que habia hecho su padre, y ya no podria mirar á ninguno de sus mismos peones sin sentirse profundamente avergonzada.

Coelli la habia mandado buscar á comer, pero ella no quiso venir prestando estar enferma.

—Que venga no más, dijo Coelli irritado.

—Que me vengan á llevar arrastrándome, dijo ella, porque por más pies no voy—ó se figura mi padre que he perdido la vergüenza al extremo de ir á frontar la burla de todos, burla que no merezco y que él ha provocado?

Coelli estaba arrepentido, á pesar del aire de severidad que conservaba: amaba á su hija con toda

su alma y el mal rato que le habia dado lo mortificaba inmensamente.

Varias veces habia estado tentado de ir á consolarla él mismo y calmar su agitacion, pero se habia contenido prudentemente, temiendo que aquella debilidad de su corazon autorizara nuevos excesos y actos inalicables.

—Me sostendré severo y enojado hasta que la vea tranquila, y entónces podré mostrarle con razones duras el abismo de que la he salvado.

Y por primera vez, y sintiendo por ella una verdadera pena, se fué á acostar sin haber hecho á Juana la menor caricia, durante dos ó tres horas.

Coelli estuvo despierto, escuchando cuanto ruido se producía y conversando con su mujer sobre las medidas mejores que podian tomar.

Pero las fatigas del trabajo diario, la agitacion moral y la costumbre de dormir á aquella hora no los dejaron estar despiertos mucho tiempo, sintiéndose en seguida el formidable y acompasado estruendo de sus ronquidos.

Juana, que dormia en la pieza inmediata y que habia prestado cuidadosa atencion á lo que pasaba en la de su padre, respiró con amplitud y desahogo

cuando sintió aquellos ronquidos que le anunciaban el primer sueño profundo y pesado al que no hubiera arrancado ni un tiro de cañón.

Y ella que no se había desnudado, abrió sigilosamente la puerta y salió al patio en la plena seguridad de hallar á Barrientos.

En el patio, como en los alrededores de la cocina donde dormían los peones, no se sentía el más leve ruido.

Se habría aburrido Barrientos de esperar ó no habría venido todavía?

Juana se acercó á la tranquera y miró atentamente al campo, tratando de descubrir á Barrientos, pero nada se veía en las inmediaciones.

La jóven dió vuelta para entrar nuevamente á la casa y esperar un poco más, cuando vió un oombre que se levantaba del lado de la cocina y caminaba en direccion á ella.

Tal seguridad tenía Juana en la aparicion de Barrientos que la presencia de aquel hombre ni siquiera la inmutó.

Marchó hácia él y en un movimiento de plácido cariño se echó en los brazos que le tendiera.

—Mí vida! exclamó el paisano, que era él efectivamente: quién me hubiese dicho que por mi habias de sufrir tanto! no he podido apartarte de mi pensamiento y lamento que por un retardo mio haya sucedido todo!

Coelli es un hombre tenaz y establecerá ahora su vijilancia que nos vá á privar de vernos dia y noche.

—Yo tengo miedo, no por mí sino por usted, contestó llorosa Juana: mi padre es tenaz de una manera implacable y hoy mismo se ha ido á casa del alcalde para que se tomen medidas contra usted.

—Yo no soy usted, Juana—cuando dos séres se quieren como nosotros, cuando se sienten juntos las angustias del infortunio y el consuelo del amor, se deja de ser usted para ser vos, porque los corazones se hermanan para fundirse en uno solo.

Yo no soy usted, Juana, sino vos—de otro modo me parece que tu cariño no es completo.

—Y qué le falta á mi cariño, balbuceó la jóven, para ser completo? yo no sabia que te queria tanto! he necesitado sufrir como he sufrido para comprenderlo.

Antes de conocerte, un enojo semejante de mi padre me habria hecho morir de pena, ahora no me ha hecho impresion porque pienso en tí y me consuelo, olvidando todos los malos ratos y todas las lágrimas.

Yo me siento feliz en medio de lo que me sucede, porque puedo verte, hablarte y aspirar este aire extraño que emana tu persona y me envuelve en una plácida languidez.

—Así queria yo ser amado! exclamó Barrientos en un arranque de pasion.

Es preciso entónces, Juana mia, ganar tiempo y aprovechar todo descuido para asegurar nuestra felicidad estable, la felicidad de toda nuestra vida.

Despues seria tarde: la menor casualidad puede imponer á tu padre de que nos vemos de noche y hacerle tomar medidas para impedirlo, medidas facilísimas, desde que su persona es sagrada para mí.

Es preciso que te resuelvas, si no quieres que nos separen, á tomar el único camino que puede asegurar nuestra felicidad.

Nada más habia dicho Barrientos, pero Juana presentia donde iba á concluir, y temblaba como las hojas movidas por el viento.

Es que ella sentia que no habia más remedio que la fuga y esa sola idea impresionaba fuertemente su espíritu.

—Tu padre se muestra severo y rígido porque te tiene á su lado y cree que puede mandar en tu corazon como manda á sus peones.

El dia que no te tenga más á su lado y que vea que solo siendo bueno y complaciente podrá volver á verte, entónces te lo perdonará todo y será el primero en llamarnos para tenernos cerca de sí.

Creeme, mi vida, exclamó Barrientos, tratando de aprovechar la primera impresion: mañana debes arreglar todas tus cosas, que yo á la noche volveré á buscarte y podremos ser felices eternamente.

No creas que esto puede traer nada malo—por el contrario, cuando tu padre vea que no tiene remedio la cosa, volveremos á verlo y entónces todos seremos felices.

—Lo que yo hago es malo, decia Juana recostándose lánguidamente en el hombro de Barrientos, pero todo es ménos malo que estar separada del hombre que quiero con locura infinita.

Quisiera quedarmo á tentar otros medios, quisiera esperar todavía una semana, á ver si convencia á mi padre, pero no tengo fuerzas—temo que despues tengamos que luchar con mayores dificultades y que entónces nuestra fuga se haga imposible.

—Yo tengo parientes que me quieren con delirio, siguió diciendo Barrientos para animar más á Juana, allí á su lado podrias estar respetada y querida como en tu propia casa.

Así, cuando tu padre te llame ó vaya á buscarte verá que no has andado rodando entre bandidos.

Además, la Policia puede ponerse en campaña y aunque nada nos haria, por lo ménos con su presencia evitaria que nos viésemos.

Esto fué lo que más decidió á Juana á seguir á su amante, el temor de que viniera la Policia y lo matara, puesto que allí ni siquiera la ayuda de sus compañeros tenia.

—Sea lo que Dios quiera, dijo decididamente, por tu amor todo lo arrastraré y todo lo sufriré, desde el menor contratiempo hasta la mayor desgracia.

—Bueno, dijo Barrientos radiante de felicidad, es preciso que nos separemos para que no suceda la de hoy y se interrumpa lo de mañana.

Y acompañado de Juana, Barrientos se acercó á su caballo cuyas patas estaban envueltas en jergas para que el ruido de los vasos no acusara su presencia.

Por esto es que Coelli, á pesar de estar despierto no habia sentido la llegada del paisano.

Despues de prodigarle la última caricia, Barrientos se alejó silenciosamente, conviniendo que á la noche siguiente esperaria afuera toda la noche, para que Juana pudiese aprovechar el momento conveniente.

—Hasta mañana, contestó ella al saludo cariñoso del amante, y volvió á entrar á su casa con el mayor recato: nadie la habia sentido.

Barrientos regresó á donde estaba Pedro para comunicarle el buen resultado de su empeño y confeccionar entre ambos una montura digna de tal prenda.

—Yo la llevaria en ancas, decia Julio, pero es bueno preverlo todo para evitar contratiempos.

Como Coelli ha dado cuenta al alcalde de que ando solo por aquí, no seria extraño que nos prepararan alguna celada y tuviéramos que correr fuerte.

Un caballo con dos encima no anda tan ligero, y viniendo Juana en su caballo entónces ni montados en galgos nos dan caza.

—No me parece mal, contestaba Pedro alegremente, aunque esta madrugada deben venir los compañeros y entónces aunque nos alcancen no nos han de hacer nada.

—Peleando, no, ya lo saben ellos, pero las balas son muy traicioneras y puede tocarle una á ella, por lo mismo que no le quieren pegar, y mira lo que esto seria para mí!

Yendo ella en su caballo podremos disparar duro, mientras otros, con el trabuco, van deteniendo á los que nos persiguen.

La bolada es ponerla á ella fuera de todo peligro, que lo demás poco me supone, y peor para los que llegasen á cerrarme el paso.

—Por supuesto que vamos á jugar algun bromazo á ese tonto de Coelli, para que otra vez no se meta á zonzo y á creer que puede tratarte como á tiento viejo?

—Y qué mas bromazo que llevarle la hija, que es la prenda mas hermosa de toda la provincia? te parece poco esa pildora?

—Es que por atrevido, que se ha opuesto á que te la lleves, y por canalla, que ha ido á dar aviso al alcalde para que nos agarren, merecia algo mas; por ejemplo, que le pegáramos fuego á la casa ó que le pegáramos á todos una vuelta de azotes.

Créeme Julio, es preciso escarmentar á los soplones de un modo serio, sinó no vamos á dar un paso sin que lo sepa la Policía.

—Puede que tengas razon, pero en esta ocasion yo quiero irme limpiamente sin que nadie tenga nada que decir.

El cariño que tengo á Juana se ha hecho estensivo á todo lo que la rodea—á pesar de todo lo que me ha hecho y dicho el padre, siento por él una especie de cariño que se parece mucho á la mejor de las amistades.

No quiero entónces que se le haga el menor daño; basta con lo que vá á sufrir cuando se encuentre sin Juana.

—Sea como tú lo mandas, Julio, pero sabes como robaria yo á Juana si estuviera en tu lugar?

—Cómo la robarias?

—Pegándole fuego á la casa para que nos alumbrara el camino, y si el alcalde se ha metido á zonzo, pegándole fuego á la del alcalde tambien.

—No seas loco, Pedro, que no hay necesidad de hacer daño por el placer de hacerlo: Dios no puede

ayudarnos así y tarde ó temprano recogeríamos un mal fruto.

—Es que vos te dejas arrastrar de tu corazon y todo lo perdonas y disculpas, sin acordarte de lo que penas por el mal que te han hecho.

Qué habias hecho cuando tuviste que echarte al camino para defender tu cabeza amenazada de muerte?

Entretanto, si supieran que habias de cobrar con usura cada ofensa y cada trago de veneno, otro gallo nos habia de cantar y podriamos pasar una vida menos amarga.

—No importa, Pedro, todo el mal que pueda evitar he de evitarlo á toda costa, por lo mismo que tanto hablan y tanto inventan.

—Sea como quieras, pero á la larga verás que con ser bueno no lograrás nada.

—Yo no lo hago por lograr ni porque me lo paguen sino porque así lo siento: el que no quiera reconocerlo peor para él.

Ahora vamos á descansar un poco, pues mañana tendremos que galopar fuerte sin tener un poco de alivio.

Y los dos hermanos se dirigieron á la sierra, donde habian de venir á buscarlos los compañeros.

Estos, como lo habian prometido, llegaron á la madrugada, muy alegres y bien provistos; les habia ido bien en una jugada del día anterior y traian buena provision de maiz para los pajejeros.

Cuando supieron que aquella noche se daba el golpe, todos aplaudieron furiosamente, deseando á Julio el mejor resultado en su empresa y ofreciéndose á ayudarlo.

—La ayuda será lejana, dijo Julio, porque no conviene que vayamos allí juntos, porque es preciso evitar que nos sientan.

Ustedes me esperan á la distancia y cuando me vean salir con ella, me siguen entónces á una distancia de media legua.

Por nada de este mundo quiero que me comprometan á pelear, porque no quiero que una bala venga á herirme el alma.

Solo que me salieran por el frente, á cerrarme el paso, entónces se me ponen al lado, y me despejan el campo á trabucazos.

Ustedes han dormido bien y pueden velar mientras yo duermo un poco, que bien lo necesito, no sea el diablo que intenten alguna sorpresa perjudicial.

Sin esperar respuesta, Julio se envolvió en su poncho y se tiró á dormir en el suelo como sobre la mas blanda cama.

Los otros paisanos, mientras vijilaban el campo, se pusieron á contarse las últimas aventuras, entre las que figuraba un viejo italiano que les habia estado ganando la noche anterior y á quien á fuerza de azotes le habian hecho largar hasta el último centavo que les ganó.

Mucho rió Pedro de esta última aventura, observando que para ser completa debian haberlo degollado y haberle quitado hasta el tirador.

Julio se durmió de un tiron hasta la siesta, hora en que Chicoca, que era el menos conocido, salió

á camppear un carnero para hacer un buen almuerzo.

Entretanto con una pilcha de uno y una gerga de otro, Julio Barrientos confeccionó una montura cómoda para que Juana pudiese andar con toda comodidad.

—Ahora, dijo, no hay mas que esperar la hora conveniente para pegar el golpe y volar, y como eso no ha de suceder hasta la media noche, tenemos tiempo de descansar bien y ocuparnos en nosotros mismos.

Veamos lo que sucedia en casa de Coelli y las medidas que tomaba Juana para asegurar el éxito de la fuga.

Ninguno al levantarse habia podido notar la presencia de Barrientos durante la noche, y si alguno la notó se guardó muy bien de hacerlo presente, puesto que quien hubiera recibido el daño directamente era Juana, á quien todos querian verdaderamente.

Coelli salió como siempre á sus tareas de la mañana sin sospecharse el mal trago que le preparaban.

No habia querido hablar con su hija por temor de sentirse ablandado y apearse de la severidad que se habia propuesto mantener.

Esto irritó mas á Juana, que lo vió salir y murmuró:—nada les importa de mí? mejor que mejor, ese reordinamiento de menos tendré y ellos no podrán quejarse entónces, y si se quejan no tendrán razon.

Y con cuidado por no ser vista por la madre ó por las hermanas empezó á juntar, desde temprano y poco á poco, aquellos objetos que queria llevarse consigo.

Decidida á seguir á Barrientos, le parecia que el tiempo pasaba con una lentitud aterradora y que nunca llegaria la noche.

Todos los objetos que guardaba eran las alhajas que le habian regalado en otro tiempo y que constituian toda su riqueza.

Una vez hecho su paquetito, que puso en paraje seguro, se entregó á las habituales tareas de la casa como si nada hubiera pasado el dia anterior.

Coelli llegó á la hora de la siesta y se puso á almorzar como siempre, sin tener para su hija una sola palabra.

Coelli venia sumamente irritado: era la hora á que creia volveria Barrientos aquel dia tambien, y se sentia de un humor infame.

Concluido el almuerzo cada cual se fué retirando á descansar, mientras Coelli se preparaba á estar en acecho, de manera que si Barrientos venia no pudiese escapársele.

Juana no quiso ir á dormir tampoco, poniéndose á limpiar las vasijas usadas en el almuerzo, lo que hizo entrar á Coelli en mayores sospechas.

—No quiere irse á dormir, pensó, para esperarlo mejor, espera no más que yo tambien espero y mi daga no tiene sueño ni pereza.

Y Coelli, disimuladamente, se emboscó detrás de la casa, dejando atado su mejor caballo, para perseguirlo en caso que disparara.

Juana habia comprendido todo lo que pasaba por el corazon de su padre, gozando intimamente con el chasco que se iba á llevar.

—El tiene malas intenciones, pensaba, pero con

ellas se quedará y así esta noche dormirá mas confiado.

Y empezó á hacer tiempo y á dar vueltas para que su padre desconfiara mas y fuera mayor el chasco.

De este modo se le pasará todo recelo y creará que Barrientos se ha ido definitivamente.

Coelli estuvo esperando toda la siesta sin resultado alguno, lo que concluyó de irritarlo porque habia perdido de echar un morrudo sueño, cosa ventajosísima para los planes de Juana, pues la falta de siesta haria mas pesado el sueño de la noche.

Cuando los peones empezaron á levantarse, Coelli salió de su emboscada y se fué á las piezas, de donde volvió refregándose los ojos como si se levantara de dormir.

Empezaba recien á creer que los Barrientos se hubieran ido y se sentia mas consolado.

Juana trataba de mostrarse indiferente, ni triste ni alegre, para engañar mejor y que no pudieran abrigar la menor sospecha.

Cuando Coelli regresó venia mas tranquilo habia hecho sus preguntas en el campo y nadie sabia que anduviera por allí gente extraña.

De Barrientos nada se sabia desde el dia anterior, habiéndolo muchos que aseguraban haberlo visto salir en direccion al Sur, acompañado de otros paisanos.

Coelli se sentó á comer mostrando mas alegria que el dia anterior, y concluida la comida dirigió algunas bromas á sus peones, pero sin pronunciar una palabra que se dirijiera á Juana ó aludiese á los acontecimientos pasados.

A una hora prudente, despachó á dormir á sus peones, cerrando la tranquera y las puertas como lo habia hecho la noche anterior, en prevision de cualquier tentativa, proponiéndose pasar la noche en la mayor vigilancia.

Pero la falta de siesta le cerraba los ojos á su pesar, así es que al cabo de media hora, sus formidables ronquidos anunciaban á Juana que podia entregarse á sus preparativos de marcha, sin el menor recelo de peligro.

En vista de eso, tomó los paquetitos que habia hecho durante el dia, y esperó el primer canto de los gallos que anuncia la media noche.

Temia que Barrientos no fuera antes de la noche y tenia miedo de esperar afuera.

Apenas escuchó el esperado canto salió con tal recato, que ella misma apenas sentia el rumor de sus pies descalzos.

Coelli seguia roncando acompasadamente con tanta fuerza, que Juana legó á temer que aquel sueño fuera fingido para contraria y sorprenderla en su fuga.

Tratando de contener hasta su respiracion, salió de la pieza y se dirigió del lado de la cocina, que era el sitio habitual donde esperaba Barrientos.

Allí estaba el paisano, con su sonrisa tranquila y apacible, esperando la llegada de su Juana como quien espera la salida de la luna en noche de tormenta.

Juana se echó en los brazos que le tendia el paisano, apretándose entre ellos como si temiera fueran á arrancarla y volverla á la casa.

—No temas, exclamó Barrientos, comprendiendo

lo que pasaba en el espíritu de Juana—ya estás entre mis brazos y no hay sobre la tierra poder suficiente á arrancarte de ellos.

—Yo tengo miedo, tengo miedo de mi padre, tengo miedo por su sueño que me parece aparente y fingido con el único objeto de sorprenderme y sorprenderte á vos y matarte.

—No temas y está tranquila, que si tu padre estuviera despierto ya habría venido y no nos daría tanto tiempo.

Ah! te traigo ensillado mi mejor caballo, el que corre tanto como el viento y que orgulloso del peso de tu hermosura volará, no tengas duda.

Vamos, pues, para que dejes de temblar de esa manera—la montura no es digna de tu hermosura, pero en el momento no he podido arreglarte otra mejor—después será otra cosa, yo te lo aseguro.

—Vamos, contestó Juana, estremecida de placer y de miedo, porque en cada rama que se mueve veo avanzar un hombre que nos acomete y nos separa.

Y con paso vacilante y trémulo siguió á Barrientos que se dirigió á los caballos que esperaban á pocas varas de distancia.

Eran los dos caballos de Julio Barrientos, que alegres con la huelga que habían tenido esos días, en-

derezaban el cuello y miraban el campo ansiosos por correr.

Con brazos robustos y amorosos, el paisano levantó á Juana y la colocó sobre el caballo que le estaba destinado.

—Quieres dejar algo dicho, preguntó Barrientos, para que no se apuren en buscarte?

—No tengo interés en decirles nada: vamos, vamos pronto, que á medida que pasa el tiempo me siento mas dominada por el miedo.

Barrientos sacó un lápiz y escribió en un pedazo de papel lo siguiente:

“Amigo Coelli: no se apure en buscar á Juana porque se vá conmigo—no se aflija tampoco por ella, porque si usted desea verla, pronto lo vendremos á visitar.”

Aquel papel lo clavó con un alfiler en la puerta de la cocina y saltó en seguida sobre su caballo poniéndose al lado de Juana.

—Ahora, dijo, hasta la vista; ya no tendremos que pensar ni que temer, porque nuestra vida será de nosotros mismos!

Y partieron al gran galope, escoltados por los compañeros de Barrientos, que habían estado esperando á la distancia convenida anteriormente.

UNA MUJER BRAVA

A la madrugada siguiente, Coelli fué el primero en levantarse, como siempre, y despertar á la familia.

Ya se le había pasado la rabia que tenía y empezaba á sentir la dureza con que había tratado á Juana durante dos días.

Su corazón cariñoso se había enternecido y quería acariciar á su hija para hacerle olvidar aquellos malos momentos y traerla por el cariño al camino de la obediencia.

De todos modos, Barrientos se había ido del pago, y por ese lado no tendría ya que temer.

Acariciando en la mente la plácida y bella fisonomía de Juana, se dirigió á su cuarto para despertarla con su palabra mas cariñosa.

Pero Juana no estaba allí, y sus hermanas dormían todavía, no pudiendo por consiguiente decir dónde había ido.

—Estará ya en la cocina, pensó Coelli dirigiéndose allí, sin sospecharse remotamente que la hija que buscaba estaba ya á unas diez leguas de distancia.

Como no la hallase en la cocina, Coelli supuso que andaría ocupada por otro lado de la casa y se sentó á esperarla lo mas tranquilo y ageno al mal rato que le esperaba.

Deseando esperarla de la manera mas agradable

que le fuera posible, calentó agua y empezó á tomar mate: no quería irse al trabajo aquel día sin hablar con Juana.

Ya había pasado un buen cuarto de hora y la familia se había reunido en la cocina á tomar mate, sin que ninguno pudiese atinar á donde estaba Juana.

Pero tan lejos de todos los espíritus se hallaba la verdad, que Coelli llegó hasta suponer que tal vez se hubiera arrinconado por ahí á llorar.

Y mandó que la buscaran y le avisasen cuando la vieran, para ir él mismo á traerla.

De pronto uno de los peones notó el papel que estaba prendido en la puerta y lo mostró á Coelli, que al verlo se conmovió de una manera estraña, pues la presencia de aquel papel coincidía con la ausencia de su hija.

Como movido por un resorte poderoso, se apoderó del papel, leyendo rápidamente la direccion y la firma, adivinando en aquellos dos nombres todo cuanto había pasado.

Y con los ojos preñados de lágrimas, leyó el contenido de aquel amargo billete.

Juana lo había abandonado por seguir al bandido implacable, que había desdeñado herirle el cuerpo para herirle el alma con la puñalada mas alevosa, pegada durante su sueño.

—Bruto! mil veces bruto! exclamó sin atinar con lo que debía hacer—han jugado conmigo como con una criatura y han aprovechado mi inocente confianza!

Pobre mi Juana! creo, Dios me perdone! que hasta hubiera deseado verla muerta antes que en poder de semejante facineroso!

Y se le sintió sollozar, entregado al dolor mas íntimo y verdadero.

Se le decía que Juana volvería, pero no cuando y qué podría él hacer en situación tan dolorosa?

Perseguir á Barrientos era inútil porque ya no lo alcanzaria, y hacerlo perseguir era publicar su vergüenza y esponerse á que su hija corriera peligro de muerte.

No habia mas que conformarse con el destino, puesto que Barrientos, tan íntimamente ligado á su hija, se hacia para él sagrado.

Cómo podría hacerlo perseguir, cuando su hija era parte interesada al punto de compartir con él su vida!

Coelli soportó con resignacion el dolor y la vergüenza, esperando que, al ver que no tomaba ninguna medida contra ellos, pronto vendrian á verlo.

La pobre madre no pudo soportar el dolor de aquella separacion forzada y se entregó al llanto mas desesperante.

Coelli no intentó ni siquiera ir á dar cuenta al alcalde: sabia que todo seria inútil y temia que Barrientos se desquitara con su hija.

Esta, entretanto, acompañada de Barrientos y escoltada por los compañeros, galopaba tranquilamente en direccion á Tres Arroyos.

Una vez allí, se dirijieron á casa de Federico Perez, pariente de los Barrientos, donde solian pasar algunas temporadas y á dar alguna tregua á su agitada vida.

Allí se albergó Barrientos con su Juana á pasar una temporada de descanso.

Aquella nueva faz de su vida lo seducia enormemente.

Naturaleza apasionada y ávida de cariño, se adormecía al amor sublime de Juana, que se consideraba feliz á su lado, pues no tenia para ella mas que finezas y atenciones.

Julio habia comprado una lujosa montura de mujer para que Juana lo acompañara en sus paseos matutinos, lo que la jóven hacia sumamente complacida.

A su penetracion no se escapaba, sin embargo, que aquella vida de vagancia de su amante la empujaria á seguir su destino.

Ella siempre le aconsejaba que dejase aquella vida fatal, pero Pedro era el eslabon que encadenaba á Julio y la eterna razon que daba á su amante para no seguir sus prudentes consejos.

Cuando Julio supo que la Policía se preparaba á batirlos, se preparó él á huir á otro punto, dejando allí á Juana para que no corriera los peligros de un combate ó de una persecucion.

Pero en cuanto manifestó á Juana sus intenciones, ésta se opuso de una manera terminante.

—He de correr la misma suerte, le dijo, sea cual

sea en poder de la justicia, allí iré yo para ali-

viartus desgracias, y si por casualidad te hirieran, lo que Dios no quiera, han de ser mis manos las primeras que te curen.

En vano rogó Julio, pretendiendo hacerse obedecer con sus palabras mas cariñosas; todo fué inútil.

—Me he ligado á tí para seguir tu destino, dijo, y no habrá fuerza humana que nos separe.

Y cuidado con engañarme ó irte sin que yo lo sepa, pues entónces me iria sola á buscarte y despues tendrías que arrepentirte de cualquiera desgracia que me sucediera.

Julio no tuvo mas remedio que conformarse con aquella determinacion y permitirle que lo acompañara.

Una madrugada Julio montó á caballo, acompañado de su mujer y los suyos, y tomó la direccion del partido de Balcarce, cuyas sierras conocia palmo á palmo y le ofrecian una guarida segura.

La Policía, que no halló á los Barrientos en casa de Perez, decidida á seguirlos y batirlos donde los hallára, se dirijió tambien al partido de Balcarce, decidiendo ir á buscarlos á la sierra, para lo cual engrosó la partida con algunos vigilantes de aquella localidad.

Como si los encontraban pelearian y pelearian bien, el Comisario empezó á juntar vecinos para que acompañaran á la Policía, logrando reunir unos veinte, que bien armados se decidieron á marchar en busca del enemigo comun, llegando al pié de la Sierra de Molina, donde sabian se encontraba la partida.

Debido á su gran sistema de vigilancia, los Barrientos tuvieron la noticia á tiempo y se pusieron en atenta observacion, de modo que cuando vigilantes y vecinos llegaron al pié de la Sierra, no solo los habian sentido, sino que hasta los habian contado y conocian hasta la clase de armas que llevaban.

En otra situacion, Julio hubiera aceptado el combate y hecho volar á trabucazos, desde arriba de la Sierra, á vigilantes y vecinos.

Pero cómo esponer á Juana á un combate y esponerla á recibir un balazo?

Aquello no era prudente ni justo—Julio sintió que el peligro de Juana le quitaria hasta la serenidad y el tino, que tanto necesitaba, y por primera vez de su vida se decidió á huir sin hacer frente.

—Compañeros, dijo tentando un último esfuerzo, es preciso que uno me acompañe á Juana hasta el otro lado de la Sierra, para poder pelear á gusto porque con ella en peligro no habrá medio de hacer cosa de provecho.

—Es inútil, contestó Juana, porque yo no me quiero ir—y estaba dicho que he de correr tu suerte, cualquiera que sea.

Si se pelea, miraré yo pelear, si se huye, huiré, y la desgracia que te suceda será la que me suceda á mí.

—Pues entónces, dijo Julio contrariado, á huir de este lado de la Sierra, pronto, antes que suban y nos vean.

Así, cuando ellos suban, no sabrán ni siquiera por donde nos hemos ido y no podrán seguirnos.

Y uniendo la accion á la palabra, empezaron á des-

cender la Sierra en el mismo instante que el Comisario, seguido de vigilantes y vecinos, subía por el otro lado penosamente, pues la Sierra era empinada y de puro acceso.

—Es una lástima, decía Pedro—en la posición que teníamos, antes que ellos subieran podríamos haberlos fusilado á nuestro gusto.

—Sí, respondió Julio, pero un tiro perdido y disparado quizá por el mas maula de todos, puede venir á tocar á Juana y esto sería el fin del mundo para mí.

Y siguieron descendiendo la Sierra, á medida que los otros avanzaban llenos de precauciones y cuidados.

Cuando llegaron arriba, ya los Barrientos habian descendido, habian dado vuelta y se alejaban rápidamente, como buscando ponerse fuera de tiro.

Una vez arriba y como si á cada momento temieran ver surgir los Barrientos de entre las piedras, lo registraron todo, hallando solo los fogones donde los paisanos habian churrasqueado.

Que acababan de irse no habia la menor duda, pues los fogones aun estaban encendidos, viéndose pedacitos de asados, calientes aún.

La fuga de los Barrientos entonó enormemente á los perseguidores, que pensaron habian huido de miedo, al verlos á tantos juntos y en son de guerra.

—Es preciso perseguirlos, dijo el Comisario, y tratar de darles alcance; si no aprovechamos ésta, no los vamos á tomar nunca.

Y descendieron la Sierra tan rápidamente como les fué posible.

Los Barrientos huían al galope de sus caballos, y como los perseguidores se pusieron á escape, pronto fueron sentidos.

—Esto no puede ser, dijo Julio, creen que tenemos miedo y nos ván á obligar á disparar duro, quemándonos la espalda en cuanto nos tengan á tiro.

Es preciso hacerles una atropellada para quitarles las ganas de venir á embromar.

A ver Juana, alma mía, dijo sin dejar de galopar—es preciso que seas buena y complaciente, ó nos obligas á perdernos todos; deja que te acompañe Chicoca y sigue marchando á galope mientras nosotros detenemos á estos en su marcha y los obligamos á huir.

Por lo que mas quieras en el mundo, yo te pido que sigas con Chicoca un momento, un momento no mas.

—Quiero correr tu suerte, respondió Juana con firmeza. cualquiera que ella sea.

—Es que de esta manera me obligas á huir y esto va á ser nuestra perdición; vamos, querida Juana, te lo pido por mi cariño, aléjate.

—Bueno, respondió Juana, despues de vacilar un momento, pero si tardas en alcanzarme me vuelvo.

Y partió al galope de su caballo, acompañada de Chicoca.

Julio dió vuelta con sus compañeros, inmediatamente, y poniéndose al frente de los que venían, avanzaron trabuco en mano.

Este solo cambio de actitud detuvo á los perse-

guidores, que se pararon, sin saber el partido que debían tomar.

Julio y sus compañeros atacaron entonces, avanzando de una manera resuelta y con los trabucos armados en actitud de hacer fuego.

Los vecinos remolinearon alrededor de los policiaños y ninguno supo qué hacer.

—Es preciso romper sobre ellos el fuego, dijo entonces el Comisario, viendo que la inacción podría serles fatal—es preciso hacer fuego aunque no estén á tiro, para contenerlos y que no sigan avanzando.

Pero los Barrientos, como si aquella observación hubiera sido á ellos dirigida tendieron el brazo y el estampido tremendo de los trabucos sonó como un tiro de cañon, sembrando la confusión entre policiaños y vecinos.

Y bajo el humo de la descarga, los Barrientos avanzaron cargando de nuevo sus armas.

La Policía no quiso esperar la segunda descarga y empezó á huir detras de los vecinos que ya habian emprendido la fuga.

Al estampido de los trabucos, Juana detuvo su caballo y dándole vuelta rápidamente, como podia haberlo hecho el jinete mas consumado, lo dirigió á donde estaba su amante.

Este habia sido su plan desde el principio: hacer lo que su amante le decia, pero regresar en cuanto los viera empeñados en el combate.

—Qué vá á hacer patrona? preguntó Chicoca aterrado—mire que el amigo Julio se vá á poner furioso y es conmigo con quien la vá á pegar.

Juana miró la cara monstruosa de Chicoca, sonrió bondadosamente y repuso:

—No tenga cuidado, Julio no ha de enojarse y en caso que se enoje no será con usted con quien la pegue.

Cuando los Barrientos hicieron fuego por segunda vez, Juana estaba á la espalda de Julio, sin mostrar el menor temor ni la menor estrañeza por aquel combate.

El enemigo estaba moralmente vencido y no volveria mas—era preciso aprovecharlo pronto, antes que fuera á ponerse fuera de tiro.

Los bandidos hicieron su tercer descarga y detuvieron los caballos, considerando inútil toda persecución.

Como la distancia que los separaba habia disminuido de una manera considerable, aquella tercer descarga fué mas eficaz que las otras: dos ginetes rodaron al suelo y empezaron á pedir auxilio á los compañeros que huían:

Pedro y Chicoca se lanzaron á la carrera sobre los dos caídos, seguidos por Julio y Acosta, y Juana que aun no habia sido vista.

Los caídos eran un vigilante que habia recibido dos recortidos en el cuerpo, y un vecino un tanto cuanto viejo que habia sido herido en una paleta.

—No me dejen solo! llévenme que me ván á degollar, gritaba el pobre paisano, sin fijarse que ya sus compañeros no estaban á distancia de poder oírlo.

El vigilante no tenia ni aliento para quejarse y se oprimía la herida con ambas manos y dolorosa espresión.

En este momento llegaron Pedro y Chicoca y se

descolgaron sobre los caídos, cuchillo en mano, con la marcada intención de degollarlos.

Julio se precipitó sobre Chicoca, deteniéndole el brazo con que levantaba ya su daga.

—No seas bruto, que es un vecino, dijo Julio severamente—por qué vés á matarlo?

—Y por qué se junta él con la Policía para perseguir á gente que nunca le ha hecho el menor mal? muy justo es entonces que reciba él el mal que ha querido hacer.

—Esa no es cuenta tuya, demasiado tiene con lo que le ha sucedido para que le caigas encima con mas rigor!

Chicoca se retiró muy desagradado, é iba á alejarse cuando Julio lo detuvo de un brazo, preguntándole por Juana.

—Dónde está Juana? le preguntó, dónde la has dejado?

Dió vuelta Chicoca y mostró á Julio la jóven, que en aquel momento luchaba con Pedro para impedirle degollase al vigilante.

Como Julio se habia lanzado sobre Chicoca, Juana se lanzó sobre Pedro, en momentos que éste tomaba del pelo al vigilante para degollarlo.

—Pedro, Pedro! qué vés á hacer? habia gritado la jóven.

—Cómo que qué voy á hacer? preguntó el bandido—voy á degollar á este peludo para que no haga daño en adelante.

—No quiero! no quiero! habia respondido Juana tomándolo del brazo, no quiero que degüelles á nadie, de una manera inútil, sobre todo, puesto que ese hombre ningun daño puede hacer.

—No importa, respondió Pedro, estos peludos son muy dañinos y así como está éste ahora, son los primeros en perseguirnos en cuanto se mejoran, por eso no se les debo ni se les puede dar alafia de ninguna manera, porque son enemigos que uno cria para despues.

É hizo intención de degollarlo nuevamente, pero Juana le tomó del brazo con ambas manos, apartando la daga de sobre el cuello del vigilante.

—No quiero que lo mates, no quiero que lo mates, exclamó de nuevo, y una verdadera lucha se entabló entonces sobre el cuerpo del pobre herido.

Fué en aquel momento que Chicoca señalaba á Julio lo que hacia Juana, viendo lo cual corrió este hácia su hermano.

—Pedro! Pedro, gritó—qué es eso?

—Es Juana, que no quiere que degüelle á este peludo—llámala para que me deje en paz!

—Déjate hermano de pavadas y suelta á ese infeliz,—le dijo Julio—ya sabes que no me gustan las crueldades ni que se derrame sangre sin necesidad—déjalo á ese infeliz que demasiado tiene con lo que le ha sucedido.

Grufiéndolo como un perro á quien quitan el hueso, Pedro soltó al vigilante y se retiró sumamente disgustado.

—No comprendo que es lo que quiere Julio, murmuraba; si por él fuera no se mataria nunca á nadie y quedaríamos lucidos.

—Yo no digo que no se mate, respondió el paisano acariciando á Juana—demasiado mata uno peleando

para que todavía degollemos á los que quedan heridos y que sabe Dios si vivirán.

Sea como sea, hermano, basta de sangre y vámonos de aquí—ahora podemos volver tranquilos para los lados de Necochea donde no cuentan con nuestra visita y no nos han de incomodar.

—Como quieras, siempre será como quieras y lo que quieras; yo no tengo mas voluntad que la tuya.

Juana se acercó á los dos caídos, y les ofreció atenderlos como pudiese, pero allí, en medio del campo, qué atención podria prestarles?

—Vamos, que no hay tiempo que perder, le dijo Julio á Juana, porque no quiero comprometer otro combate.

—Pero como vamos á dejar tirados aquí y sin ningun auxilio á estos dos hombres.

—Es que no podemos llevarlos ni tenemos aquí remedio que ponerles—pero no tengas cuidado por ellos que en cuanto nosotros nos vayamos han de venir á buscarlos.

De todos modos y para mayor satisfaccion tuya, en la primera pulperia por donde pasemos avisaremos para que les traigan un poco de caña y los vengán á llevar, si ántes no han venido sus compañeros.

Todos se pusieron en camino, y desde aquel momento Julio empezó á trabajar á Juana para que se quedara en lo de Perez mientras él daba la vuelta por Necochea, para hacerse tambien de algunos recursos de vida que necesitaban.

Todavía quiero acompañarte un poco, dijo Juana; iremos hasta Necochea juntos, y á la vuelta me quedaré en lo de Perez.

Todavía tengo miedo que mi padre me ande buscando y no quiero que vayan á encontrarme lejos de donde vos estés, porque harian entonces conmigo lo que quisieran.

Julio cedió y juntos emprendieron el viaje.

Juana queria andar siempre con Julio, no solo por el placer de estar á su lado, sino para impedir que hicieran barbaridades, como habia impedido el degüello del vigilante ese mismo dia.

De este modo Julio estaria libre de menos cargos y la Policía no tendria porque perseguirlos.

Julio tenia sus relaciones en Necochea, donde podia muy bien dejar á Juana un par de dias, mientras ellos arbitraban en alguna jugada un poco de plata que tan necesaria les era.

Julio consintió en llevarla con él, á condicion de que lo habia de dejar ir á las jugadas, puesto que del aire no habian de vivir y no tenía él ya ni un centavo.

Juana consintió á su vez en aquella condicion, pues la jugada tendria lugar cerca de donde ella estuviera y siempre tendria tiempo de acudir á cualquier apuro.

Julio queria complacer á Juana, en aquella pretension para que ella se viera forzada á consentir en las suyas y dejarla en lo de Perez cuando tuviera algo que hacer.

Como él sabia que Coelli concluiria por perdonar á su hija y llamarla él mismo á pasar unos dias en su compañía, no se inquietaba mucho por la compañía de Juana en lo sucesivo.

—Unas veces en lo de Perez, pensaba, otra con su familia y otras en alguna otra parte, yo podré andar mas libremente y atender mejor á mis cosas sin estar con el Jesús en la boca por lo que á Juana puede suceder.

Sin la menor novedad, riendo siempre y matando alegremente el tiempo, pasaron á Necochea, donde en aquellos dias habia unas interesantes jugadas, interesantes porque se decia que iba á correr mucha plata.

La jugada era en las Medias Lunas, donde Julio tenia muy buenas relaciones, relaciones que le convenia conservar por muchos motivos.

La casa era muy cómoda y muy decente: allí podia muy bien estar Juana, en alguna de las piezas de la familia, que eran muchas, mientras ellos jugaban en el negocio.

Gran sorpresa y algazara causó entre los que lo conocian, la llegada de Julio Barrientos, con mujer, y con mujer tan preciosa como aquella.

—De qué cielo ha robado esa estrella, le preguntaban, y con qué trampa ha podido cazarla?

Bien dicen que el que anda entre la miel algo se le pega.

Julio sonreia satisfecho de aquellas galantes bromas, mientras respondia:

—Vaya que no pueden ver á un infeliz armado, sin que le traten de ladron al momento! Sépanse ustedes que es ella quien me ha robado el corazon y la voluntad y no yo quien se la ha robado á ella!

Linda prenda! le decian los paisanos, bien dicen que no hay pícaro que no tenga suerte!

Con motivo de la llegada de Juana y de haber otras muchachas en la casa, se armó fiesta al momento y empezaron á cantar y á bailar que era un gusto.

—La Policia los andaba campeando por aquí hace pocos dias, dijeron á Barrientos, pero esto es porque ya sabian que ustedes no andaban por el partido.

En cuanto sepan que ustedes han venido no se les vá á ver ni en cinco leguas á la redonda.

Lo que es por mi parte, en cuanto sepa que vienen por aquí, me voy, porque cuando uno anda con mujer en aucas no se puede hacer nada de provecho.

Así, vamos á divertirnos tranquilamente, pero en cuanto aparezca esa gente nos largamos á otra parte.

Julio habia llamado á los suyos y habia pedido la mayor prudencia, porque aquellos eran amigos que le convenia conservar y á quienes estaba obligado por la misma buena acogida que habian hecho á Juana.

—Si alguno tiene algún disgusto ó alguna razon con alguien, que me lo avise á mí para ponerle remedio, si lo tiene, y si nó para irnos, porque así nos conviene, y no quiero yo que suceda aquí la menor cosa desagradable.

—A tí, Pedro, sobre todo, agregó, yo te pido hermano que aguantes cualquier contrariedad, porque cualquier cosa que hicieras aquí, la harías en contra mia.

—No tenga cuidado, que con lo que has dicho ya, es bastante—por nuestra parte puedes estar seguro y perfectamente tranquilo.

—Entonces, si por casualidad viniera la Policia

en nuestra busca, nos retiramos tranquilamente y sin decirles nada, salvo que se nos vengán encima, derechamente, que entónces no habrá otro recurso que defenderse y huir.

Cuando yo deje á Juana en alguna parte, entónces buscaremos nuestro desquite, y como siempre, les haremos pagar fieramente el mal que nos hubieran causado.

Perfectamente de acuerdo en todo esto, y mientras algunos despuntaban el vicio en una partida de taba y de cholon, los demás se entretenian alegremente en tocar la guitarra y cantar alguna famosa relacion.

Como habia plata en abundancia, pues todos habian ido armados para jugar, se carneó con cuero y se destaparon un par de damajuanas de caña, con las que se brindó por la mujer de Julio, cuya belleza y modos suaves á todos habian cautivado.

La jóven se sentia feliz y divertida: nunca habia asistido á una fiesta tan alegre, porque Coelli, enemigo de este género de diversiones, nunca se lo habia permitido, así es que escuchaba todo con curiosidad infantil, deseando que aquello no terminara nunca.

A la noche la fiesta tomó un aspecto magnifico y sumamente alegre.

A la tarde habian acudido nuevos concurrentes, y algunos de los que estaban desde temprano habian ido á buscar sus familias, de modo que á las nueve de la noche aquello tenia un aspecto soberbio.

Los que no jugaban ó no eran muy aficionados al juego, se habian quedado con las muchachas, bailando y cantando con todo el entusiasmo que despierta en los paisanos este género de fiestas.

Los demás habian armado sus grupos de jugadores, donde se jugaba grueso y se bebia mejor.

No podia reinar mayor armonia entre aquella gente: todos se dirijian sus bromas ó hacian sus jugadas sin que nadie se hubiera permitido la menor palabra destemplada.

Los compañeros de Julio jugaban todos, y él mismo, aunque no continuamente, se acercaba de cuando en cuando á cualquiera de los grupos, hacia su paradita más ó menos fuerte, segun las inspiraciones del momento, y se retiraba en seguida adonde estaban las muchachas una vez que cobraba lo que habia ganado.

Como andaban medio cortados, todos jugaban flojo, con escepcion de Acosta que habia ganado dos ó tres copos y le metia grueso, aprovechando la buena veta de la suerte.

Los que se habian descorazonado al ver llegar á los Barrientos, pensando que alguna iniquidad habian de hacer, habian concluido por tranquilizarse, pues la conducta que observaban no podia ser mas fina y respetuosa.

El mismo Chicoca habia tenido un cambio de palabras por una jugada mal comprendida, pero ante una mirada de Julio habia cedido sin hacerla mas leve observacion, entregando mansamente el dinero en discusion.

Serian las dos de la mañana, mas ó menos, cuando Cajoles, que habia quedado afuera de vijilante, entró á avisar á los compañeros que se sentian algunos ginetes que se acercaban, pero como la noche estaba

muy oscura, no podía ver si eran paisanos ó Policías.

Julio salió á divisar, pero la noche estaba realmente oscura y no se podía ver nada.

Entónces se puso á escuchar y á los pocos momentos exclamó: son Policías, el ruido de los sables es muy claro, y no pueden ser mas de cuatro ginetes.

Vamos á arreglar nuestros pingos para montar y mandarnos mudas—podemos quedarnos por ahí cerquita y cuando se retiren volveremos, que ellos no han de quedarse mucho tiempo sabiendo que andamos por acá.

Tan cerca estaban los vigilantes, que apenas había ensillado Julio el caballo de Juana, llegaron á la casa y echaron pié á tierra en el palenque.

—Oído y prevenidos, dijo Julio, vamos á hacer salir á los otros, y solamente en el caso de que se nos vengan encima, los pelearemos, si nó nos vamos sin decir nada. Los que habían llegado era un grupo de vigilantes y un sargento, quienes por la confianza con que entraron, se conocía no sabían qué gente había dentro.

Julio entró á la casa y dijo á Juana que no tuviera cuidado, que se iba afuera para esperar que se mandaran mudar los Policías que habían entrado y que despues volvería, porque si nos quedamos aquí temo que nos obliguen á pelear.

Viendo aquella buena determinacion de Barrientos, todos quedaron tranquilos, confiados en que nada sucedería.

Julio entró en seguida adonde estaban jugando los compañeros y les hizo señas, pero como Pedro estaba embebido en el juego, al estremo de no haber notado ni la presencia de los vijilantes, fué preciso hablarlo en voz alta.

—Vamos, pues, hermano, dijo Julio.

—Caramba! cuando recién me ponía en suerte!

—No importa, va volveremos y seguirá la buena veta—é hizo una seña hácia los vijilantes.

Pedro entendió recién de lo que se trataba, y haciendo una recojida de sus pesos salió afuera.

Los Barrientos, por primera vez dejaban el campo á la Policía.

—Qué es eso? preguntó el dueño de casa, más sorprendido que ninguno, ¿se vá ya, amigo Barrientos?

—Me voy á hacer tiempo aquí no más á esperar que ellos se vayan y vuelvo.

—Bueno, amigo, le alabo la prudencia y le alabo también su buena amistad; en cuanto á su prenda puede estar tranquilo que queda en mi casa al lado de los míos.

—Bueno, amigo, hasta luego, concluyó Barrientos montando á caballo.

—Hasta luego, respondió el dueño de casa, yéndose hácia donde se bailaba.

Iban los Barrientos á salir, cuando salió al patio el sargento de Policía, y dirigiéndose á Julio con todo comedimiento, le dijo:

—Por qué se vá, amigo Barrientos? quédese otro poco porque si nó se vá á deshacer la fiesta.

—Me voy, dijo Julio con extrañeza, porque no me conviene quedarme aquí por ahora; tengo algo que hacer más lejos, pero pronto pagaré la vuelta.

Al ver al sargento dirijirse á Julio, Pedro y Chi-

coca se acercaron rodeándolo, como para no dejarlo mover cuando intentara algo malo.

—Siento mucho, contestó el sargento, pero yo quería hacerle una prevencion.

Si usted se vá porque nosotros hemos venido y estamos aquí, hace mal—yo he venido aquí á pasar el rato y nada más, y como no traigo orden de prenderlo, para nada tengo que meterme con ustedes entónces.

Pueden quedarse aquí en la seguridad de que ni yo ni mis milicos les hemos de decir una palabra.

El sargento conocía á Julio Barrientos, y cuando supo que éste y los suyos estaban allí, se pegó un susto de todos los diablos, pero era tarde para retroceder y se quedó haciendo de tripas corazón.

Pero cuando supo que los Barrientos se iban, tuvo miedo de que aquello fuera para prepararles una emboscada y matarlos á la salida, y vino en el acto á darle aquella esplicacion y seguridades.

Julio, por su parte, reflexionó un momento, y para que el sargento no fuese á sospechar que se iban de miedo, le dijo:

—Francamente yo me voy pero no compromerá el dueño de casa, de quien soy amigo viejo y porque me gusta pelear á campo: poco me importa que usted tenga ó no orden de prenderme, porque con orden y sin orden siempre vendría á ser lo mismo.

—Puede entónces decirle á los milicos esos que vayan saliendo, que yo los espero de aquí una media legua y que no los he de dejar ir con las ganas.

—No quiero que usted se vaya dudando de mi palabra, replicó el sargento, cada vez más asustado: es preciso que se queden, ó de lo contrario nos mandamos mudar nosotros.

Yo soy su amigo en toda regla y quiero probarlo hoy que llega la ocasion—no se vaya entónces, porque con usted se irá la mitad de la alegría, llevándose sus compañeros la otra mitad.

—Bueno, dijo Julio sonriendo, porque comprendí que el sargento hablaba de miedo, yo me quedare con mi gente si ustedes me entregan sus armas en garantia de que habla de buena fé: yo se las devolveré á la retirada y nada se habrá perdido.

—Superior, respondió el sargento en el acto, por lo pronto aquí tiene mi sable y mi revólver, voy á buscar el de los muchachos,

Y en seguida se fué á la pieza donde se jugaba y donde habían quedado sus milicos, á quienes desarmó, diciéndoles que aquello era preciso para que los Barrientos no les hicieran nada.

—Fijese, sargento, observó uno de los milicos, que quedamos sin nada y que estos harán de nosotros los que se les ocurra!

—Es que de todos modos lo han de hacer, porque lo han hecho ya con partidas más grandes y Comisarios de Policía. pero así sin armas, como nos hemos confiado á ellos no nos dirán ni palabra y no devolverán los sables en cuanto querramos irnos tanto más habiéndome dicho el mismo Julio que se iba de aquí porque en esta casa no le gustaba arma bochinche.

—Usted sabrá lo que hace, dijo el milico, lo que es por mi parte, en cuanto se arme algun bochinche.

yo disparo, porque sin armas nadie está obligado á pelear.

El sargento salió nuevamente al patio y entregó á Julio Barrientos las armas de su gente, quien las recibió como un general victorioso sobre el campo de batalla.

—Ahora sí creo en la buena fé de sus palabras, dijo, y entro confiadamente—de otro modo no, porque he perdido la fé á todo lo que es Policia.

Aquello era inaudito: la Policia desarmándose ante aquellos que ella habia declarado bandidos y perseguia como tales, daba una prueba clara y manifiesta del miedo que les tenia.

Recomendando á los suyos que no se metieran con la Policia, para nada, entró adonde estaban los del baile, que no habian notado lo que sucedia afuera.

Gran algazara y asombro causó entre aquella gente, ver entrar á Julio con un cargamento de sables y revólvers.

—Qué es eso? preguntaron de todos lados, ¿dónde has hallado ese depósito? ó es que han tenido por ahí alguna famosa de á pié que no hemos sentido?

—Te ha sucedido algo? preguntó Juana sobresaltada.

—Qué quieres que me suceda? exclamó Julio sonriendo.

Lo que hay es que hace un rato llegó aquí un sargento de Policia con unos milicos, y como yo no quiero bochinchas ni peleas aquí, les he pedido las armas en garantia de que no se meterian con nosotros, y ellos me las han dado.

Por mi parte yo les he garantido que mis muchachos no se meterán con ellos y que pueden estar bien tranquilos á ese respecto.

Aquella noticia duplicó la alegria que allí reinaba y aumentó la jarana.

Una humillacion de la autoridad, es recibida por los paisanos con alegres demostraciones, porque como no hay nada que detesten tanto como á la autoridad, festejan todos sus contratiempos cual si recibieran en ellos un beneficio directo.

—Como no es cosa de faltar á la palabra empeñada, dijo Barrientos á Juana, voy á mandarte por aquí á Pedro para que lo entretengas, porque es muy capaz de cometer alguna herejia con ellos.

Cuando Pedro tiene vigilantes cerca, pierde la cabeza y no sabe lo que hace, de puras ganas que les tiene, y deseos de verlos á todos desaparecer bajo el filo de su cuchillo.

Tengo miedo que se olvide, de puras ganas del compromiso que yo he contraido por todos y me deje mal, porque al fin y al cabo ellos han tenido fé en mi palabra.

—Bueno, mandámelo que yo lo entretendré por acá aunque ya sabes que Pedro es voluntarioso y hace lo que le dá la gana.

—No importa, con un poco que se distraiga, basta para hacerlo que se olvide de alguna mala idea.

Julio pasó á las jugadas, donde todos estaban en el orden—tanto los que perdían como los que ganaban estaban alegres sin que se notase el menor síntoma de disputa ó cuestion.

Pero Julio que conocia á su gente demasiado bien,

observó que cada vez que Pedro miraba á los policianos lo hacia con una espresion de ódio inmenso y llevaba distraidamente la mano á la empufadura de su facon.

—Mal síntoma, pensó Julio, ahora no más les salta al cogote y hace alguna de las suyas!

Hermano, agregó mirando á Pedro, dice Juana que le hagas el favor de ir un momento.

—Caramba, se me vá á ir la suerte!—no importa, quédate jugando en mi lugar y les vés á ganar hasta la camisa.

Julio se sentó con la mayor indiferencia mientras Pedro juntaba un buen monton de pesos que habia ganado y se iba á buscar á Juana.

Toda lo noche se pasó de la manera más tranquila, jugando, bailando y bebiendo, sin que se iniciara la menor cuestion.

Alguno que otro, medio picado por la caña, se permitió dirigir un par de pullas á los justicias, pero no pasó de ahí.

Aquellos habian jugado y ganado algunos buenos pesos, por lo que estaban alegres y conversadores.

Así que hubo amanecido, el sargento manifestó deseos de retirarse, porque tenia que dar cumplimiento á su servicio y encontrarse en el Juzgado de Paz antes de medio día.

—Yo me voy, dijo á Julio, porque tengo que entregar una nota y el recibo de unos presos que entregamos en Balcarse, así es que le agradeceré quiera entregarnos las armas, pues ya habrá visto que no tenemos ninguna intencion referente á ustedes.

—Y aunque la tuvieran, ya le he dicho sería lo mismo.

Voy á traerles sus latas, ya que quieren irse; por nosotros no tenga cuidado, que yo siempre cumplo la palabra que empeño—de mi gente nadie ha de perseguirlos ni ha de hacerles mal,—yo se lo aseguro.

Y Julio fué á traerles las armas que tenia guardadas en la pieza del baile, bajo la inmediata vigilancia de Juana.

—Qué ¿les vés á devolver los corbos? preguntó Pedro al ver que Julio tomaba los sables.

—Sí, porque ya se ván y no es justo fatarles á la palabra.

—Con esa gente no hay palabra que valga, puesto que ellos tampoco la tienen—no se han metido con nosotros porque no les tiene cuenta y nada más, que si vieran la cosa fácil, ya nos habrían apretado.

No les devolvás nada, y que vayan al Juzgado con el parte de que nosotros los hemos desarmado, así rabiará bien el Comisario y jurará que nos vá á hacer este mundo y el otro.

—Si no fuera mas que eso, no solo no les daba las armas sino que hasta los caballos les quitaba para que se fueran de á pié, pero es que no pudiendo el Comisario pergarla con nosotros la pegará con ellos, no hay necesidad que padezca quien nada nos ha hecho.

—Desde que te has echado mujer te has vuelto mas blando que manteca! dejá que los amuelen, no mas, que si á nosotros no nos han hecho mal es porque no han podido, que bastante delito tienen encima con el solo hecho de ser justicias.

—No importa, yo me he comprometido ya y no hay mas que cumplir.

—Bueno, ya que así está dispuesto por vos, no hay mas hacer, pero en cambio de que no puedo ni siquiera pegarles unos guascazos, me vas á dejar hacer una cosa que con nada altera tu compromiso, así me quedo satisfecho.

—Con tal que no sea pegarles ni lastimarlos, no habrá inconveniente.

—No es nada de eso.

—Ni quitarles las armas ni los caballos, ni atarlos ni dejarlos aquí encerrados.

—Nada de todo eso; es una cosa sencilla y que de pensarla solo me rio, y que ni siquiera los vá á hacer enojar y que la misma Juana se vá á reir.

—Pues si Juana se rie, está concedida, si nó no hay nada—vamos á ver qué cosa es esa.

—Bueno, contestó Pedro riendo, lo que yo quiero es que me dejés sacarles una multa, una multa de veinte pesos por barba, no mas.

—Y porqué vas á sacarles esa multa? preguntó Julio riendo, de semejante ocurrencia.

—Es una multa que yo les impongo á nombre de todos nosotros, por el delito de ser Policias, y otros veinte, además, por haber jugado juegos prohibidos.

Ellos cobran mucho mas caro, pues le prenden á uno de cien arriba, por cualquier cosa, y lo enderezan al Juzgado si no los pagan—yo no quiero ser tan tirano.

La misma Juana se reia alegremente de ocurrencia tan diabólica y graciosa.

La justicia multada por Pedro Barrientos en veinte pesos por el delito de serlo, era algo que hacia cosquillas de una manera especial.

—Esta bien, respondió Julio; Juana se ha reido y yo tengo que cumplir mi promesa; te concedo multar á la partida, pero solo en la forma y en la cantidad que has dicho y nada mas.

—Superior, pero si se resisten á pagarla yo tendré entonces que obligarlos usando los medios que ellos mismos ponen en práctica.

—No han de resistirse, la multa es pequeña y ellos han ganado bastante segun creo—en cuanto les cobres pagarán.

—Es que el miedo es un auxilio muy poderoso para el que lo impone, ventaja que no tienen ellos, sobre nosotros: por eso es que no se han de atrever ni siquiera á preguntar si no le hacemos una rebajita.

Julio llevó las armas y se las entregó al sargento y soldados, delante de las personas que estaban en la casa, que reian famosamente de escena tan original.

Una vez que recibieron sus armas, los milicos ajustaron la cincha de sus patrios y se prepararon á tomar la copa del estribo y largarse, despues de haber hecho á Julio todo género de ofrecimientos de amistad y consideración, como hombres y como justicia.

—Todo está muy bueno y muy lindo, dijo entonces Pedro, pero ustedes no se pueden ir hasta no haberme pagado á mí la multa que les corresponde.

—Que multa? preguntó el sargento palideciendo, pues creyó que se trataba de quitarles cuanto habian ganado.

—La multa en que han incurrido por jugar juegos prohibidos y por el delito de ser justicias.

Los que escuchaban la cosa empezaron á reir de la chuscada, creyendo tambien como el sargento, que se trataba de quitarles el dinero que habian ganado.

Los milicos miraban a Julio con una angustia inmensa, creyendo que el trance amargo había por fin llegado.

—No se aflijan, dijo Julio, comprendiendo la agitacion de aquellos hombres, no se trata sino de ejercer un derecho que tiene Pedro: en cuanto le paguen la multa que reclama, ustedes pueden retirarse, en la seguridad de que nadie ha de hacerles el menor daño.

—Y cuánto es esa multa? preguntó el sargento con voz conmovida y pensando rogar á Julio que por aquella vez se les dispensara la multa.

—Por ahora, respondió el travieso paisano, solo es de veinte pesos por el delito de ser justicia y diez pesos por juegos prohibidos: total, treinta pesos por barba.

Pero como usted es sargento la cosa es doble, y lo que para la tropa no es mas que de treinta pesos, para usted serán sesenta.

Sin embargo, usted es amigo, se ha portado bien y no quiero ser tirano—le haré una rebajita de diez pesos y quedamos en que para usted serán cincuenta mangangases y treinta para los compañeros—están conformes?

Al escuchar la salida de Pedro, todos comprendieron que se trataba de una amarga burla y no de un robo, por lo que soltaron una franca y alegre carcajada.

El mismo sargento, que era parte dolorida, peló sus cincuenta sonriendo y los entregó á Pedro diciendo: bueno, señor, ahora que sé la pena, trataré de no dar lugar á otro castigo semejante.

Cada vigilante depositó sus treinta pesos en las manos de Pedro, que los recibió con una gravedad de Juez de Paz y se aprontaron á irse antes que fuera á ocurrirseles alguna nueva locura mas pesada que aquella, que al fin solo venia á costarles treinta pesos.

Pedro no quiso que se fueran sin el recibo correspondiente, recibo que estendió Julio con su letra clara y hermosa.

La farsa no podia ser mas completa.

Los mismos vigilantes, pasado el susto, reian de aquella travesura, que parecia hija de un espíritu culto y purísimo, pues importaba la sátira mas amarga que podia hacerse á la justicia.

Sargento y soldados salieron de la casa, desconfiando todavia que los dejaran ir sin alguna otra broma mas pesada; asi es que cuando se vieron á caballo se pusieron al galope, tratando de salvar la mayor distancia que les fuera posible.

Solo cuando se vieron á una legua de Medias Lu

mas, les volvió el alma al cuerpo, seguros ya de que ningún peligro les amenazaba.

—Pues si estos son los Barrientos, decía el sargento, hay que convenir en que no son tan bandidos como se dice, pues podían haber hecho con nosotros o que les hubiera dado la gana.

—Es que no se les ha dado motivo, decía otro sol-

gado, que si en vez de tomarlos á las buenas los hubiéramos tomado á las malas, ya hubiéramos tenido para rascarnos un año.

—Como quiera que sea, no nos podemos quejar; ahora la cuestion es que no vayan á oler en la Comisaria lo de la multa, porque nos van á meter una cepeada gefe.

“

LA POLICIA SE ENOJA

Los Barrientos se quedaron en Medias Lunas todo aquel día y toda aquella noche.

Habia mucha plata todavía para que no aprovecharan la buena veta en que estaban.

Después que hubieron descansado bien la fatiga de la jarana y del no dormir, con una buena siesta que veló Alvarez, se desprendieron amistosamente y tomaron nuevamente el camino de las Sierras de Ramirez.

Julio veía que Juana no podía seguir en aquella vida sin peligro de su vida y sin perjuicio de su cuadrilla, que por Juana se veía obligado á huir de todo peligro y corriendo el riesgo de caer presos cuando menos lo pensarán.

Por esto habia pensado que era conveniente buscar una compostura con Coelli; así, en sus correrías, peligrosas, Juana podía quedar segura en casa de sus padres y él andar con mas desenvoltura y descanso.

—Es bueno que vayamos caminando para el lado de la querencia, le habia dicho.

Yo noto que andas medio tristona y esto es natural, porque la separacion violenta de tu familia te ha de haber hecho alguna impresion.

—Si la siento, decía la jóven, pero á separarme de tí y separarme de ellos, prefiero lo segundo; yo quiero mucho, quiero inmensamente á mis padres, pero te quiero mas á tí, aunque el no verlos me tiene así entristecida.

—Buena, no importa, decía Julio, si pudiéramos conciliar el estar todos juntos, tu felicidad seria completa—vamos rumbeando para allá—tu ausencia ha de haber ablandado al viejo y hecho pasar toda la rabia que pueda haber tenido.

Yo le mandaré un mensaje sin que él sepa de donde le va y estoy seguro que es muy capaz de venir á buscarnos.

Los padres se hacen los enojados con frecuencia, para que por desenojarnos le hagan el gusto, pero son enojos que no daran mucho porque no pueden resistir á un día de desesperacion.

El verá que de todos modos lo sucedido no tiene remedio y cederá, no tengas duda.

Juana lloraba de placer al sentir la palabra cari-

fiosa de su amante, que salia al encuentro de los deseos de su corazon.

Amaba á su padre con toda su alma, y aunque habia tratado de ocultarlo á su amante, la separacion de su familia la habia sumido en la mayor tristeza, tristeza que aumentaba la duda de si volveria á verlos mas.

Siguiendo su sistema de vida de dormir á campo, bajo la vijilancia de uno, los Barrientos, de pulperia en pulperia y de jugada en jugada, volvieron á las Sierras de Ramirez, sin ser vistos de nadie, pues llegaron de noche, campeando en el mismo paraje en que habia quedado Julio aquellos dias de sus entrevistas con Juana.

—Mañana, dijo Julio, mandaremos un mensaje con Chicoca, sin decir el punto donde estamos, y esperamos la contestacion.

Y después de churrasquear un pote, se acostaron á dormir, aquella noche bajo la vijilancia doble de Julio y Juana, pues á Julio le tocaba el turno y Juana estaba demasiado cerca de su casa para poder conciliar el sueño.

Al otro dia á la madrugada, Julio escribió á Coelli una carta, avisándole que estaba con Juana por allí cerca, esperando solo su permiso para irlo á visitar.

Supongo, decía, que ya nos habrá perdonado; si así es, pido me lo haga saber por el dador, para alegrarme de nuevo; esta vez para no volver mas ó pasar á su casa á saludarlo.

Concluida la carta, á la que Juana agregó unos cariñosos garabatos, despacharon de chasque á Chicoca.

—Esta carta, se la das al mismo Coelli, le dijo Julio, y esperas contestacion; si te pregunta donde estamos no se lo vayas á decir, y si quiere acompañarte le dices que no se puede porque es preciso que yo vea antes la contestacion.

Chicoca partió á llevar el mensaje, mientras los compañeros quedaban tomando mate y comentando la sorpresa de Coelli.

—Por su puesto, decía Pedro, que ahora vés á quedarte en las casas por lo menos una quincena,

entregado al gustazo de referir nuestras aventuras.

Puedes entónces fijarnos el dia que hemos de caer á buscarte, porque para pasarlo aquí sobre la Sierra la cosa es muy aburrida.

Vos estás distraído porque tenés costilla que tiro- near, pero y nosotros? ya que andamos platudos iremos á matar por ahí el tiempo, mientras ustedes se divierten por aquí por lo fino.

Chicoca, entre tanto, habia partido á galope tendido hasta casa de Coelli, quien no habia salido todavía, apesar de estar el sol bastante altito.

Desde que se fué Juana, Coelli habia perdido todas sus costumbres, como que era Juana la que alegraba su espíritu, habituado á las caricias de la jóven.

Una profunda melancolía lo habia invadido desde entónces, no siendo cosa extraña verlo vagar por el campo, sin rumbo y sin direccion, muchas veces con las riendas del caballo abandonadas sobre el cuello del noble bruto y los brazos cruzados sobre el pecho en ademán desesperado.

Coelli habia perdido la mayor parte de sus hábitos: en el trabajo no se daba cuenta de lo que hacia, y las horas que otras veces dedicaba al reposo, las empleaba ahora en vagar por todas partes como un idiota, sin responder á las preguntas que le dirijian los peones ó la familia, preguntas que ni siquiera escuchaba.

El famoso apetito que tantas bromas alegres le habia valido siempre, lo habia perdido totalmente; apenas tomaba unos cuantos mates por todo alimento, ya se consideraba satisfecho.

Aunque su mujer y sus otros hijos trataban de consolarlo y distraerlo, para Coelli no habia ya consuelo posible: parecia que Juana habiale llevado gran parte de su vida.

Su sueño era agitado y penoso: se despertaba con frecuencia á media noche; y saltando del catre como un desesperado, se dirijia al cuarto de Juana, donde pasaba largas horas contemplando la cama de la jóven paisana.

Esta vida de espantoso sufrimiento moral habia empezado á minar su salud.

Se habia enflaquecido de una manera lastimosa, y sus ojos hundidos entre las órbitas, espresaban demasiado lo que debia sufrir aquel hombre.

Es que Juana habia sido su compañera desde su tierna edad, olvidando con sus caricias cualquier contratiempo que hubiera tenido en sus negocios.

Porque Juana poseia la ciencia de engañarlo y distraerlo al extremo de hacerlo reir en ese momento de humor mas negro.

Al principio, él mismo habria buscado á Juana por todas partes y tratado de indagar el paradero de los Barrientos para salir á su encuentro.

Pero todo habia sido inútil, no teniendo siquiera el consuelo de la menor noticia.

Así, habia ido cayendo paso á paso en aquella melancolía que parecia ir á concluir en el idiotismo.

Y se arrepentia de haber sido tan duro con Juana, atribuyendo á aquella misma dureza la determinacion fatal de la jóven.

—Tenia razon aquel miserable, exclamaba, al de-

cir que habia de ser yo quien le rogaria que viniese.

Si yo supiese donde está, iria á buscarlo y no pararia hasta no traerlo á mi lado; es una desgracia, pero una desgracia, que no tiene remedio y que me separa de mi hija, que quien sabe si volveré á ver.

Así Coelli lamentaba diariamente la huida de Juana, concluyendo por llorar casi siempre la desgracia de su pobre hija.

Sus viejos amigos como las personas de su familia no podian nada contra su melancolía y vivian en eterna zozobra, pues un pasagero le habia dicho que era muy fácil que Coelli se muriera ó se volviera loco.

Estaba aquella noche sentado al fogon, como siempre, tomando unos mates y hablando de Juana, su eterno tema! cuando se sintió llegar un ginete y poco despues se vió entrar en la cocina á Chicoca, el horrible Chicoca, que iba con la carta de Barrientos.

En cuanto Coelli vió al bandido lo conoció, y saltó como empujado por un poderoso resorte, no sobre Chicoca sino hácia afuera, divisando el campo con una mirada ansiosa.

Pero ningun ruido extraño venia á interrumpir el rumor de los follages, ni á revelar la proximidad de un ginete.

Despues de escuchar un momento atentamente y mi ar á todas partes con insistencia, volvió al fogon y al lado de Chicoca, exclamando: ¡no viene! ya no la volveré á ver mas!

De pronto como si un pensamiento extraño iluminara su razon enferma, tomó el bandido de un brazo y, sacudiéndolo con violencia, le preguntó: ¿dónde está Juana? ¿dónde está Barrientos?

Chicoca debia saberlo y Coelli se lo iba hacer decir á puñaladas, si no conseguia hacerlo hablar de otro modo.

—Todo no se puede decir en el mismo momento, contestó el bandido tratando de hacerle soltar el brazo que le habia tomado.

—Pues empieza por ahí, dijo Coelli, y no gastes palabras en cosas que no me importan nada: dónde está mi hija y Barrientos?

—Que atropellada á uno, por Dios, espérese un pucho aunque sea y tenga paciencia.

Lo que es donde está el amigo Barrientos no me ha autorizado para decirlo, como tampoco para decirle dónde está Juana; eso se lo dirá él si quiere en esta carta que me ha dado y que es lo único que me ha traído aquí.

Y entregó á Coelli la carta, que este leyó lleno de avidez, mientras los demás le tomaban todas las noticias posibles sobre la salud de Juana y sobre la vida que hacia.

Coelli cambiaba de color, á medida que leia la carta, pasando del rojo tomate maduro al lívido cadavérico con continuidad alarmante.

—Y dónde están? preguntó así que hubo terminado y como si quisiera ir sobre tablas en su busca.

—Eso sí que yo no puedo decir si él no se lo dice en la carta, exclamó Chicoca secamente: entrega esa carta y traeme la contestacion me dijo, sin contestar

ni una palabra á lo que te pregunten, ni decir donde estoy.

Yo no puedo hacer otra cosa, porque con mucha razon se enojaria conmigo si faltó á lo que él me ha dicho—mándeles el contesto que probablemente se vendrá en el acto.

Coelli se puso á contestar, conviniendo que toda tardanza seria para perder tiempo y nada mas, y entregando su carta á Chicoca le dijo:

—Aquí está la contestacion y á volar, para que la reciban pronto y vengan ahora mismo; espero me haga el servicio de reventar su mancarron, que yo le daré un caballo como en su vida ha montado.

Qué me vá á dar mejor de lo que yo tengo, amigo? no embrome! deme la carta y espere, que no ván á tardar en venir si vd. le dice que vengan.

—Ya lo creo que les digo: vaya pronto que aqui los espero con un charrusco que ni el Gobernador ha comido en su vida.

—Y no hay un mate para un estribo? miren que yo estoy á boca que querés y tengo una sed de todos los infiernos!

—A la vuelta le daré hasta el alma, si el alma me pide, pero lo que es ahora, váyase pronto, por que si nó lo saco á tajos.

Chicoca mirando el mate con ojos como patacon, dió media vuelta, montó á caballo y salió al galopito compadreando con su parejero.

De buena gana hubiera hecho una herejía para conseguir un mate, pero no queria disgustar á Barrientos, para quien Coelli era persona tan sagrada que le habia sufrido hasta los insultos mas duros y las amenazas mas pesadas.

Apenas habia salido Chicoca, Coelli se precipitó sobre su caballo atado á la estaca y saltando en pelos no mas, se puso en su seguimiento.

Chicoca, suponiendo que podia ser seguido, dió un gran rodeo antes de dirigirse al paraje en que esperaban sus compañeros.

Coelli, con pasmoso sigilo siguió al bandido hasta la Sierra sin que él lo hubiera sentido ni imaginado siquiera que lo seguia.

Cuando Chicoca llegó, Juana y Julio estaban tomando mate y esperando su vuelta con una ansiedad creciente, pues con cada momento que pasaba crecia el deseo que de ver á su padre tenia Juana.

—Buenas ó malas noticias? preguntó así que lo vieron llegar—pronto, porque la angustia nos sofoca.

—Buenas y muy buenas, contestó el feroz Chicoca, por poco no me dan de puñaladas para hacerme venir mas ligero; dice que los espera para convidarlos con un charrusco como no ha comido ni el mismo Gobernador de la Provincia.

No habia concluido de hablar Chicoca, cuando llegó un ginete que, echando pié á tierra se lanzó sobre Juana á quien sujetó estrechamente entre sus brazos.

Era Coelli que llegaba y que no habia podido contenerse á la vista de su hija.

Julio dió un gran brinco, sorprendido y alarmado y se arrojó sobre Coelli para separarlo de su hija.

Tantas cosas se ven el mundo que nada de asombroso tendria que aquel hombre, extraviado en sus

sentimientos, hubiera querido vengarse primero en Juana para hacer lo mismo con él en seguida.

Pero Coelli, suspirando y sollozante, mezclaba sus mas espresivas caricias á las caricias que le prodigaba su hija.

—Ingrata! le decia, tanto tiempo sin verte, tanto tiempo sin hacerme saber siquiera si te habias ó no te habias muerto!

Mucho he sufrido, hija mia, pero en fin ya estas á mi lado y mis angustias terminarán!

Y mirando á Julio, agregó, y á usted que sabia cuánto yo la quiero, no le perdono lo que ha hecho conmigo, porque así no mas no se estruja el corazon de un hombre como á limon que se le saca el jugo.

—Qué le vamos á hacer, contestaba Julio; usted me echaba de su casa, no queria que volviese y mi corazon se me cerraba al pensar que no iba á ver mas á Juana.

Pero ya todo ha concluido desde que usted dispensa el mal rato, y aquí está mi mano en seña de una amistad sin límites, de una amistad como yo la entiendo

—Es muy bueno, padre, decia Juana, ha endulzado con todo su corazon mi soledad y mi pena y no puedo sino pedirle que me lo mire como un hijo.

—Bueno, bueno, exclamaba Coelli, que no podia disimular la alegría inmensa que lo dominaba, ahora vamos á casa, que como yo es án todos, deseando verla y hacerle un cariño.

—Me parece bien, exclamó Barrientos, puede usted irse con ella, mientras yo arreglo mi gente y los alcanzo: es bueno que yo vaya solo para no llamar la atencion de los vecinos, y entónces tendremos que arreglar con los muchachos el paraje donde nos hemos de encontrar.

—Voy á ensillarle el caballo, con eso pueden irse ahora mismo.

—Se lo llevará usted despues, el caballo, que lo que es ella se vá en ancas mias como una reina robada por mí, y no se hable mas—vamos.

Coelli saltó sobre su pingo con una desenvoltura suprema y ayudó á su hija á saltar en ancas.

—No vayas á tardar, dijo ella, que te esperamos, y si no vés pronto te vengo á buscar yo.

—No tengas cuidado, que antes que ustedes mismos llegaré yo allá.

Coelli y su hija se fueron, dejando á Barrientos que quedó tomando sus medidas de seguridad.

—Quiere decir que nos quedamos en la Sierra mientras te quedás en casa de tu mujer? dijo Pedro á su hermano.

—Me parece lo mejor, porque si vamos todos á la casa, se vá á armar un bochinche gefe.

—Entónces mándanos de allí un par de corderos para entrotener el estómago, porque francamente estamos pasados de hambre.

—Bueno, y hasta mañana, ó mejor dicho hasta luego, que despues de amanecer me tienen por aquí.

—Y será bueno largarse á otra parte, agregó Acosta, porque aquí no queda nada que hacer mas que aburrirse y yo estoy hasta los ojos de Sierras de Ramirez: es mejor que nos vamos para el lado del Cristiano.

—Bueno, contestó Barrientos, ahora tengo donde dejar bien á Juana, sin tener que preocuparme si está ó no en seguridad y bien atendida.

La casa de Coelli fué una jarana con la llegada de Juana.

La noticia circuló en un momento, y los vecinos empezaron á llegar, no solo por festejar la cosa como para curiosear lo que á Juana habia sucedido.

Cuando llegó Barrientos, la casa estaba como en gran fiesta, mientras Coelli, alegre y rejuvenecido por la presencia de su hija, arrimaba al fuego un par de asados de chuparse los dedos.

Barrientos pidió á Coelli los corderos ofrecidos á sus compañeros y los remitió con Chicoca que habia venido espresamente á buscarlos.

—Y por qué no se vienen aquí? preguntó Coelli, que creía irian á llegar de un momento á otro.

—Ellos están mejor á campo y no llaman la atención: no es bueno que sepa la Policía donde estamos y venga á armar aquí un bochinche desagradable.

Coelli entregó los corderos pedidos, y una buena cantidad de yerba, como para que los bandidos pudieran pasar bien la noche y el día siguiente si era necesario.

La Policía estaba avisada por el alcalde, á quien Coelli se habia quejado anteriormente, y esperaba el momento oportuno en que volvieran, para caerles y reducirlos á prision, creyendo que Coelli les ayudaría en la campaña.

Peso ya hemos visto como Coelli habia cambiado de modo de pensar y de proceder respecto á los Barrientos, hasta el extremo de ampararlos en su casa.

La Policía, reunida, esperaba el aviso del alcalde para ponerse en campaña, pues el señor Dantas habia dado órdenes severísimas y anunciado á sus Comisarios que seria inmediatamente responsable de su proceder, aquel que por cobardía ó temor dejara escapar los bandidos.

El alcalde supo la llegada de Juana, como todo el vecindario, y suponía que los Barrientos habian venido con ella, y que eran los autores de la farra que se habia armado en casa de Coelli.

Con todo sigilo montó á caballo y fué á llevar el aviso al Comisario, diciéndole que estaban de fiesta en casa de Coelli y que probablemente seria fácil tomarlos borrachos.

La Policía se preparó con sus milicos mas bravos y se puso en camino en el acto.

El Comisario era animoso, y los vigilantes, viéndolo tan dispuesto, iban persuadidos que al fin habia sonado para los Barrientos la última hora.

Creían que seria fácil sorprenderlos y arrebatárselos los caballos, lo que les daría la media aroba en el combate.

La jarana habia sido tan famosa, que resolvieron seguirla en casa de Juana, un par de días mas, siendo Coelli el mas capaz en ello.

—Quiero que vengan los otros, habia dicho á Julio, para que participen tambien de mi alegría.

Y Julio mismo fué á invitarlos, diciéndoles que aquella noche los esperaba, porque se habian juntado una punta de muchachas que daba calor.

Estaban, pues, en lo de Coelli, preparando todo para el baile de aquella segunda noche, cuando la Policía llegó á casa del alcalde, estrañando que Coelli no hubiera dado ningun aviso de la llegada de los Barrientos.

—No será estraño que lo tengan preso, decia el alcalde, porque sinó ya lo habria tenido aquí dándome la queja.

El Comisario organizó su gente, compuesta de cinco hombres y un sargento, y salió en direccion á casa de Coelli.

Desde léjos se sentia el estrépito de las alegres risas, dejando ver que la reunion era numerosa.

—Pobre Coelli! decia el alcalde, sabe Dios qué le han hecho, cuando arman en su casa una farra, cosa de la que siempre ha sido tan enemigo!

—Ahora lo vamos á saber, respondió el Comisario.

—Será bueno rodear la casa para que no puedan escaparse.

—No, porque eso es debilitarnos en todas partes, mejor es llevar el ataque todos juntos para que el fuego de carabina les haga mayor impresion, y así en caso de tener que cargarlos á sable, el ataque se hará mas vigoroso.

—Entonces llevaremos el ataque por el frente, y en cuanto se muevan quedamos en actitud de hacer fuego y barrerlos.

Lo que hay es que, como todos están afuera, vá á ser mucho mas difícil sorprenderlos, porque nos verán llegar; será mejor esperar á la noche.

A la noche es mas difícil, porque no se entregan al sueño ni á ninguna clase de fiesta, sin que quede uno de centinela vigilando el campo en todas direcciones.

—Pues no hay mas que aprovechar el tiempo y adelante, dijo el Comisario, poniendo su caballo al gran galope y siguiéndolo los demás á aquel mismo paso.

Cuando llegaron á lo de Coelli, este estaba en el patio arreglando un encordado de guitarra en compañía de Juana, mientras Julio con los demás churrasqueaba en la cocina.

Algunos otros grupos andaban diseminados aqui y allá, entretenidos, ya en tocar la guitarra, ya en despuntar el vicio con alguna inocente partida al truco.

Tanto el Comisario como el alcalde quedaron sorprendidos al ver á Coelli tomando una parte tan activa en la fiesta.

La presencia de la Policía, tanto en él como en Juana y los demás paisanos, habia producido un efecto de todos los diablos.

—Me dicen que lo tienen á mal traer, dijo el Comisario, mandando hacer alto á los vigilantes: dónde están los Barrientos?

—Los Barrientos? preguntó Coelli fingiendo la mayor sorpresa—y qué se yo señor donde puede estar semejante gente?

—Cómo? preguntó el Comisario, mas sorprendido—conque no son los Barrientos los que han armado esta fiesta contra la voluntad de usted?

No, señor, esta es una fiesta que yo he armado para festejar la venida de mi hija Juana, á quien ellos se habian llevado, y nada mas.

El Comisario miró al alcalde, el alcalde al sargento, este á los vigilantes y ninguno supo qué decir.

Habian venido creyendo encontrar á Coelli atado y los Barrientos apoderados de la casa, y hallaban que este era el autor de la fiesta y que no tenia de los Barrientos la menor noticia.

—Pero quién ha traído á su hija? preguntó el Comisario—supongo que ella sabrá por lo ménos dónde han quedado?

El deseo de salvar á Julio habia despertado toda la inteligencia de Juana, y comprendiendo que negándole todo se esponia á que se adivinara la verdad, dijo que los Barrientos la habian traído hasta muy cerca de allí, soltándola para su casa y tomando la direccion de la Sierra.

—Preocupado con la llegada de mi hija y medio atontado por la alegría, añadió Coelli, ni siquiera he pensado en ir á dar cuenta.

Anoche han de haber pasado la noche en la Sierra, pero temo que se hayan ido ya, porque sinó ya los hubiéramos visto venir por aquí.

El Comisario no pudo suponer que lo engañaran, pensando que tanto Juana como Coelli eran los mas interesados en decirla verdad, y sin bajarse del caballo se preparó á marchar.

—Pues amigo, dijo, me felicito mucho de que nada haya sucedido por aquí, como de que su hija haya vuelto.

Nosotros nos vamos á hacer una batidita por las Sierras, á ver si los podemos atrapar.

—Lo que es si llegan á caer por aquí, en el acto mandaré el aviso, mientras yo trafo de poner á alguno panza arriba, dijo Coelli: lo que me han hecho á mi me lo han de pagar aunque reviente ó me revienten.

Estas palabras hicieron pensar al Comisario que en Coelli dejaba su mejor centinela y se alejó en la confianza de que por él tendria el primer aviso.

Barrientos, avisado desde el principio, habia escuchado el diálogo desde la puerta de la cocina, sonriendo picarescamente.

—Si no fuera porque no quiero aguar esta fiesta decia, á rebencazos no mas les quitaba los brios! estos en cuanto creen que estamos lejos echan cada pan como un rancho, pero en cuanto nos ven la cara, ya no saben donde meterse.

Puede ser que ese zonzó quiera echarla de guapo, tanto que al fin y al cabo se encuentre con nosotros y le hagamos el gusto de una corretiada.

—Seria bueno prevenirles á sus compañeros, no los vayan á sorprender, dijo uno.

—No hay necesidad, replicó Julio, porque esos no son fachas de llegar hasta donde están los muchachos: si han venido aquí es porque ya sabian que nosotros no estábamos, porque así hacen todos los que quieren darse aire de no tenernos miedo, y son sin embargo, los que mas temen.

Además, los compañeros han de caer por aquí luego á la noche, y ya les podremos contar la farsa que han querido hacer para pasar por guapos.

La noche empezaba á cerrar, y los amigos, sentados al rededor de los asadores enormes, hacian por la vida con un apetito de tres mil diablos.

El tiempo pasaba y los Barrientos no llegaban: decimos los Barrientos porque el nombre se habia

hecho tan general para designar á todos, que el mismo Julio los llamaba así.

—Son muy capaces de haberse dormido, decia, como que siempre andan alcanzados de sueño y vencidos de fatiga.

Pero no han de tardar en venir, porque ellos, para el baile, son peores que las moscas para el azúcar, que pasarian la vida pegadas á un terron.

Ya habian comido todos y empezaban á hacer sonar las guitarras en un alegre gato, cuando el estampido de un trabucazo hizo poner de pié á Julio, como movido por un resorte.

—Esos son los míos, exclamó, sin duda se han encontrado con el guapo que estuvo aquí y le han dado su merecido: voy á ver qué es eso.

—No te vayas, dijo Juana, no te vayas, que quien sabe lo que va sucediendo.

—No seas tonta y espérame que ya vuelvo, dijo, é iba á agregar algo mas, cuando se sintió un segundo estampido, al que se siguieron algunos disparos de carabina.

—Bueno; yo ya vengo, dijo Julio saliendo, porque parece que se pelea: hasta un momento.

Juana comprendió que seria inútil insistir en que no fuera, porque Julio tenia forzosamente que acudir al peligro comun.

Todos quedaron á la expectativa, esperando cuidadosos la vuelta de Julio, tratando Coelli de calmar la agitacion de Juana.

Hacia como media hora que esperaban, cuando se sintió un fuerte tropel de caballos que pasaba por la misma casa.

Salió Coelli á ver qué era eso, y pudo reconocer al mismo Comisario que habia estado poco antes en su casa, que pasaba seguido de sus vigilantes, á todo lo que daban los caballos.

Cinco minutos despues, más ó ménos, cuando ya se habia estinguido todo rumor, llegaron los Barrientos con la noticia de lo que habia sucedido, que era lo siguiente:

Acosta vigilaba el campo, cuando vió un peloton de ginetes que recorria los alrededores como si buscasen algun paraje dado ya, adonde se dirijan.

A los pocos minutos, Acosta sospechó y comprendió lo que podian buscar, al reconocer en ellos agentès de policia.

Es claro que no podian venir á otra cosa que á aprehenderlos.

Acosta dió el aviso á los compañeros y todos saltaron á caballo preparándose al combate.

El movimiento de los caballos, briosos y juguetones, llamó la atencion de la policia, que los descubrió al momento.

—Allí están, allí están, dijo el alcalde, los que buscamos, no pueden ser otros que aquellos, y hemos llegado á buen tiempo, porque segun parece ya se estaban preparando á irse de aquí.

—No podíamos llegar mas á tiempo, agregó el Comisario, que creyó tambien que la marcha de los bandidos era casual, y de ningun modo motivada por su presencia.

—Es preciso emboscarse por el lado que ellos van á descender, dijo, y esperarlos listos para saludarlos con una descarga en cuanto bajen. y en seguida no

mas, les llevamos una carguita de sable y les apretamos de firme.

Y como lo habia dicho el Comisario, pasaron á emboscarse del lado por donde los Barrientos bajaban la sierra.

Estos habian visto y comprendido toda la operacion resolviendo saludarlos de un trabucazo en cuanto bajarán.

Pedro, que tratándose de pegar trabucazos estaba en su elemento, tomó la delantera trabuco en mano, diciendo:—lo que es el Comiflaco, me lo limpio yo en cuanto se mueva; estos infelices no nos conocen, á la fija, porque sinó no se habian de poner tan cerca.

Bajaban la sierra haciéndose los distraídos, y los vigilantes se preparaban á formar, cuando Pedro tendió el brazo y el eco formidable de su trabuco se perdió en el espacio, rebotando de sierra en sierra.

Grande fué la sorpresa de los vigilantes al sentirse saludados de aquella manera inesperada, que venia á revelarles que en vez de sorprender eran ellos los sorprendidos.

Felizmente, al primer trabucazo no les habia hecho daño alguno, pero los habia desmoralizado por completo, esperando de un momento á otro una descarga terrible.

Acosta tendió el brazo á su vez y disparó su trabuco con mas eficacia que Pedro, volteando á uno de los vigilantes.

Aquí fué Troya! Los vigilantes, que vieron caer un compañero y que los bandidos se les venian al humo, no esperaron mas, y empezaron á disparar haciendo algunos tiros de carabina, al aire no mas, como si con el ruido fuesen á contener á los paisanos que avanzaban resueltamente.

Por mas deseos que el Comisario tuviera de aceptar el combate y ver si aprehendia á los gauchos, tuvo que ponerse en retirada tambien, porque no era prudente quedarse solo haciendo frente á cuatro bandidos famosos.

—Que se pare el Comiflaco! que se pare el Comi-

flaco! gritaba Pedro alegremente, y las carcajadas de los otros se confundian con la voz airada del Comisario, que pugnaba en vano por detener la partida.

El alcalde galopaba á un lado acompañándolo, para que si los alcanzaban fuesen por lo menos dos en defenderse, que algo podrian hacer.

Como toda persecucion era inútil, y no era este tampoco el objeto de los Barrientos, regresaron al punto de partida, buscando Pedro al vigilante herido para despenarlo á su manera.

Ahora no estaba Julio ni Juana para que lo defendieran y le impidieran hacer su gusto.

Pero el vigilante no estaba allí, el pobre diablo habia sacado fuerzas del propio miedo, y arrastrándose penosamente habia logrado esconderse de manera á no ser hallado por los bandidos cuando volvieran, pues ya presentia el fin que podia esperarle.

Pedro buscó por los alrededores un momento, hasta que perdió las esperanzas de hallarlo, pues no estando allí el caballo, supuso que, herido levemente, habia podido montar á caballo y salvarse en direccion opuesta.

—Vamos á lo de Coelli, dijo Acosta, no sea el diablo que el miedo los haya llevado allí, en busca de auxilio, y al ver á Julio solo vayan á hacer una zapallada.

—Vamos, contestó Pedro, que de todos modos nada tenemos que hacer aquí, y allí nos espera un rato de jarana y un buen churrasco, que nos vendrá de miflor.

Lo que es estos, ni ahora ni en la perra vida vuelven á buscarnos camorra, ya nos han tomado el pulso y no les conviene la bolada—sin duda eran infelices que ni siquiera de mentas nos conocian y han venido creyendo venir á golpe hecho.

Y comentando el buen susto que les habian pegado, se fueron al tranquito hasta lo de Coelli, donde los hemos visto llegar.

EL SARGENTO MIRANDA

Para el jefe de policia, señor Dantas, aquello era una vergüenza intolerable.

Cómo era posible que cinco gauchos bravos, sin mas armas que sus trabucos y sus dagas, tuvieran en jaque á todo su personal de policia, corriéndolo y burlándolo cada vez que se encontraban.

Y estudiando bien la cosa, llegó á convencerse que, con el procedimiento que se llevaba, la policia era impotente para reducirlos á prision.

Aunque los comisarios se esforzaron por cumplir sus órdenes, y llegaron á saber con precision los sitios donde se hallaban los bandidos, nada podian hacer desde que los vigilantes les tenian miedo y no se

atrebian ni siquiera á pasar por los parajes donde se decia estaban los Barrientos.

Estos tenian á la policia tan dominada, que eran sus mismos empleados los que les mandaban el primer aviso cuando se organizaba contra ellos alguna batida seria.

Empeñado el amor propio del señor Dantas y el crédito de la policia de la provincia, él mismo habia salido varias veces á campaña, tratando de sorprenderles la guarida con soldados de su entera confianza.

Pero sus mismos empleados habian llevado la

noticia á los bandidos, que tenían entonces muy buen cuidado de esconderse.

Alguna vez que vecinos le avisaron hallarse los Barrientos en tal ó cual parte, habia mandado un oficial ó un sargento para que averiguase si aquello era cierto, pero cuando no iban á llevarles el aviso, se iban por otro lado, y volvian con la noticia de que por allí no existia ni el polvo de los Barrientos.

Los pulperos y los alcaldes los protegian de la misma manera, porque temian mas á los Barrientos que á la misma policia; y de esta manera era humanamente imposible intentar nada contra ellos.

La prensa de la campaña y de la Capital hacia amargas sátiras á la policia por el lujo de cobardía que desplegaba, diciendo que era una vergüenza dolorosa que cinco bandidos tuvieran en jaque á la policia, compuesta de mil quinientos hombres armados á remington y diseminados por toda la campaña.

Los Barrientos habian vuelto á sus expediciones terribles y á sus sangrientas luchas.

Corridos de los centros de poblacion por los frecuentes viajes del señor Dantas, sus famosas hazañas en las jugadas de arrebatar paradas y pelear á los ganadores, no podian realizarlas sino muy de tarde en tarde, y para hacerse de plata, tenían que marchar por las estancias y realizar los golpes que les caian á mano.

Las estancias y los puestos fueron desde entonces los que empezaron á pagarles su mas fuerte contribucion, ya de cueros, de lanas y de animales en pié, que vendian en las casas de negocio.

La Policia ejercia su acción severa contra los compradores, que se disculpaban con razones de una lógica inestimable.

—Si no les compramos, decian, nos agarran á puñaladas y trabucazos y quién nos defiende? quién nos protege contra sus avances si la Policia es la primera en disparar cediéndoles el terreno?

Nosotros no tenemos mas remedio que comprar lo que nos traen á vender, considerándonos felices de que no nos pidan mil pesos por un cuero.

Sabemos que todo lo que traen es robado, pero qué vamos á hacerle?

Si damos cuenta al alcalde, este se encoje de hombros mas asustado que nosotros mismos, y si llevamos el aviso al Juzgado sucede lo mismo, sin contar con que entonces nosotros nos ponemos mal con ellos y quedamos librados á su venganza, que no se hace esperar mucho tiempo.

Pero estas justas razones no impedian que la Policia les aplicara la multa, despojándolos de los objetos comprados.

Así la Policia habia llegado á ser mas odiada que los bandidos mismos, puesto que de ella recibian el mayor mal.

Los Barrientos, vagaban así la campaña, pegando su golpe donde podian y esquivando el cuerpo cuando la persecucion policial era hecha por el mismo señor Dantas, único á quien temian.

Juana los acompañaba á todas sus escursiones, siguiendo á Julio en sus mas apuradas correrías.

Solo cuando tenían que andar á salto de mata, muy apurados, la dejaba de visita en casa de Coelli,

los quince dias ó el mes que duraba la persecucion tenaz.

En cambio, cuando hallaban alguna pequeña fuerza de Policia estraviada por ahí, la perseguian con ahinco, haciendo todo género de herejías con aquel que llegaba á caer en sus manos.

Cada vez que llegaba á conocimiento del señor Dantas un hecho de estos, multiplicaba sus órdenes y el envío de sus mejores agentes á los sitios donde los bandidos aparecian, pero el resultado era siempre exacto: la Policia, puesta en vergonzosa fuga por los Barrientos.

Julio Barrientos viendo que el empeño del jefe de Policia hacia mas difícil la vida de todos, trató muchas veces de separarse de sus compañeros, llevándose á Pedro.

Pero este fué el gran escollo en que se estrellaron siempre todos sus buenos propósitos.

Pedro no queria abandonar aquella vida tremenda, y Julio no queria abandonar á Pedro, porque decia que en cuanto él lo abandonara lo matarian.

Juana habia interpuesto siempre sus ruegos mas tiernos, obteniendo siempre como respuesta definitiva esta promesa:

—En cuanto Pedro quiera abandonar esta vida, yo te juro que me separo y nos vamos con él, pero hacerlo antes yo sé que es para que lo maten y esto no puede ser.

El mismo Emilio Acosta andaba ya muy disgustado, anunciando á Julio que él se iba á separar porque queria volver á Montevideo.

—Ya no podemos hacer nada, la Policia está muy sobre aviso y el jefe muy empeñado en tomarnos: el dia menos pensado vamos á caer entre una partida gruesa y nos van á matar á todos.

Es preciso convencerse, amigo, que ya hemos hecho cuanto debíamos y nos hemos lucido en regla; retirándonos á tiempo podemos hacer mucho todavía, de otra manera bien pronto nos van á matar, créame lo que le digo.

Pero como Julio respondiera siempre con su argumento de Pedro, Acosta le aseguró que él por su parte, en cuanto la Policia empezase á apretar la mano se embarcaría por Bahía Blanca ó cualquier otra parte, pues no estaba dispuesto á dejar el pellejo por hacer el gusto al caprichoso Pedro.

Este se habia pervertido por completo y su espíritu diabólico, habituado á aquella vida de robo y asesinato, no se conformaba ya con otro género de vida.

Así cuando Julio ó Acosta le hablaban de separarse, les decia que se fueran ellos no mas, que él se quedaria solo y que morir por morir, preferia morir en su ley y no como cualquier zongo que se mete á hombre honrado y trabajador, para que tarde ó temprano lo agarre la Policia mansito y lo lleve á un cuerpo de línea, si es que no lo matan estúpidamente y sin la menor defensa.

Ustedes pueden hacer lo que quieran, concluya, pero yo me quedo.

—Yo lo acompañaré mientras pueda, decia entonces Julio á Juana, porque si lo mataran por haberlo abandonado yo, nunca tendria consuelo, viviendo con el eterno remordimiento de su muerte.

Esta era la causa porque la gavilla, que podia haberse disuelto hacia mucho tiempo, se mantenía en pié y amenazante por el capricho de Pedro.

Sin embargo, Acosta estaba resuelto á separarse y á salir de Buenos Aires, donde nunca podria vivir en paz y tranquilo, pues á cada momento quedaba espuesto á que lo descubrieran y lo prendieran.

Mas juicioso que sus compañeros, siempre habia ido guardando el dinero que le habia caido á mano, del que no gastaba sino lo estrictamente necesario, de modo que su capitalito era mas que suficiente para poderse retirar con él á cuarteles de invierno, lo que no sucedia con sus compañeros, que gastaban y jugaban cuanto dinero les caía á mano.

Esta era la situacion de los Barrientos, cuando el señor Dantas empezó á preocuparse de resolver aquel grave y vergonzoso inconveniente, arbitrando los medios para concluir con la gavilla.

Para llegar á este resultado, era necesario dar con los Barrientos, y este era precisamente el punto difícil.

Una partida de Policia numerosa, tenia por fuerza que llamar la atencion y ser esto solo un aviso de alarma.

Una partida ligera, de cuatro ó cinco hombres puede andar por todas partes sin dejarse sentir, desprendiendo adelante uno ó dos que bombeen y avisen.

Pero una partida de cuatro hombres no se animaria jamas á pelear con los Barrientos, ni siquiera á presentarse cerca de donde ellos estuvieran.

Ya otras veces se habia ensayado el sistema de hacerles bombeear, pero el bombero que se habia mandado fué el primero en llevarles el aviso, una vez, y el segundo cayó prisionero de ellos y recibió una tunda tal de azotes, que quedó por muerto en medio del campo.

El sistema que tenían de no dormir nunca sino á campo, y mientras, uno velaba de centinela, hacia ademas imposible toda intentona de sorpresa.

Los caballos que montaban era otro inconveniente sério, pues mientras estos eran parejeros de primera fuerza, admirablemente cuidados y tenidos, la Policia no montaba sino los antiguos y tradicionales patrios, que no hay rebenque ni espuela que los saque del sempiterno galopito de raton.

—Hombres bravos y baqueanos, que se decidieran á pelear con los Barrientos en corto número, y caballos de primer orden, pensó el Sr. Dantas, es lo que se necesita para concluir de una vez tan vergonzosa campaña.

Y desde entonces empezó á recorrer en su imaginacion la lista de los hombres valientes que habia conocido en su larga vida de militar y Comisario de Policia.

Pero aunque recordaba á muchos ninguno le satisfacia, pues necesitaba para luchar con los Barrientos, no solo un hombre bravo y decidido, sino astuto y sagaz como ellos, y como ellos baqueano de los parajes que recorrian.

De otro modo toda tentativa seria infructuosa,

pues se trataba de hombres no solo vivos y bravos, sino audaces hasta el extremo de sorprender á las partidas de Policia y apuñalar á los oficiales, como sucedió con Fredes.

El pensamiento de Julio Dantas, á fuerza de vagar de nombre en nombre, se detuvo por fin en el del Sargento Miranda, antiguo veterano al servicio entonces de la Policia de la Provincia, y ordenanza del Señor Dantas.

Avelino Miranda era un antiguo soldado del glorioso 6 de línea, donde mas de una vez se habia hecho notable por sus hechos de valor y de infinita bravura.

Habia hecho toda la campaña del Paraguay, peleando siempre como un leon, y viviendo con esa abnegacion y lealtad que caracteriza al soldado argentino.

Separado del servicio militar, cuando los sucesos del 80 buscó la incorporacion del Coronel Arias, su antiguo y valiente jefe, para correr el albur de aquella gran patriada.

Y Arias que conocia todas las prendas y condiciones de este gran criollo, aceptó su estimable contingente, dándole colocacion desde el primer momento de la defensa de Buenos Aires.

En nuestra obra *Epopeya de 1880*, de la que publicamos ya dos ediciones, nos hemos ocupado de Miranda, narrando algunos episodios curiosos de que fué héroe.

Por él sabia el Coronel Arias lo que pasaba en el interior de los Cuarteles, como supo por él cuando se dió orden de marcha á la Chacarita á las tropas de línea que guarnecian la ciudad.

Alguna vez hemos de contar la historia de otro servidor de la patria, llena de episodios curiosísimos y de asombrosos hechos de valor.

Terminada la revolucion con el gran descabro de Julio, Miranda quedó en la calle y en la miseria, como todos los soldados de la defensa.

Fué entonces que el Coronel Arias lo recomendó á Julio Dantas solicitando una plaza de vigilante.

Su comparacion y sus servicios llamaron bien pronto la atencion del Gefe de Policia, que lo ascendió al empleo de sargento, donde siguió dando exacto cumplimiento á las mas difíciles comisiones.

Este fué el hombre en quien se fijó el señor Dantas para que emprendiera la captura de los Barrientos.

Miranda era un criollo lleno de audacia y viveza y de un valor á toda prueba, que era lo que se necesitaba para descubrir la guarida de los Barrientos y acometerlos y reducirlos, acompañado de poca gente.

En cuanto tuvo la idea, Dantas quiso ponerla en práctica y mandó llamar á Miranda explicándole detalladamente quienes eran los Barrientos, y todo lo que habian hecho ya para vergüenza de la Policia.

—Ya conozco yo á esos nenes, respondió el criollo, pero no he podido explicarme nunca como partidas de Policia se han dejado aventajar por ellos y correr como si fueran gallinas

—La Policia está dominada por ellos, al extremo que los mismos vigilantes les sirven de bomberos, los

mismos negociantes los amparan y por esto se hace imposible dar con sus guaridas.

—No crea, señor, es que no los buscan ni ponen empeño en hallarlos, porque hallándolo tendrían que pelear, y esto es lo que no querrán.

Muchos vigilantes se estorban, no hacen nada y concluyen por disparar, pocos no se les animan y de ahí resulta que nunca se podrá prender á los Barrientos.

Pero si cuatro ó seis hombres elejidos y bien montados tuvieran la voluntad de prenderlos, crea usted que al cabo de quince días tenía aquí de las orejas á los tales Barrientos.

—Entonces usted cree que una partida chica y decidida puede reducirlos á prision?

—Segun y conforme: una partida de bandidos que pelean de firme como estos, no se le puede tomar así no más, ménos aún si se tiene presente que clase de caballos montan.

Es preciso pelear de firme, y como donde llueven balas algunos tienen que quedar, no podría comprometerme yo, por ejemplo, á traérselos sin lastimarlot.

—Es que si la Policia es agredida á mano armada, por bandidos que ya han hecho en sus filas algunas bajas, tiene que defenderse usando sus armas, y entonces no puede hacerseles el menor cargo por los bandidos que se vea obligada á matar, ó que mueran en el combate.

Así la cosa es mas fácil, mucho mas fácil, porque el agente que no está obligado á guardar contemplaciones peligrosas, obra de una manera mas desenvuelta y aprieta mas la mano cuando el caso lo requiere.

—Y diga, Miranda, si yo le dijera la comision de prender á los Barrientos, que me diria usted?

—Y que quiere que le dijera? aceptaria no mas, pero el éxito dependeria de las instrucciones que se me dieran y la gente que me acompañara.

—Por ejemplo, yo le daria la comision con las siguientes condiciones: intimar á los Barrientos se entreguen presos, donde quiera que fuesen hallados, y si no quieren obedecer, desarmarlos, atarlos y traerlos.

—Y si se nos vienen encima á trabucazos y puñaladas y nos matan á la mitad?

—En ese caso, pero siempre dejando que ellos sean los primeros en hacer fuego, puede usted hacer uso de sus armas, y reducirlos á prision de todos modos.

—Y si alguno muere en la refriega?

—Siempre que la Policia se haya concretado á defenderse y la hayan asaltado, no podrá hacersele cargo en ningun caso de la muerte de un bandido.

—Así yo me animo á traer á los Barrientos, asegurándole que conmigo no han de hacer la lucha que han hecho con todos los demás; pueden matarme, si, pero algun trabajito les vá á costar.

—Y con cuánta gente se anima usted á ponerse en campaña, y cumplir satisfactoriamente la comision?

El Sargento Miranda reflexionó un momento y dijo en seguida:

—Con cinco hombres tengo lo suficiente, siempre que estos hombres sean elejidos por mí, para poder

tener confianza en ellos y no tener que preocuparme en si dispararán y me dejarán solo ó pelearán como la gente.

He dicho cinco hombres contándome á mi mismo porque si nó seriamos seis y esto ya es mucho.

—Bueno, usted puede elejir del personal de Policia los cuatro hombres que han de acompañarlo, poniéndose en campaña inmediatamente.

Para el mejor desempeño de la Comision, es preciso abandonar el uniforme de vigilantes y adoptar un traje con el cual puedan pasar por reseros ó acarreadores de ganado.

De ésta manera nadie puede conocerlos como empleados de policia, y los mismos Barrientos si llegan tropezar con ellos, no desconfiarán ni tratarán de huir.

Ustedes no deben revelar qué pertenecen á la Policia, sinó en el preciso momento de hacer valer su autoridad, de otro modo se darian á conocer y todo seria infructuoso.

Las armas que ustedes usen no deben ser las que usa la Policia, porque estas los venderian, dándolos á conocer: me parece mejor entonces llevar un buen revólver ó una buena daga, que son mas seguras para ese género de combates que han de tener que sostener.

Con esto y con un excelente caballo que haga yo dar á cada uno, creo que serán felices en el desempeño de la delicada comision.

Miranda estaba plenamente satisfecho, sé le confiaba una difícil comision, en cuyo desempeño se habian estrellado los mejores elementos de la Policia, lo que era una prueba de la confianza que en su pericia tenia el jefe de Policia.

Y Miranda, con el doble interés de hacer quedar bien al Coronel Arias, que lo habia recomendado, y portarse á la altura de la confianza que en él se tenia, aceptó aquella comision con verdadero júbilo.

El señor Dantas lo despachó entonces para que fuera á buscar los hombres que debian acompañarlo, con el encargo de presentársele al otro día para ponerse en campaña.

El problema quedaba al fin resuelto; los cinco bandidos iban á encontrarse con cinco leones en frente y tendrían que entregarse ó morir.

Inútiles les serian ya todas sus viejas estratagemas y tal vez todo terminaria en el primer combate, porque alucinados con el corto número de los nuevos perseguidores, no tratarian de huir y aceptarían el combate en todas sus circunstancias.

—Para las empresas peludas los mejores son los voluntarios, se habia dicho el Sargento Miranda, así es que será siempre mejor que ellos mismos se elijan, que no que los elija yo.

Ellos se conocen mejor que yo, y saben mejor que yo las agallas que tienen y el tamaño de su corazón, así es que el que acepte, sabiendo á lo que vá, es por que se considera bueno y capaz de pelear con el mismo demonio, mientras que el que vá obligado puede ser un mulita sin entrañas, que se apriete el bonete á las primeras de cambio.

Consecuente con esta buena teoria, el Sargento Miranda reunió aquella misma tarde á los compañe-

ros que mas confianza le merecian y les propuso la bolada de formar parte de la expedicion.

Cada uno hizo sus observaciones sobre la manera de efectuar tan peluda captura, pero Miranda tuvo mas gente de la que necesitaba, tratando de elegir á los que hubieran *militado* en el ejército, porque estos le merecian mayor confianza y mas fé para aquel género de empresas.

Al dia siguiente se presentaba Miranda al señor Dantas, con los cuatro milicos que habian de acompañarlo, cuyas solas caras era una garantía de éxi-

to, porque el que menos tenia por adorno un par de cicatrices.

El señor Dantas preveyó á cada uno de un revólver, una soberbia daga y un traje de paisano con el que habian de disfrazar su plumaje de gallos policiales.

Con esto, unos pesos y una orden para que en Dolores se les entregara un caballo elegido para cada uno, quedó completo el equipo de aquellos cinco bravos que, sobre la marcha se pusieron en campaña.

UN BOMBERO BOMBEADO

El Sargento Miranda estaba, pues, en campaña, acompañado de los cuatro vigilantes que habian de ayudarle en su difícil comision.

En Dolores se recibieron de los caballos que les mandaba entregar el Gefe de Policia y emprendieron viaje al Sud.

Todos iban vestidos de pantalon, saco y chambergo, fingiéndose ser reseros que recorrian las estancias comprando reses para los mataderos.

La Policia de la campaña tenia orden de auxiliarlo con gente cuando la pidiera, y los Comisarios de suministrarle todo lo que pidiera, como ayudarlo con todo empeño y eficacia.

De los Comisarios se habia pasado la voz á los oficiales, de estos á los vigilantes y de estos últimos á los pulperos, de modo que en todas partes se sabia ya que el Sargento Miranda, disfrazado y acompañado de cuatro hombres elegidos, y disfrazados tambien, andaban buscando á los Barrientos para prenderlos y matarlos si se resistian.

Como es natural, los Barrientos no tardaron en tener la noticia con sus menores detalles.

Se decia que todos eran Sargentos de linea, mas guapos que las armas y capaz cada uno de ellos de matar cincuenta Barrientos.

Agregaban que traian armas oficiales que mataban desde lejos y que podian matar de á muchos con un solo tiro.

Todas las Policias tienen orden de protegerlos con todos los hombres que pidan y no van ustedes ya á tener vida porque les vá á faltar el tiempo para andar huyendo.

Los Barrientos, sumamente alarmados, se reunieron en gran consejo para decidir lo que habian de hacer.

El asunto era grave, pues siendo cierto lo que les decian, no podian tardar en caer en poder de la justicia, ó ser muertos por la partida que capitaneaba Miranda.

Por el solo hecho de andar en persecucion de los Barrientos, se habia dado á Miranda una fama descomunal: se le atribuian guapezas de toda especie y se contaban maravillas de su valor.

Ninguno lo conocia, ninguno lo habia visto en su vida y, sin embargo, no faltaba quien lo hubiera visto pelear y hacer hazañas famosas.

—Yo creo que lo que nos conviene hacer es separarnos, dijo Emilio Acosta, pues me parece que el tiempo de nuestras hazañas toca ya á su fin.

Con una persecucion tan tenaz, no vamos á poder dormir ni comer tranquilos ni un solo dia, sin contar con que el dia que nos agarren y tengamos que pelear, nos maten á todos, ya que no nos pueden prender.

Créanme muchachos, la gente que trae ese hombre es experimentada y guapa, desde que se nos animan, y al fin se ha de salir con la suya.

—Yo no quiero caer en manos de la justicia ni haber pasado tanto trabajo para morir á uñas de Miranda, así es que por mi parte hoy mismo me separo y voy á rumbiar para mi pago.

Como buen amigo y compañero les aconsejo que cada cual haga lo mismo, si quieren vivir felices y mucho tiempo.

Chicoca y Cajoles eran de la misma opinion que Acosta, y estaban tambien decididos á separarse y tratar de salvar el bulto, ya acompañando á Acosta ó ya cortándose solos.

—En campaña, contestaba éste, tenemos que caer por fuerza—yo quiero irme solo, porque me vuelvo á mi tierra á echarme á hombre bueno para no meterme jamás con nadie: se acabó para mi la vida aventurera y de bochinche—voy á ser hombre de orden.

Julio tambien participaba de aquel modo de pensar y opinaba como Acosta, que debian abandonar aquella vida y meterse en algun pueblejo donde

nadie los conociera y pudieran pasarlo tranquilamente.

—Es lo mejor que podemos hacer, decía, y el único modo de conjurar la tormenta que se nos viene encima.

—Pues yo no pienso lo mismo, exclamó el tenaz Pedro, y he de correrla solo hasta que el diablo me lleve.

Si ustedes se van, hacen mal, porque donde irá el buey que no are?

Para correrla, me quedan Chicoca y Cajoles y si ellos se van también, ya se me juntarán otros que valgan tanto como ellos, y á ese tal Miranda, como á todos los Mirandas que vengan, los he de pelear y coser á trabucazos, para que vean que donde hay un Barrientos no hay quien pueda con él.

Julio empezó á rebatir las teorías de Pedro, mostrándole el peligro que corrían, aumentando ahora con la separación de Emilio Acosta; pero todo era inútil.

Pedro no solo no quería convencerse, sino que porfiaba que Acosta era un tonto, que solo no había de poder realizar su plan, y que así, sin la ayuda de ellos lo iban á madrugar y atar como á un chilquín.

—Quién velará tu sueño mientras duermes? le preguntaba—quien te hará la centinela para comer y tomar mate?

No seas infeliz, que si te separas de nosotros vas á la muerte segura.

—No voy á tal muerte, porque donde yo me voy es á Montevideo, donde no se sabe lo que he sido aquí y donde ya se habrá olvidado lo poco que hice allí.

—Y me voy hoy mismo, para embarcarme por Bahía Blanca ó por Patagones ó por donde me ayude la suerte, que por alguna parte ha de ser.

—Y yo, agregó Chicoca, me las lambo para el lado de los indios, que ni mi madre me conoce.

Yo soy vaqueano de la Sierra de Currumalán como de mi propio tirador, y veremos si el tal Miranda es capaz de caer por allí, sin llevar la convidada de mi trabuco.

—Yo me aguantaré á ver como pinta la cosa, dijo Cajoles, y si empezamos á andar mal, agarro también por mi lado y si te ví no me acuerdo.

—Esas son bromas, decía Julio tratando de seducir á su hermano, todo debe tener su fin en esta vida y ya nosotros hemos vagado bastante y penado también.

A la Policía le hemos puesto siempre la marca y la tenemos tan corrida que no hay quien se atreva á toparse con nosotros—qué mas queremos?

—Que nos dejen de perseguir y de meterse con nosotros—si ellos no nos buscan, nosotros no los vamos á buscar tampoco, entonces que nos dejen en paz y se acabó.

La reunión aquella había tenido lugar en casa de Coelli, donde estaba Julio de visita.

Este requirió la ayuda de Juana para que lo ayudara á convencer á Pedro, pero éste estaba resuelto á no aflojar ni por un queso.

Haragan por naturaleza y malo por inclinación, se había acostumbrado á aquella vida de bandalaje

y de vagancia concluyendo por tomar horror al trabajo.

—De todos modos yo no he nacido para echar el alma como un peon, para que al fin y al cabo me tache la Policía: la correré hasta que Dios quiera y entonces cuando la fortuna, me vuelva la espalda veremos lo que se ha de hacer.

—Dejemoslo, dejemoslo por hoy, dijo Julio, porque no escucha razones, mañana cuando se vayan Acosta y Chicoca, y cuando talvez hasta Cajoles nos abandone, será mas fácil convencerlo, viendo que los dos solos nada podremos hacer sino andar huyendo de pago en pago sin tener un momento de descanso ni una guarida segura.

Entonces talvez por no sacrificarme ceda la razón y se retire ya solo, ya acompañándome á un pueblo del Norte donde nadie nos conozca, y donde mudándonos el nombre podamos vivir felices.

La reunión quedó concluida sin haberse resuelto otra cosa que la separación de Acosta y Chicoca, que debían de emprender viaje al otro día de madrugada, uno para Currumalán y el otro para Bahía Blanca donde pensaba embarcarse tan pronto como le fuera posible.

Esa noche debían de comer un cordero y destripar juntos un par de damajuanas, últimas que habían de beber de aquella manera.

Juana y el mismo Coelli estaban contentos y no hacían mas que felicitar á Acosta y Chicoca.

Para ellos la separación de los dos bandidos importaba la disolución de la gavilla, que tendría que producirse de un momento á otro.

Pedro era la causa de que Julio no hiciera lo mismo, pero al fin, como decía este, cansado de huir siempre y no hallar ningún alivio, concluirá por ceder al fin, é irse con Julio, á donde este decía.

La noche aquella no fué tan alegre como otras que habían pasado de la misma manera.

Se trataba de la separación de dos amigos á quienes talvez no volverían á ver mas, y el pesar se había apoderado de todos.

Julio era el menos alegre—amigo en toda regla de Emilio Acosta, á quien quería verdaderamente, no podía conformarse con una separación para siempre, pues no pudiendo éste volver ni él poder ir á Montevideo, no volverían á verse mas.

Y entre trago y trago y lágrima y tágrrima empezaron á recordar todas las pellejeras en que se habían hallado juntos y todos los peligros que habían compartido juntos, sin haber llegado jamás á cambiar una palabra desagradable ni un reproche insignificante.

Siempre habían partido desde el mayor peligro hasta el último pucho, que habían fumado pitada á pitada, y siempre contentos y siempre alegres habían vivido en esa intimidad cariñosa de aquellos que en el amigo ven el único vínculo que los ata á la humanidad.

—No es por temor á la muerte que yo me voy, decía Acosta con cierta emoción, porque la muerte nada me supone.

Es que estoy cansado del aperreo de esta vida, y temo que la partida que nos echan ahora encima pueda sorprendernos y agarrarnos vivos.

Si no me he ido antes ha sido por la amistad que

con Julio me liga, que sinó, hace ya mucho tiempo que los habria dejado.

Yo tambien tengo mis vínculos en mi tierra! Allí tengo tambien mi Juana, que aunque no tan hermosa como la suya, amigo, es la luz que mejor acaricia mis ojos y el aire que mejor respiran mis pulmones.

Ella tambien será feliz cuando me vea; y como Juana, sentirá hincharse su corazon al saber que vuelvo á su lado para no separarme mas.

Y la voz del oriental temblaba de emocion y de cariño, dejando ver cuanto queria á la mujer que en aquel momento ocupaba su recuerdo.

Julio, silencioso y pensativo, escuchaba la palabra cariñosa de su amigo, que lo conmovia profundamente.

—Despues de Pedro, dijo, es el hombre que mas he querido en mi vida—siento que se vaya, porque ya no nos vamos á ver mas en la vida, pero ahora me alegro, porque veo que su viaje no solo hace su felicidad, sinó la de una mujer que, cuando él la quiere de esa manera, es porque merece ser querida.

—Bueno, mi amigo—concluyó Acosta—deme su tirador y su puñal, puñal que ha hecho temblar á hombres á macho—son prendas que quiero conservar como mi recuerdo mas querido.

En cambio, le dejo el mio, para que le recuerde siempre á su mejor amigo.

Y los dos amigos cambiaron aquellas prendas conmovidos hasta las lágrimas.

—Y á mí no me pides nada? preguntó el feroz Chicoca con acento que hizo reir á todos—la gran flauta! no parece sinó que se alegraran de mi separacion.

Pucha que son ingratos! ni que les hubiera servido de estorbo!

—No hay que resentirse Chicoca, que todavia no nos hemos separado, dijo Julio,—has sido leal y bueno conmigo como con todos, y yo como todos, tenemos que sentir tu separacion.

—Pues yo lo que te digo es que en el pecado llevarás la penitencia, murmuró Pedro, y que en cuanto te muevas te van á cachar.

Es muy distinto andar en compañía que andar solo; mas, cuando se está acostumbrado á que le den aviso de toda paja que se mueve y á que le guarden el sueño.

Quien ha de darte aviso ahora de que te persigue la policia ó de que van á caerte en tal ó cual momento?

—Es que como yo no voy á seguir en la misma vida, poco me importa—para seguir así, no me separaria de ustedes, porque no me haria cuenta.

Si me voy es para ganar entre los indios cuando no tenga ya otra guarida, y para no salir de entre las sierras, de modo que nadie tenga interés en perseguirme ni en prenderme.

—El que nació barrigon es al pepe que lo fajen! concluyó Pedro, con toda picardia: solo, voy á ser mas bandido que acompañado, no tengas duda, y algun dia te vas á acordar de lo que en este momento te digo yo.

—Será lo que Dios quiera, pero yo me separo,

tengo necesidad de descanso y de quitarme de aperreos.

Yo nunca hubiera dicho nada, porque me daba no sé qué cortarme solo, pero como el amigo Acosta se vá, ya no soy yo el que rompe la marcha.

—Haces bien, haces muy bien Chicoca, dijo Julio, ya ves que es lo mismo que yo quiero hacer y que no puedo hacer por no dejar solo á Pedro.

No te desanimes á la mitad del camino, que ya parece que no debe andarse mas en esta senda que tanto hemos corrido juntos.

Sin embargo, apesar de las resistencias de ahora, pienso que muy pronto podré llamarme á sosiego, porque creo que éste se convencerá que es lo que conviene.

—Eso sí que no! Lo que yo no me esplico es, saltó Pedro, que hombres acostumbrados á tener á raya á la policia, y pelearla haciéndola disparar siempre, se acobarden porque un tal Miranda, acompañado de cuatro inservibles, diga que nos va á agarrar.

—Yo no me he acobardado por eso ni por nada, respondió Acosta medio resentido, porque á los hombres no los hace el nombre que llevan.

Yo me retiro como, he dicho ántes, porque creo que nos vá á suceder alguna desgracia.

Cinco hombres no pueden luchar toda la vida con la Policia y vencerla siempre y algun dia nos ha de tocar la mala, cuando se nos echan partidas especiales, que ván á hacer uso de todas sus ventajas.

Yo tengo todavia quien me haga agradable la vida, y creo que no ando como carta demás en la baraja, ¡qué diablo! si yo no hiciera lo que hago ahora, seria un loco que mereceria una vuelta de azotes.

—Tiene razon Acosta, exclamaba Juana entusiasmada, creyendo que tales razones concluyeran por convencer á Pedro, dice bien Acosta, y el que no haga como él no merece que Dios lo ampare.

—Veremos al fin quien tiene razon, concluyó el empecinado—lo que suceda á cada cual será lo que vendrá á establecer quien tenia ó quien no tenia razon.

Por mi parte, yo creo que separarse es una locura que á todos perjudica, porque todos venimos á quedar más débiles y por consiguiente más espuestos á un mal tropiezo.

—Yo pongo punto en boca, porque no quiero que tengamos un cambio de palabras la última noche que vamos á estar juntos, nosotros que en la vida las tuvimos.

Dios no quiera que les suceda nada malo, pero si el amigo Pedro no sigue los consejos de Julio, mucho me temo que pronto tenga de que arrepentirse.

Estas palabras de Acosta cortaron toda discusion por el momento y la churrasqueada y destripe de damajuanas siguió en medio de la mayor armonia y contento. Julio trajo su guitarra y cantó con todo el sentimiento artístico de que era capaz, su más tierna despedida, desciendo al amigo que se iba todo género de dichas y felicidad al lado de la amante.

La voz magnífica y melodiosa de Barrientos y su verso sencillo y sentido, conmovieron al mismo Pedro, cuyo corazon parecia refractario á toda emocion noble y cariñosa.

Emilio Acosta se levantó y abrazó á Julio con toda la efusion de su alma.

—Así como hoy me voy á mi tierra cuando ménos me esperaban, á visitar á la mujer querida, no pierdo la esperanza de caer algun dia por aqui á visitar al amigo querido, cuando éste ménos lo sospeche.

Concluido el churrasqueo empezó el mate que siguió hasta que no quedó una gota de bebida, en las damajuanas.

Se tocó la guitarra por todo lo alto, y se cantó desde el gato hasta el palito, que bailaron alegremente, olvidando por un momento la tristeza del diálogo pasado.

Poco ántes de amanecer, Acosta y Chicoca, se prepararon á marchar, porque querian andar con la fresca una jornada tan larga como les fuera posible.

—Desde aquí yo rumbo para Bahía Blanca, pues allí he de embarcarme, dijo Acosta.

—Lo que es yo enderezo para la Sierra de Curumalán, dijo Chicoca, donde tengo más amigos que malos ratos he pasado en la vida, así es que nos iremos juntos mucho tiempo.

Aunque así no fuera, bueno es que andemos solos para ser menos notados.

Como están acostumbrados á vernos de á cinco, siempre, nadie parará la atención en un solo ginete y podré llegar sin tropiezo á mi destino.

—Yo me iba á dar el placer de acompañarlo unas cuantas leguas, dijo entónces Julio, pero su razon me sujeta.

Un ginete no dá nada á sospechar, anda más liviano y puede perderse con más facilidad si el caso apura y se gobierna mejor.

Siento mucho, pero no es negocio que mi amistad le sirva de perjuicio—aquí me quedo pues, rogando á Dios que me lo ayude y lo conserve con salud.

Los paisanos se pusieron de pié y se abrazaron estrechamente, permaneciendo así un buen rato.

Tan tierna fué aquella despedida, que el mismo Chicoca cuyo corazon era de fiera, sintió los ojos húmedos y sollozó un "hasta la vista" que apenas pudo escucharse.

Cinco minutos despues, aquellos hombres ligados por una cadena de sucesos de todo género y de peligros corridos juntos, se separaron para no volverse á ver en la vida.

Julio estuvo mirando un largorato á Acosta, hasta que aquel desapareció de su vista—y como si hablara consigo mismo exclamó:

—Guapo como las armas y generoso como la sangre—ese hombre es un pedazo de mi mismo que se trasplanta y que me deja marchito como planta madre.

Dios lo proteja al pobre, que bien lo merece—es un corazon bueno y generoso empujado por la mano de la desgracia.

Todos habian quedado fristes con la partida de Acosta, que en aquellos últimos momentos se les habia hecho fuertemente simpático, porque el hombre se habia mostrado tal cual era.

Todos lo sentian y todos le deseaban llegase salvo á su destino, cosa que no sucedia con el feroz Chicoca, que se hacia antipático hasta entre los mismos bandidos.

Pedro era el único que lo sentia, y esto porque lo acompañaba y lo ayudaba en sus brutalidades más crueles.

—Es lástima dijo, pero no importa, porque si á Chicoca no le sucede algo gordo, no tardará en buscarnos y juntárenos.

—Ya no quedamos más que los tres, dijo Julio, créeme Pedro y separémonos, que esto es lo que más nos conviene; para qué hemos de seguir esta vida, sin objeto fijo, puesto que el amor de Juana me ha hecho renunciar á mi misma venganza?

—Yo tengo que seguir corriendo mi suerte, porque así lo dispone el destino: si dos se nos separan se nos juntarán cincuenta tan buenos como ellos y que no se asustarán de los Mirandas que salgan á asustar chiquilines. Si yo llevo á encontrar al Miranda, mirando lo voy á dejar, pero las estrellas del cielo.

Y se retiró á dormir bajo la ramada, como si nada hubiera sucedido.

Por el momento era inútil hablarle del asunto.

Entre tanto Miranda se habia puesto en campaña activa por los parajes que le habian indicado como frecuentados por los Barrientos.

Como en todas partes se sabia ya que cinco soldados disfrazados andaban en aquel empeño, todos hacian el aparato de dirigirlos á donde andaban los Barrientos, pero la direccion que les daban era la opuesta.

Aunque se contaban muchas cosas de aquellos hombres, no se sabia si podrian ó no con ellos, y ninguno queria comprometerse provocando la venganza de los bandidos, que al fin eran cinco, tan bravos como el mejor.

Miranda llegó á persuadirse que este sistema no podia darles buenos resultados y decidió atenerse á los datos que le diera la Policía y mandar uno ó dos bomberos á un paraje mientras él se dirigia á otro con el resto de la gente.

—Encontrándolas, mi comision queda concluida, decia, pero el hallarlos es la gran dificultad.

Muchas veces les habian dicho que los Barrientos se hallaban en tal ó cual parte, pero cuando él llegaba no estaban mas ni era posible alcanzarlos por mas que apuraran los caballos.

Era necesario poner en juego toda la astúcia posible para llegar á sorprenderlos.

A esta altura de su pesquisa estaba Miranda, cuando fué avisado que los Barrientos andaban por las Sierras de Ramirez, en casa de Coelli.

Por si acaso habian salido de allí cuando él llegase, Miranda despachó al soldado Fernandez que fuera á bombarrear recostándose hácia la derecha, recomendándole que en caso de hallarlos, fuera inmediatamente á llevarle el aviso á lo de Coelli.

Fernandez era un soldado sumamente vivo y muy conocedor de todos aquellos parajes.

Era de todos ellos el mas á propósito para aquella comision, porque además de las condiciones mencionadas era hombre tenido por guapo y peleador famoso.

Miranda dió á Fernandez el mejor de los caballos y lo despachó adelante.

Era precisamente el día siguiente á aquel en que Acosta y Chicoca se habian separado.

Ese mismo día Julio habia manifestado la necesidad en que estaban de salir á explorar el campo.

—Se nos han echado encima hombres baqueanos y de agallas, dijo, y por lo ménos debemos saber por qué lado andan, para que sepamos nosotros lo que debemos de hacer.

Ellos nos han de andar bombeando, y es preciso bombarlos tambien; ya no somos más que tres y es preciso entónces que doblemos las precauciones.

Asustada Juana, quiere oponerse á la salida de Julio, porque no habia objeto en ir á provocar peligros, pero Julio le demostró que aquello era necesario de todo punto.

—Cuando nos buscan, es preciso saber donde andan los que nos buscan, de otro modo nos esponemos á que nos descubran y que nos agarren dormidos si quieren.

Juana no tuvo más remedio que ceder á la razon y dejar salir á su amante á tomar medidas de seguridad.

Yo no podré volver hasta que no descubra donde andan, dijo Julio, para tomar rumbo opuesto ó calcular si puedo jugarles alguna buena burla que les haga comprender lo difícil de la empresa en que se han metido.

Tal vez ellos caigan por aquí ántes que nosotros mismos, puesto que el alcalde sabe que sabemos venir.

No nieguen que hemos estado aquí y si preguntan en qué direccion hemos salido, digánsela exactamente, porque así será seguro que salgan á buscarlos por el lado contrario.

Ellos no se han de figurar que ustedes han de decirles la verdad y calcularán entónces que la direccion que ustedes marcan es precisamente la opuesta que llevamos.

Después de dar estas instrucciones habilísimas Julio salió con Pedro y Cajoles, para el lado de la Loberia, porque era allí donde seria más fácil fueran á buscarlos.

—Es preciso siquiera conocerles la traza á estos guapos, decia Julio, para poder estar mejor sobre aviso.

—La sangre es la que yo tengo ganas de conocerles, decia Pedro, y esto se hará la primera vez que nos topemos con ellos.

—No hay que apurarse Pedro, es preciso ahora andar con prudencia, porque ellos ahora son cinco y nosotros somos tres: no se trata de pelearlos sino de ganarles á astucia, porque son bravos y vienen mejor armados.

Nuestro objeto es evitar por todos los medios el caer en manos de la justicia, entónces lo mejor de todo es bombarlos y huir para enloquecerlos haciéndonos seguir sin que puedan jamás darnos caza.

—Yo no quiero hacer barbaridades, no crear, solo decia eso, si alguna vez se presenta la ocasion de poder hacerlo.

—Para eso es preciso ser muy zorros y muy prudentes —primero que todo hay que saber donde andan.

Y siguieron galopando para el lado de Loberia, precisamente en la direccion que traia Fernandez.

Miranda y los otros tres venian tambien á lo de Coelli, donde debian juntarse con aquel.

Fué el día siguiente á la tarde de haber salido Barrientos, que llegó Miranda á lo de Coelli.

Algo del aspeto de la casa y cierto desórden que se notaba en el pátio, unidos á la noticia que le habian dado, vino á persuadirlo que allí estaban efectivamente los Barrientos.

Así es que dejando sus tres hombres en la puerta, con órden de hacer fuego sobre cualquiera que quisiera salir por fuerza, entró resueltamente, mirando por todas partes.

Miranda buscaba los caballos de los bandidos antes que todo, pues tomádoles los caballos les cortaba la retirada.

Pero por allí no se veian más que dos caballos, el de Juana y el parejero de Coelli, que estaba siempre á estaca.

Al tropel de la gente que llegaba, habian salido Coelli y Juana, seguidos de un peon, que al ver que uno entraba y tres quedaban en la puerta, al momento comprendieron de lo que se trataba.

Según la descripción que habian oido hacer de los Policias disfrazados, aquellos no podian ser otros que los que andaban buscando á Julio.

—Que se ofrece? preguntó Coelli á Miranda, con algun mal modo por la manera de entrar á su casa—no podia llamar antes de entrarse así no mas como á una pulperia?

—Dispense amigo, contestó Miranda amablemente, he entrado así no mas, porque creí que nadie habia de ofenderse por esto, pues somos gentes de órden y de autoridad que andamos buscando unos malhechores que nos dijeron andaban aquí.

—Dispensado está amigo, puede decir lo que se le ofrece no mas, que será servido.

—Dígame, preguntó entónces Miranda sin bajarse del caballo, pues toda aquella conversacion podia ser muy bien para ganar tiempo y distraerlo mientras los otros huian: es cierto que los Barrientos andan por aquí?

—Han andado y han estado ahí mismo donde usted está, pero ya se han ido.

—Y ustedes por qué consentian aquí esa clase de gente, que saben está perseguida por la autoridad?

—Porque no hay mas remedio que consentirla, qué quiere que hagamos nosotros cuando la autoridad misma es la primera en huir por no meterse con ellos?

—Pues ya vé que yo tambien soy autoridad y que léjos de huir vengo á buscarlos.

—Pero ustedes dicen que son Policia de la Ciudad y que no les tienen miedo, lo que es muy distinto de lo que pasa aquí.

Los Barrientos son recibidos en todas partes, por que nadie quiere tener cuestion con ellos y peor seria otro cosa, quien se vá á atrever á echarlos ni que ganaria uno con todo eso?

Miranda como todos lo que allí llegaban, estaba asombrado de la belleza estupenda de Juana, ya sabia él que allí tenia Julio sus amores, y que era pro-

tegado en la casa, por cuya razon no creia que le hablaran con verdad y sospechaba que los Barrientos, ó por lo ménos Julio podia estar dentro de la casa.

—Cuando se han ido de aqui? preguntó, queriendo leer en el semblante de Juana la verdad de lo que ella contestaba.

—Se han ido ayer de madrugada, por lo que calculo que ya andarán muy lejos porque esa es gente muy galopadora, contestó Coelli.

—Y dígame amigo, no se equivocará usted ó no lo habrían engañado ellos diciendo que se iban y quedándose escondidos?

—No sea usted zonzo, contestó Juana con infinita soberbia y mirando fijamente á Miranda.

La mejor prueba de que los Barrientos no están aqui, es que usted está todavia á caballo; si Julio estuviera aqui, aunque fuera él solo, ya habria venido á saludarlo en persona, porque no es hombre que se hace mucho rogar.

Y si lo duda, puede entrar no mas á hacer un registro y se convencerá de lo que se le dice.

—No se enoje señora, contestó el astuto sargento sonriendo, que no hay motivo para tanto, ya sabemos que el hombre es malo y es por eso mismo que nos hemos incomodado en venirlo á buscar.

—Pues si llega á encontrarlo la incomodidad será mucho mayor, no tenga duda.

Miranda no estaba satisfecho, pues creia que podian ocultarle de estar allí Barrientos, asi es que para salir de dudas y mostrar al mismo tiempo que no era hombre de intimidarse, echó pié á tierra y dijo:

—Pues me voy á aprovechar del permiso que ustedes me dan, para mayor satisfaccion, y voy á recorrer la casa, porque ustedes mismos pueden haber sido engañados.

—Por desconfiado no merecia que lo dejaran, dijo la altanera Juana, pero para que otra vez no auda, yo misma lo voy á acompañar.

Y con suprema altanería, la hermosa paisana guió á Miranda por toda la casa, enseñándole hasta el último recobeco.

Allí no estaban los Barrientos, no podia haber la menor duda, y Miranda empezaba á sentir ya el haber perdido un tiempo precioso.

—Y no podrian indicarme ustedes la direccion que han llevado? preguntó.

—Yo se la voy á dar, respondió Juana, porque ellos no han ido huyendo, y repitió la misma leccion que le habia dado Julio.

Aquí fué el vacilar de Miranda—serias buenas ó falsas aquellas señas?

Juana estaba interesada en que no tomaran á los Barrientos y entonces las señas no podian ser exactas, pero al mismo tiempo estaba convencida que Julio era intomable y que en caso de pelear la Policia llevaria la peor parte, y entonces la insolencia del orgullo podia muy bien llegar hasta darles la misma direccion que los Barrientos habian llevado, y aun hasta el punto donde se habian de detener.

Si la direccion dada por Juana era cierta, Fernandez tendria que tropezar con ellos y bombardearlos; entonces era mejor esperar aquella noche en lo de Coelli, pues en caso de tropezar con Fernandez

tal vez los bandidos asustados regresarian allí mismo.

Entre tanto los Barrientos seguian galopando, sin sospechar siquiera que tan cerca de ellos andaban sus perseguidores.

Fernandez vió aquel grupo de tres hombres que se acercaba, y empezó á caminar hacia ellos, sin sospechar siquiera quienes eran, porque se le habia dicho que los Barrientos no andaban nunca sin número de cinco.

—Tal vez aquellos paisanos puedan darme noticias pensó Fernandez, pues vienen de aquella misma direccion; vamos á ver que me dicen.

El conocia de vista á Julio, pero á aquella distancia no podia distinguirlos bien.

Los bandidos habian visto á Fernandez y como se dirigia á ellos, esperaron que llegara para averiguarle quien era.

—Facha de resero tiene, dijo Julio—sabe Dios qué anda haciendo por aquí!

—Sabe Dios si no es un hombero, observó Pedro, aunque no debe ser así, porque en ese caso no se dirijiria á nosotros.

Y pusieron los caballos al trote, esperando que llegara el hombre.

Cuando estuvieron á pocas varas de distancia, con un terror profundo Fernandez reconoció á Julio Barrientos y calculó por consiguiente que sus compañeros eran de la gavilla.

Pero ya era tarde para retroceder y ponerse en salvo, porque seria hacerles desconfiar y hacerse matar inútilmente.

No habia mas salvacion que recurrir á la astucia, único medio de salvarse.

Asi es que haciéndose el infeliz, se acercó á ellos y encarándose con Julio le dijo:—buen dia amigo, no podria decirme dónde queda la poblacion de un tal Coelli, por aquí?

—Cómo no amigo? si galopa aqui derecho vá á salir á la misma casa, ¿á qué vá por allí, si es que pueda decirlo?

—Voy á apartar algunas reses para matadero, que me han dicho que allí las hay gordas.

Tanto Julio como los otros dos miraban con toda atencion á Fernandez, pero sin la menor desconfianza.

Su traje era el de un hombre acomodado y perfectamente en relacion con lo que decia.

Ya iba á retirarse Fernandez despues de dar las gracias y felicitarle de salir tan felizmente de la aventura, cuando Julio se le puso por delante y mirándolo fijamente le dijo:

—Oiga amigo, usted es Policia y Policia disfrazada.

—Que voy á ser Policia yo? respondió Fernandez palideciendo al sentirse descubierto cuando ménos lo esperaba—pues ya tendria trabajo!

Yo ando comprando reses para matadero: esta es la Policia que hago, para venderlas al mejor precio que me sea posible.

—Usted es Policia, repitió Julio con firmeza y sin admitir duda de lo que decia, usted es Policia disfrazada y anda buscando á los Barrientos.

A mí es inútil negarme eso, porque si usted se ha

disfrazado en traje, no se ha disfrazado en el olor, y es por el olor que lo conozco.

—Policia? preguntó Pedro sacando su facon, pues échame para acá esa res que yo la voy á carnear.

Fernandez estaba livido de miedo, se consideraba perdido y no atinaba en el partido que debía tomar.

—No señor, contestó Julio, es conmigo con quien se vá á entender porque quiero que esta chusma me conozca de una vez, y volviéndose á Fernandez continuó:

—Usted es Policia, repitió, y es preciso que sepa que yo soy también Policia, pero mejor que ustedes por que no necesito disfrazarme para caer por sorpresa.

Venga pues, pelando sus armas y préndame, que yo soy Julio Barrientos á quien usted ha venido á bombear, ensartándose con él cuando menos lo esperaba.

—Pero amigo, si yo no soy policia, exclamó Fernandez de una manera suplicante, ni ando bombeando á nadie: que me importa que usted sea Julio Barrientos, si no es por el gusto de conocerlo?

—Pues despues del gusto de conocerme, tenga el gusto de prenderme, porque si no voy á tener yo el de azotarlo; para que otra vez no se meta á zonzo.

—Pero amigo, respondió Fernandez, cuantas veces he de decirle que yo no soy Policia ni cosa que se le parezca?

Julio Barrientos, convencido de lo que decia, se iba irritando poco á poco al ver la cobardia del soldado.

—Acabemos de una vez, le dijo; ó saca usted sus instrumentos y me prende ó le prendo yo una de azotes como no la ha recibido usted ni de manos de su madre.

Fernandez estaba dominado y sobrecogido de espanto.

Si Julio le pegaba, como le habia dicho, la cosa no pasaria de unos rebencazos, mientras que si él sacaba sus armas para pelearlo, se esponia á que todos se le vinieran encima ó hicieran con él una verdadera herejía.

Entre una cosa y otra, prefirió los rebencazos y repuso:

—Pero dígame, amigo Barrientos, por que se le ha metido á usted en la cabeza que yo debo ser policia? yo le he dicho que yo soy tan Policia como usted y que me ocupo en comprar reses; no se empeñe en que sea lo que no quiero ser.

—Pido el barato! gritó Pedro sacando por segunda vez el facon—pido el barato y verás que pronto le hago yo cantar!

—No quiero que nadie lo toque, contestó Julio, esta es cuestion mia, por que de otro modo dirian que necesito quien me ayude.

Pedro, muy contrariado volvió á guardar el facon, mientras su hermano, llevando á Fernandez por delante, levantaba su rebenque diciéndole: me prende ó no me prende? saca sus instrumentos de prender paisanos ó le prendo yo el sebo á azotes.

Fernandez sonrió con esa sonrisa idiota que arranca el miedo y no hizo el menor movimieto.

Entónces Julio empezó á sacudirle de rebencazos sin mirar donde le caian.

Aturdido y temeroso Fernandez, creyó que era el momento oportuno de disparar y cerrando las piernas al flete empezó á disparar de firme.

Pedro entónces enarboló el arriador y se lanzó tras de él, envolviéndolo de dos ó tres guascazos, y Cajoles que no queria ser menos, siguió el movimiento general.

Fernandez disparaba como un gamo, aguantando la tunda, porque pensaba que peor seria otra cosa.

Felizmente su caballo era bueno y capaz de sacarlo de cualquier apuro.

Los Barrientos llevaron así á Fernandez por espacio de media legua, en que le pegaron por lo menos cien azotes.

—Este pillo, dijo Julio, vá sin duda á juntarse con los que lo han mandado, es bueno no engolosinarse, no sea el diablo que vayamos á caer en una emboscada y nos salga la cuenta errada.

Para muestra basta un boton y éste lleva ya como una docena—con eso ya sabrá á que atenerse.

Sigamos en la direccion que traíamos, hasta descubrir donde andan los otros, que es lo que nos conviene aviriguar.

Y volvieron riendas, mientras Fernandez corria como un desesperado en la direccion que le habia fijado Miranda, es decir á casa de Coelli, donde debian esperarlo.

—Si se apuran, pensaba, todavia pueden alcanzarlos y lucirse; lo que es yo, no vuelvo á meterme á bombero ni cosa que se le parezca—y eso que no eran mas que tres, que sinó, sabe Dios lo que me hubiera pasado.

SIGUE LA PERSECUCION

Fernandez se entró á la cocina de Coelli sin sujetar la carrera de su caballo.

Todavía le parecía que lo seguían y que sentía el chasquido de los arriadores.

El espanto estaba pintado en su fisonomía de tal manera, que al verlo entrar Miranda salió al patio creyendo que lo traerían peinando.

Pero no solo no había allí nadie, sino que no se sentía ningún rumor que acusara la presencia de ningún ginete.

Juana también, alarmada con la presencia de Fernandez y el susto que traía, había salido, pensando que su amante habría venido persiguiéndolo, pero se tranquilizó pronto viendo que el único que llegaba era Fernandez.

—Qué es lo que sucede? preguntó entonces Miranda: de quien venía disparando que parecía que ya le chasqueaban los matambres?

—Déjeme tomar alientos, contestó el milico, que he tenido que correr fuerte y duro para poder escapar con vida.

Me han errado como diez tiros de trabuco y no sé como no me han bajado del caballo.

Fernandez mentía de aquella manera, por que tenía vergüenza de contar lo que realmente le había pasado.

—Pero como ha sido eso? como ha sido eso? preguntó Miranda, lo han sorprendido ó me lo han corrido no más?

Fernandez refirió la verdad de lo que le había sucedido hasta llegar al pasaje de los rebencazos, en que disfiguraba la cosa de este modo:

—Yo no quería pegarles porque todos tenían el trabuco en la mano y me áiban hacer volar de una descarga sin el menor provecho para nosotros.

Entonces fué que le hice una pregunta al pingo y quise hacerme perdiz, pero ahí no más empezaron á quemarme á trabucazos, con intencion de dejarme frito, pero parece que tienen mala puntería, ó que de á caballo no pueden tirar bien, porque la verdad es que no han podido tocarme ni con un solo recortado.

Para Juana aquello no era posible, pues si Julio hubiera puesto empeño en matarlo ó en alcanzarlo, Fernandez no se hubiera salvado.

Fué entonces que reparó en los enormes costurones que tenía el soldado en la cara y en las manos y algunas roturas de la ropa.

—Y eso que es? le preguntó: parece que hubiera peleado á puñaladas, porque trae la cara llena de costurones.

La pregunta era formidable y venia á poner á Fernandez en un serio apuro.

—Esto debe ser, dijo el milico algo turbado, que al subir el albardon que hay antes de llegar aquí, di una regular rodada, y medio me he pelado la figura, pero esto no es nada, con saliva pasa.

—No digo que no, contestó la astuta mujer, pero esas peladuras se parecen mucho á rebencazos y cualquiera diría que á usted le han hecho hijo por ahí.

No habrá confundido los rebencazos por trabucazos?

Todos rieron de la pregunta traviesa de Juana y de la cara que puso Fernandez al escucharla: le habían pegado en la matadura.

—Vamos á ver compañero, confiese la partida, dijo Miranda, que entre cinco bien pueden aventajar á un hombre solo, sin que esto importe una vergüenza!

—No hombre, respondió Fernandez sumamente mortificado, es que rodé y me he lastimado, si fuera otra cosa no me habia de hacer rogar para contarla.

—Y qué direccion han seguido los Barrientos?

—La misma que llevaban cuando me topé con ellos, parece que van en direccion de Loberia.

—Pues vamos á ver si somos mas afortunados, contestó Miranda levantándose; vamos galopando que talvez los lleguemos á encontrar, aunque desconfiando con su encuentro, talvez disparen fuerte.

La seguridad con que hablaba Miranda chocaba profundamente á Juana, porque sabia que aquellos eran panes que podian echarse lejos de su amante.

Así es que deseando mortificar á aquel, le dijo mientras montaba á caballo—me alegraré que le vaya bien en la empresa, pero tenga cuidado de no rodar como su compañero.

Miranda comprendió á donde iba dirigido el golpe, pero sonrió mansamente sin darse por resentido de la cruel sátira.

—No tenga miedo, hermosa, repuso, yo tengo el cuero un poco mas duro que ese y aunque rueda y are el suelo, en la frente no me ha de quedar señal.

—Me alegraré por la prenda que lo quiera, concluyó la jóven paisana, y haciendo un gesto con la pollera, ganó la cocina diciendo:

—Si ese llega á encontrarse con Julio, se le van á

quitar las ganas de hablar de mas: conforme ha rebenqueado á uno, rebenqueará á todos.

Miren que figuras para hacerle nada! como si no hubiera mas que querer para hacer las cosas!

Por su parte Miranda, mirando á Juana con toda la firmeza de su propósito fijo, murmuró mientras se alejaba: esta será la primer visita que haga yo con Barrientos amarrado á las ancas de mi caballo—veremos á ver si esos cuantos perdidos van á poder conmigo!

Y salió de casa de Coelli en la direccion que le habian dado, llevándolo de guia á Fernández, de cuya narracion se reian todos, porque habian comprendido ya la verdad de lo que le sucedió.

Los Barrientos y Cajoles galopaban tranquilamente.

Desde que el Sargento Miranda andaba en campaña, habia entrado á los Comisarios y Alcaldes la ambicion de prender á los Barrientos, así es que por todas partes se veian partidas llenas de aparatos, al boton.

En una pulperia donde los Barrientos hicieron noche, supieron que en la esquina de la Sortija, partido de Juarez, debian correrse en aquellos dias unas grandes carreras, á las que debian concurrir jugadores de todos los partidos vecinos.

—Y por que no hemos de ir tambien nosotros? esciamó Julio—puede que caiga allí el tal Miranda y los ganemos unos pesos, sin que sepan quien se los ganó.

Y haciendo tal género de proyectos para el dia de las carreras se quedaron en la pulperia de la Sortija un par de dias.

Mas vigilantes y mas precavidos, mientras dos estaban adentro, quedaba uno afuera, vigilando con toda atencion la gente que llegaba ó pasaba por allí.

Uno de los mas interesados en prender á los Barrientos, era un tal Martinez Alguacil de Trés Arroyos, hombre que queria echarla de guapo y capaz de prender á cuantos Barrientos aparecieran en la Provincia.

—Eso de traer á Miranda y soldados de la ciudad, decia, para prender á cuatro gauchos materos, es una compadrada y nada mas que una compadrada.

El dia que yo llegué á saber donde encontrar á los Barrientos, les he de probar lo que digo ó me he de borrar el nombre que tengo.

Repetia esto Martinez por centésima vez, cuando le dieron la noticia de que los Barrientos se preparaban á asistir á las grandes carreras de la esquina de la Sortija.

—Pues esta es la mia, exclamó el Alguacil, y rocién ahora vá á saber quien soy yo, y lo que soy capaz de hacer.

Y en el acto se fué á ver al Juez de Paz, que era un señor Carlos Diaz, á quien dió cuenta de lo que sucedia, pidiéndole permiso para efectuar la prision de los Barrientos.

—Es preciso mostrarle al Gete de Policia que esa gente que ha traído de Buenos Aires no vale mas que nosotros, de ningun modo, y que aqui en tres Arroyos hay hombres para todo.

Creuyendo don Carlos Diaz que su alguacil fuera capaz de hacer lo que decia, elogió mucho su celo y le aseguró que él lo ayudaria en todo para que saliese tan airoso como deseaba.

—Con ocho vigilantes que usted me dé, tengo mas de lo que necesito, puesto que ellos no son mas que cinco.

Me esconderé en alguna pieza de la esquina, para que no me vean y entonces con confianza, una vez dentro, yo le garanto á usted que ni uno solo se me ha de escapar.

Don Carlos Diaz no creyó que un hombre que hablaba así fuera un botarate y aceptó el ofrecimiento.

Si Martinez llegaba á prender á los Barrientos, eran fuerzas de un juzgado las que habian cometido la hazaña y siempre esto seria un honor para él, pues realizaba una empresa en que habian esollado todas las autoridades de la campaña y que para darle cima habia sido necesario tener elementos de Buenos Aires.

—Antes de hacer nada, reflexionémoslo bien, dijo á su alguacil, porque mas vale cruzarse de brazos que cargar con el fracaso de algun mal contraste y de que los bandidos se le vayan despues de haberle muerto alguna gente y tal vez á usted mismo.

—No crea, señor, con ocho hombres me animo á traerle aqui á los bandidos: es claro que los hombres deben ser buenos y de mayor confianza porque si disparan y me abandonan, es claro que solo nada de provecho puedo hacer.

—Para estar mas seguro de su gente elija usted mismo y así usted mismo obrará con mas libertad porque tendrá mas confianza en la gente que lleva.

—Pues si yo no le traigo aqui á esos famosos que me borren mi nombre de José Martinez y me hagan banco los mameos en las esquinas.

—Buéno amigo, que Dios lo ayude en su campaña, que si usted realiza su empeño, probablemente lo van á ascender á comisario, siencó yo el primero que para este ascenso se empeñó.

Martinez, más alegre que si hubiera sacado una loteria, eligió sus ocho hombres entre los más guapos de la partida, y aquel mismo dia se puso en campaña.

Martinez se habia portado siempre como un hombre resuelto y de corazon; todo lo creian bravo, y él estaba sumamente persuadido que con ocho hombres buenos, era imposible se le fueran los Barrientos, mucho mas si los tomaba por sorpresa como era su pensamiento y cálculo.

El alguacil pidió entre sus relaciones buenos caballos para montar su gente, de modo que si los Barrientos lo sentian y se iban, tuviera el como perseguirlos duro y ñarles alcance.

Organizada su gente y comprometida á echar el resto si no los sorprendian y habia que pelcar, el Alguacil Martinez se puso en marcha hácia la esquina de la Sortija, que estaba embaderada y llena de gente de esa que cae siempre á las fiestas campestres con anticipacion de tres dias, y que matan el tiempo jugando á diversos juegos, lo que han llevado para carrera.

Martínez llegó á la esquina causando una revolución con la noticia del propósito que allí lo llevaba.

—Sé que los Barrientos van á caer á la gran carrera, decía, con ánimo sin duda de hacer alguna de las suyas, y se me ha ocurrido venirme á esconder por aquí para darles el golpe de gracia cuando ménos los sospechen.

Al dueño de la esquina le hizo esto poca gracia, por las consecuencias que para él podía tener aquello.

—Si estos dan fiasco, como lo han dado todos los que han pretendido igual cosa, los otros se van á cnojar porque no les avisé que aquí estaba la Policía y se vá á vengar con mi casa de negocio.

Si les aviso y éste lo llega á saber, ya tengo para rascarme un año la multa que van á encajarne y sabe Dios con que añadidura de prisiones y otras yerbas.

Qué hacer en tan apretada situación? no hay otro remedio que acobardar á estos para que se retiren y dejen el campo franco.

Convencido que este era el mejor remedio de salir de apuros, el dueño de casa se acercó á Martínez y su partida, y empezó á asombrarse del valor que debían tener, cuando se resolvían á emprender tan peluda.

—Los Barrientos son terribles, añadía—yo los he visto pelear aquella vez que acometieron á la partida del Comisario Lorea, y les aseguro que daban calor.

La gente que no erra un solo tiro de trabuco y que no perdona al que llega á caer herido en sus manos, haciendo con él herojias que sólo contarlas dá miedo.

Los vigilantes oían esto abriendo tamaño ojo, porque no conocían á los Barrientos, la mayor parte, y no sabían á lo que se habían metido.

—No crea que es tan difícil la cosa, respondía Martínez, de la manera que yo lo voy á hacer, porque preciso esconderme en un cuarto y caer sobre ellos de sorpresa cuando ménos lo piensen ó cuando mas entretenidos estén en la carrera.

—Es bueno que usted sepa que á los Barrientos es imposible sorprenderlos, porque siempre hay uno que cuida la espalda de los demás.

Si juegan, como si duermen, ó comen, hay uno siempre que vigila en todas direcciones para dar aviso, de la menor sospecha que lleguen á concebir.

—Si, pero como nosotros estamos dentro de la casa, aunque nos vean será ya tarde para evitar la sorpresa y no tendrían tiempo de hacer uso de sus trabucos.

—Vea que usted no sabe de lo que son capaz los Barrientos, y esto es la muerte, créame, créame amigo.

Esa gente, desde que baja del caballo lo hace con el trabuco en la mano y no lo guarda hasta que no vuelve á estar sobre sus pingos.

En cuanto vieron algo sospechoso ó que no les gustó ya están sobre aviso, y listos para todo.

—Entonces se les hace una buena descarga de ca-

rabina y en seguida se les acomete á sable limpio.

—La teoría no es mala, pero otra cosa es con guitarra: yo les hago todas estas prevenciones, porque no quiero que en mi casa suceda una desgracia á la autoridad.

Me gusta que la gente sepa lo que hace y á lo que se mete, para que después no puedan culpar á nadie de lo que le suceda,

—Pues amigo, concluyó Martínez, un hombre vale otro hombre y nosotros somos nueve contra cinco, casi dos por uno y con carabina Remington.

—Si pero ellos son experimentados en la lucha y acostumbrados á salir bien siempre.

Por mi parte creo que con lo que he dicho he cumplido, no quiero que vayan á creer que soy parte interesada sin que nada se les haga, porque esto no le conviene á ningún hombre de bien.

Los vigilantes eran nuevos y buenos, conocían algunas referencias de los Barrientos, y creían como Martínez, que ocho contra cinco era un buen partido, mas, teniendo presente que el alguacil se habia comprometido á toparse con Julio en persona.

Pero las prevenciones del dueño de casa los habian desanimado por completo: veían que la cosa era mucho mas peluda de lo que se habian imaginado y que todas las probabilidades eran de que se los llevaria la trampa.

Después que el dueño de casa se retiró, otros paisanos se acercaron á Martínez y le empezaron á suministrar todo género de datos, con esa exageración ponderativa del paisano.

Cada uno pedia una hazaña terrible, para probar que los Barrientos eran invencibles y que era ir á la muerte segura el meterse con ellos.

Si después de haber oido hablar al dueño de casa, los vigilantes se habian acobardado, después de escuchar á los paisanos estaban decididos á mandarse mudar y desobedecer las órdenes del alguacil.

—Yo les voy á dar un consejo de ley, dijo uno de los paisanos, hombre viejo y de reposo; si ustedes se van ahora, no es difícil que se encuentren por el camino con los Barrientos, desde que ellos van á venir, entonces lo que deben hacer es esconderse y quedarse escondidos hasta que se vayan.

De todos modos, si los descubren, desde adentro pueden defenderse mejor, porque si salen á campo no les van á dar tiempo de nada.

—Y veremos, contestó Martínez, que, aunque empezaba á desanimarse no queria darlo á entender: yo me voy á esconder ahora mismo, y cuando lleguen los Barrientos me avisan en el acto, ya verán si es tan fiero el león como lo pintan.

Martínez comió dió de comer á sus vigilantes, metiéndose en seguida á una pieza desocupada que habia en la esquina, destinada á depósito.

—En cuanto esos hombres lleguen, usted me avisa y trata de que nadie se vaya á prevenirlos de que yo estoy aquí con gente de Policía, de otro modo daré cuenta y usted será el único responsable.

—Yo haré todo lo posible porque nadie les diga nada, pero no puedo ser responsable de lo que hagan los demás, porque no puedo estar en todas partes.

En cuanto á avisarle cuando ellos lleguen, esté

tranquilo, que yo le vendré á prevenir aún antes de que lleguen.

El alguacil y sus vigilantes entraron en la pieza, tomando todo género de precauciones para no ser sorprendidos.

Allí solos y sin que nadie pudiera escucharlos, los vigilantes manifestaron á Martínez que despues de lo que habian oido, le prevenian que no se animaban ya á pelear con los Barrientos y que era mejor que no se comprometiera, porque estaban dispuesto á disparar y dejarlo solo.

El alguacil pretendió convencerlos que aquellas eran exageraciones de los paisanos, pero sin ningun resultado.

El mismo comprendia que se habia metido en un mal asunto y que con la gente asustada, era mucho mejor quedar allí hasta que los Barrientos se fueran y echar al Juez de Paz cualquier mentira que los hiciera quedar bien.

El tenia deseos de retirarse, pero ahora temia que los Barrientos fueran á encontrarlo á campo y darle un mal rato, á él y á sus vigilantes.

Todo aquel dia y aquella noche la pasaron encerrados en la pieza, cada vez mas asustados, y temiendo sentir á cada momento el estampido de los trabucos.

Los paisanos carreristas reian famosamente, pues habian comprendido el corte de la Policía y la mala situacion en que iban á quedar si llegaban á descubrirlos.

Al dia siguiente empezaron á correrse las carreras con gran animacion.

Por la mañana habia caido mas gente y aquello estaba animadísimo, porque todos habian traído plata y disposicion de jugar hasta la camisa.

A eso de las siete llegaron los Barrientos seguidos de Cajoles, y desde la puerta mandaron llamar al dueño de casa, porque dijeron que habian venido solamente á hablar una palabra con él.

Este se apresuró á venir deseando que los Barrientos pasaran de largo, pues así se ahorraría todo disgusto.

—Amigo, le he mandado incomodar para hacerle una pregunta: queremos saber si han caido por aquí cinco desconocidos con trajes de reseros, pero que son Policías que han venido disfrazados de la ciudad á perseguirnos.

Julio aludia al sargento Miranda, cuya comision era ya conocida en toda la campaña.

—Puedo asegurarles que por aquí no ha llegado esa gente y que ni siquiera he oido anden por el partido—en cambio tengo otra noticia de interés que darle.

Y refirió rápidamente cómo habia llegado allí el alguacil de Tres Arroyos y estaba escondido con ocho vigilantes en una pieza desocupada para sorprenderlos.

—De esos poco me importa, contestó Julio, no serán ellos los que nos impidan ver la carrera, pues en sabiendo que estamos aquí no se atreverán á salir y eso, que ya no somos mas que los tres.

—Y el amigo Acosta?

—Se ha ido con Chicoca porque ya están cansados de esta vida.

—Yo le aviso esto y les prevengo que me han im-

puesto la obligacion de prevenirles cuanto ustedes lleguen, y como ya saben ustedes lo que es la Policía, hay que obedecer ó reventar.

—Avíseles no mas, avíseles no más, dijo Julio, que en cuanto sepan que estamos no se moverán de allí, así cumple con ellos y nosotros hacemos lo que nos dé la gana; ¿dónde están sus caballos?

El dueño de casa mostró á Barrientos los caballos de la partida, y mientras éste los acollaraba, fué á dar á Martínez el aviso pedido.

En cuanto éste supo que los Barrientos habian llegado, ya no supo lo que le pasaba: miró á su gente, sin saber qué resolucion tomar y como si quisiera consultarles lo que debia hacerse.

—Es el caso que han conocido por los caballos de ustedes que aquí hay justicia y los han acollorado para llevárselos, añadió el dueño de casa: yo creo que lo mejor que ustedes pueden hacer es quedarse aquí y tomar sus medidas para defenderse con provecho, en caso que quieran atacarlos.

Y ahora que puede decirse que están á pié, es menos prudente correr el albur de un combate, pues ellos tienen la media arroba, ó mejor dicho, la arroba entera.

Martínez quedó anonadado con esta noticia no habia tenido la prevision de poner los caballos en lugar seguro, y la primera operacion de los bandidos habia sido dejarlos á pié imposibilitándoles de todo movimiento ofensivo y hasta defensivo.

—Y qué piensa hacer, compañero? preguntó el mas asustado de los vigilantes—lo que es yo, le declaro francamente que á pié no solamente no peléo, sino que si usted me obliga ó hace alguna zonzera, me voy con ellos, pues otra cosa es hacerse carnear al boton.

Lo mismo dijeron los otros siete, añadiendo que ellos no estaban para pagar las tonteras que hicieran los demás.

—Si? pues entonces nos quedaremos, dijo á su vez Martínez, porque solo no me he de ir á meter con ellos, ahora si vienen aquí es distinto, porque de adentro nos podemos defender ventajosamente.

—Si vienen aquí, segun como pinte la cosa haremos ó no haremos, porque tampoco es negocio que vayan á prendernos fuego, ó hacer una de tantas herejías.

Martínez no tenia mas remedio que conformarse con el chasco y la burla que le harían los demás, dándose por bien servido si podia sacarla á tan buen precio.

Entre tanto los Barrientos habian entrado hasta la punta de la cancha, donde se pusieron á mirar las carreras.

Como personas que nada desagradable tenían que temer, habian cruzado la pierna derecha sobre la cabeza de la montura, mientras Cajoles tenia la punta del maneador que sujetaba los ocho caballos acollarados.

Los paisanos que veian por esto que la policia estaba á pié, suponian que no se atreverian á salir y que la fiesta entonces no seria turbada por ninguna escena desagradable.

Estrañaban ver á los bandidos en número tan re-

ducido, pero pensaban que los demás andarían por allí cerea haciendo la centinela.

La disposición de su gente había concluido por asustar al pobre Martínez, que maldecía el momento en que se metió á pedir tal bolada, y á contar con la ayuda de sus vigilantes.

Los Barrientos entre tanto, jugaban con la mayor tranquilidad y alegría, y con tan buena suerte, que hasta quisieron armar carrera con los parejeros de más menta.

Pero ninguno quiso correr con ellos, por temor de enredarse en una cuestión que fuera á concluir de mala manera.

A la caída de la tarde los Barrientos resolvieron irse. No querían detenerse mucho tiempo por temor que fuase á caer Miranda y entonces la cuestión cambiara de aspecto.

No es que tuvieran miedo á Miranda sinó que estaban en número muy reducido y no era su programa aceptar combates en tanta desproporción.

— Esto de que vengan fuerzas de la ciudad á perseguirlo á uno, decía Pedro, no nos dá buena espina, porque nos hace acordar lo que le sucedió al pobre Moreira en Lobos.

— A Moreira lo agarraron dormido y lo rodearon entre muchos lejos de su caballo, lo que no han de poder hacer con nosotros.

Sin embargo, creeme Pedro, y quitémonos de esta vida, que es lo mejor que podemos hacer.

— Lo mismo nos han de perseguir, hermano, y lo mismo nos han de matar cuando nos agarren á tiro: siquiera así lo matarán á uno en su ley y no lo han de hacer tan fácilmente.

Será lo que Dios quiera, contestó Julio resignadamente y se dirigió al dueño de casa preguntándole dónde era el cuarto en que estaban los policías.

— Amigo Barrientos, dijo éste, yo me empeño en que no les haga nada, no por ellos que son una manga de inservibles, sinó para que no me deshaga la reunión.

Cualquier incidente vá á hacer retirar la concurrencia, porque ya sabe que los paisanos son matrones para andar en los juzgados prestando declaraciones y demás estorbos.

Hágalo por mi negocio, que á usted no le ha de faltar ocasión de hacerles alguna entrada.

— Sea como usted lo desea, amigo, dijo, pero enseñeme el cuarto, que quiero decirle una cosa, porque ya nos vamos á retirar.

— Dios se lo pague, amigo — venga lo voy á llevar hasta el cuarto.

Julio y Pedro siguieron al dueño de casa, seguidos á su vez por un grupo de paisanos que creían se iba

á armar la gorda, porque no habían oído el diálogo anterior.

Julio se acercó á la pieza y golpeó fuertemente la puerta con el cabo del rebenque.

— Amigo Martineta! gritó riendo de la variante que introducía en el apellido del alguacil, oiga lo que voy á decirle antes de irme de aquí!

Nadie contestó: parecía que nadie estuviera dentro de la pieza.

— Amigo Martineta! repitió Barrientos con infinita travessura, le prevengo que si no contesta le ronco un trabucazo que lo dejo sordo.

— Que se ofrece y quien me habla? preguntó Martínez mas muerto que vivo, pues con la sátira y la amenaza ya había supuesto quien podía ser el que golpeaba.

— Soy yo, Julio Barrientos, que viene á hacerle pasar el jabon y á ponerlo en libertad.

Nosotros nos vamos ahora, sin siquiera llevarles los caballos, porque el dueño de casa se ha empeñado en que así lo haga, pero mire, le aconsejo que otra vez no se meta á zonzos, porque si lo llega á hallar en mi camino lo vuelco, no tenga duda que lo vuelco!

Adios, pues, amigo Martineta, y no se meta á pedir de baratas que suelen costar muy caros.

Y salió seguido de Pedro y Cajoles en medio de la risa general que había levantado su ocurrencia y su sátira.

Los caballos quedaron allí para que los policías pudieran ir e cuando quisieran.

Cuando los Barrientos se retiraron, los paisanos empezaron á dirigir á Martínez todo genero de sátiras y bromas pesadas.

En vano les decía que ya se habían ido, ni Martínez ni sus vigilantes se atrevían á salir.

— Pero no sean flojos! decíanle algunos, salgan que nosotros los vamos á ayudar, miren que es una vergüenza que los bandidos se vayan así de arriba! Pero no había forma de sacarlos de su escondite, temiendo que los Barrientos estuvieran esperando por allí no más.

Recien á la noche se atrevieron á salir, porque el dueño de casa les aseguró bajo su responsabilidad mas formal que se habían ido, agregando que salieran, que si los Barrientos hubieran tenido mala intención ya los habían asado á trabu azos.

Martínez salió de su escondite, seguido de sus ocho vigilantes, bajo la mirada burlona de los paisanos, que no comprendían como nueve hombres armados de Remington, podían asustarse de aquella manera, de tres hombres, por mas malos que fueran y mas garas que tuvieran.

LA CAIDA DE CHICOCA .

Dos ó tres dias despues de esta farra, llegaba á la esquina de la Sortija, Miranda seguido de los suyos

Como todavia estaba aquello lleno de gente, Miranda sospechó que aún podrian estar allí los Barrientos y se acercó tomando algunas precauciones para cortarles la retirada en caso que los allase.

Miranda se entró hasta la cancha, recorriendo todos los grupos, pero no pudiendo descubrir lo que queria, se dirigió al dueño de casa, sabiendo con todos sus risueños detalles lo que allí habia sucedido.

— Y quien los mete á guapos para pasar una verguenza tan grande! exclamó Miranda asombrado de tanta cobardia.

¡Carambal! los Barrientos pueden ser guapos como quieran, pero cuando se tratá de pelear tres contra uno, y bien armados, no se concibe como pueden asustarse de una manera tan vergonzosa.

Martinez se habia retirado á Tres Arroyos, inventando un cúmulo de mentiras para disculpar el ridiculo en que habia caido, pero sus mismos vigilantes se encargaron de referir la verdad, con el apodo aquel tan mortificante á su amor propio, que habia usado Barrientos para despedirse.

Y fué tal la farsa que se le armó con este motivo, que el apodo se le quedó desde entónces.

Y despues de la aventura de Martinez, aunque supieran donde estaba Barrientos, los empleados de Policía no se ocupaban en perseguirlo, contentándose con pasar el aviso á Miranda.

— Parece cosa del diablo, exclamaba el Sargento, que todos han de tropezar con esos diablos menos yo, que soy el interesado en hallarlos.

Estoy por creer que todas son mentiras y que nadie los ha vis-o, que el mismo sucesó de Martinez es algun susto que le han dado los paisanos carreristas.

Allí en la esquina de la Sortija, tomó Miranda la direccion que habian seguido los Barrientos y se lanzó empenosamente detrás de ellos, en la esperanza de alcanzarlos descansando en alguna parte.

Segun un paisano que lo sabia de buena tinta, los Barrientos habian tomado para el Quequen, donde Pedro tenia su mujer, de quien se habia olvidado por completo.

Allí iban á descansar un par de dias para pegar la vuelta por la frontera y volver á caer á lo de Coeli, pues ya habia engañado con esa vuelta la pista de Miranda y Julio se moria de ganas de volver al lado de su Juana.

Los Barrientos llegaron al Quequen, con gran sobresalto de la mujer de Pedro, que sola y abandonada, se habia echado por amigo á un paisano Bernardo Farias, que habia sabido cantarle del lado del corazon y de la necesidad.

Los dos amantes se pegaron un susto de todos los diablos, pues conociéndolo á Pedro, pensaron que cuando menos les iba á sacar las tripas.

Pero Pedro se habia hecho un perdido en toda regla que no conservaba en el corazon el menor átomo de sentimiento noble.

En cuanto vió á Farias en su casa, sospechó lo que pasaba y lo llamó á cuentas de esta manera;

— A mi me la andan pegando ustedes y esto no puede ser, porque para pegármela á mi es preciso ser mas que yo y este no tiene laya de serlo.

Atorrado Farias porque pensó que el final del curso seria un t abucazo, negó todo á puño cerrado agregando que él era leal con los amigos y que jamás haria semejante mala partida.

La mujer de Pedro llorando, se habia amparado de Julio pidiéndole la protejiera porque Pedro la iba á matar.

— Por lo que yo los voy hacer volar á trabucazos, exclamó Pedro, es por querer burlarse de mí negándome una cosa que salta á la vista.

Y vamos á ver, añadió recorriendo la pieza ¿de quién son estas guascas, este facon, estas riendas y esos trapos que están sobre la cama?

— Son mios, respondió Farias, sordamente, pero es porque tu mujer me lava la ropa y yo vengo á visitarla á veces para saber noticias tuyas.

— Quiere decir que ustedes no me la pegan y que yo hablo bolazos?

— Claro que sí, y si dudas, toma informe de los vecinos y verás lo que ellos dicen.

— Bueno, pero ha de ser sobre el auto—hermano, dijo á Julio, no me dejes ir de aquí á este hombre hasta que yo no vuelva.

Y saltando sobre el caballo se alejó á media rienda: iba á buscar informes sobre lo que quera saber.

Farias no se atrevió á moverse de allí, teniendo mas miedo á Julio que á Pedro mismo.

Ella se puso á llorar, pidiendo á Julio que la salvara porque Pedro la iba á degollar.

— Pero porque ha de degollarte, decia Julio, si nada has hecho para merecerlo?

— Y que querés que haga una mujer sola y abandonada, con una hija á quien no tiene que dar de comer?

La necesidad es cosa dura, Julio, y una se pierde sin quererlo y sin poder culpar por ello mas que la hombre que la abandonó.

Y la paisana lloraba amargamente ocultando el semblante sobre el pecho generoso de Julio.

— Cuando ustedes me dejaron, añadió, vino aquí al justicia y lo embargó todo para costear los gastos de

lo que habia hecho Pedro y me dejaron sin un pedazo de carne con que alimentar á mi hija.

Qué podia hacer yo en situacion tan desesperante, sola, con hambre y desesperada?

Uno al fin y al cabo nó es de fierro y tiene que sucumbir á la miseria cuando esta se presenta amenazando la vida del hijo.

Julio escuchaba profundamente conmovido las palabras de su cuñada.

—No te aflijas, le dijo, que Pedro no ha de hacerte nada, pero para haberle faltado á Pedro como su mujer, no es disculpa ni la miseria ni la muerte misma.

La mujer que se infama, que infama á su marido y á sus hijos, lo hace simplemente de viciosa y de sin vergüenza.

Pero por esto mismo Pedro no te hará nada, yo te lo aseguro; el corazon de una mujer infame ni siquiera es digno de servir de vaina al puñal de un bandido!

La mujer de Pedro estaba aterrada—mas impresion le hacian las palabras de Julio, que lo que le hubiera hecho el mismo puñal de Pedro, porque ellas venian á mostrarle cuán infame era su conducta.

Lloraba profundamente sin atreverse á mirar á la cara del paisano.

Farias tenia un miedo en toda regla y empezaba á temer seriamente la consecuencia de aquellos amores, por la clase de gente que se le echaba encima.

Farias era bravo y muy capaz de pelear con cualquiera—pero qué podia hacer contra los dos Barrientos y Cajoles, cuyas hazañas conocia en sus menores detalles?

—Esperaremos hasta el último momento, pensó, y en todo caso, cuando no haya mas remedio moriré de la manera mas airosa que me sea posible.

Pedro va á averiguar en un momento la verdad de mis amores con su mujer, porque todo el mundo los conoce, y se va á venir como un tigre sobre los dos.

La bolada es estar prevenido entonces y tratar de aventajarlo en lo que sea posible.

Farias era un paisano trabajador y bueno.

El se habia enamorado de la mujer de Pedro, y la habia asediado con su amor y todo género de delicadezas, hasta que la jóven, estableciendo la comparacion de la distancia que habia entre Farias y Pedro, habia concluido por ceder.

La miseria habia tenido gran parte en esta determinacion, porque pobre y perseguida, por el hecho de ser la mujer de Pedro Barrientos, la vida habia empezado á ser para ella una carga horrible.

Los dos amantes no sabian absolutamente el paradero de Pedro: perseguido con el encarnizamiento que habia mostrado la policia, suponian que habia ganado los indios y que no se atreveria á volver por alli.

Y confiados en esta suposicion, se abandonaron, hasta el estremo de nó ocultar sus relaciones, relaciones que todos criticaban y á que todos auguraban un mal fin.

—Una noche va á llegar Pedro, le decian sus amigos, y te va á agarrar dormido en su rancho haciéndote volar de un trabucozo.

—No ha de venir, contestaba Farias, demasiado tiene que andar huyendo él para meterse á perseguir á los demás!

La prudencia le aconsejaba ocultarse, y no dormir por lo menos, en casa de Pedro, pero Farias se estableció alli, llegando hasta llevar á la casa todas las pilchas.

Mientras ella lloraba, y Julio pálido y conmovido miraba al horizonte, Farias creyó prudente mandarse mudar.

Al fin y al cabo, pelear contra dos no era como pelear contra tres, y era mejor no dar tiempo á que regresara Pedro.

Farias se levantó y quiso aproximarse disimuladamente al caballo de Julio, para saltar en él y ponerse en salvacion segura.

Pero el paisano le conoció la intencion, sacó rápidamente el trabuco de la cintura, y poniéndole los puntos le dijo:

—O se separa de ahí, compadre, ó le hago volar por el aire! Todavía no ha nacido el hombre que me la va á pegar á mí.

Cajoles nó pudo contener mas la risa, y exclamó:—Si se figurará el amigo que nos hemos muerto!

Julio, con el trabuco montado y apuntando á Farias, avanzó sobre él.

—O se sienta donde estaba, concluyó, ó lo hago yo acostar sin ganas!

Farias comprendió que resistirse era morir de una manera ingrata, y volvió á sentarse donde estaba antes.

Julio volvió tambien á ocupar su asiento, sin pronunciar una palabra mas.

Ella seguia llorando y gimiendo mientras Cajoles sonreia satánicamente, al pensar en lo que Pedro haria cuando volviese.

Un par de horas mas ó menos esperaron así, sin cambiar entre ellos una sola palabra.

Por fin se sintió el galope rápido y firme de un caballo: alzaron todos la vista y vieron á Pedro que regresaba sonriente.

—Aquí me tienen de vuelta, dijo, dejándose caer del caballo, mas cansado que un diablo, pues me he galopado una temeridad.

Y Pedro sonreia, pero era una sonrisa forzada, que se conocia ocultaba una tempestad terrible.

—Y qué tal? agregó, me negará ahora aquel carnero lo que hacia en mi casa? Y aqui la voz de Pedro temblaba bajo la emocion mas íntima.

—Qué quiere, amigo, si usted todo lo sabe, para qué lo hemos de negar? respondió Farias mascando las palabras.

El hombre es como Dios lo ha hecho, y nadie puede resistirse á los impulsos de su corazon; si yo lo he ofendido, estoy dispuesto á desagraviarlo de la manera que quiera.

—Usted no me ha ofendido, contestó Pedro con un dominio sobre sí mismo que asombró al mismo Julio: al contrario, me ha hecho un servicio, porque me ha mostrado lo que es una mujer que yo estimaba.

—Pedro, Pedro, perdon! gimió la jóven—mátame para lavar la ofensa que pueda haberte hecho, pero el abandono y la miseria son los únicos culpables.

—Yo perdono al perro que me muerde, aunque lo haya herido desde chico, porque su mordisco obedecerá por lo menos á una razon de defensa, perdono hasta el asesino que me cruzá la espalda porque habrá sido esta la única manera de vengarse.

Pero yo no puedo perdonar á la mujer que me vende, aunque para ello venga á alegar la necesidad de un zoquete de carne.

—Mátame entónces, márame pronto, y así acabaré de penar.

—Quiere decir que es usted, prenda, la que pena, y la que está muy mortificada con lo que ha hecho, y quién sería también, con una puñalada que á usted le pegara, la que estancaría la sangre de mi herida!

Es extraño, continuó con terrible reposo, que el bandido Pedro Barrientos no los haya cosido á puñaladas ya! Pero es porque guardo una mejor venganza, y quiero que conozcas á los hombres, para que puedas establecer la diferencia que existe entre el padre de tu hija y ese carnero.

Julio miraba á su hermano asombrado—no lo creía capaz de dominarse hasta aquel punto, porque Pedro debía sufrir horribilmente, y no podía penetrar lo que iría á hacer, que seguramente debía ser terrible.

—Yo voy á explicarte cómo me han perseguido desde que me dejaste, gimió ella, voy á contarte todo lo que he sufrido y todo lo que he llorado, y verás que soy mas digna de lástima que de castigo.

—Ni una palabra! rujió Pedro poniéndose de pié. Permíto que me peguen una puñalada, pero no permíto que me revuelvan el puñal en la herida.

No hay nada en este mundo que haga á una mujer renunciar á su vergüenza y colocarse en las condiciones de cualquier otro animal.

Las perras mismas tienen su amor propio y la vergüenza á su modo: solo la mujer es capaz de encontrar justo que se pueda renunciar al decoro y la vergüenza, por un pedazo de pan ó por una alhaja.

Ni siquiera tienen el coraje de darse! Siempre su disculpa está en su necesidad llenada por otro, sin ver que este es el precio en que se compra su vergüenza!

Así has tapado con barro los latidos de mi corazón, pero yo te voy á dejar un recuerdo de Pedro Barrientos que ha de durarte por la vida, porque yo lo he de renovar cuantas veces sea necesario.

Vamos, pues, Julio, que me ahogo de estar aquí: antes voy á concluir el negocio.

Y acercándose á Farias con ademán tremendo pero con palabra reposada, le dijo:

—Usted, según he oído, es hombre de plata y debe tenerla en el bolsillo porque anoche ha ganado cinco mil pesos en una jugada: ya vé que mis informes son buenos.

Yo necesito quinientos pesos, y para conseguirlos iba á empeñar algunas prendas en la pulpería.

La prenda que menos estimo es mi mujer, y voy á empeñarla en esa suma en la esquina; ahora, si usted quiere tomármela á empeño, le daré la preferencia por no llevarla hasta allí.

Farias, sin comprender el alcance de aquella vergüenza, y atribuyéndola á infamia de aquel corazón traicionado, sacó apresuradamente quinientos pesos y los entregó á Pedro, que los tomó y guardó en el tirador.

—Se entiende que este empeño no se pierde nunca, agregó Pedro, y que yo puedo rescatarla el día que me dé la gana, con igual suma de pesos, ó de puñaladas.

Adios, pues, que muy pronto me han de tener por aquí.

Y montando á caballo, salió de su casa sin siquiera dignarse volver la vista hácia atrás.

—Pero qué es lo que te propones? preguntó Julio con cierta curiosidad.

—Castigarla donde mas le duela, respondió Pedro sombríamente: hoy se la empeño á su amante en quinientos pesos; en cuanto vuelva se la empeñaré por doscientos al pulpero, ó al mas roñoso de todos los borrachos que encuentre á tiro.

Es una venganza como cualquiera otra, pero me parece que es lo que le ha de llegar al alma.

El ahora está satisfecho y contento, pero no lo estará dentro de ocho dias, cuando sea otro al que yo le haya empeñado mi mujer y el derecho de vivir en mi casa,—oh! creo que he encontrado la mas dura de todas las venganzas!

Cajoles reía como un desatado y exclamaba: ni al diablo se le hubiera ocurrido una cosa igual! Pues amigo, desde hoy me pongo á juntar plata para empeñársela en la oportunidad primera y hacer sudar fariña á Farias.

—Desde ya te empeño mi palabra para dentro de ocho ó diez dias que peguemos por aquí la vuelta.

—Entonces, concluyó Cajoles, ya no me separo de ustedes aunque me salgan al camino cincuenta Mirandas! viva la patria!

Y los bandidos pegaron la vuelta en direccion á las sierras de Ramirez, pues Julio deseaba ardientemente volver al lado de su Juana.

Ya Miranda se habia alejado de aquellos pagos, y no tendria nada que temer por ese lado.

Ya hemos visto lo que allí habia pasado y cómo Miranda se habia puesto en franca campaña sobre los Barrientos, esperando hallarlos en Quequen, donde descansarían algunos dias que Pedro desearía pasar al lado de su mujer.

Volvamos á Acosta y Chicoca, que desaparecen ya de nuestro libro.

Emilio Acosta se dirigió á Bahía Blanca, donde con nombre supuesto se embarcaria para Montevideo.

Desde entonces no ha vuelto á saberse de él, por lo que se supone habrá cambiado de nombre.

Chicoca, el feroz Chicoca, tomó la direccion de Currumalan, donde tenia muchos amigos, en momentos que se organizaba una gran boleada, en la que tomó parte inmediatamente.

Y en un grupo de unos treinta foragidos, pasaron al otro lado de la línea de fronteras.

En aquellos dias llegaban también á Currumalan en una de tantas expediciones, el señor Julio Dantas, que queria observar por sí mismo los esfuerzos que en el desempeño de su comision hiciera Miranda.

La llegada de Dantas á Currumalan coincidía con la llegada de Miranda al Quequen, donde halló que sus pájaros habian volado.

En el Quequen supo la llegada de su jefe, y resolvió ir á encontrarlo para darle cuenta de lo que habia hecho, y consultarle lo que iba á hacer.

Dantas estaba en Currumalan, donde averiguaba algunos antecedentes de los Barrientos, y esperaba algunas noticias del sargento Miranda que, según sus cálculos, debía andar por aquellas cercanías.

Pronto llegó Miranda de vuelta del Quequen, y

dió cuenta á su gefe del estado en que se hallaba su persecucion á los Barrientos.

—Apesar de nuestra actividad, indicada por lo mucho que hemos andado en tan pocos dias, no hemos podido encontrarlos hasta ahora, aunque les andamos pisando los talones.

—Es preciso apurarse mas, decia Dantas, para agarrarles los talones en vez de pisárselos.

—Ahora mismo venimos del Quequen, donde debia haberlos hallado, pero debido á una pelea que tuvo Pedro con su mujer, no se demoraron allí los dias que pensaban, y cuando yo llegué se habian ido el dia anterior, sin poder informarme nadie, el punto adonde se habian dirigido.

—Yo creo que pueden haber pasado la frontera en alguna de tantas boleadas que han salido, observó Dantas.

Ahora paso á Puan por donde saben venir algunos —seria bueno que viniera hasta allí, á ver si por casualidad los pescamos.

Miranda y su partida, siguiendo al gefe, se dirigieron á Puan, madriguera de bandidos, porque era allí donde se organizaban las grandes boleadas.

En los dias que estuvo allí Dantas se hizo una importante pesca de bandidos, entre los que cayeron algunos cuya captura se hallaba recomendada de mucho tiempo atrás.

Iban ya á retirarse Dantas, llevando á Miranda y su partida para escoltar los presos, cuando llegó á Puan una buena partida de boleadores que venia á vender la pluma y los cueros.

En su mayor parte aquella era gente buena y conocida, que hacia con frecuencia aquellas escursiones para buscarse la vida.

Exijidos los pasaportes, los que los tenian, fueron exhibiéndolo y saliendo de garantia por algunos que no tenian ni papeleta ni pase, porque los habian olvidado en su casa ó perdido en la boleada.

Quando un paisano afinado y conocido por bueno sale como garantia de otro, puede aceptársele sin vacilar, en la seguridad de que no engaña á nunca.

Entre los que se iban quedando atrás como ocultándose, viene un chino cuya cara feroz llamó la atencion de Dantas desde el primer momento.

Aquella mirada encapotada y recelosa, y aquella espresion rebotada daban mucho que desconflar.

—A ver tu papeleta ó tu pase, dijo Dantas al chino.

—Señor, contestó éste, como queriendo ocultar el semblante, los he dejado en casa porque no pensé que podria necesitarlos.

—Quién conoce á éste? preguntó Dantas á los demás.

Ninguno de los otros paisanos respondió á la pregunta y como no era posible que viniendo entre ellos, no lo conociera uno solo, era evidente que no se animaban á decir quien era.

Los ojos de Chicoca brillaban de una manera feroz: parecia un tigre tomado en una trampa.

—Bueno, dijo entonces el señor Dantas, tu te quedas aquí hasta que llegue alguno que te conozca, ó digas donde está tu papeleta ó tu pase para mandarlos buscar.

Y Dantas lo hizo asegurar sobre tablas, pues ya

el chino empezaba á mirar para todos lados como si buscase el que mas facilidades le ofreciera en la huida.

Registrado aquel chino, se le halló la enorme daga y el trabuco, arma demasiado sospechosa, pues solo los bandidos la usaban.

—Y esta arma qué significa? para qué la llevas?

—Yo siempre llevo trabuco á las boleadas, contestó el chino con cierta naturalidad, porque es segura para matar tigres, y muy ventajosa para el caso en que uno se encuentre con indios.

El chino tenia consigo una buena suma de dinero y una respetable cantidad de cargas para el trabuco.

El chino, con tres ó cuatro mas que habian inspirado alguna desconfianza, fué lleado hasta la Comisaría de frontera, donde se le aseguró de manera que no pudiera moverse.

Entonces uno de los boleadores se acercó al señor Dantas y le dijo, de manera que él solo pudiera oirlo:

—Ese chino del trabuco que usted ha tomado, es Chicoca, el feroz Chicoca, compañero de los Barrientos, que anda aquí desde hace muchos dias.

—Entonces los demás deben estar ahí, preguntó Dantas agradablemente sorprendido.

—No, señor, respondió el boleador, segun lo que Chicoca nos ha contado, él y otro mas se habian separado de los Barrientos, porque de Buenos Aires ha venido una fuerza á perseguirlos y ellos tienen su cierto recelo de pelearla.

Dantas se trasladó á donde estaba Chicoca, inmediatamente, pues urgia interrogarlo para tomar medidas rápidas en caso que los Barrientos anduvieran por allí.

Chicoca daba la espalda al lado por donde venia Dantas, y parecia engolfado en sus pensamientos.

Para constatar mejor su persona, Dantas se le acercó por la espalda y lo llamó: Chicoca!

El bandido dió vuelta rápidamente preguntando: ¿qué hay? y al hallarse en presencia del gefe de Policia, palideció densamente y se puso á temblar: estaba descubierto.

—En dónde están los Barrientos? preguntó Dantas, ya ves que te conozco y es inútil que niegues ni ocultes lo que voy á preguntarte, previniéndote que con negar, vas á agravar tu causa.

—Yo no sé dónde andan los Barrientos, respondió entonces el bandido, porque me he separado de ellos para componerme y hacerme hombre de bien.

Si yo hubiera sabido que así me esponia á caer en sus manos, no me hubiera separado, ahora veo que he hecho un desatino.

—No has hecho un desatino, porque el haberte separado de ellos se te tendrá en cuenta.

Ahora, es preciso que digas la verdad en cuanto se te pregunte y de esta manera podrás hacer mucho en tu favor.

Convencido que era ya inútil negar, puesto que lo habian conocida, Chicoca refirió gran parte de las aventuras que hemos narrado ya, dando el detalle de los puntos donde podrian ser hallados los Barrientos y de qué manera debian proceder para sorprenderlos, cosa muy difícil, porque siempre habia

uno velaba el sueño ó la distraccion de los demás.

—Mientras Julio ande con ellos, decia, estoy seguro que no los tomarán—ese es mucho hombre y tiene una suerte endiablada.

Dandas trasmitió á Miranda todos los datos que podian serle de alguna utilidad y le entregó á Chicoca para que lo condujera hasta Tres Arroyos, donde decia haber cometido su primer hecho, para que aquella autoridad, acompañado del sumario correspondiente, lo remitiese al Juez del Crimen de Dolores.

—Y cómo crees que puede hacerse para prender á los Barrientos? preguntóle el Sargento Miranda á Chicoca con vivísimo interés.

—Para sorprender á los Barrientos, respondia

Chicoca, no hay mas que un solo medio; esperarlos escondidos en la casa donde sepan que van á ir; de otro modo es imposible, mas ahora, que no siendo mas que tres, se harán todavia mayor malicia y vigilancia.

Julio es un hombre muy prevenido y muy mandinga—para tomarlo á él, yo creo que no hay vuelta porque es intomable.

El sargento Miranda hizo entrega de Chicoca en Tres Arroyos, y pegó la vuelta hácia las Sierras de Ramirez, punto donde Barrientos debia llegar con mas frecuencia, puesto que allí tenia á su mujer.

Allí resolvió esconderse algun tiempo, esperando que dia mas ó menos llegaria Barrientos.

PERSECUCION TENAZ

De Tres Arroyos al Azul, del Azul á la Loberia, de la Loberia al Quequen y del Quequen á lo de Coelli, los Barrientos recorrian toda la campaña del Sur, aterrando los vecindarios y protegidos por la autoridad que no hacia ningun esfuerzo ya para tomarlos, no solo porque les tenian miedo, sino por hacer daño á Miranda, dificultándole la captura.

La cosa habia llegado al extremo, que segun la prensa de la Campaña, el mismo Comisario Casal declaraba que él no perseguia á los Barrientos porque eran buenos muchachos.

—Es cierto que se han limpiado algunos viejos, decia, pero no roban á nadie y son buenos en el fondo—yo los conozco desde chicos.

Y solo esto obligó al gobierno á tomar serias medidas, entre otras, que fuera el Inspector Milani á sumariar á Casal, sumario que dió por resultado la destitucion de este último.

Los Barrientos escapaban siempre á la tenaz persecucion del Sargento Miranda, porque cuando no eran los pulperos los que les avisaban su proximidad eran los mismos vigilantes que les daban el itinerario de la partida de Miranda.

De modo que antes de llegar á un punto, ya Julio sabia que clase de gente habia adentro.

Julio, que nunca habia vacilado en hacer frente á las partidas mas numerosas, tenia recelo de encontrarse con Miranda.

Habia en él una especie de presentimiento que le hacia esquivar todo encuentro, no solo por él como por Pedro, en cuyo cuidado ponía cada vez mas esmero.

Pedro habia hecho otro viaje al Quequen á cumplir su venganza con su mujer, quitándosela á Farias y

empeñándosela en cien pesos, para mayor muestra de desprecio, á su compañero Cajoles.

Así estaba seguro de que si cuando él se fuera Farias intentaba apoderarse de la prenda, se encontrase con Cajoles que le haria volar de un trabucazo.

Y siempre que podia, regresaba á su casa, con el único objeto de empeñar á su mujer á los gauchos mas despreciables.

Esto habia hecho á la mujer una impresion espantosa; habia enflaquecido horriblemente y sobre el ébano de su cabeza empezaban á brillar ya algunas canas.

Porque no solamente tenia que pasar la vida miserable con aquellos que la empeñaban, sino sufrirlas insolencias de los que pretendian empeñarla en cuanto volviera Pedro.

—Esto será, decia este, hasta que la haya muerto á pesadumbres, que entonces vendré por el corazon de Farias para empeñarlo al primer perro que encuentre en el camino.

En casa de Pedro, Miranda les habia tendido algunas celadas, como en casa de Coelli; pero avisados á tiempo, habian burlado á Miranda de la manera más traviesa.

Apurados por la falta de dinero y por no poder demorarse como antes en las jugadas, porque Miranda no les daba un día de tregua, empezaron á llevar la vida de cuatreras del principio.

Cuereaban en las estancias del tránsito y llevaban los cueros en depósito á lo de Pizarro, con grandes iras del Juez Adaro, que sabia que allí habia cueros suyos, pero que no tenia elementos para hacer la persecucion debida.

Los Barrientos llegaban allí, además, muy de tar-

de en tarde y cuando él llegaba á tener noticias de su llegada, era siempre despues que se habian ido.

El Sargento Miranda andaba desesperado: hacia ya un mes y medio que andaba tras de Barrientos, sin reposo de ninguna hora, y nunca habia logrado tenerlos á tiro, ni siquiera llegar á un punto el mismo dia que ellos.

Una de las veces que llegó á lo de Coelli, se resolvió á no moverse de allí hasta que no llegaran los Barrientos.

Pero Juana le declaró que era inútil que esperase allí, porque ya ella misma les habia mandado el aviso para que no vinieran hasta que ella les mandara avisar.

—Si en un año no les voy á decir yo misma que pueden venir, en un año no aportarán por aquí.

Y esto era exacto, pues Juana, que sabia los parajes donde mas ó menos podia hallarse Julio, en cuanto aparecia Miranda, le mandaba un chasque.

Y cuando Julio venia, á pesar de algun aviso en que le decian que su enemigo se habia ido, no llegaba á lo de Coelli hasta no pasar por la sierra mas próxima, en busca de una señal convenida que allí le dejaba Juana, cuando el campo estaba despejado.

Miranda era ya conocido en toda la campaña Sud; se sabia que era él el gefe de la partida que perseguia á los Barrientos y se le recibia cariñosamente en todas partes, pues si es verdad que ninguno se atrevia á delatarlos por el miedo que les tenian, todos deseaban que el sargento Miranda llegara á encontrarlos, á ver si extinguia para siempre á gente tan perjudicial, pues ya á los Barrientos se juntaban otros bandidos de menos fama, que los ayudaban en sus crímenes.

Ellos mismos empezaban á fastidiarse de llevar aquella vida á salto de mata.

Pero como Pedro se habia encaprichado en seguir hasta el fin, Julio seguia acompañándolo, dando pruebas de una abnegacion y un cariño sobre toda ponderacion.

La tenacidad con que Miranda los perseguia habia puesto en alarma á Pedro Barrientos, que no se animaba á pasar dos dias en el mismo punto, por temor de ser descubiertos.

—Pero al fin y al cabo, no son mas que cinco, decia Julio, y con mas y mejores nos las hemos visto.

—No importa, respondia Pedro, tengo el presentimiento que el dia que nos topemos con estos hombres de la ciudad, voy á morir en la pelea.

No es que les tenga miedo, ni que crea que son mas guapos que yo, pero la casualidad es muy traicionera.

Ya ves lo que le sucedió á Moreira, que habia peleado con los hombres mas bravos y que vino á morir á manos de un puerco que habia estado escondido de puro miedo.

—Pues si tienes ese presentimiento ¿porqué no te retiras como te lo aconsejo y nos dejamos de estas andanzas?

—Porque de todos modos vendrian á ser lo mismo; compuesto ó no compuesto, el dia que me descubran me dejan panza arriba, aunque me les entregue como un cordero.

De todos modos dirán que me he resistido á la autoridad y que han tenido que matarme, siquiera es bueno tener el consuelo de morir peleando, y haciendo lo posible por matarles todo cuanto se pueda.

Así andaré á monte hasta el dia que me encuentre con el tal Miranda y como ya sé de antemano que voy á morir, me luciré lo mas que pueda y veré si puedo pegarle en el coco.

—Pero porqué no nos vamos donde nadie nos conozca y por consiguiente donde nadie intente hacernos mal?

—Yo no puedo ni quiero, contestaba Pedro—porqué no te vas solo?

Vos todavia podés ser feliz, hermano, porque siquiera hay una mujer cuyo corazon late por vos y que te quiere con toda su alma.

Pero yo, qué voy á hacer, si ni siquiera tengo un perro que me menee la cola?

—Pues corrámosla juntos—concluia Julio, que no veo la razon porque nos hemos de separar; juntos la hemos partido hasta aquí, pues venga la muerte y nos agarre juntos tambien.

Acobardado Cajoles tambien y no conforme con aquella vida de eterna agitacion y sobresaltos, se despidió una mañana de los Barrientos para llamarse al sosiego de la buena vida.

—Yo ya soy medio viejo y no sirvo para andar disparando, porque se me acalambran los huesos y no voy sirviendo para nada.

Siento dejarlos porque nos hemos acompañado tanto tiempo, pero como dice Julio, ganando para donde á uno no lo conozcan, todavia se puede vivir en paz.

Cajoles, despues de dar un estrecho abrazo á cada uno de sus compañeros, se alejó tomando la direccion del Sauce Corto, donde tenia algunos conocidos.

De la temible gavilla, no quedaban mas que los dos Barrientos para toparse con la partida de Miranda, pero esto duro poco tiempo.

Muchos de los perseguidos, ó que deseaban aprovechar el prestigio de los Barrientos para sus golpecitos, se plegaron á ellos, acompañándolos en sus correrias, modo como legraban ser acompañados á su vez.

Entre estos se contaban Genaro Andrade y un mulato conocido por *Guasquita*, bandido de mentas famosas, cuya crueldad y mañas estaban por encima del mismo Chicoca, que es cuanto hay que decir.

Guasquita tenia una foja de servicios endiablada, durante la cual la Policia no habia podido hacerle nada, no porque Guasquita la peleara y pusiese en apuros, sino porqué era como una luz para esconderse.

Se decia que Guasquita estaba en tal ó cual punto y la Policia que no le temia, acudia al momento tomando toda clase de medidas para su captura.

Pero cuando la Policia llegaba, ya Guasquita habia desaparecido.

El dueño de casa aseguraba que hacia dos minutos estaba allí, que podria garantir con su pescuezo que no habia salido; pero Guasquita no parecia y la Policia tenia que volverse despues de haber agotado en buscarlo sus recursos y su paciencia.

La última hazaña de este bandido, habia sido cometida contra su propia familia.

Ocurrente y alegre siempre, travieso y jugueton, se

había casado con una paisanita de Juarez, de espléndida hermosura.

Sofía, sobre una tez de cobre y bajo un montón de cabellos negrísimos, lucía un par de ojos azules picarescos y enormes, que tenían dado vuelta el imagin de muchos.

Sofía se enamoró de Guasquita quién sabe porqué, el hecho es que se casó con él dejando plantados á otros muchos.

Estos empezaron á odiar á Guasquita y á hacerle daño de todas maneras, sin que el feliz paisano hiciera caso de ellos, porque no era hombre de pelea y riñas.

Floje como pocos, Guasquita nunca respondió á los insultos que le dirigían, encerrándose en un prudente silencio, pero, pobre de aquel á quien pudiera herir á mansalva!

Su puñal, perezoso siempre para herir de frente, era un rayo cuando se trataba de dar un golpe por la espalda ó degollar algún dormido.

Dos ó tres veces había aparecido algún herido de gravedad, que no podía decir quien lo había herido, porque lo fué en el medio del campo, mientras dormía ó durante alguna tranca espantosa.

Pero despues se supo que el autor de estas heridas era Guasquita y la Policía empezó á perseguirlo.

El paisano no se resistía ni hacia lujo de pelear, pero se escondía de manera que ni con perros se le hubiera hallado.

Por evadir la acción de Policía y no caer preso Guasquita se sabía perder de su casa quince días ó un mes, al cabo de cuyo tiempo volvía y permanecía en ella hasta que volvía á perseguirlo por alguna trauanería flamante.

Guasquita era también ladrón fino, de los que no se ven sino allá por muerte de un obispo.

Guasquita entraba á una pulpería á tomar la copa: alegre y confiado, nunca se detenía en la reja de la ventana, pasando á hacerse despachar en el mostrador.

Pero en cuanto se descuidaban los presentes, Guasquita, con una limpieza maravillosa, se apoderaba de un rebenque, un facon ó cualquier otra cosa que le cayera á mano.

El era incapaz de hacer robos de consideración ó de bulto, pero en pequeñas cosas y raterías era peor que un zorro.

Sofía vivía en compañía de la madre, buena y hacendosa mujer, que mantenía con su trabajo á la familia sufriendo las haraganerías y vagancias de su yerno.

Doña Toribia, que así se llamaba la madre de Sofía, amonestaba con frecuencia á Guasquita para que cambiase de vida, pues aquello era una vergüenza.

—Pero si no me dejan tranquilo, respondía él con su cara mas safada—si en cuanto me pongo á trabajar ya se me echan encima como á caballo orejano y quieren prenderme!

—Es que si usted mudara de conducta nadie le diría nada y lo dejarían vivir tranquilo, cumpliendo con su obligación de sostener á su familia.

Apesar de todo esto, Sofía quería entrañablemente á su Guasquita, porque este sabía engañarla con mil mentiras y picardías.

Feróz por naturaleza, cuando Guasquita encontraba

á alguien mas floje que él, era capaz de cortarlo á pedazitos como para hacer una carbonada.

Un día halló borracho á un italiano que varias veces lo había azotado y hasta corrido del pago.

Guasquita tenía á este italiano mas miedo que á la misma Policía.

Al hallarlo borracho perdido, fuera de toda mirada de testigo importuno y Guasquita aprovechó la bolada yéndosele por la espalda, lo bajó del caballo de una puñalada.

En seguida lo degolló y no satisfecho con esto, lo mutiló horriblemente haciendo con su cuerpo todo género de herejías.

Aunque nadie lo había visto, la Policía pensó quien tenía interés en matar al italiano y alguien le indicó á Guasquita á quien se mandó prender hasta hacer la debida averiguación.

Guasquita se perdió entonces de su casa durante tres meses, que empleó en diversos crímenes y raterías.

Los afectos á las caricias de Sofía, aprovecharon la ausencia de Guasquita para arrastrarle el ala, y segun las malas lenguas no tardó en sucumbir á tanta asechanza.

Se decía que tenía amores con este como con aquel y que doña Toribia era la protectora de estos amores.

Cuando Guasquita volvió, se encontró con esta dolorosa novedad, que se le internó en el alma como una puñalada.

Con su astucia suprema, ocultó que desconfiaba de Sofía y pocos días despues se ausentó de su casa como si huyera de la Policía.

Pero se había ocultado de manera á poder vijilar cuanto en su casa pasaba.

A los tres ó cuatro días, Guasquita se convencía de la verdad de cuanto se le había dicho y con constancia de gato se ponía á espiar la espalda del hombre que le había robado el corazón de Sofía.

Y una madrugada, cuando este salía del rancho de Sofía, pensando sin duda en los momentos felices que había pasado á su lado, el puñal de Guasquita le partió la espalda, sin darle tiempo á lanzar el menor grito.

Aquel hombre cayó y quedó allí como herido por un rayo.

Guasquita entró á su casa en seguida, sin producir el mas leve ruido y se dirigió á la cama de Sofía.

La hermosa jóven se hallaba despierta aún y creyó que quien entraba era su amante que algo había olvidado.

Pero cuando reconoció á su marido, fué tal su vergüenza y su espanto, que abrió los ojos desmesuradamente y quedó muda y estática.

Había querido gritar, pero el terror había embargado su voz.

Como una pantera hambrienta y antes que pudiera pedir socorro, Guasquita se lanzó sobre ella y le dió una terrible puñalada sobre el corazón, degollándola en seguida.

El tremendo Guasquita se dirigió entonces á la cama de doña Toribia que dormía plácidamente; la recordó y cuando la mujer abrió los ojos, sonriendo, pues tal vez creyó que quien la recordaba era su hija, le dió de puñaladas.

La venganza de Guasquita no se limitó á esto solamente, pues se ensañó en los cadáveres, mutilándolos y destruyéndolos de todas maneras.

En seguida cargó con todo lo de valor que había en la casa y huyó del pago sin que volviese jamás á versele el rostro por allí.

Este era el nuevo y famoso compañero que se habían echado los Barrientos y que venía á ser entre ellos el reemplazante de Chicoca, en ferocidad, pues en valor no había que hablar.

Cuando se acercó Guasquita á los Barrientos y dijo que quería andar con ellos, Pedro le preguntó lleno de soberbia cuáles eran sus méritos para aspirar á juntarse con ellos.

—Perseguido á muerte por la Policía, respondió Guasquita, por esta causa.

Y refirió con todos sus repugnantes detalles la historia que acabamos de contar.

Julio frunció el entrecejo, pues no le gustaban los bandidos de aquel género, pero Pedro se sonrió satisfactoriamente.

Y desde aquel día Guasquita quedó admitido en la compañía.

Andrade era otra clase de hombre y otros los motivos que lo habían puesto mal con la justicia.

Bravo sobre toda exajeracion, Andrade había hecho tres muertes, pero todas ellas en pelea leal y sin tener la menor ventaja por su parte.

Después se había encontrado con un vigilante que le salió á prender, y lo había muerto después de una bravísima resistencia, en la que recibió tres hachazos.

Las inclinaciones de Andrade no eran las del bandido cruel y abyecto; y Julio Barrientos encontraba muy digno de andar en su compañía.

En cuanto á Ireneo Perez, como no era hombre perseguido por la autoridad, les ocultaba en su casa los robos que hacían en otras partes y los protegía á ellos mismos alojándolos en su casa.

Y Miranda con su partida andaba siempre pisando

los talones de los Barrientos, pero sin poder echarles nunca el guante.

Los robos aumentaban por todas partes y en el partido de Tres Arroyos habían cometido esta última hazaña.

Yendo de Tres Arroyos á Juarez, para sacar el cuerpo á la persecucion del Sargento Miranda, encontraron un viejo puestero, que iba en opuesta direccion á la que ellos llevaban; es decir, en direccion á Tres Arroyos.

Guasquita que tenia un miedo tremendo de caer en las garras del Sargento Miranda, aseguró que aquel encuentro era de malísimo agüero.

—Ese viejo de porqueria es grillo que vá á cantar la direccion que llevamos y vá á ser tal vez causa de que nos suceda una desgracia; mucho mejor seria que lo matásemos y de ese modo nos veriamos libres de todo cuidado.

—Superior, dijo Pedro, vamos á matarlo y así no tendremos que temer nada por este lado.

—Pero no sean bárbaros! exclamó Julio, para que van á matar á ese hombre que nada les ha hecho?

—Porque los muertos no hablan—contestó Pedro y á nosotros no nos conviene que este hable.

Y antes de que Julio pudiera oponerse, Pedro apuntó al pobre viejo con su trabuco, y le hizo fuego á quema ropa.

El pobre viejo cayó del caballo herido horriblemente.

Guasquita entonces se le fué encima cuchillo en mano, y lo ultimó á puñaladas.

En seguida acudió Pedro, é hicieron con el cadáver todo género de herejías, dejándolo en el camino real, para que todo el que pasara pudiera verlo.

Este fué el solo rastro de los Barrientos que halló el Sargento Miranda cuando pasó á Juarez en persecucion de los Barrientos á quienes no pudo alcanzar.

LA MUERTE DE UN VALIENTE

La persecucion tenáz y sin tregua de Miranda, habían levantado un poco el espíritu de sus soldados, un poco caído desde la corrida del bombero Fernandez.

—Si los Barrientos disparan, es por que nos tienen miedo, decían, y no se animan á hacer frente.

Ahora que son menos, la cosa es mucho mas fácil y ellos mismos han de andar desmoralizados, cuando no se detiene en parte alguna.

—Sin embargo, decía Miranda, yó creo que hasta que no los sorprenda no los hemos de tomar, porque aunque nosotros venimos bien montados, mejor montados andan ellos y tienen tiempo siempre de sacarnos algunas leguas de distancia.

Julio estaba cansado ya de andar á monte; se sostenia solo por proteger á Pedro y por que no se dijera que á Julio Barrientos lo habían tomado vivo.

Y suponiendo en Miranda una actividad que no

tenia, porque no hubiera sido posible tenerla, puede decirse que los Barrientos no descansaban nada.

Julio no dejaba de ir á lo de Juana, donde pasaba tres ó mas días, pero era cuando sabia con la mayor seguridad que Miranda y su partida andaban lejos de allí.

Otro tanto sabia hacer en lo de Ireneo Perez, pero aquí nunca se demoraba mas de dos, pues el Juez Adaro podia pegarle un susto.

Juana no se cansaba de perseguir á los hermanos para que fueran á los pueblos del Norte y cambiaran de vida, pero su prédica se estrellaba siempre en la tenacidad de Pedro, que no queria hacer caso de ningun censejo.

—Pero eso que tú haces es feo y es infame, dijo Juana un dia muy irritada.

Sabes que Julio no se retira de esa vida por defenderte, porque en cuanto él te deje te han de matar y con tu terquedad le impides hacer su gusto y salvarse.

Pedro cobró á Juana desde entonces una profunda antipatia y ya que no podia vengarse como lo hubiera hecho, por ser mujer de Julio, se vengó reteniendo á este en su vida de desórden y de crimen, robándolo lo mas que podia al hogar de la paisanita.

A Julio no lo han de matar, decia ella, porque no hay quien pueda con él, pero á ese perdido deseo que lo maten de una vez, para que mi Julio pueda echarse de una vez á hombre de bien, y llevarme á donde vaya, ya que él no puede quedarse aquí.

Los Barrientos dormian siempre á campo, y lejos de todo camino, marchando durante el dia, dia que no podian caer en ninguna celada.

Si llegaban á una casa de negocio, era despues de haberla bombeados bien y estar convencido que no habia adentro ninguna persona de Policía.

Siempre quedaba uno afuera de centinela vigilando el camino y estando alerta sobre cualquier bulto que llegaba.

Y de este modo habian burlado muchas veces la accion del sargento Miranda.

El paisanaje empezaba á burlarse de este y á asegurar que todo era una comedia y que no tomaban á los Barrientos porque tenian miedo como todos.

Se dan corte de que por desgracia llegan á donde han estado los Barrientos un dia despues que estos han salido, pero esto es porque nunca quieren venir á tiempo.

Todos estos dices llegaban á oidos del sargento Miranda, que se desesperaba de no poder cumplir su deseo.

En vano se pasaba las noches y los dias sobre el caballo, andando de pulperia en pulperia y de partido en partido, nunca podia dar alcance á aquellos hombres, que siempre le llevaban un par de leguas de ventaja, leguas que nunca podia ver disminuidas.

Y Miranda no se affijia tanto por la opinion dudosa que de él pudieran tener en la campaña, cuanto por lo que podia pensar el señor Dantas, viendo que pasaban tantos meses sin haber cumplido su comision.

El oficial José Martinez de quien nos ocupamos mas atrás equivocadamente se habia hecho presentar á Dantas por medio de don Hortencio Miaguens, para pedir la comision de tomar á los Barrientos, como habia tomado á tanto otro bandido.

Pero Dantas le hizo presente que ya habia mandado al Sargento Miranda con aquella comision y que no podia distraer dos partidas con el mismo objeto.

—Solo en el caso de que Miranda fracase en el cumplimiento de la comision que se le ha dado, aceptaré el ofrecimiento de Martinez.

Este oficial de Policía se habia distinguido siempre en la aprehension de bandidos, con los que habia tenido que luchar cuerpo á cuerpo muchas veces, lo que lo habia hecho terrible entre la mala gente.

Martinez no era ya empleado de la Policía, pero cediendo á los ruegos del vecindario de Tres Arroyos, que conocia sus aptitudes y su bravura, se habia hecho presentar al señor Dantas, pidiendo aquella comision que hasta entonces se consideraba imposible.

Esto era pues, lo que mas affijia al Sargento Miranda haciéndole tomar todo empeño en salir airoso.

Pero estaba de Dios que no habia de tomar á los Barrientos, hasta que la casualidad no se los pusiera al frente.

Miranda se resignó á esperar aquel momento casual y decidió permanecer un poco en inaccion, pues tal vez viendo los Barrientos que ya no se les perseguia, se descuidarian mas y seria mucho mas fácil encontrarlos en el momento que ellos menos lo esperaran.

Miranda previno á los Policías del paraje donde se hallaba, para que pudiera llegar hasta él cualquier aviso, y se resolvió esperar pacientemente el momento oportuno.

Indudablemente aquel era el procedimiento mas seguro, pues en su vida de vagancia los Barrientos caerian por fuerza donde se hallaba Miranda, desde que eran estos los parajes mas frecuentados por ellos.

Andando por el partido de Tres Arroyos, el Juez Adaro lo mandó llamar, para que lo ayudase en una pesquisa de cueros robados que habia emprendido con todo empeño, pues era él una de tantas victimas.

Segun sus informes el depósito de cueros debia estar en casa de Ireneo Perez, donde continuamente llegaban cuatrerros y gauchos de mala vida.

—Esta es gente que está sobre aviso, le habia dicho Adaro y á la que es muy difícil sorprender con el cuerpo del delito: ya lo he intentado yo dos ó tres veces sin haber podido lograrlo.

No hay mas que caerles de sorpresa antes de amanecer, respondió Miranda y hacer un buen registro despues de prender á los que allí están.

Usted me avisa cuando crea que hay depósito de cueros y doy el golpe, garantiéndole que si las sospechas son justas, ellos tienen que caer.

—El momento no puede ser mas oportuno, dijo Adaro, pues acaban de avisarme que han traído una

partida de cueros, de los que la mayor parte son mios.

—Pues mañana antes de amanecer daremos el golpe, y verá como aparecen los cueros y caen los ladrones, no tenga duda.

Para estar mas cerca, me vendré aquí esta noche con mi gente y, oscuro todavía, les caerá encima.

Como Miranda andaba con mil precauciones para no ser sentido, su presencia en Tres Arroyos era ignorada, y solo el Juez de Paz sabia que estaba allí.

—Yo le voy á dar algunos hombres buenos de mi partida, que no es mala y así podrá dar el golpe mas descansadamente.

—Dios me libre! exclamó Miranda, que lo que mas deseaba era conservar la incógnita; en cuanto supieran que yo estoy aquí, irian á llevar el aviso y todo se perderia.

El mismo gefe me recomendó, que de quienes mas me debia ocultar era de los soldados de Policia.

—Tal vez tenga usted razon, dijo Adaro, de todos modos, con la gente que usted lleva me parece que habrá bastante para la empresa.

Miranda pasó la mayor parte de la noche en lo de Adaro, y oscuro todavía, se puso en marcha hácia lo de Ireneo Perez, con toda cautela y tratando de que no fueran á sentirlos.

Qué sucedia entre tanto en la casa de los parientes de Barrientos, donde Miranda se dirijia?

El dia anterior y sin que el mismo Adaro lo supiera, habian llegado los Barrientos, acompañados de Guasquita y Andrade.

Habian llegado llevando unos cueros y algunos otros robos, y como siempre, se habian dispuesto á pasar un par de dias en compañía del amigo Ireneo Perez.

Como Miranda habia dejado de perseguirlos, los Barrientos andaban mas confiadamente y sin grandes precauciones.

Aunque mientras dormian siempre quedaba uno de centinela, este no creia necesaria toda su vigilancia y solia dormir, en la confianza de que nada tenian que temer por entonces.

Eran los primeros dias de Marzo; el calor era fuerte todavía y los Barrientos, segun su costumbre, con ser el invierno mismo, dormian afuera de la casa y cada cual al lado de la estaca donde estaba atado su parejero.

Así, en cualquier momento de apuro, estaban listos para la fuga.

Cuando creian no tener nada que temer, se aliviaban el traje y dormian entonces con el trabuco y el puñal bajo el poncho doblado, que les servia de almohada.

Sus parientes no les habian dicho nada que les hiciera temer la presencia de Miranda en Tres Arroyos, y despues de una noche de buena jarana, se habia acostado á dormir como tenian de costumbre.

Guasquita habia quedado de centinela al lado de la tranquera, para prevenirlos de la llegada de cualquier ginete, y Pedro se habia acostado un poco mas

adentro, al lado de unas matas de cicuta que ocupaban una gran estension.

Mas adentro, estaban Ireneo Perez, Andrade y Julio, que habian hecho cama contra las casas.

Pero Guasquita, confiado en los informes que habian recibido, aliviado algo su traje y se sentó en el suelo, recostando la cabeza contra uno de los palos de la tranquera, abierta como medida de precaucion.

Y arrullado por los ronquidos de sus compañeros, no tardó en dormirse, aunque ligeramente, por el cuidado y la responsabilidad que pesaba sobre él.

Los perros de la casa, que eran buenos y muchos, rondaban por allí cerca vigilando los corrales de las ovejas.

—En cuanto asome algun entrometido, habia pensado Guasquita, me lo avisaran los perros y antes que lleguen, yo habré tenido tiempo de dar la voz de alarma.

Esta era la situacion de los bandidos, cuando Miranda y los suyos llegaban á casa de los Perez.

Ni Miranda se sospechaba la clase de encuentro que iba á tener allí, ni ellos se imaginaron nunca que Miranda les sorprendiera la guarida.

Este, al acercarse á la casa, se habia adelantado solo.

—Convieni al logro de la pesquiza que vaya yo adelante, porque yendo todos podrian sentirnos.

Ustedes pueden quedarse un par de cuadras atrás, y estar listos para acudir en mi proteccion en cuanto sientan un tiro.

Asi Miranda se adelantó, quedando los cuatro hombres de su partida á unas dos cuadras de distancia.

Para mas seguridad de no ser sentido, Miranda se bajó del caballo á media cuadra de la casa y avanzó á la tranquera donde dormitaba Guasquita.

Pero fué sentido por uno de los perros, que al verlo avanzar empezó á gruñir de una manera amenazadora, despertando á Guasquita que se puso de pié.

Al ver que un hombre avanzaba con tantas precauciones y escuchando que mas lejos se percibia el rumor de varios ginetes, Guasquita saltó sobre su pingo y echó á disparar, despues de haber dado un grito de alarma, que recordó á los demás.

Al ver Miranda á un hombre que disparaba en ropas livianas y con un trabuco en la mano, sospechó que podian ser los Barrientos y disparó un tiro al aire llamando á sus compañeros, mientras saltaba á caballo y atropellaba á Pedro, que era el primero que habia divisado.

Pedro, un poco atontado por el sueño y la sorpresa, á penas tuvo tiempo de alzar su puñal y su trabuco y ganar entre las matas de cicuta, donde se perdió.

Y con el trabuco montado, en mano una y el puñal en la otra, empezó á abrirse camino con los brazos, buscando la salida del otro lado, que conocia perfectamente.

En aquel momento llegaban á media rienda los cuatro soldados, alarmados con el tiro, los ladridos

de los perros y la vertiginosa carrera del caballo de Guasquita.

Miranda vió entonces aquel grupo formado por Perez, Andrade y Julio, que trabuco en mano, trataban de darse cuenta de lo sucedido.

Julio se habia dado cuenta en el acto de lo que habia pasado y en su eterna preocupacion de proteger á su hermano Pedro, lo buscó con un rápido golpe de vista, pero ya este se habia perdido entre el cicuta.

—Dos detrás del que huye! gritó Miranda á los suyos, uno á la salida de la cicuta y otro conmigo.

Para Julio Barrientos, el que huía y detrás del que se mandaban dos hombres, no podia ser otro que Pedro—asi, antes que los soldados se hubieran movido, cortó el maneador de su parejero y satló sobre él en camisa y calzoncillos, por todo traje.

Y armando su trabuco, se lanzó á la tranquera donde estaban los soldados, gritando con voz de trueno:

—Paso á Julio Barrientos! cancha á Julio Barrientos el que no quiera morir.

Por bravos que fueran aquellos soldados, que no sabian con quien se las habian, quedaron sorprendidos y algo asustados al sentir el nombre de Barrientos y ver que este se les venia encima.

Julio aprovechó aquel momento de sorpresa, cerró los talones á su soberbio parejero y se lanzó en una vertiginosa carrera en seguimiento de Guasquita, que para él era su hermano Pedro.

—A ese! á ese! siganlo dos, gritó Miranda, despues de haberle hecho inútilmente un disparo con su revólver.

Dos detrás de ese y uno á la salida del cicuta! repitió furioso, mientras él, seguido del soldado que le quedaba, acometia á donde estaban Andrade y Perez que aún no habian vuelto de su sorpresa.

Miranda hubiera seguido á aquel que dijo ser Julio Barrientos, pero temió que aquello fuera una estratagemata de los bandidos y que los Barrientos fueran aquellos dos que le parecian esperar de una manera tan resuelta.

Los otros bandidos, son los que habian disparado en cuanto lo vieron asomar y Julio y Pedro quedaban allí para pelear resueltamente, como era su costumbre.

—Dense á presos! les gritó Miranda con voz breve y apuntándoles con el revólver á la cabeza, operacion que imitó el soldado que lo acompañaba.

Peró Andrade y Perez no se movieron—aún no se les habia pasado el susto.

La lucha de dos contra dos era ventajosa para ellos pero como se habia sentido llegar tanta gente, calculaban que vendrian en socorro de aquellos dos y que á la larga tendrian que caer presos, haciendo una resistencia que les costaria cara.

—Dense á presos ó hago fuego! repitió Miranda avanzando sobre ellos, sin dejar de apuntar con el revólver; no hagan una resistencia que solo les serviria para agravar sus delitos.

Perez y Andrade se miraron como consultándose y como si se hubieran entendido y convenido, ambos soltaron los trabucos al mismo tiempo, diciendo:—estamos rendidos.

—No tengo porque resistirme, agregó Perez, por-

que no soy ningun bandido y no tengo porque temer á la justicia.

En el primer momento me dispuse á pelear, porque no sabia quien nos avanzaba la éasa: podia ser muy bien gente de Policia, pero lo mas seguro era que fuesen bandidos, porque por estos parajes es lo mas seguro.

Miranda y Fernandez, que era el compañero, ataron fuertemente á aquellos dos y dejándolos seguros, se dispusieron á ir en busca de los otros.

—Puede quedarse aqui, dijo el primero, y matar al que intente moverse, como á cualquiera que intentara prestarles proteccion.

Quienes son los que han huido? añadió dirigiéndose á los dos atados.

—Son Pedro y Julio Barrientos y un tal Guasquita que andaba con ellos.

—Cómo, que ustedes no son Pedro y Julio Barrientos?

—Ya lo vé, somos tan Barrientos como usted mismo—Julio ha disparado delante de ustedes mismos diciéndoles quien era: en cuanto á Pedro, creo que será el que se ha metido en el cicuta.

Miranda se agarró la cabeza con ambas manos, con un ademán desesperado: habia abandonado la verdadera pista, y los Barrientos se les habian ido de entre las manos.

Pensar en dar alcance á Julio, con la delantera que llevaba y el caballo que montaba, era una locura y una pérdida de tiempo precioso.

Si era posible alcanzarlo, ya na habrian hecho los dos soldados que salieron en su persecucion.

Tal vez fuera posible dar alcance á Pedro entre la cicuta, si es que no habia salido, matando al soldado que fué á cerrarle el paso, y tras de esta empresa se precipitó Miranda.

Habia saltado á caballo y entrado á caballo al cicuta, para hacer mas fácil el registro.

Bien pronto sintió unas voces que lo llenaron de alegria; revelándole que Pedro estaba allí.

Miranda apuró el caballo y llegó á donde estaba Pedro, en el momento más oportuno, pues habia sucedido lo siguiente:

El soldado mandado por Miranda se habia situado á la salida del cicuta, donde habia llegado mucho ántes que Pedro, pues iba á caballo, mientras el bandido andaba á pié, teniendo que abrirse paso por entre las matas con el trabuco y el facon.

En esta operacion habia volteado el fulminante del trabuco, sin notarlo.

Pedro creia que una gran partida se les habia echado encima, la imágen de Juan Moreira volvió á cruzarse en su imaginacion y solo atinaba á salir del cicuta donde calculaba que nadie lo habia visto perderse.

Una vez fuera del cicuta, conocedor de todos los alrededores, le seria muy fácil esconderse hasta que pasara todo peligro.

Peró al salir de entre la cicuta, se encontró con el compañero de Miranda que lo esperaba revólver en mano.

Pedro no vaciló, apuntó al pecho del agente con su trabuco y oprimió el dedo, pero el tiro no salió, porque como se sabe, Pedro habia perdido el fulminante.

Ante el aspecto y actitud de Pedro, á quien el agente tomó por Julio, se asustó éste de tal manera, que lejos de hacer uso de su revólver, bajó la mano, completamente dominado por el bandido.

Pedro le puso el trabuco sobre el pecho y montándolo nuevamente, volvió á intentar hacer fuego, pero como la vez primera, no obtuvo resultado.

El vigilante, en vez de rehacerse con aquella feliz casualidad y hacer fuego sobre el bandido, se asustó más aún, y cerró los ojos como si quisiera no verse morir.

Pedro, algo turbado con el inconveniente de su trabuco y no notando la causa que le hacía errar fuego, montó el arma por tercera vez y la apoyó sobre la cabeza del agente.

En aquel momento llegaba Miranda y sin saber lo que sucedía creyó inevitable la muerte de su compañero á quien gritó:

—Ladée la cabeza y mate á ese hombre!

Al oír la voz del nuevo enemigo que llegaba Pedro oprimió el gatillo apresuradamente sin obtener mejor resultado que las veces anteriores.

Y viendo que el recién venido caía sobre él: revólver en mano, arrojó el trabuco contra el suelo y en un ademán de frenética soberbia blandió su daga en la mano derecha.

Y el bandido sonrió con expresión magnífica, preparándose á vender cara la vida.

El vigilante, al sentir la voz de Miranda y ver que Pedro arrojaba el trabuco, recobró el ánimo y apuntando á Pedro con el revólver, le hizo fuego.

—Como Moreira! gritó Pedro al recibir la bala en el brazo izquierdo, el más cobarde es que viene á matar á un valiente.

Ah! mi presentimiento! añadió atropellando á Miranda sin tratar de cubrirse y buscando solo el herir ántes de ser muerto.

Pero Miranda lo recibió con un disparo de revólver, que le produjo una nueva herida en la caja del cuerpo.

—Cómo Moreira, cómo Moreira! repitió Pedro desesperadamente, pero sin demostrar el menor temor, y acometió de nuevo con más bríos que nunca.

Y era magnífico aquel semblante empalidecido por la pérdida de sangre que empapaba la ropa, sonriendo ante la presencia de la inevitable muerte.

Al mismo tiempo que Miranda hacia sobre él el segundo disparo, le hacia fuego también el soldado, tan á quema ropa, que ambas heridas fueron mortales.

Pedro vaciló, el hércules brazo cayó á lo largo del cuerpo y sin abandonar la daga, y finalmente se desplomó sobre un charco de sangre.

Y murmurando siempre aquellas palabras como Moreira! escupió al rostro de sus matadores, y dobló por fin la soberbia cabeza para no alzarla más.

Estaba muerto!

De la banda famosa, no quedaba ya más que Julio Barrientos, pero era el más importante y el más

bravo de todos y el que mayor trabajo les había de dar todavía.

Miranda y su agente arrastraron el cadáver de Pedro hasta donde estaba Perez y Andrade, que á su vista quedaron aterrados.

—Y á Julio también? preguntó Perez que conocía el cariño que éste tenía á su hermano y sabía que no lo había de abandonar en el peligro.

—Crea que á estas horas estarán juntos porque lo han perseguido muy de cerca y lo han de haber alcanzado, por lo menos á la suficiente distancia hacerle fuego.

Miranda, despues de divisar el campo sin ver nada, se sentó á esperar la vuelta de sus agentes, con el presentimiento de que le traerían buenas noticias.

La jornada había sido famosa y de espléndidos resultados; cuando menos se lo esperaba había dado con los bandidos, destruyéndolos en pocos momentos de trabajo y lucha.

La mañana no podía ser más hermosa—el sol se levantaba en todo su esplendor y la naturaleza toda parecía participar de la alegría del agente.

Allí estaban como prenda del triunfo obtenido, los parejeros de Pedro y uno de los de Julio.

También estaban los de Andrade y Perez, pero estos no se podían comparar con los primeros.

A los tiros, los ladridos de los perros y los gritos de unos y otros, habían despertado las mujeres y dos muchachones que dormían en la casa, pero ninguno se había atrevido á salir, sospechando lo que pasaba afuera.

El sargento Miranda hizo montar á Fernandez en uno de los caballos de Pedro y lo mandó de Chasque á Adaro, para que le comunicara lo sucedido y le pidiese viniera para practicar el registro de la casa y tomar las demás medidas que fueran necesarias.

El esperaba de un momento á otro la vuelta de sus agentes, conduciendo á Julio ó su cadáver.

El sargento creía que, cuando luchaba con Pedro había sentido dos disparos lejanos, lo que indicaba, fuera de toda duda, que Julio había sido alcanzado.

Y si esto había sucedido, el resultado tenía que haber sido satisfactorio, porque los vigilantes que lo perseguían eran activos y bravos.

Cuando llegó el Juez Adaro, acompañado de los empleados necesarios, felicitó ardentemente al sargento Miranda por aquella inesperada y feliz campaña, esperando que fuera coronada por la captura ó muerte del terrible Julio.

En el acto se obligó á las mujeres á que abrieran las puertas, encontrándolas presas del más íntimo terror y amargo llanto; llanto que llegó á su colmo cuando vieron el cadáver de Pedro, y el espectáculo que ofrecían Perez y Andrade fuertemente amarrados.

Las pobres mujeres protestaron, aumentando su llanto, de lo que ellas llamaban un atropello, pero á pesar de todas las protestas, Adaro empezó á hacer en la casa el más minucioso registro.

No solo había allí cueros de su propiedad, un número bastante considerable, sino otros pertenecien-

tes á diversos vecinos, como otros cuya marca no era de aquel partido.

Habia además y en buena cantidad, diversos artículos que parecían robados en casas de negocio, pues no teniendo aplicación para aquella gente, no podían haber sido comprados.

Concluida la pesquisa, Adaro se retiró llevándose á Perez y Andrade, escoltados por los dos soldados de Miranda, mientras este se quedaba á esperar el resultado final, que sería la vuelta de los perseguidores de Julio.

Estos cayeron á eso de la siesta, pero solos—podía ser por no haber alcanzado á los perseguidos, pero podía ser también por no haber podido traer los cadáveres.

Así el Sargento, con verdadera ansiedad interrogó á sus agentes, que empezaron á dar cuenta de su mala suerte.

La distancia que llevaba Julio no era muy larga, pero aquel caballo volaba, en vez de correr, ganando cada vez mayor distancia.

Al pasar por una población, salieron algunos perros que atropellaron á Barrientos.

Entonces sus perseguidores creyeron segura la presa, pues los perros detenían el caballo de Julio no dejándolo pasar.

Y apuraban á sus caballos, que no eran malos, preparando sus armas, pues les parecía que ya iban á darle alcance.

Julio se apercibió entonces que lo traían cerca y sacando el trabuco que había acomodado en la pretina de los calzoncillos, hizo un disparo.

Uno de los perros rodó á gran distancia, mientras los otros, heridos tal vez, huían gritando desafortunadamente.

Como aquel disparo privaba á Barrientos de su arma favorita, pues no llevaba consigo con que volver á cargarla, los agentes apuraron sus fletes al mismo tiempo que hacían fuego sobre Julio.

Pero este, libre ya de los perros que estorbaban la marcha de su parejero, le apretó las piernas y en unos cuantos minutos recuperó la distancia que había perdido!

Julio disparaba en la dirección que había visto, huir á Guasquita, creyendo siempre que era á Pedro á quien seguía.

Pero Guasquita había huido mucho antes corriendo cuanto le daba el caballo y, según su costumbre se había hecho perdiz entre los matorrales.

Julio, al ver que eran solo dos los que los perseguían, y a pesar de haber inutilizado su trabuco, hubiera vuelto á pelearlos, pero entonces descuidaba la protección de Pedro y lo dejaba solo, espuesto sabe Dios á cuantos peligros.

Detrás de aquellos dos podían venir más agentes y como Pedro no debía andar muy lejos, no era difícil le dieran alcance, mas, si montaban los caballos que ellos habían tenido que abandonar.

Si Julio hubiera sabido que su hermano quedaba á pie entre el cicutal, seguramente no habría huido y tal vez la jornada hubiera sido de resultado diverso.

Pero él estaba en la persuasión que seguía detrás

de Pedro, y esto le hacía apurar la carrera vertiginosa de su parejero, no para huir de los que lo perseguían, sino para alcanzar á su hermano.

—Es lástima, pensaba no poder escarmentar al tal Miranda, pero ya llegará la ocasión: no hay chanco que esté libre de su San Martín!

Lo que es Andrade, Perez y Guasquita, habrán caído presos á la fija pero quedando nosotros dos de pie, no ha de faltar el día del desquite.

Los caballos de los agentes se iban postrando poco á poco, mientras que el parejero de Barrientos parecía que cada vez se refrescaba más, aumentando e vértico de su carrera.

Julio, mirando de cuando en cuando á los vigilantes y viendo ya que la marcha de estos era un simple galope larga levantó su flete y lo enderezó á las Sierras, que empezó á subir con la mayor calma y soltura.

Parecía, mas que un hombre criminal que iba huyendo de la justicia, un buen paisano que iba á pasear por las Sierras.

Y los vigilantes desesperados, lo vieron perderse primero entre los médanos, desapareciendo poco después de su vista, como si se hubiera fundido entre las altas serranías.

A que seguir más en una persecución inútil, puesto, que ya, ni con caballos de refresco lograrían darle alcance?

Ambos se consultaron y resolvieron regresar á donde había quedado el Sargento Miranda, pues aun podrían ser útiles.

Así quedaban explicados los disparos que había sentido Miranda y que había creído escuchar en ellos, la noticia de la muerte del tremendo Julio.

Grande fué su desesperación al conocer el detalle de lo que había pasado.

Había tenido bajo la mano á los Barrientos, sorprendiéndolos dormidos y había dejado escapar al mas codiciado de los dos, por un exceso de celo que lo había engañado.

Como se salvaría ahora del ridículo en que había caído? cómo se presentaría al jefe de Policía, para decirle que, después de tres meses de persecución incesante, había tomado durmiendo á los bandidos pero que Julio se había ido?

Miranda reprendió duramente á sus vigilantes pero estos no eran precisamente los culpables.

Que podían hacer si no lo habían alcanzado á pesar de todos sus buenos esfuerzos?

—Usted nos podría hacer cargos si se nos hubiera ido por inútiles ó cobardes, pero si no lo hemos alcanzado qué podemos hacer?

Si hubiéramos llevado caballos como el suyo, si quiera, no se nos hubiera ido, vivo ó muerto lo hubiéramos traído aquí.

Ahora entre las Sierras pueden echarle un galgo que no lo alcanzan más.

—Ahora lo alcanzare, dijo Miranda, contemplando con cierto placer el parejero que había dejado Julio.

Por los presos que hemos tomado, ahora les vamos á conocer todas sus guaridas y nos va hacer mucho más fácil dar con él.

En seguida retobaron en un cuero el cadáver de Pedro, entregándolo a la autoridad de Tres Arroyos para que le dieran sepultura.

Miranda dió cuentas al señor Dantas del resultado de aquella jornada, avisándole que él seguía la persecucion de Julio Barrientos.

DUDAS AMARGAS

El golpe de Miranda, de todos modos, habia sido de un gran resultado para aquellos vecindarios que habian sido tan azotados por la gavilla.

Julio se habia salvado, es cierto, pero su gavilla habia quedado deshecha, y él mismo habia tenido que huir casi desnudo, para no caer en poder del tenáz Sargento.

Pedro y Chicoca, los masterribles de todos, por sus crueldades, habian desaparecido, muriendo uno y siendo preso el otro.

Acosta y Cajoles debian haber pasado al extranjero y Guasquita se habia cortado solo, para caer tarde ó temprano en manos de la justicia.

No quedaba, pues, mas que Julio Barrientos, pero quebrado, desmoralizado y teniendo que huir constantemente para no caer en poder de Miranda, que se habia propuesto no descansar hasta no dar con él y reducirlo.

Ya á Julio no le quedaba mas recurso que huir huir siempre ó entregarse, cosa que no haria nunca.

Habia, por parte de Julio, el propósito firme de no dejarse tomarlo y de pelear hasta vender la vida, y por parte de Miranda el perseguirlo hasta encontrarlo y tomar vivo ó muerto.

El reto era por demás interesante, pues la opinion del paisanaje era que Julio no seria tomado jamás, mucho menos ahora que le habian muerto al hermano, por quien tenía locura, muerte que quería vengar por todos los medios á su alcance.

Julio habia ganado la Sierra sacando el cuerpo á los que lo seguian, pero su preocupacion incesante y verdadera, era su hermano Pedro.

Que Pedro habia sido el primero en huir, no tenia duda, él mismo lo habia visto saltar á caballo y lanzarse á la carrera.

Detrás de Pedro habia huido él mismo y despues los agentes que se lanzaron en su persecucion.

Como podia habérselo perdido de vista, el hermano, al extremo de ni siquiera haber sentido la carrera de su caballo?

No podia haberlo alcanzado, puesto que, nadie habia salido tampoco en su persecucion.

Habria tomado otra direccion tal vez y se hábria recostado hácia las Sierras de Ramirez—presumiendo que allí lo iria á encontrar.

Julio se metió en las Sierras y esperó la noche, pues en el traje en que estaba, no se atrevia á cruzar el campo.

Además andaba en pelos, no tenía cargas para su trabuco, y perseguido como estaba, no se atrevia á lanzarse al campo sin otra arma que su puñal.

El mismo Pedro, que debia hallarse en una situacion idéntica, tal vez se asomara por allí á la noche y les fuera fácil encontrarse.

Sino, se hiria á lo de Juana, no solo en busca de su hermano sino de las prendas que necesitaba.

Julio pensaba con espanto en el peligro inmenso que habian corrido, pues solo debido á los ladridos de los perros, no habian sido tomados durmiendo.

Y pensar que solo por haberse dormido ese infame de Guasquita les habia sucedido semejante chasco.

Seguramente Guasquita, como Perez y como Andrade habrian sido presos, como castigo á aquella falta imperdonable.

—Y si no es así, pensaba, donde yo llegue á encontrar al tal Guasquita le he de sacar los ojos, para que no los vuelva á abrir en su vida.

Y Julio se sentó al lado de su caballo, alerta á todo ruido que pudiera acusar la presencia de un ginete.

—Pobre Pedro! pensaba, él que tanto temia nos fuera á suceder lo que á Moreira, casi le ha salido cierta su preocupacion, porque como á él, nos sorprendieron durmiendo.

No importa, añadió, de los escarmentados nacen los avisados y ya no me fiaré de nadie para dormir, mas que de Pedro; y cuando los dos tengamos mucho sueño, vendré á dormir al lado de Juana mientras ella me vela el sueño: no se ha de dormir ella! ni me ha de dejar espuesto á una sorpresa.

Todo el día lo pasó en la Sierra, pensando que era preciso convencer á Pedro y abandonar definitivamente aquella vida, pues ya no se podia resistir una persecucion tan tenáz y decidida.

A la caída de la noche Julio montó á caballo, descendió la Sierra y con mil precauciones tomó, cortando campo, la direccion de la casa de Coelli.

No tenia duda alguna de que allí se encontrara Pedro esperándolo y preso de la misma agitacion que lo dominaba, porque no sabia que habria sido de él.

La pobre Juana, al escuchar de boca de Pedro que él habia salido huyendo y perseguido de cerca, estaria entregada al dolor mas íntimo y desesperante, pensando tal vez que lo habrian muerto ó herido, por lo menos.

En cuanto á esto, Julio no se equivocaba, porque Juana estaba entregada á la mayor desolacion.

La noticia de la destruccion de los Barrientos se habia entendido por toda la campaña con increíble celeridad.

El telégrafo la habia llevado de Comisaria en Comisaria y los vigilantes se habian encargado de desparramarla á su vez, tomando la copa en las esquinas.

Para ellos, aquel era un alivio inmenso: ya no vivirian bajo la eterna amenaza de los bandidos, que los perseguia á muerte como otra Policia.

Ya no tendrian que cuidarse tanto, y podrian cruzar por todas partes, haciendo noche donde mejor les pareciera.

Porque ellos habian escuchado la noticia en globo y creian que todo habia concluido para los Barrientos, que Pedro y Julio habian sido muertos en la lucha y que todos los demas habian caido en poder de la justicia.

Esta fué la noticia que llegó hasta los amantes oidos de Juana.

Al principio escuchó la noticia como aturdida por su mismo golpe, y rompió á llorar de una manera desesperada, como si aquel dolor le hubiera arrebatado el juicio.

Y corria de un lado á otro arrancándose los cabellos con ademán furioso y destrozándose la ropa.

Y llamaba á Julio con su palabra mas tierna y apasionada, acompañando su nombre de mil caricias.

De pronto se irguió toda, como á impulsos de una idea súbita, y acercándose al paisano que habia llevado la triste noticia, preguntó:

—Y cuantos han muerto de la partida que los sorprendió?

—Ninguno, respondió el paisano, aterrado con el efecto producido por su noticia; parece que los han sorprendido durmiendo y no les han dado tiempo á defenderse.

—Entonces los han asesinado, rugió en un ademán mas soberbio y amenazador—los han asesinado de miedo, sin darles tiempo á despertar.

—No parece, porque Pedro se resistió y no pudo hacer nada porque se le habia caido el fulminante del trabuco, lo que quieren decir que algo han peleado.

—Entonces la mirada de Juana se iluminó con un relámpago de alegría, secó sus lágrimas rápidamente y con acento enérgico y convencido exclamó:

—Pues ahora yo les digo á ustedes que Julio Barrientos no ha muerto porque solo dormido hubieran podido asesinarlo.

Si Pedro ha peleado, ha peleado Julio y peleando Julio, no son capaces de matarlo todas las policias de la Provincia y del mundo entero.

Ahora, si de la Policia no ha muerto nadie, yo garanto que Julio no ha peleado: es demasiado valiente y soberbio mi Julio para dejarlos ir sin una marca.

Yo he llorado y me hubiera muerto de pena, porque en el primer momento creí que lo habian asesinado durmiendo, pero ahora que se que no ha

muerto ningun policia, yo sé que Julio se ha ido sin pelear, porque así le habrá convenido.

Y es tal la seguridad que tengo que ya me ven que estoy contenta que me río y espero verlo aquí dentro de poco.

Y Juana reia efectivamente, pero con una risa nerviosa y fria que mostraba la agitacion profunda y el dolor intimo de su corazon enamorado.

Aquella alegria tan forzada y que contrastaba tanto con la espresion dolorosa del semblante, hizo temer á Coelli seriamente por la razon de su hija.

—Si era imposible! exclamaba la pobre jóven, si yo he sido una imbécil en creer la primer noticia que me han dado! yo debia haber pensado que eso era un disparate, porque Julio es un bravo cuyo coraje no tiene igual en el mundo!

Y volvió á llorar amargamente y abatió la bella cabeza entre las manos, como sino pudiera soportar su peso.

Y lloraba de una manera conmovedora, porque la duda mas acerca se habia apoderado de su corazon.

Los que con ella estaban, guardaron silencio, no queriendo aumentar la duda que amargaba aquel espíritu.

A la siesta empezaron á caer á casa de Colli los amigos llevando la noticia con diferentes detalles, pero exacta en su resultado.

Julio, como Pedro, habian muerto y los demás habian caido en poder de Miranda.

Juana escuchaba á todos y lloraba, lloraba con creciente amargura, pero sin la desesperacion del primer momento.

—Yo lloro, decia, no porque crea que Julio ha muerto, porque eso es imposible, sino porque me han sorprendido con la noticia y me han hecho sentir cuanto lo queria.

Lloro pensando el peligro que ha corrido y calculo los esfuerzos que habrán hecho para alcanzarlo y matarlo.

Pero vamos á ver quien ha visto á Julio muerto?

El que me contó á mi la cosa, me dijo que él habia visto á Andrade y á Perez con una barra de grillos, y á Pedro, muerto y lleno de heridas de bala.

—Y Julio, quién lo ha visto?

—Julio no estaba en el Juzgado, pero decian que mas atrás lo traian Miranda y los suyos, retobado en un cuero.

—Mienten! gritó Juana—Miranda y los suyos no son capaces de traer á Julio, ni aunque estuviera muerto, porque muerto y todo le habian de tener miedo, creyendo que iba á levantarse y coserlos á puñaladas.

Yo digo que á Julio no lo han muerto, ni lo matarán nunca: yo he visto la cara á ese Miranda, y sostengo que ese hombre, por mas guapo que sea, no tiene laya de poder con Julio, ni solo, ni acompañado de cincuenta.

Y ya lo verán ustedes, no ha de pasar la noche sin que venga á mostrarles lo que yo digo y á calmar mi agitacion.

Y si es verdad que Pedro ha muerto, mi Julio es-

tá salvado, porque era el amor de su hermano lo que lo hacia seguir en aquella vida.

Y así pasaron el día, calculando lo que podía haber sucedido y no comprendiendo, efectivamente, que los Barrientos hubieran sido muertos sin siquiera haber herido á sus perseguidores.

Juana los habia escuchado llorando amargamente unas veces, y riendo otras.

A medida que la noche se acercaba, su alegría iba acentuándose cada vez mas, porque decia que Julio ya no podria tardar.

—El tiene que esperar la noche para venir, porque tal vez el campo esté lleno de partidas y él anda mal de armas ó tenga sus caballos cansados.

Y se ha de apresurar á venir para calmar mis temores, aunque para ello tuviera que correr un gran peligro: ah! si mi corazon no lo conociera, quien lo iba á conocer!

Si pasa la noche sin que Julio venga, entonces si será verdad que lo han muerto, pero entonces tambien soy yo capaz de buscar al Sargento Miranda y meterle en el corazon veinte puñaladas.

La noche llegó por fin, y el mate empezó á circular de mano en mano.

La curiosidad habia picado á todos, y todos querian esperar la vuelta de Julio, de cuya muerte tambien habian empezado á dudar, ante la seguridad de Juana.

Asi como á la caída de la tarde Juana habia empezado á sentir renacer toda su alegría, á medida que pasaba la noche se sentia oprimir el corazon y renacer su duda.

Para ella era indudable que si Julio estaba vivo no dejaría de llegar antes de la madrugada.

—Quiero ser la primera que sienta el galope de su caballo, dijo, y salió afuera de la casa: que nadie mas salga, agregó, porque quiero tener el gusto de anunciarles yo la vuelta de Julio.

Ninguno se movió de su asiento, asombrados ante la seguridad de la jóven.

Coelli la miró salir, en su ademan mas triste, y exclamó: pobre mi hija! está enamorada de una manera espantosa, y si han muerto á ese hombre, ella se me vá á morir de pena, ó se me vá á volver loca!

—Puede ser que no, exclamó otro—realmente pensando en la cosa, no se explica como hombres tan bravos puedan haber sucumbido sin causar el menor daño.

—Es que si los han tomado dormidos, tal vez se hayan contentado con matar á los Barrientos, que eran los mas terribles, y tomar vivos á los demás, que se habran asustado y entregado sin hacer resistencia.

—Es que los Barrientos no se descuidaban y no dormian nunca sin un centila que les guardara el sueño! por eso es que jamás han podido sorprenderlos.

Y el tiempo pasaba sin que se sintiera el menor rumor que anunciara la proximidad de un ginete.

Parecia pues, que la noticia fuese cierta y que Julio, como Pedro, hubieran sucumbido.

De pronto Juana dió un verdadero alharido y saltando hácia la casa, con indescriptible alegría, es-

clamó: ahí está! ahí está mi Julio! bien decia yo que no podian haberlo muerto!

Todos salieron afuera, y escucharon el rumor que producía el lejano galope de un caballo.

—Y en que conoces que sea ese Julio Barrientos? preguntó Coelli.

—Si yo no conociera el galope de su caballo, no conocería tampoco su voz, porque las dos cosas las he oido siempre juntas.

Conozco el andar de su caballo porque nadie galopa como él y hasta me parece que veo sus orejas derechas y atentas, al divisar su sitio de descanso, donde siempre regalonea una semana.

El galope se iba acercando cada vez mas y era indudable que era aquella la direccion que traía el ginete.

Todos estaban en el patio hendiendo el espacio con la mirada, ávidos de cerciorarse si el misterioso ginete era ó no Julio Barrientos.

Poco tuvieron que esperar, pues no tardó en aparecer la blanca silueta del paisano; destacándose de entre las sombras de la noche.

El traje ligero en que llegaba Julio hizo que los demás no lo conocieran, pero Juana no se engañó, porque ella miraba tambien con los ojos del corazon.

Se precipitó al caballo y se abrazó de Julio con febril ansiedad.

La presencia del paisano, vivo y salvo, habia renovado todas sus angustias y el traje en que se presentaba, acusando el peligro que habia corrido, le habia sacudido fuertemente.

Y Juana lloraba y reía y acariciaba á su amante con toda la pasion de su alma.

—Que momento amargo! decia, no se como la desesperacion no me ha muerto.

Sorprendido el paisano con el llanto y las palabras de la jóven, se dejó caer del caballo irguiéndose en toda su soberbia y encarándose con los que allí estaban preguntó:

—Qué significa esto? qué sucede á esta mujer.

Julio pensaba que se le habia pedido el miedo por lo sucedido aquella madrugada y que creyéndolo muerto, tal vez habian mortificado á Juana haciéndola llorar.

Y la tomó de la mano sin apartar su mirada sombría del grupo de paisanos.

—Nadie me ha hecho nada respondió ella radiante de alegría, es que me habian dicho que te habian muerto, y aunque yo no lo creia nunca, el placer de verte me ha hecho llorar.

La mirada de Julio volvió á su habitual expresion bondadosa y devolviendo á Juana sus caricias, respondió: no me han muerto, porque asi no mas no se me mata á mí.

El cañalla de Guasquita, q' era quien velaba nuestro sueño, se dejó sorprender y nos agarraron dormidos, al extremo de que no me han dado tiempo ni de ponerme el chiripá.

Sin cargas para el trabuco no tenia mas armar que el puñal y ellos nos metian cada chumbo que daba miedo.

No ha venido Pedro por aquí?

—Juana se aterró al escuchar aquella pregunta,

porque ella revelaba que Julio no conocía la muerte de su hermano, y queriéndolo como lo quería, la noticia debía hacer en él un efecto terrible.

No se atrevió á decirle la verdad tan de repente y se limitó á contestar: no lo hemos visto.

—Entonces no ha de tardar en venir, pues me parec que somos los únicos que habremos salvado; ha sido una desgracia tremenda.

—Pero entra, decía Juana, con eso te vistes—felizmente aquí tienes ropa y hasta cargas para el trabuco—nada se ha perdido.

—Si pero es que no puedo fiarme mucho—esos canchales han de andar alborotados con la feliz bolada que han tenido hoy, y son muy capaces de andarme campeando á mí y á Pedro—yo no me fio de nadie, porque una casualidad no sucede dos veces y yo he escapado casualmente.

Pedro no puede tardar en llegar, porque sabe que aquí ha de encontrarme; desnudo como yo, habrá esperado que cierre la noche para venir y espero que caiga de un momento á otro.

Probablemente como yo ando sin armas y tiene recelo que lo encuentren.

—Bueno, dijo Juana, yo voy adentro á arreglarte la ropa y mientras vas á vestirte yo vigilaré el campo—ya sabes que á mí no ha de sorprenderme nadie.

—Solamente así estaré tranquilo y solamente así podré dormir un momento, pues ando pasado de sueño y de necesidad de descansar.

Juana fué á arreglar un poco de la ropa de Julio que ella tenía y las cargas del trabuco, yendo el paisano á vestirse, mientras ella saltaba á caballo y salía á recorrer los alrededores.

Los paisanos quedaron comentando la ignorancia de Julio, respecto de la muerte de su hermano, porque ninguno sabía como habían pasado las cosas.

Era preciso, según ellos, irle dando la noticia poco á poco, para que no fuese á recibirla de golpe y sufriera una impresión tremenda.

Cuando Julio volvió, ya vestido y armado, Juana andaba todavía dando vuelta los alrededores.

Julio la llamó y se sentó afuera, á su lado, mientras sus compañeros y amigos le alcanzaban un buen churrasco y se preparaban á invitarlo con mate.

—Después que coma un poco y mientras viene Pedro, voy á descansar un momento, aprovechando tu vigilancia, decía á Juana, y dando golpecitos sobre su trabuco agregaba:

Ahora tengo aquí á mi amigo, con buena ración de ronquidos; así, aunque se me venga toda la Policía encima, ni cuidado que se me dá.

—Pero como es que han podido sorprenderlos tan fiero? preguntaban los gauchos, ávidos de conocer los detalles de la lucha—como á usted que es tan precavido ha podido descuidarse tanto?

—Fatalidades y cosas del destino, no más, repuso: estábamos muy cansados y nos acostamos á dormir, fiados en la vigilancia de Guasquita y en que nos se tenía la menor noticia de que por allí andaviera la Policía.

Sin duda aquel canalla se durmió y el tal Miranda, que nos andaría siguiendo la pista, cayó con los suyos como una tormenta.

Al ladrido de los perros y gritos de los que atacaban, desperté y poniéndome de pié traté de darme cuenta de lo que sucedía.

El peligro era inminente porque estábamos rodeados, completamente rodeados y con la salida tomada.

Busqué á Pedro rápidamente y felizmente lo ví que, habiendo saltado á caballo, emprendió la fuga á gran carrera.

Salvo Pedro, poco se me importaban los demás que estaban asustados y sin saber que hacer.

Guasquita había ganado dentro del cicuta, donde se preparaban á cercarlo como á perro rabioso.

Todo aquello fué como relámpago, pues no podía perderse un minuto.

Corté de un tajo el maneador de mi pingo y salté presuroso armando el trabuco—y atropellando al centro donde se amontonaba los sarnosos, les pegué el grito de campo á Julio Barrientos!

Aquello fué como voz de mando, los milicos se abrieron en calle, pero en cuanto hube pasado, algunos empezaron á peinarne el bulto.

Juana, estremecida, escuchaba la narración de Julio, pareciéndole que ya lo veía en peligro de muerte, y le acariciaba las manos como si así quisiera compensarle el mal rato sufrido.

—Yo corrí, corrí duro, porque quería alcanzar á Pedro y prestarle ayuda, pero Pedro no parecía; había salido antes que yo y debía hallarse muy lejos.

Y corrí inútilmente mucho tiempo, sin poderle echar la vista encima.

Si no lo alcanzaba yo, menos lo alcanzarían ellos, porque había salido muy adelante ó tomado otra dirección.

Convencido de esto, empecé á recostarme á las Sierras, porque no era tampoco negocio de andar corriendo todo el día.

Y Julio reía como un loco al recordar el apuro en que lo habían puesto los perros que le salieron al paso.

Allí me les hice perdiz y esperé la noche para venirme por acá, en la esperanza de hallarlo, pero veo que ha andado más lerdo y que no ha de venir hasta la madrugada.

El caso de Julio quedaba así perfectamente explicado: en la confusión del primer momento, había tomado á Guasquita por Pedro y á este por aquel.

Así estaba persuadido que su hermano se había salvado, y que Guasquita, como Andrade y Perez habían caído en poder de Miranda.

Quien se animaba ahora á sacarlo del error y decirle la verdad de lo sucedido? por lo menos, aquello no era posible hasta no prepararle el espíritu.

—Bueno, concluyó Julio, concluyendo al mismo tiempo con su churrasco—yo me voy á hacer rosca por aquí un momento mientras llega Pedro—así aprovecho el tiempo y descanso, porque sabe Dios lo que tendremos que andar todavía.

—Y se levantó y se hizo una rosca al lado del fagon, mientras Juana le velaba el sueño.

Era tal el cansancio del paisano, que apenas habia recostado la cabeza sobre los brazos, dormia profundamente.

—No hay que decirle una sola palabra de Pedro hasta no prepararle el corazon decia Juana, porque es muy capaz de morir de un ataque á la cabeza.

Poco á poco se le irá soltando la desgracia hasta llegar al fin.

Lo que es por mí, esa es una desgracia de que me alegro: Pedro era un bandido que no tenia composura posible y que impedia á Julio de salirse de esta vida espantosa, donde tarde ó temprano tenia que sucederle alguna desgracia de muerte, como la que se ha librado milagrosamente.

Así, libre ya de la obligacion de velar por la vida de su hermano, huirá de esta vida y se entregará al trabajo honrado en que vivió siempre.

Pobre Julio, vá á sentir en el alma la muerte del hermano, pero será mayor el beneficio que con ella ha de recibir, para la tranquilidad de su espíritu y la felicidad de los que verdaderamente le quieren.

A cada momento la jóven montaba á caballo y daba una larga vuelta, observando el campo, atenta al menor rumor de caballos.

Era natural que sabiendo que Julio habia salvado solo, lo persiguieran queriendo ultimarle, y era natural que vinieran á buscarlo allí, donde sabian que tenia la prenda mas querida de su corazon.

Julio durmió como un bienaventurado hasta la madrugada, en que lo despertó el movimiento de la peonada que se entregaba al trabajo de todos los dias.

La primera pregunta que hizo, despues de acariciar á Juana con todo el amor de su mirada, fué referente á Pedro.

—No ha venido todavia, contestó Juana, quien sabe lo que le habrá sucedido.

—Es extraño, dijo Julio, muy extraño—á donde puede haber ido este muchacho, cuando sabe que aqui me vá á encontrar con seguridad?

No sea el diablo que me lo hayan sorprendido por ahí y lo hayan obligado á disparar mas afuera.

—Y decime, preguntó Juana, queriendo preparar el espíritu de Julio, estás bien seguro que el que vistes huir era Pedro y no Guasquita?

—Como no, respondió Julio sin caer aun en sospecha—sorprendido Guasquita, que dormia á la entrada, no ha tenido tiempo de montar á caballo y ganando al pajonal y cicutal.

Pedro despertado por él, pudo saltar á caballo y salvarse.

Solamente á Pedro no lo habria yo alcanzado, por eso no tengo duda de lo que digo.

—Yo decia eso, porqué segun he oido ayer á uno que paró por aquí, Pedro tambien habia sido tomado por Miranda.

—Eso no es razon, puesto que tambien dijeron que á mí tambien me habian muerto.

—Es que me dijo que los habia encontrado en el camino y que habia reconocido á Pedro entre los tres que traian.

Añadia que tambien te habian muerto, pero no decia que te hubiera visto.

Por eso pensaba yo que hubieras confundido á Pedro con Guasquita creyendo que era aquel el que huia.

Julio empezó entonces á ponerse sério y pensativo, pues bien podia haberle sucedido aquel error, en medio de la confusion y sorpresa del primer momento.

—Yo necesito saber eso con certeza, dijo, porque no puedo estar aqui tranquilo mientras Pedro corre tal vez un peligro de muerte: voy á averiguar la verdad y vuelvo.

—Eso si que no, saltó Juana, viendo que el paisano se dirijia á su caballo en la intencion de montar; es una imprudencia que pueda costarte cara y con la que nada vas á remediar.

—Y como no he de remediar? si Pedro está preso lo pongo yo en libertad ó me borro el nombre que tengo.

—No señor, no señor, porque si te vas me voy yo tambien y si te matan me hago matar en seguida.

—Pero yo no me puedo quedar así, yo necesito saber la verdad de lo que ha sucedido para poder proceder como sea necesario, la duda que tengo ahora concluirá por hacerme perder la cabeza.

—Mandaremos averiguar y te traerán noticias verdaderas, yo te lo aseguro: quién quiere hacerme ese favor? preguntó á los paisanos presentes.

Todos se ofrecieron y fué preciso que Julio designara al que habia de ir, diciéndole que averiguara ante todo y sobre todo si Pedro estaba preso, pues de los demas poco se le importaba.

El paisano se fué, sabiendo que su comision se limitaba solamente á perder el dia y la noche en alguna esquina de los alrededores, desde que ya sabian todos la verdad que queria conocer Julio.

Este se quedó triste y pensativo, la mas acerba duda se habia apoderado de su espíritu y eran inútiles ya los esfuerzos que para distraerlo hacia Juana.

Y de conjetura en conjetura, Juana pasaba intencionalmente á la posibilidad que Pedro hubiera sido muerto.

—Y no habrá mas que conformarse, decia, porque con desesperarse y aflijirse nada se habrá de remediar.

—Es que no lo han muerto! es que yo no quiero que lo hayan muerto! gritaba Julio entonces—y si tal pudiera suceder juro que no habia de descansar hasta enterrar por mi mano á toda la justicia de la campaña.

Pero no hay que pensar bolazos, yo mismo ví huir á Pedro, y no me cabe la menor duda de que se ha escondido por ahí.

—Todo es posible, decia Juana, porque si se hubiera equivocado y fuera Pedro el del cicutal, nada de extraño tendria que hubiera peleado hasta morir.

—Pero es que entonces se diria tambien á quienes él ha muerto á su vez, porque no es Pedro muchacho de dejarse matar de arriba.

Todo aquel dia y toda la noche la pasaron haciendo cálculos y esperando la vuelta del bombero que habian mandado.

Y como Pedro no habia llegado, Julio habia empezado á creer ya en la posibilidad de una desgracia.

Durante el dia creyó á dormir y á comer, estaba preocupado tristemente, y en vano pensaba bien en el tipo aquel que vió saltar á caballo y disparar, no se persuadía que se habia equivocado.

—Aquel era Pedro, lo juraría, exclamaba, sin embargo la claridad de los primeros a bores era muy dudosa, y la sorpresa muy brusca—bien podia haberse equivocado y confundido á Guasquita con su hermano.

Juana, interesada en que Julio recibiera la noticia suavemente y no de golpe, hacia mil congeturas, asegurándole que, segun decian, Pedro habia sido tomado y herido un poco, haciendo señas al padre para que le apoyara.

Y Coelli, á su vez, decia que algunos paisanos con quienes habia estado ese dia, le aseguraron lo mismo.

—Si eso fuera verdad, decia Julio, me voy al juzgado, y veremos si soy ó no capaz de ponerlo en libertad, aunque el mismo Comisario esté de centinela de vista.

—Si eso es verdad, no hay mas remedio que conformarse y tener paciencia, porque peor será que te espongas á caer tambien, si te matas en la maltriguera, y á dejarme á mi sola y espuesta tambien á que me persigan porque era tu mujer y porque así les dá la gana.

—Allí veremos, repuso Julio, porque yo no puedo abandonar á mi hermano tampoco, y dejar que se limpien en él las manos, estando yo vivo, porque entonces no mereceria ni tu mismo cariño.

—Todo se debe hacer en defensa de los suyos, pero cuando las cosas no tienen remedio, es preciso tambien tratar de no empeorarlas.

De todos modos, pronto ha de venir quien pueda sacarte de dudas.

Así pasaron la noche, discutiendo siempre sobre las mismas cosas y sin poder atinar con la verdad de lo sucedido.

El tiron desde allí hasta el juzgado era largo y era preciso tener paciencia, porque con aflijirse no se habia de acertar la distancia.

A la noche Julio no quiso dormir tampoco, pero tuvo al fin que ceder á las reflexiones razonadas de Juana, que le decia:

—De un modo ó de otro, es preciso que estés fresco y descansado porque sabe Dios lo que tengas que hacer.

Sabiendo que has quedado solo, ahora todo el mundo se te va á echar al camino y vas á tener que vivir en eterno sobresalto, si no te pierdes por un poco de tiempo, hasta que se olviden, creyendo que has ido á los indios ó á las provincias.

Yo te velaré el sueño y te despertaré en cuanto llegue el chasque.

—Bueno, voy á dormir un poco, para que duermas tambien tú, pues no es negocio que por mí esté de pié todo el mundo.

Y envolviéndose en el poncho, se tiró en el suelo, cerca de su caballo, y con las armas preparadas.

El chasque, calculando el tiempo que necesitaba para ir y volver al juzgado, se habia ido á una es-

quina á tomar la copa, contando á dos paisanos que allí habia, en la comision que andaba.

—Yo soy amigo de Julio, dijo uno de ellos, y lo voy á acompañar, para que no le quede duda de lo que ha sucedido: que he visto á Pedro muerto y he visto tambien cuando lo llevaron á enterrar.

Tenia tres agujeros en la espalda y uno en el pecho, por donde le cabia el puño,—se conoce que las balas con que le pegaron á ese, eran de las de á onza, y reforzadas, porque los buracos eran bárbaros.

—Bueno, entonces esperaremos hasta la madrugada, y así podré decirle que vengo del juzgado.

Así, á la madrugada se pusieron en camino para lo de Coelli, á donde llegaron sol alto.

Julio Barrientos habia dormido gran parte de la noche, despertándose y levantándose para que Juana hiciera lo mismo.

La jóven se habia ido á descansar, pero encargando que en cuanto llegase el chasque, la despertaran, porque si Julio sabia que Pedro habia muerto, querria ir á hacer un desatino, y ella sería la única que lo podria contener.

Así, en cuanto llegaron los paisanos, la despertaron, y se vino inmediatamente en busca de Julio, á cuyo lado se sentó.

—Y bien, dijo éste, qué es lo que hay? Has averiguado algo?

—Cómo no? Sabemos todo lo que ha sucedido y la desgracia del amigo Pedro, por consiguiente.

—Entonces es cierto que Pedro está preso? exclamó pálido y conmovido,—es cierto entonces que yo me equivoqué como un animal, ó lo han tomado des-pues?

Qué tiene Pedro, qué tiene?—añadió con la mayor agitacion.—A él, para tomarlo, tienen que haberlo peleado duro y herirlo, porque sinó se les hubiera ido.

Pronto, canejo! que la duda me está asesinando!

—Bueno, dijo el chasque, lo que ha sucedido es que el paisano que ganó el cicatal era el amigo Pedro y no Guasquita, como usted pensó; éste debe ser el que se ha salvado, porque no está en el juzgado.

Una vez en el cicatal, á pié, dos le ganaron la salida, mientras otros entraban siguiéndolo,—así lo han encontrado y lo han peleado hasta rendirlo.

—Y está muy lastimado y abatido, ó son heridas de poca monta?

—Las heridas son fierazas, y dicen que se va á morir, y que no se sabe cómo con esas heridas no se ha muerto ya.

—Maldita sea mi suerte! gritó Julio poniéndose de pié desesperadamente, yo les voy á mostrar á esos hijos de perra quien soy yo!

Y se acercó á su caballo con ánimo de montar, pero Juana lo detuvo.

—A qué vas á ir allí? A hacerles el gusto de que hagan con Julio lo que han hecho con Pedro, y se acaben los Barrientos.

—Es que yo quiero quitarles á mi hermano, si quiera para que no se muera como un perro.

Fué entonces que el paisano que habia venido de acompañante, tomó la palabra en apoyo de Juana, y dijo:

—Mire amigo, á los hombres como usted, de corazon y de estómago fuertes, se les puede decir todo—su viaje al juzgado seria inútil.

Su hermano Pedro no ha sido traído vivo, lo mataron dentro del cicutal, porque su trabuco no dió fuego y tuvo que pelear á puñal con gente que iba armada á revolver, y qué revolver!

—Quién ha visto á Pedro muerto?

—Lo he visto yo é infinidad de gente que estaba allí amontonada allí al tun tun de la noticia.

Ese mismo dia que lo trajeron lo enterraron, porque no les quedaba mas que hacer—y yo, como todos los demás, lo vimos llevar, porque hicimos de acompañamiento.

Con que ya vé que yendo al juzgado no va á remediar nada, y va á esponerse que una bala traicionera lo saque del medio.

Julio estaba transformado—nunca se le habia visto andar así como loco, sin darse cuenta de lo que hacia.

Caminaba por todos lados, miraba de una manera terrible á las personas que le rodeaban, y poniendo sus manos en la mata de los cabellos, se los tiraba con ademan iracundo.

Aquel dolor era realmente conmovedor, pues debia ser muy íntimo cuando doblaba así á aquella naturaleza tan vigorosa.

—Con que lo han muerto! exclamó al fin, con voz sombría—con que lo han muerto, con que lo han asesinado validos de la ocasion! Está bueno, pero ya nos veremos las caras y el corazon, veremos tambien cual entierra á cual!

Quién era entonces el que se escapó, y á quien yo desgraciadamente tomé por Pedro?

—El único que falta, puesto que Perez y Andrade están presos, el que disparó no puede ser otro que el tal Guasquita.

—Ah! hijo de mala madre! quién sabe si nó ha estado en combinacion con ellos! pero si yo le llevo á echar el guante, ni para guasquitas va á servir porque lo voy á dejar mas seco que una manta de charque.

—Ahora se nos ha dicho que se ha dado orden general á todas las policias, de perseguirlo á usted, aprovechando que anda solo y que así dicen que será mas fácil tomarlo.

—Puede ser que á mí me tomen, pero lo que garanto es que no han de tener este gusto sin matarme antes, y cuidado que para matarme, hay que amarcarse fuerte y tener el corazon bien retobao.

Vivo, he jurado por la memoria de mi madre que no me toman á mí.

Eso por una parte y por otra que ántes de morir tengo que vengar á Pedro, en esa partida de bandidos que lo ha muerto tan al pepe y en el Guasquita causante principal de todo cuanto nos ha sucedido.

Aquí se van á venir de un momento á otro y ya no quiero pelear en las casas, así es que me voy á retirar un poco, para que así siquiera me agarren lejos de las casas, y pueda pelear de la manera que mas me convenga.

—No te vés! gritó Juana tomándolo de un brazo, note vés, cuando está el campo rodeado de comisiones que te buscan á pleito.

—Mejor estás aquí, porque estás mas seguro y

porque te salvará quien te avise en cuanto asome una partida á dos leguas de distancia.

—Es que yo tengo á mi vez que bombear á Miranda, para saber donde anda y donde lo podré agauitar con ventaja.

Tengo tambien que bombear al Guasquita, á quien se le debe la muerte de Pedro, siquiera para tener el consuelo de sacarle los matambres y dárselos á comer á los zorros.

—Pero qué vas á sacar con todo eso? preguntaba Juana llorando,—vas á deshacer lo que ha sucedido ya? Lo vas á resucitar á tu pobre hermano?

No te vayas de mi lado que es lo único que te queda en el mundo, y á quien mas falta haces tú mismo, llámate á sosiego y verás como se olvidan de tí; al fin y al postre, algun dia podrás volver á estos pagos.

De otro modo yo tambien me voy contigo, y corremos la misma suerte.

—Y cómo quieren que yo deje todo así, que pase por alto la traicion de Guasquita y la muerte de mi pobre Pedro? Esto no puede ser, y alguno me la ha de pagar.

—Pero es que con todo eso y mucho mas, no vas á resucitar á Pedro, sino á esponer tu vida y la mia, puesto que el dia que te maten, me hago matar ó me mato yo misma.

Lo que ha sucedido á Pedro es natural, y por mas que hagas no se podrá modificar.

Julio se retiró del lado de su caballo, convencido por Juana de que iba á hacer una tontera, y se volvió á sentar, abatido por el dolor.

La noticia de la muerte de su hermano, tan inesperada para él, lo habia abatido por completo, haciéndole perder, aunque momentáneamente, su habitual energía.

Puso la cabeza entre las manos, y se le oyó sollozar de una manera conmovedora.

Cuando un hombre del temple de Julio Barrientos solloza, es porque la pena que lo agovia ha conmovido de una manera poderosa su físico como su moral.

Así, se veia sollozar por la muerte de su hermano, á aquel hombre altivo y valiente, cuyo corazon no habia peligro capaz de conmovier.

Julio permaneció en aquella actitud mucho tiempo, sin que nadie se atreviera á turbarlo en su reposo y silencio.

Cuando levantó la cabeza, tenia los ojos rojos: Julio Barrientos habia llorado.

—Estas lágrimas, dijo entonces con solemne reposo, me las tienen que pagar, no con lágrimas, sino con sangre.

La vida es larga y no hay hombre que no llegue á encontrarse alguna vez con quien quiere.

Ahora le ha tocado á Pedro; ya les tocará á ellos tambien, uno por uno y á medida que los vaya agarrando.

Yo me voy porque no quiero que me rodeen aquí como zorro en la cueva.

Dentro de unos dias volveré por acá y entonces determinaré lo que se ha de hacer,

—Yo quiero acompañarte, dijo Juana, porque tengo miedo que solo, vayas á hacer lo que no debes.

—No me acompañes, porque yo voy á andar á

monte y no servirías mas que para entorpecer mi marcha y hacerme andar lleno de dificultades.

Yo te juro por la memoria de mi mismo hermano que no voy á esponerme á ningun peligro, sinó á bombear como andan las cosas por donde los que me buscan; en seguida pego la vuelta, ya con la determinacion fija de lo que debo hacer.

—Si es asi, me quedo conforme; mucho cuidado Julio, porque no solo vas jugando tu vida, sinó que tambien juegas la vida mia.

Y llorando se abrazó de Barrientos y lo estrechó apasionadamente en señal de despedida.

—No tardo mas de cuatro ó cinco dias, dijo el paisano saltando sobre su pingo; ya sabes que á mí no se me mata á dos tirones.

Y cerrando las espuelas al flete, se puso á galopar, perdiéndose bien pronto de vista detrás de las hermosas serranías.

Juana entró entonces á la casa y se puso á llorar amargamente: á la pobre jóven le parecia que ya no iba á volver á ver mas á su amante.

LA POLICIA ASESINA

Como se lo habian dicho á Barrientos y como él mismo lo habia pensado, en cuanto supieron que andaba solo, todas las policias se lanzaron tras él.

El partido se les hacia bueno, porque por guapo que fuera Julio, al fin y al cabo era un hombre solo, que no podia hacer la resistencia que hacian cuando eran cinco.

De todas las Comisarias se habian despachado partidas mas ó ménos numerosas, á órdenes de oficiales, que recorrian la campaña en todas direcciones, buscándolo por aquellos parajes que mas sabia frecuentar.

Se trataba de sacar la oreja á Miranda, que campeaba por su lado, prendiendo al famoso Julio Barrientos, á quien él no habia podido prender, apesar de haberlo sorprendido durmiendo.

Los vigilantes no dejaban de tener su recelo, aunque solo se trataba de aprehender á Julio, porque sabian que no habia nada comparable á su bravura, ni á su manejo, tanto en el trabuco como en el facon.

Uno de los oficiales mas empeñados en aprehender á Julio, era un tal Meira, oficial de la policia del Tandil, que con aquel objeto habia reclutado cuatro soldados bravos y dispuestos.

Con ellos habia recorrido los alrededores del Tandil y de las estancias de Zubiaurre, por donde le habian dicho andaba, sin lograr hallarlo.

Eran tantas las partidas que andaban por el campo en busca de Julio, para quitar la bolada á Miranda, que con harta frecuencia se encontraban siguiendo la misma direccion, para ir al mismo punto.

Miranda se apuraba por su lado, sabiendo lo que pasaba, para no dejarse arrebatar la presa, pero por mas vueltas que habia dado y por mas astutamente que habia procedido, ni siquiera habia tenido noticias referentes al paradero de Barrientos ó parajes donde éste andaba.

Al dia siguiente de haber salido Julio de casa de

Coelli, se presentó Miranda con su gente, despues de haber tomado todo género de medidas para que, si estaba dentro, no se les fuese á escapar.

Juana, que tenia á aquel hombre un odio á muerte desde que lo vió por primera vez, salió al momento á recibirle y preguntarle qué queria.

—Poca cosa, respondió el sargento, yo solamente deseo saber si aquí está Julio Barrientos, porque necesito hablar con él una palabra.

—Aquí no está Julio Barrientos, contestó Juana, ¿á qué hacen ese aparato de rodear la casa y tomar tanta medida? Usted cree acaso que si Julio estuviera aquí se les habia de escapar? No sea zonzo, amigo.

Miranda dominaba su despecho y no hacia caso de las palabras de la paisana—él venia á aprehender á Julio.

Para él, Julio estaba adentro y se lo negaban, pero no importaba esto desde que habia tomado bien sus medidas para que no pudiera irsele.

Y mirando á Juana, sonriendo finamente, le dijo:

—Yo sé que Julio está aquí y es inútil que me lo nieguen, porque de todos modos yo voy á registrar la casa y á dar con él, siendo peor esto para ustedes, porque los que ocultan criminales son criminales ellos mismos.

—Y cómo se figura, dijo entonces la jóven llena de despecho,—cómo se figura que si Julio estuviera aquí, iba usted á estar charlando tanto tiempo de mas y diciendo bolazos?

No sea inteliz! Si Julio Barrientos estuviera aquí, hace mucho tiempo que usted no estaria de pié.

—Eso es lo que vamos á ver, respondió Miranda irritado al fin; y llamó á uno de sus milicos para que lo ayudase al registro de la casa.

—Y si lo vé hacer la menor tentativa para huir, hágale fuego no mas, le dijo, sin ninguna consideracion.

—No es esa la manera de matar, exclamó Juana,

porque es cómoda y sin peligro, pero Julio no es Pedro, amigo, y si alguna vez se topa con él, se va á acordar de lo que yo le digo.

En esto llegó Coelli, á quien aquellas visitas hacían muy poca gracia, y preguntó á su vez qué se ofrecía.

—Se han empeñado en que aquí para Barrientos, dijo, y esto no me hace ninguna gracia.

Aquí ha sabido venir cuando le ha dado la gana, porque nadie está dispuesto á hacerse matar por dar un poco de carnero, pero desde que anda solo no se le ha visto la cara, porque ya no hay tanto peligro ni se anima á imponerse como antes.

A ver, añadió dirigiéndose á sus peones que acudían, abran todo para que puedan registrarlo todo.

Apesar de lo que decían Juana y su padre, y apesar de que por allí no se veía flete ninguno que acusara la presencia de Barrientos, Miranda creía que el paisano estaba allí oculto y que no tardaría en encontrarlo.

Y con el revólver en la mano y decidido á hacer fuego sobre el primer hombre que quisiera disparar, empezó á hacer el mas minucioso registro.

Juana lo seguía sonriendo, y quemándole la sangre con sus dichos.

—Registre abajo de esa silla, decía, que puede estar ahí con caballo y todo,—y reía como una loca, viendo que sus palabras surtían el efecto deseado: irritar al sargento Miranda que iba poco á poco perdiendo la paciencia.

—Si Barrientos llega á venir por acá, yo le mandaré avisar, decía, si usted me dice donde quiere que le mande el aviso, ó le diré á él que los espere.

Es buen muchacho, yo se lo aseguro, y muy complaciente, nunca se sabe hacer rogar.

Miranda se convenció al fin que Julio no estaba allí, pero quedó tambien convencido que habia estado y que iba con frecuencia.

—Yo me voy, dijo al fin del mas prolijo registro, pero voy á dar cuenta de que aquí hacen gala de ocultar á Barrientos; el juez de paz sabrá lo que corresponde hacer.

Y montando á caballo se retiró sin despedirse de nadie: hartos esfuerzos tenia que hacer para contenerse ante las expresiones de Juana.

Miranda y su gente pasaron al Tandil y Tres Arroyos, siempre buscando á Barrientos, pero con el mismo resultado negativo.

Los oficiales que recorrían el campo persiguiendo el mismo objeto, se apuraban cada vez mas para ser ellos y no Miranda quien tomase á Barrientos.

Pero Barrientos no se veía por ninguna parte, aunque por todas andaba.

Como lo veían solo, á muchos se les habia hecho bueno el partido, y no bien lo veían llegar á alguna parte, iban con la noticia á la Comisaria ó al Juzgado.

Pero cuando la policia venia á tiro hecho, ya el pájaro habia volado sin dejar señales de su derrotero.

Miranda era el que le seguía el rastro mas de cerca, pero sin resultado práctico.

Viendo Julio que alguien lo delataba, por no poder ser casual aquello de que la Policia acudiera á todas

partes donde él iba, dijo á algunos pulperos cuyas casas frecuentaba: me parece que me quieren perder el respeto y que me ván á obligar á hacer una de las mias para que vuelvan á mirarme como quien soy.

Yo les prevengo que al primero que me venda y llegue yo á saberlo, lo hago volar de un trabucazo.

Esto paró un poco las delaciones, porque Julio hizo su prevencion con tal acento, que nadie dudó haría lo que habia prometido.

Julio pasaba el día entre las Sierras, oculto de manera que no pudieran sorprenderlo, y marchaba de noche haciendo largas jornadas fuera de los caminos conocidos.

Viendo que por todas partes andaban fuertes partidas persiguiéndolo, se resolvió á cambiar de rumbo é irse al Norte de la Provincia donde no era conocido y podría andar con mas libertad.

Todo era cuestion de cambiar de aspecto, de nombre y de género de vida.

Estaba espuesto cada momento á caer entre dos ó tres partidas y entonces no tendria mas remedio que morir bien, puesto que no habia que pensar en eso de entregarse ó dejarse tomar vivo.

En este caso, y si llegaban á herirlo malamente y atrasarlo, estaba resuelto á hacerse volar los sesos de un trabucazo.

Porque demasiado sabia que si caía en manos de la justicia, á mas de los vejámenes que tendria que sufrir de los que lo tomaran, era inevitable que lo meterian á la cárcel por toda la vida.

Resuelto entonces á abandonar el Sud y recostarse al Norte, se dirigió á lo de Coelli con todas las precauciones del caso, para dar á Juana la noticia y despedirse de ella por dos ó tres meses.

Pasando por el Tandil, Julio llegó á un rancho en los campos de Zubiaurre, donde tenia buenas relaciones.

Era un Sábado á la noche y en el rancho habia una docena de amigos que mataban la noche en compañía de unas cuantas frasqueras de ginebra.

Allí se jugaba firme, mientras otros, entre un grupo de mujeres, se divertían oyendo un paisano que cantaba unas décimas.

—La despedida no puede ser mejor, pensó Julio, y ya que paso por aquí para no volver en mucho tiempo, no está de mas despedirse con un poco de jarana.

Y se entró al rancho despues de haber revisado prolijamente los alrededores, para convencerse de que no habia caballos pertenecientes á gentes de Policia.

Y como no habiendo caballos no podia haber Policia, se entró al rancho de golpe y zumbido conservando el caballo de la rienda.

—Dios guarde á la buena gente, dijo—parece que por aquí no anda la justicia?

—Dichosos los ojos que lo ven! exclamó el dueño del rancho, reconociendo á Julio, de quien habia sido como hermano—no podías llegar á mejor tiempo.

Todos los paisanos se movieron y saludaron cariñosamente á Barrientos, ofreciéndole cada qual su copa ó el mate que tenia en la mano.

—Entra y sentate, dijo el dueño de la casa que era

un domador Mura, de cuya amistad jamás había tenido Julio motivo de dudar.

Voy á hechar una copa de parado no mas, respondió Julio, porque ando medio mal y no quiero que me sorprendan.

—Parece que se han propuesto tomarme y que las partidas se andan estorbando por encontrarme — creen que por que ando solo la cosa es fácil y muchos han salido á tomar la bolada.

—Tiene razon, dijo Mura sonriendo, pero aqui puede acercarse con confianza.

Esta tarde pasó por aquí el oficial Meira, que anda campeandote, acompañado con seis milicos elegidos, y no creo que vuelva ya hasta dentro de algunos dias, porque segun nos dijo, lo que es en el Tandil no estabas.

—Si, pero detras de Meira vendrá el Miranda ó algun otro de los que me persiguen á pleito, ó todos.

En el Juzgado de Tres Arroyos se tuvo conocimiento que Barrientos estaba en una jugada del Cuartel segundo.

Julio, que andaba necesitado de dinero, se habia entretenido más de lo que quiso, esperando ganar una buena suma.

No habiendo en el Juzgado mas que un sargento y un soldados disponible, fueron enviados á prender á Barrientos.

El Sargento era un hombre bravo y animoso, que habia asegurado que si Barrientos estaba en el paraje indicado, lo traeria vivo ó muerto, pero haciendo todo lo posible por traerlo vivo.

Cuando Barrientos se habia puesto á jugar y se entretenia mas de lo natural, era porque tenia la espalda bien guardada.

No solo habia un hombre en la puerta de la esquina donde él jugaba, sino que en la esquina inmediata, á legua y media de distancia, habia otro paisano destinado á avisarle en el acto, cualquier movimiento sospechoso que notara en el campo.

A esta esquina precisamente, llegó el sargento y el soldado para tomar datos de última hora, es decir, saber de cierto si Barrientos permanecia en la jugada.

—Dicen que está allí desde ayer, aseguró el pulpero, porque hay jugada gorda—pero antes de oscurecer pasaron por aqui dos que se reñaban porque los habian pelado, y me dijeron que allí quedaba Barrientos.

Y usted solo lo vá á prender, amigo? mire que el hombre es malo y en regla.

—Tambien lo soy yo amigo—respondió el sargento, siempre me he tenido por bueno y hace tiempo que andaba espiondo la ocasion de mostrarme.

Eche una copa mientras yo cincho, que dentro de poco me vá á tener con el hombre en ancas.

—Me alegraré mucho amigo, respondió el pulpero mientras servia la copa pedida, pero no lo creo, ese hombre es muy duro.

El amigo de Barrientos que tal oyó, mientras los milicos cinchaban y tomaban la copa, salió muy disimuladamente de la pulperia, montó á caballo y se dirigió á la jugada á llevar el aviso: serian pró-

ximamente las diez de la noche, noche bastante clara y hermosa.

Julio jugaba alegremente, habia ganado una buena suma, y se habia echado al buche un par de copitas, que contribuian á tenerlo de buen humor.

De modo que, cuando le dieron la noticia que dentro de poco iban á caerle, la recibió con una carcajada.

—Como yo me pienso perder por mucho tiempo, dijo, ya que los que vienen no son mas que dos, voy á jugarles una broma graciosa, si puedo, y si no puedo peor para ellos porque les pegaré un susto.

Y examinó prolijamente el estado de su trabuco, que colocó al alcance de la mano.

En seguida llamó al que vigilaba en la puerta y despues de decirle lo que habia, le pidió que le avisara en cuanto sintiera el galope de los caballos.

Y siguió jugando y diciendo chuscadas, como si no lo amenazara el menor peligro.

—Pero diga compañero, porque no se vá ahora? qué gusto tiene en exponerse á que le pase un chasco?

—Y qué quiere que me pase, amigo, porque se me echan encima dos pobres Policías?

—Mire que el Sargento es de los de buena ley y de los duros, que aunque nuevo en el pago, ya se ha hecho ver lo que es.

—Pues de esos necesito yo media docena—sin embargo prometo que no le voy á hacer mal, voy á darle una broma y nada mas, palabra de Barrientos.

Concluia Julio de decir esto, cuando entró el paisano á decirle que ya se sentia cerca, no el galope, sino la carrera de dos caballos.

—Pues atencion y prepararse á reir, dijo Julio tomando su trabuco, ya verán la cara que ponen los guapos.

La pieza donde jugaban, tenia una puerta de entrada del lado de la pulperia, y una ventanilla del lado opuesto.

El caballo de Julio estaba atado al lado de la puerta, casi en la esquina del ranchito, pero no fué allí donde se dirigió Barrientos.

—Dos hombres no pueden darmetrabajo, dijo, y se dirigió á la ventanita y metiéndose por ella, pasó del otro lado quedando apenas con la cabeza asomada hacia el interior, pero sin perder el exterior de vista.

Para él era indudable que los que los buscaban, engolosinados por la vista de su caballo, atacarían por la puerta, pero sin embargo, y para el caso en que conociendo la casa quisiera ganar uno la puerta y otro la ventana habia empuñado su daga, quedando en actitud de dejar seco de una puñalada á que allí se dirigiera.

La intencion de Julio era la de burlar á ese nuevo guapo que le salia y mostrar que si andaba huyendo no era seguramente por temor.

El sargento y el soldado no tardaron mucho en llegar.

Sabiendo que Julio estaba dentro, se bajaron del caballo media cuadra antes de llegar, para no se

sentidos y empezaron á caminar, llevándolos de la rienda, con el mayor sigilo.

En la puerta de la esquina estaba el paisano bombero, que los vió llegar con toda tranquilidad.

El sargento se le acercó creyendo que lo habia sorprendido y con voz sumamente baja le preguntó por Barrientos.

—Ahí está ese bandido hace ya dos dias, dijo aquel, siempre jugando y chupando, yo no sé cuantos van á librar ustedes de semejante azote.

—O lo tomo esta noche, ó el diablo me lleva, contestó el sargento—dígame, en donde mismo está?

—En aquella pieza, dijo el gaucha señalándole, desde esta mañana no se mueve de allí.

Al mirar la direccion de la pieza, vieron el caballo de Julio, que arrebató la vista, y preguntaron si aquel caballo era el del bandido.

—Y como nó? es su famoso parejero—ya lo ven saliéndose de la vaina por correr.

—Pues lo que es esta vez no hay remedio, el hombre es muerto.

Y sargento y vigilante se acercaron á la pieza, acomodaron sus caballos al lado del parejero de Barrientos y rewólver en mano ganaron la puerta gritando:

—Nadie se mueva, porque el que se mueva muere!

Todos miraron á la puerta como sorprendidos, mientras Julio se deslizaba á lo largo del rancho y se agachaba al lado de su caballo.

—Quien de ustedes es Julio Barrientos? preguntó el sargento que no lo conocía; y como nadie se moviera entraron á la pieza siempre apuntando con los rewólvers.

Julio entonces con mucho sigilo acolloró los caballos de los Policías, tomó el cabestro en la mano, y saltó sobre su pingo reconociéndolo en la rienda.

—Quiero saber quien de estos es Julio Barrientos, gritó nuevamente el sargento, de lo contrario los ato á todos, y me los llevo como en sarta.

—Julio Barrientos no está aquí, contestó el dueño de la esquina, porque se ha ido poco antes de llegar ustedes.

—Eso es mentira porque ahí afuera está su caballo y á pié no se ha de ir.

A usted que es el dueño de casa le prevengo que si no me dice donde está el hombre, es á usted el primero á quien ato.

Aprovechando la discusion, Julio salió sin ser sentido, se alejó unas dos cuadras, y allí soltó los caballos de los milicos, dando un buen rebencazo á cada uno.

Los mancarrones pararon el rabo, y salieron vendiendo demonios para el lado de la querencia.

Los de la esquina sintieron algo, y sospecharon tal vez lo que pasaba, pero los vigilantes, preocupados en descubrir á Barrientos, no se habian fijado en el ruido de los rebencazos y la carrera de los caballos.

Cuando Barrientos volvió á pararse delante de la puerta, el sargento daba orden de prision al dueño de casa y á los clientes; porque se resistian á decirle donde estaba Julio.

—Pero como quiere que lo sepamos nosotros? le

respondian, el ha salido poco antes de llegar ustedes y no sabemos para donde se habrá ido.

—No es cierto porque cuando nosotros vinimos, todavia estaba ahí su caballo, que hemos acollorado con los nuestros y á pié no puede haberse ido.

—Como se ha ido no es cuenta nuestra, lo que es cierto, á no dudarlo, es que se ha ido; eso, por mas que nós prendan y nos lleven á todos los juzgados que quieran, no lo van á deshacer.

—Eso ustedes se lo dirán al Juez de Paz, porque lo ve es yo me los llevo: Julio Barrientos no es brujo para salirse sin que uno pueda verlo.

—Pues aunque ustedes no lo crean, brujo es, gritó en la puerta el paisano, me he ido por donde me ha dado la gana, porque siempre es bueno reirse de los zonzos que quieren echarla de vivos.

—Dese á preso! gritó el sargento á su vez, ó lo volteo del caballo, y saliendo de la pieza le apuntaba con el rewólver, mientras el vigilante trataba de ganarle el anca.

Julio ajustó las espuelas al pingo, y salió fuera de la tranquera, donde empezó á alborotarlo y hacerlo bailar, provocando que le tiraran.

Los milicos de la Policía de campaña, como los paisanos que usan rewólver, no saben servirse de esta arma, sacando de estos un regular partido.

Hacen generalmente los disparos como quien pega moquetes, de donde resulta que han disparado á quema ropa sus seis tiros, sin hacer el menor daño á su adversario.

Julio Barrientos, sabiendo esto prácticamente, se ofrecia de blanco á los dos justicias, sabiendo que el baile del caballo bastaba para protegerlo de todo disparo.

El sargento, convencido tambien que con el rewólver nada haria, buscó su caballo para irsele al humo, pero no lo halló.

Corrió en todas direcciones creyendo que los hallaria allí no mas, pero los caballos no estaban, se habian ido ó Barrientos los habia ocultado.

—Tibio, caliente, se quema! gritaba Barrientos como quien juega á las escondidas—busque no más amigo, que en cuanto se descuide los vá á encontrar.

Y cruzó la pierna sobre la cabezada del recado, como si buscara una posicion cómoda.

—Dónde están los caballos? preguntó el Sargento al peon mismo que habia encontrado en la puerta.

—Yo no sé señor, no los he visto, contestó el paisano, sin duda los habrán desatado y se habrán ido.

—Por la derecha del camino viene un grupo de ginetes de muy mal olor.

Se asomó Mura y volvió á entrar al momento diciendo:

—Si no me equivoco, es la partida de Meira la que viene, la misma que pasó ayer á la tarde y que regresa ahora.

—Pues me voy, dijo Julio, porque pueden agarrarme entre dos partidas y embromarme.

Y saltó ágil sobre su pingo preparándose á salir.

Los que venían desconfiaron, sin duda, del movimiento que se notaba en el rancho, y apuraron sus caballos.

Julio volcó el suyo á la izquierda y lo lanzó á la carrera, después de decir á los paisanos:

—No le digan que yo soy, porque no pueden haberme conocido y tal vez así no me persigan.

Pero al verlo huir, los ginetes se pusieron á escape en su seguimiento.

Julio no quería apurar mucho su caballo, para conservarlo entero, en caso que tropezara con alguna otra partida.

Así es que sus perseguidores lo llevaban medio cerca, no dándole alze.

Estos eran el oficial Meira y sus seis soldados, que volvían de regreso, persuadidos que por allí no había pasado Barrientos.

Al ver que un hombre disparaba del rancho de Mura, sin averiguar quien era, se pusieron á correrlo para darle caza, porque desde que huía de aquella manera, no podía ser sino un criminal.

Julio estaba persuadido que no lo habían conocido, porque no lo habían visto bien, y la gorra de vasco que casualmente llevaba ese día, debía alejar toda sospecha.

—Si yo pudiera hacerles saber quien soy, decía, alguna impresión les había de causar, y mientras se revolían yo tendría tiempo de perdermeles.

Pero ¿cómo hacerlo sin ser yo mismo el que lo haga?

Así pensaba Barrientos cuando pasó por un rancho, en cuya puerta había un paisano vejancon que lo miraba venir precisamente, como preocupado de lo que aquello significaría.

En aquel momento Barrientos llevaba dos cuerdas de ventaja, lo que le permitía perder un momento.

Barrientos se detuvo delante del paisano y le dijo:

—Salte á caballo, amigo, y á esos que vienen atrás dígalos que yo soy Julio Barrientos, que miren bien lo que hacen.

Como aquel paisano había visto ya que la gente que venía persiguiendo á Julio era gente de justicia, pensó que con aquel aviso les hacía un servicio y saltando sobre el caballo que tenía al lado, salió al encuentro de Meira.

Este, viendo que el paisano que huía había hablado con el del rancho y que éste se le venía encima, pensó que este sería algún criminal mas desalmado, Barrientos mismo tal vez, y con cierto temor detuvo la marcha y sacó el revólver.

El pobre paisano al llegar al oficial puso su caballo al galope corto, y en un movimiento natural fué á acomodarse el tirador.

Meira tomó aquello por un movimiento agresivo; se persuadió que aquel era Julio Barrientos que venía á matarlo y sin reflexionar mas, le hizo fuego ya á quema ropa.

El pobre hombre recibió el disparo en medio del pecho y cayó del caballo.

Ya había empezado á hablar transmitiendo su noticia, pero solo pudo escucharse claramente el nombre de Barrientos.

Ya no quedó duda á vigilantes y oficial que aquel

era el formidable bandido, así es que este último armó de nuevo su revólver y descargó sobre el pobre paisano los cinco tiros que le quedaban.

Entre tanto Julio Barrientos se había perdido de vista, emboscándose en los alrededores.

Los vigilantes, después de consumado el asesinato, llegaron al rancho aquel, donde según ellos, debía haber mas bandidos.

Allí estaba un capataz del señor Zubiaurre, que había salido al ruido de las detonaciones.

Los vigilantes, sinó creyeron que era un bandido, pensaron que era un encubridor de tales y sin mas averiguación sacaron sus sables y lo agarraron á palo al punto de tenderlo en el suelo y dejarlo desmayado.

En seguida sacaron un par de cueros donde retobaron el cadáver del supuesto Barrientos y lo llevaron á la cincha hasta el Juzgado, distante ocho leguas de aquel punto.

La algazara que se armó en el Juzgado con este motivo, fué formidable.

De todas partes llovían felicitaciones á Meira, pues ya la campaña contra los Barrientos quedaba terminada por la muerte del mas formidable de todos, llegando á pensarse en una suscripción para premiar el noble esfuerzo del valiente oficial.

La cosa era tan segura, que nadie se preocupó de reconocer el cadáver, que fué enterrado así no mas, no como una obra de humanidad, sinó para que no incomodara.

Los vigilantes se daban un córte en las esquinas, contando mil peripecias de una lucha imaginaria, sumamente peligrosa, pues Barrientos se había defendido con un puñal después de hacerles fuego con el trabuco.

Pero poco, muy poco debía durarles aquel bombo mútuo, pues quedaban vivos para deshacer la farsa, Julio Barrientos y el mismo capataz desmayado.

Julio que había sentido las detonaciones, comprendió al momento lo que había sucedido á su pobre mensajero, refiriendo la aventura en cuanta esquina halló en el camino.

Y el capataz de Zubiaurre, vuelto de su desmayo, gracias á la ayuda de otros peones que vinieron mas tarde, refirió la segunda parte del bárbaro suceso.

Juntadas por los paisanos aquellas dos narraciones y no pareciendo un peon paraguayo que vivía en el rancho, pareció indudable que el supuesto Julio Barrientos difunto, no podía ser otro que el pobre paraguayo.

La prensa de la campaña recogió aquellas dos versiones y narró el terrible suceso, acusando de asesinato á la Policía: la prensa de la Capital transcribió la terrible denuncia y el Gefe de Policía, señor Dantas, empezó á tomar serias medidas para la averiguación de los hechos.

Que Julio Barrientos vivía, no había duda alguna, puesto que aunque la Policía no lo encontraba, se le había visto en muchas casas de negocio, contando la equivocación de Meira.

Era preciso practicar el reconocimiento del cadáver para constatar el error, y se mandó exhumar y reconocer inmediatamente.

El oficial Meira, como los soldados que lo habian acompañado, fueron constituidos en prision, mientras se concluia el sumario.

Exhumado el cadáver fué reconocido inmediatamente por el capataz y peones de Zubiaurre y otros muchos vecinos que declararon ser del desgraciado paraguayo, que ningun punto de contacto tenia con Julio Barrientos y que si habia tomado aquella gomision, fué solo por prestar un servicio á la Policía.

Por la moral de la Policía de la Provincia, el señor Dantas elevó el sumario al Juez del Crimen, poniendo á su disposicion los culpables, quienes fueron conducidos á la Penitenciaría, para sufrir el castigo á que se hubieran hecho acreedores.

Meira confesó su equivocacion, esplicando claramente por qué habia hecho fuego sobre aquel hombre y como creyendo que se habia nombrado Julio Barrientos, le habia dado muerte.

El hecho era perfectamente esplicable—todo habia sido cuestion del miedo que habian tenido al oír el nombre del tremendo Julio Barrientos.

Aquel error lamentable fué pagado con un año de Penitenciaría para el oficial Meira, que lo sufrió con la mayor resignacion.

Quedaba en pié Julio Barrientos, mas dispuesto que nunca á no dejarse tomar vivo.

—Si esto le ha pasado al pobre Paraguayo sin ser yo, decia, qué irian hacer conmigo? por lo menos picadillo.

LA MUDANZA DE VIDA

La estratagema le habia salido bien, pero habia costado la vida á un inocente, lo que demostraba claramente que la Policía estaba dispuesta á no tomarlo vivo.

Así es que el paisano andaba con una carga especial para su trabuco, diciendo: esta carga es para mí, para el caso en que me atrasen mucho y no me quede esperanza de salvar.

Entonces me lo abocaré en la cabeza y á mano con todo el mundo, porque lo que es en mí, nadie se limpia las manos mientras viva.

El hecho de Meira habia indignado á todo el paisanaje, que echaba pestes contra la Policía.

—Dónde se ha visto, decian, dónde se ha visto matar á hombre porque se les ponga que es fulano ó zutano?

Y despues se han de quejar si uno no se los deja acercar y los pelea hasta la muerte!

Es gente que no se acerca á uno sinó para hacerle daño y cometer una injusticia!

Julio llegaba á todas las esquinas por donde pasaba y en todas ellas recibia la noticia de que por allí habia pasado una ó dos partidas de Policía buscándolo.

El sargento Miranda se multiplicaba, no se daba tiempo ni para el descanso mas necesario, por tal de andar detrás de Barrientos.

Sabia el empeño que en tomarlo tenian los otros oficiales de Policía y no queria haber trabajado de esta manera para que otro se aprovechara de tanto trabajo.

Todos los medios puestos en práctica le habian dado un resultado negativo, porque tenia que luchar con los amigos de Barrientos, que eran muchos y que lo protegian ocultando su paso ó escondiéndolo en sus propias casas.

Así, disfrazándose unas veces, escondiéndose otras llegando por sorpresa á los puntos que le indicaban pasaba todo su tiempo esclusivamente dedicado á esta única pesadilla: la aprehension de Julio Barrientos.

Pero nada le habia dado un resultado positivo—una sola vez halló á Julio en una de tantas esquinas, á donde habia caido por sorpresa, pero se le escapó sin saber cómo: cuando él acordó, se sentia solo la carrera vertiginosa del famoso parejero.

Desde que andaba solo, Julio no habia cometido ningun hecho criminal, ni siquiera tenido una simple pelea.

Pero la Policía andaba desesperada, entre otras cosas, por este último incidente.

—Pero no sea infeliz y zonzó! exclamó Barrientos, como se figura que yo le voy á dejar el caballo á mano y me voy á quedar esperando que monten y me persigan?

Los caballos estarán ahora en el Juzgado, si es esa su querencia, porque yo los he despachado para que ustedes se queden de á pié mirando con qué elegancia yo me voy al galopito.

Aquello era el colmo de la burla y de la insolencia.

El sargento, perdida toda la serenidad, acometió á Barrientos haciéndole fuego de revólver, seguido del soldado.

Julio empezó á alejarse, haciendo siempre bailar su flete, y pegar grandes tendidas para uno ú otro, lado.

Las balas pasaban á gran distancia del blanco y Barrientos reia como si le hicieran cosquillas, mientras dirijia á los milicos todo género de insolencias.

—Me has muerto! perdoname la vida y no me

matés hijo de perra! le gritaba, te lo pido por los azotes que te ha de dár tu mujer!

Y los paisanos allí presentes, aunque hacían todo género de esfuerzos para contener la risa, no podían conseguirlo y rompían en sonoras carcajadas.

Lívido de rabia el sargento pidió caballos y recados al dueño de casa, convencido de que con el revolver nada haría, y deseando hacer una atropellada á sable.

Mura trajo los caballos pedidos y las pilchas para ensillarlos, pero aquí fué donde verdaderamente Julio se divirtió como un loco.

Cuando el sargento iba á poner la montura, se acercaba y le daba una pechada que le hacía caer las pilchas que había acomodado.

El sargento le hacía una atropellada sable en mano, pero Barrientos le ponía delante la enorme boca de su trabuco y lo obligaba á retroceder.

Aquel iba á ser el cuento de nunca acabar, si seguían de aquella manera, resolviéndose el sargento á jugar el todo por el todo.

Saltó sobre el caballo, en pelos no más, pero no tuvo tiempo de acomodarse bien, cuando Julio, de una pechada, lo tiró á algunas varas de distancia.

Convencido entonces de que solo era inútil todo esfuerzo para prender á Julio, pidió á todos, en nombre de la justicia, que lo ayudaran á tomarlo.

Aquello era un compromiso para aquellos buenos paisanos, amigos de Barrientos, porque para ir en su contra no podían ayudar á la justicia, y si no la ayudaban ésta los había de castigar.

Julio comprendió al momento el compromiso de sus amigos, consolánolos inmediatamente con estas palabras:

—Que nadie se mueva ni se incomode, porque yo va me voy cansado de divertirme, como gato con laucha; adios pues sargento perseguidor de hornigas, que es lo único que podrá prender en su vida; hasta que tenga ocasion de darle otro susto!

Y salió de allí en un galopito compadre y jugueton.

Soldado y sargento hicieron el último esfuerzo por alcanzarlo, pero fué en vano—Barrientos, se fué riendo como un loco, y revolcando el pencho, con gran desesperacion de los justicias, que le veían alejarse despues de haber sido burlada y escarnecida por él.

Despues que se fué Barrientos, ensillaron caballos y salieron en la misma direccion que aquel había seguido, pero ya descorazonados porque comprendían que aquello no tenía remedio, que Julio se les iba de entre las manos, sin siquiera dejarles la esperanza de saber donde iba á detenerse.

Avergonzado y corrido por el resultado de su campaña, pegó la vuelta al Juzgado de Paz, donde lo esperaban con grandes burlas y algarazas, porque les bastaba haber visto llegar los caballos para sospechar lo que había pasado.

—No se me ha ido por flojo, decía el sargento, ni porque no haya ido á buscarlo donde él estaba,

felizmente hay muchos testigos de aquel desastre.

Se me ha ido por una travesura con la que yo no contaba, y que á cualquiera podía haberle sucedido porque al ganar la puerta pensé que él estaba adentro.

—Es que no basta ser guapo para tomar á Barrientos, le decían, se necesita también ser un poco astuto y muy previsor, porque sinó el hombre burlará siempre las medidas mejor tomadas:

—Ahora que lo sé no se me vá otra vez, porque no soy hombre á quien se pueda repetir una burla.

—No lo dudo, pero sí aseguro que no lo volverá á hallar más.

El sargento se retiró y el Comisario quedó convencido que la aprehension de aquel hombre era imposible.

Barrientos se perdió de vista á los milicos y se escondió por allí cerca, volviendo á lo de su hermano Mura, cuando creyó que ya se habían retirado.

Los paisanos reían desafortadamente de la broma jugada al sargento, asombrados al mismo tiempo del valor y serenidad de Julio.

Había algo más, que colmaba el asombro de los paisanos, y este algo era que, pudiendo hacerlo á mansalva, Julio no hubiera tratado de huir á los Policianos, cuando estos empezaron á descargar sobre él su revolver.

Tanto se había dicho de Julio Barrientos, que los mismos que lo habían conocido ántes creían que era un bandido cruel y sanguinario.

Así es, que al verlo generoso y sin querer matar, no podían volver de su asombro, asombro que manifestaron á Julio algunos de ellos.

—Yo podía haberlos hecho volar con mi trabuco, decía éste, sin que ellos se hubieran podido defender, primero, cuando les gané la puerta y despues cuando no los dejaba montar á caballo, ¿pero qué ganaba con matarlos?

Son pobres infelices que vienen á hacer lo que les mandan y que ni siquiera me conocen, puesto que no se me ponen entre las manos.

Yo no tengo ya más que tres resentimientos, para los que me guardo con toda fé: el Juez Adaro, por cuya causa me veo así, el tal Miranda, asesino de mi hermano Pedro, y el miserable Guasquita, único causante de aquel asesinato.

A Adara, si yo llego á agarrarlo, lo voy á estar quear en medio del campo; á Miranda lo he de pelear con mi rebenque, para probarle que no vale nada y lo he de matar á rebencazos.

En cuanto á Guasquita es distinto: á ese lo he de coser á puñaladas sin asco de ninguna especie, porque es preciso vengar á mi pobre Pedro, asesinado sin necesidad y por puro gusto de matar.

Y lívido y conmovido al decir esto, la impresion de Barrientos era verdaderamente imponente.

En su acento sombrío se veía cuanto había amado á Pedro y cuanto era el odio que tenía por sus matadores.

—Son cuatro, concluyó los que acompañan á Miranda; pues yo los he de dejar mirando su propia osamenta.

La muerte de Pedro no ha de quedar impune y yo no soy Policia para que nadie me burle; podré tardar un poco, eso si, pero mi golpe será seguro, no lo duden.

—Ea pues, amigo Mura, écheme para acá el del estribo que ya me voy á estorbar para otra parte.

—Si será canalla, repuso Muro—y quién le ha dicho que aquí estorba ni que está de más?

—Yo soy como los nueve de la baraja, que están bien mientras está empaquetada, pero que están demás y hay que tirarlas cuando uno se pone á jugar.

Yo soy la baraja de la amistad, que soy buena para los amigos mientras la Policia no entra en juego, pero que jugando ella, estoy completamente de más.

—Siempre chusco y chacotero, como si no fuese la Policia la que está demás cuando él entra en juego! pero en fin, si así lo desea, aquí está el del estribo, puede llevarlo para el viaje.

Y le alcanzó un frasco de ginebra que estaba intacto, del que Barrientos tomó un buen trago.

Mura lo tapó y se lo ató á los tientos diciéndole: ahora cada vez que tenga sed, haga de cuenta que yo estoy á su lado y que le alcanzo mi propia copa.

Los paisanos se despidieron alegremente, deseando á Julio toda clase de felicidades, y éste tomó rumbo para lo de Coelli.

—Por allí no ha de andar la justicia, pensó, porque ya me habrán buscado á pleito y creerán que ando huido de la casa y con miedo de volver,

Tantas cosas se han dicho y se dicen de mí, que no sería extraño que dijeran ahora que soy flojo y que les tengo miedo.

Julio llegó á lo de Coelli á la madrugada, cuando ya todos estaban levantados, teniendo él inmenso placer de que su Juana lo recibiera en sus brazos.

—Ya esperaba, le dijo la jóven, volcando en su mirada todo el amor que por él sentia; nadie ha podido decirme que venias y ya lo ves, desde anoche aseguré que hoy te veria y en cuanto me levanté vine á esperarte en la tranquera.

Yo no se por qué, pero cuando yo he de verte, mi corazon se mueve de una manera estraña desde el día ántes.

Estás lejos, muy lejos de mí, y sin em'argo yo siento cuando estás en peligro y cuando estás libre de él, porque el corazon se me oprime y se me dilata, sin que este pueda tener otra causa que tu persona.

—Ya sé que tu corazon es leal, respondió Julio: no en vano te quiero yo con toda mi alma!

—Tan leal es, dijo ella, que ahora mismo que soy feliz por tu llegada, siento en el alma un fondo de tristeza que me dá ganas de llorar, y esto quiere decir que voy á tenerte poco á mi lado.

—Es verdad, dijo Barrientos, solo vengo á despedirme, porque ahora que ando solo en el mundo, voy á hacer lo que tantas veces me has aconsejado.

Voy á irme para el Norte, donde nadie me conoce, hasta que se olviden un poco de mí y me dejen vivir tranquilo.

Mientras yo falto de aquí, el Miranda, como todos los que me miran sin verme, se aburrirán al fin, y

creyéndome muerto ó entre los indios, no se ocuparán más de mí.

—Bendita sea tu resolucion, Julio mio, que aunque léjos de mí, y sin poder verte, seré feliz, porque tendré la seguridad de que ningun peligro te amenaza.

—Y puedes tener la de que muy pronto volveré á tu lado ó á buscarte para llevarte conmigo, pues pienso trabajar sin descanso con este propósito.

Julio echó pié á tierra y acomodó su caballo al alcance de la mano, despues de llenarle el morral de maiz, acomodándose el en seguida para charrusquear un poco.

—Este dia y esta noche te los tengo dedicados, si ello es posible y si no viene algun estúpido á turbar esta fiesta de mi corazon.

Juana trajo á su amante un buen pedazo de carne y los avios de tomar mate, porque este no quiso pasar á la cocina.

Fué bajo la ramada que vinieron todos á escuchar la palabra siempre entretenida de Barrientos.

Así pasaron el dia en medio de una alegría franca y amistosa—á la siesta cayó Coelli, que recibió con incalculable placer la noticia del viaje aquel, que venia á librarlo de angustias y zozobras.

Yéndose Julio no pasaria mas por la vergüenza de ver su casa llena de agentes de Policia, como si fuera ella guarida de salteadores.

Felizmente para él, era un hombre cuya honradez y hombría de bien era larto conocida y la Policia no habia tomado contra él medida alguna.

Sabian que no tenia mas remedio que aguantar la presencia y estadia de Barrientos, y no se le hacia por ello el menor cargo, viendo que le era imposible evitarla.

Así Coelli, ocultando el verdadero motivo de su satisfaccion, se mostró muy complacido de ver tomar á Barrientos aquel camino.

Llegada la noche, Julio hizo sus preparativos de marcha, acomodando sobre un caballo que pensaba llevar de tiro, el maiz para su parejero y alguna ropa que tenia en poder de Juana, pues las persecuciones y las desgracias no le habian hecho perder el placer y hábito de paqueteria, al extremo de que, cuando no podia hacerlo en otra parte y con mayores comodidades, se lavaba y se peinaba en los charquitos de agua del camino.

De sus mantas no faltaba nunca el peine, el frasco de aceite y la aguja con hilo, pues apesar de todo, Barrientos no podia tolerarse á sí mismo un arranque en la ropa.

Conversando con Juana de su pasado y de sus proyectos para el porvenir, pasó la noche con ella, bajo la ramada, y siempre atento al menor ruido que se sintiera en el campo.

—Llevas de marchero mi caballo, le dijo la amante paisana, cuidalo bien para que me tengas presente á cada momento; no quiero que dejes de pensar en mí ni para dormir, y con ello no harás mas que compensar mi cariño y el amor de mi corazon, cuyo único alimento es tu recuerdo.

Barrientos estaba conmovido: amaba mucho á Juana, y el tener que separarse de ella sabe Dios por cuanto tiempo, sentia que amaba mucho mas todavia.

—Yo soy desgraciado en todas mis cosas, murmuró: no tenía mas en el mundo que el cariño de mi hermano, por el que tanto me sacrificué, y me lo asesinaron cuando menos lo esperaba.

Ya sobre la tierra no me quedas mas que tú, tu cariño que sirve de descanso á las amarguras de mi alma y de reposo á mi pensamiento, y tengo que privarme de él para huir á la mas injusta de las persecuciones.

Cuando pienso en esto, te juro que tengo deseos de salir al encuentro de todas las partidas juntas y pelear y pelear hasta sucumbir—asi dejaria de padecer, si es cierto que la tumba es el único descanso que nadie puede turbar.

—Loco, loco querido, decia Juana, y no piensas en mi, no piensas en el infierno de mi vida si tu llegaras á faltarme?

Yo te juro que si llegaras á hacer tal locura me perderias, porque era capaz yo tambien de montar á caballo y pelear por vengar tu muerte con el mismo demonio, no digo ya con Miranda y sus partidarios.

Cuidate que todavia podemos ser felices y vernos libres de persecuciones, viviendo donde nadie nos conozca: y quien sabe, quien sabe lo que nos guarda el destino todavia.

—Yo he de trabajar, he de trabajar tanto que he de juntar intereses—donde nadie sepa quien soy y lo que he sido.

Y en seguida, seguro ya de que nadie ha de ir á turbarme en mi olvido, vendré á buscarte, pues ya sabes que eres el único aliciente que me liga á la vida.

Así pasaron la noche Julio y Juana, entregados á las manifestaciones de su amor poderoso.

Y los sorprendió el dia y se levantaron los de la casa, sin que el paisano hubiera pensado en montar á caballo.

Fué á la hora de la siesta que se despidió, decidido á marchar.

—Me cuesta, dijo, me cuesta arrancarme de aquí, mas de lo que yo mismo habia pensado: bien dicen,

que los ojos de una mujer pueden mas que un Rejimiento.

Vamos, agregó, porque si no, me quedo aquí por toda una eternidad.

Hasta la vista amigos! gritó, y enviando á Juana un beso en la punta de los dedos, dió un rebencazo al parejero, que sorprendido de aquella manera de tratarlo, dió un bote y se lanzó en una carrera frenética.

Juana no pudo reprimir su dolor, ocultó el semblante bello entre las manos, y rompió á llorar amargamente despues de gritarle: adios.

Sin duda Julio sintió aquel llanto y temió que le faltaran las fuerzas para seguir adelante, pues se le vió azotar al caballo con toda la fuerza del brazo, perdiéndose bien pronto en su rápida carrera.

Juana siguió llorando con una desesperacion suprema, hasta que su padre logró calmarla un poco, haciéndole todo género de reflexiones.

—Yo no sé, dijo Juana, pero ahora que se ha ido, me parece que lo amenazara algun peligro de muerte.—nunca he sentido tanta desesperacion y tantos deseos de llorar como ahora!

El se ha ido muchas veces corriendo verdaderos peligros y sin embargo nunca estuve tan desesperada.

—Es que nunca se ha ido por tanto tiempo como ahora, no es pues que presentas para él un mayor peligro, sinó que sabes que no lo vas á ver en mucho tiempo, es que por eso que sientes ganas de llorar.

Juana encontró muy exacta aquella reflexion muy razonada, y secó sus lágrimas, consolada completamente.

—El me ha prometido eseribirme haciéndome saber como se encuentra y de manera que, aunque se pierda la carta nada puede sacar en limpio el que la encuentre.

Pronto, pues, tendremos noticias tuyas, entónces volveré á escuchar mi alegria, pensando en el dia feliz de nuestro encuentro.

Y se entregó desde aquel momento á sus habituales tareas.

LA POLICIA VENCIDA

El sargento Miranda recorría todos aquellos puntos, frecuentados por Barrientos, pero en ninguno daba con él.

Al saber que la Policía lo había hallado en casa de Mura y se había escapado, vino él mismo para tomar los rumbos y seguirle la pista.

Por esto mismo fué importuno, porque como se recordará, Barrientos había salido en una dirección, había regresado á lo de Mura, y de allí había rumboado para lo de Coelli.

Aunque Miranda no daba con Barrientos, el resultado de sus marchas era provechoso, pues sinó caía Barrientos, caían otros no menos famosos, cuya captura estaba recomendada desde mucho tiempo atrás.

Así, Miranda empezó á tomar gran fama como perseguidor de bandidos y como agente Policial.

La estension de la gavilla de los Barrientos, debida á su actividad constante le valió el ascenso de oficial de Policía que le concedió el gobierno, á pedido del señor Dantas.

Miranda le había tomado cariño al oficio, que se armonizaba con sus hábitos y tendencias.

Siempre en peligro y siempre combatiendo, pues ningun bandido se entregaba sin resistirse, el veterano del 6 de línea no descansaba un momento, pues no bien llegaba á hacer noche á una esquina ó á una fonda, cuando ya le daban la noticia de que en tal ó cual parte andaba este ó aquel bandido famoso.

Y Miranda tenía que acomodar de nuevo las caronas sobre el pobre mancarron y marchar al punto que le indicaban.

Los criminales andaban acobardados, al extremo de que habían empezado á abandonar sus guaridas y ganar los partidos fronterizos.

Bastaba decir al criminal mas famoso que venia Miranda, para que este se fuera mas que ligero y no volviera mas por allí.

Y Miranda seguía con sus pesquisas, siempre en la esperanza de hallar á Barrientos, que era su eterna pesadilla.

Pero Barrientos no parecía ni se tenía de él la menor noticia.

La Policía de todos los partidos hacía la misma pesquisa, en la conviccion de que Barrientos andaba acobardado y de que en cuanto sintiera un peso de rigor se entregaría.

Y tanto se le buscó, y tanto se anduvo, que llegaron á persuadirse que Julio Barrientos se había muerto, ó había ganado entre los indios.

Se le había espiado por los alrededores de la casa de Coelli, pensando que allí vendría ocultamente,

desde que allí estaba su amante; pero al mes abandonaron esta tarea con la reflexion siguiente:

—Si Barrientos no viene á ver á su amante, es porque se ha muerto, habrá peleado con alguno que habrá sido la horma de su zapato.

Juana misma no sabía donde andaba Barrientos, aunque era feliz porque sabía que estaba vivo y que no corría el menor peligro.

Barrientos le escribía con frecuencia, no por el correo, sinó por los paisanos que por allí solían pasar.

Demasiado vivo y en prevision de que una carta pudiera perderse, no le decía nunca el paraje donde se hallaba, ni el nombre que había adoptado.

Se limitaba á darle noticia de su salud, y de las esperanzas que tenía en una vida mejor.

—Trabajo, le decía, me encuentro bien y estoy juntando recursos para ir á buscarte.

Juana lloraba de alegría á cada nueva carta, no solo por las noticias consoladoras que le trasmitía Julio, sinó porque ella era un nuevo testimonio del amor de Julio y una nueva prueba de que este no la olvidaba.

Así es que cuando alguna partida de Policía pasaba por lo de Coelli, la valiente jóven dando por hecho que á quien buscaba era á Julio, salta á recibirla diciendo al que la mandaba:

—Es una lástima que vayan á aprehender á Barrientos! yo les pido que no lo maten si lo llegan á encontrar.

Los agentes se irritaron con lo que ellos llamaban unas condradas de la jóven, pero como este no era motivo para proceder contra ella, tragaban la pulla y pasaban adelante.

—No sea así niña, le dijo un sargento á quien ella estuvo embromando una vez con insistencia y groseria: no sea así, que esto le puede costar caro, porque la Policía no es juguete de nadie.

—Es una lástima, no me vayan á castigar, dijo ella entónces, riendo como si le hicieran cosquillas.

Si creerán estos sinvergüenzas que porque Julio no parece se van á limpiar las manos en mí! si se figuraran que no he de hacerme respetar yo sola sin ayuda de nadie.

Por estos motivos los oficiales y sargentos habían pedido autorizacion para proceder contra Juana, pero esta autorizacion absurda no la habían podido conseguir.

—Cuando ella hablaba así, decían, es porque Barrientos no debe andar léjos de allí: talvez esté oculto entre las Sierras.

Y las partidas pasaban los días y las noches recor-

riendo las asperezas y los escondites, sin obtener mejor resultado.

Miranda mismo habia pasado quince dias metido en las Sierras registrando sus alrededores y espiondo la casa de Coelli, pero abandonó, por fin, la tarea perfectamente convencido de que por allí no habia ni sombras de Barrientos.

Que habia sido de Julio Barrientos que se habia perdido de una manera tan completa?

Esquivando en lo posible pasar por las esquinas donde era conocido, ni llegar á paraje alguno donde hubiera reunion de gente, para no dejar el menor rastro de su intencion, Julio habia seguido ocultándose de dia y marchando de noche hasta llegar á Junin.

Allí, pretestando venir de la frontera de paso para la capital, habia cambiado de traje y de aspecto, al estremo de que la misma Juana lo hubiera visto pasar sin conocerlo.

Del chiripá, la bota, el saco y el sombrero, habia hecho un lío pegándole fuego, y reemplazadas estas prendas por un pantalon largo, chaleco y saco, botín elástico y sombreroito redondo.

Despues de vestido así, se habia hecho pelar y afeitar, no dejando en su semblante varonil y simático, mas que un bigotito gracioso y fino que habia concluido de borrar su aspecto bravío.

Barrientos no conservaba nada de su antiguo aspecto y esterióticamente parecía un compadrito de nuestras orillas, de esos que no viven mas que del amor y de la guitarra.

En Junin se conversaba tambien de los Barrientos, pues toda la prensa se habia ocupado de la captura de Pedro y era Julio el primero que se horrorizaba de las relaciones, felicitándose de que al fin se hubiese deshecho la terrible gavilla.

Desterrado de su cintura el tirador, como toda otra prenda que pudiera delatar al hombre de campo, usaba el trabuco enre las caronas del recado disimulándolo tan bien, que era imposible sospecharlo.

No podria sacarlo tan pronto como ántes, pero como allí la Policia poco tenia que hacer con él, no lo necesitaba tener tan á mano.

Habia cambiado el puñal por una larga y filosa daga, fina y lujosa, que cargaba al costado derecho y por entre la manga del chaleco, como nuestros compadritos.

La curiosidad de la gente del campo es proverbial y así á cada momento Julio tenia que responder á la eterna pregunta de que de donde era y á donde iba, preguntas de las que salia airoso, respondiendo que era de San Nicolás, á donde se dirijia, despues de haber vendido unos campos que tenia en la frontera, único objeto de su viaje.

Invitado á bailes y jugadas, nunca se habia negado á asistir, pero se habia conducido con tanta medida y circunspeccion, que habia pasado por zonzo.

En el juego de naipes se dejaba ganar cien ó doscientos pesos retirándose en seguida, como si temiera perder mayor cantidad.

Julio, por no dar pábulo á la menor sospecha, habia pasaba por flojo, y si alguno le pegaba un grito, se estremecía todo y se retiraba.

Es que Julio comprendía que si hacia resistencia,

tendria que pelear, por la pelea ser llevado al Juzgado ó comisaria y deshacerse todo el pástel.

Y como ni aun desconocido se hubiera dájado tomar, huia el bulto á todo lo que pudiera terminar en una aventura con la justicia.

Así Juan Gomez, que era este el nombre que adoptó, se veia solicitado por todos, que no miraban en él mas que un zonzó fácil de explotar.

Le habian oido dinero y ya con trampas en el juego ó de alguna otra manera, la gente perdida queria sacárselo.

—No me conviene esto, porque algún dia voy á hacer un barro, pensó Julio; es mejor que vuele de aquí, porque me van á echar al medio y un dia se me vá á volar un pajarito.

Y decidió pasar á Chacabuco á probar fortuna, donde no pasaria por tan zonzó, pues ya veia que aquello era una mala táctica.

Una aventura que pudo ser para él de gran peligro, fué la que le decidió á salir de Junin.

Una noche habia sido invitado á una jugada en las orillas del pueblo, á donde le dijeron que se bailaba fino porque iba una punta de muchachas lindas y donde se jugaba legal.

—Yo no voy, dijo: porque no se jugar y pierdo cuanto medio tengo.

Pero tanto lo invitaron y tanto lo rogaron, que al fin tuvo que ceder y asistir á la jugada.

Era esta una reunion de compadritos paquetes y calaveras, que tenian fama de mozos malos y que pertenecian á esos vagos de pueblos de campo, que viven esclusivamente de lo que ganan en el juego.

En la reunion estaba el oficial de Policia del pueblo, con el sargento, lo que era una garantia de que se iba á jugar legal, pues siendo prohibido al juego, á ellos menos que á nadie podia convenirles un barullo que de atara su presencia allí.

Barrientos se sintió por esto algo animado, y se sentó en la rueda, negándose á tomar parte en el juego.

Pero tanto compadrearon y le dijeron, que al fin sacó doscientos pesos y pidió cartas.

Tres de los que lo habian invitado á la jugada con mas insistencia, estaban complotados para robarlo al juego, haciéndole todo género de trampas.

—Es un infeliz, decian, que perderá y se quedará muy satisfecho, con que para darle gusto, le dejamos ganar un par de paradas de á cien, cada diez que le ganemos: tal era la creencia que tenian y la idea que habian formado del tal Juan Gomez.

Hombre de una viveza extraordinaria, Barrientos malició la cosa en el acto, pero no sabia como salir del paso airosamente.

No podia mostrarse jugador, porque aquello seria destaparse, y no podia tampoco hacer uso de la menor energia, puesto que desde el principio habia hecho gala de timidez.

Entre los tres complotados, habia un tal Visagre de apodo, que tenia fama de hombre terrible y de peleador insigne.

Pensando Julio que por aquel lado pudiera venirle la tormenta, decidió apoyarse desde el principio en

el oficial y sargento de Policia, dejándose ganar por ellos algunas paradas.

Los doscientos pesos de Julio se fundieron pronto, pasando cien á poder de Visagra, y cien al del oficial, con quien perdió dos paradas.

Visagra no miró con buen ojo la ganancia del oficial porque habia pensado pelar solo al pollo, y empezó á mirarlo de mala manera.

Con su prestigio de ser el mas guapo, Visagra habia logrado imponerse á aquel oficial, á quien otras veces habia tratado malamente, y Julio, que observó esto en el acto, empezó á felicitarle de su idea de apoyarse en el oficial.

Concluidos los doscientos, Visagra empezó á invitarlo para que sacara mas dinero, á lo que se negó el supuesto Gomez.

—Para que voy á sacar mas si me lo van á ganar tambien? dijo.

—No sea zonzo que conforme ganamos nosotros puede ganar usted, le dijeron, pues aquí se juega legal—pele no mas la mosca que demasiado tiene.

Como si se dejara imponer, Julio sacó entonces quinientos pesos y empezó á jugar de á pocos, perdiendo con Visagra dos paradas de cien pesos.

Tan grosera fué una trampa que hizo el compadre para ganar la segunda parada, que todos se la vieron, incluso el oficial y el sargento.

Pero no quisieron decir nada, de miedo que Visagra se echara á la tremenda y quisiera pelear.

—Yo no juego mas con usted, siempre me gana; dijo Julio, me gusta mas la partida con el oficial porque no juega tan bien como usted.

Y haciendo una parada con el nuevo adversario, la perdió tambien, pero con cierta complacencia.

Visagra se irritaba cada vez mas, porque el dinero que el oficial ganaba era dinero que se le iba del bolsillo.

—Juegue y no sea zonzo, le dijo echando cartas, que la suerte se cambia y ahora voy á ser yo quien pierda.

Y lanzó una mirada furiosa sobre el oficial, como imponiéndole no jugar con el forastero.

Julio jugó esa y otra parada, hasta que sus quinientos pesos, menos lo que habia ganado el oficial, pasaron á poder del compadrito.

Las trampas hechas habian sido muy groseras y visibles, y aunque ninguno habia dicho nada por temor á una cuestion, todos estaban indignados.

Ya para todos era clara la liga que habian hecho aquellos tres perdidos, pero eran tres de los mas bravos y quién se metia con ellos.

Ganados los quinientos pesos. Visagra que sabia que Gomez tenia en los bolsillos un rollo de dinero que aquel dejó ver intencionalmente, empezó á instarle porque sacara mas plata y jugara de nuevo para buscar desquite.

Pero Julio no quiso jugar un medio mas, diciendo que iba á retirarse.

—Y cómo se vá á ir dejándonos á mitad de jugada, exclamó Visagra ya fuertemente irritado, juegue y no sea pavo que yo no soy ningun tipo para que se riade mí.

—Pero si yo no quiero reirme de nadie, dijo Julio

con cierta timidez—yo quiero irme porque es tarde y porque no quiero jugar mas.

—Es que vá á jugar, porque á mí nadie me hace una porqueria, así me deja con la baraja en la mano.

—Señor oficial, dijo entónces Barrientos, dirigiéndose al jóven, yo tengo el derecho de irme cuando quiera y le pido que me haga salir de aquí porque ya sé que quieren hacerme jugar á la fuerza.

—Déjelo salir, dijo entónces este á Visagra porque lehan de obligar á jugar si no quiere?

—Porque me dá la gana á mí y no hay que hacerle, él se ha puesto á jugar conmigo y tiene que jugar hasta el fin.

—Tiene razon Visagra y nadie tiene el derecho de intervenir en la cuestion: que juegue ya que se ha metido á zonzo.

El oficial guardó silencio, viendo que los tres mas bravos y compadres mantenian la misma causa.

—Siéntese y y juegue, repitió Visagra echando cartas.

—Es que no quiero jugar, respondió Barrientos dejando asomar á su mirada un relámpago de lo que era—y cuando yo no quiero jugar no juego.

—Pues has de jugar ahora aunque no quieras y sinó te las verás conmigo, dijo, y sacó de entre el chaleco una larga daga.

El oficial de Policia se paró como para impedir el lance, pero los compañeros de Visagra tomaron entónces una actitud agresiva y aquel permaneció inmóvil y sin decir una palabra: les tenia miedo.

—Juega ó le rompo el alma? dijo Visagra mirando á Gomez de una manera amenazadora.

Este sonrió de una manera picarezca y respuso:

—Ni juego ni me rompe nada, porque no tiene ninguna razon para obligarme á hacer lo que no quiero hacer.

—Pues jugará ó se la romperé, concluyó Visagra y se fué sobre Julio en actitud de pegarle, aunque de plano.

Los compañeros se sentaron para mirar cómodamente la tunda que iba á recibir Juan Gomez.

Este se habia transformado: todo el valor insolente de su alma habia salido á su mirada y con el rebenque en la mano esperaba la acometida de Visagra.

Este, mas irritado lo que vió que Gomez no le tenia el miedo que habia esperado, alzó la daga y le tiró un planazo.

El asombro fué general: Julio habia evitado con el brazo izquierdo el planazo y lo habia envuelto con la lonja de su rebenque.

El mocito se le habia vuelto un toro de entre las manos, al extremo de castigar con el rebenque al mas guapo de todos.

Ante el dolor y la afrenta, Visagra cambió de táctica y avanzó sobre Juan Gomez, tirándole una lluvia de puñaladas.

El asombro general creció entonces de un modo fabuloso.

El supuesto Juan Gomez, no solo había parado con el brazo todas las puñaladas, sino que había contestado á cada una de ellas con un rebencazo en la cara ó en la cabeza.

Y estaba tan tranquilo y sereno como si no hubiera hecho nada.

Visagra maldecía de una manera espantosa y acometía á Gomez con mas bríos y corage, pero los rebencazos eran tales y tantos, que empezó á aturdirse y á no saber que hacer.

Un rebencazo mas recio le hizo caer la daga de la mano, y Gomez empezó á castigarlo como se castiga á un mancarrón mañero.

Fué entonces que saltaron sobre Julio los compañeros de Visagra daga en mano y se le fueron encima.

Los asistentes á la jugada no se movieron: estaban entusiasmados con la conducta inesperada del compadrito, pero así mismo no pensaron que este hiciera frente tambien á los dos nuevos enemigos.

Juan hizo espalda en un rincon de la pieza y se enrolló en la mano la lonja del rebenque, blandiéndolo como una daga.

El hubiera podido sacar tambien su daga, pero entonces hubiera dado á sospechar algo, pues no anda de daga en el chaleco sino el que la sabe manejar y está habituado á usarla.

El que se preparaba á contener un ataque de dos dagas con solo un rebenque, es porque se consideraba muy bravo, porque no tenía otra arma, ó por ambas cosas juntas.

El primero que llegó á Gomez, sintió un talerazo en la cabeza que lo aturdió, abriéndole una herida de la que empezó á salir la sangre con terrible abundancia.

El otro compañero no tuvo tiempo ni siquiera de hacer un solo tiro, pues un nuevo golpe pegado en la muñeca, le hizo saltar la daga á una gran distancia.

Juan Gomez desenrolló entonces el rebenque, y tomándolo nuevamente del cabo, les dió una vuelta de azotes que no había mas que pedir; ya ni siquiera tenían alientos para pedirle que no les pegara mas.

Barrientos se acercó entonces al Oficial de Policía, que lo miraba con creciente asombro y le dijo:

—Creo que usted no tomará á mal lo que yo he hecho, pues ha presenciado toda la cuestion y ha visto que yo no he hecho mas que defenderme.

Dospues de haberme robado con trampas sucias y mal hechas, por el solo motivo de no querer que me robaran mas, han querido matarme, lo que hubieran logrado si yo no me defiende de firme.

Espero que por esto vd. no querrá castigarme ni llevarme preso, porque yo soy un hombre que no me meto con nadie.

No crea que yo le voy á dar trabajo, mi oficial; si vd. me manda ir preso, en el acto lo acompaño, primero, porque respeto á la justicia y segundo, por que yo no he hecho mas que defender mi vida.

El oficial estaba desarmado, pues el tal Juan Go-

mez, no había hecho mas que defenderse, atacado por tres, y defenderse con la mayor moderacion.

Además, si él aprehendía á Gomez, tenía que saberse que él había autorizado con su presencia una reunion de juegos prohibidos, y que había sido metido en un zapato por el compadron Visagra.

No le convenia prender á Gomez, porque averiguado lo que sucedia, era mas que probable que lo hubieran destituido de su empleo, y tal vez castigado de alguna manera.

Además de todo, él había presenciado la cuestion desde su principio y no había sido capaz de evitar el conflicto apesar de estar acompañado por un sargento.

—Usted no ha hecho nada malo, le dijo, y yo no tengo porque llevarlo preso ni de que quejarme: Visagra es un compadron acostumbrado á llevarse por delante á todo el mundo y alguna vez le había de suceder esto—no está demás que alguna vez encuentren la horma de su zapato, á ver si así se les acaba el vicio de meterse con todos y de hacer lo que les dé la gana.

Bien mirado, usted ha hecho un servicio porque ha escarmentado á estos pillos.

—Entonces yo me voy, dijo Julio, porque no quiero mas cuestiones, yo soy nuevo aqui, vengo de paso y como tal vez tenga que volver, no me conviene que se me tenga por camorrero y mala persona.

Y despidiéndose de todos, salió de la jugada yéndose á la fonda donde paraba.

Los jugadores quedaron haciéndose cruces del valor de aquel hombre á quien todos habían tenido por un inservible, y que de pronto había castigado á rebencazos á los tres mas guapos y temidos del pueblo.

Y se acercaron á estos para auxiliarlos en lo que pudieran necesitar y borrar los rastros de lo que había sucedido, para que no fuera á traslucirse y quedar comprometidos el oficial y el sargento.

Los dos amigos de Visagra no decian una palabra—habían reconocido la superioridad de aquel y estaban avergonzados de lo que hizo con ellos.

Visagra era el único que juraba que se la había de pagar; porque no había de estar satisfecho hasta no coserlo á puñaladas.

—Es preciso conformarse, le decian sus amigos, á todo hay quien gana en esta vida y él es mas hombre que nosotros, como habrá otros mas hombres que él.

—Es que yo me descuidé porque creí que con el ademan se asustaria, que si hubiera sabido la clase de hombre que era, otra cosa habría pasado.

—No hubiera pasado otra cosa, convénzase amigo, es mas hombre que nosotros y eso es todo: si esto ha hecho con el rebenque, Dios nos libre lo que hubiera hecho á haber tenido una daga en la mano: nos hubiera cosido á puñaladas.

—Todo lo que ustedes quieran, pero el día que yo me encuentre con ese hombre, yo les voy á probar que no tengo ni para empezar con dos como él.

Todos estaban convencidos de lo contrario, porque si los tres no habían podido con él, menos podria uno solo, mas ahora que lo conocia y sabia que ninguno de ellos podia ser su enemigo.

Y quedaron allí, curándose los unos y oyendo los panes que soltaba Visagra, los otros.

ANGEL REYES

Viendo que en Junin ya no podia vivir sin tener una pelea á cada momento, Julio decidió venirse al Salto, donde provaria si podia vivir con alguna tranquilidad.

El traje que habia adoptado no le permitia pedir trabajos como peon de Estancia, ni era esta tampoco su intencion.

Viviria como Dios lo ayudara mientras le duraba el dinero que tenia y entonces pensaria en lo que habia de hacer.

Deseandó aumentar la suma que poseía, pues el dinero habia de ser la base de su tranquilidad, empezó á concurrir á las jugadas y á darse con la gente que vivia de aquella manera.

Se hacia pasar como Angel Reyes, de San Nicolás y decia hallarse de paso.

Como su exterior era de una persona buena y acomodada, nadie tenia dificultad en creer lo que decia y como Angel Reyes, lo habian aceptado sus buenas y flamantes relaciones.

Como la táctica seguida en Junin no le habia dado un resultado feliz no creyó prudente seguirla en el Salto y empezó á pasar por un hombre bueno y pacífico, pero vivo y difícil de llevar por delante.

Se dejaba ganar un par de paradas buenas, cuando jugaba, pero era para ganar veinte en seguida y concluir muchas veces alzándoles la banca.

Habia sabido tener sus discusiones á veces, pero se habia mostrado en ellas tan firme y enérgico que estas nunca habian degenerado en riña.

Y si aquel caracter tomaron alguna vez, las habia terminado con estas ó parecidas palabras:

—Yo no quiero ser la causa de que el dueño de casa tenga el menor disgusto, ni quiero que por mí lo multen ó lo tomen entre ojos.

El campo es libre y demasiado grande, el que quiera algo conmigo que salga, que por galopar un par de leguas no se va á morir.

Esta proposicion habia contenido á los camorristas, que comprendieron que aquel debia ser un terne de primera fuerza.

En el Salto, como en todos los pueblos de campo, hay sus guapos, mas ó menos soberbios, que habiendo llegado á hacerse temer de todos, no toleran que venga de afuera uno mas guapo que ellos.

Y esto sucedia en el Salto con un tal Pedro Soto, compadrito-de entrañas y famoso cuadrillero, que á fuerza de hazañas habia logrado hacerse temer y respetar de los mas guapos.

En las jugadas donde concurría Angel Reyes, se ontaban las hazañas de Soto y las ponderaciones

eran fabulosas, como si con ellas quisieran intimidar á Reyes.

Pero éste no se mostraba nunca sorprendido, diciendo cuando le preguntaban su opinion: ¿y qué quíeren que me asombre si yo soy capaz de hacer mucho mas que eso?

El amor propio de Soto estaba mortificado con esto, y decia que esperaba una oportunidad decente para mostrar que él era mucho mas bravo que Reyes.

Este sonreia y decia que su oficio no era andar buscando camorras, porque queria estar bien con todo el mundo, pero que si la ocasion llegaba, ni Soto ni nadie podria decir que era mas hombre que él.

Picado con todas estas cosas, Soto fué una noche á la jugada, decidido á buscar camorra á Reyes y pelear con él.

Al fin y al cabo no se habia mostrado nunca con hechos, y podia ser un charlatan incapaz de nada bueno.

Soto armó con Reyes una partida mano á mano, que debia ser el pretexto de la riña, y empezó á hacerle todo género de trampas.

Los demás jugadores, en el secreto de lo que iba á suceder, miraban la partida y cambiaban miradas de inteligencia ó de asombro, segun la trampa que veian.

—Eso no cuele, dijo Reyes ante una trampa mas grosera que las otras; las he visto todas y las he dejado pasar porque así me ha convenido, pero esta no cuele, compañero.

—El gran tramposo y sin vergüenza será usted, contestó Soto, ¿qué se ha figurado que á mí me va á asustar?

No sea zonzó, que usted es muy poca cosa para asustarme á mí, y es bueno que se le vaya quitando eso de la cabeza.

Reyes soltó una carcajada magnífica, y mirando á Soto con cierta lástima, le dijo:

—Usted lo que quiere, segun veo, es buscarme camorra; pero para eso, amigo, no necesita pretexto ni trampas, con decirlo francamente estamos del otro lado.

Soto estaba descubierta, pero ya era tarde para retroceder: se habia comprometido y no habia mas que seguir hasta el fin de la aventura.

—Pues tiene mucha razon, dijo, quiero probar que usted no es lo que quiere ser, y que en el Salto nadie puede ser mas que Pedro Soto.

Reyes entonces se puso serio, y recojiendo el dinero que tenia sobre la mesa, dijo á Soto:

—Pues para tan poca cosa no hay necesidad de alarmar á la policia ni de comprometer al dueño de casa.

Vamos al campo donde no incomodemos á nadie y nadie nos incomode, allí yo le probaré que, para guapos como usted, no necesito mas que mi rebenque.

—Qué campo ni qué campo! repuso Soto, para que vamos tan lejos á hacer lo que podemos hacer aquí.

Déjese de campo y saque no mas el instrumento, que para probar que uno es hombre, todos los parajes son buenos.

—Eso sí que no, contestó Reyes firmemente, que por mí no ha de comprometerse ningun dueño de casa; si usted quiere probar que es un hombre, venga conmigo, sinó puede quedarse, que yo no tengo interés en probar que usted no vale cuatro reales; eso se comprende solo de mirarlo á usted.

Soto se habia comprometido demasiado para retroceder; si se quedaba hacia una mala figura y quedaba como flojo.

—Está bueno, dijo, al fin yendo al campo no apesará y no dará trabajo para sacarlo de aquí.

—Pues menos palabras y al avío, que ya se ha charlado demasiado y es tiempo de hacer algo.

Angel Reyes montó á caballo y salió seguido de un grupo de tres ó cuatro de los que mas simpatizaban con él, mientras Soto salia tambien acompañado de seis ú ocho, que lo tenían por bueno, y que creian que la difunteada de Reyes era inevitable.

El dueño de la casa se acercó á Soto y le dijo:

—Mira, no seas zonzos, y no pelees con ese, porque el hombre que se porta con esa decencia, tiene que ser muy guapo.

Al fin y al cabo, nada vas á echarle al bolsillo con darle una puñalada, ni le vas á quitar nada de la reputacion que tenga.

Si ahora el puede ser mas hombre que tú, mañana saldrá otro que sea mas hombre que él.

—Sí, pero para quedarme, confieso que le he tenido miedo, y para eso seria preciso que dejara de ser Pedro Soto.

Espéreme luego con una copa especial, que yo sé lo que le digo; mientras yo viva, en el Salto no habrá quien pueda conmigo.

Los dos grupos salieron de la casa con pocos minutos de intervalo, y poco despues salian del pueblo tambien.

Entonces el supuesto Angel Reyes puso su caballo al galope, en busca de un paraje solitario y adecuado al asunto que tenia que ventilar.

Como á una legua y media del pueblo y en un paraje donde no se veia la menor poblacion, se detuvo Reyes y echó pié á tierra.

—Me parece que aquí estaremos bien, dijo, y que nadie vendrá á incomodarnos.

A mí me mortifica mucho tener que pelear así, nada mas que por mostrar á un caprichoso si uno es ó no guapo, pero al fin es preciso hacer el gusto, porque sinó lo echan al medio y quieren hacerle banco.

Compréndo que uno pelee porque lo insulten ó

porque le hayan hecho una porqueria gefe, pero así, por capricho, maldito el gusto que tengo en lastimar á un hombre.

Así, á este pobre lo voy á pelear con el rebenque, para que vea que soy mas guapo y mas diestro; ahora, si con esto no se satisface, trataré entonces de hacerlo mejor.

En esto llegó Soto con el grupo que lo acompañaba, y echó pié á tierra, tambien al lado del caballo de Reyes.

—Medio lejos se ha venido, dijo; peor para usted, porque va á sufrir mas para ser llevado al pueblo, si es que queda con vida.

—Si tiene tan buen brazo como pico, me ganará, sinó se embromará, compañero, dijo Reyes; saque pues, lo que tenga que sacar y despachemos pronto, porque antes de amanecer tengo cita con una muchacha que vale mas que usted.

—Pues esperará al pepe, porque lo que es usted no va esta noche; pele y despachemos.

—Estas son mis armas; dijo Reyes mostrando el rebenque, para usted no necesito mas, es lo suficiente para desengañarlo.

Humillado con aquella pretension, Soto no quiso pelear si Reyes no sacaba cuchillo, porque aquello era tenerlo en muy poca cosa.

—Es que no necesito para usted mas arma que esta, y peor será que lo agarre á azotes, porque si he venido aquí, no me he de ir de arriba y sin aprovechar el viaje.

Y con un ponchito de puebleros enrollado en el brazo y la lonja del rebenque en la mano, esperó sonriente y sereno la acometida de Soto.

Este estaba ya fuera de sí, y deseoso de terminar de una vez, se enrolló el saco en el brazo á falta de poncho, y acometió diciendo:

—Pues peor para usted entonces, porque esta es una de aquellas compadradas que se pagan caras; caro le va á costar experimentar me, pero usted lo habrá querido así.

Allá va ese viaje, á ver como te amacas! y le tiró una puñalada de alma.

Julio la evitó con el poncho, y marcó un garrotazo á la cabeza, pero que lo contuvo y desvió.

—Podria imposibilitarte á las primeras de cambio, dijo, pero esto no será gracia: quiero que despliegues todo tu juego, para que veas que conmigo todo es inútil.

Despues que veas que apesar de todos tus esfuerzos no me has podido entrar, entonces recien te daré el cambio.

Irritado y avergonzado Soto, empezó á hacer todo género de esfuerzos por matar á Reyes, pero este era como una luz para ver y barajar las puñaladas.

Soto habia logrado lastimarlo en el brazo izquierdo, pero era una lastimadura sin consecuencias, que no valia la pena de pensar en ella.

—Parece que te vas convenciendo que conmigo no se puede? decía Reyes; pues apretá, apretá firme y largá todo tu juego, porque ahora voy á empezar yo y te garanto que soy peor que tormenta.

Soto apretó, y apretó de una manera fabulosa, al estremo que parecia una máquina de tirar puñaladas.

Pero Julio, siempre sereno y alegre, las evitaba todas, ya con el poncho, ya con el rebenque ó ya cuerpéandolas con una gracia infinita.

Los testigos de la lucha estaban maravillados, pues Julio no habia tirado aún un solo golpe, lo que probaba que poco miedo tenia por su adversario.

Nunca habian visto pelear con tanto valor y tanta destreza, y no podian menos de lanzar una exclamacion de asombro á cada golpe maestramente parado.

A los diez minutos de lucha, Soto estaba horriblemente fatigado, al extremo de que aunque hubiera pegado, poco efecto hubiera hecho la puñalada.

Barrientos, entonces, espiondo el golpe más débil, en vez de pararlo abrió los brazos, y la daga de Soto apenas tocó su pecho varonil, causándole un rasguño.

Aquello era el colmo del valor y de la destreza.

—Es imposible, gritó entusiasmado uno de los que presenciaban la lucha, con semejante hombre ni el diablo puede!

—Basta, basta, gritaron todos, retírate Soto, ya que ha sido tan generoso para no hacerte nada!

Pero Soto estaba sumamente irritado y antes que retirarse preferia morir á manos de Reyes.

Lejos de hacer caso el consejo de todos, embistió de nuevo bajando la cabeza y sin cuidarse de evitar cualquier golpe que pudieran tirarle: solo queria matar á aquél hombre imponderable.

—Bueno, para juguete ya basta, dijo el supuesto Reyes, que ahora me toca á mí.

Y para concluir de captarse la general simpatía, dió vuelta el rebenque y empezó á sacudir á Soto una tremenda soba.

Soto empezó á gritar como un energúmeno, perdida toda la calma y toda la esperanza de evitar un desastre.

Al tercero ó cuarto rebencazo perdió la daga, y aturcido por los golpes que sonaban sobre su cabeza como un repiqueteo, echó á correr completamente trastornado.

Era tal la desesperacion y espanto de Soto y tan serios los golpes que recibia, que á pesar de lo ridículo de la escena, ninguno se rió.

Julio echó á correr detrás de Soto castigándolo siempre, al extremo que de su cabeza brotaba la sangre que caia sobre su frente como si la tuviera partida.

—Perdónelo, amigo, gritaron algunos, que ya está bastante castigado.

Pere en aquel momento Reyes se detenia riendo alegremente, y diciéndole todo género de chuscadas.

—No se apure, que se vá á llevar el campo por delante! párese, señor guapo, que ya se han ido las moscas!

Y Soto, haciéndose la ilusion que corria, caminaba dando traspiés, encoguido por la sangre que de la frente caia á los ojos.

Julio se acercó á su caballo, mientras los amigos, compadecidos, rodeaban á Soto para ayudarlo á limpiar la sangre.

La cara de Soto estaba en un estado horrible, y sur-

cada por todas partes de los costurones que habia impreso en ella la lonja de Barrientos.

—Creo que he peleado bien y que pudiendo hacerlo sin peligro desde el principio, no le muerto á ese hombre.

Sin embargo, si algun amigo suyo ó todos juntos se han resentido, no tienen mas que avisarlo, que yo estoy dispuesto á desagrararlos.

Todavía tengo alientos para pelear una semana seguida.

La prueba de valor y de destreza que acababa de dar, era mas que suficiente para que nadie intentara buscarle camorra.

Todos hablaron que su proceder habia sido generoso y que Soto no tendria derecho de quejarse.

—Vámonos entónces antes que amanezca, dijo, que no hay necesidad que nadie se imponga de lo que ha sucedido, ni que vean llegar al compañero tan lleno de arrugas.

Lo que tiene, con un poco de caña se cura—no vale la pena de preocuparse en ello, porque son golpes de lonja limpios.

Y todos, formando un solo grupo, regresaron al pueblo y á la casa de donde habian salido.

Como era natural, la noticia de semejante hazaña fué conocida aquel mismo dia por toda la gente de trueno y en seguida por la que no lo era.

Se contaba la cosa con un poco de exageracion y todos querian conocer al famoso guapo capaz de hacer estas cosas.

Y fué tal la avalancha de gente que con este objeto cayó á la fonda, que Julio, temeroso que alguien fuese á conocerlo, á pesar de su transformacion no quiso salir de su pieza hasta que todos no se hubieron retirado, no saliendo á la calle sino despues de cerrada la noche.

Toda la gente de parranda y la que sin serlo se reunia en los almacenes, segun hábito de aquellos pueblos, conocian á Pedro Soto como mozo amargo y de rigor.

Al principio se negaban á creer la noticia, aunque la referian testigos oculares, teniendo que ver á Soto para convencerse que todo era verdad.

Fué entónces que se despertó el deseo de conocer á Angel Reyes, y á llenarse de puntos la jugada donde concurría.

Pero Julio empezó á esquivar aquella creciente popularidad que no le convenia, pues á los curiosos se mezclaban los milicos que venian á participar del general asombro.

—Esto no puede acabar bien, pensaba Julio, porque entre tanto curioso y tanto Policía puede caer alguno que me conozca y entónces todo queda descubierto y yo colgado.

Lo mejor será que me mezquine un poco, y en cuanto pase la impresion de esta pelea, me mande mudar de aquí.

Durante dos noches Julio no asistió a la jugada, lo que hizo vinieran á visitarlo algunos de los que con él habian simpatizado, á quienes dió el pretexto de hallarse bastante enfermo.

—Es tan grande la costumbre de verlo por allá, le decian, que echamos de menos su persona y la reunion se afiambra bastante.

Mejore pues, pronto, con eso no sigue la falta.

—Es bueno que vayan perdiendo la costumbre de verme seguido tambien, contestaba Julio, porque ya saben que yo no soy aquí sino una ave de paso, que volará el día menos pensado, pues mis intereses y mi familia necesitan mi atención.

—Sí, pero suponemos que su ausencia no será muy larga, desde que tiene negocio en la frontera.

—Tengo que poblar un campito allí, y mis viajes serán muy frecuentes: y quien sabe, quien sabe si no me arraigo aquí tambien.

—Mucho nos alegraríamos: la gente como usted es escasa y ella hace falta siempre.

A los tres ó cuatro días de finjirse enfermo, Julio tuvo que mejorarse y asistir á la jugada, para verse libre de cargosidades.

Y se encontró allí con el doble de la concurrencia que habia visto siempre, concurrencia nueva que asistia allí desde su pelea con Soto.

Este, tambien estaba entre la reunion de jugadores, bastante mejorado, pero con algunos costurones en la cara que todavía no se le habian disipado.

Al verlo Julio, en la puerta se detuvo y dirigiéndose al dueño de casa, le dijo:

—Si mi presencia puede ser causa que se altere la buena armonía que reina y comprometer la casa yo me retiro, porque demasiado he dado ya que hablar, lo que en buenas palabras significaba que si Soto habia de provocarlo, preferia retirarse porque no queria saber nada con él.

—Entre no mas, amigo Reyes, y no tema nada; lo pasado pisado, que no hay porqué volver á las andadas.

Soto se habia resignado á la superioridad indiscutible de Reyes y en aquellos cuatro días se habia familiarizado mas con su desgracia, así es que no solo vió entrar á Reyes sin demostrar el menor enojo, sino que le dijo:

—Usted me ha ganado á mí como otro lo ganará á usted, así es la vida, á los naipes como á corazón: no es culpa mia si usted es mas hombre que yo, como no es culpa de los demás si yo soy mas hombre que ellos.

Por mi parte tan amigos como antes, si usted no

desdeña mi amistad, que no tiene porqué desdeñarla.

Reyes estrechó la mano que le tendia Soto, y trató de endulzarle el mal trago con algunas palabras agradables para el compadrito.

—De todos modos, dijo, usted habia sido como una tormenta de relámpagos para el cuchillo—creo que solo yo puedo pararle las puñaladas que tira, y eso que á mí mismo ha llegado á lastimarme con una.

Es usted un cuchillo soberano, compañero, y se necesita ser mas que muñeca para poder con él.

Soto agradeció íntimamente aquellas palabras que lo levantaban ante el concepto de los demás, y la jugada empezó tan alegremente como si no hubiera sucedido nada.

Mas diestro que todos, Julio ganaba siempre, pero con tal habilidad, que nadie sospechaba las cantidades que se llevaba noche á noche, pues si hacia un par de copos buenos, perdía en seguida una cantidad de paradas chicas.

Así, Julio Barrientos en los días que estuvo en el Salto y sin que nadie lo sospechara, se habia levantado al juego, por lo menos unos quince mil pesos.

Aquella noche, siendo mas la concurrencia, la ganancia fué mayor, especialmente para él, que se trenzó con marchantes nuevos en la casa y que por darse córte jugaron por lo alto.

Los que querian hacer relacion con él, lo habian invitado á otras jugadas y reuniones, donde prometió asistir, pero á la vuelta, pues dentro de un par de días seguia viaje para San Nicolás.

Por lo que pudiera suceder, Julio habia tratado de ser complaciente y comedido con todos.

Nadie sabia lo que podria sucederle mas tarde, ni si alguna vez habia de necesitar de las buenas relaciones que allí dejara.

Así, los que lo trataban se encariñaban con él y si alguna vez pudo prestarles algun servicio de dinero, en apuros de juego, nunca esquivó el bolsillo.

Julio armó su viaje, y se despidió de los flamantes amigos, que lo acompañaron un par de leguas, en prueba de su mas leal y franca amistad.

Y Julio se despidió alegremente, prometiendo volver dentro de un mes.

EL AMOR DE UNA VIUDA

“

Julio pensaba en Juana con frecuencia y sentía el mas vivo deseo de ir a verla, pero comprendía que aquello hubiera sido una imprudencia fatal.

—En seis meses más no solo se olvidan de mi, se decía a sí mismo, sino que con esta facha ni Juana misma me conoce.

Es preciso tener paciencia y esperar que ya vendrán tiempos mas dulces y tranquilos.

Y con algun paisano y como cosa perdida, habia escrito dos ó tres veces a Juana, bajo cubierta de algun amigo seguro y de manera que si la carta llegara á perderse, no pudiera traslucirse nada de ella, ni comprometer su incognito en lo más mínimo.

Juana no debia contestarle, porque esto hubiera sido una imprudencia, y así él no tenia que participarle el paraje donde se hallaba, ni el nombre que habia adoptado.

La vida del amor era para Julio una necesidad, pues puede decirse que era este su único placer en la vida.

El se habia criado de baile en baile y de jarana en jarana, y sin que esto fuera ofender á Juana, empezaba á sentir el deseo de concurrir á los bailes y hacer relacion con algunas familias á quienes pudiera visitar con frecuencia.

Como el juego no era para él mas que un medio de vida y estaba bien de dinero, pensaba dejarse un poco de las carpetas y hacerse de relaciones buenas y alegres.

Con estos pensamientos llegó á Chacabuco Julio Barrientos, siempre bajo el nombre de Angel Reyes.

Para los de Chacabuco siempre era un vecino de San Nicolás con negocio en la frontera, pero que primero bajaba á la capital á arreglar unos negocios.

Bueno y sumamente alegre, jóven y de exterior atrayente, se hizo al momento de relaciones entre la gente orillera y la del pueblo mismo.

Julio se habia alojado en una fonda de las mejores, donde con frecuencia tenian lugar algunas jaranas de guitarra, donde iba lo mas travieso y calavera del pueblo.

Así empezó á hacerse de amigos que a las ocho dias eran sus inseparables.

Como á las farras de la fonda caía tambien gente de Policia, se habia hecho intimo amigo del oficial y el sargento de la partida, autoridades importantísimas en todo pueblo de campo.

Julio no podia haber caído con mejor suerte, suerte que él aumentaba con su pasmosa astucia para el trato de las gentes y su hábito de engañar á los demás.

De los cuatro ó cinco mozos más prestigiosos y relacionados, se habia hecho inseparable y de necesidad imprescindible.

Su habilidad en la guitarra y su preciosa voz le habian abierto todas las puertas, y no se daba por las orillas un baile, por pobre que fuera, al que no lo invitaran con instancia sus amigos.

—Es lástima que una persona tan completa se vaya, le decian: por qué no se queda aquí entre nosotros?

—Hombre, yo soy solo en el mundo, contestaba Julio, puedo hacer nido en todas partes.

Si me conviene quedarme aquí, me he de quedar con mucho gusto, porque simpatizo mucho con la gente de este pueblo.

Cantor como pocos, y siempre alegre y travieso las muchachas eran pasionistas de Barrientos, al extremo de improvisar fiestas y jaranas, nada más que por tenerlo de visita y hacerlo cantar.

A los quince dias de estar en el pueblo, el tal Angel Reyes, tenia tantas relaciones como todos sus amigos juntos, pues cada cual le habia llevado á las casas donde visitaba.

En cada bailecito de estos Julio habia empezado á tener su preferida, á quien cantaba las mejores trovas y hacia mil arrumacos.

Habituado por completo al traje que habia adoptado, traje que llevaba con bastante soltura, se empaquetaba, al extremo de parecer un mozo decente y rico.

Entre las casas á que Julio habia sido llevado, figuraba la de una viuda, algo vejancona ya, pero sumamente hermosa y capaz todavia de encender una pasión en toda regla.

La hermosa viuda era algo calavera y amiga de divertirse.

Casada con un hombre manso y apasionado, lo habia dominado desde el principio, al extremo de ser ella quien gobernaba la casa y la fortuna, que gastaba alegremente en reuniones y fiestas.

En vida de su marido habia tenido algunos amores, de los que el buen marido habia protestado sin resultado alguno.

Muerto éste, á consecuencia de una rodada, Luisa quedó completamente libre y dueña de una fortuna para ella considerable.

La gente alegre empezó entonces á frecuentar su casa, para hacer el amor á la viuda y á los pesos y así poco á poco la casa se fué convirtiendo en una eterna tertulia.

La viuda, como toda mujer que pasa de los cuarenta, gustaba unos momentos de la sociedad juvenil y traviesa, con quien le gustaba pasar el rato famosamente.

Muchos vejetes y hombres maduros caían atraídos por la luz ardiente de sus ojos negros, como mariposas al rededor de una lámpara, pero ella se burlaba de esta clase de pretendientes y los hacia embromar con los jóvenes de quienes ella gustaba.

La juventud traviesa y calavera habia empezado por hacerle dar bailes y jaranas y habia concluido por implantar en su casa la reunion de todas las noches.

Allí se iba como á un club, se tocaba la guitarra, se tomaba mate, se bailaba y se jugaba, sobre todo.

Y la viuda calavera se pasaba sus noches de claro en claro, en amorosas aventuras con sus clientes más jóvenes y mejor parecidos, mientras los demás se divertían á su antojo.

La misma justicia concurría á las jugadas de Luisa, y no solo las toleraba sino que las protegía con su presencia, evitando cualquier mal percance que pudiera suceder ú ocasionar una multa á la casa.

La presencia de Julio en Chacabuco habia hecho ralea un poco las reuniones de la viuda, porque la jarana se armaba donde él iba; pero cuando fué llevado allí, la concurrencia á lo de la viuda se multiplicó como por encanto, pues la guitarra de Reyes era capaz de atraer la gente á dos leguas á la redonda.

A la viuda se le llenó el ojo con aquel muchachon tan joven, tan travieso y tan paquete, más, sabiendo que era disputado en todas partes por las mejores muchachas.

Y desde el primer momento concibió la idea de traerlo á su lado por todos los medios á su alcance.

El muchacho le gustaba con toda el alma y se sentía rejuvenecer bajo su mirada de terciopelo.

—Y será mio, pensó, algo valgo todavía, y por falta de esfuerzo no se me ha de ir.

Julio encontró por su parte que aquella mujer era de una espléndida hermosura, hermosura que realzada por el lujo de Luisa, se le hacia más deslumbrante.

Es que los bellos ojos de Luisa alumbraban tal vez su última pasión, á lo que se agarra siempre una mujer con toda la desesperacion de la ilusión última.

Julio comprendió que era mirado con sumo agrado, y como quien explora el terreno, cautó á la viuda una de sus trovadas más apasionadas.

Este fué el colmo: la bella voz cargada de ternura, la música cadenciosa y triste y el verso elocuente unido al ademán gracioso y al brillo intenso de los ojos, concluyó de hacerle perder la cabeza, enamorándose como una loca de Angel Reyes.

Este estuvo toda la noche llenándola de flores y

galanterías que concluyeron con el poco recato que pudiera quedar á la viuda.

A la despedida, no solo le ofreció la casa, sino que le exigió que volviera, quedando él en venir á la siguiente noche.

Más maestro de lo que se hubiera sospechado, en este género de aventuras, Julio dejó pasar aquella noche y otra más sin ir á lo de la viuda.

De esta manera picaba su amor propio y hacia crecer el cariño que por él habia sentido.

Efectivamente, pinchada en su punto mas sensible, la viuda hizo buscar á Julio por todas partes, haciéndole decir que aquella noche sin falta lo esperaba.

Tan apasionada estaba, que cuando entró Julio no tuvo valor para enrostrarle su falta de cumplimiento á la promesa de visitarla, limitándose á darle la más amarga queja.

—Le he hecho algo que haya podido desagradarle? le preguntaba con voz conmovida, no le ha gustado la sociedad de esta casa? quiero que me diga por qué no ha venido.

—No es nada de esto, respondía Julio, sino lo contrario: me he encontrado tan bien en su casa, me he quedado tan prendado de usted, que he tenido miedo de volver.

—Y miedo por qué, Angel? qué puede haberle infundido miedo?

—El miedo de desear lo que tal vez no pudiera tener y encontrar una desventura donde podia haber hallado una felicidad.

—Y quién le ha dicho que lo que usted desea no lo habrá de tener?

—Cuidado con lo que dice, porque no estoy preparado á un desengaño.

—Digo, exclamó Luisa con la mirada adormecida por la pasión, digo que no tiene aquí por qué desear nada, porque todo es suyo, absolutamente suyo.

—Mire Luisa, que lo que promete es grave y que una vez en cierto terreno es difícil retroceder.

—Y quién trata de retroceder? lo que yo digo debe tomarse al pié de la letra: usted con su presencia me hace feliz—yo no sé de donde me nace esta simpatía, pero desde que lo vi, deseo que nuestra relacion sea eterna.

—Es que en mí hay un deseo superior, puesto que mi pasión es algo mas que una pasión amistosa.

Yo seré mas franco, yo deseo su amor y si no lo obtengo me retiraré de su casa porque yo preveo que esta pasión vá á ser mas fuerte que yo mismo.

He rodado entre el abismo de sus ojos, Luisa, y me ha sacado el corazón.

—Pues no se retire porque yo no quiero que se retire ni tiene motivos para hacerlo.

Julio tomó entonces una mano de la viuda y el diálogo se hizo mas animado y mas íntimo.

Luisa y Julio se hallaban en una pieza contigua á aquella donde se jugaba y jaraneaba.

Todos habían comprendido mas ó menos lo que pasaba y hallaban la cosa muy natural, porque Luisa, aunque vejateona, era una mujer hermosísima y Angel Reyes un muchacho de prendas arrebatadoras.

Ninguno tomó á mal su triunfo sobre el corazón de la viuda, preparándose todos, por el contrario, para darles su mas cordial parabien.

Cuando Julio y Luisa aparecieron en la reunion tenian pintada en el semblante toda la felicidad que sentian en el espíritu.

Ella estaba mas hermosa y mas radiante que nunca, y él estaba mas jovial y alegre que de habitud, lo que era mucho decir.

La bolada de Julio era soberbia, pues detrás de la hermosura de la viuda estaba su fortuna que, aunque algo derrochada ya por el género de vida que llevaba, era bastante considerable para un peñado que no tenia mas de lo que podia ganar en el juego.

Desde aquel dia Julio no paró ya en la fonda donde se alojaba, se trasladó á casa de la viuda donde estableció su residencia oficial.

Los amigos estrecharon su relacion con Julio, para quien desde entonces concluyeron las parrandas y los amorios de las orillas.

Todas las noches se repetian las reuniones en lo de Angel Reyes, reuniones que eran cada vez mas alegres y concurridas.

Alli se jugaba firme y parejo, siendo Reyes la mejor pierna, porque se entretenia y porque jugando mantenía el interés de las reuniones.

La Policia estaba completamente ganada por él, pues tanto al oficial como al sargento y los soldados les prestaba dinero continuamente, dinero que nunca la devolvian, por lo que quedaban así á él obligados.

Así Julio Barrientos, en su vida azarosa, habia concluido por hacerse guardar la espalda con la misma Policia, que le hubiera dado aviso de la menor novedad.

El sargento de la partida se hallaba sobre todo completamente vendido á Reyes, al extremo de darle cuenta y razon de lo que pasaba en la Comisaria.

Hablando una vez de Miranda, Reyes le habia dicho que le avisara disimuladamente si alguna vez caia por allí, porque le debía un dinero y queria cobrárselo.

Así Julio estaba seguro de que la presencia de su eterno enemigo le seria avisada inmediatamente, pues teniendo el sargento en Reyes, una renta mayor que su sueldo, su interés en servirlo era grande.

Así la vida se deslizaba para Julio Barrientos en medio de una felicidad suprema y de toda clase de placeres: era bien feliz.

La viuda se habia enamorado profundamente de Barrientos, se habia enamorado con toda la fuerza incandescente del último amor.

Y lo cuidaba con un esmero exagerado, viviendo consagrada á él completamente.

Cuidado con aquel esmero y vestido con extrema paqueteria, la belleza de Julio habia crecido y su físico se habia afinado poderosamente.

Quien hubiera sospechado en aquel joven delgado y fino al terrible Julio Barrientos!

No tenia de este mas que los ojos negros, aquellos terribles y profundos ojos negros donde estaba pin-

tada la estupenda altivez de su carácter y el valor asombroso de su corazón.

Angel Reyes era codiciado y buscado por todas partes.

Aquellas muchachas cuya casa habia frecuentado primero, lo buscaban de todos modos, haciéndolo invitar á sus fiestas y mandándolo llamar de todos modos.

Pero Julio, leal hasta la exageracion, sacaba el cuerpo á aquellas invitaciones, calculando que á Luisa la mortificaría en sus sentimientos y en su pasion.

Porque Julio tenia por la viuda un solo amor, sinó agradecimiento por la suma de cariñosas bondades que le dispensaba.

Y la viuda que observaba esta conducta delicada, tenia por Julio una especie de adoracion y de respeto que ningun hombre le habia inspirado hasta entonces.

Ella sabia que Julio era buscado con empeño, de todas maneras y con todos los halagos posibles, y observaba cuidadosa y llena de ansiedad con los ojos inengañables de la mujer celosa.

Pero Julio, no solo no se movia de su lado, sinó que tenia para ella todas aquellas finezas delicadas que solo siente el hombre verdaderamente enamorado.

Ella habia puesto en manos de Reyes todos sus intereses y su dinero para que él lo manejara todo como el esclusivo dueño y él, queriendo portarse á la altura de aquella confianza, no solo cuidaba aquellos intereses con toda dedicacion, sinó que no disponia de un solo centavo que no fuera suyo, de lo que él ganaba en el juego.

Su amor habia concluido con la vida aventurera de la viuda, que se habia vuelto seria y digna.

Habia puesto coto á la confianza sin límites con que algunos la trataban, exigiéndoles mayor respeto y circunspeccion.

En una palabra, se habia transformado al extremo de que sus mas íntimos amigos no la reconocian.

Esto engendró algunas envidias con los que tenian pretensiones amorosas, quienes buscaban desquite dando á Luisa bromas pesadas y pretendiendo hacerle escándalos en su casa.

Pero tal fué entonces la actitud de Angel Reyes, que las bromas se helaron sobre los labios de los que querian darlas.

Algunos mas guapos quisieron tantear á Angel Reyes en la creencia de que tal vez pudieran intimidarlo; pero á la primer tentativa sintieron el peso de aquella mano de fierro y quedaron convencidos que aquel era un hombre superior.

Buscaron entonces un hombre mas guapo, anti-guo pretendiente de Luisa y se lo echaron con la intencion de que este recuperara el ascendiente perdido.

Luisa comprendió el golpe desde que aquel hombre se presentó en su casa y previno á Reyes lo que pasaba.

El candidato á derrotarlo era hombre de malos antecedentes, y de algunos hechos que le habian dado fama de malo.

Ninguno queria tener cuestiones con él, porque le

temian, pues además de su fama de bravo tenía también la de mal pegador.

—No tengas cuidado, respondió Reyes después de las prevenciones de Luisa, por más malo que sea, siempre seré yo más malo que él, porque es bueno que sepas que conmigo nadie puede.

—No te metas con él, dijo Luisa aflijida, pues si por mí te sucediera la menor desgracia, no tendría conformidad en todo los días de mi vida.

—No tengas cuidado que yo te juro que en él voy á escarmentar á todos.

—No quiero, que no venga más á casa ese hombre, yo quiero vivir en paz, en una paz, que nadie tiene derecho á tentar.

—Para que vivamos en paz es preciso que yo me haga respetar, y haciendo esto con el más malo y de más fama, se acabarán todas las intentonas de los demás.

—Es preciso que sepan quien soy yo y que lo sepas tu misma, para que en lo sucesivo no tengas miedo.

Desde aquella noche Reyes puso su rebenque en la sala, un lujoso látigo brasileiro que era un regalo de Luisa.

—Esta es toda el arma que yo me permito usar, dijo porque no quiero cuestiones con la autoridad, ella es más de lo que yo necesito para contener y escarmentar al más guapo.

Luisa vivía en una agitación continua desde entonces; á cada momento le parecía que una desgracia había de suceder á su amante.

Julio, impasible como siempre, esperaba tranquilo la acometida, para pegar al famoso guapo una tunda como pocas.

Alonso, que así se llamaba el adversario que había buscado á Reyes, iba noche á noche á la jugada, estudiando sin duda la manera de hacerlo irritar, pues se había mostrado sordo á varias indirectas.

Una de tantas noches fué Alonso con un par de copas de más en la cabeza, y la decisión de buscar camorra á Reyes y obligarlo á pelear.

Los que tenían interés en ver vencido á Reyes y humillado ante su amante, habían acudido aquella noche desde temprano, para no perder el menor detalle.

Desde que los vió venir, comprendió Julio que aquella noche iban á dar el golpe, y sentándose muy tranquilo sobre un sofá que había en la pieza se contentó con exclamar:

—No sé porqué me parece que los que esta noche vienen creyendo ganar, van á perder aquí hasta la risa—y lo siento más, porque me parece que todos vienen en esas condiciones.

Cuando llegó Alonso la reunión pareció animarse y las bromas empezaron á pasar de uno á otro, mientras se echaban cartas y se ponían á jugar.

—Y usted no juega don Rey de bastos? dijo Alonso á Reyes, en son de farsa.

—Yo espero que la banca esté gorda para coparla, contestó este, y siguió fumando con la mayor panchorra.

Luisa estaba cada vez más aflijida; veía que la tormenta se desencadenaba de un momento á otro.

y tenía miedo por su amante, á pesar de creerlo un hombre en toda la extensión de la palabra.

Alonso empezó á embromar á Luisa que no contestaba una palabra y viendo que aquello no hacía efecto, empezó á insultarla con toda insolencia.

—Dicen que los Alonsos mientras más grandes son, son más zonzos, exclamó Julio mirando severamente al camorrista, y por usted saco la consecuencia de que el refrán es cierto.

—Y porqué se mete usted en lo que nada le importa? exclamó á su vez Alonso más agresivamente: yo á esa mujer tengo derecho de decirle lo que me dá la gana.

—Pues yo le digo que mal que le pese tiene que respetarla, sinó porque así debe ser, por la cuenta que le tiene, y si esto no le basta, la haré yo respetar como se debe.

—Eso es lo que va á verse ahora mismo, dijo Alonso parándose y sacando á relucir su larga daga.

Julio no esperó más, descolgó su látigo y acometió á Alonso con una formidable tunda de latigazos.

Alonso quiso guapear y se descolgó á puñaladas, pero los golpes le aturdieron al extremo de serle pocos los dos brazos para evitar que le pegaran en la cabeza.

Julio arrinconó á Alonso contra el sofá, le quitó la daga y tomándolo del cogote le pegó una verdadera soba, hasta que se cansó.

La fisonomía de Luisa estaba radiante, pues Julio había crecido ante su corazón y su cariño, al verlo tan superior al hombre que le habían echado para que lo avasallara.

—Ahora, dijo Julio con acento magnífico, ahora es con ustedes.

A este infeliz me lo han echado por bueno, sabiendo que ustedes no pueden conmigo: ya ven para lo que sirve y ya ven lo que hago yo.

Si alguno no está conforme, que no se quede con las ganas, el látigo es fuerte y aun tengo brios para todos juntos.

Ninguno quiso aceptar el reto: unos se disculparon y los más se llamaron á silencio.

Alonso, profundamente avergonzado, sin siquiera reclamar la daga salió de la casa donde, no volvió á aparecer más.

Desde aquel día ninguno se atrevió ni siquiera á usar bromas que pudieran disgustar á Luisa.

Ángel Reyes había echado una reputación de todos los demonios, y estaba seguro de que en adelante nadie se metería con él.

Para entretener el tiempo, y por lo que algún día pudiera suceder, cuidaba su caballo, su famoso caballo de otros tiempos, en el que se miraba como en un espejo.

Luisa lo miraba como á un hijo, enseñándolo á coimir el maíz en las faldas.

Queriendo de algún modo ser superiores á Reyes, le habían hecho carrera con los mejores fletes, pero Reyes había tenido el gusto de ganarles echándolos por delante.

Ultimamente le habían armado una carrera que era imposible que pudiera ganar.

Debía correr cincuenta cuerdas, contra dos ca-

ballos que eran reputados por muy buenos y colocados de manera que corriese veinte y cinco cuadras con cada uno, pues el de refresco debía estar colocado en el medio del tiro á correr.

Julio aceptó la carrera asegurando que les robaba la plata.

Quisieron entonces jugarle una gruesa suma, y su caballo contra los dos que corrian, pero Julio no quiso aceptar esta última parada.

—Mi caballo es muy bueno, les dijo, estoy seguro que voy á ganarles, pero yo no juego mi caballo porque nadie está en las casualidades que pueden suceder.

Ganando la carrera, un caballo se manca, rueda ó se acalambra y viene á perderla sin razon ninguna.

A este cúmulo de casualidades, yo puedo fiar mi dinero porque poco me importa de perderlo, pero no mi caballo que no tiene igual sobre la tierra.

Esta negativa de Reyes animó á los contrarios y creyendo que podrian ganar porque aquella negativa importaba una desconfianza de Julio en el éxito de la carrera, jugaron cuanto dinero pudieron.

El dia de la carrera concurreó á la fiesta, no solo todos los habitantes del pueblo, sinó el paisanaje de los alrededores.

Y se jugó deschavetadamente, no solo dinero, sinó hacienda y prendas de toda clase.

Los caballos partieron iguales, pero á las diez cuadras Julio llevaba dos cuerpos de caballo adelante, y á las veinte y cinco, la ventaja de mas de una cuadra.

—Parta no mas, gritó Julio al corredor del otro caballo antes de llegar al punto—parta que tengo caballo para voracear.

El caballo partió como una flecha—era el mejor de los dos, y lo habian puesto segundo para salir con él de refresco cuando el adversario vendria cansado.

Julio bajó la mano al pingo y le oprimió las espaldas, pues el otro caballo corria en toda su furia.

Este segundo trecho fué un poco mas disputado y reñido que el primero, dando lugar á mayores emociones, pero al fin el caballo de Julio pasó adelante en medio de un trueno de aplausos y maldiciones, ganando la carrera por mas de media cuadra.

—Ese hijo de la gran perra tiene hecho pacto

con el diablo, decian algunos, puesto que á nada se le puede ganar.

El es mas suertudo que todos y mas hombre que el mejor—las mujeres lo buscan como á pleito y aunque ellas son mas falsas que un cuatro boliviano, con él se vuelven leales y consecuentes.

Ese hombre debe tener alguna malicia, sinó, es imposible que en todo le fuesetan bien.

—Con malicia ó sin malicia el hecho es que en el juego y en el amor nos lleva las mejores cartas—es un criollo que lo merece, que diablo! su trabajo al fin le cuesta.

Así Barrientos habia concluido por crear un presigio de todos los diablos y para que nada le faltase ya hemos visto que en la misma Policia tenia sus agentes á sueldo, agentes que le habian de avisar de cualquier cosa que contra él tramara la Policia.

Barrientos se sentia feliz en toda la estension de la palabra y solo sentia no poder compartir con su Juana todas aquellas comodidades.

Y le escribia siempre que podia hacerlo sin comprometerse.

Dentro de un par de meses pensaba ir á visitar aunque solo fuera por unos dias y regresar en seguida al lado de Luisa, á quien habia llegado á querer con verdadera pasion y agradecimiento.

Es que la viuda se enamoraba cada vez mas de Angel, pues cada dia descubria en él una nueva condicion y nueva prenda.

De todos los hombres que habia conocido y habia frecuentado, era Angel Reyes en quien habia hallado mayor primor y comedimiento para con ella.

Es que Julio estaba encariñado y agradecido á la pobre mujer y trataba de pagarle en la moneda que le era mas agradable á ella, el comedimiento y la firmeza,

Ya llevaban tres meses de aquella vida, sin haber cambiado durante ese tiempo una sola palabra desagradable ni descomedida.

Así Julio estaba en una situacion algo violenta, pues amaba á Juana con toda su alma, con todo entusiasmo, pero no se atrevia á llevarla con él á Chacabuco por temor á un conflicto sério.

Así se conformaba con no verla hasta no poder trasladarse allí por unos dias, aunque solo fuera para verla y volverse en seguida, aunque ya la Policia se habia aburrido y lo habia dejado de perseguir por aquellos parajes.

EL FIN DE UN DRAMA

La Policía había abandonado ya la captura de Julio Barrientos, creyendo que este se había refugiado entre los indios, pues en ningún partido de campaña se tenía de él la menor noticia.

Miranda había venido con sus compañeros á Buenos Aires, precisamente en la época del Carnaval, así es que se refocilaba grandemente en los bailes de máscaras como descanso á todas las fatigas de su tenaz persecución.

Se había situado y vigilado por mas de dos meses la casa de Coelli, con el resultado que era natural, puesto que ya sabemos donde andaba Julio.

Sin embargo, el pensamiento del señor Dantas estaba siempre en Barrientos, pues no se conformaba con que un paisano como aquel hubiera burlado á toda su Policía, se hubiera reído de su autoridad, para retirarse al descaso cuando mejor le pareciera.

Por el crédito de la Policía, cuyos mejores agentes habían sido burlados, era preciso que Julio Barrientos fuese descubierto y preso.

Así, cada tanto tiempo pasaba una circular á todos sus agentes, recomendándoles que no descuidaran la pesquisa de Barrientos, avisándole en el acto que fuera notada su presencia en alguna parte.

Aunque Julio creía que la Policía no se ocupaba de él, el jefe de ella no lo olvidaba, haciéndolo perseguir con interés creciente.

La popularidad de Angel Reyes en Chacabuco lo había hecho conocer de todos, engendrando un peligro que él no dejó de comprender: el peligro de ser reconocido y descubierto cuando menos lo esperara.

El vivía confiado, sin embargo, en el oficial y el sargento, que le costaban algunos cientos de pesos, pues rara era la semana que no le cayeran con el préstamo de un quinientos, quinientos que no volvería á ver en su vida.

En una de las noches de carnaval, se había promovido un escándalo en casa de Luisa, escándalo promovido por dos jugadores que habían tenido una disputa que degeneró en riña.

Aunque Julio había sido completamente ajeno á la disputa, era el dueño de la casa y por consiguiente el responsable del escándalo.

El Comisario lo mandó llamar como otras veces, para multarle y recomendarle que era preciso tuviera mas cuidado con la gente que metía en su casa.

Julio acudió en el acto, como lo había hecho siem-

pre que el sargento lo venia á llamar, y sin abrigar el menor recelo.

—Es preciso que tengas cuidado, Reyes, le dijo afablemente el Comisario, porque ya se me han quejado los vecinos y voy á tener que ponerte una multa mas crecida.

—Son cosas inevitables, respondió Reyes con su eterna tranquilidad, pero por usted haré lo posible para que eso no se repita.

—No solo por mí sino por tu propia conveniencia: ya ves, ahora, aunque solo sea por cubrir las apariencias, te tengo que aplicar la multa correspondiente.

—Paciencia y barajar, terminó Reyes y aflojó la mosca, retirándose muy contento y tan amigo de la autoridad como ántes.

En la Comisaria había una persona que había ido por asuntos propios, y que estuvo mirando atentamente á Reyes todo el tiempo que estuvo allí.

Cuando se fué, profundamente alarmado dijo al Comisario:

—Usted conoce á ese hombre que ha estado aquí?

—Es buen vecino, algo travieso no más, pero que no dá el menor trabajo, pues aunque tiene jugada donde concurre la peor gente, él solo se basta para mantener el orden.

—Y usted sabe como se llama?

—Se llama Angel Reyes y es vecino de San Nicolás.

—Como yo soy vecino del infierno.

Ese hombre, aunque ustedes le llaman y tienen por Angel Reyes, no es otro que Julio Barrientos, el terrible Julio Barrientos á quien tanto ha perseguido la autoridad.

El Comisario tuvo una sorpresa tremenda.

Había tenido bajo su mano á Julio Barrientos sin sospecharlo y podía tomarlo cuando quisiera, puesto que el bandido no abrigaba la menor desconfianza y no sabía que había sido descubierto.

—Y usted está seguro de lo que dice? preguntó dudando todavía.

—Y como no he de estarlo! si ese hombre no es Julio Barrientos es uno que se le parece como un hermano gemelo.

—Pero fijese usted, este es un hombre fino y educado, mientras aquel era un gaucho.

—Eso es lo único que me hace vacilar, pero su parecido es notable.

El Comisario empezó á pensar entonces en ciertos

antecedentes, y á encontrar que aquel hombre podría tener razon.

—La bravura fabulosa de Angel Reyes y aquel caballo con que habia hecho maravillas, no podian ser sinó la bravura y el caballo de Julio Barrientos.

Como salir de dudas? como prender á aquel hombre terrible sin esponerse á que se escapara y quedar en el mas doloroso ridiculo?

—Es preciso que usted guarde el mas riguroso silencio sobre lo que hemos hablado, para que el individuo en cuestion no pueda sospechase nada, mientras yo consulto al señor Dantas sobre lo que debo hacer para no quedar burlado ni sufrir una equivocacion lamentable.

Y aquel mismo dia el Comisario, ocultando lo que sucedia á sus empleados de mas confianza, pasó una nota al Gefe de Policia dándole cuenta de lo que pasaba y pidiéndole instrucciones.

En su nota daba cuenta exacta de la conducta que allí seguia el llamado Angel Reyes, y la clase de persona que era.

El mismo dia que recibió Dantas aquella nota, un amigo de Miranda le daba en un baile de máscaras la noticia de que Julio Barrientos andaba en Chacabuco bajo nombre supuesto.

No habia lugar á dudar que la version fuera exacta, y el Gefe de Policia tomó sus medidas para que la captura se hiciera con el mayor éxito.

Miranda pidió permiso para trasladarse á Chacabuco en busca de Julio, pero Dantas temió que el mucho aparato hiciera oler á Barrientos lo que pasaba y temió tambien que una captura intentada por la fuerza diera los resultados de siempre.

Estudió detenidamente el asunto y comprendió que lo mejor seria emplear la astucia, como único medio eficaz.

Combinando este proyecto hizo publicar en los diarios una noticia diciendo que la Policia habia perdido toda la esperanza de hallar á Barrientos, que se decia lo habian muerto los indios.

Dantas calculaba que Julio leeria todos los diarios y que al ver aquella noticia, viviria sin la menor desconfianza.

En seguida envió al Comisario de Chacabuco las instrucciones que mejor resultado debian darle.

“La Policia, le decia, observará con Reyes la misma conducta que hasta hoy, esperando natural y pacientemente, que dé motivo para ser multado para llamarlo á esa comisaria, á donde concurrirá, como siempre, sin armas de ningun género.

En la Comisaria se tendrán al paso, y en el punto mas estrecho, seis hombres fuertes que puedan echarse sobre él y atarlo inmediatamente.

Conviene que estos no sepan que prenden á Julio Barrientos, por no correr el peligro de que de miedo le dejen ir.

En cuanto el hombre esté bien asegurado, me mandan avisar por telégrafo.”

Era la única manera de prender á Julio Barrientos y Dantas recomendole al Comisario observara la mayor prolijidad y exactitud en el desempeño de su cometido, para que diera los mejores resultados.

El Comisario recibió las instrucciones del Gefe, y esperó tranquilamente que Reyes diera el pretesto

para hacerlo llamar y fué tan absoluta su reserva que ninguno de los empleados sospechó remotamente lo que se tramaba.

Dos ó tres dias despues se produjo una discusion acalorada en casa de Reyes y á la mañana siguiente el Comisario lo mandó llamar con su amigo el sargento.

—Yá me lo temia, exclamó Julio, voy á echarme al bolsillo un quinientos porque lo que el Comisario ha de querer es plata, y vamos juntos.

Entre tanto en la Comisaria se habian tomado, en cuanto salió el sargento, para que este nada viera, todas las medidas del caso.

En la oficina de despacho donde Julio debia entrar, se habian colocado cuatro vigilantes, que finjian estar acomodando los armarios y un monton de libros que habia en el suelo.

Los otros dos estaban en el zaguan, conversando alegremente y fingiendo la mayor indiferencia.

—Cuando venga Angel Reyes es preciso prenderlo, porque me parece que es el autor de un robo que se ha cometido anoche, les habia dicho el Comisario.

Como él no se sospecha nada y viene sin armas, la cosa es fácil.

Cuidado, pues, con dejarlo escapar por que los seco á todos en la Penitenciaría.

Mientras los dos que están de afuera lo acometen de atras, los cuatro de adentro lo sorprenden por el frente y los costados: tengan listos dos maneadores para asegurarlo bien.

Todos se preguntaban asombrados que habia hecho Reyes para ser tratado de aquella manera y ninguno acertaba con la causa, rechazando lo de que hubiera hecho un robo.

Para que iba á hacer un robo un hombre que á mas de lo que tenia él y tenia su mujer ganaba al juego cuanto queria?

Muchos pensaron que el Comisario tendria algun motivo de venganza y otros creyeron que todo aquello no era mas que interés por Luisa, que el Comisario se habria enamorado y Angel Reyes le estorbaba.

Reyes era muy respetado como hombre valeroso y nadie se le animaba desde lo que hizo con Soto, pero así, desarmado, entre seis y en la misma comisaria no habia la menor duda de que tenia que sucumbir.

El mismo sargento que venia con él podia echar una manita y facilitar mas el golpe.

El oficial de Policia, á quien nada se le habia dicho de la cosa, andaba intrigadísimo con tanto preparativo y tanto misterio.

Habia preguntado lo que sucedia á uno de los soldados de afuera, pero este le habia contestado que estaba en ayunas.

—Si usted no sabe nada como quiere que sepa yo?

—Pero aquí ván á aprender á alguno, y por los preparativos que veo este alguno debe de ser toro de pulgas.

—Eso es lo mismo que decimos nosotros, pero no pasamos de ahí.

—Es que yo conozco todo Chacabuco y digo que no hay en él mas que un solo hombre para que se

haga este aparato, y este hombre no es otro que Angel Reyes.

El Comisario que andaba con veinte ojos de miedo que todo fracasara y la fiesta le costara su empleo, sintió lo que decía el oficial y lo llamó al despacho, donde le echó una peluca formidable.

—Cuando yo hago una cosa reservada es porque quiero que reservada quede y usted no se debe meter á hacer comentarios tratando de descubrir lo que yo no quiero que se sepa, porque mis razones tendré para ello.

Retírese usted adentro y no vuelva aquí hasta que no se le llame.

El oficial se retiró corrido y avergonzado con la ronca recibida. no quedándole duda ya de que se trataba de tomar á Reyes y que se temía que él llevara el aviso.

Y por mas que se devanaba los sesos, no podia dar con la causa de aquella prision.

En las cuadras se preparaba una gruesa barra de grillos, lo que probaba mas que la captura que iba á hacerse era peligrosa y de importancia.

Estos eran los preparativos hechos en la Comisaria cuando llegaron Angel Reyes y el sargento que habia ido á buscarlo.

Como nada podian sospechar ellos por la manera como se habia dispuesto todo, entraron sin el menor recelo, el sargento indiferente y Barrientos sonriente y confiado,

El Comisario habia tratado de estar como las otras veces, de modo que por su actitud nada pudiera traslucirse.

—Ya me suponía que usted me haría llamar, le dijo Reyes, y cuando fueron á buscarme estaba preparándome para venir yo mismo á decirle que no ha habido nada mas que gritos y cambio de palabras, porque yo eché á la calle á los escandalosos.

—Ya sé, yo que la cosa no ha de pasar de ahí, pero por el vecindario es preciso guardar mas orden porque sinó voy á verme obligado á prohibir que se juegue.

No bien habia concluido el Comisario de decir esto, cuando cayeron sobre Reyes los seis soldados, lo voltearon y empezaron á atarlo con el maneador.

La operacion fué hecha con tal rapidéz y precision, que cuando Reyes se aperció de lo que sucedia, tenia fuertemente ligados á la espalda los brazos.

Una agonía inmensa cruzó su corazón y preguntó azorado qué era lo que aquello significaba.

—Lo que esto significa, amigo Barrientos, dijo entonces el Comisario, es que he recibido orden de prenderlo y he cumplido: los disfraces no duran mucho tiempo y usted ha sido descubierto—que le hemos de hacer!

—Pero porqué me trata á mi de Barrientos? preguntó Julio gimiendo y forcegeando inútilmente—que tengo yo que hacer con Barrientos?

—Eso preguntelo al Gefe de Policia que es quien ha ordenado su prision, no á mi que no he hecho mas que cumplirla.

En el semblante de Barrientos se veia claramente la tempestad que cruzaba su corazón.

De sus ojos afluían miradas como relámpagos y su fisonomía expresaba toda la ansiedad de la impotencia.

—Ah! puercos! murmuró: solo así podrian prenderme, engañado y á traicion!

Y bien merecido lo tengo por burro, que tuve confianza en la justicia y me vine á manos limpias fiado en que no me conocian.

Pobre de mí! ya no tengo esperanza de salvacion.

Y reuniendo en un esfuerzo supremo la robustéz de sus músculos imponderables, encogió los brazos como para romper las ligaduras.

Y fué tal el esfuerzo y estas estaban tan fuertemente hechas, que solo logró enterrarse el maneador en la carne y comprender que todo habia concluido para él.

—Es inútil que te mortifiques, porque vés á lastimarte sin lograr nada, le dijo el Comisario—al fin has caido en poder de la justicia y estás bien asegurado; lo que es por esta vez no te escapas.

—Maldita sea la madre que los echó al mundo, cobardes! gritó frenético—así no se prende á un hombre, trompetas! ah! si yo hubiera sabido! ah! si yo no me hubiera fiado de gente de justicia!

Pero el mundo no se ha acabado, no hay porqué desesperarse que de peores que esta han salvado los hombres!

El Comisario mandó buscar el herrero, y le hizo remachar la barra de grillos ya preparada.

Toda precaucion le parecia poca, pues creía que Barrientos así mismo se le podia huir.

El paísano, rendido é impotente se dejó remachar los grillos y cuando le desataron el maneador, levantó los puños con un soberbio ademan de amenaza.

—Solo así, dijo, solo así podrian haberme tomado vivo! de otro modo ni siquiera me hubieran tocado el pelo de la ropa.

El Comisario lo mandó llevar al calabozo, en cuya puerta colocó un centinela con el arma cargada haciéndole responsable de aquel preso.

—Si lo dejas evadir, le dijo, te juro que pagas el descuido con presidio perpétuo.

Y vino al despacho á hacer el telégrama dando cuenta de la importante captura, y pidiendo al Gefe de Policia lo mandara buscar pronto, pues era este un preso muy difícil de guardar y del que no habria nada que extrañar en materia de evasion.

Julio en efecto, no perdía su tiempo, y desde que el Comisario se retiró empezó á trabajar con el centinela.

—Dejame escapar, hermanito, le decía, que yo te haré venir rico y te acompañaré hasta donde quieras.

Tu delito no será grande porque puedes alegar quinientas razones, y con la plata que yo te dé puedes vivir feliz en la ciudad misma, donde puedes irte porque nadie te perseguiría.

—No me faltan ganas, respondia el centinela, no por la plata porque usted es un hombre que merece ayuda, sinó porqué tengo miedo.

Los grillos no se sacan así no mas y si me pillan el Comisario me hace achuras.

Barrientos trató de enternecer al milico, pero no podia aquel hacer nada.

Como él decía, eso de sacar una barra de grillos era sumamente difícil para uno que no era herrero

ni tenia instrumentos y la cosa se volvia imposible cuando, como en aquel caso, el Comisario en persona era quien mantenía la vigilancia.

Desesperando Barrientos de poder evadirse empezó á rogar al centinela que lo matara, en lo que no jugaba ninguna responsabilidad.

—Puedes decir que quise evadirme, que te acometí y que me hiciste fuego sin intencion de matarme, pero que la casualida hizo me pegaras en mala parte.

—Como quiere amigo que uno se atreva así no mas á matar á un hombre á sangre fria? no tengo entrañas para tanto:

—Pues présteme la carabina y yo me despacharé en un momento.

El espíritu del milico estaba bien trabajado, y como era hombre bueno y compasivo, tal vez hubiera logrado Barrientos algo de él, pero fué relevado antes de la noche, de modo que era preciso empezar de nuevo con las mismas músicas y rogativas.

Este milico, menos accesible que el otro, le mandó guardar silencio, porque ya habian entrado otros presos al calabozo y no queria esponerse á un cuento.

Lo que nunca habia sucedido, que el Comisario quedara toda la noche revisando personalmente los centinelas, sucedió entónces.

El Comisario, temeroso de alguna evasion, pasó la noche en pié, vigilando el servicio y manteniendo el órden en el calabozo.

Julio no tuvo mas remedio que entregarse al sueño, como único consuelo.

Hombre habituado á las emociones fuertes y conforme con su suerte desventurada, se durmió y descansó toda la noche.

Así al otro dia estaria mas reposado para intentar nuevos medios de evasion, ya que los puestos en práctica no le habian servido de la menor ventaja.

La noticia de la captura de Barrientos habia corrido por todas partes con increíble celeridad, y de todas ellas venia gente á darse el placer de contemplar á tan famoso bandido.

Y Julio ocultaba el semblante desesperado entre las manos, para no saciar con el espectáculo de su desventura, la curiosidad de los demás.

Su idea fija desde aquel dia fué el suicidio: temía los horrores que con él iba á hacer la justicia, y si no tenia mas escape que la muerte, á ella apelaba para librarse de los martirios que creia le tendrian preparados.

Pero, de donde iba á sacar armas para suicidarse? este era un problema arto difícil, pues ninguno se atrevia á traérselas.

Julio sonrió de pronto, pues su pensamiento tropezó con Luisa.

Ella me las traerá, pensó, sin saber que me las trae, esta es cuestion de tener paciencia y nada mas para lograr su objeto.

LA ULTIMA INSTANCIA

Grande habia sido la desesperacion de la viuda al saber lo sucedido á su amante.

Barrientos ó no Barrientos, ella lo amaba con la misma intensidad y no podia conformarse con su pérdida y su desgracia.

El nombre no podia modificar para ella las condiciones del hombre, y Julio ó Angel habia sido igualmente fino y amoroso.

El primero y segundo dia pidió permiso para verlo, pero en vano lloró y suplicó, no pudo conseguir para ello el permiso necesario—temian que fuese á llevarle medios de evasion.

Mas tranquilo el Comisario por la conformidad que demostraba Barrientos, permitió á Luisa el tercer dia que fuera á verlo en presencia del centinela y prévio registro de que no le llevaba arma alguna.

A pesar de la presencia del centinela, la conferencia fué íntima y tierna.

La pobre mujer lloraba amargamente al pensar todo el peligro que corria su amante, siendo quien era.

—No te aflijas, le decia Barrientos sonriendo amar-

gamente—no ha de sucederme nada y pronto me he de ver libre.

Si vuelves traéme cigarros y fósforos, que es lo único que necesito, añadiendo si te parece, un poco de yerba y azúcar.

Como aquellas eran cosas inocentes, Luisa no tuvo la menor dificultad en llevarlos, en una cantidad que bien podia servir para el uso de diez personas.

Julio recibió todo aquello con la mayor indiferencia, contemplando los fósforos con rara espresion, de cariño y guardándolos cuidadosamente en su tirador.

Fué al dia siguiente que llegó el sargento Miranda, comisionado para conducir á Barrientos hasta la capital, y esto fué lo que mas impresionó á Barrientos.

Hubiese preferido ser conducido por la última basura de la Policía, que por aquel hombre, á quien detestaba con toda su alma.

La despedida de Barrientos y Luisa fué por demás tocante, pues bajo aquella capa de severidad en que estaba envuelto Julio, se veia cuanto debia de sufrir.

El viaje hasta la Capital fué penoso para el altivo paisano, pues todos venían á contemplarlo, como á un objeto de curiosidad pública.

Algunos se acercaban al sargento Miranda y lo felicitaban por la importante captura, pero entonces Barrientos se erguía lleno de soberbia exclamando:

—No ha sido él quien me prendió: de sorpresa y desarmado me agarraron entre ocho y me ataron antes que yo pudiera darme cuenta de lo que sucedía: es la única manera como podían haberme preso.

Y había en él cierta satisfacción al poder decir aquello.

Cuando llegó á la Policía, eran las ocho de la noche, y estaban reunidas muchísimas personas que esperaban su venida como un verdadero acontecimiento.

Querían ver al paisano que por tanto tiempo había puesto la ley á la autoridad Policial, asombrando á los que habían seguido de cerca sus aventuras.

Barrientos se mostró afable y accesible á todas las preguntas que se le hicieron, refiriendo como había tenido lugar la muerte de su hermano Pedro y su propia captura, narrando mil episodios de las burlas hechas por él á la Policía y á la partida que capitaneaba Miranda.

Todos extrañaban la conformidad extraña que mostraba Barrientos por su suerte, conformidad que vinieron á explicarse más tarde, cuando al ser conducido al calabozo que debía ocupar, fué registrado por el oficial de guardia.

En el tirador y escondido entre otros papeles y un pañuelo, tenía un paquetito de cabezas de fósforos—eran los fósforos que había pedido á Luisa y que

descabezó cuando nadie podía observarlo durante su marcha á la Capital.

—Y con qué objeto tenías esto? le preguntaron.

—Con el único que se puede tener—para envenenarme é impedir que nadie se limpie en mí las manos.

Desde que se vió privado de los mistos, se vió decaer toda la alegría y toda la conformidad que había mostrado desde el principio de su llegada.

Está era la esperanza que lo mantenía sereno y altivo todavía.

Aliviado de los pesados grillos, fué encerrado en un calabozo, con la mayor seguridad, mientras se disponía lo necesario para conducirlo á la cárcel de Dolores, pues era allí donde debían juzgarlo, puesto que sus delitos habían sido cometidos en el Departamento del Sud.

Barrientos iba á entrar por fin á aquella famosa cárcel que tanto horror le había causado cuando á ella lo mandó el Juez Adaro.

Mudo á todas las preguntas de los extraños, él confesó al señor Dantas todos los delitos de que era culpable, sirviendo aquellas revelaciones para ampliar el sumario que se le sigue.

Julio Barrientos está hoy en la cárcel de Dolores, esperando el fallo de la justicia, en el largo proceso que se le ha instruido, proceso extensivo á todos los bandidos que lo acompañaron en sus célebres campañas y andanzas.

Barrientos se muestra hoy mas conforme con la suerte que le espera, y hasta cierto punto está alegre y no ha intentado evadirse.

Deseamos para este desventurado, á quien tanto crimen se ha atribuido, toda la conmiseración posible.

F I N

